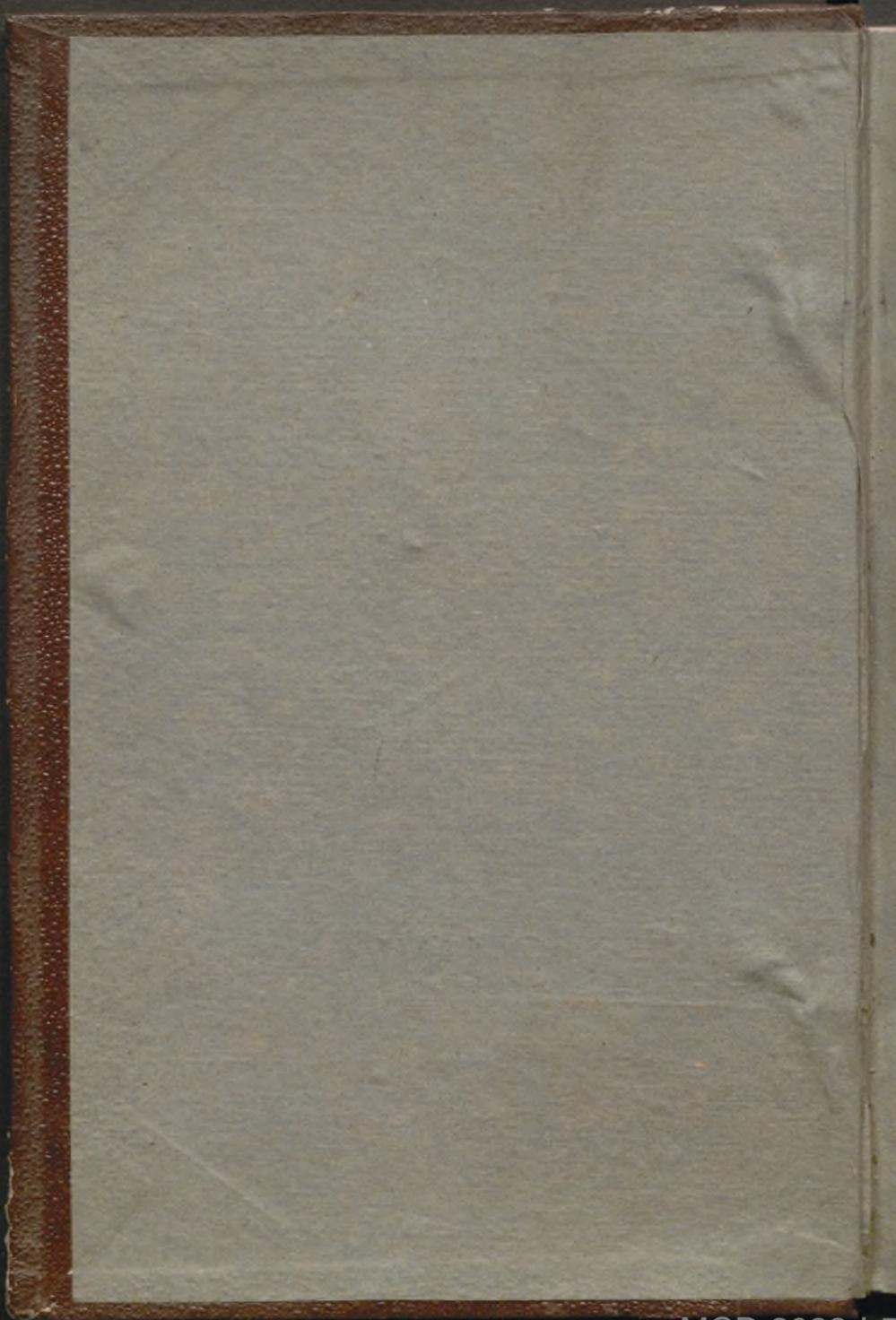


LOS NUEVE
LIBROS
DE REOBOTO

2

JT 70

E. C.



f 140



LOS NUEVE LIBROS DE HERODOTO.

+ 788306

BIBLIOTECA CLÁSICA.

Doce reales cada tomo en toda España.

OBRAS PUBLICADAS.

	Tomos.
HOMERO.— <i>La Iliada</i> , traducción directa del griego en verso y con notas de D. José Gomez Hermosilla.....	3
CERVANTES.— <i>Novelas ejemplares y viaje del Parnaso</i>	2
HERODOTO.— <i>Los nueve libros de la historia</i> , traducción directa del griego, del padre Bartolomé Pou.....	2
ALCALA GALIANO.— <i>Recuerdos de un anciano</i>	1
VIRGILIO.— <i>La Eneida</i> , traducción directa del latín, en verso y con notas de D. Miguel Antonio Caro.....	2
— <i>Las églogas</i> , traducción en verso, de Hidalgo.— <i>Las geórgicas</i> , traducción en verso, de Caro; ambas traducciones directas del latín, con un estudio del Sr. Menéndez Pelayo.....	1
MACAULAY.— <i>Estudios literarios</i>	1
— <i>Estudios históricos</i>	1
— <i>Estudios políticos</i>	1
— <i>Estudios biográficos</i>	1
— <i>Estudios críticos</i>	1
Traducción directa del inglés de M. Juderías Bender.	
QUINTANA.— <i>Vidas de españoles célebres</i>	2
CICERON.— <i>Tratados didácticos de la elocuencia</i> , traducción directa del latín de D. Marcelino Menéndez Pelayo...	2
SALUSTIO.— <i>Conjuración de Catilina</i> .— <i>Guerra de Jugurta</i> , traducción del infante D. Gabriel.— <i>Fragmentos de la grande historia</i> , traducción del Sr. Menéndez Pelayo, ambas directas del latín.....	
TÁCITO.— <i>Los anales</i> , traducción directa del latín de don Carlos Coloma.....	
PLUTARCO.— <i>Las vidas paralelas</i> , traducción directa del griego por D. Antonio Ranz Romanillos.....	5
ARISTOFANES.— <i>Teatro completo</i> , traducción directa del griego por D. Federico Baraibar.....	1
POETAS BUCOLICOS GRIEGOS.— <i>Teócrita</i> , <i>Bion</i> y <i>Moscoj</i> . Traducción directa del griego, en verso, por el Ilmo. Sr. D. Ignacio Montes de Oca, Obispo de Linares (Méjico).....	1
MANZONI.— <i>Los Novios</i> , traducción de D. Nicasio Gallego.	1

LOS NUEVE LIBROS

DE LA HISTORIA

DE

HERODOTO DE HALICARNASO

TRADUCIDA DEL GRIEGO AL CASTELLANO

POR

EL P. BARTOLOMÉ POU

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS

—
TOMO II.
—



MADRID

IMPRESA CENTRAL Á CARGO DE VÍCTOR SAIZ
Colegiata, núm. 6

—
1878

LOS ANGELES LIBROS

111 N. WILSON

INTODUCCION DE HALLGASSO

PRIMERA EDICION

A los señores de la Real Academia de la Lengua Española
Presenta el Sr. D. Juan de Dios...



R 149795

LIBRO QUINTO.

TERPSÍCORE.

Los generales de Darío principian á conquistar varias plazas en Europa.—Costumbres de los Tracios.—Traslacion de los Peones al Asia. Véngase Alejandro de los embajadores Persas enviados á Macedonia.—Política de Darío con Histieo, señor de Mileto. Sublévanse los Jonios contra los Persas por instigacion de Histieo y Aristagoras, y piden socorro á los Atenienses: situacion de estos, sus guerras y revoluciones. Muerte de Hiparco, tirano de Atenas y expulsion de su hermano Hípias: los Lacedemonios tratan de favorecer á éste para recobrar el dominio de Atenas, pero se opone el Corintio Sosicles refiriendo el origen de la tiranía en su patria y los males que acarrea en ella. Irritado Hípias incita á los Persas contra los Atenienses, y Aristagoras por su parte persuade á éstos que se alíen con los Jonios contra los Persas.—Ataque é incendio de Sardes por los Griegos coligados.—Jura Darío venganza de ellos, y sus generales principian á sujetar varios pueblos de los insurgentes.

Los primeros á quienes avasallaron á la fuerza las tropas persianas dejadas por Darío en Europa al mando de su general Megabazo, fueron los Perintios, que rehusaban ser súbditos del Persa y que ántes habian ya tenido mucho que sufrir de los Peones, habiendo sido por éstos completamente vencidos con la siguiente ocasion: Como hubiesen

los Peones, situados más allá del río Estrimon, recibido un oráculo de no sé qué dios, en que se les prevenía que hicieran una expedición contra los de Perinto (1), y que en ella les acometieran en caso de que éstos, acampados, les desafiaran á voz en grito, pero que no les embistieran mientras los enemigos no les insultasen gritando, ejecutaron puntualmente lo prevenido; pues atrincherados los Perintios en los arrabales de su ciudad, teniendo enfrente el campo de los Peones, hiciéronse entre ellos y sus enemigos tres desafíos retados de hombre con hombre, de caballo con caballo, y de perro con perro. Salieron vencedores los Perintios en los dos primeros, y al tiempo mismo que alegres y ufanos cantaban victoria con su himno *Peon*, ofreciéndose á los Peones que aquella debía ser la *voz de triunfo* del oráculo, y diciéndose unos á otros: «el oráculo se nos cumple, esta es ocasión, acometámosles,» embistieron con los enemigos en el acto mismo de cantar el *Peon*, y salieron tan superiores de la refriega, que pocos Perintios pudieron escapárseles con vida.

II. Y aunque tal destrozo hubiesen experimentado ya de parte de los Peones, no por eso dejaron de mostrarse después celosos y bravos defensores de su independencia contra el Persa, quien al cabo los oprimió con la muchedumbre de su tropa. Una vez que Magabazo hubo ya domado á Perinto, iba al frente de sus tropas corriendo la Tracia, domeñando las gentes y ciudades todas que en ella había y haciéndolas dóciles al yugo del Persa en cumplimiento de las órdenes de Darío, que le había encargado su conquista.

III. Los Tracios de que voy á hablar son la nación más

(1) Perinto, colonia griega fundada según diversas opiniones por los Samios, por Orestes ó por Hércules, es la misma ciudad que Heraclea en el Quersoneso. Los Peones ó Pelagones eran un pueblo de la Macedonia, situada cerca de Tesalónica, en el distrito de la actual Etrachino.

grande y numerosa de cuantas hay en el orbe (1), excepto solamente la de los Indios, de suerte que si toda ella fuese gobernada por uno, ó procediese unida en sus resoluciones, sobre ser invencible, sería capaz de vencer por la superioridad de sus fuerzas á todas las demas naciones; ahora por cuanto esta union de sus fuerzas les es, no difícil, sino del todo imposible, viene á ser un pueblo débil y desvalido. Por mas que cada uno de los pueblos de que la nacion se compone tenga sus propios nombres en sus respectivos distritos, tienen sin embargo todas unas mismas leyes y costumbres, salvo los Getas, los Trausos y los que moran más allá de los Crestoneos.

IV. Llevo dicho de antemano qué modo de vivir siguen los Getas *atanizontes* (ó defensores de la inmortalidad). Los Trausos, si bien imitan en todo las costumbres de los demas Tracios, practican no obstante sus usos particulares en el nacimiento y en la muerte de los suyos (2); porque al nacer alguno, puestos todos los parientes alrededor del recién nacido, empiezan á dar grandes lamentos, contando los muchos males que le esperan en el discurso de la vida, y siguiendo una por una las desventuras y miserias humanas; pero al morir uno de ellos, con muchas muestras de contento y saltando de placer y alegría, le dan sepultura, ponderando las miserias de que acaba de librarse y los bienes de que empieza á verse colmado en su bienaventuranza.

V. Los pueblos situados más arriba de los Crestoneos

(1) Los límites de la antigua Tracia, que confinaba al Occidente con la Macedonia, al Oriente con el Ponto Euxino, el Helesponto y la Propontide, al Mediodía con el Egeo, y al Norte con el monte Hemo, no permiten la exageracion del autor. Tucídides hace á la Tracia en poblacion y fuerzas inferior á la Escitia.

(2) Vivian los Trausos al pié del Hemo en la Mesia inferior: esta su filosófica costumbre tan acomodada á imaginaciones melancólicas y mustias como la de Young, puede verse pintada en Ciceron con los mas vivos colores (Tusc. 1, capítulo 48).

practican lo siguiente: Cuando muere un marido, sus mujeres, que son muchas para cada uno, entran en gran contienda, sostenidas con empeño por las personas que les son más amigas y allegadas, sobre cuál entre ellas fué la más querida del difunto. La que sale victoriosa y honrada con una sentencia en su favor, es la que, llena de elogios y aplausos de hombres y mujeres, va á ser degollada por mano del pariente más cercano sobre el sepulcro de su marido, y es á su lado enterrada, mientras las demas, perdido el pleito, que es para ellas la mayor infamia, quedan doliendo y lamentando mucho su desventura.

VI. Otro uso tienen los demas Tracios: el de vender sus hijos al que se los compra, para llevárselos fuera del país. Léjos de tener guardadas á sus doncellas, les permiten tratar familiarmente con cualquiera á quien les dé gana de usar licenciosamente, á pesar de ser ellos sumamente celosos con sus esposas, de cuyos padres suelen comprarlas á precio muy subido. Estar marcados es entre ellos señal de gente noble; no estarlo es de gente vil y baja. La mayor honra la ponen en vivir sin fatiga ni trabajo alguno, siendo de la mayor infamia el oficio de labrador: lo que más se estima es el vivir de la presa, ya sea habida en guerra ó bien en latrocinio. Estas son sus costumbres más notables.

VII. No reconocen otros dioses (1) que Marte, Dioniso y Diana, si bien es verdad que allí los reyes, á diferencia de los otros ciudadanos, tienen á Mercurio una devoción tan particular, que sólo juran por este dios, de quien pretenden ser descendientes.

(1) Los Traces, ántes Tiraces ó descendientes de Tiras, hijo de Jafet, conservaban no sé qué restos del primitivo culto de los Noáquidas, teniendo un templo en una altura dedicado al Dios Sabbathus, é invocando á Baco con las voces *Evohe Sabbai*, muy parecidas á las de David *Jehova Tsabaoth*. El culto de los reyes Tracios á Mercurio confirma la opinion de que éste fué el sexto rey de los Celtas.

VIII. En los entierros la gente rica y principal tiene el cadáver expuesto por espacio de tres días, durante los cuales, sacrificando todo género de víctimas y plañiendo ántes de ir á comer, hacen con ellas sus convites: despues de esto dan sepultura al cadáver, ó quemándolo ó enterándolo solamente. Despues de haber levantado sobre él un túmulo de tierra, proponen toda suerte de certámen fúnebre, destinando los mayores premios á los que salen victoriosos en la monomaquia, ó duelo singular.

IX. Muy vasta y despoblada debe de ser, segun parece, aquella region que está del otro lado del Danubio; por lo ménos sólo he podido tener noticia de ciertos pueblos que más allá moran, llamados Sigines, quienes visten con el ropaje de los Medos. De los caballos de aquel país dícese que son tan vellosos, que por todo su cuerpo llevan cinco dedos de pelo, que son chatos y tan pequeños que no pueden llevar un hombre acuestas, aunque son muy ligeros uncidos al carro, por lo que los naturales se valen mucho de ellos para sus tiros. Los límites de dichos pueblos tocan con los Enetos, situados en las costas del mar Adriático, y colonos de los Medos, segun ellos se dicen, de quienes no alcanzo á fe mia cómo puedan serlo, si bien veo que con el largo andar del tiempo pasado, todo cabe que haya acaecido (1). Lo que no tiene duda es, que los Ligires situados sobre Marsella llaman Sigines á los re-

(1) Habiéndose sabido muy poco entre Griegos y Latinos, hasta la época de Julio César, de las naciones célticas de la antigua Germania, son casi desconocidos los Sigines, cuya situacion se cree poderse colocar en la Istria ó Estiria ó algun otro país al pié de los Alpes, aunque la descripcion de sus caballos conviene muy bien con la de los *reunes* ó *renos* de Siberia. Si Herodoto no les atribuyera el traje medo, más bien que colonia de los Medos, pudiera creerse de Macedones, á quienes hacen algunos únicos verdaderos descendientes de Madai, hijo de Jafet. La última cláusula de este párrafo se cree añadidura de algun copista.

vendedores, y los de Chipre dan el mismo nombre á los dardos.

X. Al decir los Tracios que del otro lado del Danubio no puede penetrarse tierra adentro por estar el país hirviendo en abejas, paréceme que no hablan con apariencia siquiera de verdad, no siendo para los climas frios aquella especie de animales (1). Mi juicio es que el Norte, por exceso de frio, es inhabitable. Esto es cuanto se dice de la region de Tracia, cuyas costas y comarca marítima iba Megabazo agregando á la obediencia del Persa.

XI. Luégo que Darío pasado velozmente el Helesponto llegó á Sardes, hizo memoria así del servicio que habia recibido de Histieo, señor de Mileto, como del aviso que Coes de Mitilene le habia dado. Llamados, pues, los dos á su presencia, díjoles que pidiera cada uno la merced que más quisiera. No pidió Histieo el dominio de alguna ciudad, puesto que tenia ya el de Mileto, pero sí pretendió que se le diera un lugar de los Edonos llamado Mircino (2) para fundar allí una colonia. Pero Coes, no siendo todavía señor de ningún Estado, sino mero particular, pidió y obtuvo el dominio de Mitilene. Así que los dos salieron contentos de la corte, lograda la gracia que habian pretendido.

XII. Vínole á Darío en voluntad, por un espectáculo que se le presentó casualmente estando en Sardes, el ordenar á Megabazo que apoderado de los Peones los trasplantase de Europa al Asia. Despues que Darío estuvo de vuelta en Asia, dos Peones, llamados el uno Pirges y el otro Manties, llevados de la ambicion de lograr el dominio sobre sus ciudadanos, pasaron á Sardes, llevando en su compañía á una hermana, mujer de buen talle y estatura bizarra, y al mismo

(1) No basta el frio del Norte á matar las abejas, como notó Eliano: uno de los ramos de comercio de la Rusia en el puerto de Arcángel es la cera amarilla del país.

(2) Estaba situado este pueblo entre el rio Estrimon y la ciudad de Filippi.

tiempo muy linda y vistosa. Como observasen en Sardes que Darío solía dejarse ver en público sentado en los arribales de la ciudad, echaron mano de un artificio para su intento. Vestida la hermana del mejor modo que pudieron, enviáronla por agua con su cántaro en la cabeza, con el ronzal del caballo en el brazo conduciéndolo á beber, y con su rueca y copo de lino hilando al mismo tiempo. La ve pasar Darío, y mucho le sorprende lo nuevo del espectáculo, mirando en lo que ella hacía, que ni era mujer persiana (1), ni tampoco Lydia, ni menos hembra alguna asiática. Picado, pues, de la curiosidad, manda á algunos de sus alabarderos que vayan y observen lo que con su caballo iba á ejecutar aquella mujer. Ella, en llegando al río, abreva primero su caballo, llena luego su cántaro y da la vuelta por el mismo camino con el cántaro encima de la cabeza, con el caballo tirado del brazo, y con los dedos moviendo el huso sin parar.

XIII. Admirado Darío, así de lo que oía de sus exploradores como de lo que él mismo estaba viendo, da orden luego de que se la hagan presentar. Los hermanos de ella, como quienes allí cerca observaban lo que iba pasando, comparecen ante Darío luego que la ven conducida á su presencia. Pregunta el Rey de qué nación era la mujer, y dicenle los dos jóvenes que eran Peones de nación, y que aquella era su hermana. Tórnales Darío á preguntar qué nación era la de los Peones, y dónde estaba situada, y con qué mira ó motivo habían ellos venido á Sardes: responden que habían ido allí con ánimo de entregarse á su arbitrio soberano; que la Peonia, region llena de ciudades, caía cerca del río Estrimon, el cual no estaba lejos del Helesponto, y que los Peones eran colonos de Troya. Esto punto

(1) Ya entonces contaban las persianas por infamia ocuparse en trabajos de manos, orgullo y molicie que la voluptuosa Asia ha trasmitido harto frecuentemente á la laboriosa Europa.

por punto respondieron á Darío, el cual les vuelve á preguntar si eran allí todas las mujeres tan hacendosas y listas como aquella; y ellos, que le vieron picar en el cebo que adrede le habian prevenido, respondieron al instante que todas eran así.

XIV. Escribe, pues, entónces Darío á Megabazo, genéral que habia dejado en Tracia, una órden en que le mandaba ir á sacar á los Peones de su nativo país y hacérseles conducir á Sardes á todos ellos con sus hijos y mujeres. Parte luego un posta á caballo corriendo hácia el Helesponto, pasa al otro lado del estrecho y entrega la carta á Megabazo, quien no bien acaba de leerla, cuando toma conductores naturales de Tracia y marcha con sus tropas hácia la Peonia.

XV. Habiendo sido avisados los Peones de que venian marchando contra ellos las tropas persianas, juntan luego sus fuerzas, y persuadidos de que el enemigo los acometeria por las costas del mar, acuden hácia ellas armados. Estaban en efecto prontos y resueltos á no dejar entrar el ejército de Megabazo; el daño estuvo en que, informado el Persa de que juntos y apostados en las playas querian impedirle la entrada, sirvióse de los guias que llevaba para mudar de marcha, y tomó por la via de arriba hácia la Peonia. Con esto los Persas, sin ser sentidos de los Peones, se dejaron caer de repente sobre sus ciudades, de las cuales, hallándolas vacías de hombres que las defendiesen, se apoderaron con facilidad y sin la menor resistencia. Apénas llegó á noticia de los Peones salidos á esperar al enemigo que sus ciudades habian sido sorprendidas, cuando luego separados fueron cada cual á la suya y se entregaron todos á discrecion y al dominio del Persa. Tres pueblos de los Peones, á saber, el de los Siropeones, el de los Peoplas y el de los vecinos de la laguna Prasiada, sacados de sus antiguos asientos, fueron trasportados enteramente al Asia.

XVI. Pero á los demas Peones, los que moran cerca del monte Pangeo, los Doberes, los Agrianes, los Odomantos (1) y los habitantes en la misma laguna Prasiada, no los subyugó de ningun modo Megabazo, por más que á los últimos procuró rendirles sin llevarlo á cabo, lo cual pasó del siguiente modo. En medio de dicha laguna vense levantados unos andamios ó tablados sostenidos sobre unos altos pilares de madera bien trabados entre sí, á los cuales se da paso bien angosto desde tierra por un solo puente. Antiguamente todos los vecinos ponian en comun los pilares y travesaños sobre que carga el tablado; pero despues, para irlos reparando, hánse impuesto la ley de que por cada una de las mujeres que tome un ciudadano (y cada ciudadano se casa con muchas mujeres) ponga allí tres maderos, que acostumbran acarrear desde el monte llamado Orbeló. Viven, pues, en la laguna, teniendo cada cual levantada su choza encima del tablado donde mora de asiento, y habiendo en cada choza una puerta pegada al tablado que da á la laguna: para impedir que los niños, resbalando, no caigan en el agua, les atan al pié cuando son pequeños una sogá de esparto. Dan á sus caballos y á las bestias de carga pescado en vez de heno (2); pues es tan grande la abundancia que tienen de peces, que sólo con abrir su trampa y echar al agua su espuerta pendiente de una sogá, pronto la sacan llena de pescado, del cual dos son las especies que hay; á los unos llaman *papraces* y á los otros *tílones*.

XVII. Eran entretanto conducidos al Asia los Peones

(1) El Pangeo se llama en el dia Malaca ó Castagua; Doberes era una ciudad peónica de que habla Tucídides: de los Odomantos dice Suidas que usaban la circuncision.

(2) Esto se ve confirmado por Eliano y Ateneo, quien dice que á los bueyes en Tracia se les llenaban de peces los pesebres, y por lo que se refiere de Noruega, donde las bestias se alimentan de pescado.

de que se habia apoderado Megabazo. Transportados aquellos infelices prisioneros, escoge Megabazo los siete Persas más principales que en su ejército tenia, y que á él solo le eran inferiores en grado y reputacion, y los envia por embajadores á Macedonia, destinados al rey de ella, Amintas, con el encargo de pedirle *la tierra y el agua* para el rey Darío, pues tal es la forma del homenaje entre los Persas. Muy breve es realmente el camino que hay que pasar yendo desde la laguna Prasiada á la Macedonia, pues dejando la laguna, lo primero que se halla es la famosa mina que algun tiempo despues no redituaba ménos de un talento de plata diario al rey Alejandro (1), y pasada la mina, sólo con atravesar el monte llamado Disoro, nos hallamos ya en Macedonia.

XVIII. Luego que los embajadores persas enviados á Amintas (2) llegaron á presencia de éste, cumpliendo con su comision, pidiéronle con su fórmula de homenaje que diese la tierra y el agua al rey Darío, á quien no sólo convino Amintas en prestar obediencia, sino que hospedó públicamente á los enviados, preparándoles un magnífico banquete con todas las demostraciones de amistad y confianza. Al último del convite, cuando se habian sacado ya los vinos á la mesa, los Persas hablaron á Amintas en esta conformidad:—«Uso y moda es, amigo Macedon, entre nosotros los Persas, que al fin de un convite de formalidad vengan á la sala y tomen á nuestro lado asiento nuestras damas, no sólo las concubinas, sino tambien las esposas principales con quienes siendo doncellas casamos en primeras nupcias. Ahora, pues, ya que nos recibes con tanto

(1) Sería la misma de donde sacaba tesoros Filipo, padre de Alejandro.

(2) Era Amintas I el noveno rey de Macedonia, por los años de 514 ántes de Jesucristo, y mucha debió ser la debilidad de su imperio, cuando no su poquedad de ánimo, pues que no se atrevió á la resistencia que hizo la Peonia.

agrado, nos tratas con tanta magnificencia, y lo que es más, entregas al rey nuestro amo la tierra y el agua, razon será que quieras seguir nuestro estilo tratándonos á la Persiana.»—«En verdad, señores míos, les responde Amintas, que nosotros no lo acostumbramos así, no por cierto; ántes el uso es tener en otra pieza bien lejos del convite á nuestras mujeres (1); pero pues que las echais ménos, vosotros, que sois ya nuestros dueños, quiero que tambien en esto seais luego servidos.» Así dijo Amintas, y envia al punto por las princesas, las cuales llamadas, entran en la sala del convite y toman allí asiento por su órden enfrente de los Persas. Al ver presentes aquellas bellezas, dicen á Amintas los embajadores que no andaba á la verdad muy discreto en lo que con ellas hacía, pues mucho más acertado fuera que no viniesen allí las mujeres, que no dejarlas sentarse al lado de ellos una vez venidas al convite, pues el verlas fronteras era quererles dar con ellas en los ojos, que es lo que más irrita los afectos. Forzado, pues, Amintas, manda á las mujeres que se sienten al lado de los Persas, quienes habiendo ellas obedecido, no supieron contener sus manos con la licencia que les daba el vino, sino que las llevaron á los pechos de las damas, y no faltó entre ellos quien se desmandase en la lengua.

XIX. Estábalo Amintas mirando quieto, por más que lo mirase de mal ojo, aturdido de miedo del gran poder de los Persas. Hallábase allí presente su hijo Alejandro, príncipe jóven, no hecho á disimular para acomodarse al tiempo, quien siendo testigo ocular de aquella infamia de su real casa, de ninguna manera quiso ni pudo contenerse. Penetrado, pues, de dolor y vuelto á su padre:—«Mejor será, padre mio, le dice, que tengais ahora cuenta de

(1) Este modesto recato era comun en toda la Grecia. Léase en Ciceron el trágico caso de la resistencia que en Lampsaco se hizo á Verres en punto semejante, y del suplicio con que la castigó el ilero procónsul.

vuestra avanzada de edad; idos por vida vuestra á dormir, sin tomaros la larga molestia de esperaros á que esos señores se levanten de la mesa, pues aquí me quedo yo hasta lo último para servir en todo á nuestros huéspedes.» Amintas, que desde luego dió en que su hijo Alejandro, llevado del ardor de su juventud, podría pensar en obrar como quien era y como pedía su honor, replicóle así:— «Mucho será, hijo mio, que me engañe, pues leo en tus ojos encendidos y estoy viendo en esas tus cortadas palabras, que con la mira de intentar algun fracaso me pides que me retire. No, hijo mio; por Dios te pido que, si no quieres perdernos á todos, nada intentes contra esos hombres. Ahora importa sufrir disimulando, presenciar lo que no puede mirarse y coser los labios. Por lo que me pides, me retiro sin embargo, y quiero en ello complacerte.»

XX. Despues que Amintas, dados estos avisos, salió de la pieza, vuelto Alejandro á los Persas:— «Aquí teneis, amigos, les dice, esas mujeres á vuestro talante, ó bien queráis estar con todas ellas, ó bien escoger las que mejor os parezcan; que esto pende de vuestro arbitrio. Entretanto, señores, lo mejor fuera, pues me parece hora de levantarnos de la mesa, mayormente viéndoos ya hartos de esas copas, que esas mujeres con vuestra buena gracia pasaran al baño, y luego de lavadas y aseadas, volvieran otra vez para haceros buena compañía. Dicho esto, á lo cual accedieron los Persas con mucho gusto y aplauso, haciendo Alejandro que salieran las mujeres, las envió á su departamento particular. Él entretanto parte luego, y cuantas eran las mujeres, otros tantos donceles ó mancebos escoge en palacio, todos sin pelo de barba; disfrázales con el mismo traje y gaia de aquéllas, les da á cada uno su daga, y los conduce dentro de la sala de los Persas, á quienes al entrar con ellos habló en estos términos: — Paréceme, señores míos, que hemos hecho nuestro deber en daros un cumplido convite, al ménos con cuanto teníamos á mano y

con cuanto hemos podido hallar; con todo, digo, os hemos procurado regalar y servir como era razon. Mas para coronar la fiesta, queremos echar el resto: aquí os entregamos, á discrecion y á todo vuestro placer, nuestras mismas madres y hermanas. Bien echareis de ver en esto que sabemos serviros y queremos respetaros como pide vuestro valor, y con toda verdad podreís decir despues al soberano, que el rey de Macedonia, principe griego, su feudatario y subalterno, os agasajó como correspondia en la mesa y en el lecho.» Al hacer este cumplido, iba Alejandro con sus mancebos Macedones y hacia sentar uno disfrazado de mujer al lado de cada Persa. Por abreviar, luégo que los Persas iban á abusar de dichos jóvenes, los cosian ellos con su daga.

XXI. Por fin concluyó la fiesta en que los Persas, y toda la comitiva de sus criados, quedaron allí para no volver jamás, pues los carruajes que les habian seguido, los servidores con su bagaje y aparato entero, todo en un punto desapareció. No pasó mucho tiempo despues de este atentado de Alejandro (1), sin que los Persas del ejército hiciesen las más vivas diligencias en busca de sus embajadores; pero el jóven principe supo darse tan buena maña, que por medio de grandes sumas logró sobornar al Persa Bubares, caudillo de los que venian en busca de los enviados, dándole asimismo por esposa á una princesa real hermana suya, por nombre Gigea. Así murieron los embajadores Persas, y así se echó una losa encima de su muerte para que no se hablase más de ella.

XXII. Estos reyes Macedones, descendientes de Perdicas (2), pretenden ser Griegos, y yo sé muy bien que real-

(1) No falta filósofo antiguo ni aún quizá moderno que alabe este hecho de Alejandro: comparadas la insolencia de los unos con la alevosia del otro, no sé á qué parte se inclinará la mayor gravedad de la injuria pública.

(2) Perdicas I. cuarto rey de los Macedones, reinó por los años

mente lo son; pero lo que insinúo aquí, lo haré despues evidente con lo que referiré de propósito á su tiempo y lugar (1). Además, es este ya asunto decidido por los presidentes de los juegos de Grecia que en Olimpia se celebran; porque, como deseoso Alejandro en cierta ocasion de concurrir á aquel público certámen, hubiese bajado á la arena con esta mira y preteasion, los aurigas sus competidores en la justa le quisieron excluir poniéndole tacha y diciendo que no eran aquellas fiestas para unos antagonistas bárbaros, sino únicamente para competidores Griegos. Pero como probase Alejandro ser de origen Argivo, fué declarado en juicio Griego, y habiendo entrado en concurso con los demas en la carrera del estadio, su nombre salió el primero en el sorteo, juntamente con el de su antagonista.

XXIII. Volviendo á Megabazo, llegó entretanto al Hellesponto, llevando consigo á sus prisioneros de la Peonia, y pasando de allí al Asia, se presentó en Sardes. Por este mismo tiempo estaba Histieo el Milesio levantando una fortaleza en el sitio llamado Mircino, que está cerca del rio Estrimon, y que en premio de haber conservado el puente de barcas sobre el Danubio, como dijimos, habia obtenido de Darío. Habia visto por sus propios ojos Megabazo lo que Histieo iba haciendo, y apénas llegó á Sardes con los Peones, habló así al mismo Darío:—«Por Dios, señor, ¿qué es lo que habeis querido hacer dando terreno en Tracia y licencia para fundar allí una ciudad á un Griego, á un bravo oficial y á un hábil político? Allí hay, señor, mucha madera de construccion, allí mucho marinero para el remo, allí

691 ántes de J. C. Quien sepa las numerosas diligencias que se practicaban en los ejercicios olímpicos, en vista de la sentencia dada en favor de Alejandro, hijo de Amintas, no dudaria que fuesen los Macedones de origen griego, por más que los llamase bárbaros Demóstenes, movido de su odio á Filipo.

(1) L. VIII, c. 137.

mucha mina de plata; mucho Griego vive en aquellos contornos y mucho bárbaro también, gente toda, señor, que si logra ver á su frente á aquel jefe griego, obedecerle ha ciegamente noche y día en cuanto les ordene. Me tomo la licencia de deciros que procureis que él no lleve á cabo lo que está ya fabricando, si quereis precaver que no os haga la guerra en casa: puede hacerse la cosa con disimulo y sin violencia alguna, como vos le enviéis orden de que se presente, y una vez venido hagais de modo que nunca más vuelva allá, ni se junte con sus Griegos.

XXIV. Viendo, pues, Darío que las razones de Megabazo eran providencias discretas de un político sagaz y prevenido en lo futuro, se persuadió fácilmente con ellas, y por un mensajero que destinó á Mircino hizo decir de su parte á Histieo:—«El rey Darío me dió para tí, Histieo, este recado formal (1): Habiéndolo pensado mucho, no hallo persona alguna que mire mejor que tú por mi corona, cosa que tengo más experimentada con hechos positivos que crecida por buenas razones. Y pues estoy ahora meditando un gran proyecto, quiero que vengas luégo sin falta á estar conmigo para poderte dar cuenta cara á cara de lo que pienso hacer.» Con esta orden Histieo se fué luégo hácia Sardes, bien persuadido por una parte de que eran sinceras dichas expresiones, y por otra muy satisfecho y ufano de verse consejero de Estado elegido por el rey. Habiéndose, pues, presentado á Darío, hablóle éste en tales términos:—«Voy á decir claramente, Histieo, por qué motivo te he llamado á mi corte. Quiero, pues, que sepas,

(1) Todavía despues de Homero daban los mensajeros en Grecia el recado con oracion, como si la persona que los enviaba fuese la que hablase cara á cara. Todo este razonamiento y el que sigue fuera digno de un monarca, si la disimulacion y mala fe no le degradara, haciendo que las máximas mas sólidas de la amistad sirvieran de pretexto á la más fina perfidia.

amigo, que lo mismo fué volverme de la Escitia y retirarte tú de mi presencia, que sentir luégo en mi un vivo deseo de tenerte cerca de mi persona, y poder libremente comunicar contigo todas mis cosas, tanto, que empecé al punto á echar de ménos tu compañía, sabiendo que no hay bien alguno que pueda compararse con la dicha de lograr por amigo y apasionado á un hombre sabio y discreto: estas dos prendas bien sé que posees en mi servicio, y nadie mejor testigo de ellas que yo mismo. De tí he de merecer, amigo, que te dejes por ahora de Mileto, ni pienses en nuevas ciudades de Tracia. Vente en mi compañía á mi corte de Susa, disfruta conmigo á tu placer de todos mis bienes y regalos, siendo mi conmensal y consejero.»

XXV. Así le habló Darío, y dejando en Sardes por vi-rey á Artafernes, su hermano de parte de padre, dirigióse luégo á Susa, llevando en su corte á Histieo. Al partir nombró asimismo por general de las tropas que dejaba en los fuertes de las costas á Otanes, hijo de Sisamnes, uno de los jueces régios á quien, por haberse dejado sobornar en una sentencia inicua, había mandado degollar Cambises, y no satisfecho con tal castigo, cortando por su orden en varias correas el cuero adobado de Sisamnes, había hecho vestir con ellas el mismo trono en que fué dada aquella sentencia: además, en lugar del ajusticiado, degollado y rasgado Sisamnes, había Cambises nombrado por juez á Otanes, su hijo, haciéndole subir sobre aquellas correas á tan fatal asiento, con el triste recuerdo que al mismo tiempo le hizo, de que siempre tuviera presente el tribunal en que estaba sentado cuando diera sus sentencias.

XXVI. Este mismo Otanes, que ántes había sido colocado en aquella funesta silla de juez régio, elegido entonces por sucesor de Megabazo en el mando de general, rindió al frente de sus tropas á los Bizantinos y Calcedonios, tomó la plaza de Antandro, situada en el territorio de Tróa-

da, y conquistó á Lamponio (1). Con la armada naval que le dieron los Lesbios, apoderóse de Lemnos y de Imbro, islas hasta entónces ocupadas de los Pelasgos.

XXVII. Por que si bien es verdad que los Lemios, haciendo al enemigo una resistencia muy vigorosa, se defendieron muy bien por algun tiempo, con todo vinieron al cabo á ser arruinados y deshechos. Los Persas victoriosos señalaron por gobernador de los que en Lemnos habian sobrevivido á su ruina, á Licareto, hermano de aquel célebre Menandrio que habia sido señor de Samos; y como gobernador de Lemnos, Licoreto acabó allí sus dias (2)..... La causa que contra este (Otanés) se intentaba, era por que prendia indistintamente y assolaba todo el país: á unos acusaba de haber sido desertores del ejército en sus marchas contra los Escitas; á otros de haber perseguido las tropas de Darío en su retirada y vuelta de la Escitia. Tales eran las tropelías que habia cometido Otanés siendo general.

XXVIII. Hubo despues, aunque duró poco, algun descanso y sosiego, porque dos ciudades de Jonia, la de Naxos y la de Mileto, como contaré despues, dieron de nuevo principio á los males y calamidades. Era Naxos por una parte la isla que por su riqueza y poder descollaba sobre las otras asiáticas, y por otra vezase Mileto en aquella época en el mayor auge de poder que jamás hubiese logrado, viniendo á ser como la reina y capital de toda la Jonia, á cuya prosperidad llegó despues de haberse visto tiempos atras, cerca de dos generaciones ántes, en el estado más deplorable á causa de sus partidos y sediciones,

(1) Lamponio, vecina á la ciudad de Antandro, arruinada y sin nombre en el día: Antandro se llama hoy San Dimitri, ántes célebre ciudad de los Lelejes y despues de los Troyanos en la Misia.

(2) No parece sino que la narracion está truncada faltando algun periodo que sea transicion para lo demas del capítulo. En quanto á lo que sigue, se entiende claramente que habla de Otanés.

hasta tanto que los Parios, á quienes habia elegido Mileto entre todos los Griegos por árbitros y conciliadores, lograron restituir en ella la concordia y el buen orden.

XXIX. Tomaron los Parios un expediente para sosegar aquellos disturbios, pues venidos á la ciudad de Mileto los sujetos más acreditados de Paros, como viesen que en ella andaba todo sin orden, así los hombres como las cosas, dijeron desde luego que por sí mismos querian ir á visitar lo restante de aquel Estado y señorío. Al hacer su visita discurriendo por todo el territorio de Mileto, apénas daban con una posesion bien cultivada en aquellas campiñas, que por lo comun estaban muy descuidadas, tomaban por escrito el nombre de su dueño. Acabada ya la visita de aquel país, donde pocos fueron los campos que hallaron bien conservados y florecientes, y estando ya de vuelta en la ciudad, reunieron un Congreso general del Estado, y en él declararon por gobernadores y magistrados de la república á los particulares cuyas heredades habian encontrado bien cultivadas, dando por razon de su arbitrio que aquellos sabrian cuidar del bien público como habian sabido cuidar del propio: á los demas ciudadanos de Mileto, á quienes ántes se les pasaba todo en partidos y tumultos, precisóseles á que estuvieran bajo la obediencia de aquellos buenos padres de familia. Con esto los Parios pusieron en paz á los Milesios, restituyendo á la ciudad el buen orden y concierto.

XXX. Estas dos ciudades de Naxos y Mileto fueron, pues, como decia, las que dieron entónces nuevo principio y ocasion á la desventura de la Jonia. Sucedió que, habiendo la baja plebe desterrado en Naxos (1) á ciertos

(1) Naxos, al presente Naxia, la más rica y feraz de las Cicladas tiene cien millas de circuito, aunque Plinio sólo le da setenta y cinco, y es célebre por su vine y su mármol ofites de color verde con vetas blancas. Ocupáronla al principio los Tracios, gobernados por Boutes, á quienes sucedieron los Tésalos, que despues de dos

ricos y principales señores, refugiáronse los proscritos á Mileto. Era en aquella sazón gobernador de Mileto Aristagoras, hijo de Molpagoras, quien era yerno y primo juntamente del célebre Histieo el hijo de Lisagoras, á quien Darío tenía en Susa; pues por aquel mismo tiempo puntualmente en que Histieo, señor de Mileto, se hallaba detenido en la corte, sucedió el caso de que vinieran á Mileto dichos Naxios, amigos ya de ántes y huéspedes de Histieo. Refugiados, pues, allí aquellos ilustres desterrados, suplicaron á Aristagoras que procurase darles alguna tropa, si se hallaba en estado de poder hacerlo, á fin de que pudieran con ella restituirse á su patria. Pensó Aristagoras dentro de sí, que si por su medio volviesen á Naxos los desterrados, lograría él mismo la oportunidad de alzarse con el señorío de aquel Estado: con este pensamiento, disimulando por una parte sus verdaderas intenciones, y por otra pretextando la buena amistad y armonía de ellos con Histieo, les hizo este discurso:—«No me hallo yo, señores, en estado de poder dar un número de tropas que sea suficiente para que á pesar de los que mandan en Naxos podáis volver á la patria, teniendo los Naxios, como he oído, además de 8.000 infantes, una armada de muchas galeras. Mas no quiero con esto deciros que no piense con todas véras en auxiliáros para ello, ántes bien se me ofrece ahora un medio muy oportuno para serviros con eficacia. Sé que Artafernes es mi buen amigo y favorecedor, y sin duda sabeis quién es Artafernes, hijo de Histaspes, hermano carnal de Darío, virey de toda la marina general de los grandes ejércitos de mar y tierra: este personaje, pues, si no me engaña el amor propio, dígoos que hará por mí lo que pidamos.» Al oír esto los Naxios dejaron todo el nego-

cientos años de posesion la abandonaron á causa de una gran carestía; despues de la guerra de Troya se hicieron dueños de ella los Carios, de los cuales pasó á unos colonos de Gnido y Rodas, y de éstos últimamente á los Jonios.

cio en manos de Aristagoras, para que lo manejara como mejor le pareciese, añadiéndole que bien podía de su parte decir al virey que no favorecería á quien no lo supiera agradecer, y que los gastos de la empresa correrían de su propia cuenta, pues no podían dudar que lo mismo había de ser presentarse en Naxos que rendirse, no solamente los Naxios, sino áun los demas isleños, y hacer cuanto se les pidiese, no obstante que hasta allí ninguna de las Cícladas reconociese por soberano á Darío.

XXXI. Emprende Aristagoras su viaje á Sardes, donde da cuenta y razon á Artafernes de cómo la isla de Naxos, sin ser una de las de mayor extension, era con todo de las mejores, muy bella, muy cercana á la Jonia, muy rica de dinero, y muy abundante de esclavos.—«¿No hariais, continuó, una expedicion hácia allá para volver á Naxos unos ciudadanos que de ella han sido echados? Dos grandes ventajas veo en ello para vos: una que además de correr de nuestra cuenta los gastos de la armada, como es razon que corran, ya que nosotros los ocasionamos, cuento aún con grandes sumas de dinero para poderos pagar el beneficio: la otra es que aprovechándoos de esta ocasion, no sólo podreis añadir á la corona la misma Naxos, sino tambien las islas que de ella penden, la de Paros, la de Andros, y las otras que llaman Cícladas. Y dado este paso, bien fácil os será acometer desde allí á Eubea, isla grande y rica, nada inferior á la de Chipre, y lo que más es, fácil de ser tomada. Soy de opinion de que con una armada de cien naves podreis conseguir todas estas conquistas.— Amigo, le respondió Artafernes, muestras bien en lo que me dices el celo del público servicio, y tu aficion á la casa real, proponiéndome, no sólo proyectos tan interesantes á la corona, sino dándome al mismo tiempo medios tan oportunos para el intento. En una sola cosa veo que andas algo corto, en el número de naves: tú no pides más que ciento, pues yo te prometo aprestarte doscientas al abrir la prima-

vera; pero es menester ante todo informar al rey, y que nos dé su aprobacion.

XXXII. Aristagoras, que tan atento halló al virey en su respuesta, sobremanera alegre y satisfecho dió la vuelta para Mileto: Artafernes, despues que obtuvo para la expedicion el beneplácito de Darío, á quien envió un mensajero dándole cuenta del proyecto de Aristagoras, tripuladas doscientas naves, previno mucha tropa, así persiana como aliada. Nombró despues para comandante de la armada al Persa Megabates, que siendo de la casa de los Aqueménidas era primo de Darío. Era Megabates aquel con cuya hija, si es que sea verdad lo que corre por muy válido, contrajo esponsales algun tiempo despues el Lacedemonio Pausanias, hijo de Cleombroto, más enamorado del señorío de la Grecia que prendado de la princesa persiana (1). Luégo que estuvo Megabates nombrado por general, dió orden Artafernes de que partiera el ejército á donde Aristagoras estaba.

XXXIII. Despues de tomar en Mileto las tropas de la Jonia los desterrados de Naxos y al mismo Aristagoras, dióse á la vela Megabates, haciendo correr la voz de que su rumbo era hácia el Helesponto. Llegó á la isla de Chio y dió fondo en un lugar llamado Caúcasa, con la mira de esperar que se levantase el viento Bóreas, para dejarse caer desde allí sobre la isla de Naxos. Anclados en aquel puerto, como que los hados no permitian la ruina de Naxos por medio de aquella armada, sucedió un caso que la impidió. Rondaba Megabates para inspeccionar la vigilancia de los centinelas, y en una nave mindiana (2) halló que ninguno habia apostado. Llevó muy á mal aquella falta, y

(1) No parece que hubiera leído Herodoto la carta de Pausanias, que trae Tucídides escrita á Jerges, á quien en premio de su alvosia pide por esposa una hija del mismo rey, y no de Megabates.

(2) Mindo, hoy Mentese, ciudad de consideracion en la Caria y colonia de los Trecenios.

enojado dió orden á sus alabarderos que le buscasen al capitán de la nave, que se llamaba Scilaces, y hallándolo, mandóle poner atado en la portañola del remo infimo, en tal postura, que estando adentro el cuerpo sacase hácia fuera la cabeza. Así estaba puesto á la vergüenza el Scilaces, cuando va uno á avisar á Aristagoras y decirle cómo aquel Mindio su amigo y huésped le tenía Megabates cruelmente atado y puesto al oprobio. Al instante se presenta Aristagoras al Persa, y se empeña muy de véras á favor del capitán; nada puede alcanzar de lo que pide, pero va en persona á la nave y saca á su amigo de aquel infame cepo. Sabida la libertad que Aristagoras se había tomado, se dió Megabates por muy ofendido, y puso en él la lengua baja y villanamente.—«¿Y quién eres tú, le replicó Aristagoras, y qué tienes que ver en eso? ¿No te envié Artafernes á mis órdenes, para que vinieras donde quisiere yo conducirte? ¿para qué te metes en otra cosa?» Quedó Megabates tan altamente resentido de la osadía con que Aristagoras le hablaba, que venida la primera noche, despachó un barco para Naxos con unos mensajeros que descubrieran á los Naxios el secreto de cuanto contra ellos se disponia.

XXXIV. Ni por sombra había pasado á los Naxios por la mente que pudiera dirigirse contra ellos tal armada; pero lo mismo fué recibir el aviso que retirar á toda prisa lo que tenían en la campiña, y, acarreado á la plaza (1) todas las provisiones de boca, prepararse para poder sufrir un sitio prolongado, no dudando que se hallaban en visperas de una gran guerra. Con esto, cuando los enemigos salidos de Chio llegaron á Naxos con toda la armada, dieron contra hombres tan bien fortificados y prevenidos, que en vano fué estarles sitiando por cuatro meses ente-

(1) Nota Ateneo que los Naxios ricos vivían comunmente en la misma ciudad, dejando en las aldeas á la gente pobre, lo que asimismo sucedia en el Atica.

ros. Al cabo de este tiempo, como á los Persas se les fuese acabando el dinero que consigo habian traido, y Aristagoras hubiese ya gastado mucho de su bolsillo, viendo que para continuar el asedio se necesitaban todavía mayores sumas, tomaron el partido de edificar unos castillos en que se hiciesen fuertes aquellos desterrados, y resolvieron volverse al continente con toda la armada, malograda de todo punto la expedicion.

XXXV. Entónces fué cuando Aristagoras, no pudiendo cumplir la promesa hecha á Artafernes, viéndose agobiado con el gasto de las tropas que se le pedia, temiendo además las consecuencias de aquella su desgraciada expedicion, mayormente habiéndose enemistado en ella con Megabates, sospechando, en suma, que por ella seria depuesto del gobierno y dominio de Mileto; amedrentado, digo, con todas estas reflexiones y motivos, empezó á maquinár una sublevacion para ponerse en salvo. Quiso á más de esto la casualidad que en aquella agitacion le viniera desde Susa, de parte de Histieo, un enviado con la cabeza toda marcada con letras, que significaban á Aristagoras que se sublevase contra el rey. Pues como Histieo hubiese querido prevenir á su deudo que convenia rebelarse, y no hallando medio seguro para pasarle el aviso por cuanto estaban los caminos tomados de parte del rey, en tal apuro habia rasurado á navaja la cabeza del criado que tenía de mayor satisfaccion, habiale marcado en ella con los puntos y letras que le pareció, esperó despues que le volviera á crecer el cabello, y crecido ya, habiale despachado á Mileto sin más recado que decirle de palabra que puesto en Mileto pidiera de su parte á Aristagoras que, cortándole á navaja el pelo, le mirara la cabeza. Las notas grabadas en ella significaban á Aristagoras, como dije, que se levantase contra el Persa. El motivo que para tal intento tuvo Histieo, parte nacia de la pesadumbre gravísima que su arresto en Susa le ocasionaba, parte tam-

bien de la esperanza con que se lisonjaba de que en caso de tal rebelion sería enviado á las provincias marítimas, estando al mismo tiempo convencido de que á ménos que se rebelara Mileto, nunca más tendría la fortuna de volver á verla. Con estas miras despachó Histieo á dicho mensajero.

XXXVI. Tales eran las intrigas y acasos que juntos se complicaban á un tiempo alrededor de Aristagoras, quien convoca á sus partidarios, les da cuenta así de lo que él mismo pensaba como de lo que Histieo le prevenia, y empieza muy de propósito á deliberar con ellos sobre el asunto. Eran los más del parecer mismo de Aristagoras acerca de negar al Persa la obediencia; pero no así Hecateo el historiador, quien haciendo una descripcion de las muchas naciones que al Persa obedecian y de sus grandes fuerzas y poder, votó desde luégo que no les cumplia declarar la guerra á Darío, el gran rey de los Persas; y como viese que no era seguido su parecer, votó en segundo lugar que convenia hacerse señores del mar, pues absolutamente no veia cómo pudieran, á ménos de serlo, salir al cabo con sus intentos; que no dejaba de conocer cuán cortas eran las fuerzas de los Milesios, pero sin embargo, con tal que quisieran echar mano de los tesoros que en el templo de Bránchidas habia ofrecido el Lydio Creso, tenia fundamento de esperar que en fuerzas navales podrian ser superiores al enemigo; que en el medio que les proponia contemplaba doble ventaja para ellos, pues á más de servirse de dicho dinero en favor del público, estorbarian que no lo sacase el enemigo en daño de ellos. Ciertamente, como llevo dicho en mi primer libro, eran copiosos los mencionados tesoros. Por desgracia, tampoco fué seguido este segundo parecer, sino que quedó acordada la rebelion, añadiendo que uno de ellos se embarcase luégo para Miunte, donde aún se mantenía la armada vuelta de Naxos, y procurase poner presos á los capitanes que se hallaban á bordo de sus respectivas naves.

XXXVII. Enviado, pues, allá Yatrabortas con esta comision, apoderóse con engaño de la persona de Oliato el Melaseo, hijo de Ibánolis, de la de Histieo el Termerense (1), hijo de Timnes, de la de Coes, hijo de Exandro, á quien Darío habia hecho gracia del señorío de Mitilene, de la de Aristagoras el Címeo, hijo Heráclides, y otros muchos jefes. Levantado ya abiertamente contra Darío y tomando contra él todas sus medidas, lo primero que hizo Aristagoras fué renunciar, bien que no más de palabra y por apariencia, el dominio de Mileto, fingiendo restituir á los Milesios la libertad, para lograr de ellos por este medio que de buena voluntad le siguieran en su rebelion. Hecho esto en Mileto, otro tanto hacia en lo restante de la Jonia, de cuyas ciudades iba arrojando algunos de sus tiranos: áun más, á los caudillos que habia prendido sobre las naves de la armada que acababa de volver de Naxos, fué entregándolos á sus respectivas ciudades, cuyo dominio poseian, y esto con la dañada intencion de ganárselas á todas para su partido.

XXXVIII. Resultó de ahí que los Mitileneos, apénas tuvieron á Coes en su poder, sacándole al campo le mataron á pedradas, si bien los Címeos dejaron que se se fuese libre su tirano, sin usar con él de otra violencia. Otro tanto hicieron con sus respectivos señores las más de las ciudades, y cesó por entónces en todas ellas la tiranía ó dominio de un señor. Quitados ya los tiranos, dió orden el Milesio Aristagoras á todas aquellas ciudades, que cada cual nombrase un general de su propia milicia, y practicada esta diligencia, viendo que necesitaba absolutamente hallar algun aliado poderoso para su empresa, fuese él mismo para Lacedemonia en su galera en calidad de enviado de la Jonia.

(1) Milesio. ó, como ahora se llama, Melaso, era una rica ciudad de la Caria; Termera otra ciudad en los confines de la Caria y la Licia, cuyas ruinas no son acaso conocidas.

XXXIX. No reinaba ya en Esparta Anaxandrides, hijo de Leon, sino Cleomenes su hijo, el cual en atención á sus prendas y valor, si no al derecho de su familia, muerto su padre, habia sido colocado sobre el trono. Para manifestar el origen y nacimiento de Cleomenes, se debe saber que se hallaba primero casado Anaxandrides con una hija de su hermana, á quien por más que no le diera sucesion amaba tierna y apasionadamente. Viendo los Eforos lo que á su rey acontecia, le reconviniéron hablándole en esta forma:—«Visto tenemos cuán poco cuidas de tus verdaderos intereses: nosotros, pues, que ni debemos despreciarlos, ni podemos mirar con indiferencia que la sangre y familia de Euristenes acaben en tu persona, hemos tomado sobre ello nuestras medidas. Tú mismo ves por experiencia que no te da hijos esa mujer con quien estás casado; nosotros queremos que tomes otra esposa, asegurándote de que si así lo hicieras, darás mucho gusto á los Espartanos.» A tal amonestacion de los Eforos respondió resuelto Anaxandrides que ni uno ni otro haria, pues ellos exhortándole á tomar otra mujer dejando la presente, que no lo tenía en verdad merecido, le daban un consejo indiscreto que jamás pondria por obra, por más que se cansasen en inculcárselo.

XL. Tomando los Eforos y los Gerontes (ó senadores) de Esparta su acuerdo acerca de la respuesta y negativa del rey, de nuevo así le representan:—«Ya que tan apegado estás á la mujer con quien te hallas ahora casado, toma por los ménos estotro consejo que te vamos á proponer, y guárdate de porfiar en rechazarlo, ni quieras exponerte á que tomen los Espartanos alguna resolucion que no te traiga mucha cuenta. No pretendemos ya que te divorcies, ni que eches de tí á esa tu querida esposa; vive con ella en adelante, como has vivido hasta aquí, no te lo prohibimos; mas absolutamente queremos de tí que á más de esa estéril tomes otra mujer que sepa concebir.» Cediendo por

fin Anaxandrides á esta representacion, y casado con dos mujeres, tuvo desde entónces dos habitaciones establecidas, yendo en ello contra la costumbre de Esparta.

XLI. No pasó mucho tiempo, despues del segundo matrimonio, hasta que la nueva esposa dió á luz á Cleomenes, al mismo de quien ántes iba á hablar, y en él un sucesor á la corona. Al mismo tiempo hizo la fortuna que la primera mujer, ántes por largos años infecunda, se sintiera preñada: los parientes de la otra esposa á cuyos oidos llegó el nuevo preñado, alborotaban sin descanso, y gritaban que aquella se fingia en cinta con la mira de suponerse por hijo un parto ajeno; pero en realidad se hallaba la princesa embarazada. Quejándose, pues, altamente de aquella preñez simulada, movidos los Eforos de la sospecha de algun engaño, llegado el tiempo quisieron asistir en persona á la mujer en el acto mismo de parir. En efecto, parió ella la primera vez á Dorieo, y de otro parto consecutivo á Leonidas, y de otro tercero á Cleombroto, aunque algunos quieren decir que estos dos últimos fueron gemelos; y por colmo de singularidad, la quejosa madre de Cleomenes, la segunda esposa de Anaxandrides, hija de Prinetales y nieta de Demarmeno, nunca más volvió á parir de allí adelante.

XLII. De su hijo Cleomenes corre por muy valido que, nacido con vena de loco, jamás tuvo cumplido el seso, al paso que Dorieo salió un jóven el más cabal que se hallase entre los de su edad, lo que le hacía vivir muy confiado de que la corona recaeria en su cabeza. En medio de esta creencia, vió por fin que á la muerte de su padre Anaxandrides, atenedos los Lacedemonios á todo el rigor de la ley, nombraron por rey al primogénito Cleomenes, de lo cual dándose Dorieo por muy resentido y desdenándose de tener tal soberano, pidió y obtuvo el permiso de llevar consigo una colonia de Espartanos. En la fuga de su resentimiento, ni se cuidó Dorieo de consultar en Delfos al oráculo hácia qué tierra debería conducir la nueva colo-

nia, ni quiso observar ceremonia alguna de las que en tales circunstancias solian practicarse, sino que ligera y prontamente se hizo á la vela para Libia, conduciendo sus naves unos naturales de Tera. Llegó á Cinipe, y cerca de este rio, en el lugar más bello de la Libia, plantó luégo su nueva ciudad, de donde arrojado tres años despues por los Macas, naturales de la Libia, auxiliado por los Cartagineses, volvióse al Peloponeso.

XLIII. Allí un tal Anticares, de patria Eleorio, sugirióle la idea de que, ateniéndose á los oráculos de Layo, fundase á Heraclea en Sicilia, diciéndole que todo el territorio de Eris, por haberlo ántes poseido Hércules, era propiedad de los Heraclidas (1). Oida esta relacion, hace Dorieo un viaje á Delfos á fin de saber del oráculo si lograria en efecto apoderarse del país adonde se le sugería que fuese, y habiéndole respondido la Pythia afirmativamente, toma de nuevo aquel convoy que habia primero conducido á la Libia, y pártelo con él para Italia.

XLIV. Estaban cabalmente los Sibaritas en aquella sazón, segun cuentan ellos mismos, para emprender, con su rey Telis (2) al frente, una expedicion contra la ciudad de Crotona, cuyos vecinos con sus ruegos, nacidos del gran miedo en que se hallaban, alcanzaron de Dorieo que fuera á socorrerles; y fué el socorro tan poderoso, que llevando

(1) El derecho de Hércules sobre la region Ericina proviene, segun Diodoro Sículo, de haber aquel héroe vencido en la lucha á Eris, rey del país, y haber quedado señor del territorio que dejó en fideicomiso á los naturales, hasta tanto que algun hijo suyo viniera á reclamarle. Acerca de los oráculos de Layo ninguna noticia de ellos hallamos en otros autores.

(2) A este rey llama Diodoro Sículo «demagogo» ú orador público, como llamó tambien Aristóteles á Cipselo tirano de Corinto: en la democracia reinan comunmente los demagogos, y alguna vez de oradores pasan á ser tiranos. La famosa Sibaris, arruinada por los Crotoniatas y reedificada con el nombre de Turio, se cree que sea hoy la aldea Torre Brodoqueto, en la Calabria.

sus armas el Espartano contra la misma Sibaris, rindió con ellas la plaza, hazaña que los Sibaritas atribuyen á Dorieo y á los de su comitiva. No así los Crotoniatas, quienes aseguran y porfían que en dicha guerra contra los Sibaritas no vino á socorrerles ningun extranjero más que uno solo, que fué Calias el Adivino, natural de Elida y de la familia de los Yamidas; y de este dicen que se les agregó de un modo singular, pues estando ántes con Telis, señor de los Sibaritas, y viendo que ninguno de los sacrificios que éste hacía para ir contra Crotona le salia con buen auspicio, pasó fugitivo á los Crotoniatas, al ménos como ellos lo cuentan.

XLV. Y es extraño que entrambas ciudades pretendan tener pruebas y monumentos de lo que dicen, pues afirman los Sibaritas que, tomada ya la ciudad, consagró Dorieo un recinto, y edificó un templo cerca del rio seco que llaman Crastis, y lo dedicó á Minerva, por sobrenombre Crastia. Pretenden además ser la muerte de Dorieo manifiesta prueba de lo que dicen, queriendo que por haber obrado aquél contra el intento y prevencion del oráculo muriese de muerte desgraciada, pues si en nada se hubiera desviado Dorieo del aviso y promesa del oráculo, marchando á poner por obra la empresa para él destinada, sin duda, segun arguyen, se hubiera apoderado de la comarca Ericina y la hubiera disfrutado despues, sin que ni él ni su ejército hubiera allí perecido. Pero los Crotoniatas, por su parte, en el campo mismo de Crotona enseñan muchas heredades que se dieron entónces privativamente á Calias el Eleo en premio de sus servicios, cuyos nietos las gozan aún al presente, cuando no consta haberse hecho merced ni gracia alguna á Dorieo ni á sus descendientes. ¿Y quién no ve que si en la guerra sibarítica les hubiera asistido Dorieo, era consecuencia que se desprendia del asunto haber dado muchos más premios á aquél que al adivino Calias? Tales son las pruebas que una y otra ciudad

alegan á su favor; en mi opinion, puede cada uno asentir á la que más fuerza le hiciere.

XLVI. Vuelvo á Dorieo, en cuya comitiva se embarcaron otros Espartanos, como conductores de dicha colonia, que eran Tésalo, Parebates, Celeés y Eurileon. Habiendo, pues, arribado estos á Sicilia con toda su armada y convoy, acabaron allí sus dias á manos de los Fenicios y de los Egestanos (1), que les vencieron en campo de batalla, pudiéndose librar de la desgracia comun uno solo de los conductores, que fué Eurileon. Este jefe, recogidos los restos que del ejército quedaban salvos, se apoderó con ellos de Minoa, colonia de los Selinusios, y unido con éstos, les libró del dominio que sobre ellos tenia su soberano Pitágoras. Desgraciadamente, el mismo Eurileon, despues de haber acabado con aquel monarca, se apoderó de Selinunte, donde por algun tiempo reinó como soberano; motivo por el cual los Selinusios amotinados le quitaron la vida, sin que le valiese haberse refugiado al ara de Júpiter Agoreo.

XLVII. Iba en la comitiva de Dorieo un ciudadano de Cortona, por nombre Filipo, hijo de Butacides, y le acompañó asimismo en la muerte. Despues de haber contraido esponsales con una hija de Telis, rey de los Sibaritas, como no hubiese logrado Filipo casarse con dama tan principal, fuese de Crotona fugitivo corrido de la repulsa, y se embarcó para Cirene, de donde en una nave propia y con tripulacion mantenida á su costa salió siguiendo á Dorieo. Habia él llegado á ser *Olimpionica* (vencedor en los juegos olímpicos), tanto que su gentileza y bizarría

(1) Egesta ó Segesta, célebre ciudad de Sicilia entre el promontorio Lilibeo y Panormo, correspondia al lugar que se llama Bárbara. En cuanto á Minoa, que se llamó despues Heraclea, y á Selinunte, célebre colonia de los Megarenses, ambas hoy arruinadas, se hallaba la primera cerca del cabo Blanco, y la segunda en la Terra dei pulici, en la provincia de Mazara.

obtuvo de los Egestanos lo que ningún otro logró jamás, pues le alzaron un templo en el lugar de su sepultura, y como á un héroe le hacian sacrificios.

XLVIII. Tan desgraciado fin tuvo Dorieo, quien si quedándose en Esparta hubiera sabido obedecer á Cleomenes, llegara á ser rey de Lacedemonia, donde éste no reinó largo tiempo, muriendo sin sucesion varonil, y dejando solamente una hija llamada Gorgo.

XLIX. Pero volviendo ya al asunto, Aristagoras el tirano de Mileto llegó á Esparta, teniendo en ella el mando Cleomenes, á cuya presencia compareció, segun cuentan los Lacedemonios, llevando en la mano una tabla de bronce (á manera de mapa) (1), en que se veía grabado el globo de la tierra, y descritos allí todos los mares y rios; y entrando á conferenciar con Cleomenes, hablóle en esta forma:—«No tienes que extrañar ahora, oh Cleomenes, el empeño que me tomo en esta visita que en persona te hago, pues así lo pide sin duda la situacion pública del Estado, siendo para nosotros los Jonios la mayor infamia y la pena más sensible, de libres vernos hechos esclavos, no siéndolo ménos, por no decir mucho más, para vosotros el permitirlo, puesto que teneis el imperio de la Grecia. Os pedimos, pues, ahora, oh Lacedemonios, así os valgan y amparen los Dioses tutelares de la Grecia, que nos saqueis de esclavitud á nosotros los Jonios, en quienes no podeis ménos de reconocer vuestra misma sangre: porque en primer lugar os aseguro que para vosotros no puede ser más fácil y hacedera la empresa, pues que no son aquellos bárbaros hombres de valor, y vosotros sois en la guerra la tropa más brava del mundo. ¿Quereis ver claramente lo que afirmo? En las batallas las armas con que pelean son

(1) Esta especie de mapas ó *pinax*, tablas de bronce grabadas con los nombres de rios, mares y naciones, ¿no darian lugar á las pinturas de varios colores usadas en los libros y códices antiguos?

un arco y un dardo corto, y aún más, entran en combate con largas túnicas y turbantes en la cabeza. Mira cuán fácil cosa será vencerles. Quiero que sepas, en segundo lugar, cómo los que habitan aquel continente del Asia poseen ellos solos más riquezas y conveniencias que los demás hombres de la tierra juntos, empezando á contar del oro, plata, bronce, trajes y adornos varios, y siguiendo despues por sus ganados y esclavos, riquezas todas que como de véras las queráis, podeis ya contarlas por vuestras. Quiero ya declararte la situacion y los confines de las naciones de que hablo. Con estos Jonios que ahí ves (esto iba diciendo mostrando los lugares en aquel globo de la tierra que en la mano tenia, grabado en una plancha de bronce), con estos Jonios confinan los Lydios, pueblos que poseyendo una fertilísima region no saben qué hacerse de la plata que tienen: con esos Lydios, continuaba el geógrafo Aristagoras, confinan por el Levante los Frigios, de quienes puedo decirte que son los hombres más opulentos en ganados, en granos y en frutos de cuantos sepa. Pasando adelante, confinan ahí con los Frigios los Capadocios, á quienes llamamos Sirios, cuyos vecinos son los Cilices, pueblos que se extienden hasta las costas del mar, en que cae la isla de Chipre que ahí ves, los cuales quiero que sepas que contribuyen al rey con 500 talentos ánuos: confinan con los Cilices esos Armenios, riquísimos ganaderos, con quienes alindan los Matienos, cuya es esa region. Síguelos inmediatamente esa provincia de la Cisia, y en ella á las orillas del rio Coaspes está situada la capital de Susa, que es donde el gran rey tiene su corte, y donde están los tesoros de su erario; y me atrevo á asegurarte que como tomeis la ciudad que ahí ves, bien podeis apostároslas en riquezas con el mismo Júpiter. ¿No es bueno, Cleomenes, que vosotros los Lacedemonios, á fin de conquistar dos palmos más de tierra, y esa no más que mediana, os empeñeis así contra los Mesinos, que bien os

resisten, como contra los Arcades y los Argivos, pueblos que no tienen en casa ni oro ni plata, que son conveniencias y ventajas por cuyo alcance puede uno con razon y suele morir con las armas en la mano, al paso que pudiendo con facilidad, sin esfuerzos ni trabajo, haceros dueños desde luego del Asia entera, no querais correr tras esta presa sino ir en busca de no sé qué bagatelas y raterías?»

L. Así terminó Aristagoras su discurso, á quien brevemente respondió Cleomenes:—«Amigo Milesio, pensaré sobre ello: despues de tres dias volverás por la respuesta.» En estos términos quedó por entónces el negocio. Llega el dia aplazado; concurre Aristagoras al lugar destinado para saber la respuesta, y le pregunta desde luego Cleomenes cuántas eran las jornadas que habia desde las costas de Jonia hasta la corte misma del rey. Cosa extraña: Aristagoras, aquel hombre por otra parte tan hábil y que tan bien sabia deslumbrar á Cleomenes, tropezando aquí en su respuesta, destruyó completamente su pretension; porque no debiendo decir de ningun modo lo que realmente habia, si queria en efecto arrastrar al Asia á los Espartanos, respondió con todo francamente que la subida á la corte del rey era viaje de tres meses. Cuando iba á dar razon de lo que tocante al viaje acababa de decir, interrúmpele Cleomenes el discurso empezado, y le replica así:—«Pues yo te mando, amigo Milesio, que ántes de ponerse el sol estés ya fuera de Esparta. No es proyecto el que me propones que deban fácilmente emprender mis Lacedemonios, queriéndomelos apartar de las costas á un viaje no ménos que de tres meses.» Dicho esto, le deja y se retira á su casa.

LL. Viéndose Aristagoras tan mal despachado y despedido, toma en las manos en traje de suplicante un ramo de olivo, y refugiándose con él al hogar mismo de Cleomenes, le ruega por Dios que tenga á bien oírle á solas, haciendo retirar de su vista aquella niña que consigo tenía, pues se hallaba casualmente con Cleomenes su hija Gorgo, de

edad de 8 á 9 años, única prole que tenía. Respondele Cleomenes que bien podia hablar sin detenerse por la niña de cuanto quisiera decirle. Al primer embite ofrócele, pues, Aristagoras hasta 10 talentos, si consentia en hacerle la gracia que le pidiera: rehúsalos Cleomenes, y él, sabiendo siempre de punto la promesa, llega á ofrecerle hasta 50 talentos. Entónces fué cuando la misma niña que lo oia:—«Padre, le dijo, ese forastero, si no le dejais presto, yéndoos de su presencia, logrará al cabo sobornaros por dinero.» Cayéndole en gracia á Cleomenes la simpleprevencion de la niña, se retiró de su presencia pasando á otro aposento. Precicado con esto Aristagoras á salir de Esparta, no tuvo lugar de hablarle otra vez para darle razon del largo camino que habia hasta la corte del rey.

LII. Voy á explicar lo que hay en realidad acerca de dicho viaje. Por toda aquella carrera, caminando siempre por lugares poblados y seguros, hay de órden del rey distribuidas postas y belios paradores; las postas para correr la Lydia y la Frigia son veinte, y con ellas se corren noventa y cuatro parasangas y media. Al salir de la Frigia se encuentra el rio Halis, que tiene allí sus puertas, y en ellas hay una numerosa guarnicion de soldados, siendo preciso que transite por allí el que quiera pasar aquel rio. Entrado ya en Capadocia, el que la quisiere atravesar toda hasta ponerse en los confines de la Cilicia, hallará veinte y ocho postas y correrá con ella ciento cuatro parasangas. En las fronteras de Cilicia se pasa por dos diferentes puertas y por dos cuerpos de guardia en ellas apostados. Saliendo de estos estrechos de Capadocia y caminando ya por la misma Cilicia, hay tres postas que hacer y quince parasangas y media que pasar. El término entre Cilicia y Armenia es un rio llamado Eufrates, que se pasa con barca. Encuéntranse en Armenia quince mesones con sus quince postas, con las cuales se hacen de camino cincuenta y seis parasangas y media. Cuatro son los rios que por necesidad

han de pasarse con barca, recorriendo la Armenia: el primero es el Tigris propiamente dicho; el segundo y tercero llevan tambien el nombre de Tigris, no siendo unos mismos con el primero, ni saliendo de un mismo sitio, pues el primer Tigris baja de la Armenia, al paso que los otros dos que se hallan despues de él bajan de los Matienos; el cuarto rio, que lleva el nombre de Gindes, es el mismo que sangró Ciro en 370 canales (1). Dejando la Armenia, hay en la provincia Matiena, donde se entra inmediatamente, cuatro postas que correr. Pasando de esta á la region Cisia, se encuentran en ella once postas, y se corren cuarenta y dos parasangas y media, hasta que por fin se llega al rio Coaspes, que se pasa con barca, y en cuyas orillas está edificada la ciudad de Susa. En suma, suben á ciento once todas las postas, á las que corresponden otros tantos mesones y paradores al viajar de Sardes á Susa (2).

LIII. Ahora, pues, si se tomaren bien las medidas de dicha carrera ó camino real, contando por parasangas y dando á cada una treinta estadios, que son los que realmente contiene, se hallará que hay cuatrocientos cincuenta parasangas, y en ellas trece mil quinientos estadios,

(1) Dúdase qué rios fuesen los dos Tigris menores, á no ser el Lico y el Caper, llamados hoy dia, aquel el Zab mayor, y éste el pequeño Zab. Al Gindes no le dan nombre los modernos, pues quizá dividido por Ciro en 370 acequias perdió su curso antiguo ó del todo desapareció.

(2) En el imperio Romano, como en casi toda la Europa moderna, estaban tambien en uso tales postas públicas con sus paradores, ya para pernoctar, ya para mudar de caballerías. Por lo comun, á cada posta correspondian cinco parasangas, á cada parasanga treinta estadios, y ocho estadios á cada milla, aunque se halla alguna variacion en los autores. Los números en el texto están sin duda equivocados, pues el total no se ajusta con las partidas, faltando á la suma treinta postas, y no resultando de las partidas más que trescientas treinta y seis parasangas, en vez de las cuatrocientas cincuenta que deduce el autor.

yendo de Sardes hasta los palacios Memnonios, que así llaman á Susa, de donde haciendo uno por dia el camino de ciento cincuenta estadios, se ve que deben contarse para aquel viaje noventa dias acbales.

LIV. Así que muy bien dijo Aristagoras el Milesio en la respuesta dada al Lacedemonio Cleomenes, que era de tres meses el viaje para subir á la corte del rey. Mas por si acaso desea alguno una cuenta áun más precisa y exacta, voy á satisfacer luégo á su curiosidad: añádame éste, como debe sin falta añadir á la cuenta de arriba, el viaje que hay que hacer desde Efeso hasta Sardes; digo, pues, ahora que desde el mar de la Grecia Asiática, ó desde las costas de Efeso, hay catorce mil cuarenta estadios hasta la misma Susa, ó llámese ciudad Memnonia, siendo quinientos cuarenta estadios los que realmente se cuentan de Efeso á Sardes, y con estos alargaremos tres dias más el citado viaje de tres meses.

LV. Volvamos á Aristagoras, que saliendo de Esparta aquel mismo dia, tomó el camino para Atenas, ciudad libre ya entónces, habiendo sacudido el yugo de sus tiranos del modo siguiente: Aristogiton y Harmodio, dos ciudadanos descendientes de una familia Gerifea, habian dado muerte á Hiparco, hijo de Pisistrato y hermano del tirano Hippias, el cual entre sueños habia tenido una clarísima vision del desastre que le esperaba. Despues de tal muerte sufrieron los Atenienses por espacio de cuatro años el yugo de la tiranía, no ménos que ántes, ó por decir mejor, sufrieron mucho más que nunca.

LVI. Hé aquí cómo pasó lo que empecé á decir de la vision que tuvo Hiparco entre sueños. Parecíale en la vispera misma de las fiestas Panateneas, que poniéndosele cerca un hombre alto y bien parecido, le decia estas enigmáticas palabras: —«*Sufre, leon, un azar insufrible; súfrelo mal que te pese; nadie haga tal, ó nadie deje de pagarlo.*» No bien amaneció al otro dia, cuando Hiparco consultó pú-

blicamente con los intérpretes de sueños su nocturna vision; pero sin cuidarse de conjurarla desde luégo, fué á la procesion de aquélla fiesta y en ella pereció.

LVII. Acerca de los Gerifeos, de cuya ralea fueron los asesinos de Hiparco, dicen ellos mismos tener de Eritrea su origen y alcurnia; pero, segun averigüé por mis informes, no son sino Fenicios de prosapia, descendientes de los que en compañía de Cadmo vinieron al país que llamamos al presente Beocia, donde fijaron su asiento y habitacion, habiéndoles cabido en suerte la comarca de Tanagra (1). Echados los Cadmeos de dicho país por los Argivos, fueron despues los Gerifeos arrojados del suyo por los Beocios, y con esto se refugiaron al territorio de los Atenienses, los cuales concediéronles naturalizacion entre sus ciudadanos, si bien con algunos pactos y condiciones, intimándoles que se abstuviesen de ciertas cosas, que no eran pocas, pero que no merecen la pena de ser referidas.

LVIII. Ya que hice mencion de los Fenicios venidos en compañía de Cadmo, de quienes descendian dichos Gerifeos, añado que entre otras muchas artes que enseñaron á los Griegos establecidos ya en su país, una fué la de leer y escribir, pues ántes de su venida, á mi juicio, ni áun las figuras de las letras corrian entre los Griegos (2). Eran es-

(1) Ciudad de la Beocia, al presente Anatoria.

(2) Mucho se disputó entre los eruditos acerca del primer hombre que inventó las letras, y del primer pueblo que las usó y las comunicó á los demas. Josefo concede á los antediluvianos el arte de escribir, conservado despues en los Noaquidas, especialmente en los que permanecieron en las metrópolis del Asia, opinion en que me afirmo viendo que las naciones más antiguas de Europa usaban de los caracteres y letras fenicias y pelásgicas, las cuales, aunque creo con algunos eruditos que eran conocidas entre los Griegos ántes de Cadmo, tambien parece que unas y otras no serían muy diferentes de las sirias y hebreas, pues en las inscripciones más antiguas de Grecia se escribia de derecha á izquierda al modo de los orientales, y Plutarco dice que aquellos caracteres

tas, en efecto, al principio las mismas que usan todos los Fenicios, aunque andando el tiempo, segun los Cadmeos fueron mudando de lenguaje, mudaron tambien la forma de sus caracteres. Los Jonios, pueblo griego, eran comarcanos por muchos puntos en aquella sazón con los Cadmeos, de cuyas letras, que habian aprendido de estos Fenicios, se servian, bien que mudando la formacion de algunas pocas, y segun pedia toda buena razon, al usar de tales letras las llamaban letras fenicias, como introducidas en la Grecia por los Fenicios. A los biblos (ó libros de papel) los llaman asimismo los Jonios anticuadamente *difteras* (ó pergaminos), porque allá en tiempos antiguos, por ser raro el biblo ó papel, se valian de pergaminos de pieles de cabra y de oveja, y áun en el dia son muchas las naciones bárbaras que se sirven de *difteras*.

LIX. Yo mismo ví por mis propios ojos en Tebas de Beocia, en el templo de Apolo el Ismenio, unas letras cadmeas grabadas en unas tripodes, y muy parecidas á las letras jonias: una de las tripodes contiene esta inscripcion:—*«Aquí me colocó Anfitrión, vencedor de los Teloboas.»* La dedicacion de ella sería hácia los tiempos de Layo, hijo de Lábdaco, nieto de Polidoro y biznieto de Cadmo.

LX. Otra de las mencionadas tripodes dice así en verso exámetro:—*«Á ti, sagitario Febo, me consagró Scéo, luchador victorioso por lucidísima joya.»* Debió de ser dicho Scéo el hijo de Hipócrates (1), á no ser que hiciese tal ofrenda algun otro del mismo nombre de Scéo, hijo de Hipócrates, que vivia en tiempo de Edipo, hijo de Layo.

LXI. Hé aquí lo que dice otra tercera tripode, tambien en verso exámetro:—*«Reinando solo Laodamante, regaló*

eran muy semejantes á los egipcios. El alfabeto introducido por Cadmo no se componia más que de diez y seis letras, pues las otras cinco se inventaron algo despues.

(1) Esceo y su padre Hipocoonte fueron ambos muertos por Hércules.

al Dios Apolo, certero en sus tiros, esta trípode, linda presea.» En tiempo de este Laodamante, hijo de Eteocles, que mandaba solo entre los Cadmeos, fué cabalmente cuando éstos, echados de su patria por los Argivos, se refugiaron á los pueblos llamados Euqueleas (1), si bien quedando por entónces los Gerifeos en su país, sólo algun tiempo despues fueron obligados por los Beocios á retirarse á Atenas. Tienen los Gerifeos construidos en Atenas templos particulares en que nada comunican con ellos los demas Atenienses, siendo santuarios de ritos separados, de los cuales es uno el templo de Céres Acaica con sus orgías ó misterios propios.

LXII. Hasta aquí llevo dicho cuál fué la vision que tuvo Hiparco entre sueños, y de dónde los Gerifeos, de cuya raza fueron los matadores de Hiparco, eran oriundos en lo antiguo. Ahora será bien volver á tomar ya el hilo de la narracion comenzada, y acabar de declarar lo que decia sobre el modo con que se libraron por fin los Atenienses del yugo de sus tiranos. Sucedió, pues, que siendo Hippias tirano en Atenas, y estando muy irritado contra aquel pueblo á causa del asesinato cometido en Hiparco su hermano, procuraban en tanto con todas véras y por todos los medios posibles volver á su patria los Alcmeonidas, familia de Atenas echada de allí por los hijos de Pisistrato, y lo mismo procuraban con ellos otros desterrados. Viendo los Alcmeonidas cuán mal les habia salido la tentativa, á fin de volver á la patria y procurar la libertad de Atenas, fortificados en un lugar llamado Lipsidrio, sobre el monte Parnetes, no dejaban piedra por mover para dañar á los Pisistrátidas. En tal estado, concertándose con los Anfictio-

(1) Eran los Euqueleas un pueblo de la Iliria ó Esclavonia, donde habia mandado ya Cadmo, y en el cual hallaron refugio los Cadmeos arrojados por los Argivos, á cuyo frente habian venido los Egígonos ó hijos de los capitanes muertos ántes en el sitio de Tébas.

nes, tomaron á su cargo levantar el templo que al presente hay en Delfos y que entónces no existia : siendo, pues, hombres opulentos y de una familia de tiempo atrás muy ilustre, hicieron el templo mucho más bello y lucido de lo que requería ajustado al modelo, así en las partes de la fábrica, como en el frontispicio singularmente, pues estando en la contrata que el templo debería ser de mármol Porino, hicieron la fachada de mármol Pario.

LXIII. Estando, pues, de asiento en Delfos estos hombres, segun cuentan los mismos Atenienses, obtuvieron de a Pythia, sobornada á fuerza de dinero (1), que siempre que vinieran los Espartanos á consultar el oráculo, ya fuera privada, ya pública la consulta, les diera por respuesta que la voluntad de los dioses era que libertasen á Atenas. Viendo los Lacedemonios cómo siempre se les inculcaba aquel recuerdo de parte del oráculo, enviaron por fin al frente de un ejército á uno de los principales personajes de su ciudad, llamado Anquimolio, hijo de Astero, y le dieron orden de que echase de Atenas á los hijos de Pisistrato, aunque fueran éstos sus mayores amigos y aliados, teniendo más cuenta con la voluntad de Dios que con la amistad de los hombres. Enviado por mar con su escuadra dicho general, y dando fondo en Falero, desembarcó allí sus tropas. Informados á tiempo los Pisistrátidas de la expedición contra ellos prevenida, llamaron las tropas auxiliares de la Tesalia, con las cuales tenían contraída alianza. Implorados los Tésalos, enviaron allá de comun acuerdo del Estado mil caballos conducidos por su rey Cineas, que era de patria Cónico (2). Recibido, pues, dicho socorro, to-

(1) No fué éste el solo ejemplo de soborno en la Pythia, cuya venalidad hacía decir á Demóstenes que *filipisaba*, y ha dado ocasión á la opinion, por otra parte insostenible, de Fontenelle y algunos otros, de que los oráculos todos eran obra de industria y artificio humano, sin intervención alguna del demonio.

(2) Acaso deberá decir Gonio, de Gono, ciudad de los Parreños.

maron los Pisistrátidas el expediente de arrasar cuantos árboles había en las llanuras de los Falereos, con la mira de dejar aquel campo libre y expedito para que pudiese obrar en él la caballería, la cual, en efecto, habiendo embestido despues por aquel paraje y dejándose caer sobre el campo del enemigo, entre otros estragos que hizo en los Lacedemonios fué muy considerable el dar muerte al general de éstos, Anquimolio, obligando juntamente al resto de la armada á refugiarse en sus naves; y con esto hubo de retirarse de Atenas la primera armada enviada allá por los Lacedemonios. El sepulcro de Anquimolio se ve al presente en Alopecas, uno de los pueblos del Atica, cerca del Heraclio (ó templo de Hércules), situado en Cinosartes.

LXIV. De resultados de este destrozó enviaron los Lacedemonios contra Atenas segunda armada, más numerosa que la primera, conducida por su rey Cleomenes, hijo de Anaxandrides, embistiendo á los enemigos no por mar como ántes, sino por tierra. Fué entónces tambien la caballería tésala la primera en trabar el choque con los Lacedemonios, apénas entrados en el Atica; pero sin hacerles mucha resistencia volvió luégo las espaldas, y dejando caidos en el campo á más de cuarenta de los suyos, volvieron los demás en derechura á Tesalia. Llevando consigo Cleomenes á los Atenienses que se declaraban por la libertad de la república, y llegándose á la ciudad de Atenas, empezó á sitiar á los tiranos, que se habian retirado al fuerte Pelásgico.

LXV. No era natural que fueran los Pisistrátidas en aquella sazón echados de la patria por los Lacedemonios, así porque éstos no llevaban ánimo por su parte de emprender un largo sitio, como por hallarse aquellos por la suya bien apercebidos de víveres para resistirlo; ántes era sin duda lo más probable, que despues de unos pocos dias de asedio partieran otra vez hácia Esparta: entónces cierto

acaso ocasionó la ruina á los sitiados y dió justamente á los sitiadores la victoria, porque quiso la fortuna que los tiernos hijos de los Pisistrátidas, al tiempo de ser llevados fuera del país para su resguardo y seguridad, diesen en manos de los enemigos. Este acaso de tal manera desconcertó las miras de los sitiados y abatió sus bríos, que vinieron en ajustar el rescate y libertad de sus hijos con las condiciones que quisieron imponerles los Atenieses, las cuales fueron que dentro del término de cinco dias salieran del Atica los sitiados. Habiendo, pues, reinado en Atenas por espacio de 36 años, salieron de ella y se retiraron á Sigeo, ciudad situada sobre el rio Escamandro. Eran los Pisistrátidas oriundos de Pilo y descendientes de los Nélidas, de quienes vinieron asimismo Codro y Melanto, primeros reyes extranjeros que hubo en Atenas (1): de suerte que el motivo de que Hipócrates pensase en poner á su hijo el nombre de Pisistrato fué la memoria de que se llamó Pisistrato el hijo de Nestor, queriendo que del mismo modo se llamase tambien el suyo. En suma, del modo referido se vieron libres los Atenieses de la tiranía; pero quiero añadir cuanto este pueblo, puesto ya en libertad, hizo ó padeció digno de la historia, ántes que la Jonia se sublevase contra Darío y viniera con esta ocasion á Atenas Aristagoras el Milesio para pedirles ayuda y socorro.

LXVI. Despues que Atenas, ciudad ya de ántes muy grande, arrojó de sí á sus tiranos, vino á hacerse mucho mayor. Dos eran en ella los jefes y partidarios que más poder y mando tenian: uno Clisternes, de la fami-

(1) La conquista del Peloponeso por los Heráclidas hizo que pasaran á Atenas muchas familias distinguidas, entre ellas Melanto, natural de Messenia, que llegó á ser rey de Atenas, sucediéndole en el trono su hijo Codro, que se inmoló por su patria contra los mismos Heráclidas. De la misma familia de Nestor fueron Alcmeon y Peon, arrojados de Micenas, que trasplantaron á Atenas sus más ilustres estirpes.

lia de los Almonidas, de quien dice la fama que supo sobornar á la Pythia; el otro Isagoras, hijo de Tisandro, sujeto de una casa verdaderamente ilustre, aunque ignoro de qué raza saliesen sus antepasados: sé únicamente que suelen los de su parentela sacrificar á Júpiter el Cario, de quien son muy devotos (1). Estos dos eran, pues, los caudillos de dos facciones en la república. Hallábase Clístenes abatido; mas habiendo sabido ganarse después á la plebe, logró formar diez *philas* (ó tribus), de cuatro que sólo había primero en todo el Estado. Quitó, pues, los nombres que tenían ántes las cuatro *philas* tomadas de los hijos de Yon, que eran ántes los de los Geleontas, de los Egiconis, de los Ergadas y de los Opletetes (2), y en lugar de ellos introdujo los nombres de otros héroes patrios con que distinguir sus nuevas *philas*, á excepcion de Eanté solo, cuyo nombre añadió á los demas por haber sido vecino y aliado de los Atenieses.

LXVII. Mucho habria de engañarme si no quiso nuestro Clístenes imitar en esta parte á su abuelo materno Clístenes, que habia sido señor de Sición (3). Después de haber guerreado con los Argivos, el viejo Clístenes procuró dos cosas en descrédito de sus enemigos, una quitar de Si-

(1) Nótese la malignidad de Herodoto insinuando astutamente que Isagoras era de raza de Carios, es decir, de esclavos ó de gente vil, como eran reputado en Grecia los Carios.

(2) Que estos fuesen los nombres de las cuatro filas lo convence el que el conde de Cailus en sus antigüedades haya descubierto que las cuatro tribus tenían en Cícico los mismos que en Atenas; pero es dudoso que estos fuesen tomados de los hijos de Yon, y no más bien de los oficios que ejercian las tribus, pues *Geleontas* equivale á nobles, *Egiconis* á cabreros, *Ergadas* á labradores y *Opletetes* á soldados.

(3) Parece, según Aristóteles, que este Clístenes era de la familia de Ortágoras que por cien años obtuvo el dominio en Sición, cuyos tiranos fueron Pirro, Aristonimo y Clístenes. La ciudad de Sición, con el nombre moderno de Basilica, en Morea; no es más que un monton de nobles ruinas, donde viven unas pocas familias.

cion un certámen que hacian en ella los Rápsodas (1) recitando los versos de Homero, á causa de ser en tales versos los Argivos los que se llevaban entre todos la palma de los elogios del poeta; la otra ver cómo podria acabar al fin con el culto que daban los Sicionios á Adrasto, hijo de Talao, cuyo templo tenian levantado en su misma plaza por ser Argivo. Consultó, pues, en un viaje que hizo á Delfos,—*«si sería razon echar á Adrasto de la ciudad,»*—pero tuvo la mortificacion de oir de boca de la Pythia esta respuesta en tono de oráculo:—*«Que Adrasto habia sido rey de los Sicionios y él era el verdugo de ellos.»* Viendo que no condescendia Apolo con su pretension, vuelto de su romería empezó á discurrir de qué medio se valdria para lograr que el héroe Adrasto se fuese por sí mismo de la ciudad. Despues que le pareció haber dado ya con un buen arbitrio para salir con su intento, dirige enviados á Tebas de Beocia, y manda decir á aquellos ciudadanos, que su deseo sería poder restituir á Sicion al hijo de Acasto, llamado Menalippo. Obtiene tal gracia de los Tebanos (2), y habiendo restituido á Menalippo erigió para él un templo en el mismo Pritaneo, y fijó allí su estancia en un sitio muy fortificado. El motivo que tenía Clistenes para restituir á Menalippo, puesto que es preciso que aquí se declare, no era otro que el haber sido éste el mayor enemigo de Adrasto, á cuyo hermano Mecistes y á su yerno Tides habia dado la muerte. Luégo que tuvo edificado su nuevo templo, quitó Clistenes los sacrificios y fiestas que solian ha-

(1) Recitadores y cantores de los versos de Homero, de Hesiodo y de Archiloco, especie de juglares errantes, antiquísimos en Grecia, cuyas rapsodias serian semejantes á nuestros romances caballerescos.

(2) No se comprende de qué gracia hable el autor, si no se supone que Clistenes pretendiese traspasar desde Tebas á Sicion la estatua ó tal vez las reliquias de Menalippo, pues si se tratara del simple culto de este héroe, no vemos para qué necesitara del permiso de los Tebanos.

cerse á Adrasto y los apropió á Menalippo. Era ántes realmente grande la solemnidad y culto con que solian los Sicionios venerar á Adrasto, movidos á ello por saber que su region en lo antiguo habia sido de Polibo, de cuya hija habiendo nacido Adrasto, fué declarado heredero del reino, por haber muerto Polibo sin sucesion varonil. Entre otras honras que tributaban á Adrasto los de Sicion, una era la representacion de sus desgracias en unos coros ó danzas trágicas (1), de modo que sin tener coros consagrados á Baco festejaban ya con ellos á su Adrasto: manda, pues, Clístenes que se conviertan aquellos coros en cantos de Baco, y lo demas de la fiesta y de los sacrificios en honra de Menalippo, en lo cual vinieron á parar todas las maquinaciones de Clístenes contra Adrasto.

LXVIII. Hizo aún más contra los Argivos. Mantenian los Sicionios en sus *philas* los mismos nombres que tenian los Argivos en las suyas: muda, pues, Clístenes el nombre á las *philas* sicionias, de suerte que las puso muy en ridículo; porque sacando aparte á los de su misma *phila*, á quienes dando un nombre tomado de la voz *Arche* (principado) llamó *Arquelaos* (principes del pueblo), dió á las otras *philas* nombres sacados de las palabras *His* (puerco) y *Onos* (asno), añadiéndoles únicamente la terminacion derivada, de modo que á los unos llamó los *Hiatas*, á otros los *Oneatas*, y á los restantes los *Eoircatas* (porquerizos), nombres que los buenos Sicionios mantuvieron en sus *philas*, no sólo en el reinado de Clístenes, pero aún unos 60 años despues de su muerte, hasta tanto que volvieron en sí, y trocando tales apodos, se llamaron *los Hileas*, *los Pamfilos*, *los Dimanatas*, y los de la cuarta *phila*, tomando

(1) Esto confirma la opinion de Temistío de que la tragedia debe á los Sicionios su invencion, y su perfeccion á los Atenienenses; y si se atiende al origen que debió tener este lúgubre poema, parecerá probable que de estos cantos elegíacos de los Sicionios aprendiese Tespis á formar sus tragedias algo mejor arregladas.

el nombre de Egialeo, hijo de Adrasto, hicieron llamarse los Egialeas (1).

LXIX. Como Clistenes el Sicionio hubiese, pues, introducido esta novedad en las *philas*, Clistenes el Ateniese, que siendo por su madre nieto del Sicionio llevaba su mismo nombre, á lo que se me alcanza, quiso imitar en este punto á su abuelo y tocayo, haciendo en descrédito y mengua de los Jonios que las *philas* de Atenas no retuviesen un nombre comun con el de las suyas (2). Atraído, pues, á su bando todo el vulgo de los Atenieses, que ántes le era muy contrario, aumentó el número de las *philas* trocándoles á todas el nombre; así que en lugar de cuatro que ántes eran los *philarcas* (jefes de las tribus), instituyó diez, y á más de esto en cada *phila* señaló diez *demos* (3) (ó distritos). De donde resultó que su partido, habiéndose ganado así al pueblo bajo, fuera muy superior al de sus contrarios.

LXX. Pero Isagoras, su rival político, viéndose inferior á Clistenes, supo urdirle una buena. Acudió, pues, á la pro-

(1) Pudo tambien tomar este nombre de la misma region llamada *Egialos* en lo antiguo.

(2) Las denominaciones de las cuatro *philas* antiguas de Atenas habian venido de Yon, hijo de Xixto, rey de Acaya, por su matrimonio con Helice, heredera del Estado, y las habian substituido los Atenieses á los nombres de las cuatro órdenes de *Cecropias*, *Autóctonas*, *Acteos* y *Paralios* en que Cécrope los habia distribuido. Verificóse esta primera variacion, ó bien viviendo aún Yon, en tiempo de Creteo, ó bien despues cuando el rey Melanto acogió en Atenas á los Jonios echados de Acaya por los Aqueos.

(3) Los eruditos se dan tormento para interpretar este pasaje de Herodoto. Contándose en lo antiguo 120 *demos*, nombre que significa no un pueblo, sino una comarca de pueblos ó distrito, ni es posible que de cada *demo* se hiciese una *phila*, que sólo eran diez ni que se repartiesen diez *demos* á cada *phila*, pues entónces sobrarian 20 *demos* todavía. Todo puede explicarse, sin embargo, si nos acordamos de que con el tiempo se añadieron á los diez *philas* otras dos, en las cuales entraron los 20 *demos* sobrantes.

teccion de Cleomenes, su antiguo huésped, y amigo ya desde el tiempo del sitio que éste puso contra los hijos de Pisistrato: ni faltaban malignos que decian de Cleomenes haber sido buen compadre de Isagoras, á cuya mujer solia visitar á menudo. Cleomenes, por medio de un heraldo que destinó á Atenas, intimó á Clistenes que en compañía de otros muchos Atenienses salieran de la ciudad, por ser así él como los demas que nombraba unos *enageas* (ó malditos y excomulgados), color que daba á su edicto por insinuacion de Isagoras, pues los Alceonidas con los de su faccion eran mirados en Atenas como reos de cierta muerte sacrilega, de la cual no habian sido cómplices Isagoras ni su bando.

LXXI. La accion por la que merecieron los Alceonidas la nota de malditos fué la siguiente: Habia entre los Atenienses un tal Cilon, famoso vencedor en los juegos olimpicos, convencido de haber procurado levantarse con la tiranía de Atenas, pues, habiendo reunido una faccion de hombres de su misma edad, intentó apoderarse del alcazar de la ciudad. Pero como le hubiese salido mal la tentativa, refugióse Cilon á sagrado, cerca de la estatua de Minerva. Los Pritanes de los Naucararos (los presidentes de los magistrados) que á la sazón mandaban en Atenas, sacaron de aquel asilo á los refugiados bajo la fe pública de que no se les daría muerte: mas no obstante esta promesa se les hizo morir, de cuyo atentado se culpaba á los Alceonidas (1). Este caso era antiguo y anterior á la época de Pisistrato.

LXXII. No contento Cleomenes con haber mandado echar de Atenas á Clistenes y á los demas proscritos, por más que éstos se hubiesen ya ausentado, se presentó allá

(1) Esta historia se lee más circunstanciada en Tucídides, que en este pasaje olvidó su concision y austeridad para dar una narracion florida y amena.

en persona con un pequeño cuerpo de tropas. Llegado á Atenas, exterminó luégo de ella á 700 familias atenienses, las que Isagoras le fué sugiriendo: despues de este primer paso emprendió abolir el Senado, y dar el mando y magistraturas á 300 sujetos partidarios todos de Isagoras. Amotinado de resultas de esta violencia el Senado y no queriendo estar á las órdenes de Cleomenes, ayudado éste por Isagoras y por los de su partido apodérose de la ciudadela, donde los Atenienses de la faccion contraria, habiéndole tenido sitiado por espacio de dos dias, capitulando al tercero, convinieron en que los Lacedemonios todos de la ciudadela salieran de allí bajo la fe pública del salvoconducto. Cumplióse á Cleomenes en esta salida el agüero que voy á referir: luégo que subió al alcázar con ánimo de apoderarse de él, se fué en derechura al mismo camarín de la diosa (Minerva), como para visitarla pia y religiosamente. Al punto mismo que lo ve la sacerdotisa, levantada de su asiento, y ántes que pasara el umbral del santuario, con tono fatidico:—«Vuélvete atrás, le dice, Lacedemonio forastero, vuélvete: ni pretendas entrar en este sagrario, donde no es lícito que entren los Dorios.—Pues sábeta, mujer, le responde Cleomenes, que yo no soy Dorio sino Aqueo (1).» De suerte que por no haber contado entónces con aquella mal augurada palabra «vuélvete atrás,» tuvo despues Cleomenes que dar la vuelta desgraciadamente con sus Lacedemonios. A los demas de la ciudadela puestos luégo en prision, los condenaron á muerte los Atenienses, y entre ellos á un ciudadano de Delfos llamado Timesites, de cuyo talento y primor en varias obras de manos habria muchísimo que decir. Todos murieron en la cárcel.

(1) Como descendientes de los Heráclidas podia decir Cleomenes que no era originario de la Dórida propia, sino del Peloponeso, donde habitaban los Aqueos, aunque á veces se llamaba Dorios á los Heráclidas, como venidos de la Dórida á donde habian emigrado.

LXXIII. Llamados á su patria despues de tales turbulencias Clistenes y las 700 familias perseguidas por Cleomenes, despacharon los Atenienses sus embajadores á Sardes con la mira de hacer un tratado de alianza con los Persas, previendo claramente la guerra que de parte de Cleomenes y de sus Lacedemonios les amenazaba. Llegados, pues, á Sardes los diputados, y habiendo declarado la comision de que venian encargados, preguntó el virey de ella, Artafernes, hijo de Hitaspes, quiénes eran aquellos hombres que pretendian ser aliados del rey y en qué parte moraban. Habiendo los embajadores satisfecho á la pregunta, respondióles el virey, en suma, que concluiria con los Atenienses el tratado de alianza que se le pedia, con tal que quisieran darse á discrecion al rey Darío, entregándole tierra y agua; pero que si no querian hacerlo les mandaba partir de allí. Tomando entónces acuerdo entre sí los embajadores sobre la respuesta, llevados del deseo de aquella alianza, le respondieron que se entregaban á Darío, motivo por el que á su regreso á la patria fueron mal vistos y murmurados.

LXXIV. En tanto que esto pasaba, sabiendo Cleomenes que los Atenienses iban haciéndole por obra y de palabra todo el daño que podian, mandó juntar las milicias del Peloponeso entero, sin decir á qué fin las juntaba, el cual no era otro en realidad que el deseo de vengarse del pueblo de Atenas, dándole por señor á Isagoras que en su compañía habia salido de la ciudadela. En efecto, á un mismo tiempo embistió Cleomenes á Eleusina con un ejército numeroso (1), y los Beocios de concierto con él tomaron á los últimos pueblos del Alica, que eran Enoa é Hisias, y los Calcedones iban por otro lado talando el país de los de

(1) Esta invasion de Eleusina la coloca Pausanias en el tiempo en que Cleomenes, salido de la fortaleza de Atenas en virtud de la capitulacion, se retiraba á Lacedemonia.

Atenas. Estos, si bien no sabian dónde acudir primero, salieron con todo armados contra los Peloponesios que se hallaban en Eleusina, dejando para despues la venganza de los Beocios y Calcidenses.

LXXV. Estaban á la vista los dos ejércitos prontos ya para venir á las manos, cuando los Corintios, que habian conocido la injusticia de aquella guerra, fueron los primeros que, mudando de parecer, comenzaron á dar la vuelta hácia su patria (1); despues de ellos retiróse tambien el rey de los Lacedemonios que conducia el ejército, Demarato, hijo de Aristop. por más que ántes nunca hubiese sido de parecer contrario al de Cleomenes, y siendo así que hasta entónces solian los dos reyes juntos salir al frente de sus tropas: con esta ocasion y por dicha discordia hizose en Esparta una ley de que al salir el ejército nunca marchasen con él entrambos reyes, sino que exonerado uno de ellos de ir á campaña, se quedase en Esparta con uno tambien de los Tindaridas (2), pues ántes ambos Tindaridas, como patronos y dioses tutelares de sus reyes, iban siguiéndoles en el ejército. El éxito de la campaña fué, que viendo los aliados que no venian los dos reyes de Lacedemonia y que los Corintios habian ya desamparado el puesto, empezaron á desertar.

LXXVI. Era la cuarta vez que los Dorios armados en-

(1) Resentido al parecer Herodoto de los Corintios, no les hace la justicia merecida, habiendo ellos contribuido á la libertad de Atenas, primero en la expulsion de Hípias, y despues en su desercion de las tropas de Cleomenes, hechos que calla ó refiere de corrido.

(2) No sabemos si la salida de los Tindaridas, es decir, Castor y Polux, que de reyes de Lacedemonia subieron á semidioses, era solamente imaginaria, creyendo los Espartanos que solemnemente invocados aquellos acompañaban y protegían á sus reyes sin dejarse ver, ó si eran los Tindaridas dos ídolos que podían quedarse ó salir á campaña. Esta explicacion es más clara y mejor, por más pagana y supersticiosa.

traban en el Atica, pues dos veces fueron allá como enemigos, y dos como amigos en bien de la república de Atenas; pudiéndose contar con razon por la primera jornada hácia esta ciudad la expedicion que hicieron los Dorios cuando condujeron á Megara una colonia en tiempo que Codro reinaba en Atenas. La segunda y la tercera fué cuando con el designio de echar á los hijos de Pisistrato pasaron allá desde Esparta con gente armada; la cuarta es la que acabo de referir, cuando con las tropas del Peloponeso se dejó caer Cleomenes sobre Eleusina. Bien afirmé, por tanto, que entónces por cuarta vez acometian los Dorios á Atenas.

LXXVII. Desbaratado y deshecho tal ejército, sin haber obtenido resultado importante contra los Atenienses, con ánimo de vengarse de sus enemigos, llevaron desde luégo las armas contra los Calcidenses, en cuya ayuda y defensa habian ya los Beocios salido hácia el Euripo (1). Ven los Atenienses á los Beocios puestos en armas y resuelven acometerles ántes que á los Calcidenses; y fué tal el ímpetu con que cargaron sobre ellos, que logrando una completa victoria, además de los muchos enemigos que dejaron tendidos en el campo, hicieron 700 prisioneros. Victoriosos, pasan á Eubea aquel mismo dia, y dada una segunda batalla, segunda vez triunfan de sus enemigos. Fruto de esta victoria fué dejar en Eubea 4.000 colonos atenienses, repartiéndolo entre estos las suertes y heredades de los Hipobotas de Cálcide; y los que entre los Calcidenses se llamaban con este nombre, que equivale al de caballeros, venian á ser los ciudadanos más ricos y opulentos. Por lo que mira á los prisioneros de guerra, así los de Cálcide como los de Beocia, aunque luégo de presos los tuvieron aherrojados, algun tiempo despues los soltaron, recibiendo en

(1) Así se llama el estrecho de Eubea, hoy dia Negroponto; isla que con un corto puente está unida al continente.

rescate dos minas por cabeza. No obstante, suspendieron los cautivos en la ciudadela los grillos en que les habían tenido, y aún hoy día se ven colgados en aquellas paredes chamuscadas despues por el Medo, enfrente del camarín, por la parte que mira á Poniente. De la décima de dicho rescate, dedicada en el templo, hicieron una *cuadriga* de bronce, que al entrar en los portales de la fuerza se deja ver luégo hácia mano izquierda con este epigrafe: «*La gente de Cálcide con la gente de Beocia, presa por mano ática con belicoso brío, paga su merecido en calabozo y en férreas cadenas: de su diezmo logra Pallas este carro.*»

LXXVIII. Iban por fin los Atenienses libres creciendo en poder de cada día, pues cosa probada es, no una sino mil veces, por experiencia, que el estado por sí más próspero y conveniente es aquel en que reina la isegoria ó derecho y justicia igual para todos los ciudadanos. Vióse bien esto en los Atenienses, que no siendo ántes, cuando vivian bajo el yugo de un señor, superiores en las armas á ninguna de las naciones, sus vecinas, apénas se vieron libres é independientes en un gobierno republicano, que se mostraron los más bravos y sobresalientes de todos en sus negocios y empresas de guerra. De donde aparece bien claro que cuando trabajaban avasallados en pro de un señor despótico, huían de propósito el hombro á la carga, y que viéndose una vez libres y señores mismos, se esforzaban todos, cada cual por su parte, en acrecentar sus intereses y ventajas propias: en una palabra, no podian portarse mejor de lo que lo hacian.

LXXIX. Pero los Tébanos, despues de aquella pérdida, deseosos de volver el daño á los Atenienses y de tomar de ellos venganza, enviaron consulta al dios Apolo, á la cual respondióles la Pythia:—«que no pensasen poder por sí solos tomarse la satisfaccion que deseaban, sino que les encargaba que consultando primero el asunto con Polife-

mo (1), pidiesen ayuda á los más vecinos.»—Luégo que los Tébanos, á cuya asamblea los consultantes, vueltos ya de Delfos, daban razon de la citada respuesta, oyeron que era menester acudir á los más vecinos, se pusieron á discurrir de este modo: Pues si ello es así, siendo nuestros más inmediatos vecinos los Tenagreos, Coroneos y Tespienses, pueblos siempre hechos á seguir nuestras banderas y prontos á ser nuestros compañeros de armas, ¿á qué viene la prevencion del oráculo de que les pidamos su asistencia y ayuda? ¿Quizá no será esto sino otra cosa la que quiero significar el oráculo?

LXXX. Detenidos en su junta entre tales dudas y razones, uno que las oye, salta con este discurso:—«Pues ahora me parece haber dado con el sentido de nuestro oráculo. Tengo entendido que fueron dos las hijas de Asopo, Teva y Egina (2); pareceme, pues, que habiendo sido hermanas las dos, nos querrá decir Apolo en su respuesta, que acudamos los Tébanos á los Eginetas, pidiendo que quieran ser nuestros vengadores.» Al punto los Tébanos de la junta, á quienes pareció que no cabia interpretacion más adecuada del oráculo, enviaron á los Eginetas unos diputados que les pidieran su asistencia, convidádoles á la presa de orden del oráculo, pues que ellos eran sus más cercanos parientes. La respuesta que á los enviados dieron los Eginetas, fué que los Eácidas irian allá en compañía de ellos.

(1) Quiérase que Polifemo significase aquí la asamblea del pueblo, segun el modo de hablar ambiguo y tortuoso del mentido Apolo.

(2) Egina, hija de Asopo, rey de Beocia, casó con Actor, rey de Inoma, isla que despues trocó su nombre en el de Egina. Fue Egina madre de Eaco, rey justisimo, que floreció dos generaciones antes de la guerra de Troya. Acerca de los Eácidas que los de Egina prometieron á los Beocios, me refiero á lo mismo que en la nota correspondiente al párrafo LXXV de este libro dije de los Tindaridas, persuadiendo además que eran ídolos las naves y los diputados que se destinaban á llevarlos.

LXXXI. Con el socorro de dichos Eácidas animanse los Tébanos á probar fortuna en la guerra; pero viéndose de nuevo mal parados en ella por los Atenienses, envian otra vez diputados á Egina, que restituyendo á los Eginetas sus Eácidas, en vez de ellos les pedian soldados. Implorados segunda vez los Eginetas, llenos en parte de si mismos y engreídos con su opulencia, y en parte no olvidados de su antiguo rencor contra los de Atenas, se resuelven á hacerles la guerra ántes de declararla; y, en efecto, estando las tropas atenienses ocupadas contra los Beocios, pasando de repente los Eginetas al Atica en sus galeras, saquearon á Falero y á muchos otros pueblos de las costas, causando mucho perjuicio á los Atenienses.

LXXXII. Bien será que diga ahora de qué principio nació la inveterada enemistad á qué acabo de aludir entre Atenienses y Eginetas. Sucedió, pues, que negándose la campaña de los Epidaurios á producir fruto y cosecha alguna, consultaron estos al oráculo de Delfos acerca de aquella calamidad y desventura. Respondió la Pythia á la consulta que como erigiesen dos estatuas nuevas, una á Damia y otra á Auxesia (1), verian presto mejorar sus negocios. Instaron los Epidaurios si sería bien hacerlas de bronce ó de mármol:—«Ni de bronce ni de mármol, dijo la Pythia, sino de dulce olivo.» De resultas de este oráculo pidieron los Epidaurios á los Atenienses que les permitieran cortar en su tierra algunos olivos, persuadidos de que los olivos del Atica eran los más divinos y prodigiosos de todos, y áun se añade que en aquella época solo en Atenas y en ningun otro paraje se encontraban olivos. Vinieron

(1) Estas diosas corresponden á Cérés y Proserpina, abogadas para los frutos de la tierra, á quienes se dieron otros varios nombres; á Cérés el de Madre, de Damia y el Dea Bona entre los Romanos, y á Proserpina el de Talo y el de Libera. Los sacrificios secretos que abajo se mencionan, confirman la identidad de Damia con Cérés.

gustosos los Atenienses en conceder el permiso que se les pedía, pero con la condición de que ellos se obligasen á hacer todos los años sus ofrendas á Minerva la Poliada (1), y asimismo á Erecteo. Obligáronse á ello los Epidaurios. lograron lo que pedían, hicieron los ídolos de olivo, y dedicados ya, volvió á dar fruto su campiña, y prosiguieron ellos en cumplir á los Atenienses lo ofrecido.

LXXXIII. En el tiempo de que voy hablando obedecían todavía, como solían ántes, los de Egina á los Epidaurios. así en todo lo político como en la jurisdicción de los tribunales; de suerte que los Eginetas acudían al foro de Epidaurio en sus pleitos y acciones para pedir y responder en justicia. Pero desde aquella época (2), viéndose los Eginetas con gran número de naves, fueron levantándose á mayores, y negando sin razón alguna la obediencia á los Epidaurios, empezaron á hacerles cuanto mal cabía como á sus mayores enemigos; y siéndoles superiores en la marina, sucedió que pudieron robar á los Epidaurios aquellos ídolos de Damia y de Auxesia, los cuales, trasportados á la isla, fueron colocados en medio de ella en un lugar llamado Ea, que viene á distar como veinte estadios de la misma ciudad de Egina. En este sitio, puestas las dos diosas epidaurias, ibanles haciendo sacrificios los de Egina y festejándolas con unos coros satíricos ó danzas libres de mujeres, nombrando para cada una de las diosas diez prefectos que corrieran con el gasto de la fiesta. Era uso de dichas danzas y como ceremonia religiosa, practicada ántes

(1) Con este nombre de Presidente ó Patrona era venerada entre otros pueblos, y de esta clase sería la estatua que dedicó Ciceron en el Capitolio ántes de marchar al destierro, con la inscripción. *Minerva Custodi Urbis.*

(2) No hallo la época fija de esta sublevación, que debió ser anterior á la edad de Solon y de Pisistrato. Esta guerra, engendrada en los Eginetas por el orgullo del poder, coincidiría con el tiempo del Egineta Sostrato, cuya opulencia nos pondera el autor en el libro IV, pár. CLII.

por los de Epidauro, decir á las mujeres del país mil insolencias y baldones, aunque sin meterse con los hombres. Usaban tambien sacrificios ocultos.

LXXXIV. Una vez robadas dichas estatuas, como cesasen los Epidaurios de hacer las ofrendas que ántes solian á los de Atenas, enviáronles éstos por aquella falta á dar quejas mezcladas con amenazas. Probaron los Epidaurios con buenas razones que ninguna injusticia les hacian en aquello; que en tanto que habian tenido en casa á las diosas, habian sido puntuales en cumplirles lo prometido; que despues de habérselas quitado con violencia, no les parecia puesto en razon continuar en aquel antiguo tributo, y que lo exigiesen de los Eginetas, pues que estos al presente poseian aquellas. Oido tan justo descargo, enviaron los Atenienses á Egina unos diputados que pidiesen dichas estatuas, á los cuales respondieron los de Egina que nada tenian que ver ni hacer con los de Atenas.

LXXXV. Lo que pasó despues de esta solemne declaracion lo refieren así los Atenienses, diciendo que de parte de la república pasaron á Egina en una galera algunos de sus ciudadanos, quienes saltando en tierra y echándose sobre las estatuas, cuya madera miraban como cosa propia, procuraban ver cómo las moverian de sus pedestales; y no pudiendo salir con su maniobra, con unas sogas atadas alrededor de las diosas, las iban arrastrando. Estando en aquella fatiga, oyóse de repente un trueno, y al trueno siguió un terremoto. Aturdidos con el nuevo portento los marineros que arrastraban á sus diosas, y saliendo de repente fuera de sí, empezaron entre ellos mismos, como si fueran enemigos mortales, una desaforada matanza, cuyo estrago pasó tan allá que no quedó de todos sino uno que volviese á pasar al Falero.

LXXXVI. Así refieren esta historia los de Atenas; mas no dicen los Eginetas que fueran allá en una sola nave los Atenienses, pues que á una, y á algunas más, bien hubieran

ellos resistido aún en el caso de no tener naves propias, sino que los enemigos, con una buena armada, hicieron un desembarco en Egina, cediéndoles por entónces la entrada los del país sin exponerse á una batalla naval; bien que ni los Eginetas mismos saben asegurar si el motivo de cederles el paso sería por reconocerse inferiores en el mar, ó con la pretension de poner por obra lo que despues con los invasores ejecutaron. Afirman, empero, que viendo los Atenienses que nadie les presentaba batalla, saliendo de sus naves se fueron en derechura hácia las estatuas, y no pudiéndolas arrancar de sus pedestales, atadas al cabo con fuertes maromas, empezaron á tirar de ellas, no parando en la maniobra hasta tanto que las dos estatuas á un tiempo hicieron una misma demostracion que ellos cuentan y que yo jamás creeré por más que la quiera creer alguno. Cuentan, pues, los Eginetas que las dos estatuas se hincaron de rodillas, postura que han conservado siempre desde entónces. Esto hacian los Atenienses; los de Egina, por su parte, informados de antemano de que se disponian sus enemigos á venir contra ellos, habian negociado con los Argivos que estuviesen prontos y aperecidos para irles á socorrer; y, en efecto, á un mismo tiempo desembarcaban los Atenienses en Egina, y los Argivos, pasando á la misma isla desde Epidaurio, venian ya sin ser sentidos á dar auxilio á los naturales, y al llegar se dejaron caer de improviso sobre los Atenienses apartados de sus naves y del todo seguros de aquel encuentro y refuerzo de que ni la menor sospecha habian ántes tenido. En aquel mismo punto, añaden, acaecieron el trueno y el terremoto.

LXXXVII. Esta es, pues, la historia que nos cuentan Argivos y Eginetas, y en un punto convienen con los de Atenas, á saber, que uno sólo volvió salvo al Atica; bien que los Argivos quieren que de sus manos se salvase aquel individuo, dándose ellos por los que echaron á pique toda aquella armada; y los Atenienses pretenden que no se

libró aquél sino de la venganza de algun númen exterminador, aunque no por esto logró verse libre de su ruina el hombre que escapó, sino que pereció tambien desgraciadamente. Porque vuelto á Atenas el infeliz, como anduviese cantando aquella gran calamidad y destrozo, oyéndole las mujeres de los muertos en la jornada referir el estrago comun, y no pudiendo sobrellevar que perdidos todos los demas se hubiera salvado él solo, le fueron rodeando, y cogido en medio, le iban dando tanto golpe y picazo de hebilla, preguntándole cada una dónde estaba su marido, que acabaron allí mismo con el infeliz, despues que se habia ya librado de la comun ruina de sus compañeros. Los Atenienses, á quienes esta venganza y furia mujeril pareció más sensible que la pérdida total de su armada, no hallando otro modo de castigar á las mujeres, tomaron la resolucion de hacerlas mudar de traje, obligando á todas á que vistieran á la jónica, pues ántes las Aticas vestian á la dórica, traje muy semejante al vestido corintio (1). De allí adelante las obligaron á llevar túnica de lino para que no se sirvieran más de hebillas.

LXXXVIII. Verdad es que, hablando en rigor, el traje á que las obligaron no fué en los tiempos antiguos propio de las mujeres Jónicas, sino de las Carias; pues antiguamente el vestido de toda mujer griega era el mismo que al presente llamamos dórico. Pero los Argivos por su parte y los Eginetas en sus respectivas ciudades hicieron una ley que las hebillas de sus mujeres fuesen un tercio mayores de lo que eran ántes, que las mujeres en los templos de sus dioses ofreciesen hebillas más bien que otra presea alguna, y que en ellos nada venido del Atica pudiese ofrecerse

(1) Algunos han convertido en agujas las hebillas de las Atenienses; pero ni el texto ni el conocimiento de trajes antiguos concuerda tal version. Las mujeres Dóricas no usaban túnica ni cinto; únicamente se cubrian con un largo manto atado sobre los hombros con una hebilla: las Jonias vestian túnicas al cuerpo.

ni presentarse; tanto que en adelante no se sirviesen de vajilla procedente de allá, sino que fuese ceremonia legítima beber en los sacrificios con vasijas del país: y se puso en práctica dicha ley, pues desde entónces hasta mis dias las Argivas y las Eginetas, á despecho de las Aticas, solian llevar sus hebillas mayores de lo que primero acostumbraban.

LXXXIX. De los sucesos que acabo de referir nació, repito, el principio de la enemistad de los Atenienses con los de Egina. Renovando, pues, entónces los Eginetas la memoria de dichas estatuas y de los sucesos á ellas concernientes, vinieron gustosos en enviar á los Beocios el socorro que les pedian, talando con sus tropas auxiliares las costas del Atica. Al ir los Atenienses á emprender la expedicion contra los de Egina, vinoles de Delfos un oráculo en que se les prevenia que por espacio de treinta años, á contar desde la injuria que acababan de recibir, se abstuviesen de combatir con los Eginetas; pero que venido el año 31 y fabricado un templo á Eaco, empezasen contra ellos las hostilidades; pues haciéndolo así, sucederiales la cosa como deseaban. Mas si desde luego emprendian aquella guerra, entendiesen que durante aquel tiempo tendrian ellos y darian mucho que llorar al enemigo; bien que al cabo darian con él en tierra. Oido, pues, el nuevo oráculo, determinaron los Atenienses levantar á Eaco aquel templo mismo que al presente se deja ver en su plaza; pero en la demora de treinta años no pudieron convenir, oyéndose clamar que no debian disimular por tanto tiempo la injuria, despues de verse tan maltratados con la invasion de los Eginetas.

XC. Con tal resentimiento, al tiempo en que se disponian para tomar venganza de aquellos enemigos, un nuevo contratiempo de parte de los Lacedemonios les cerró el paso de la jornada. Porque como en aquella sazon hubiese llegado á oidos de los Lacedemonios, así el artificio

que usaron los Alcmeonidas para sobornar á la Pythia, como el embuste con que ésta les alarmó contra los hijos de Pisistrato, sintieron con tal aviso doblada pesadumbre, viendo por una parte que habian echado de la patria á sus mayores amigos y aliados, y por otra que los Atenienses, recibida aquella merced, no se les mostraban obligados ni agradecidos. Añadiase á estas reflexiones la congoja que ciertas profecías les ocasionaban de nuevo, pronosticándoles muchos agravios y desafueros que de parte de los Atenienses les aguardaban. Habian ántes estado del todo ignorantes de dichas predicciones, y entónces habian empezado á oirlas, habiéndolas traído consigo Cleomenes volviendo de Atenas á Esparta. Sucedió que Cleomenes, estando en la ciudadela de Atenas, pudo haber á las manos ciertos oráculos escritos que habian estado primero en poder de los Pisistrátidas y habian sido dejados allí por los mismos en el templo de Minerva (1) cuando fueron echados de la ciudad. Cleomenes al salir de la fortaleza quiso llevárselos consigo á Esparta.

XCI. Recibidos dichos oráculos, viendo por una parte los Lacedemonios que los Atenienses, libres ya y de cada día más poderosos, en nada ménos pensaban que en obedecerles, y previendo por otra que la gente ática si quedaba en el estado republicano se les igualaria en el poder, al paso que si volvía á verse oprimida con la tiranía se mantendría débil y pronta á dejarse gobernar por ellos (2),

(1) Un dogma inconcuso debe deducirse de la historia, á saber: que ninguna nacion civilizada vivió sin Dios y sin revelacion, por más que adulterase culpablemente estas dos ideas fundamentales de toda sociedad ordenada, y por más que se esfuerce los filósofos en forjar un cuerpo civil tan ateo como ellos mismos. De ahí provino que los oráculos en Grecia y los libros Sivilinos en Roma fuesen tenidos en tanta estima.

(2) Se ve que el resorte de Esparta en sus resoluciones no era otro que el de mantener abatidos á los otros Griegos para darles la ley.

como esto previesen, pues, los Lacedemonios, llamaron á Esparta á Hippias, el hijo de Pisistrato, desde Sigeo, ciudad del Helesponto, adonde con los suyos se habia refugiado. Despues que llamado Hippias se les presentó, convocan para un congreso de la nacion los diputados de las ciudades aliadas, y les hablan así los Espartanos:— «Amigos y aliados: Conocemos y confesamos al presente nuestra falta de justicia y de política: mal hicimos, alucinados con falsos oráculos, en echar de su patria á unos señores que, sobre sernos buenos amigos y aliados, nos tenían prometido mantener en nuestra devoción y obediencia á la ciudad de Atenas. Cometida esta injusticia, tuvimos la imprudencia de dejar aquel estado en manos de un pueblo ingrato, el cual, apénas se vió libre y suelto por nuestra mano, cuando empezó luego á erguir su cabeza é insolente quiso atrevérse nos, echándonos de su casa á nosotros y á nuestro rey, y desde aquel punto lleno de arrogancia va tomando nuevos espíritus. Lo que digo empiezan ya á llorar, particularmente sus vecinos los Beocios y Calcidenses, y quizá todos los demas lo ireis sintiendo por turno si les tocáis en un sólo cabello. Ya, pues, que nos engañamos ántes en lo que con ellos hicimos, procurando ahora tomarnos con vuestra asistencia la satisfaccion correspondiente, lo iremos remediando. Este ha sido, señores, el motivo, así de hacer que viniera Hippias, á quien veis aqui presente, como de convocaros á vosotros de las ciudades. Nuestras miras consisten en volver á Hippias á Atenas, y restituírle de comun acuerdo, y con un ejército comun, el dominio que ántes le quitamos.»

XII. Tal era la propuesta de los Lacedemonios, á la cual ni se acomodaban los más de los diputados, ni se atrevían con todo á contradecirla, guardando todos los aliados un profundo silencio. Rompiólo al cabo Sosicles el Corintio con un tono sublime (1).—«Ahora sí, exclamó, que

(1) Este patético é inesperado exordio tiene un tono sublime

están todas las cosas á pique de revolverse y trastornarse; el cielo para caer bajo la tierra, la tierra para subirse sobre lo más alto del cielo; van á fijar los hombres su morada en los mares, los peces á morar donde vivian primero los hombres, cuando llegamos á ver ya, que empeñados vosotros, oh Lacedemonios, en arruinar una república justa y bien ordenada, procurais tan de véras reponer en las ciudades libres el despotismo y la tiranía, no pudiendo dejar de ver con los ojos ser ésta la cosa más inicua, más cruel, más sanguinaria de cuantas pueden verse entre los mortales. Y si no, decidme ahora, Lacedemonios: si tan conveniente os parece que las riendas del gobierno estén en mano de un tirano, ¿por qué no sois los primeros en colocar un déspota sobre vuestras cabezas? ¿Por qué con vuestro ejemplo no animais á los demas á que sufran un señor absoluto? Vemos empero todo lo contrario: vosotros, siempre libres hasta aquí de tiranos domésticos, y muy prevenidos siempre para que jamás los sufra Esparta, vais recetándolos á los otros, y procurais encajarlos á vuestros confederados. A fe mía, Espartanos, si hubierais probado lo que es un tirano, como nosotros los Corintios lo probamos, pensarais ahora muy de otro modo y serian mejores de lo que son vuestras propuestas. Oid, pues, lo que nos sucedió (1). La antigua Cons-

digno del más diestro orador. La idea grandiosa tomada del total trastorno de la naturaleza, se vió despues imitada por los más nobles escritores, como Horacio: *Quis neget arduis-Pronos relabi posse rivos-Montibus et Tiberim reverti!*

(1) Fundóse la monarquía de Corinto en el año del mundo 2490, y tuvo ocho reyes de la primera dinastía, que duró 430 años, siendo Sisifo el primero de ellos. La segunda dinastía, fundada por Fletes, descendiente de Hércules, llamada primero de los Heraclidas y despues de los Baquíadas, del nombre de Báquidas su quinto rey, contó 12 reyes, pasando despues de la muerte de Autómenes, el último de ellos, á ser aristocrático el gobierno, pues se alzaron con él 200 nobles, llamados los Baquíadas por el autor, quienes, repartidos entre sí los empleos, nombraron un presidente con el título de Pritanis. Duró 200 años esta oligarquía.

titucion del Estado era en Corinto la oligarquía, gobernando la ciudad unos pocos ciudadanos llamados los Baquiadas, que nunca en sus matrimonios contraian alianza sino entre ellos mismos. Acaeció entónces que á uno de aquellos principales y magnates, por nombre Amfion, nació una hija coja llamada Labda, y como ninguno de los Baquiadas la quisiese por mujer, casó al fin con ella cierto Eecion, hijo de Equécrates, natural del lugar de Petra, bien que Lapita de origen y descendiente de la familia Cénida (1). Viendo despues Eecion que no tenía hijos de Labda ni de otra mujer alguna, emprendió una romería á Delfos para consultar el oráculo sobre la desventura de no tener sucesion. No bien hubo entrado en el templo, cuando encarándose con él la Pythia, le recita de repente estos versos:

Eecion, digno de gloria, nadie te honra
 cual mereces tú: Labda ya grávida
 parece una gran rueda que cayendo
 sobre manarcas, mandará á Corinto.

Ignoro cómo llegó este oráculo dado á Eecion á oídos de los príncipes Baquiadas, á quienes ántes se habia dado acerca de las costas de Corinto otro oráculo oscuro, pero dirigido al mismo punto que el de Eecion, en estos términos: «Águila grávida sobre altos peñascos dará á luz un valiente leon que corte las rodillas: atiende á ello, Corintio, vecino de la linda Pirene, que moras en torno de la encumbrada Corinto.» (2) Y si bien este oráculo era ántes para

(1) Eecion descendia de Aulas, hijo de Melanes, quien procedia al paracer de Ceneo, uno de los Lapitas y compañero de Piritoo en la guerra de los Centauros.

(2) El epíteto dado á Corinto, que equivale á *superciliosa*, alude á lo alto y escabroso de la ciudad, ó al vecino monte Acro Corinto, en cuya cima estaba una fortaleza inexpugnable. Pirene es una fuente cerca de Corinto, rodeada de mil primores del arte.

Los Baquíadas, á quienes se había proferido, un misterio impenetrable, apénas oyeron el otro dado entónces á Eecion, cayeron de pronto en la cuenta, y dieron de lleno en el sentido del primero, que concordaba mucho y se enlazaba con el del último. Entendiendo, pues, que se les pronosticaba su ruina, con la mira de conjurarla dando la muerte al hijo de Eecion que estaba ya para nacer, llevaban su intriga con sumo secreto. En efecto, luégo que parió dicha mujer destinan al pueblo en que vivia Eecion diez de su mismo gremio ó clase, con órden de quitar la vida al niño recién nacido. Llegados á Petra, entran en el patio de la casa de Eecion y preguntan por el chiquillo. Labda la coja, que estaba léjos de imaginar que vinieran con ánimo dañado, ántes se lisonjeaba de que aquella visita de los mag-nates se le hacía en atencion á su padre, para congratularse con ella por su feliz alumbramiento, se lo presenta y lo pone en brazos de uno de los diez; y si bien ellos al venir habian entre sí concertado que el primero que al niño cogiera le estrellara luégo contra el suelo, quiso con toda la buena suerte, cuando Labda dejó á su hijo en brazos de aquél, que se sonriese el niño, mirando blandamente al que iba á recibirle, sonrisa que atentamente observada movió á ternura al primero que le habia recibido; y le hizo tal impresion, que en vez de dar con el niño en el suelo, le entregó al segundo y éste al tercero, de suerte que fué pasando de mano en mano por los diez infanticidas, sin que ninguno se atreviera á ensangrentar las suyas en aquella víctima de la ambicion. Vuelto, pues, el hijo á la madre y salidos del atrio, se pararon ante la puerta misma de la casa, y empezaron á culparse unos á otros, pero sobre todo al primero que le recibió, por no haber ejecutado la órden que traian. No pasó mucho rato sin que se resolviesen á entrar de nuevo en la casa y concurrir todos aunados á la muerte del niño. Mas todo en vano, que el destino fatal de Corinto era, señores, que le viniera el azote de la casa

de Eecion: porque Labda iba entretanto escuchando detras de la puerta todo aquel discurso de muerte, y recelando luégo que mudando de parecer y entrando segunda vez le matasen la infeliz criatura, tómalala solícita, y va afanada á esconderla donde se le ofrece que nadie lo habia de sospechar, que fué bajo un celemin (1), bien persuadida que vueltos los diez nobles sayones no dejarian sin duda arca, ni rincon, ni escondrijo que registrar. En efecto, asi fué: entran segunda vez, y todo era buscar por una y otra parte al niño; pero viendo que no podian dar con él, resolvieronse por fin á regresar y decir á los que les enviaban que todo se habia hecho conforme á las órdenes dadas, y vueltos á los suyos, asi realmente se lo dijeron. Íbase criando despues el niño, que de tal riesgo á dicha se habia escapado, en casa de su padre Eecion, y por la buena suerte de haberse librado del peligro debajo del celemin, en griego *Cipsele*, quedósele en adelante el nombre de Cipselo. Llegado ya á la mayor edad, diósele á una consulta que en Delfos hacia una respuesta ambigua y enrevesada, por la cual gobernándose despues y esperanzado mucho en ella, logró salir con su empresa y apoderarse del dominio de Corinto. La respuesta era de este tenor: «*¿Veis el gran varon que llega dentro de mi atrio, Cipselo el Eecida? Rey será de la esclarecida Corinto con su prole, pero no con la prole de su prole* (2).» Tal fué el oráculo: Cipselo llegó á ser señor de Corinto, y con esto un tirano que á muchos Corin-

(1) Dice Pausanias que se ocultó al niño bajo una cesta; pero no es creible, porque esta especie de mueble pronto lo registrarían los diputados. La soberbia cesta dedicada por los Cipselidas en Olimpia de que habla despues, sería más bien una memoria fastuosa de aquel suceso que un remedo exacto de él.

(2) Ignoro si debo de leer «pero no con la prole de su prole,» ó más bien, «y aún con la prole de su prole,» si nos atenemos á la autoridad de Aristóteles, que en el libro V de su *Politica* cuenta tres tiranos Cipselidas, Cipselo, Periandro y Psamético, hijo de Gorgias y nieto de Cipselo.

tios desterró, á muchos quitó los bienes, patria y vida, despues de un gobierno de treinta años, habiendo tenido la fortuna de morir en paz y en su cama: sucedióle en la tiranía su hijo Periandro, quien aunque en los principios de su gobierno se mostraba más humano y blando que su padre, con todo, por haber despues comunicado por medio de unos mensajeros con el otro tirano de Mileto, el célebre Trasíbulo, llegó á hacerse mucho más cruel y sanguinario que el mismo Cipselo. Es preciso saber que envió Periandro un embajador á Trasíbulo con la comision de preguntarle de qué medios se podria valer para estar más seguro en su dominio y para gobernar mejor su Estado: pues bien, saca Trasíbulo al enviado de Periandro á pascos fuera de la ciudad, y éntrase con él por campo sembrado, y al tiempo que va pasando por aquellas sementeras le pregunta los motivos de su venida, y vuelve á preguntárselos una, y otra, y muchas veces. Era empero de notar que no paraba entretanto Trasíbulo de descabezar las espigas que entre las demas veia sobresalir (1), arrojándolas de sí luégo de cortadas, durando en este desmoche hasta que dejó talada aquella mies, que era un primor de alta y bella. Despues de corrido así todo aquel campo, despachó al enviado á Corinto sin darle respuesta alguna. Apénas llegó el mensajero, cuando le preguntó Periandro por la respuesta; pero él le dijo:—«¿Qué respuesta, señor? ninguna me dió Trasíbulo;» y añadió que no podia acabar de entender cómo le hubiese enviado Periandro á consultar un sujeto tan atronado y falto de seso como era Trasíbulo, hombre que sin causa se

(1) Este aviso tiránico de Trasíbulo, imitado por Tarquino el Soberbio, tuvo despues acogida y aplauso con el nombre de ostracismo en una república que no respiraba sino odio á la tiranía, de modo que Aristóteles, para explicar la naturaleza del ostracismo, se vale de la misma metáfora. En todo cuerpo civil donde reine la envidia triunfará el desmoche de Trasíbulo ó el ostracismo de Atenas.

entretenia en echar á perder su hacienda; y con esto dió cuenta al cabo de lo que vió hacer á Trasíbulo. Mas Periandro dió al instante en el blanco, y penetró toda el alma del negocio, comprendiendo muy bien que con lo hecho le prevenia Trasíbulo que se desembarazase de los ciudadanos más sobresalientes del Estado; y desde aquel punto no dejó ni maldad ni tiranía que no ejecutase en ellos, de manera que á cuantos habia el cruel Cipselo dejado vivos ó sin expatriar, á todos los mató ó los desterró Periandro, aún más, despojó en un solo dia por causa de su mujer Melisa, ya difunta, á las mujeres todas de Corinto. Habia hecho que unos mensajeros enviados hácia los Tesprotos, allá cerca del rio Aqueronte (1), consultasen al oráculo *nigromántico* acerca de cierto depósito de un huésped. Aparecióseles la difunta Melisa; les respondió que no manifestaria, al ménos claramente, el lugar de aquel depósito; que les decia únicamente que por hallarse desnuda padecia mucho frio, pues de nada le servian los vestidos en que la enterraron, no habiendo sido abrasados, y que buena prueba de ser verdad lo que decia podia ser para Periandro haber él mismo metido el pan en un horno frio. Despues que se dió razon á Periandro de dicha respuesta, de cuya verdad le pareció ser prueba convincente esta última indicacion, por cuanto habia conocido á Melisa despues de muerta, sin más tardanza hace publicar luego un bando que todas las mujeres de Corinto concurran al Heroo ó templo de Juno. Como si fueran ellas á celebrar alguna fiesta, iban allá con sus mejores adornos y vestidos, mientras que por medio de las guardias que tenia apostadas en el templo iba despojándolas á todas, tanto á las amas como á las criadas, y acarreando despues todas las galas á una grande hoya, las entregó á la hoguera el tirano, rogando

(1) Esta region del Epiro es quizá la Vayelicia, y el Aqueronte el rio Verlichi.

é invocando á su Melisa, cuya fantasma, aplacada con este sacrificio, declaró el lugar del depósito á los diputados que segunda vez le envió Periandro. Hé aquí, oh Lacedemonios, lo que es y lo que en una ciudad suele hacer la tiranía. Con toda verdad os digo que si ántes quedamos los Corintios confusos y admirados al saber que llevabais á ese Hippias, al oír ahora esa vuestra demanda nos hallamos aquí suspensos y atónitos. En suma, conjurándoos por los dioses de la Grecia, os pedimos y suplicamos, oh Lacedemonios, que no intentéis autorizar la tiranía ni introducir el despotismo en las ciudades. Y si obstinados contra las leyes divinas y humanas porfiareis en restituir á Atenas á ese vuestro Hippias, protestando desde ahora solemnemente nosotros los de Corinto, os declaramos que no consentimos en ello.»

XCIII. Esto dijo Socicles, el diputado de los Corintios, á quien Hippias el tirano, invocando á los mismos dioses Griegos y poniéndoles por testigos de lo que iba á decir, le respondió, que tiempo vendría, presto y sin falta alguna, en que los mismo Corintios echaran de ménos y desearan en Atenas á los hijos de Pisistrato cuando les llegara y sobreviniera el plazo fatal de verse oprimidos por los Atenienses libres é independientes; lo que decía Hippias aludiendo á aquellos oráculos escritos que nadie mejor que él tenía sabidos. Pero los demas diputados del Congreso, que no habian hasta allí despegado sus labios, despues de oír á Socicles, que tanto habia perorado á favor de la libertad comun, rompiendo el silencio cada uno por su parte, votaban todos libremente á favor del Corintio, y protestando altamente, pedian á los Lacedemonios que nada innovasen en aquella ciudad griega. Así, pues, terminó la conferencia.

XCIV. Al irse despues Hippias de Lacedemonia, aunque Amintas, rey de Macedonia, le ofrecia la ciudad de Ante-

munte, y los Tésalos le convidaban con los Yolcos (1), sin querer aceptar ninguna de las dos, dió la vuelta á Sigeo. Era esta una plaza que á punta de lanza habia tomado Pisistrato á los de Mitilene (2), en la cual una vez ganada puso por señor un hijo bastardo, habido en una mujer Argiva, por nombre Egesistrato: ni éste pudo jamás, sino con las armas en la mano, gozar de la ciudad que de Pisistrato habia recibido. Con motivo de Sigeo duraron largo tiempo las hostilidades entre Mitileneos y Ateniensés: salian aquéllos de la ciudad de Aquileo, y éstos de la misma Sigeo á guerrear; los Mitileneos pretendian recobrar aquella tierra que reputaban ser suya; los Ateniensés les negaban el derecho sobre ella, dando por razon que el dominio de la region troyana no tocaba más á los Eolios que á los Ateniensés y demas Griegos que en compañía de Menelao habian salido á vengar el robo de Helena.

XCV. Entre varias cosas que acontecieron en el curso de dicha guerra, sucedió que viniendo los enemigos á las manos en una refriega en que la victoria empezaba á declararse por los Ateniensés, pudo escapárseles el célebre poeta Alceo, huyendo listo y veloz, pero no supo salvar

(1) Yolcos es al presente la aldea Yaco: Antemunte estaba al Norte de Terma ó de la moderna Salonichi.

(2) Los antiguos escriben algo más acerca de esta guerra, referida confusamente por nuestro autor. En el año 606 ántes de Jesucristo se apoderaron los Ateniensés de Sigeo, ciudad y promontorio en la Frigia menor, de que estaban en posesion los de Mitilene, quienes se hicieron fuertes en un lugar llamado Aquileo. Habiendo venido á las manos los dos ejércitos, entraron en un desafio los dos jefes, Pitaco, uno de los siete sabios, y Frinon el Ateniensé, soldado el más gentil de su tiempo, el cual, envuelto en una red que bajo su escudo llevaba Pitaco escondida, quedó rendido y muerto. Ajustóse al cabo la guerra con la decision de Periandro que refiere más abajo nuestro historiador, aunque para conciliarlo con lo que cuentan los demas, puede creerse que despues de la pacificacion negociada por Periandro se volvió á renovar la guerra, estando ya en Sigeo el hijo bastardo de Pisistrato.

sus armas, las cuales, cayendo en poder de los Atenenses, fueron despues suspendidas por ellos en el Ateneo (ó templo de Minerva) en la misma Sigeo, caso sobre que compuso Alceo unos versos dando en ellos cuenta de su desgracia á Menalippo su camarada (1) y los envió á Mitilene. Ajustó, por fin, estas diferencias, entre los de Mitilene y los de Atenas, Periandro, el hijo de Cipselo, en cuyo arbitrio se habian comprometido las partes; y lo verificó decidiendo y ordenando que cada una se quedase en la pacífica posesion de lo que tenia, con lo que vino Sigeo á quedar por los Atenenses.

XCVI. Restituido Hippias de Lacedemonia á Sigeo, no dejaba piedra por mover contra los Atenenses, á quienes acriminaba maliciosamente ante Artafernes, resuelto á echar mano de cuantos medios alcanzase, á fin de lograr que Atenas, recayendo bajo su poder, entrase en el imperio de Dario. Informados entretanto los de Atenas de lo que Hippias iba tramando, procuraban desimpresionar á Artafernes por medio de unos embajadores enviados á Sardes para que no quisiera dar crédito á las calumnias y artificios de aquellos desterrados. No salieron con su intento los enviados, á quienes hizo entender Artafernes, clara y precisamente, que para la salud de su patria un solo medio les quedaba: el de recibir de nuevo á Hippias por señor. Con esta declaracion, en que de ninguna manera consentian los Atenenses, resolviéronse éstos á mostrarse abiertamente enemigos de los Persas.

XCVII. Volviendo ya al Milesio Aristagoras, despues que Cleomenes el Lacedemonio le habia mandado salir de Esparta, presentóse en Atenas, ciudad la más poderosa de todas, en el punto crítico en que sus ciudadanos, viéndose

(1) Estos versos, ó algun fragmento de ellos, se leen en Estrabon, aunque tan desfigurados que no los conociera el mismo Alceo.

gravemente calumniados para con los Persas, estaban resueltos á declararles la guerra. Allí, en una asamblea del pueblo, dijo en público Aristagoras lo mismo que en Esparta habia dicho por lo tocante á las grandes riquezas y bienes del Asia, y tambien á la milicia y arte de la guerra entre los Persas, tropa débil y fácil de ser vencida, no usando ni de escudo ni de lanza en el combate. Esto decia por lo concerniente á los Persas; pero respecto á los Griegos, añadía que siendo los Milesios colonos de Atenas, toda buena razon pedia que los Atenienses, á la sazón tan poderosos, les librasen del yugo indigno de la Persia. En una palabra, tanto supo decirles Aristagoras y tanto se atrevió á prometerles, como quien se hallaba en el mayor apuro, que al cabo les hizo condescender con lo que pedia; y lo que habia imaginado que más fácil le sería deslumbrar con buenas palabras á muchos juntos que á uno sólo, esto fué lo que logró allí Aristagoras, pues no habiéndole sido posible engañar al Lacedemonio Cleomenes, le fué entonces muy hacedero arrastrar de una vez con su artificio á treinta mil Atenienses (1). Ganado, pues, el pueblo de Atenas, conviene en hacer un decreto público en que ordena que vayan al socorro de los Jonios 20 naves equipadas, y se declara por general de la armada á Melantío, sujeto el más cabal y de mayor reputacion que en Atenas habia. ¡Ominosas veinte naves, y armada fatal, que fueron el principio de la comun ruina de los Griegos y de los Bárbaros! (2).

XCVIII. Aristagoras, que volvió por mar á Mileto ántes

(1) Témesese, con razon, que sea exagerado el número, pues consta por los demas escritores que los ciudadanos Atenienses que podian votar en sus asambleas solian ser veinte mil únicamente.

(2) Repréndese Plutarco este pasaje de Heródoto como si abominara de las naves que levantaron bandera para la libertad de la Grecia; pero nuestro autor no las llama autoras, sino principio y como señal de tantos desastres como sucedieron, originados de la rebelion jónica y de la ambicion persiana.

que llegase la armada, tomó luego un arbitrio del cual ningún provecho habian de sacar los Jonios: verdad es que ni él mismo pretendia sacarlo, sino dar únicamente que sentir al rey Darío con aquella idea. Despacha, pues, un mensajero que vaya de su parte á tratar con aquellos Peones que, llevados prisioneros por Megabazo desde el río Estrimon, se hallaban colocados en cierto sitio de la Frigia, viviendo en una aldea separados de los del país. Llegado el mensajero, dijoles así:—«Aquí vengo, amigos Peones, comisionado por Aristagoras, señor de Mileto, á proponeros un medio seguro y eficaz para el logro de vuestra libertad, con tal que querais practicarlo. Al presente, cuando toda la Jonia se ha levantado contra el rey, abiértoseos ha la puerta para que salvos os volvais á vuestra patria. A vuestra cuenta correrá, pues, el viaje hasta el mar; desde las costas dejadlo todo á nuestro cuidado.» No bien los Peones acabaron de oír el recado, cuando alegres como si el cielo se les abriera, cargando los más con sus hijos y mujeres, se fueron huyendo luego hácia las playas, bien que unos pocos, sobrecogidos de miedo, se quedaron en su aldea. Llegados al agua, se embarcaron para Quio, donde estaban ya seguros, cuando la caballería persa les iba siguiendo las pisadas á fin de cogerles. Viendo, pues, que no habian podido darles alcance, envíanles una orden á Quio para que vuelvan otra vez; pero los Peones, no haciendo caso de los Persas, fueron conducidos por los de Quio hasta Lesbos, y por los de Lesbos hasta Dorisco, desde donde, caminando por tierra, dieron la vuelta á Peonia.

XCIX. Entretanto, los Atenenses llegan á Mileto con sus veinte naves, llevando en su armada cinco galeras de Eretria, las que no militaban en atencion á los de Atenas, sino en gracia de los mismos Milesios, á quienes volvian entónces su vez los Eretrios, pues ántes habian éstos sido socorridos por los de Mileto en la guerra que tuvie-

ron contra los Calcidenses, á quienes asistian los Samios contra Eretrios y Milesios. Llegados á Mileto los mencionados, y juntos asimismo los demas de la confederacion jónica, emprende Aristagoras una jornada hácia Sardes, no yendo él allá en persona, sino nombrando por sus generales á otros Milesios, los cuales fueron dos, uno su mismo hermano Caropino y el otro Hermofanto, uno de los ciudadanos de Mileto.

C. Llegó á Efeso la armada, donde dejando las naves en un lugar de aquella señoría llamado Coreso, iban desde allí los Jonios subiendo tierra adentro con un ejército numeroso, al cual servian de guías los Efesios. Llevaban su camino por las orillas del rio Caistro, y pasado el monte Tmolo, se dejaron caer sobre Sardes (1), de la cual y de cuanto en ella habia se apoderaron sin la menor resistencia; pero no tomaron la fortaleza, que cubria con no pequeña guarnicion el mismo Artafernes.

CI. Tomada ya la ciudad, un acaso estorbó que se entregara al saqueo. Eran hechas de caña la mayor parte de las casas de Sardes, y de cañas estaban cubiertas áun las construidas de ladrillo. Quiso, pues, la fortuna que á una de ellas pegase fuego un soldado. Prendiendo luégo la llama, fué corriendo el incendio de casa en casa hasta apoderarse de la ciudad entera. Ardía ya toda, cuando los Libios y cuantos Persas se hallaban dentro, viéndose cerrados por todas partes con las llamas que tenian rodeados ya los extremos de la ciudad, y no dándoles el fuego lugar ni paso para salirse fuera, fuéronse retirando y recogiendo hácia la plaza y orillas del Pactolo (2), rio que llevando en sus arenas algunos granitos de oro, y pasando por medio

(1) Llámase ahora el Caistro Minderscare y tambien Carason; el monte Tmolo, el Tomalitze, y Sardes la pequeña aldea de Sardo. La toma de esta antigua capital es hazaña atribuida por unos á los Ateniensis y por otros á los Eretrios.

(2) El moderno Sarabat, nombre que se da tambien al Hermo.

de la plaza, va á juntarse con el Hermo, que desagua en el mar. Sucedió, pues, que la misma necesidad forzó á Lidios y Persas, juntos allí cerca del Pactolo, á defenderse de los enemigos; y como viesen los Jonios que algunos de aquellos les hacian ya, en efecto, resistencia, y que otros en gran número venian contra ellos, poseidos de miedo fueron retirándose en buen orden hácia el monte que llaman Tmolo, y de allí, venida ya la noche, partieron de vuelta hácia sus naves.

CII. En el incendio de Sardes quedó abrasado el templo de Cibebe, diosa propia y nacional; pretexto de que se valieron los Persas en lo venidero para pegar fuego á los templos de la Grecia (1). Los otros Persas que moraban de estotra parte del Halis, al oír lo que en Sardes estaba pasando, unidos en cuerpo de ejército, acudieron al socorro de los Lydios; pero no hallando ya á los Jonios en aquella capital y siguiendo sus pisadas, los alcanzaron en Efeso. Formáronse los Jonios en filas y admitieron la batalla que los Persas les presentaban; pero fueron de tal modo rotos y vencidos, que muchos murieron en el campo á manos del enemigo. Entre otros guerreros de nombre que allí murieron, uno fué el jefe de los Eretrios, llamado Euálcides, aquel atleta que en las justas Coronarias habia ganado en premio público la corona y habia por ello merecido que Simonides Ceio le subiera á las nubes. Los otros Jonios que debieron la salvacion á la ligereza de sus piés, se refugiaron á varias ciudades.

CIII. Tal fué el éxito de aquel combate, despues del cual los Atenienses desampararon de tal manera á los Jonios, que á pesar de los repetidos ruegos é instancias que les hizo despues Aristagoras por medio de sus diputados, se man-

(1) Mero pretexto, sin duda; pues los Persas abrasaron en Egipto muchos templos, guiados por su principio religioso de que á los dioses no debia encerrárseles entre paredes.

tuvieron siempre constantes en la resolución de negarles su asistencia. Pero los Jonios, aunque se vieron destituidos del socorro de Atenas, no por eso dejaron, según á ello les obligaba el primer paso dado ya contra Darío, de prevenirse del mismo modo para la guerra comenzada. Dirígense ante todo con su armada hácia el Helesponto, y á viva fuerza logran hacerse señores de Bizancio y de las demas plazas de aquellas cercanías. Salidos del Helesponto, unieron luégo á su partido y confederacion una gran parte de la Caria, pues entónces lograron que se declarase por ellos la ciudad de Cauco, que no habia querido ántes aliarse cuando quemaron á Sardes.

CIV. Aun más, lograron que se agregasen á su parcialidad todas las ciudades de Chipre, ménos la de Amatonta, las que se habian sublevado contra el Medo con la siguiente ocasion: Vivía en Chipre un tal Onésilo, hijo de Chersis, nieto de Siromo, biznieto de Evelton y hermano menor de rey de los Salaminios (1), llamado Gorgo, á quien habiendo ya tiempo ántes hablado repetidas veces Onésilo, hombre inquieto, aconsejándole que se rebelase contra el Persa; oyendo entónces la sublevacion de los Jonios, le estaba haciendo las mayores instancias sobre lo mismo. Pero viendo Onésilo que no podia salir con sus intentos, espíó el tiempo en que Gorgo habia salido fuera de la ciudad y le cerró las puertas, acompañado de los de su faccion. Arrojado Gorgo y excluido de su plaza, se refugia á los Medos, y Onésilo, señor ya de Salamina, logra con sus diligencias que los pueblos todos de Chipre, fuera de los Amatontios, le imiten en la rebelion, y por no querer seguirle en esta los de Amatonta pone sitio á la plaza.

CV. En tanto que Onésilo apretaba el cerco, llegó al

(1) Créese que Salamina estaba donde se halla al presente Puerto Constanzo, cerca de Famagosta, y que Amatonta se llama ahora Limiso.

rey Darío la nueva de que Sardes, tomada por los Atenien-
ses, unidos con los Jonios, habia sido entregada á las lla-
mas, siendo el autor de aquella trama y tambien de toda
la confederacion el Milesio Aristagoras. Corre la fama de
que al primer aviso, no cargando Darío en manera alguna
la consideracion en sus Jonios, de quienes seguro estaba
que pagarían cara su rebeldía, la primera palabra en que
prorumpió fué preguntar quiénes eran aquellos Atenien-
ses, y que oida sobre esto la respuesta, pidió al punto su
arco, tomóle en sus manos, colocó en él una flecha y dis-
parándole luégo hácia el cielo (1):—«Dame, oh Júpiter,
dijo al soltarle, que pueda yo vengarme de los Atenien-
ses. Y dicho esto, dió órden á uno de sus criados que de allí en
adelante, al irse á sentar á la mesa, siempre por tres veces
le repitiera este aviso: *Señor, acordaos de los Atenien-
ses.*

CVI. Dada esta orden, llama Darío ante sí al milesio
Histieo, á quien hacia tiempo que detenía en su corte, y le
habla en estos términos:—«Acabo ahora de recibir la nue-
va, Histieo, de que aquel regente tuyo á quien confiaste el
gobierno de Mileto ha maquinado grandes novedades con-
tra mi corona. Sábetes que habiendo él juntado tropas que
llamó del otro continente, y persuadido á que con ellas se
coligasen los Jonios (á quienes doy mi real palabra de que
no se alabarán de una traicion que bien caro ha de costar-
les), han intentado arrebatar-me á Sardes. ¿Qué te parece
de toda esta maquinacion? Dime tú: ¿cabe que esto se haya
urdido sin que tú anduvieras en el asunto? Mucho sentiria
hallarte despues cómplice de tal atentado.» A lo que respon-
dió Histieo:—«¿Es posible, señor que eso de mí sospecheis
y digais? ¿Había yo de intentar cosa alguna que ni mucho
ni poco pudiera daros que sentir? Pues eso que recelais ¿á

(1) No entiendo si el ademán de Darío fué una señal de enojo
blasfemo ó mas bien un juramento religioso como adorador del
fuego y del cielo.

qué fin, ó con qué mira lo habia yo de procurar? ¿Qué cosa me falta al presente? ¿No gozo de los mismos placeres y bienes que vos? ¿No tengo la honra de tener parte en vuestros secretos y resoluciones? Si mi regente, señor, maquina algo de lo que me decís, estad seguro que sin saberlo yo obra por sí mismo. Pero yo no puedo absolutamente persuadirme de que sea verdadera la nueva de que mi regente ni tampoco los Milesios intentasen novedad alguna. Mas si han dado en realidad ese mal paso y vos estais del todo cerciorado de su elevosía, permitidme, señor, que os diga no haber sido acertado vuestro consejo en quererme tener lejos de aquella nacion; pues, no teniéndome á su vista los Jonios, quizá se habrán animado á ejecutar lo que tiempo ha deseaban; que si en la Jonia me hubiera hallado yo presente, paréceme que ninguna ciudad hubiera osado mover contra vos un dedo de la mano. Lo que al presente puede hacerse en este caso es permitirme que con toda diligencia me parta para Jonia, donde pueda reponer los asuntos en el mismo pié de ántes y os entregue preso en vuestras manos á mi regente, si tales cosas maquinó. Aun os añado, y os lo juro, señor, por los dioses tutelares de vuestro imperio, que despues de ajustadas estas turbulencias á toda vuestra satisfacion, no he de parar ni quitarme la misma túnica con que bajaré á la Jonia ántes de conquistaros á Cerdeña (1), la mayor de las islas, haciéndola tributaria de la corona.

CVII. Era tan falsa esta arenga como el alma y fe griega de Histieo, y con todo se dejó persuadir de ella Darío, dándole licencia para partirse de la corte y ordenándole al mismo tiempo que una vez cumplido lo que acababa de ofrecerle, diese la vuelta y se le presentase de nuevo en Susa.

(1) Era en aquel tiempo un error comun de geografía hacer á Cerdeña la mayor de las islas conocidas.

CVIII. Miétras que llegaba al rey aviso de lo sucedido en Sardes y, hecho el alarde del arco, hablaba Darío con Histieo, y éste, licenciado por el rey, marchaba hácia las provincias marítimas, iba sucediendo en este intermedio lo que voy á referir (1). Estaba Onésilo, el de Salamina, apretando el sitio de los de Amatonta, cuando le llega el aviso de que en breve se espera en Chipre al Persa Artibio, á donde venía conduciendo en sus naves una poderosa armada. Habida esta noticia, pide Onésilo á la Jonia por medio de unos diputados que vengan en su ayuda y socorro los Jonios, y éstos, sin gastar mucho tiempo en resolverse, hácese á la vela con una gruesa armada. En un tiempo mismo sucedió, pues, que los Jonios aportasen á Chipre, que los Persas recién venidos de la Cilicia desembarcados en la isla marchasen ya por tierra la vuelta de Salamina, y que los Fenicios doblasen el cabo que llaman las Llaves de Chipre (2).

CIX. En tal estado de cosas, convocan los señores de las ciudades de Chipre á los jefes jonios y entablan con ellos este discurso: — «Nosotros los Cipriotas, amigos Jonios, dejamos á vuestro arbitrio la eleccion de salir al encuentro ó bien á los Persas ó bien á los Fenicios. El tiempo insta: si escogéis venir á las manos con los Persas en campo de batalla, saltad luégo á tierra y formar vuestras filas, que en este caso embarcádonos en vuestras naves vamos á cerrar con los Fenicios. Pero si preferís combatir por mar con los Fenicios, menester es poner manos á la obra. Escoged una de dos, para que así contribuyais por vuestra

(1) Aquí se manifiesta el método histórico de nuestro autor, que jamás deja su transición siempre que pasa de un punto á otro de la narración. Es alguna vez fastidiosa á los oídos modernos esta recapitulacion, casi tanto como aquel *ergo* con que nos fastidian los escolásticos arábigos; pero sirve para fijar la atencion y seguir sin confusion el hilo de la historia.

(2) Ahora cabo de San Andrés.

parte á la libertad de Jonia y de Chipre.»—«A nosotros, replican los Jonios, nos mandó venir el Estado de la Jonia con orden de defender estos mares y no de acometer por tierra á las tropas persianas cediendo nuestras naves á los de Chipre. En el puesto señalado procuraremos, pues, desempeñar nuestro deber con todo el esfuerzo posible: ved vosotros de obrar en el vuestro como gente de valor, teniendo presente las indignidades que esos Medos, vuestros señores, os han hecho sufrir.»

CX. Tal fué la respuesta de los Jonios, despues de la cual, como hubiesen llegado ya los Persas al campo de Salamina, los reyes de Chipre ordenaron contra ellos su gente en esta disposicion: Enfrente de los soldados del enemigo, que no eran Persas de nacion, ordenaron una parte de sus tropas Cipriotas; delante de los Persas mismos pusieron la flor de su gente escogida entre las milicias de Salamina y de Soli (1): Onésilo por su voluntad escogió el puesto que correspondia al que enfrente ocupaba Artibio, general de los Persas.

CXI. El caballo en que Artibio venía montado estaba enseñado á empuñarse contra el enemigo armado. Advertido de esto Onésilo, habló así con un escudero cariano (2) que tenía, hombre muy diestro en lo que mira á los encuentros de armas, y en todo lo demas muy sagaz y ad-

(1) Eran dos ciudades con el nombre de Soli, una en Cilicia y otra en Chipre; los naturales de ésta se llamaban Solios y los de aquella Solienses.

(2) Los Carios en el Asia eran lo que en el dia son los Suizos en Europa, soldados mercenarios tenidos por gente vil, que por poco dinero vendian alma y vida á quien quisiera comprársela. Acerca de estos episodios históricos de Herodoto, paréceme que así como el arte militar, ántes de acometer al enemigo, encanta los combatientes con el ruido de tambores, pífanos y timbales, así nuestro historiador, al irnos á referir alguna accion ruidosa, para suspender más el espectáculo nos sale de improviso con alguna digresion amena y entretenida.

vertido:—«Oigo decir, amigo, que ese caballo de Artibio tiene la habilidad de alzarse sobre los piés y embestir al que delante tiene con las manos y con la boca. Piénsalo tú, y dime luégo á cuál de los dos quieres que apuntemos y derribemos ántes, si al caballo, ó bien á su jinete Artibio. —Pronto estoy, señor, le responde el escudero, para ambas cosas: pronto para cualquiera de las dos y para todo lo que me ordeneis. Diré sin embargo lo que me parece hacer más al caso para vuestra reputacion. Lo más propio y decoroso es que un rey cierre contra otro rey, y un general contra otro general, pues si en tal encuentro diereis en tierra con aquel jefe, hareis una rógia hazaña, y aun cuando él, lo que no querrán los dioses, os echare al suelo, el morir en tales manos aliviaria en la mitad el peso de la desventura. A nosotros escuderos corresponde medirnos con otros escuderos. No os dé trabajo, señor, el caballo empinado con aquella habilidad, que á fe mia no vuelva jamás á empinarsse.»

CXII. Dijo, y en aquel punto mismo cerraron las dos armadas por tierra y por mar. En la batalla naval vencieron los Jonios á los Fenicios, haciendo aquel dia prodigios de valor, y los que mejor se portaron en la funcion fueron los Samios. En la tierra, despues que estu vieron ya á tiro los dos ejércitos, hé aquí lo que pasó entre los dos generales: Embiste Artibio montado en su marcial caballo contra Onésilo; véle éste venir; dispara contra él, segun lo prevenido por su escudero, y acierta bien el tiro; iba el vecino caballo á dar con las manos contra el adarga de Onésilo, cuando el escudero cario le dá listo un golpe de hoz, y se las siega entrambas. El caballo, manco ya y encabritado, dá consigo en el suelo, y con él Artibio, el general persiano.

CXIII. Encarnizadas en tanto las otras tropas, se hallaban en el calor del combate, cuando Stesenor, el tirano de Curio, entregó alevosamente á los Persas una gran di-

vision del ejército, que cerca de sí tenía. Pasados al enemigo los Curianos, colonos, á lo que se dice, de los Argivos, siguieron inmediatamente su mal ejemplo los carros guerreros de los Salaminios (1), y de resultas de estas deserciones, como empezasen los Persas á llevar la ventaja en el combate, el ejército de los Cipriotas volvió las espaldas al enemigo. Entre otros muchos que perecieron en la huida, quedaron rendidos en el campo dos generales, el uno Onésilo, hijo de Queris, autor que habia sido de la sublevacion de Chipre; el otro Aristócipro, rey de los Solios, hijo de Filócipro, de aquel célebre Filócipro á quien sobre todos los demas príncipes ensalzó en sus versos el ateniense Solon, cuando estuvo viajando en Chipre (2).

CXIV. Los Amatontios victoriosos, para vengarse del asedio que Onésilo les habia puesto, le cortaron la cabeza, y se la llevaron, colgándola despues sobre las puertas de su ciudad. Sucedió, pues, que estando allí suspensa y ya del todo hueca, entró dentro un enjambre de abejas y fabricó en ella sus panales. Vista aquella novedad, tuvieron por conveniente los Amatontios consultar al oráculo acerca de aquel raro fenómeno, y la respuesta fué que se diera sepultura á la cabeza descolgada, y se hicieran á Onésilo sacrificios annos como á un héroe, y que con esto todo les iria mejor. Y en efecto, así lo hacian hasta mis dias los de Amatonta con el héroe Onésilo.

CXV. Los marinos jonios, que gloriosamente acababan de dar en Chipre su batalla naval, viendo ya perdida la

(1) Peleaban los Salaminios encima de sus carros á estilo de los héroes de Homero.

(2) Solon indujo á Filócipro á que, dejando el áspero sitio de Arpea, fundase en la llanura una nueva ciudad, á la cual Filócipro quiso dar el nombre de Soli, agradecido al consejo de su huésped Solon. Se acusa de negligente á Meurio, que recogió esta historia, porque no recogió los fragmentos de los versos de Solon en loor de Filócipro.

causa de Onésilo, y cercadas al mismo tiempo todas las ciudades de la isla, ménos la de Salamina, que los mismos Salaminios habian restituido á Gorgo, su antiguo rey, haciéndose luégo á la vela, bien informados del mal estado de Chipre, dieron la vuelta hácia Jonia. Entre todas las ciudades de la isla, fué la de Soli la que por más tiempo resistió al cerco, logrando rendirla los Persas, pasados cinco meses de sitio, con las minas que alrededor de los muros abrieron.

CXVI. Los Cipriotas, en suma, sacudido el yugo de los Persas por el breve espacio de un año, cayeron de nuevo bajo el mismo dominio. En cuanto á aquellos Jonios que habian hecho sus correrías hasta la misma Sardes, persiguéronles los generales persas, especialmente Daurises, casado con una hija de Darío, y en su compañía otros dos yernos del rey, Himeas y Otanes, y habiéndoles derrotado en campo de batalla, les obligaron á refugiarse á sus navas: repartidas las tropas en seguida contra las plazas del país, iban tomándolas con las armas.

CXVII. Echándose, pues, Daurises hácia el Helesponto, rindió las plazas de Dardano, Abido, Pércota, Lampsaco y Peso (1), y la toma de ellas le salió á plaza por día. Dirigiase desde Peso hácia la ciudad de Pario, cuando llegó aviso de que unidos los Carios al partido jonio acababan de levantarse contra el Persa, novedad que le obligó á que, dejando el Helesponto, marchase con sus tropas hácia Caria.

CXVIII. Ignoro cómo tuvieron los Carios aviso de que contra ellos venía marchando Daurises, primero que éste llegase con su ejército. Dióles lugar esta noticia adelantada á que se juntasen en cierto sitio llamado las Colum-

(1) Peso, situada entre Lampsaco y Pario: Pércota es la Pércope de Homero (*Ilíada*, LXII, v. 229), situada en la embocadura del río Spiga.

nas Blancas (*Leucas Stelas*), cerca del río Martias, que bajando de la región Idriada va á confundirse con el Meandro. En la junta que allí tuvieron los Carios, el mejor de los varios pareceres que hubo fué, á mi entender, el que dió Pixodaro, hijo de Mausolo y natural de Cindio, quien estaba casado con una princesa hija de Sieunesis, rey de los Cilicios. Era de parecer este varón que pasando el Meandro y dejando este río á las espaldas, entrasen los Carios en batalla con el Persa, pues así dispuesto y viendo cerrado el paso á la fuga, la misma necesidad de no poder desamparar su puesto les haría, sin duda, mucho más valientes y animosos de lo que eran naturalmente. Pero rechazado este voto, se siguió el contrario, de que no los Carios, sino los Persas, tuvieran á sus espaldas el Meandro, claro está que con la mira de que los Persas, si quisieran huir perdida la batalla, no pudieran volver atrás dando luégo con el río.

CXIX. No tardaron en aparecer los Persas, y pasando el Meandro vinieron á las manos con el enemigo cerca del río Marsias. En la batalla, si bien los Carios por largo tiempo resistieron al Persa haciendo los mayores esfuerzos de valor, su menor número, con todo, cedió al fin al mayor de los enemigos. Los muertos en el choque de parte de los Persas fueron como 2.000 y hasta 40.000 de la de los Carios. Los que de estos quedaron salvos con la fuga, se vieron en la necesidad de refugiarse á Labranda (1), en el templo de Júpiter el *Stratio* ó guerrero, cerca del cual había un gran bosque de plátanos consagrado á aquella divinidad; y de paso no quiero dejar de observar que de cuantas naciones tengo noticia, la de los Carios es la única que sacrifica á Júpiter bajo aquel título. Refugiados allí los Carios, empiezan á deliberar de qué manera podrian quedar

(1) En el día Eblebanda. El título de *Stratio* se dió posteriormente á Júpiter en muchos países.

salvos, si acaso sería bien entregarse al Persa á discrecion ó mejor abandonar de todo punto el Asia menor.

CXX. Estando, pues, los Carios en lo mejor de su consulta, ven llegar hácia ellos á los Milesios, juntos con sus demas confederados, con el objeto de darles asistencia y socorro: y al momento, dejándose de arbitrios para salvarse, se disponen de nuevo á continuar la guerra comenzada. Así que, acometidos segunda vez por los Persas, hicieronles los Carios una resistencia más viva y larga aún que la pasada, aunque habiendo al cabo sido rotos y vencidos, murieron en la accion muchos de ellos, y padecieron en ella más que nadie los auxiliares Milesios.

CXXI. Recobraronse los Carios de su pérdida despues de este destroz, volviendo de nuevo á pelear. Saben que los Persas se disponen á llevar las armas contra sus plazas, y les arman una emboscada en el camino que va á Pedaso. Salióles bien el artificio, porque habiendo dado de noche los Persas en la celada, fueron pasados á filo de espada, y con sus tropas perecieron desgraciadamente los generales Daurises, Amorges y Sisímaces, y con ellos asimismo Mirso, hijo de Giges. El adalid y autor principal de la emboscada fué un ciudadano de Milasa, llamado Heraclides, hijo de Inabolis.

CXXII. Así murieron aquellos Persas. Himeas, otro de los generales empleado en llevar las armas contra los Jonios que invadieron á Sardes, se apoderó de Cio (1), ciudad de Misia, echándose con su gente hácia la Propontide. Mas dueño ya de la mencionada plaza, apénas supo que Daurisis, dejando el Helesponto partia con sus tropas para Caria, condujo su gente al mismo Helesponto, donde además de todos los Eolios situados en la region de la Ilfada, logró rendir á los Gergitas (2), que son las reliquias de los anti-

(1) Esta ciudad, hoy dia arruinada, estaba en la Propontide en el golfo de Montaña.

(2) La ciudad de estos pueblos de que habla Herodoto (lib. VII

guos Teucros. Pero no sobrevivió Himeas á las conquistas de estas naciones, muerto de una enfermedad que en su curso le arrebató.

CXXIII. El virey mismo de Sardes, Artafernes, y en su compañía Otanes, que era el tercero entre los generales ocupados en hacer la guerra en la Jonia y en la Eolida comarcana con ella, tomaron dos ciudades, la de Clazomene en la Jonia, y la de Cima (1), plaza de los Eolios.

CXXIV. Al tiempo que caian dichas ciudades en poder del enemigo, el milesio Aristagoras, que sublevando la Jonia habia llevado las cosas al último punto de perturbacion, mostróse hombre de corazon poco constante en las adversidades, pues al ver lo que pasaba, pareciéndole ser enteramente imposible que pudiese ser vencido el rey Darío, sólo pensó cómo podria escapando poner en salvo su persona. Llamando, pues, á consulta sus partidarios, les dice: que juzgaba por lo más acertado procurar ante todo tener prevenida y pronta una buena retirada á donde se refugiaran, si acaso la necesidad les obligase á desamparar á Mileto; que decidieran si sería mejor conducir una colonia de Milesios á Cerdeña, ó bien á Mircino, plaza situada en las Edonos, que habia fortificado Histieo despues de recibirla de mano y gracia de Darío. Tal era la propuesta sobre que consultaba Aristagoras.

CXXV. Hallábase en la consulta el docto historiador Hecateo, hijo de Hegesandro, cuyo parecer era de no enviar la colonia á ninguna de las dos partes propuestas, sino de que Aristagoras levantase ántes una fortaleza en la isla de Lero, y en caso de ser echado de Mileto, estuviese quieto entretanto en aquella guarida, desde cuya fortaleza pudiese

cap. XLIII) sería quizá la Scepris, donde se quedaron los Troyanos bajo el gobierno de Eneas ó de Ascanio, si como pretenden algunos no vieron éstos ni por sueños á Italia.

(1) Puede que Clazomene sea Urla actualmente, y Cima Foya Nueva.

salir despues para recobrar su patria: éste fué el parecer de Hecateo.

CXXVI. Mas el partido á que más se inclinaba Aristagoras era al de llevar una colonia á Mircino. Encargando con esto el gobierno de Mileto á uno de los sujetos más acreditados de la ciudad, por nombre Pitágoras, él mismo en persona toma consigo á los ciudadanos todos que se ofrecen á seguirle, y se hace con ellos á la vela para la Tracia, donde se apoderó del país deseado. Despues de esta conquista, como salido de su plaza con su gente de armas, estuviese sitiando á otra ciudad de los Tracios (1), pereció allí Aristagoras con toda su tropa á manos de los bárbaros, por más que pretendiera salvarse por medio de una capitulacion.

(1) La ciudad era Eunea (*Novem viæ*), cerca de la cual fundaron los Atenienses la colonia de Anfípolis, treinta y dos años despues de la muerte de Aristagoras.

LIBRO SEXTO.

ERATO.

Histieo continúa induciendo á los Jonios á batirse contra los Persas, pero estos procuran dispersar su armada por medio de las instigaciones de sus antiguos señores: derrota de la armada jonia: toma de Mileto. Histieo hecho pirata cae en poder de los Medos, los cuales se apoderan de las ciudades jónicas y del Quersoneso, abandonado por Milciades, que se había alzado con su dominio. La armada persa se dirige contra Atenas y naufraga al pié del Atos. Los de Egina se entregan á los Persas, por cuyo motivo trata el rey de Esparta de castigarlos.—Origen de los reyes de Esparta, y deposición del rey Demarato: artificios de Cleomenes contra éste, descubiertos los cuales huye de Esparta.—Los Egineas hacen nuevos insultos á los Atenienses, los cuales consiguen derrotarlos en una batalla naval.—Atacan los Persas á Eretria, y se apoderan de ella por traicion. Continúan los Persas contra Atenas y avanzan hasta Maraton. Los Atenienses les salen al encuentro, al mando de diez generales. Batalla de Maraton. Dudas acerca de la lealtad de los Alcmeonidas y aventuras de esta familia. Milciades, célebre desde la batalla de Maraton, es acusado por no haber tomado á Paros, y absuelto de la pena capital por la conquista de Lemnos, que hiciera en otro tiempo.

Tal fué el fin que tuvo Aristagoras, el que había sublevado la Jonia. Durante estos sucesos había ya vuelto á Sardes, conseguida licencia de Darío, Histieo, señor de Mileto, á quien apenas acabado de llegar de Susa preguntó Artafernes, virey de Sardes, qué le parecía aquella rebelion

y cuál habria sido el motivo de ella. Fingiendo Histieo que nada sabía, y maravillándose del estado presente de las cosas, respondióle que todo le cogia de nuevo. Pero bien enterado Artafernes del principio y trama del levantamiento, y viendo la malicia y disimulo con que respondia aquel:— «Histieo, le replicó, esos zapatos que se calzó Aristagoras, se los cortó y cosió Histieo,»—aludiendo en esto y zahiriendo al primer móvil de aquella revolución.

II. Histieo, pues, no asegurándose de Artafernes como de quien estaba ya sabedor de la verdad, venida apenas la noche se fué huyendo hácia el mar y dejó burlado al rey Darío; porque bien léjos de conquistar á la corona la isla de Cerdeña, la mayor de cuantas hay en el mar, segun lo tenia prometido, marchó á ponerse al frente de los Jonios, como generalísimo en la guerra contra el Persa. Con todo, los de Quio, á donde pasó luégo, teniéndole por espía doble de Darío, enviado con la oculta mira de intentar contra ellos alguna novedad, le pusieron preso; aunque poco despues, informados mejor de la verdad, y sabiendo cuán grande enemigo era del Rey, le dejaron otra vez libre y suelto.

III. Reconvenido entónces Histieo por los Jonios por qué con tantas véras habia mandado decir á Aristagoras que se levantase contra el Rey, sublevacion que tanto estrago y desventura habia acarreado á la Jonia, se guardó muy bien de descubrirles el motivo verdadero que en aquello habia tenido, sino que con un engaño procuró alarmarles de nuevo, diciéndoles que lo habia hecho por haber sabido que el rey Darío estaba resuelto á que los Fenicios pasasen á ocupar la Jonia, y los Jonios fuesen trasplantados á la Fenicia (1), y que ésta habia sido la causa de ha-

(1) Sin duda los Persas solian con frecuencia, con un despotismo inhumano y contrario al derecho de gentes, obligar á naciones enteras á la trasmigracion; pero en este caso no fué más que una imputacion con que Histieo, sólo para poder volver á su patria, le

bérselo así mandado. Al Rey no le había pasado tal cosa por la cabeza; mas con aquel terror imaginario turbaba Histieo á la Jonia.

IV. Poco despues de esto envió Histieo á Sardes un mensajero de nacion Atarnaita, llamado Hermippo, con cartas dirigidas á ciertos Persas con quienes tenia de antemano tramada una sublevacion (1). Hermippo, en vez de entregar las cartas á aquellos á quienes iban destinadas, se presentó en derechura á Artafenes y se las puso en las manos. Cerciorado éste de la oculta conjuracion, manda á Hermippo que, tomando otra vez sus cartas, las entregue á quien van de parte de Histieo, pero que recogidas las respuestas de los Persas á éste, las vuelva á poner en sus manos ántes de partir con ellas. Descubierta de este modo la secreta conspiracion, ajustició el virey Artafernes á muchos Persas.

V. Luego que sucedió en Sardes esta novedad, viendo Histieo desvanecidas sus esperanzas, logró de los de Quio con sus ruegos é instancias que le llevasen á Mileto. Los Milesios, que con particular gusto y satisfaccion poco ántes se habian visto libres de Aristagoras, estaban muy ajenos á la sazón de recibir en casa y de voluntad propia á ningun otro señor, mayormente despues de haber gustado lo dulce y sabroso de la libertad. Habiendo, pues, Histieo intentado entrar de noche y á viva fuerza en Mileto, salió herido en un muslo de mano de un Milesio, sin lograr el objeto de su tentativa. Echado de su ciudad este antiguo señor, da la vuelta á Quio, de donde no pudiendo inducir á aquellos naturales á que le confiasen sus fuerzas de mar, pasó á

metió en tal confusion. Muchas perfidias pueden aprenderse en la historia de los Griegos al lado de heróicas hazañas y virtuosos documentos.

(1) Mucha habilidad politica es preciso atribuir á Histieo, para que en su breve paso por Sardes pudiese tramar una conjuracion y seducir á los mismos Persas.

Mitilene, y allí pudo lograr de los Lesbios que le dieran su armada. Llevando, pues, estos á bordo á Histieo, fuéronse hácia Bizancio con ocho galeras bien tripuladas y armadas. Apostados con sus naves en aquel estrecho, ibanse apoderando de cuantas embarcaciones venian del Ponto, si no se declaraban de su voluntad prontas á seguir el partido de Histieo.

VI. En tanto que guiados por Histieo se ocupaban en esto los de Mitilene, hallábanse los Milesios amenazados de un poderoso ejército por mar y tierra que de dia en dia allí se esperaba, sabiéndose que los jefes principales de los Persas, unidas ya sus tropas en un solo cuerpo, sin curarse de las demas pequeñas ciudades enemigas, se dirigian hácia Mileto. La mayor fuerza de la armada naval del Persa consistia en los Fenicios, con quienes concurrían armados los de Chipre, poco ántes subyugados, como tambien los de Cilicia y los de Egipto, cuyas fuerzas de mar venian todas contra Mileto y lo restante de la Jonia.

VII. Informados los Jonios de la expedicion prevenida, enviaron al Panionio sus respectivos diputados para tener en él su congreso. Despues de bien deliberado el asunto, acordaron allí reunidos, que no sería del caso juntar tropas de tierra para resistir al Persa; que lo méjor era que defendiendo los Milesios por sí mismos aquella plaza, armasen los Jonios sus escuadras todas, sin dejar una sola nave ociosa, y que así armados lo mas pronto que posible fuera se juntasen para cubrir y proteger á Mileto en la pequeña isla de Lada (1), que viene á estar frontera á la misma ciudad.

VIII. De resultas de dicha resolucion, los Jonios, á quienes se habian unido los Eolios de Lesbos, se juntaron allí con sus naves bien armadas. El órden con que se formaron fué el siguiente: por la punta de Levante dejábanse ver

(1) Lada se cree ser al presente Jaca ó quiza Fermaca.

los Milesios con 80 naves propias; seguíanles los de Priena con 42 naves, y los de Miunte con 3 solamente; á estos se hallaban contiguos con sus 17 naves los Tieos, y á estos los de Quio con 100 embarcaciones. Venían despues por su órden los Eritreos y los Focenses, estos con solas 3 galeras, aquellos con 80; á los de Focea estaban los Lesbios inmediatos con 70 naves, y los Lamios con 60 cerraban la extremidad de Poniente (1). De suerte que la suma de naves recogidas en la armada jonia subió á 353 galeras.

IX. El número de las naves bárbaras era de 600, y luégo que aparecieron en las costas de Mileto, al oír los generales persas, que tenían allí cerca reunido el ejército de tierra, el gran número de galeras en la armada jonia, se llenaron de pavor y espanto, desconfiando de poder salir victoriosos contra ellas, y sumamente temerosos de que no siendo superiores en el mar no podían llegar á rendir á Mileto, y de que no rindiendo la plaza se verían en peligro de ser por ello castigados por órden de Darío. Llevados, pues, de estos temores, determinaron juntar los señores de la Jonia que echados de sus respectivos dominios por el Milesio Aristagoras, y refugiados ántes á los Medos, venían entónces en la armada contra Mileto, y juntos todos los que en ella se hallaron, les hablaron así los generales persas:—«Este el tiempo, señores Jonios, en que acredite cada uno de vosotros su fidelidad al soberano, y su amor á la real casa: es menester que cada cual por su parte procure apartar á sus vasallos del cuerpo y liga de los conjurados en esta guerra. Para esto debeis ante todo ganarles con buenas razones, prometiéndoles que por su rebelion no tienen que temer castigo ni disgusto alguno, y asegu-

(1) Parece que dejaron de concurrir con sus naves éuatro ciudades jonias, segun las enumeraba el autor (L. I. c. CXLII), á saber, Efeso, Colofon, Lébedo y Clazomene.

rándoles que ni entregaremos al fuego sus templos, ni al sacco sus cosas profanas y particulares, ni los gravaremos con nuevos pechos diferentes de los que ahora tienen. Pero si viereis que no quieren separarse de los rebeldes, empeñados de todo punto en entrar á la parte en la batalla, en tal caso les amenazareis en nuestro nombre, pintándoles lo que se les espera de nuestra ira y venganza; que cogidos prisioneros de guerra, serán vendidos por esclavos que sus hijos serán hechos eunucos, sus doncellas trasportadas á Bactra, y su país entregado á otros habitantes.»

X. Prevenidos por los Persas los tiranos de la Jonia, luego que vino la noche envió cada uno de ellos á sus antiguos vasallos quien de su parte con el referido aviso les solicitase á separarse. Pero los Jonios, á cuyos oídos llegó aquella prevencion, persuadidos de que á ellos solos y no á los demas pueblos de la liga la dirigian los Persas, mirando la cosa con desprecio no se movian á consentir en la traicion propuesta. Esto fué lo primero que intentaron los Persas llegados á Mileto.

XI. Juntos ya en Lada los Jonios, empezaron desde luego sus asambleas, en las cuales uno de los muchos oradores que hablaban en público, fué el general de los Focenses llamado Dionisio, que así les arengó:—«La balanza está ya al caer, Jonios míos; andá en ella suspensa nuestra suerte, y de su caída dependerá el que nosotros quedemos independientes y libres, ó que nos veamos tratados como esclavos, y como esclavos fugitivos. Si quereis, pues, al presente poner en movimiento por un poco de tiempo, será necesaria de contado alguna mayor molestia, pero el fruto de vuestro breve trabajo será sin duda la victoria del enemigo, y el premio de la victoria vuestra libertad. Pero si en esta ocasion quereis economizaros demasiado, viviendo sin órden y á vuestras anchuras, en verdad os digo que no espero hallar medio alguno, ni aun alcanzo cuál pudiera

darse para librarnos despues de las garras del rey y de la pena debida á unos rebeldes. Esto no, amigos, nunca; creedme mejor á mí, teniendo por bien dejaros en mis manos; que yo con el favor del cielo os aseguro en tal caso una de dos, ó que el enemigo no osará entrar en batalla con vosotros, ó que si entra saldrá muy descalabrado y roto.

XII. Dóciles á estas razones los Jonios, se pusieron á las órdenes de Dionisio, quien con la mira de ejercitar á los remeros, formando la escuadra en dos alas, la sacaba de continuo en alta mar, y á fin de tener en armas á la tropa naval, hacia asimismo que arremetiesen unas gale-
 ras con otras. Lo restante del dia despues de dichas escaramuzas obligaba á las tropas á pasarlo á bordo, ancladas las naves, de suerte que los dias enteros tenía á los Jonios en continuo ejercicio y fatiga. Como por espacio de siete dias hubiesen ellos hecho á las órdenes de Dionisio lo que les mandaba, viéndose ya molidos al octavo con tanto trabajo, y acosados de los rayos del sol, como gente no hecha á la fatiga, empezaron unos á otros á decirse:—«¿Qué fatalidad es esta, ó qué crimen tan enorme hemos cometido para darnos á tan desastrada vida? ¿Y no somos unos insensatos que perdido el juicio nos entregamos á merced de un Focense fanfarron, que por tres naves que conduce se nos levanta con el mando, entregándonos á intolerables afanes? Visto está que no ha de dejarnos aliento, pues ya muchos de la armada han enfermado de puro cansancio, y muchos más, segun toma el sesgo, vamos en breve á hacer lo mismo. Por vida de Pluton, ántes que pasar por esto vale más sufrirlo todo. Menor mal será aguantar la servidumbre del Persa, venga lo que viniere, que estarnos aquí luchando con esta miseria y muerte cuotidiana. Vaya en hora mala el Focense, y ruin sea quien á ese ruin de hoy más le obedeciere.» Esto iban diciendo, y en efecto desde aquel punto ni uno solo se halló que quisiese darle oídos,

sino que todos, plantadas sus tiendas en dicha isla al modo de un ejército acampado, sin querer subir á bordo ni volver al ejercicio, descansaban á la sombra.

XIII. Entretanto, los generales Samios, viendo lo que los Jonios hacian, se decidieron á aceptar el partido que Eaces, hijo de Silosonte, de orden de los Persas les habia hecho proponer, pidiéndoles por medio de un enviado que se apartasen de la alianza de los Jonios. Viendo, pues, los Samios el gran desorden que reinaba en la armada jonia, y pareciéndoles al mismo tiempo imposible que las armas del rey no saliesen al cabo victoriosas, por cuanto Darío, áun en caso de que su armada presente fuese derrotada, tendria en breve á punto otra cinco veces mayor, resolvieron á admitir la mencionada propuesta. Estando en este ánimo, apenas vieron que no querian los Jonios hacer su deber en aquella fatiga, cuando valiéndose de la ocasion echaron mano de aquel pretexto á fin de poder conservar, separándose de la liga, sus templos y bienes propios. Era este Eaces, cuya proposicion aceptaron los de Samos, un príncipe hijo de Silosonte (1) y nieto de Eaces, señor de Samos, que habia sido privado de sus Estados por manejo del Milesio Aristagoras, del mismo modo que los otros señores de la Jonia.

XIV. Cuando los Fenicios presentaron la batalla, salieron á recibir los Jonios formados en dos alas. Llegadas á tiro las armadas y empezada la accion, no puedo de fijo decir cuáles fueron los Jonios que se portaron bien, y cuáles los que obraron mal en la refriega, pues los unos culpan á los otros, y todos se disculpaban á sí mismos. Es fama que entónces los Samios, segun con Eaces lo tenian concertado, saliéndose de la línea á velas tendidas, se fueron navegando hácia Samos, no quedando más que once naves de su escuadra. Los capitanes de estas últimas, no

(1) Véase L. III, par. CXXXIX.

habiendo querido obedecer á sus generales y manteniéndose en su puesto, entraron en batalla; y el comun de los Samios, en atencion á este hecho, les honró despues haciendo que se grabasen en una columna los nombres de los mismos capitanes y los de sus padres, queriendo dar en aquel monumento un público testimonio de que fueron hombres de bien y de mucho valor. Viendo los Lesbios que los que tenian inmediatos huian de la batalla, hicieron lo mismo que los Samios, imitádoles la mayor parte de los Jonios.

XV. Los que mas padecieron de cuantos quedaron peleando fueron los de Quio, haciendo proezas de valor, sin perdonar esfuerzos contra el enemigo, ni desmayar un punto en el combate, siendo 100 sus galeras, y llevando cada una 40 ciudadanos de tropa escogida para la pelea. Bien veian que muchos de los aliados les vendian pérfidamente; pero no queriendo parecérseles en la cobardía y ruindad, por más que se viesen desamparados, con todo, con los pocos aliados que les quedaban continuaron en avanzar, embistiendo contra las]naves enemigas, prendiendo muchas de ellas, pero perdiendo el] mayor número de las suyas, hasta que se hicieron á la vela con las que les quedaban, huyendo hácia su patria.

XVI. Perseguidas por el enemigo algunas naves [de su escuadra, que por destrozadas no se hallaban en estado de huir, tomaron la derrota hácia Micala (1); allí, varando en la playa y dejando en ella las galeras, salva ya la tripulacion, fbase á pié por tierra firme. Caminaban los marineros de]Quio por la señoría de [Efeso,]y llegados ya de]noche cerca de la dicha ciudad, quiso]su desgracia]que las]mujeres del país estuviesen allí] ocupadas en celebrar á] Cérés legisladora un sacrificio llamado Tesmoforía. Los Efesios, que nada habian oido todavía de lo sucedido á los de Quio,

(1) Promontorio enfrente de Samós.

y que viendo aquella tropa entrada por su tierra, la tenían por una cuadrilla de salteadores que venían á robarles las mujeres, saliendo luego todos levantados en masa á socorrerlas, acabaron con los pobres marineros de Quio: ¡tanta fué su desventura!

XVII. Pero volviendo al bravo Dionisio el Focense, despues que vió los asuntos de los Jonios de todo punto perdidos en la batalla, habiéndose en ella apoderado de tres naves enemigas, se partió de allí con ánimo de no volver á Focea, su patria, pues bien visto tenía que ella con toda la Jonia sería al cabo hecha esclava de los Persas. Resolvió, pues, tomar desde allí el rumbo hácia la Fenicia, donde como se hubiese apoderado de muchas naves de carga, rico ya con tantos despojos, las echó á fondo y se hizo á la vela para Sicilia. Allí se dió á la piratería, saliendo á menudo de aquellos puertos, sin tocar empero á ningun barco griego, y apresando á todos los cartagineses y toscanos que podía coger.

XVIII. Vencedores los Persas de los Jonios en la batalla naval, bien presto sitiaron por mar y tierra á Mileto, plaza que al sexto año de la sublevacion de Aristagoras tomaron á viva fuerza, combatiéndola con todo género de máquinas y arruinando las murallas con sus minas. Una vez rendida la ciudad, hicieron esclavos á sus vecinos, viniendo con esto á descargar sobre Mileto la calamidad que el oráculo les había pronosticado.

XIX. Es de saber que consultando en cierta ocasion los Argivos en Delfos acerca de la conservacion de su propia ciudad, se les había dado un oráculo, no peculiar á ellos únicamente, sino perteneciente tambien á los de Mileto, pues dirigido en parte á los de Argos, á lo último llevaba una adiccion para los Milesios. Referiré la parte del oráculo que tocaba á los Argivos, cuando en su propio lugar diere razon de sus asuntos: la parte que miraba á los Milesios, que no se hallaban allí presentes, estaba concebida en

estos términos:—«Entonces, oh Mileto, máquina llena de maldad, serás cena y espléndida presa para no pocos, cuando tus damas laven los pies de cabelluda raza; ni faltarán otros que adornen en Dídimos mi templo.»—Todos estos males vinieron entonces, en efecto, sobre los Milesios, cuando los más de los hombres de la ciudad murieron á manos de los Persas, que solian criar su pelo largo; cuando las mujeres é hijos de aquellos fueron reducidos á la condicion de esclavos; cuando, finalmente, el templo de Apolo en Dídimos, de cuya riqueza llevo ya hecha mencion en diferentes puntos de mi historia, fué con su capilla y con su oráculo dado al sacco y á las llamas (1).

XX. Hechos, pues, prisioneros los Milesios, fueron desde su patria llevados á Susa. El rey Darío, sin ejecutar en ellos otro castigo diferente, los colocó cerca del mar Eritreo en Ampa, ciudad por la cual pasa el rio Tigris, que desagua en el mar. Las heredades suburbanas de Mileto las tomaron para sí los Persas, dando las tierras altas del país á los Carios de Pedaso.

XXI. No hallaron los Milesios en su desventura recibida de manos de los Persas la debida compasion y correspondencia en los Sibaritas que habitan al presente las ciudades de Leo y de Seidro (2), despues que fueron privados de su antigua patria, la ciudad misma de Sibaris; pues habiendo sido ésta tomada por los de Crotona tiempos atrás, mostraron tanta pena los Milesios de aquella desventura, que los adultos todos se cortaron el pelo, siendo dichas ciudades las más amigas y las más unidas en buenos oficios de cuantas tenga yo noticia hasta aquí. Muy diferentemente

(1) Ignoro cómo concertar á nuestro autor que da este templo al sacco en tiempo de Darío, con los escritores que afirman que el templo Dídimeo, cerca de Mileto, fué entregado á Jerjes con sus tesoros por los Branquidas, que cuidaban de él, los cuales eran sacerdotes de la familia de Branco.

(2) Dos colonias sibaritas en la Lucania.

obraron en este punto los de Atenas, quienes, además de otras muchas pruebas de dolor que les causaba la pérdida de Mileto, dieron una muy particular en la representación de un drama compuesto por Frinico, cuyo asunto y título era la toma de Mileto; pues no sólo prorumpió en un llanto general todo el teatro, sino que el público multó al poeta en mil dracmas por haberle renovado la memoria de sus males propios, prohibiendo al mismo tiempo que nadie en adelante reprodujera semejante drama.

XXII. Así Mileto quedóse, en una palabra, sin Milesios. Por lo que mira á los Samios que tenían en casa algo que perder, estuvo tan léjos de parecerles bien la resolución de sus generales á favor de los Medos, que luego despues del combate naval tomaron entre ellos el acuerdo de salirse de su patria para ir á fundar una nueva colonia, ántes que volviera Eaces á entrar en la isla, sin duda por no verse precisados en caso de quedarse en sus casas á servir á los Medos y obedecer á un tirano. La ocasion era la más oportuna, pues entónces los Zancleos (1), pueblo de Sicilia, por medio de unos mensajeros enviados á la Jonia, instaban á los Jonios á que vinieran á apoderarse de Calacta, muy deseosos de que se fundase en esta ciudad jonia. Es la que llamaban Calacta una hermosa playa poseida entónces por los Sicelios (ó Sicilianos, originarios del país), la cual miraba hácia Tirsenia. Miéntras los Zancleos convidaban á los Jonios á formar dicha colonia, los Samios fueron entre éstos los únicos que, en compañía de los Milesios que habian podido escaparse de la ruina universal, partieron para Sicilia, donde su empresa tuvo el éxito siguiente.

XXIII. Quiso la suerte que al llegar los Samios en

(1) Zancle era el nombre de Mesina, ántes que la reedificasen los Mesenios, como dice Pausanias, contrario en esto á Herodoto. que atribuye esta empresa á los Samios. De la pequeña ciudad de Calacta nada queda al presente; sus ruinas se creen no distantes del lugar San Márcos.

su viaje á los Locros, por sobrenombre Epicefrios (4), se hallasen actualmente los Zancleos, conducidos por su rey llamado Escites, sitiando cierta ciudad de los Sicilianos con ánimo de apoderarse de ella á viva fuerza. Anaxilao, señor de Regio y grande enemigo de los Zancleos, informado del designio de los Samios, procuró insinuarse con ellos, y supo persuadirles que á la sazón les convenia más bien olvidarse de Calactas y de las hermosas playas hácia donde llevaban el rumbo, y apoderarse en vez de ellas de la misma ciudad de Zanca, que se hallaba sin soldados que pudiesen defenderla. Caen los Samios en la tentacion, y hácese dueños de Zanca. Apénas los Zancleos ausentes de su patria oyeron que habia sido sorprendida, cuando fueron corriendo á socorrerla, llamando al mismo tiempo en su ayuda á Hipócrates, señor de Gela (2) y aliado suyo. Viniendo éste para auxiliarles con su gente de armas, obró tan al contrario, que privando á Escites, monarca de los Zancleos, de su ciudad, le mandó poner preso, y en su compañía á Pitógenes su hermano, enviándolos así atados á la ciudad de Inico (3). Entró despues á capitular con los Samios de la plaza, é interpuesta la fe mutua del juramento, vendió alevosamente á los Zancleos; pues de la paga de su traicion en que convino con los Samios fué que de los esclavos y muebles que se hallaban dentro de la ciudad tomara la mitad para sí, y que cargaria con cuanto mueble y esclavo se hallase en la campiña. Para más iniquidad, valiéndose de la ocasion, mandó atar la mayor parte de los Zancleos y se quedó con ellos como si fueran esclavos; y no contento con esto, entregó á los

(1) Estos Locros, colonos de otros Locros de Acaya, moraban en la Calabria ulterior, y las ruinas de su ciudad llevan el nombre de Palépoli, cerca de Gieraci.

(2) Colonia de los Rodios, al presente Terranova.

(3) Unos colocan esta pequeña ciudad á 20 millas de Mazara, otros en el presente lugar de Longobardo.

Samios los 300 Zancleos principales para que les cortasen la cabeza, maldad que no quisieron ejecutar.

XXIV. Escites, el señor de los Zancleos, huido de Inico, pasó á Himera (1), de donde navegó al Asia y llegó á la corte de Darío, quien vino á tenerle por el Griego mejor y más justificado de cuantos de la Grecia habian subido á su corte; pues habida licencia del soberano para ir á Sicilia, volvió otra vez á su presencia, y entre los Persas acabó su vida felizmente en edad muy avanzada.

XXV. De este modo los Samios que se habian escapado del dominio de los Medos, lograron sin ningun trabajo hacerse dueños de Zanca, una de las más bellas ciudades (2). Despues de la batalla naval que se dió por causa de Mileto, los Fenicios, por órden de los Persas, restituyeron á Samos á Eaces el hijo de Silosonte, en atencion á lo bien que con ellos se habia portado. Los Samios, en efecto, por haber retirado sus naves del combate naval de los Jonios, lograron ser los únicos entre los que se habian sublevado contra Darío que librasen del incendio sus templos y ciudades. Tomada ya Mileto, nada tardaron los Persas en recobrar la Caria, cuyas ciudades, parte entregadas á discrecion, parte rendidas por fuerza, iban de nuevo agregando al imperio.

XXVI. Tiempo es ya de volver á Histieo, que se hallaba en las cercanías de Bizancio apresando las naves mercantiles de los Jonios que procedian del Ponto, cuando le llegó la nueva de lo que acababa de suceder en Mileto. Apénas la recibió, hízose á la vela con sus Lesbios hácia Quio, dejando el cuidado de la piratería en el Helesponto á Bisaltes, natural de Abido é hijo de Apolofanes; y llegado ya á aquella isla, tuvo una refriega con la guarnicion de un

(1) Al presente llamada Tramine.

(2) Poco duró el fruto de la perfidia de los Samios, habiendo luego, segun Tucídides, sido echados de Zanca por Anaxilao.

fuerte llamado Cela que no queria admitirle en aquel lugar, y mató en ella no pocos de aquellos defensores. Con esto logró hacerse dueño de una pequeña ciudad de la isla, de cuyo puerto salia con los Lesbios de su comitiva y se iba apoderando de las galeras maltratadas de los de Quio, que escapadas de la batalla naval se volvian á su patria.

XXVII. A estos vecinos de la isla de Quio habian ántes acontecido ya notables prodigios, segun suelen los dioses por ley ordinaria dar de antemano ciertos pronósticos de las grandes desventuras que amenazan á alguna ciudad ó nacion. Uno habia sido que de cien mancebos enviados en un coro ó danza desde Quio á Delfos, sólo dos habian vuelto á la patria, habiendo perecido los otros 98 de una peste que les sobrevino: otro fué que cayéndose en Quio el techo de una casa sobre los niños de la escuela poco ántes que se diese la batalla naval, de 120 que ellos eran, sólo uno se salvó. Estas fueron las señales prévias que el cielo les enviaba: despues vino la batalla naval que destruyó aquella república, y despues de la rota fatal de las naves, el pirata Histieo con sus Lesbios se dejó caer sobre los Quios destrozados, y acabó de dar en tierra con todo el poder de aquel Estado.

XXVIII. Teniendo ya Histieo en su escuadra no pocos combatientes, Jonios y Eolios, desde Quio se fué contra Taso. Estaba ya sitiando esta plaza, cuando por el aviso que le vino de que los Fenicios, dejando á Mileto, salian contra las otras ciudades de la Jonia, dióse mucha prisa en partir con toda su gente hácia Lesbos, sin llevar á cabo la expugnacion de Taso. Entretanto, la falta de víveres que padecia su ejército, le obligó á pasar al continente con ánimo de segar las mieses, así del territorio Atarneo como del campo Caico que pertenece á los Misios. Pero quiso entónces la fortuna que se hallase en aquellas cercanías con un numeroso ejército Hárpago, general de los Persas, el cual, en una batalla que allí se dió, muerta la mayor parte de las

tropas enemigas, logró apoderarse de la persona de Histieo, que fué hecho prisionero del modo siguiente:

XXIX. En Malena, lugar de la comarca Atarnea, trabóse el choque entre Persas y Griegos, en que por largo tiempo quedó dudosa la victoria, hasta que al fin, arremetiendo la caballería persiana, hizo suya la acción con tal viveza, que puso en fuga á los Griegos. Al huir con los suyos Histieo, persuadido como estaba de que por aquella su culpa no le condenaría el rey á perder la vida, se le avivó tanto el deseo de conservarla, que alcanzado ya por un soldado Persa y viendo que iba con un golpe á pasarle de parte á parte, le habló en lengua persiana y se le descubrió diciendo ser el milesio Histieo.

XXX. Si Histieo, puesto que fué cogido vivo, hubiera sido presentado asimismo á Darío, éste, á mi modo de entender, le hubiera perdonado la ofensa pasada, y aquél nada hubiera tenido que sufrir de parte del ofendido (1). El daño estuvo en que el virey de Sardes Artafernes y Hárpago, el general de las tropas, á fin de impedir que perdonado Histieo volviera de nuevo á la gracia y privanza del soberano, luégo que llegó á Sardes prisionero, pusieron su cuerpo en un palo y enviaron á Susa su cabeza embalsamada para que la viera Darío. Sabedor, en efecto, el monarca de aquel hecho, desaprobando la resolución, reprendió á los ministros autores de ella, porque no le habían presentado vivo el prisionero de guerra. Respecto á la cabeza de Histieo, ordenó que lavada y decorosamente amortajada se la diese honrosa sepultura, siendo de un varon singularmente benemérito, así de su real persona como del imperio de los Persas. Así vino á terminar Histieo.

XXXI. La armada de los Persas que había invernado en

(1) No puede bastantemente alabarse la clemencia de Darío y la ley de los Persas de que por un solo crimen nadie debiese ser castigado, ni por muchos, si son más y mayores los servicios precedentes.

las cercanías de Mileto, saliendo al mar al año siguiente, iba de paso apoderándose de las islas adyacentes al continente del Asia menor, á saber: la de Quio, la de Lesbos y la de Tenedos. Para mayor desgracia, posesionados los bárbaros de alguna isla, lo primero que hacian era barrer y acabar con todos los moradores que en ella habia, en la forma que sigue: iban formando un cordon de Persas cogidos uno de la mano del otro, y empezando así de la playa del Norte seguian con aquella red barredera cazando á los hombres por toda la isla. En el continente, asimismo fueron apoderándose de las ciudades jonias, reduciéndolas á la esclavitud, dejando sólo de tender allí su red por no permitirlo la situacion del país.

XXXII. Así que los generales persas no quisieron que se dijese de ellos que no cumplieran las amenazas que ántes habian hecho á los Jonios, cuando todavía estaban armados, pues como lo amenazaron, así lo iban ejecutando. Porque no bien se veian dueños de alguna de las plazas, cuando escogidos los niños más gallardos, hacian de ellos otros tantos eunucos para su servicio, entresacando del mismo modo á las doncellas mejor parecidas para enviarlas á la corte; y no contentos con esto, entregaban á las llamas todos los edificios de las ciudades, así profanos como consagrados á los dioses. Esta fué la tercera vez que los Jonios se vieron hechos esclavos, pues una les subyugaron los Lydios y dos consecutivamente los Persas.

XXXIII. Aquella misma armada, habiendo dejado la Jonia, fué sujetando todas las plazas que caen á la izquierda del que va navegando por el Helesponto, pues las que están á mano derecha en el continente habian ya sido rendidas por los Persas. En dicha costa del Helesponto, que pertenece á la Europa, se halla el Quersoneso, en que se cuentan bastantes ciudades; se halla la ciudad de Perinto; se hallan los fuertes de la Tracia, como tambien las ciudades de Salibria y de Bizancio. Los Bizantinos, pues, y del mis-

mo modo los Calcedonios, situados en la ribera opuesta, dejando sus pueblos ántes de que llegase la armada fenicia y retirados á lo interior del Ponto Eusino, fundaron la ciudad de Mesambria. Llegados despues los Fenicios, incendiadas las dos citadas plazas, se dejaron caer sobre Proconeso y Artace, y desde ellas, despues que las hubieron abrasado, hiciéronse á la vela otra vez hácia el Quersoneso con ánimo de arruinar las ciudades que ántes habian respetado, cuando por primera vez se echaron sobre aquella península. A Cízico no se acercaron absolutamente los Fenicios, á causa de que los naturales, ya ántes de su llegada, capitulando con el virey de Dascilio, Ebares, hijo de Megabazo, se habian entregado al rey; pero en el Quersoneso rindieron las demas ciudades, excepto la de Cardia.

XXXIV. Hasta este tiempo, Milcades, hijo de Cimon y nieto de Esteságoras, conservaba el dominio en dichas ciudades, sobre las cuales lo habia adquirido ántes aquel otro Milcíades que fué hijo de Cipselo, de la manera que referiré. Los Dolongos, pueblos de origen Tracios, eran los que antiguamente habitaban en el Quersoneso, quienes viéndose agobiados en la guerra por los Apsintios (1), enviaron á Delfos sus reyes para que consultasen acerca de ella. Dióles por respuesta la Pythia que se llevaran á su país por fundador de una colonia al primero que salidos del templo les acogiera en su casa como huéspedes y amigos. Los Dolongos, pues, tomaron su camino por la vía sacra (2), pasaron por la señoría de los Focenses y por la de

(1) Nada más que el nombre se halla de estos Apsintios. En un códice antiguo se lee algo variada la historia, diciendo que los Apsintios y no los Dolongos fueron quienes consultaron al oráculo.

(2) No puede ser esta la vía sacra que describe Pausanias desde Atenas á Eleusina, sino aquella por donde, segun Estrabon, se llevaban las víctimas sacras de Atenas hasta Delfos.

los Beocios, y desde allí, sin que nadie les convidase con su casa, se entraron por la de los Atenienses.

XXXV. En aquella sazón, si bien era Pisistrato quien tenía en Atenas el poder absoluto, no dejaba con todo de tener algún mando cierto señor llamado Milciades, hijo de Cipselo, sujeto de familia principal que mantenía tiros de cuatro caballos para concurrir á los juegos olímpicos (1). Era éste descendiente remoto de Egina y de Eaco, y después, andando el tiempo, se hallaba naturalizado entre los Atenienses, siendo de la casa de Fileo, hijo de Eante, que fué el primero de dicha familia que se inscribió por ciudadano de Atenas. Estábase, pues, Milciades sentado á la puerta de su casa, cuando viendo pasar á los Dolongos con un traje peregrino y armados con sus picas, los saludó y llamó hácia sí. Acercáronse luego y fueron de él convidados con su casa y posada, y admitido el agasajo, dándole cuenta los nuevos huéspedes del oráculo recibido, exhortándole al mismo tiempo á que obedezca al dios Apolo. Milciades, como quien estaba mal con el dominio de Pisistrato, ansioso de salirse de su jurisdicción, dejóse persuadir muy fácilmente, y luego envió á Delfos unos diputados encargados de consultar de su parte el oráculo sobre si haría ó no lo que le pedían aquellos Dolongos.

XXXVI. Con el nuevo mandato de la Pythia acabóse de resolver á la empresa Milciades, hijo de Cipselo (2), sujeto ya famoso por haber llevado el primer premio en las justas de Olimpia entre los aurigas de cuatro caballos. Alistando, pues, para la nueva colonia á todos los Atenienses que quisieron seguirle en su viaje, con ellos y con los Dolon-

(1) Era esto entre los Griegos indicio de familias nobles y poderosas, que en mayor aprecio tenían la victoria de sus cuadrigas olímpicas que los Romanos la pompa de un triunfo.

(2) Cornelio Nepote da principio á sus *Varones Ilustres* con un anacronismo indigno de un estudiante, confundiendo este Milciades el Cipsélida con el otro Milciades, hijo de Cimon.

gos se hizo á la vela y logró despues apoderarse de la region que pretendia, de la cual le nombraron señor los que le habian llamado. La primera providencia que tomó Milcíades en su dominio fué la de cerrar el istmo del Quersoneso, tirando una muralla desde la ciudad de Cardia hasta la de Pactia, con cuya defensa impedia las invasiones y correrías de los Apsintios en toda la tierra. Dicho istmo tiene de mar á mar 36 estadios, y el Quersoneso, contando del istmo hácia lo interior del país, se extiende á lo largo 420 estadios.

XXXVII. Fortalecida ya la garganta del Quersoneso con aquel nuevo pertrecho que impedia la entrada y tenía léjos de él á los Apsintios, los primeros á quienes hizo la guerra Milcíades fueron los Lampsacenos, quienes en una emboscada le hicieron prisionero. Al saber Creso el Lydio aquella prision, por la grande estima que hacía de la persona de Milcíades, intimó á los Lampsacenos por medio de un mensajero que pusiesen en libertad al prisionero, que de no hacerlo les aseguraba que los quebrantaria como quien quebranta un pino. Pónense luégo los Lampsacenos á deliberar sobre el sentido de la enigmática amenaza, no alcanzando la fuerza de aquel *quebrantar á manera de un pino*, hasta que al cabo de un buen rato de demandas y respuestas, dió un viejo en el blanco de la amenaza diciendo ser el pino el único entre los árboles que desmochado una vez no vuelve á retoñar, sino que totalmente acaba y muere. Con el temor en que con tal amenaza entraron los de Lampsaco dieron libertad á Milcíades, debiendo éste á Creso el verse libre de sus prisiones.

XXXVIII. Restituido Milcíades á sus Estados, viéndose sin hijos, hizo al morir heredero del mando y de sus bienes á su sobrino Steságoras, hijo de Cimon su hermano uterino. En el día los pueblos del Quersoneso, segun suele practicarse con los fundadores de alguna ciudad, hacen sacrificios en honor de Milcíades, en cuya memoria tiene n

establecidos unos juegos así ecuestres como gimnicos, en los cuales no es permitida á ningun Lampsaceno la competencia. Duraba todavía la guerra con los de Lampsaco, cuando quiso la mala suerte que tambien Steságoras muriera sin sucesion, recibiendo un golpe de segur que descargó sobre su cabeza el mismo Pritaneo, uno que se vendia por desertor, y era realmente un enemigo enconado y furioso.

XXXIX. Los Pisistrátidas, sabida la muerte de Steságoras, enviaron al Quersoneso en una galera á Milcíades, hijo de Cimon y hermano del difunto, para que tomase el mando del Estado. Mucho se habian ya esmerado ántes los hijos de Pisistrato en favorecer á este Milcíades estando aún en Atenas, como si no hubieran tenido parte alguna en la muerte de Cimon su padre, la cual diré del modo que sucedió en otro lugar de mi historia. Llegado, pues, Milcíades al Quersoneso, se mantuvo algun tiempo sin salir de casa, queriendo, á lo que parecia, honrar con aquel luto y retiro la muerte de Steságoras. Corrió así la voz entre los vecinos del Quersoneso, y en fuerza de ella, juntos todos los señores principales de aquellas ciudades en diputacion comun, vinieron á dar el pésame á Milcíades, quien valiéndose de la ocasion los puso presos á todos y se alzó con el dominio del Quersoneso entero, manteniendo en su servicio 500 hombres de guardia y tomando despues por esposa á la princesa Hegesipila, hija de Oloro, rey de los Tracios.

XL. No sólo tuvo que tomar estas medidas Milcíades, hijo de Cimon, recien llegado al Quersoneso, sino que hubo de sufrir en lo sucesivo otros contratiempos mucho más crueles; porque tres años despues (1) túvose que

(1) Sin auxilio de nuevos códices es imposible corregir en este pasaje el embrollo de cronologia. Porque desde el principio de la dominacion de Milcíades hasta que los Escitas invadieron el Quer-

ausentar del Quersoneso huyendo de los Escitas llamados Nómadas, quienes, irritados por el rey Darío y unidos en cuerpo de ejército, avanzaron con sus correrías hasta el Quersoneso. Milcíades, no teniendo ánimos ni fuerzas para hacerles frente, huyóse por esta causa de sus dominios, donde despues que los Escitas se volvieron otra vez á su pais, le restituyeron de nuevo los Dolongos. Esta adversidad le habia acontecido tres años ántes que le sucediera otra desventura que á la sazón de que voy hablando le sobrevino, y fué la siguiente:

XLI. Informado Milcíades de que los Fenicios se hallaban ya en Tenedos, cargando luégo cinco galeras de cuantas riquezas y preciosidades tenia á mano, hizose con ellas á la vela para Atenas (1). Salido, pues, de la ciudad de Cardia, iba navegando por el golfo Melas, costeano el Quersoneso, cuando con sus galeras se dejaron caer sobre él los Fenicios. Por más caza que le daban, pudo Milcíades escaparse con cuatro de sus naves y acogerse á Imbro; pero fué apresada la quinta, en la que iba por capitán Metioco, su hijo mayor, habido, no en la hija del rey de Tracia Oloro, sino en otra esposa. Sabedores los Fenicios de que el capitán de la nave apresada era hijo de Milcíades, le presentaron al rey creidos de que iban á hacerle

soneso, pasaron por lo ménos diez años, mientras aquí sólo pono tres, y su restitución á sus dominios hubiera debido hacerse en el tiempo que el general Otanes subyugaba la Tracia, lo que no parece verosímil. Entre la invasión de los Escitas y la de los Fenicios, entre los que sólo coloca el autor el intervalo de tres años, trascurrieron lo ménos once; y prueba de ello es el haber llegado ya á ser capitán de galera Metioco, hijo de Milcíades, que segun el cómputo de Herodoto sólo contaba entónces seis años.

(1) Este hecho me persuade de que sublevada la Jonia se habia aprovechado Milcíades de la ocasion para recuperar sus dominios, que sin duda habia prudentemente abandonado al volver Darío de la Escitia, y que entónces por la invasión de los Fenicios desamparó segunda vez.

en esto el más grato obsequio, por cuanto Milciades había sido el que dió á los señores de la Jonia el voto de que lo mejor era condescender con los Escitas, cuando éstos les pedían que disuelto el puente de barcas diesen la vuelta á su patria. Darfo, despues que tuvo en su poder á Metioco, hijo de Milciades, presentado por los Fenicios, no sólo no le trató como enemigo, sino que le colmó de tantas mercedes, que le dió casa y bienes, casándolo con una señora persiana, y los hijos que en ella tuvo son reputados como Persas.

XLII. Partido Milciades de Imbro, llegó salvo hasta Atenas. Los Persas no hicieron en aquel año otra hostilidad ni violencia en castigo de los Jonios, ántes tomaron acerca de ellos unas providencias muy útiles y humanas, pues aquel año fué cuando Artafernes, virey de Sardes, convocando á los diputados de las ciudades de la Jonia, les obligó á que hiciesen entre ellos sus estatutos y tratados á fin de ajustar en juicio las diferencias mutuas y no valerse en adelante del derecho de las armas unos contra otros pasándolo todo á sangre y fuego (1). Obligado que los hubo á convenir en estos pactos, mandó Artafernes medir sus tierras por parasangas, medida persa así llamada que contiene 30 estadios. Medido así todo el país, señaló en particular los tributos, que se han mantenido hasta mis dias en aquella regulacion de Artafernes, la misma casi que ya de ántes estaba impuesta.

XLIII. Todo estaba, pues, en Jonia tranquilo y sose-

(1) Soy de la opinion de los políticos que piensan ser menores los males públicos en un imperio grande, y si pudiera ser universal, que los de los pequeños dominios, por libres é independientes que sean; lo cual puede observarse en la Jonia, armada ántes á menudo con guerras intestinas entre sus ciudades, y víctimas de la turbulencia de los republicanos ó de la prepotencia de los pequeños señores, reducida entónces por el Persa á componer pacíficamente sus diferencias.

gado. Al principio de la siguiente primavera (1), retirados por orden del rey los demas generales, bajó Mardonio hácia las provincias marítimas conduciendo un gran ejército de mar y tierra. Era este jóven general hijo de Gobrias, y estaba recién casado con una princesa hija de Darío, llamada Artozotra. En Cilicia, adonde habia llegado al frente de su ejército, entró á bordo de una nave y navegó con toda la escuadra, señalando otros caudillos que condujesen las tropas de tierra al Helesponto. Despues que costeada el Asia Menor se halló Mardonio en la Jonia, siguió en ella una conducta tal, que bien sé que, referida aquí, ha de parecer una cosa sorprendente á aquellos Griegos que no quieren persuadirse que Olanes, uno de los setenviros confederados contra el Mago, fuese de parecer que entre los Persas debiese instituirse un estado republicano; porque lo que hizo allí Mardonio desde luégo fué deponer á todos los señores de la Jonia y susstituir en todas las ciudades la democracia ó gobierno popular (2). Tomadas estas providencias, se dió mucha prisa en llegar al Helesponto. Despues que en él se hubo juntado una prodigiosa armada y asimismo un ejército numeroso, pasaron las tropas embarcadas al otro lado del Helesponto, y de allí continuaron marchando camino de Eretria y de Atenas.

XLIV. Era, en efecto, el pretexto de aquella expedicion el hacer la guerra á las dos ciudades mencionadas; pero el intento principal no era ménos que el de conquistar para la corona todas las ciudades de la Grecia que pudiesen. Desde luégo con la armada sujetaron á los de Taso, los cuales ni áun osaron levantar un dedo contra los Persas: con el ejército de tierra agregaron á los Macedones (3) á

(1) El año 497 ántes de J. C.

(2) Política astuta de Mardonio, que queria someter á los vasallos ganándolos con apariencia de libertad, que en una república dulcemente engaña.

(3) Despues de la expedicion de Bubares, sobornado por Alejan-

los vasallos que allí cerca tenían; pues ya ántes les reconocia por señores todas aquellas naciones vecinas que moran más acá de la Macedonia. Dejando vencida á Taso, iba la armada naval costeando el continente que está frontero, hasta que aportó en Acanto (1). Salida despues de allí, y procurando vencer el cabo del monte Atos, se levantó contra las naves el viento Bóreas con tal impetu y vehemencia, que arrojó un gran número de ellas contra dicho promontorio, donde es fama que trescientas fueron á estrellarse, pereciendo en ellas más de veinte mil personas; pues como aquellos mares abundan de monstruos marinos, muchos de los náufragos cerca de Atos fueron de ellos arrebatados y comidos; muchos perecieron arrojados contra las peñas; algunos por no saber nadar se ahogaban, y otros morian de puro frio. Tal desventura cargó sobre aquella armada.

XLV. El ejército de tierra se hallaba á la sazón atrincherado en Macedonia, cuando los Brigos (2), pueblos de la Tracia, embistieron en la oscuridad de la noche contra las tropas de Mardonio, logrando matar mucho número de ellas, y áun herir al mismo general, bien que esta sorpresa nocturna no pudo librarles del yugo y servidumbre de los Persas, no habiéndose retirado Mardonio de aquellos contornos hasta tanto que hubo rendido y domado á los Brigos. Vencidos éstos, pensó luégo con todo en volver atras con su ejército entero, obligado á ello así por la pérdida que sus tropas terrestres habian sufrido en la pasada refriega con

dro (l. V. c. xxxi), debió la Macedonia mantenerse todavía independiente del Persa. Los vecinos ya subyugados de los Macedones serian sin duda las naciones que lindaban con ellos hasta la Prepóntide.

(1) Es la moderna Eriso: el célebre Atos se llama en el día Monte Santo.

(2) Los Brigos son los mismos que los Frigios, mudada la F en B al estilo de los Macedones, y procedian de los Frigios del Asia.

los Brigos, como por el gran naufragio que la armada habia padecido en el promontorio Atos. Malograda con esto la jornada, se retiró al Asia todo el ejército con mucha mengua y pérdida de su reputacion.

XLVI. Lo primero que Darío hizo al otro año fué enviar un mensajero á Taso mandando á los naturales de la isla, quienes habian sido delatados por los pueblos vecinos de que intentaban levantarse contra los Persas, que demoliciesen por sí mismos sus murallas y pasasen sus naves á Abdera. Los Tasios, en efecto, así por haberse visto sitiados ántes por Histieo, como por hallarse con grandes entradas de dinero, procuraban aprovecharlas bien en su defensa, parte construyendo naves largas para la guerra, parte levantando muros más fuertes para su resguardo. Percibian los Tasios esos réditos públicos que decia, así del continente (1) como tambien de las minas, pues las de oro que poseian en Scaptisila, lugar de tierra firme, les redituaban por lo comun 80 talentos, y las de la misma isla de Taso, dado que no llegaran á rendirles tanto, les producian con todo una suma tal, que el total de las rentas públicas de los Tasios percibidas, ya de tierra firme, ya de las minas, cada año subia ordinariamente á 200 talentos, y esto sin tener ninguna contribucion impuesta sobre los frutos de la tierra; y el año que los negocios les iban muy bien, llegaba la suma de sus entradas á componer 300 talentos.

XLVII. Yo mismo quise ir á ver por mis ojos dichas minas, entre las cuales las que más me sorprendieron y mayor maravilla me causaron fueron aquellas que habian sido descubiertas por los antiguos Fenicios, cuando poblaron dicha isla venidos á ella en compañía del Fenicio Taso (2).

(1) El continente Tracio situado entre los rios Estrimon y Neso.

(2) Era este hermano de Cadmo, que le dejó con una colonia de Fenicios en la isla á que dió nombre.

de cuyo nombre tomó el suyo la isla. Estas minas Fenicias se ven en Taso situadas entre el territorio llamado Enira y el que llaman Cenira, donde se halla un gran monte abierto, arruinado y minado con varias excavaciones que viene á corresponder enfrente de Samotracia.

XLVIII. Los Tasios, pues, en fuerza de aquella real orden, demolidas sus mismas fortificaciones, pasaron todas sus naves á Abdera (1). Tomada dicha providencia, como Darío quisiese tomar el pulso á los Griegos y ver si se hallaban en ánimo de guerrear contra él ó de entregarse más bien á su dominio, despachó hácia las ciudades de Grecia sus respectivos heraldos encargados de exigirles la obediencia para el rey con pedirles *la tierra y el agua*. Al mismo tiempo envió orden á las ciudades marítimas de sus dominios que construyesen naves largas para la guerra, y otras asimismo de carga para el transporte de la caballería.

XLIX. Miéntras que los vasallos de la marina preparaban estas naves, muchos pueblos de la Grecia situados en el continente se mostraban prontos para dar á los embajadores destinados á sus ciudades lo que se les pedia de parte de Darío; y todos los isleños donde aquellos aportaron, y con mucha particularidad los de Egina, prestaron al Rey la obediencia ofreciéndole *la tierra y el agua*. Sabida esta entrega de los Eginetas, sospechando los Atenienses que ellos se habian entregado al Persa por la enemistad que les tenian y con la mira de hacerles la guerra unidos con el bárbaro, diéronse desde luégo por muy resentidos é injuriados; y alegres por tener un motivo tan especioso de queja contra los mismos, pasaron á Esparta y dieron allí cuenta de aquella novedad, acusando á los Eginetas de traidores y enemigos de la Grecia.

L. En efecto, de resultas de esta acusacion, el rey de los Espartanos Cleomenes, hijo de Anaxandrides, pasó á

(1) Abdera, ahora Asperosa.

Egina queriendo prender á los particulares que hubiesen sido los principales promotores de la traicion. Entre otros muchos Eginetas que le hicieron frente al ir á ejecutar tales prisiones, el que más se señaló en la resistencia fué Crio (1), hijo de Policrito, diciéndole claramente que mirase bien lo que hacía, si no queria que le costase bien caro, pues bien se echaba de ver que no venía á ejecutar aquella comision de órden del comun de los Espartanos, sino que obraba sobornado con las dádivas de los Atenien-ses, pues á no ser así, hubiera venido acompañado del otro rey su colega para hacer aquella captura. Esta representación y resistencia la hacía Crio de concierto é inteligencia con Demarato. Cleomenes, pues, que se veía echar de Egina por la oposicion de Crio, preguntóle cómo se llamaba: dióle Crio su nombre, y al despedirse le replicó Cleomenes:—«Ahora bien, ya puede ese *Crio* (ó carnero) (2) forrar bien sus astas con puntas de bronce y de acero para topetar contra un gran desastre que le va á suceder.»

LI. Por aquel mismo tiempo en Esparta armaba á Cleomenes grandes intrigas un hijo de Ariston, llamado Demarato, rey asimismo de los Espartanos, pero de una familia inferior á la de Cleomenes, no en la calidad de la sangre, siendo los dos de una misma cepa, sino en el derecho de primogenitura; pues sabido es que en atencion á ella se da en Esparta la preferencia á la descendencia y casa de Eurístenes.

(1) Quizá este Crio sería un luchador á quien alabó Simónides en una de sus poesias; en tal caso la pregunta de Cleomenes al Egineta de cómo se llamaba, naciera más bien de ánimo de insultador que de verdadera ignorancia de su nombre, que tan célebre debiera ser.

(2) Estas alusiones al nombre ó satíricas ó laudatorias, si se hacen parca y oportunamente, cuales alguna vez las usó Ciceron, no las rechaza el gusto más delicado; pero si se buscan afectada y frecuentemente, como en Italia y España en el último siglo, son juicios de un gusto depravado y corrompido.

LII. Sobre este particular es preciso decir aquí que los Lacedemonios, á pesar de todos los poetas (1), pretenden que no fueron los hijos de Aristodemo los que le condujeron al país que al presente poseen, sino que su conductor fué el mismo Aristodemo, siendo su rey al propio tiempo. Aristodemo, hijo de Aristomaco, nieto de Cleodeo y biznieto de Hillo, tenía por mujer á una señora llamada Argia, hija, segun dicen, de Autesion, nieta de Tisamenes, biznieta de Tersandro y tataranieta de Polinices: y esta mujer, no mucho despues de llegados al país, parió á Aristodemo dos gemelos. Aristodemo apénas los vió nacidos cuando murió de una enfermedad. En aquella época los Lacedemonios, conformándose con sus leyes ó costumbres, decretaron que fuera rey el mayor de dichos gemelos; pero como les veian á entrambos tan parecidos é iguales en todo, no pudiendo por sí mismos averiguar cuál de los dos fuese el primogénito, para salir de la duda lo preguntaron entónces á la madre que los habia parido, ó quizá ántes ya se lo habian preguntado. Ella, aunque bien lo sabia, sin embargo, con la mira de hacer que fueran reyes los dos gemelos, afirmábase en asegurarles que ni ella misma podía absolutamente decir cuál de los dos niños fuese el mayor. Los Lacedemonios, metidos en aquella confusion, enviaron su consulta á Delfos para salir de duda é incertidumbre. La Pythia les dió por respuesta que á entrambos los tuvieran por reyes, dando empero la preferencia al mayor de los gemelos. Con este oráculo de la Pythia quedaron los Lacedemonios tan confusos como ántes, no hallando la manera de averiguar cuál de los niños fuese el que primero habia nacido. Mas un tal Panites, que este era su nombre, natural de Messena, sugirió entónces á los Lacedemonios

(1) Ignórase á qué poetas alude el autor; lo cierto es que los escritores griegos, ménos Jenofonte y Plutarco, son contrarios á esta opinion de los Lacedemonios.

un buen medio para salir de duda, á saber: avisarles que fuesen observando cuál de los gemelos fuese siempre el primero á quien limpiara y diera la teta la madre que los había parido; y si notaban que ella constante en esto nunca variase, no les quedaba ya más que hacer ni averiguar á fin de saber lo que pretendian; pero que si la madre fuese en ello alternando, se cerciorarian de que ni la misma madre que parió á los mellizos les distinguía ni acababa de conocerles, y en tal caso les sería preciso tomar otro rumbo para salir de duda. Gobernados los Espartanos por el aviso del Mesenio, pusiéronse muy de propósito á observar lo que hacía la madre con los hijos de Aristodemo, y sin que ella entendiera á qué fin la iban observando, vieron cómo siempre, así en alimento como en el aseo, daba el primer lugar á uno de los niños, que era el mayor de sus hijos. Con estas luces toman los Lacedemonios al gemelo á quien la madre prefería, del todo persuadidos que era el primogénito, y mandándole criar y educar por cuenta del Estado, le pusieron por nombre Eurístenes, llamando Procles al otro menor. De estos dos niños cuentan que por más que fuesen gemelos, llegados á la mayor edad, nunca fueron buenos hermanos, sino émulos entre sí y contrarios sempiternos, en lo que les imitaron siempre sus descendientes (1).

LIII. Los que así nos cuentan esta historia son únicamente los Lacedemonios entre los Griegos, como ántes decía; lo que voy á referir es conforme con lo que dicen los demas Griegos. Hasta subir á Perseo, hijo de Danae, está bien seguida y deslindada la ascendencia de los reyes

(1) Esta división del reino había reducido el Estado á una verdadera anarquía ántes de Licurgo, aunque bajo la legislación de éste, que mudó la monarquía en república, quizá la emulación entre dos príncipes subordinados al Estado pudo ser incentivo para la virtud.

que tuvieron los Dorios (1), y añadiré que si no se incluye en tal genealogía al dios que fué padre de Perseo, todos aquellos ascendientes fueron Griegos de nacion, puesto que por tales eran ya reputados en aquella época estos progenitores. La razon de que no queriendo subir más en esta genealogía dijera que no incluía en ella al dios padre de Perseo, es porque este héroe no lleva apellido de familia tomado de un padre que fuese hombre mortal, como vemos que lo lleva Hércules tomado de Anftrion; de suerte, que con mucha razon me detuve en Perseo sin subir más arriba. Mas si dejando los padres de Perseo quisiere uno desde Danae, hija de Acrisio, ir contando los progenitores de aquella real familia, se verá que son oriundos de Egipto los primeros príncipes ascendientes de los reyes Dorios.

LIV. Esta es su genealogía, segun la deslindan los Griegos; pero si queremos escuchar en este punto á los Persas, Perseo, siendo Asirio, fué quien pasó á ser Griego, pues cierto que no habian sido Griegos sus progenitores. Respecto á los padres de Acrisio, que nada tienen que ver con la ascendencia de Perseo, convienen los Persas en que fueron Egipcios, como pretenden los Griegos.

LV. Mas baste lo dicho sobre este punto, que no quiero expresar aquí cómo siendo Egipcios aquellos progeni-

(1) Para buscar la genealogía de los reyes Dorios ó Heraclidas es preciso inquirir la de Hércules y la de los reyes de Argos, de quienes éste descendía. El reino de Argos, fundado por Imaco el año 2148 del mundo, duró 550 hasta Perseo su décimoquinto rey, que fundó á Micenas, dividiéndole en dos reinos y continuando á reinar en el de Argos los descendientes de Perseo. Ahora bien, Perseo, bisabuelo de Hércules, era oriundo de Egipto por su abuelo materno Acrisio, descendiente de Hipermestra, hija del Egipcio Danao, que habia traído á Grecia una colonia. Así se ve que la narracion de Herodoto, tanto en sí, como por ser la expresion de la opinion comun de los Griegos, de que no sale fiador, no mereció la reprehension de Plutarco.

tores, ni por qué medios y proezas, llegaron á ser reyes de los Dorios, pues otros lo han referido primero, y yo quiero solamente decir lo que otros no dijeron.

LVI. Tienen, pues, los Espartanos ciertos derechos y prerogativas reservadas para sus reyes, como son: dos sacerdocios principales, uno el de Júpiter Lacedemonio, otro el de Júpiter Uranio, como tambien el arbitrio de hacer la guerra y llevar las armas al país que quisieren, con tan amplias facultades que ningun Espartano, so pena de incurrir en el más horrendo anatema, se lo pueda estorbar, igualmente el ser los primeros en salir á campaña y los últimos en retirarse, y, en fin, tener en la milicia cien soldados escogidos (1) para su guardia, tomar en tiempo de sus expediciones todas las reses que para víctimas quisieren, y apropiarse las pieles y tambien los lomos de las víctimas ofrecidas.

LVII. Estos son sus privilegios y gajes militares: los honores que les fueron concedidos en tiempo de paz son los siguientes: Cuando alguno hace un sacrificio público se guarda para los reyes el primer asiento en la mesa y convite; las viandas no solo deben presentárseles primero, sino que de todas debe darse á cada uno de los reyes doble racion comparada con la que se da á los demas convidados, debiendo ser ellos los que den principio á las libaciones religiosas; á ellos pertenecen tambien las pieles de las víctimas sacrificadas. En todas las Neomenias y Hebdomas de cada mes (en los dias 1.º y 7.º) debe darse á cada uno de los reyes en el templo de Apolo una víctima mayor, un medimno (2) de harina y un cuartillo lacedemonio de vino. En los juegos y fiestas públicas los primeros asientos están reservados á sus personas. A ellos pertenece el

(1) Otros quieren que estas guardias reales subiesen á 300.

(2) El medimno venia á tener 6 celemines.

nombramiento de sus ciudadanos para Proxenos (1) (agentes ó procuradores públicos de las ciudades); y cada uno de ellos tiene la eleccion de dos Pythios ó consultores religiosos diputados para Delfos, personas alimentadas del público en compañía de los mismos reyes. El día que estos no asisten á la mesa y comida pública (2), se debe pasarles en sus casas dos *chenices* de harina y una *cotila* de vino para cada uno en particular: el día en que asisten á la mesa comun, debe doblárseles toda la racion. En los convites que hacen los particulares deben los reyes ser tratados y privilegiados del mismo modo que en las comidas públicas. La custodia de los oráculos relativos al Estado corre á cuenta de los reyes; bien que de ellos deben ser sabedores los Pythios ó consultores sacros. El conocimiento de ciertas causas está reservado á los reyes; si bien estas son únicamente: 1.ª Con quién debe casar la pupila heredera que no hubiere sido desposada con nadie por su padre: 2.ª Todo lo que mira al cuidado de los caminos públicos: 3.ª Toda adopcion siempre que uno quiera tomar por hijo á otra persona, debe celebrarse en presencia de ellos: 4.ª El poder asistir y tomar asiento entre los Gerontes ó senadores reunidos de oficio, que son 28 consejeros del Estado; y cuando los reyes no quieren concurrir á la junta, hacen en ella sus veces los senadores más allegados á los mismos, de suerte que añaden á su propio voto dos más, á cuenta de los dos reyes.

(1) Eran los Proxenos unos comisarios ó cónsules encargados de los negocios de las otras ciudades, en cada una de las cuales habia otro Proxeno nombrado por los Espartanos para agente de sus intereses. Los Pythios y el agorero asesor de los reyes venian á ser, si se me permite la expresion, los teólogos del Estado.

(2) Las leyes de Licurgo obligaban á que los Espartanos comiesen en comunidad repartidos en sus respectivos refectorios ó *Sysitia*, como se llamaban, en los que los reyes con sus Éfros y Gerontes formarian mesa aparte.

LVIII. Ni son las únicas demostraciones de honor hechas en vida á los reyes, sino que en muerte hacen con ellos estas y otras los Espartanos. Lo primero, unos mensajeros á caballo van dando la noticia de la muerte por toda la Laconia, y por la ciudad van unas mujeres tocando por todas las calles su atabal. Al tiempo que esto pasa, es forzoso que de cada familia dos personas libres, un hombre y una mujer, se desaliñen y descompongan en señal de luto, so graves penas si dejan de hacerlo; de suerte que la moda de este luto entre los Lacedemonios en la muerte de sus reyes, es muy parecida ó idéntica á la que usan los pueblos bárbaros en el Asia, donde estilan hacer otro tanto cuando mueren sus reyes. Porque cuando muere el rey de los Lacedemonios, no solo los Espartanos mismos, sino los naturales ó vecinos de toda Lacedemonia, es necesario que concurren en cierto número al entierro. Juntos, pues, en un mismo lugar y en determinado número, ya los dichos vecinos, ya los llotas, ya los mismos Espartanos, todos en compañía de las mujeres, se dan golpes muy de véras en la frente, moviendo un gran llanto y diciendo siempre que el rey que acaban de perder era el mejor de los reyes. Si acontece que muera el rey en alguna campaña, acostumbran formar su imágen y llevarla en un féretro ricamente aseado. Por los diez dias primeros consecutivos al entierro real, como en dias de luto público, se cierran los tribunales y cesan asimismo los comicios.

LIX. En otra cosa se asemejan los Espartanos á los Persas: en que el nuevo rey y sucesor del difunto, al tomar posesion de la corona, perdona las deudas que todo Espartano tuviese con su predecesor ó con el Estado mismo, cosa parecida á lo que pasa entre los Persas, donde el rey nuevamente subido al trono hace gracia á todos sus vasallos de los tributos ya vencidos y no pagados.

LX. En otra costumbre se parecen á los Egipcios los

Lacedemonios, que consiste en que los pregoneros de oficio, los trompeteros y los cocineros sucedan siempre en las artes á sus padres (1); de suerte que allí siempre es trompetero el hijo de trompetero, cocinero el hijo de cocinero y pregonero el hijo de pregonero, reteniendo siempre la herencia de las artes paternas, sin que otra de mejor calidad les saque de su oficio. Esto es, en suma, lo que pasa en Esparta.

LXI. Hallábase, pues, en Egina Cleomenes, como ántes iba diciendo, empleado en procurar el bien comun de la Grecia, y Demarato en tanto le estaba malamente calumniando en Esparta, no tanto por favorecer á los Eginetas, como por el odio y envidia que le tenía. Pero vuelto de Egina Cleomenes, llevado de espíritu de venganza, maquinó el medio cómo privar del reino á Demarato, contra quien intentó la accion que voy á referir. Siendo Ariston rey de Esparta y viendo que de ninguna de dos mujeres que tenía le nacian hijos, se casó con una tercera de un modo muy singular. Un gran amigo de Ariston, de quien él se servia más que de ningun otro Espartano, tenía á dicha por esposa una mujer la más hermosa de cuantas en Esparta se conocian, y era lo más notable que habia venido á ser la más hermosa despues de haber sido la más fea del mundo, mudanza que sucedió en estos términos: Viendo el ama de la niña cuán deforme era su cara, y compadecida por una parte de que siendo hija de una casa tan rica y principal fuese desgraciada, y por otra de la pena que en ello recibian sus padres, empezó á cargar mucho la consideracion sobre cada cosa de las referidas, y para

(1) Este uso, establecido en Egipto por una ley de Sesostris, puede ser útil al buen orden de las clases y al progreso de las artes; pero sobre parecer contrario á la libertad civil, esclaviza los ingenios, impidiendo lanzarse á los oficios para los que cada cual se sienta naturalmente inclinado.

remediarlas tomó la resolución de ir todos los días con la niña fea al templo de Helena en Esparta, situado en un lugar que llaman Terapua, más arriba de Febeo. Lo mismo era llegar el ama con su niña, que presentarse delante de aquella estatua y suplicar á la diosa Helena que tuviese á bien librar á la pobre niña de aquella fealdad. Es fama que al volverse un día del templo se apareció al ama cierta mujer y le preguntó qué era lo que en brazos tenía; dícele el ama que tenía en ellos una niña, y la mujer le pide que se la deje ver. Resistíase el ama, dando por razón que de orden de los padres de la niña á nadie podía enseñarla; pero como la mujer porfiase siempre en verla, vencida por fin el ama de la instancia que le hacía, se la enseñó. Ve la mujer á la niña, y pasándole la mano por la cara y cabeza, iba diciendo que sería la más bella de las mujeres de Esparta. ¡Cosa extraña! desde aquel punto fué poniéndosele otro el semblante. A esta niña, pues, cuando hubo llegado á la flor de su edad, tomola por mujer Ageto, hijo de Alcides, aquel amigo de Ariston á quien ántes aludia.

LXII. Ariston, herido fuertemente y áun vencido de la pasión por aquella mujer, maquinó el siguiente artificio y engaño para salir con su antojo. Entra en un convenio con aquel amigo cuya era la hermosa mujer, de darle una prenda, la que más le gustase de cuanto poseía; pero con pacto y condicion de que el amigo por su parte prometiera darle otra del mismo modo. Ageto, que veía casado á Ariston con otra mujer, no recelando remotamente que pudiera pedirle la suya, convino en el pacto y trueque de las prendas, que ambos confirmaron con juramento. Apresuróse luego Ariston á cumplir la palabra empeñada dando la presea que escogió Ageto de entre las de su tesoro, con la mira impaciente de recibir otra tal de parte de su amigo, declarándole al punto su pretension y queriendo quitarle la esposa. Protestábale Ageto que á todo ménos á su mujer se extendía el pacto de la promesa; pero obligado al cabo

con la fe del juramento y cogido en un escrupuloso lazo, permitió que Ariston se fuese con su esposa.

LXIII. De esta manera Ariston, divorciándose con su segunda esposa, se casó con esta tercera mujer, la cual dentro de breve tiempo, aún antes del décimo mes, le parió aquel Demarato de que íbamos hablando. Puntualmente se hallaba Ariston en una junta con los Éforos, cuando uno de sus criados vino á darle la nueva de que acababa de nacerle un hijo. Al oír el aviso, pónese Ariston á recordar el tiempo que habia desde que estaba casado con su tercera mujer, contando los meses por los dedos; y luego: —«¡Por Júpiter! exclama, que no puede ser mio el hijo de mi mujer;» juramento de que todos los Éforos fueron testigos, si bien nada contarón con él en aquella sazón. Fué despues creciendo el niño, y persuadido Ariston de que sin falta era hijo suyo, arrepentíase mucho de que ántes se le hubiera deslizado la lengua en aquel dicho precipitado. Respecto al niño, la causa de ponerle por nombre Demarato (el deseado del pueblo) habia sido los votos y rogativas públicas á Dios que ántes habian hecho de comun acuerdo los Espartanos, pidiendo que naciera un hijo á Ariston, rey el más cumplido y estimado de cuantos jamás hubiese habido en Esparta, y por esta razón se dió al recién nacido el nombre de Demarato.

LXIV. Andando el tiempo, sucedió Demarato en el reino á su difunto padre Ariston, si bien parece ser disposicion de los hados que aquel dicho de Ariston, sabido de todos, hubiese al cabo de ser ocasion para que se depusiese del trono á su hijo. De esta mala estrella, segun creo, proveniria que Demarato se declarase tan contrario á Cleomenes, así ántes cuando se retiró desde Eleusina con sus tropas, como entónces cuando Cleomenes se dirigia contra los Eginetas declarados partidarios del Medo.

LXV. Formado, pues, por Cleomenes el proyecto de vengarse de Demarato, lo primero que hizo para lograrlo

fué concertar con Leotíquides, hijo de Menares y nieto de Agis (1), príncipe de la misma familia que Demarato, que en caso de ser nombrado por rey en lugar de éste, le seguiría sin falta en el viaje que meditaba contra Egina. Quiso además la suerte cabalmente, que fuese Leotíquides por un motivo particular el enemigo mayor que tenía Demarato, porque habiendo aquél contraído esponsales con una señora principal llamada Pércalo, hija de Quilon y nieta de Demarmino, robóle Demarato maliciosamente dicha esposa, adelantándosele en contraer con ella matrimonio y continuando en tenerla por su mujer, motivo que ocasionó grande odio y enemistad entre Leotíquides y Demarato. Por manejo, pues, de Cleomenes, depone Leotíquides en juicio, con juramento, que no siendo Demarato hijo de Ariston, como no lo era en efecto, no tenía derecho legítimo para reinar en Esparta. Jurada una vez la delacion, llevaba adelante la causa, reproduciendo las mismas palabras que Ariston había proferido cuando, avisado por su criado de que le había nacido un hijo, sacada allí mismo la cuenta de los meses de matrimonio, juró que tal hijo no era suyo; de cuyas palabras asiéndose Leotíquides, porfiaba en que no era Demarato hijo de Ariston, y que no siéndolo, no reinaba en Esparta legítimamente; en prueba de todo lo cual citaba por testigos á los mismos Eforos, que hallándose entónces en una junta con Ariston, de boca de éste lo habían oído.

LXVI. Divididos, pues, los ánimos y pareceres en tan grave contienda, pareció á los Espartanos que se consultase sobre el punto al oráculo en Delfos si era ó no Demarato hijo de Ariston. Bien informada quedó la Pythia del asunto por la maña que se dió Cleomenes en prevenirla, pues en aquella sazón supo ganarse á un cierto Cobon, hijo de Aristofanto, el sujeto que más podía en Delfos, por

(1) Conjeturan algunos que el abuelo de Leotíquides sería Agesilao y no Agis, y que Leotíquides y Demarato serian primos.

cuyo medio logró sobornar á la Promantida, que se llamaba Periala, para hacer decir al oráculo lo que Cleomenes queria que dijese. En una palabra: la Pythia respondió á la consulta de los diputados religiosos que Demarato no era hijo de Ariston; si bien algun tiempo despues, descubierta la trama y publicada la calumnia, ausentóse Cobou de Delfos, y la Promantida Periala fué privada de su empleo.

LXVII. Hé aquí lo sucedido en la causa de deposicion del trono contra Demarato, quien despues, por motivo de una nueva afrenta que se le hizo, huyendo de Esparta se refugió á la corte de los Medos, porque depuesto ya de su dignidad, fué despues nombrado para un empleo, que era la presidencia de una danza de niños. Sucedió que estando Demarato viendo y presidiendo aquella funcion en tiempo de las Gimnopedias (juegos públicos de niños desnudos) (1), Leotiquides, que ocupaba ya su silla de rey, hizo que un criado le preguntase de su parte, por mofa y escarnio, qué tal le parecia presidir de corifeo despues de haber mandado como rey. A cuya injuriosa pregunta respondió lleno de resentimiento Demarato, que bien sabía por experiencia lo que uno y otro venía á ser, al paso que Leotiquides aún lo ignoraba; pero que entendiése bien que aquella su insolente pregunta sería para los Lacedemonios origen de gran dicha ó de miseria suma. Dijo, y embozado, salióse luego del teatro para su casa, y sin dilacion alguna prepara un sacrificio y ofrece al dios Júpiter un buey, concluido lo cual hace llamar á su madre.

LXVIII. Apénas llega ésta, cuando toma el hijo las asaduras de la victima, póneselas en las manos y le habla en estos términos:—«Por los dioses todos del cielo, y en especial por este nuestro Júpiter Herceo (2), cuyas aras toco

(1) Mucho contrastan con la severidad de Licurgo esas indecorosas danzas introducidas por él en su patria.

(2) Solian en el patio de las casas ó delante de él levantar los

con mis propias manos, os suplico, madre mia, y os conjuro que, confesando ingenuamente la verdad, me digais precisamente quién fué mi padre. Sabeis como Leotiquides depuso en juicio contra mi corona que, estando vos embarazada del primer marido, vinisteis á casa de Ariston. No faltan aún otros que hacen correr otra fábula más desatinada, diciendo de vos que soliais tratar mucho con uno de vuestros criados, y por más señas dicen que con el arriero de casa, de manera que me hacen pasar por hijo de vuestro arriero. Por Dios, señora, que me digais ahora la verdad sin empacho ni embozo, que al cabo, si algo hubo de esto, no habeis sido la primera, ni sereis la última en ello: ejemplos y compañeras se encuentran para todo. Por fin, lo que corre en Esparta por más válido es que Ariston era de su naturaleza infecundo, pues de otro modo hubiera tenido sucesion de sus primeras mujeres.» Así se explicó el hijo con la madre; la madre le replicó así:

LXIX. «Ya que con tus palabras me obligas, hijo mio, á que te hable claro, voy á decírtelo todo sin encubrirte cosa alguna. Has de saber que la tercera noche á punto despues que me llevó á su casa *Ariston, acercóseme una fantasma en figura de él mismo, durmió conmigo y púsome despues en la cabeza una guirnalda que llevaba: hecho esto, me dejó y vino luégo á mi lecho Ariston. Al verme con aquella corona, preguntame quién me la habia dado, y respondiéndole yo que él mismo, dícame que no hay tal. Yo no hacía más que jurar una y mil veces que él habia sido en efecto, y que muy mal hacía en querérmelo negar, sabiendo que muy poco ántes habia venido, estado conmigo y puéstome aquella misma corona. Como vió Ariston cuánto me afirmaba en ello y cuán de véras se lo juraba, cayó en la cuenta y persuadióse de que sería aquella cosa misteriosa y de órden sobrenatural, á lo cual hubo dos motivos que
gentiles un altar y una estatua á Júpiter Herceo ó *presidente de la luna.*

mucho le inclinaron: uno, porque se veía haber sido tomada la corona de aquel *heroo* (1) que cerca de la puerta del patio de nuestra casa está levantado en honor de Astrabaco; otro, que consultados sobre el caso los adivinos, respondieron no haber sido otro el que vino á verme que el mismo héroe Astrabaco. Hé aquí, hijo, cuanto deseas saber; no hay medio: ó eres hijo de un héroe, y entónces tu padre es Astrabaco, ó cuando no lo seas, eres hijo de Ariston, pues de uno de los dos aquella noche te concebí. Y por lo que mira á la razon con que mayor guerra te hacen tus enemigos, alegando contra tu legitimidad que el mismo Ariston al recibir el aviso de tu nacimiento dijo delante de muchos que tú no podías ser suyo por no haber pasado diez meses, entiende, hijo, que se le deslizaron aquellas palabras por no saber lo que suele pasar en tales asuntos, pues las mujeres paren unas á los nueve, otras á los siete meses, no esperando siempre á que se cumplan los diez, y yo cabalmente parí sietemesino; de suerte que no mucho despues de su dicho conoció el mismo Ariston haber sido muy simple en lo que habia hablado. Créeme á mí y déjales decir esas otras necedades acerca de tu generacion, pues lo que has oido es la pura verdad. Esotro de arrieros, guárdelo para sí Leotiquides y para los que hacen correr tal patraña, y quiera Dios que sus mujeres no paran sino de sus arrieros.» Hasta aquí habló la madre.

LXX. Demarato, oido lo que queria saber, preparó lo necesario para el viaje que meditaba. Esparce la voz que va á Delfos para consultar al oráculo y encaminase en derechura hácia Héliida. Los Lacedemonios, recelándose de que pretendia huírseles, le siguieron los alcances; pero llegados á Héliida, hallaron que se les habia adelantado hácia Zacinto (2). Pasan luégo allá y preten-

(1) Heroo es una capilla ó templo dedicado á algun héroe ó semidiosos pagano.

(2) La moderna Zante.

den echarse sobre Demarato, y en efecto, le quitan todos sus criados; pero como los Zacintios se opusiesen á aquella prision no queriendo entregar al fugitivo, pasó ésto al Asia y se refugió á la corte del rey Darío, quien acogióndole con real magnificencia, le señaló Estados, dándole algunas ciudades para su dominio. Tal fué el motivo y la forma de la retirada que hizo al Asia Demarato y tal la buena acogida que la suerte le procuró: varon ilustre entre los Lacedemonios, así por sus muchos hechos y dichos memorables, como en especial por haber alcanzado la palma en la carrera de las carrozas de Olimpia; gloria que entre todos los reyes de Esparta él solo habia logrado.

LXXI. Volviendo á Leotíquides, hijo de Menares, que ocupó el trono de que habia sido depuesto Demarato, tuvo un hijo por nombre Zeuxidemo, á quien algunos Espartanos suelen llamar Cinisco, el cual por haber muerto primero que su padre no llegó á reinar en Esparta, dejando al morir un hijo llamado Aquidemo. Muerto Zeuxidemo, casó Leotíquides, su padre, en segundas nupcias con Euridama, hija de Diactorides y hermana de Menio. En ella no tuvo hijo alguno varon, pero sí una hija con el nombre de Lampito, la que el mismo Leotíquides dió por esposa á su nieto Arquidemo, el hijo de Zeuxidemo.

LXXII. Leotíquides, en castigo sin duda de la injuria cometida contra Demarato, no logró la fortuna de tener en Esparta una dichosa vejez. Su desventura procedió de que, capitaneando las tropas lacedemonias contra Tesalia, aunque tuvo en su mano subyugar todo el país, se dejó corromper con una gran suma de plata. Cogido, pues, en sus mismos reales con el hurto en las manos, pues le habian hallado sentado encima de una gran balija llena de dinero, fué por ello acusado en Esparta, y citado á comparecer allí en juicio, huyóse á Tegea (1); donde acabó sus dias, ha-

(1) Al presente es un fuerte llamado Muchli.

Siendo sido arruinada su casa en Esparta por sentencia del tribunal: sucesos que, por más que los note aquí, acacieron algún tiempo despues.

LXXIII. Pasemos á Cleomenes, quien al ver que le habia salido bien su intriga contra Demarato, tomando consigo á Leotíquides, su nuevo colega y partidario, encaminóse luégo contra Egina, poseido del enojo y del ardiente deseo de vengar el desacato que allí se le habia hecho. No osaron los de Egina, viendo venir contra ellos á los dos reyes, hacerles resistencia, con lo cual los reyes entresacaron á su salvo diez sujetos de Egina, los de mayor consideracion, ya por lo rico, ya por lo noble de sus familias, é incluidos en este número Crio, el hijo de Polícrito, y Casambo, hijo de Aristócrates, los dos sujetos de mayor crédito y poder en la isla, se llevarøn presos á los diez, y pasando con ellos al Atica, los confiaron en depósito y custodia á los Atenenses, los mayores enemigos que tuviesen los Eginetas.

LXXIV. Pero Cleomenes, despues de lo que llevo referido, temiendo mucho el resentimiento de los Espartanos, entre quienes se habia ya divulgado la calumnia y negra trama de que se habia valido para la ruina de Demarato, se retiró á Tesalia. De allí pasando á la Arcadia y sublevados los Arcades por su medio é influjo, empezó á maquinár novedades contra Esparta, á la cual queriendo hacerla guerra, no sólo obligaba á jurar á los Arcades que le seguirian donde quiera que les condujese como general, sino que además tenia resuelto llevar consigo los magistrados de Arcadia á la ciudad de Nonacris, donde queria tomarles el juramento de fidelidad por la laguna Estigia, á lo cual le moveria la opinion de los mismos Arcades de que en dicha ciudad se halla el agua de la Estigia. Es cierto en realidad que se ve allí cómo va goteando de una peña una poca agua que de allí se encamina hácia un valle circuido con una pared seca: Nonacris, donde se encuentra esta

fuelle, es una de las ciudades de Arcadia vecina á Feneo (1).

LXXV. Informados en tanto los Lacedemonios del manejo de Cleomenes y temerosos de lo que de allí podría resultarles, llamáronle á Esparta con la promesa de mantenerle en la posesion de sus antiguos derechos á la corona. Apénas volvió allá Cleomenes, cuando se apoderó de él, algo propenso de ántes á la demencia, una locura declarada, pues apénas encontraba entónces con algun Espartano, dábase luégo en la cara con el cetro; de suerte que sus mismos parientes, viendo que se propasaba á tales extremos de locura, le ataron á un cepo. Preso allí, cuando vió que un hombre solo le estaba guardando, pidióle que le diese su sable, y si bien el guardia se lo negó al principio, oidos con todo los castigos con que le amenazaba para algun dia, dióselo al cabo de puro miedo; ni es de admirar que temiera siendo uno de los Ilotas. El furioso Cleomenes, al verse con la cuchilla en la mano, empezó por sus piernas una horrorosa carnicería, haciendo desde el tobillo hasta los muslos unas largas incisiones; continuólas despues del mismo modo desde los muslos hasta las ijadas y lomos, ni paró hasta acabar consigo llevando su destrozo sobre el vientre. Así murió Cleomenes con fin tan desastrado, bien fuese aquel un castigo del soborno con que cohechó á la Pythia en la causa de Demarato, como dicen muchos Griegos; bien fuese en pena de haber talado el bosque sacro de las diosas, cuando acometió contra Eleusina, como aseguran solos los Atenienses; bien fuese aquella la paga de la violacion del templo de Argos, de donde sacó á los Argivos refugiados despues de la rota del ejército y los hizo pedazos, incendiando al mismo tiempo el bosque sagrado sin el menor escrúpulo ni reparo, como

(1) Era un lago, y quizá tambien una ciudad con el mismo nombre.

pretenden los mismos Argivos, cuyo hecho pasó en los términos siguientes:

LXXVI. Consultando Cleomenes en cierta ocasión al oráculo en Delfos, fuéle respondido que lograría rendir á Argos; condujo, pues, contra Argos á sus Espartanos, y llegando al frente de ellos al río Erasino, el cual, según se dice, tiene su origen en la laguna Stimfalia, pues sumiéndose ésta en una abertura oculta y subterránea, aparece otra vez en Argos, desde donde lleva ya aquella corriente el nombre de río Erasino que le dan los Argivos; llegado, repito, Cleomenes á aquel río, hizo sacrificios como para pedirle paso. En ninguna de sus víctimas se presentaba al Lacedemonio algún agüero propicio en prueba de que Erasino le diera paso por su corriente. Dijo Cleomenes que le parecía muy bien que no quisiera el Erasino ser traidor á sus vecinos, pero que no por eso se felicitarían mucho por tal fidelidad los Argivos. En efecto, partióse de allí con sus tropas hácia Tirea (1), donde, hechos al mar sus sacrificios, pasó en naves con su gente á los confines de Tirinto y de Nauplia.

LXXVII. Sabido esto por los Argivos, salieron armados hácia las costas á la defensa del país, y llegados cerca de Tirinto, plantaron sus trincheras enfrente de las de los Lacedemonios, en un lugar llamado Sipia, dejando un corto espacio entre los dos reales. Los Argivos, muy alentados y animosos para entrar en batalla campal, sólo se recelaban de alguna sorpresa insidiosa, pues á algunas asechanzas aludía un oráculo que contra ellos y contra los Milesios juntamente había proferido ántes la Pythia en estos términos:—*«Cuando la mujer victoriosa repela en Argos al hombre y lleve la gloria de valiente, hará que corran las lágrimas á muchas Argivas, hará que alguno pasada tal época diga:*

(1) En el día Calamata; Nauplia es Napoli de Romania. El Erasino, hoy Rasino, es un río que va á confundirse con el Inaco, hoy Planizza, ántes de entrar éste en el golfo de Napoli.

horrible yace la triple serpiente, domada por la lanza» (1). Como viesen, pues, los Argivos que todo lo del oráculo se les había puntualmente cumplido, les ponía esto mismo en grandes temores; así que para su mayor seguridad les pareció seguir en su campo las órdenes que diese en el de los enemigos el pregonero de éstos, y lo practicaron tan puntualmente, que lo mismo era hacer la señal el pregonero espartano, que poner por obra los Argivos lo mismo que intimaba aquél á los suyos.

LXXVIII. Cuando Cleomenes estuvo ya bien seguro de que los Argivos iban ejecutando lo que su pregonero indicaba á sus tropas, dió orden á los suyos de que, cuando el pregonero les toque á comer, al punto tomando las armas embistan á los Argivos. Con aquella orden los Lacedemonios se dejaron caer de repente sobre los Argivos en el momento que estaban comiendo según la voz del pregonero enemigo, y llevaron á cabo con tal éxito su artificio, que muchos de los contrarios quedaron tendidos en el campo, y muchos más se refugiaron al bosque sagrado de Argos, donde luego se los sitió cerrándoles el paso para la salida.

LXXIX. Entonces fué cuando Cleomenes echó mano del ardido más alevoso, pues informado por ciertos fugitivos que consigo tenía del nombre de los retraídos, mandó á su pregonero que se acercase al bosque y llamase afuera por su propio nombre á algunos de los refugiados, diciendo que les daba libertad como á prisioneros cuyo rescate ya tenía, pues sabido es que entre los Peloponesos el rescate está

(1) La victoria de una mujer, á que se refiere el oráculo, y que Herodoto no especifica, no puede ser otra que la citada por Pausanias de una matrona llamada Telesia, celebre poetisa, quien supo auimar á las mujeres Argivas, que por haber salido sus maridos á la campaña se hallaban solas en la ciudad, de tal modo, que, cerrando las puertas y subidas á los muros, rechazaron las tropas de Demarato y de Cleomenes, que daban ya el asalto á la plaza.

tasado y convenido en dos minas por prisionero. Llamando, pues, Cleomenes á los Argivos uno á uno, habia ya hecho morir á 50 de ellos, sin que los refugiados del bosque hubiesen imaginado lo que pasaba por afuera con los que salian, pues por lo espeso de la arboleda no alcanzaban á verlo los de dentro. Pero al cabo, subiendo uno de ellos encima de un árbol, observó lo que allá sucedia á los llamados, y desde entónces llamaba Cleomenes y nadie más salia.

LXXX. Visto lo cual por Cleomenes, dió orden á los llotas que rodeasen el bosque de fagina, unos por una parte y otros por otra, y hecho esto, le mandó dar fuego. Ardia ya todo en llamas, cuando preguntando Cleomenes á uno de los desertores de qué dios era el bosque sagrado, y oyendo responder que era del dios de Argos, con un gran gemido:—«Cruelmente, dijo, me has burlado, adivino Apolo, al decirme que rendiria á Argos; concluido está todo, á lo que veo, y cumplido tu oráculo.»

LXXXI. Desde aquel punto da licencia Cleomenes al grueso del ejército para que se vuelva á Esparta, y tomando en su compañía mil soldados de la tropa más escogida, va á sacrificar con ellos en el Hereo (1). Luégo que el sacerdote de Juno le ve ir á sacrificar en aquella ara, se le o pone, alegando no ser lícito tal sacrificio á ningun forastero; mas Cleomenes, mandando á sus llotas que aparten del ara y azoten al sacerdote, lleva adelante su sacrificio, el cual concluido, da la vuelta hácia Esparta.

LXXXII. Vuelto allí de su expedicion, citáronle sus enemigos á comparecer delante de los Eforos, acusándole de soborno por no haber tomado la ciudad de Argos, pudiendo con toda seguridad hacerlo; á quienes respondió asi Cleomenes, no sé si mintiendo ó si diciendo verdad: que

(1) Este templo de Juno se hallaba en los confines de Argos y de Micenas.

una vez apoderado del templo de Argos, habíale parecido quedar ya verificado el oráculo de Apolo, y que por tanto había juzgado no deber hacer la tentativa de rendir la misma ciudad de Argos, hasta que de nuevo hiciera la prueba si el dios permitiría que la tomase, ó si antes bien se opondría á ello; que como á este fin sacrificase en el Hereo con agüeros propicios, vió que del pecho del ídolo de Juno salía una llama, prodigio que le hizo pensar no estaba reservada para él la toma de la plaza de Argos, porque si la llama de fuego, en vez de salir del pecho de la estatua, le hubiera salido de la cabeza, hubiera creído en tal caso poder rendir á fuerza la ciudad; pero saliendo del pecho, entendió que estaba ya hecho allí cuanto Dios quería que se hiciera. Lo cierto es que esta apología pareció á los Espartanos tan justa y razonable, que en fuerza de ella la mayor parte de votos dió por absuelto á Cleomenes.

LXXXIII. Quedó Argos de resultas de aquella guerra tan huérfana de ciudadanos, que los esclavos que en ella había, apoderados del Estado, se mantuvieron en los empleos públicos hasta que los hijos de los Argivos allí muertos llegaron á la edad varonil, pues entónces recobraron el dominio, quitando á los esclavos el mando y echándolos de la ciudad, si bien los expulsos lograron con las armas en la mano hacerse dueños de Tirinto. Por algun tiempo quedaron así los negocios en paz y sosiego, hasta tanto que quiso la desventura que cierto adivino Cleandro, natural de Figalia (1), pueblo de la Arcadia, juntándose con los esclavos dominantes en Tirinto, lograrse alarmarles con sus razones contra los de Argos, sus señores. Encendióse con esto una guerra entre señores y esclavos que duró bastante tiempo, y de que á duras penas salieron al cabo vencedores los Argivos.

(1) No hallo el nombre moderno de Figalia ó Fialia, vecina á Mantinea, ni el de Tirinto, arruinada por los Argivos.

LXXXIV. En pena de tan funestas violencias, pretenden los Argivos, como decia, que acabó furioso Cleomenes, cuya desastrada muerte niegan los Espartanos que haya sido castigo ni venganza de ningun dios, ántes aseguran que por el trato que tuvo Cleomenes con los Escitas se hizo un gran bebedor, y de bebedor y borracho vino á parar en loco furioso. Cuentan que los Escitas nómadas, despues que Darío invadió sus tierras, concibieron un vehemente deseo de tomar venganza del Persa, y con esta mira por medio de sus embajadores formaron con los Espartanos una liga concertada en estos términos: que los Escitas, siguiendo el rio Fasis, debiesen invadir la Media, y que los Espartanos, acometiendo desde Efeso al enemigo, hubiesen de subir tierra adentro hasta juntarse con los Escitas. Con esto pretenden los Lacedemonios que por el sobrado trato que tuvo Cleomenes con los embajadores venidos con el fin mencionado, aprendió á darse al vino y á la bebida, de manera que de allí le nació despues su furiosa manía. Añaden aún más, en prueba de lo dicho: que de esta venida de los Escitas tomó principio la frase que usan los Espartanos al querer beber larga y copiosamente: *Vaya á la Escítica*. Pero, por más que así piensen y hablen los Espartanos, creo que el fin de Cleomenes no fué sino castigo del cielo por lo que hizo contra Demarato.

LXXXV. Apénas los de Egina supieron la muerte de Cleomenes, cuando por medio de sus diputados en Esparta resolvieron afeár á Leotíquides la prision de los suyos, detenidos como rehenes en Atenas. En la primera audiencia pública que delante del tribunal se dió á los diputados, decretaron los Lacedemonios ser un atentado lo que Leotíquides habia ejecutado con los Eginetas, condenándole á que, en recompensa del agravio padecido por los que en Atenas quedaban prisioneros, fuese llevado preso á Egina. En efecto, estaban ya los Eginetas á punto de llevarse preso á Leotíquides, cuando un personaje de mucho crédito

en Esparta, por nombre Teásides, hijo de Leoprepes, les reconvinó con estas palabras:—«¿Qué es lo que tratáis de hacer ahora, oh Eginetas? ¿Al rey mismo de los Espartanos, que ellos entregan á vuestro arbitrio, pretendéis llevar prisionero? Creedme, y pensadlo bien ántes; pues aunque llevados del enojo y resentimiento presente así acabáis de resolverlo, si vosotros lo ejecutáis, corre mucho peligro de que, arrepentidos los Espartanos y corridos de lo hecho, maquinen despues vuestra total ruina en alguna expedicion.» Palabras fueron estas que, haciendo desistir á los Eginetas de la prision ya resuelta de Leotíquides, les persuadieron á la reconciliacion con tal que él les acompañase á Atenas y les hiciese restituir sus rehenes.

LXXXVI. Pasando, en efecto, Leotíquides á Atenas, pedía su antiguo depósito; pero los Atenienses, obstinados en no restituirlo, no hacían sino buscar excusas y pretextos, saliéndose con decir que, puesto que los dos reyes de Esparta les habían á una confiado aquellos rehenes, no les parecía justo ni conveniente restituirlos á uno de ellos y no á los dos juntos (1). Oídas estas razones y viendo Leotíquides que no querían volverlos, les habló de este modo:—«Ahora bien, Atenienses, allá os avengais; escoged el partido que mejor os parezca: sólo os diré que en volver ese depósito hareis una obra justa y buena, y en no volverlo no hareis sino todo lo contrario. A este propósito quiero contaros lo que acerca de un depósito sucedió en Esparta.

(1) Los Atenienses imitaban en su respuesta la sinrazon de los de Egina: éstos habían faltado á la obediencia no queriendo entregar á Cleomenes los culpados por no venir acompañado de su colega en el reino; aquéllos faltaron á la equidad no queriendo soltar el depósito con el pretexto de que no lo reclamaban los dos reyes. En cuanto al ejemplo con que pretende conmoverlos Leotíquides, contado más bien con ática gracia que con lacónica severidad, sería una de las historias morales que sobre mesa solían contar los viejos á los jóvenes de su *Systio*. Juvenal habla de él también en su sátira 13.

Cuéntase, pues, entre nosotros los Espartanos que vivía en Lacedemonia, hará tres generaciones, un varón llamado Glauco, hijo de Epicides, el cual es fama que, á más de ser en las demas prendas el sujeto más excelente de todos, muy particularmente en punto á justicia y entereza, era reputado por el más cabal y cumplido de cuantos tenía Lacedemonia. En cierta ocasion, pues, sucedió á éste, como solemos contar los Espartanos, un caso muy singular, y fué que desde Mileto vino á Esparta un forastero Jonio, sólo con ánimo de tratarle y de hacer prueba de su entereza, y llegado, le habló en esta conformidad:—«Quiero que sepas, amigo Glauco, como yo, siendo un ciudadano de Mileto, vengo muy de propósito á valerme de tu equidad y hombría de bien; porque viendo yo que en toda la Grecia y mayormente en la Jonia tenias la fama de ser un hombre justo y concienzudo, empecé á pensar y ponderar dentro de mí cuán expuestas están á perderse allá en Jonia las riquezas y cuán seguras quedan aquí en el Peloponeso, pues jamás los bienes se mantienen allá largo tiempo en las manos y poder de unos mismos dueños (1). Hechos, pues, tales discursos y sacadas conmigo estas cuentas, me resolví á vender la mitad de todos mis haberes y á depositar en su poder la suma que de ellos sacase, bien persuadido de que en tus manos estaria todo salvo y seguro. Ahí tienes, pues, ese dinero; tómalo juntamente con el simbolo que aquí ves; guárdalo, y al que te lo pida presentándote esa contraseña; harásme el gusto de entregárselo.» Estas razones pasaron con el forastero de Mileto, y Glauco, en consecuencia, se encargó del depósito bajo la palabra de volverlo. Pasado mucho tiempo, los hijos del Milesio que habia hecho el depósito, venidos á Esparta y avistados con Glauco, pe-

(1) Esta movilidad de bienes no puede aludir á otra causa, si el caso se supone anterior al dominio de Ciro, que á la vecindad de los Persas y de los Lydios y á las frecuentes invasiones de que era objeto la Jonia.

dian su dinero presentándole la consabida contraseña. Sobrecogido el hombre con aquella visita, les despacha brusca y descomedidamente.—«Yo, les decia, ni me acuerdo de tal cosa, ni me queda la menor idea que haga venirme ahora en conocimiento de eso que decís. Con todo, os afirmo que si al cabo hago memoria de ello, estoy aquí pronto para hacer con vosotros cuanto fuere razon. Si lo recibí, quiero volvéroslo sin defraudaros en un óbolo; pero si hallo que nunca toqué tal dinero, tened entendido que con vosotros haré lo que hubiere lugar en justicia, segun las leyes de Grecia. A este fin me tomo, pues, cuatro meses de pesadumbre los Milesios, como quienes creian no ver más su dinero, dieron la vuelta á su casa. Entretanto, nuestro Glauco para consultar el punto hace á Delfos su peregrinacion, y preguntando allí al oráculo si haria bien en apropiarse la presa jurando no haber recibido tal depósito, recibió la respuesta de la Pythia en estos versos: «Glauco, hijo de Epicides, por de pronto hará tu fortuna el perjurar y robar el oro pérfidamente: júralo; un hombre de fe llega al término en su muerte. Mas al juramento queda un hijo anónimo (1) que, sin mover piés ni manos, llega velocísimo y acaba con el nombre y con la familia toda del perjuro, al paso que mejora la prole póstuma del hombre leal.» Por más que Glauco al oír tales documentos pidiese perdon al dios de sus intenciones, oyóse con todo de boca de la Pythia que lo mismo era ante Dios tentarle para que aprobase una ruindad, que cometerla realmente. La cosa paró en que Glauco, llamados los Milesios, les restituyó su dinero. Ahora voy á deciros, Atenienses, á qué fin os he contado esta historia. Sabed, pues, que en el día no queda rastro de aquel Glauco; no hay des-

(1) Es enérgica esta personificación del juramento; el oráculo todo encierra imágenes sublimes y profunda moralidad.

cediente ninguno, ni casa ni hogar que se sepa ser de Glauco, tan de raíz pereció en Esparta su raza; y tanto como veis importa el dejarse de supercherías en punto á depósitos, volviéndolos fiel y puntualmente á sus dueños cuando los exijan.» Habiendo hablado así Leotíquides, como viese que no le daban oídos los Atenieses, regresó de nuevo.

LXXXVII. Era mucho el encono entre los de Atenas y los Eginetas, quienes ántes de satisfacer á las injurias que declarados á favor de los Tebanos habian hecho á los primeros, les hicieron un nuevo insulto; pues llevados de cólera y furor contra los Atenieses, de quienes se daban por ofendidos, preparándose á la venganza, tomaron la siguiente resolución: Tenian los Atenieses en Sunio una nave capitana de cinco remos, que era la famosa *Teorida* (1), y estando llena de los personajes principales de la ciudad, apresáronla los Eginetas apostados en una celada, y tomada la nave, retuvieron en prision á todos aquellos ilustres pasajeros. Los Atenieses, recibida tan insigne injuria, pensaron que no convenia dilatar la venganza de ella, procurándola tomar por todos los medios posibles.

LXXXVIII. En aquella sazón vivia en Egineta un sujeto principal, por nombre Nicodromo, hijo de Eneto, el cual resentido de sus conciudadanos por haberle ántes desterrado de su patria, al ver entónces á los Atenieses deseosos de venganza y prontos á invadir su país, entendiése con ellos, ajustando el día en que él acometeria la empresa y ellos vendrian á su socorro. Concertadas así las cosas, apoderóse ante todo Nicodromo, segun ántes se convino con los Atenieses, de la ciudad vieja, que así la llamaban en Egina.

(1) Esta nave, llena de adornos y riqueza, una vez al año pasaba á Delfos, á donde conducia á los *Teoros* ó diputados religiosos de Atenas, sujetos siempre del mayor lustre y nombradía.

LXXXIX. Quiso la desgracia que los Atenenses, por no haber tenido á punto una armada que pudieran oponer á la de los Eginetas, no acudieron al plazo señalado; de suerte que entretanto que negociaban con los de Corinto para que les dieran sus buques, pasada la ocasion, se malogró la empresa. En efecto, aunque los Corintios, que eran á la sazón los mayores amigos de Atenas, dieron á los Atenenses veinte naves que les pedían so color de vendérselas á cinco dracmas por nave, y esto por no faltar á la ley que les prohibía dárselas regaladas, los Atenenses con todo, formando con estas naves cedidas y con las suyas bien armadas una escuadra de setenta naves y navegando hácia Egina, no pudieron llegar á ella sino un día despues del término convenido.

XC. Cuando vió, pues, Nicodromo que al tiempo prefijado no parecían los Atenenses, tomó entónces un barco y escapóse de Egina en compañía de los paisanos que seguirle quisieron. A todos estos desertores dieron los Atenenses casa y acogida en Sunio, lugar de donde solian ellos salir á talar y saquear la isla de Egina; bien que esto sucedió algun tiempo despues.

XCI. Los aristócratas de Egina, vencido en ella el vulgo que en compañía de Nicodromo se les habia levantado, tomaron la resolucion de hacer morir á todos aquellos de quienes acababan de apoderarse, y entónces puntualmente fué cuando cometieron aquella accion tan impía y sacrilega, que jamás pudieron expiar por más recursos y medios que á este fin practicaron, en tanto grado, que ántes se vieron arrojados de su isla, que no aplacado y propicio el númen de Céres profanado. Hé aquí el caso: llevaban de una vez al suplicio á 700 de sus paisanos cogidos prisioneros de guerra, cuando uno de ellos, rompiendo sus prisiones y refugiándose al atrio de Céres la Legisladora, asió con las dos manos las aldabas de la puerta. Procuran á viva fuerza arrancarle de las aldabas, y no pudiendo con-

seguirlo, cortan al infeliz los puños, y quedando las dos manos asidas de la puerta de Cérés, llévanle así arrastrando al matadero. Tan inhumana fué la impiedad que por su daño cometieron los Eginetas.

XCH. Entran despues en un combate naval con los Atenienses, los cuales con 70 naves se habian acercado á la isla. Vencidos los de Egina, por más que llamaron despues en su socorro á los Argivos, ántes sus aliados, nunca quisieron éstos venir en su ayuda; y el motivo de queja de su parte era porque la tripulacion de las naves eginetas, á las que Cleomenes obligó á seguirle al ir á acometer las costas de Argólida, habia allí desembarcado en compañía de los Lacedemonios, ocasion en que asimismo saltó á tierra la gente que venía en las naves sicionias; y de aquí resultó despues que los Argivos impusieron á las dos naciones 4.000 talentos de multa, 500 á cada una. Los Sicionios, confesando su culpa en el desembarco, ajustaron la enmienda en 100 talentos, pago con que redimieron la multa por su parte. Los Eginetas, al contrario, altivos y presumidos, ni reconocieron la injuria, ni excusaron la culpa; motivo por el cual, cuando pedian ser socorridos, ninguno de órden del comun de los Argivos les dió asistencia ni favor; bien es verdad que mil sujetos particulares de su propia voluntad les socorrieron. Un luchador famoso en el *Pentatlo*, por nombre Euribates, condujo á Egina estos aventureros en calidad de general; pero los más de ellos, muertos á manos de los Atenienses, no vieron más á Argos, y áun el valiente Euribates, por más que en tres duelos mató á tres competidores, en el cuarto quedó vencido y muerto por Sófanos, hijo de Deceles.

XCHH. Durante la guerra, como lograsen los Eginetas en un lance hallar la armada de Atenas desordenada, cogiendo cuatro naves con toda la tripulacion, alcanzaron una victoria naval. De este modo los Atenienses continuaban la guerra con los de Egina.

XCV. Entre tanto el persa Darío, ya porque su criado le estuviere inculcando cada dia que se acordase de los Atenenses, ya porque los Pisistrátidas que tenia cerca de su persona nunca paraban de enconarle más y más contra Atenas, ya porque él mismo, echando mano de aquel pretexto ambiciosamente, aspirase de suyo á rendir con la fuerza á cuanto Griego no se le sujetase de grado, entregándole al modo persiano la tierra y el agua; por todos estos motivos, repito, llevaba adelante sus designios primeros. Viendo, pues, cuán poco adelantaba Mardonio al frente de su armada, quitóle el cargo de general y nombró de nuevo dos jefes para ella, el uno Datis, de nacion Medo, el otro Artafernes, su sobrino, hijo del virey Artafernes. Destinándolos contra Eretria y contra Atenas, dióles orden al partir de su presencia de que, arruinadas entrambas ciudades, le presentasen á su vista esclavos y presos á los ciudadanos de ellas.

XCV. Partidos los dos generales de la presencia del rey y llegados al campo Alcio en Cilicia, conduciendo un grueso ejército bien apercebido y abastecido de todo, asentaron allí sus reales en tanto que acababa de juntarse toda la armada naval, cuyo contingente se habia ántes distribuido y exigido á cada ciudad marítima, como tambien el convoy de las naves destinadas al transporte de la caballería, las que un año ántes habia mandado Darío que le tuviesen á punto sus vasallos tributarios. Luego que en las costas estuvieron aprontadas las naves, embarcando la caballería y tomando la infantería á bordo del convoy, hicieron á la vela navegando con seiscientas (1) galeras hácia la Jonia. Desde allí no siguieron su rumbo costeando la tierra firme y tirando en derechura hácia el Helesponto

(1) La exactitud de las cifras en los autores antiguos es una semilla de disputas entre los críticos. Platon hablando de esta armada, sin definir el número de las naves de carga, pone 300 de guerra.

y la Tracia, sino que salidos de Samos, tomaron la derrota por cerca del Icario, pasando entre aquellas islas circunvecinas. El miedo que les causaba el promontorio Atos, difícil de doblar, hizo, según creo, que siguieran aquel nuevo curso, por cuanto el año anterior, siguiendo por él su rumbo, habían allí experimentado un gran infortunio y naufragio; á lo cual les precisaba además la isla de Naxos, no domada todavía por los Persas.

XCVI. Desde las aguas del mar Icario, intentando los Persas en su expedición dar el primer golpe contra la citada Naxos, dejáronse caer sobre ella; pero los Naxios, que bien presentes tenían las muchas hostilidades cometidas antes contra los Persas, huyendo hacia los montes, ni aún quisieron esperar la primera descarga del enemigo: así que los Persas, incendiados los templos con la ciudad toda de Naxos, se hicieron á la vela contra las demás islas, llevándose á cuantos prisioneros pudieron haber á las manos.

XCVII. Los Delios, en tanto que los Persas se ocupaban en dichas hostilidades, desamparando por su parte á Delos, iban huyendo hacia Teno (1). Llevaban la proa de las naves con dirección á Delos, cuando el general Datis, adelantándose en su capitana á todas ellas, no les permitió echar ancla cerca de aquella isla, sino más allá, en Renea; aun hizo más, pues informado del lugar adonde los Delios se habían refugiado, quiso que de su parte les hablara así un heraldo á quien hizo pasar allá:—«¿Por qué, oh Delios, siendo personas sagradas, movidos de una sospecha, para

(1) Delos se llama al presente Slida, y su vecina la antigua Renea lleva el nombre de Grande Slida, por ser algo mayor que Delos; ambas islas están al presente desiertas. Teno es la Tine actual, poblada y fértil, por largo tiempo de los Venecianos y en el día de los Turcos. El respeto de Datis hacia Delos, que refiere aquí nuestro autor, Esquines y Ciceron lo dan como sucedido en la posterior expedición de Jerjes contra Grecia.

mí indecorosa, vais huyendo de Delos? Quiero que sepais que así por mi modo mismo de pensar, como por las órdenes que tengo del rey, estoy totalmente convencido de que no debe ejecutarse la más mínima hostilidad ni contra el suelo en que nacieron los dos lioses vuestros, ni ménos contra vosotros, vecinos de ese país. Ahora, pues, volveos á vuestras casas y vivid quietos en vuestra isla.» Y no contento Datis con la embajada que por su heraldo envió á los Delios, mandando él mismo acumular sobre el ara de Delos hasta 300 talentos de incienso, los quemó en honor de los dioses.

XCVIII. Dadas estas pruebas de su religion, Eretria fué la primera ciudad contra quien partió Datis con toda la armada, en la que llevaba á los Jonios y á los Eolios. Apenas habia levantado ancla, cuando en Delos se sintió un terremoto (1), el primero que se hubiera allí sentido, segun dicen los Delios, y el último hasta mis dias: singular prodigio con que significaba Dios á los mortales el trastorno y calamidades que iban á oprimirles. Así fué en realidad que bajo los reinados de Darío, hijo de Histaspes, de Jerjes, hijo de Darío, y de Artajerjes, hijo de Jerjes, tuvo la Grecia más daños que sufrir por el espacio de tres generaciones que no habia sufrido ántes en las veinte edades contínuas que habian precedido á Darío; daños ya causados en ella por las armas de los Persas, ya tambien sucedidos por la ambicion de los jefes de partido y corifeos de la nacion, que con las armas se disputaban entre sí el imperio de la patria comun. Por donde no podrá parecer inverosímil que entónces Delos, no sujeta ántes al terremoto, se pusiera por primera vez á temblar, mayormente es-

(1) Difícil de concordar es este pasaje con otro de Tucídides, quien escribe que Delos tembló por primera vez un poco ántes de la guerra del Peloponeso, pues ese poco ántes no puede entenderse más de setenta años que mediaron entre aquella guerra y la expedicion de Datis.

tando ya escrito de ella en un oráculo. «A Delos la innoble, a' última la moveré.» Los nombres mismos de los dichos reyes parecían ominosos para los Griegos, en cuyo idioma Darío equivale al que llamamos refrenador; Jerjes, el guerrero, y Artajerjes, el gran guerrero; de suerte que razonarían los Griegos para llamar así en su lengua á aquellos tres reyes el Refrenador, el Guerrero y el Gran Guerrero.

XCIX Los bárbaros partidos de Delos iban acometiendo las islas circunvecinas, á cuya gente de guerra obligaban á seguir su armada, tomando al mismo tiempo en rehenes á los hijos de aquellos isleños. Continuando su curso, aportaron los Persas á la ciudad de Caristo (1), donde viendo que los Caristianos no querían dar rehenes y que se resistían á tomar las armas contra las ciudades sus vecinas, designando con este nombre á las de Eretria y la de Atenas, puesto sitio á la plaza y talando al mismo tiempo la campiña, obligáronles por fin á declararse por su partido.

C. Informados los moradores de Eretria de que venía contra ellos la armada de los Persas, pidieron á los de Atenas les enviasen tropas auxiliares. No se resistieron los Atenienses á enviarles socorro, ántes bien les destinaron 4.000 colonos suyos que habían sorteado entre sí el país que ántes había sido de los caballeros Calcidenses. Pero los de Eretria, aunque llamasen en su ayuda á los Atenienses, no procedían con todo de muy buena fe en su resolución, vacilantes entre dos partidos y áun encontrados en sus pareceres, queriendo unos desamparar la ciudad y retirarse á los riscos y escollos de Eubea, y maquinando otros vender su patria con la mira de sacar del Persa ventajas particulares. Viendo Esquines, hijo de Noton, uno de los principales de la ciudad, aquella disposición de ánimo en los de entrambos partidos, dió cuenta de lo que pasaba

(1) Ciudad de Eubea ó Negroponto, al presente Castelroso.

á los Atenienses que ya se les habían juntado, pidiéndoles que tomasen la vuelta de sus casas si no querían acompañarles en la ruina. Por este medio lograron salvarse los Atenienses, siguiendo el aviso y pasando de allí á Oropo.

CI. Llegando los Persas con su armada, abordaron en las playas de Eretria contra su bosque sagrado (1), contra Quereas y contra Egilia. Aportados á estos lugares, desembarcaron desde luego sus caballos, formándose ellos mismos en escuadrones como dispuestos á entrar en acción con los enemigos. Habían resuelto los Eretrios no salirles al encuentro ni cerrar con el enemigo, ántes ponían todo su cuidado en fortificar y guardar sus muros, pues había prevalecido el parecer de los que no querían desamparar la plaza. Hacíase con la mayor actividad el ataque de los Persas y la defensa de los sitiados; de suerte que durante seis días cayeron muchos de una y otra parte. Pero llegado el sétimo, dos sujetos principales, Euforbo, hijo de Alcimaco, y Filargo, hijo de Cineas, entregaron alevosamente la ciudad á los Persas, quienes, entrando en ella, primeramente pegaron fuego á los templos, vengando las llamas con que habían ardido los de Sardes, y despues, conforme las órdenes de Darío, redujeron al estado de cautivos á sus moradores.

CII. Rendida ya Eretria, interpuestos unos pocos días de descanso, navegaron hácia el Atica, donde, talando toda la campiña, pensaban que los Atenienses harían lo mismo que habían hecho los de Eretria; y habiendo en el Atica un campo muy á propósito para que en él obrase la caballería, al cual llamaban Maraton, lugar el más vecino á Eretria, allí los condujo Hípias, hijo de Pisistrato.

CIII. Sabido el desembarco por los Atenienses, movie-

(1) Algunos quieren que la palabra *témonos* sea nombre propio de cierto lugar, ó corrigen *táminas*, nombre de una población de Eubea.

ron las armas para oponerse al Persa, conducidos por diez generales. Tenía entre éstos el décimo lugar Milciades, cuyo padre Cimon, hijo de Esteságoras, se había visto precisado á huir de Atenas en el gobierno de Pisistrato, hijo de Hipócrates. En el tiempo que Cimon se hallaba desterrado de Atenas tuvo la dicha de alcanzar la palma en Olimpia con su carroza, y quiso ceder la gloria de aquel primer premio á Milciades, su hermano uterino; y habiendo salido él mismo vencedor con las mismas yeguas en los juegos olímpicos inmediatos, concedió á Pisistrato que fuese aclamado por vencedor á voz pública de pregonero, cuya victoria le reconcilió con él é hizo restituirle á su patria. Pero habiendo tercera vez logrado el premio en Olimpia con el mismo tiro de yeguas, tuvo la desgracia de que los hijos de Pisistrato, que ya no vivía por entónces, le maquinasen la ruina; y en efecto, acabaron con él haciendo que de noche le acometiesen unos asesinos en el Pritaneo. Cimon fué sepultado en los arrabales de la ciudad, más allá del camino que llaman de Cela, y enfrente de su sepulcro fueron enterradas sus yeguas, tres veces vencedoras en los juegos olímpicos; proeza que si bien habían hecho ya las yeguas de Exágoras el Lacon, ningunas otras hallaron que en ello les igualasen. Siendo Esteságoras, de quien hablé, el hijo primogénito de Cimon, á la sazón se hallaba en casa de su tío Milciades, que le tenía consigo en el Quersoneso; el menor estaba en Atenas en casa de Cimon, y en atención á Milciades el poblador de Quersoneso, se llamaba con el mismo nombre.

CIV. Era entónces general de los Atenienses este mismo Milciades, llegado del Quersoneso y dos veces librado de la muerte; pues una vez los Fenicios le dieron caza hasta Imbro, muy deseosos de haberle á las manos y poderle llevar prisionero á la corte del rey; y otra vez, escapado de ellas y llegado ya á su casa, cuando se tenía por salvo y seguro, tomándole sus émulos por su cuenta, le llamaron

á juicio acusándole de haberse alzado con la tiranía ó dominio del Quersoneso. Pero habiendo sido absuelto, fué nombrado entónces por eleccion del pueblo general de los Atenienses.

CV. Lo primero que hicieron dichos generales, áun ántes de salir de la ciudad, fué despachar á Esparta por heraldo á Fidippides, natural de Atenas, *hemorodromo* (ó correo de profesion). Hallándose éste, segun él mismo decia y lo refirió á los Atenienses, cerca del monte Partenio, que cae cerca de Tegea, apareciósele el dios Pan, el cual habiéndole llamado con su propio nombre de Fidippides, le mandó dar quejas á los Atenienses, pues en nada contaban con él, siéndoles al presente propicio, habiéndoles sido ántes muchas veces favorable y estando en ánimo de serles amigo en el porvenir (1). Tuvieron los de Atenas por tan verdadero este aviso, que estando ya sus cosas en buen estado, levantaron en honor de Pan un templo debajo de la fortaleza, y continuaron todos los años en hacerle sacrificios desde que les envió aquella embajada, honrándole con lámparas y luminarias.

CVI. Despachado, pues, Fidippides por los generales, y haciendo el viaje en que dijo habersele aparecido el dios Pan, llegó á Esparta el segundo dia de su partida (2), y presentándose luégo á los magistrados, hablóles de esta suerte:—«Sabed, Lacédemonios, que los Atenienses os piden que los socorrais, no permitiendo que su ciudad, la más antigua entre las griegas, sea por unos hombres bár-

(1) Puede sospecharse que esta aparicion fué una estratagema de Milciades, que, como buen político á imitacion de otros tantos, sabia dominar la plebe con la supersticion y animarla contra el enemigo.

(2) Solino cree que este extraordinario corriese 1.240 estadios en dos dias; Plinio l. 140; Luciano pretende que de vuelta de Esparta, al acabar de dar en Atenas la noticia de la victoria de Maratón, cayó súbitamente muerto.

baros reducida á la esclavitud: tanto más, cuando Eretria ha sido tomada al presente y la Grecia cuenta ya de ménos una de sus primeras ciudades.» Así dió Fidippides el recado que traía: los Lacedemonios querían de véras enviar socorro á los de Atenas, pero les era por de pronto imposible si no querían faltar á sus leyes; pues siendo aquel el día nono del mes, dijeron no poder salir á la empresa, por no estar todavía en el plenilunio, y con esto dilataron hasta él la salida.

CVII. El que conducía á los bárbaros á Maraton era aquel Hipias, hijo de Pisistrato, que la noche ántes tuvo entre sueños una vision en que le parecia dormir con su misma madre, de cuyo sueño sacaba por conjetura, que vuelto á Atenas y recobrado el mando de ella, moriría después allí en edad avanzada: tal era la interpretacion que daba al sueño. Este, pues, sirviendo de guía á los Persas, hizo primeramente pasar luégo los esclavos de Eretria á la isla de los Stirios (1), llamada Egilia; lo segundo señalar á las naves aportadas á Maraton el lugar donde anclasen; lo tercero colocar en tierra á los bárbaros salidos de sus naves. Al tiempo, pues, que andaba en estas providencias, vínole la gana de estornudar y toser con más fuerza de lo que tosía el anciano; y fué tal la tos, que los más de los dientes mal acondicionados se le movieron, y áun hubo uno que le saltó de la boca. Todo fué luégo buscar el diente que le habia caido en la arena, y como éste no pareciese, dió un gran suspiro, diciendo á los que cerca de sí tenia:— «Adios, amigos; ya rehusa ser nuestra esta tierra; no podremos, no, otra vez poseerla; lo poco que de ella para mí quedaba, de eso mi diente tomó ya posesion.»

CVIII. En esto, como Hipias inferia, habia venido á parar todo su sueño. Estaban los Atenienses formados en escuadrones en el templo de Hércules, cuando vinieron á

(1) Stira, ciudad de Eubea.

juntarse en su socorro todos los de Platea (1) que podían tomar las armas, como hombres que se habían entregado los Atenieses, y por quienes los Atenieses, puestos á peligro repetidas veces, mucho habían sufrido. La ocasión de entregarse á Atenas fué la siguiente: hallábanse los Plateenses acosados por los Tebanos, y desde luego quisieron ponerse bajo el imperio de Cleomenes, hijo de Anaxáridas, dándose á los Lacedemonios que casualmente se les habían presentado, pero no queriendo éstos admitirlos, les dijeron:—«Nosotros vivimos muy léjos; sería nuestro socorro un triste consuelo para vosotros: muchas veces os veríais presos ántes que nosotros pudiéramos saber lo que pasase. El consejo que os damos es que os entreguéis á los Atenieses; son vuestros vecinos, y no desaventajados para protectores.» Este consejo de los Lacedemonios no tanto nacía de afecto que tuviesen á los de Platea, cuanto del deseo de inquietar á los Atenieses, enemistándoles con los Beocios. No fué vano el aviso de los Lacedemonios, porque gobernados por él los de Platea, esperando el día en que los Atenieses sacrificaban á los doce dioses, presentáronseles en traje de suplicantes á las mismas aras, é hicieronles donación de sus haciendas y personas. Habida esta noticia, movieron los Tebanos sus armas contra los de Platea, y los Atenieses acudieron á su defensa. Estando ya á punto de acometerse los ejércitos, impidiéronselo los Corintios, quienes interponiéndose por medianeros, y comprometiéndose á su arbitrio los dos partidos, señalaron los límites de la región de manera que los de Tebas no pudieran obligar á ser alistados é incorporados en los dominios de Beocia á los Beocios que no quisiesen serlo: así lo determinaron los Corintios, y se volvieron. Al tiempo que los Atenieses retiraban

(1) Platea, al presente arruinada, estaba al pié del monte Citeron, distante de Tebas 60 estadios, y 200 de Tanagra.

sus tropas, dejáronse caer sobre ellas los Beocios; pero fueron vencidos en la refriega: de donde resultó que los Atenenses, pasando más allá de los términos que los Corintios habían señalado á los de Platea, quisieron que el mismo rio Asopo sirviese de límites á los Tebanos por la parte que mira á Hisias y á Platea. Tal fué la manera como los Plateenses se alistaron entre los vasallos de los Atenenses, á cuyo socorro vinieron entónces á Maraton.

CIX. No convenian en sus pareceros los generales atenienses: decian unos que no era á propósito entrar en batalla, siendo pocos para combatir con el ejército de los Medos; los otros, con quienes asentia Milciades, exhortaban el combate. Viendo los votos encontrados, y que iba á prevalecer el partido peor, entónces Milciades tomó el expediente de hablar aparte al Polemarco. Era el Polemarco (ó general de armas) un magistrado que habia sido nombrado en Atenas á pluralidad de votos (1) para que diese su parecer en el undécimo lugar despues de los diez generales, y al cual daban antiguamente los Atenenses la misma voz en las decisiones que á los *Strategos* ó generales: ocupaba entónces aquella dignidad Calímaco Afidneo, á quien habló así Milciades:—«En tu mano está ahora, Calímaco, ó el reducir á Atenas á servidumbre, ó conservarla independiente y libre, dejando con esto á toda la posteridad un monumento igual al que dejaron Harmodio y Aristogiton. Bien ves que es este el mayor peligro en que nunca se vieron hasta aquí los Atenenses: si caen bajo de los Medos, conocido es lo que tendrán que sufrir entregados á Hippias; pero si la ciudad vence, llegará con esto á ser la primera y principal de las ciudades griegas. Voy á decirte cómo cabe muy bien que suceda lo que dije, y cómo la suma de todo ello viene á depender de tu arbi-

(1) El original dice á pluralidad de habas, porque los votos se daban con habas.

trio. Los votos de los generales, que aquí somos diez, están encontrados y empatados: quieren los unos que se dé la batalla; los otros lo resisten. Si no la damos, temo no se levante en Atenas alguna gran sedición que pervierta los ánimos y nos obligue á entregarnos al Medo; pero si la damos ántes que algunos Atenienses se dejen corromper, espero en los dioses y en la justicia de la causa, que podremos salir del combate victoriosos. Dígame, pues, que todo al presente estriba en tí, y depende de tu voto: si votas á mi favor, por tí queda libre tu patria, y por tí vendrá á ser la ciudad primera y la capital de la Grecia; pero si sigues el parecer de los que no aprueban el choque, sin duda serás el autor de tanto mal cuanto es el bien contrario que acabo de expresarte.»

CX. Con este discurso Milciades trajo á Calímaco á su partido, con la adición de cuyo voto quedó decretado el combate. Los generales cuyo parecer habia sido que se diese la batalla, cada cual en el día en que les tocaba la Pritania (ó mando del ejército) cedían sus veces á Milciades, quien, aunque lo aceptaba, no quiso con todo cerrar con el enemigo hasta el día mismo en que por su turno le tocaba de derecho la Pritania.

CXI. Al tocarle empero su legítimo turno, formó para la batalla las tropas atenienses del siguiente modo: en el ala derecha mandaba Calímaco el Polemarco, pues es costumbre entre los Atenienses que su Polemarco dirija esta ala; tras aquel jefe seguían las filas (ó tribus), según el orden con que vienen numeradas; y los últimos de todos eran los Plateenses, colocados en el lado izquierdo. De esta batalla se originó que siempre que los Atenienses ofrecen en sus *panegires* (ó juntas generales) los sacrificios que se celebran en cada *Pentetérida* (ó quinquenio), el pregonero ateniense pida á los dioses la prosperidad para los Atenienses y juntamente para los de Platea. Ordenados así en Maraton los escuadrones de Atenas, resultaba que constandingo

De pocas líneas, el centro de estos, á fin de igualar la frente de los Medos con la de los Atenienses, quedaba débil, mientras las dos alas tenían muchos de fondo.

CXII. Dispuestos en orden de batalla y con los agüeros favorables en las víctimas sacrificadas, luego que se dió la señal, salieron corriendo los Atenienses contra los bárbaros, habiendo entre los dos ejércitos un espacio no menor que de ocho estadios. Los Persas, que les veían embestir corriendo, se dispusieron á recibirles á pié firme, interpretando á demencia de los Atenienses y á su total ruina, que siendo tan pocos viniesen hácia ellos tan de prisa, sin tener caballería ni ballesteros. Tales ilusiones se formaban los bárbaros; pero luego que de cerca cerraron con ellos los bravos Atenienses, hicieron prodigios de valor dignos de inmortal memoria, siendo entre todos los Griegos los primeros de quienes se tenga noticia que usaron embestir de carrera para acometer al enemigo (1), y los primeros que osaron fijar los ojos en los uniformes del Medo y contemplar de cerca á los soldados que los vestían, pues hasta aquel tiempo sólo oír el nombre de Medos espantaba á los Griegos.

LXIII. Duró el ataque con vigor por muchas horas en Maraton, y en el centro de las filas en que combatían los mismos Persas y con ellos los Sacas, llevaban los bárbaros la mejor parte, pues rompiendo vencedores por medio de ellas, seguían tierra adentro al enemigo. Pero en las dos alas del ejército vencieron los Atenienses y los de Platea, quienes viendo que volvía las espaldas el enemigo no le siguieron los alcances, sino que uniéndose los dos extremos acometieron á los bárbaros del centro, obligáronles á

(1) Este modo de embestir no parece fuera usado de los Griegos en lo antiguo. Homero dice (L. III, v. 3 de la *Iliada*): «Iban al combate los Aqueos callando llenos de coraje,» aunque si Pausanias no se equivoca, los Lacedemonios embestían ya corriendo ántes de la batalla de Maraton.

La fuga, y siguiéndoles hicieron en los Persas un gran destrozo, tanto que llegados al mar, gritando por fuego, iban apoderándose de las naves enemigas.

CXIV. En lo más vivo de la accion, uno de los que perecieron fué Calímaco el Polemarco, habiéndose portado en ella como bravo guerrero: otro de los que allí murieron fué Stesilao, uno de los generales, hijo de Trasilao. Allí fué cuando Cinegiro, hijo de Euforion, habiéndose asido de la proa de una galera, cayó en el agua, cortada la mano con un golpe de segur. A más de estos, quedaron allí muertos otros muchos Atenienses de esclarecido nombre.

CXV. En efecto, los de Atenas con esta acometida se apoderaron de siete naves. Los bárbaros, haciéndoles retirar desde las qtras, y habiendo otra tomado á bordo los esclavos de Eretria que habian dejado en una isla, siguieron su rumbo la vuelta de Sunio, con el intento de dejarse caer sobre la ciudad, primero que llegasen allá los Atenienses. Corrió por válido entre los Atenienses, que por artificio de los Alemeonidas formaron los Persas el designio de aquella sorpresa, fundándose en que estando ya los Persas en las naves levantaron ellos el escudo, que era la señal que tenían concertada.

CXVI. Continuaban los Persas doblando á Sunio, cuando los Atenienses marchaban ya á todo correr al socorro de la plaza, y habiendo llegado ántes que los bárbaros, atrincheráronse cerca del templo de Hércules en Cinosarges, abandonando los reales que cerca de otro templo de Hércules tenían en Maraton. Los bárbaros, pasando con su armada más allá de Falero, que era entónces el arsenal de los Atenienses, y mantenidos sobre las áncoras, dieron despues la vuelta hácia el Asia.

CXVII. Los bárbaros muertos en la batalla de Maraton subieron á 6.400; los Atenienses no fueron sino 192 (1); y

(1) Por más que Plutarco note á Herodoto como deprimidor de la gloria de Maraton, nuestro autor, bien que tachado de parcial

este es el número exacto de los que murieron de una y otra parte. En aquel combate sucedió un raro prodigio: en lo más fuerte de la acción, Epicelo, Ateniense, hijo de Cufagoras, peleando como buen soldado cegó de repente sin haber recibido ni golpe de cerca, ni tiro de lejos en todo su cuerpo; y desde aquel punto quedó ciego por todo el tiempo de su vida. Oí contar lo que él mismo decía acerca de su desgracia, que le pareció que se le ponía delante un infante elevado, cuya barba le asombró y le cubrió todo el escudo, y que pasando de largo aquel fantasma mató al soldado que á su lado tenía: tal era, según me contaban, la narración de Epicelo.

CXVIII. Volviéndose Datis al Asia con toda su armada, cuando estaba ya en Micono (1) tuvo entre sueños una visión, la que no se dice cuál fuese, si bien el efecto de ella fué que apenas amaneció hiciese registrar todas sus naves, y habiendo hallado en una de los Fenicios una estatua dorada de Apolo, preguntó de dónde había sido robada, y noticioso del templo de donde procedía, fuése á Delos en persona con su capitana. Ya entónces los Delios se habían restituido á su isla. Depositó Datis dicha estatua en aquel templo, y encargó á los Delios que volviesen aquel ídolo á Delio (2), lugar de los Tebanos que cae en la playa enfrente de Cálcida. Dada la orden, volvióse Datis en su nave; pero los Delios no restituyeron la estatua, la cual 20 años después fueron á recobrar los Tebanos, avisados por un oráculo, y la volvieron á Delio.

CXIX. Después que aportaron al Asia Datis y Artafernes vueltos de su expedición, hicieron pasar á Susa los de Atenas, no quiso lisonjearla con un elogio increíble, cual el de la famosa inscripción que suponía 90.000 cadáveres enemigos en los campos Maratonios.

(1) Una de las cicladas, al presente Micono, distante 4 millas de Delos y 5 de Teno.

(2) Delio, hoy arruinada, caía en la playa entre Cálcida y Tanagra, cerca de la embocadura del Asopo.

esclavos hechos en Eretria. El rey Darío, aunque gravemente enojado contra los Eretrios ántes de tenerlos prisioneros, por haber sido los primeros en cometer las hostilidades, con todo, despues que los tuvo en su presencia y los vió hechos sus esclavos, no tomó contra ellos resolucion alguna violenta; ántes bien les dió habitacion en un albergue suyo, situado en la region Cicia, que tiene por nombre Arderica (1), distante de Susa 240 estadios y 40 solamente de aquel pozo que produce tres especies de cosas bien diferentes, pues de él se saca betun, sal y tambien aceite, del modo que expresaré. Sirvense para sacar el agua de una pértiga, en cuya punta en vez de cubo atan la mitad de un odre partido por medio. Métenlo de golpe, y luégo derraman lo que viene dentro en una pila, de la cual lo pasan á otra, en donde derramado, se convierte en las tres especies dichas: el betun y la sal al punto quedan allí cuajados, el aceite lo van recogiendo en unas vasijas, y le dan los Persas el nombre de radimica, siendo un licor negro que despide un olor ingrato. Allí fueron colocados los Eretrios por órden del rey Darío, cuya habitacion, juntamente con su idioma antiguo, conservan hasta el presente, y á esto se reduce la historia de sus sucesos.

CXX. Los Lacedemonios en número de 2.000 llegaron al Atica despues del plenilunio, y tan grande era el deseo de hallarse con el enemigo, que al tercer dia despues de salidos de Esparta se pusieron en el Atica. Habiendo llegado despues de la batalla (2), y no queriendo dejar de ver de cerca á los Medos, fuéronse á Maraton para contemplarlos allí muertos. Colmaron de alabanzas á los Atenientes por aquéllas hazañas, y se despidieron para volverse á su patria.

CXXI. Volviendo á los Alcmeonidas, mucha admiracion

(1) Arderica se cree estaria situada á una jornada tanto de Susa como de Babilonia.

(2) Platon dice que llegaron un dia despues de la accion.

me causa, y no tengo por verdadero lo que de ellos se cuenta, que de concierto con los Persas les mostrasen el escudo en señal de querer que Atenas fuese presa de los bárbaros y entregada al dominio de Hipias; pues ellos se mostraron más enemigos de los tiranos, ó tanto por lo ménos, como Calias, hijo de Fenippo y padre de Hipónico, quien fué el único entre todos los Atenienses que despues de echado Pisistrato de Atenas se atrevió á comprar sus bienes confiscados y vendidos á voz de pregonero, fuera de que en otras mil cosas más dió un público testimonio del odio que le tenía.

CXXII. De este Calias (1) es mucha razon que todos á menudo se acuerden no sin elogio, ya por haber sido, como llevo dicho, un hombre señalado particularmente en libertar á su patria; ya por la gloria que adquirió en Olimpia, donde logró como vencedor el primer premio en la corrida de un caballo singular, y el segundo en la de la cuadriga, ya por que en los juegos Pythios, habiendo sido declarado vencedor, se mostró muy magnífico en el banquete que dió á los Griegos; ya por lo bien que se portó con sus hijas, que fueron tres, con las cuales, luego que tuvieron edad proporcionada al matrimonio, usó la bizarría y generosidad de que cada cual escogiese entre los ciudadanos el marido que mejor le pareciese, y las casó, en efecto, con quien quiso cada cual.

CXXIII. Ahora pues, habiendo sido los Alcmeonidas igualmente ó nada ménos enemigos de los tiranos que Calias, paréceme un error monstruoso y una calumnia indigna de fe el que para llamar á los Persas levantasen sus escudos unos hombres que vivieron desterrados por todo el tiempo del gobierno de los tiranos, y que no cesaron con sus

(1) Ha parecido á varios que todo este párrafo, que no se lee en tres códices manuscritos, será un retazo añadido por algun intérprete á la brillante púrpura de Herodoto.

intrigas hasta obligar á los hijos de Pisistrato á desamparar su dominio, con lo cual, á mi entender, lograron tener más parte en la libertad de Atenas que Harmodio y Aristogiton, pues estos con dar la muerte á Hiparco nada adelantaron contra los otros que tiranizaban á la patria, ántes bien irritaron más contra ella á los demas hijos de Pisistrato. Pero los Alcmeonidas sin la menor disputa fueron los libertadores de Atenas, si fueron ellos realmente los que ganaron á la Pythia para que diese á los Lacedemonios el oráculo que les decidió á libertarla, segun tengo ántes declarado.

CXXIV. Podrá decirse que quizá por algun disgusto y ofensa recibida del gobierno popular de Atenas quisieron entregar la patria; pero esto no lleva camino, porque no hubo en Atenas hombres más aplaudidos ni más honrados por el pueblo. Así que contra toda buena crítica es el decir que levantasen el escudo con esta mira. Es cierto que hubo quien lo levantó, ni otra cosa puede decirse, porque así es la verdad; pero quién fuese el que lo verificó lo ignoro, ni tengo más que añadir sobre ello de lo que llevo dicho.

CXXV. La familia de los Alcmeonidas, si bien desde mucho tiempo atrás era ya distinguida en Atenas, se hizo notablemente más ilustre en la persona de Alcmeon, no ménos que en la de Megacles. El caso fué, que cuando los Lydios de parte de Creso fueron enviados de Sardes á Delfos para consultar aquel oráculo, no sólo les sirvió en cuanto pudo Alcmeon, hijo de Megacles, sino que se esmeró particularmente en agasajarles. Informado Creso por los Lydios que habian hecho aquella romería de cuán bien por su respeto habia obrado con ellos Alcmeon, convidóle á que viniera á Sardes, y llegado, le ofreció de regalo tanto oro cuanto de una vez pudiese cargar y llevar encima. Para poderse aprovechar mejor de lo grandioso de la oferta, fué Alcmeon á disfrutarla en este traje: púsose una gran túnica, cuyo seno hizo que prestase mucho dejándolo bien ancho,

calzóse unos coturnos los mas holgados y capaces que hallar pudo, y así vestido fué al tesoro real adonde se le conducia. Lo primero que hizo allí fué dejarse caer encima de un monton de oro en polvo, y henchir hasta las pantorrillas aquellos sus borceguies de cuanto oro en ellos cupo. Llenó despues de oro todo el seno; empolvóse con oro á marávilla todo el cabello de su cabeza; llenóse de oro asimismo toda la boca: cargado así de oro iba saliendo del erario, pudiendo apénas arrastrar los coturnos, pareciéndose á cualquier otra cosa ménos á un hombre, hinchados extremadamente los mofletes y hecho todo él un cubo. Al verle así Creso no pudo contener la risa, y no sólo le dió todo el oro que consigo llevaba, sino que le hizo otros presentes de no menor cuantía, con lo cual quedó muy rica aquella casa, y el mismo Alcmeon, pudiendo criar sus tiros para las cuadrigas, fué vencedor con ellos en los juegos Olímpicos (1).

CXXVI. En la edad inmediata á esta, Clistenes, señor de Sicion, subió hasta tal punto el nombre de la misma familia, que la hizo mucho mas célebre todavía. Este Clistenes, hijo de Aristonimo, nieto de Miron, y biznieto de Andreo, tuvo una hija llamada Agarista, á quien quiso casar con el Griego que hallase más sobresaliente de todos; y así, en el tiempo en que se celebraban las fiestas olímpicas, en las cuales alcanzó la palma con su cuadriga el mismo Clistenes, hizo pregonar que cualquiera de los Griegos que se tuviese por digno de ser yerno de Clistenes, pasados sesenta dias ó bien ántes, se presentase al concurso en Sicion; pues que él habia determinado celebrar las bodas de su hija dentro del término de un año, que se empezaria á contar desde allí á sesenta dias. Entónces todos los Griegos que se picaban de notables, ya por sus prendas y linaje, ya por la nobleza de su patria, concurrieron allá como preten-

(1) En la oda 7.^a celebró Píndaro la victoria de Alcmeon:

dientes, á quienes estuvo Clístenes entreteniendo para ver quién era el más digno pretendiente en la carrera y en la palestra.

CXXVII. De la Italia concurrió el sibarita Smindirides (1), hijo de Hipócrates, que había llegado á ser el hombre más sobresaliente de todos en las delicias del lujo, en un tiempo en que Sibaris florecía sobremanera; concurrió asimismo el sirta Damas, hijo de Samiris, el que llamaban el sabio: ambos vinieron de la Italia. Del golfo Adriático, es decir, del seno Jonio, se presentó Amfímnesto, hijo de Epistrofo, natural de Epidamno (2). Vino también un Etolo, por nombre Males, hermano del famoso Títoro, que superó en valentía á todos los Griegos, y vivió retirado en un rincón de la Eolia (3) huyendo del comercio de los hombres. Del Peloponeso llegó Leocedes, hijo de Fidon, tirano de los Argivos, quien descendía de aquel Fidon (4) ordenador de los pesos y medidas de los Peloponesios, hombre el más violento é inicuo de todos los Griegos, que habiendo quitado á los Eleos la presidencia en los juegos Olímpicos, se alzó con el empleo de *Agonoteta* (ó prefecto de aquel certámen). Vino de Trapezunte (5) el árcaide Amianto, hijo de Licurgo; vino asimismo Lafanes Azeno, natural de la ciudad de Peo, hijo de aquel Euforion de quien es fama en la Arcadia que recibió en

(1) Es famoso entre los escritores antiguos este Sardanápalo calabrés, á quien acompañaban, según Ateneo, mil personas, entre cocineros y cazadores.

(2) Epidamno, hoy Durazzo, antiguamente también *Dirraquium*. Según el texto, lo que se llamaba seno Jonio, llegaba hasta el mar Adriático.

(3) Al presente el despotato ó la *pequeña Grecia*.

(4) Es evidente que Leocedes, el pretendiente de Agarista, coetánea de Ciro, no pudo ser hijo de Fidon el ordenador de los pesos del Peloponeso, el cual vivía en la Olimpiada 8.^a

(5) Por otro nombre Trapezza, diferente de la célebre Trebizonda.

su casa á los Dioscuros Castor y Polux, y desde aquel tiempo solia hospedar á todo hombre que se le presentase: vino por fin el éleo Onomasto, hijo de Ageo; todos los cuales vinieron del mismo Peloponeso. De Atenas fueron á la pretension Megacles, hijo de aquel Alcmeon que habia hecho la visita á Creso, y otro llamado Hipóclides, hijo de Tisandro, el sujeto más rico y gallardo de todos los Atenienses. De Eretria, ciudad entónces floreciente, concurrió Lisantias, el único que se presentó venido de Eubea. De Tesalia acudió Diactórides el Craconio, de la familia de los Scópadas; y de los Molosos, vino Alcon: estos fueron los aspirantes á la boda.

CXXVIII. Habiéndose, pues, presentado los amantes al dia señalado, desde luégo se iba Clistenes informando de qué patria y de qué familia era cada uno. Despues, por espacio de un año, los fué entreteniendo á su lado, haciendo pruebas de la bizzarria, del valor, de la educacion y de las costumbres de todos, ya tratando con cada uno en particular, ya con todos ellos en comun; y áun á los más jóvenes los conducia á los gimnasios, donde ejercitasen desuados sus fuerzas y habilidades. Pero con especialidad procuraba observarles en la mesa, pues todo el tiempo que los tuvo cerca de su persona, era quien llevaba el coste y el que les daba un magnifico hospedaje. Hecha la prueba, los que más le satisfacian eran los pretendientes venidos de Atenas, y entre estos nadie le placia tanto como Hipóclides, el hijo de Tisandro, gobernándose en este aprecio tanto por el valor que en él veia, como por ser de una familia emparentada con la de los Cipsélidas, que antiguamente hubo en Corinto.

CXXIX. Cuando llegó el dia aplazado así para el festin de la boda, como para la publicacion del yerno que Clistenes hubiese escogido entre todos, mató éste cien bueyes y dió un magnifico convite, no sólo á los pretendientes, sino tambien á los moradores de Sicion. Allí sobre mesa

apostábase las pretendientes en la música, y á quién descifraría algun acertijo ó enigma propuesto. Iban adelante los brindis despues de la comida, cuando Hipóclides, que era el héroe y bufon de la fiesta, mandó al flautero que le tocase la *emmelia* (1), y empezada ésta, la bailó con mucha gracia y mayor satisfaccion propia; si bien Clistenes, observando todas aquellas fruslerías, le miraba ya de mal ojo. No paró aquí Hipóclides: descansó un poco, é hizo que le trajesen una mesa, la cual puesta allí, bailó primero sobre ella á la Lacónica, despues danzó á la Atica con gestos muy ajustados; finalmente dió sus tumbos encima de la mesa, la cabeza abajo y los piés en alto, haciendo manos de las piernas para los gestos. Clistenes, si bien viéndole bailar la primera y segunda danza se desdeñaba ya en su interior de tomar por yerno á Hipóclides, á un bailarín tal y sin vergüenza, reprimiase con todo no queriendo desconcertarse contra él; pero al cabo cuando le vió dar tumbos y vueltas y zapatetas en el aire, no pudiendo ya mas consigo, lanzóle estas palabras:—«Ahora sí, hijo de Tisandro, que como saltimbanquis acabas de escamotearte la novia.» Y replicóle el mozo:—«¿Qué se le da á Hipóclides de la novia?» cuyo dicho quedó desde entónces en proverbio.

CXXX. Clistenes, haciendo que todos en silencio le oyesen, hablóles así:—«Pretendientes de mi hija, muy pagado estoy de las prendas de todos vosotros, y si posible me fuera, á cada uno de vosotros daría con gusto la novia sin elegir en particular á ninguno y sin desechar á los demas. Pero bien veis que tratándose de una doncella sola, no cabe contentaros á todos: mi ánimo es regalar á cada uno de los que no alcanzeis la novia un talento de plata en prueba de lo mucho que me honro con haberla todos pre-

(1) Sería la *emmelia* una especie de danza muy conocida, no ménos que la Atica y la Lacónica que más abajo se citan, de las cuales confieso no poder dar razon alguna.

tendido, como tambien en atencion á la ausencia que habeis hecho de vuestras casas. Por lo demas, doy por mujer mi hija Agarista á Megacles, hijo de Alcmeon, al uso de los Atenienses.» Aceptóla por tal Megacles, y quedó contraido solemnemente el matrimonio.

CXXXI. Así se terminó la competencia de los pretendientes, y de ella dimanó la gran fama y celebridad de los Alcmeonidas por toda la Grecia. De este matrimonio nació aquel Clístenes que ordenó las filas y la democracia en Atenas, llamado así en memoria de su abuelo materno Clístenes el Sicionio. Nacióles tambien Hipócrates, quien tuvo por hijos otro Megacles y otra Agarista, llevando ésta el nombre de la Agarista hija de Clístenes. La segunda Agarista habiendo casado con Jantippo, hijo de Arifon, tuvo un sueño estando en cinta, en que le pareció que habia parido un leon; y poco despues parió á Pericles, hijo de Jantippo.

CXXXII. Volviendo á Milciades, despues de la derrota de los Persas en Maraton creció mucho su crédito entre los Atenienses, de quienes era ántes ya muy estimado. Entónces, pues, pidió Milciades á sus conciudadanos que le confiaran 70 naves con la tropa y estipendios correspondientes, sin declararles contra quiénes meditaba aquella expedicion, asegurándoles solamente que si querian seguirle, iba á enriquecerles, pues pensaba conducirles á cierta provincia, de donde sin el menor daño ni peligro podrian volver cargados de oro. En estos términos pidió la armada, y los Atenienses, confiados en lo que les prometia, se la cedieron.

CXXXIII. Teniendo aquella tropa embarcada ya á su mando, partió Milciades contra Paros, dando por razon que iba á castigar á los Parios por haber ántes hecho la guerra con sus galeras asistiendo al Persa en Maraton. Pero este era un mero pretexto, y lo que en realidad le movia era el encono contra los Parios, nacido de que Liságo-

ras, hijo de Tisias y natural de Paros, le había acusado y puesto mal con el persa Hidarmes. Llegado allá Milciades con su armada, puso sitio á la ciudad en que se habian encerrado los Parios, á quienes envió un pregonero pidiéndoles le diesen 100 talentos, con la amenaza de que en caso de negarlos no levantaria el sitio ántes de rendir la plaza. Los Parios, léjos de discurrir cómo darian á Milciades aquella suma, sólo pensaban en el modo de defender bien su ciudad, fortificándola más y más y alzando de noche otro tanto aquella parte de los muros por donde la plaza estaba más expuesta á ser combatida.

CXXXIV. Hasta aquí concuerdan en la narracion del hecho todos los Griegos: lo que despues sucedió lo cuentan los Parios del siguiente modo: Dicen que Milciades, falto de consejo, consultó con una prisionera natural de la misma Paros, que se llamaba Timo y era la sacerdotisa de las diosas infernales Céres y Proserpina. Habiéndose ésta presentado á Milciades, aconsejóle que si tanto empeño tenía en tomar á Paros, hiciera lo que ella misma dijese; y en efecto, habiéndole confiado el expediente, subió Milciades á un cerro que está enfrente de la ciudad, y no pudiendo abrir las puertas del templo de Céres Legisladora, quiso saltar la pared de aquel cercado; y saltada ya, ibase, ignoro con qué mira, dentro del santuario de la diosa, ya fuese con ánimo de quitar algo de las cosas que no es lícito quitar, ya con algun otro designio. Al ir á pasar aquel umbral, sobrevinole un terror religioso que le obligó á volver atras por el mismo camino; y al pasar otra vez la cerca, se dislocó un muslo, ó, como quieren otros, hirió malamente en tierra con una rodilla.

CXXXV. Mal parado, pues, Milciades por la caída, determinó volverse de allí sin haber conquistado á Paros, á la cual habia tenido sitiada 26 días, talando durante ellos toda la isla. Llegó á noticia de los Parios que Timo, la sacerdotisa de la diosa, habia dado á Milciades los medios

para la toma de la plaza, y queriendo tomar venganza de ella por la traicion, apénas se vieron libres del asedio enviaron á Delfos consultores encargados de preguntar si harian bien en castigar á la sacerdotisa de las diosas, así por haber ella declarado cómo podria ser tomada su patria, como tambien por haber mostrado á Milciades aquellos sagrados misterios que á ningun varon era licito ver ni saber. No se lo permitió la Pythia, diciendo que la culpa no era de Timo, sino que siendo el destino fatal de Milciades que tuviese un mal éxito, ella le habia servido de gufa para la ruina: tal fué el oráculo que la Pythia dió en respuesta á los de Paros.

CXXXVI. Vuelto ya Milciades de aquella isla, no hablaban de otra cosa los Atenienses que de su infeliz expedicion; pero quien sobre todos le acriminaba era Jantippo, el hijo de Arifron, quien inténtandole ante el pueblo causa capital, le acusaba por haber engañado á los Atenienses (1). Milciades no respondió en persona á la acusacion, hallándole imposibilitado por causa de su muslo enconado con la herida; pero estando él en cama allí mismo, defendieronle sus amigos con el mayor esfuerzo, haciendo valer mucho sus servicios en el combate de Maraton, como tambien en la toma de Lemnos, la cual rindió y cedió á los Atenienses, habiéndose vengado de los Pelasgos. Absolvióle el pueblo de la pena capital; mas por aquel perjuicio del Estado le multó en 50 talentos. Despues de este juicio, como se le encancerase y pudriese el muslo, falleció Milciades, y su hijo Cimon pagó la multa de su padre.

(1) Herodoto, en este como en algunos otros leves puntos, difiere de Cornelio Nepote, quien pretende que el pretexto de acusacion contra Milciades era el haberse dejado sobornar de los Persas. Del texto de nuestro autor parece deducirse tambien que Milciades se hallaba presente en juicio, lo que expresa más claro Aristides al decir elocuentemente de aquel héroe: «..... no presentando á los jueces otra cosa sino la herida.»

CXXXVII. Hé aquí cómo pasó lo que insinué de la toma de Lemnos de que se apoderó Milciades el hijo de Cimon: Habian sido los Pelasgos expelidos del Alica por los Atenenses, no sabré decidir si con razon ó sin ella; podré referir tan sólo lo que sobre ello se dice, si bien noto que Hecateo, hijo de Egesandro, afirma en su historia que sin razon fueron aquellos arrojados, contando así los hechos: «Viendo los Atenenses, dice, que una campiña suya situada al pié del monte Himeto, que habian cedido á los Pelasgos para que la habitasen en pago y recompensa del muro que estos les habian edificado alrededor de la fortaleza; viendo, pues, bien cultivada aquella campiña, que ántes era muy estéril y de ninguna estima, tuvieron envidia á los Pelasgos, y codiciosos de aquel territorio, sin otro motivo ni razon arrojaron de él á los agricultores.» Pero si creemos lo que dicen los Atenenses, razon les sobraba para echarlos de allí; porque situados los Pelasgos bajo el Himeto, salian desde allí á cometer mil insolencias; pues como acostumbraban las doncellas y los niños tambien de los Atenenses ir por agua al *Ennea crunon* (á las nueve fuentes) por no tener esclavos en aquel tiempo ni los Atenenses ni los demas Griegos, sucedia que al ir ellas por agua, con desvergüenza y desprecio las violentaban los Pelasgos; y no contentos aún con proceder tan indigno, determinaron al cabo apoderarse de Atenas y fueron cogidos con el delito en las manos. Añaden aún los Atenenses, que ellos se portaron mucho mejor de lo que merecian los Pelasgos, porque estando en su mano quitarles justamente la vida como á gente que maquinaba contra el Estado, no quisieron hacerlo, contentos con intimarles la orden de que saliesen de sus dominios. En fuerza de esta orden, salidos de allí, una de las varias tierras que ocuparon fué la isla de Lemnos. En suma, lo primero es lo que dice Hecateo; lo segundo lo que cuentan los Atenenses.

CXXXVIII. Despues que habitaban ya en Lemnos los

mismos Pelasgos, llevados del deseo de venganza contra los de Atenas y bien prácticos é impuestos en qué dias caian las fiestas de los Atenienses, recogidas sus fallucas pasaren al continente y armaron una emboscada en Brauron, donde solian las mujeres atenienses celebrar una fiesta á Diana. Habiendo aprovechado el lance, y robadas muchas de ellas, embarcáronlas consigo para Lemnos y las tuvieron allí por concubinas. Viéndose ya con muchos hijos estas mujeres, iban enseñando la lengua ática y les daban una educacion propia de Atenienses, de donde nacia que los niños se desdeñaban de juntarse con los hijos de los Pelasgos, y si veian que uno de ellos era maltratado de alguno de los otros niños, acudian todos á su defensa y se socorrian mutuamente. Llegó la cosa á tal punto, que los niños de las Aticas pretendian dominar sobre los otros; y en efecto, su partido era el que más podia. Viendo los Pelasgos lo que pasaba, entraron en cuenta consigo, y consultando entre sí, parecióles ser el caso de mucho peso y consideracion. Si estos niños, decian, tienen ya la advertencia de ayudarse contra los hijos de las matronas de primer orden y áun pretenden ser ya los señores que manden, ¿qué no harán salidos de la menor edad? Parecióles con esto que convenia dar muerte á los hijos de las mujeres áticas; y no contentos con esta barbarie, añadieron despues la de matar á sus madres. De este hecho inhumano, como tambien de aquel otro anterior cuando las mujeres quitaron la vida á sus maridos juntamente con Toante (1), se originó el llamar por toda la Grecia maldades lemnias á cualquiera maldad enorme.

(1) Otros creen que en vez de *juntamente* debe leerse en el texto *excepto Toante*, quien segun la tradicion fué librado por su hija Ipsipile del comun exterminio; á no ser que Herodoto siguiese en esta historia otros monumentos más fidedignos.

CXXXIX. Después que los Pelasgos dieron la muerte á sus hijos y mujeres, sucedió que ni la tierra les rendia los frutos de ántes, ni sus mujeres ni sus rebaños eran fecundos, como solian primero. Faligados, pues, del hambre y de aquella esterilidad, enviaron á Delfos para ver cómo librarse de las calamidades en que se hallaban. Mandóles la Pythia que se presentasen á los Atenenses y les diesen la satisfaccion que tuvieran éstos por justa. En efecto, fueron á Atenas los Pelasgos y se ofrecieron de su voluntad á pagar la pena correspondiente á su injuria. Los Atenenses, preparando en su pritáneo unas camas las más ricas que pudieron para recibir á los convidados, y poniendo una mesa llena de todo género de comidas, mandaron á los Pelasgos que les entregasen su país tan ricamente abastecido como lo estaba aquella mesa; á lo que respondieron los Pelasgos:—«Siempre que una nave de vuestro país con el viento Bóreas llegue al nuestro en un día, prontos estaremos para verificar la entrega que pretendéis (1).» Respuesta astuta y capciosa, sabiendo ser imposible la condicion, por estar el Atica hácia el Mediodía más acá de Lemnos.

CXL. Por entónces quedó así el negocio; pero muchísimos años después, cuando el Quersoneso del Helesponto vino á ser de los Atenenses, Milciades, hijo de Cimon, salido de Eleunte, ciudad del Quersoneso, con los vientos Etesias, púsose en Lemnos é intimó á los Pelasgos que dejasen la isla, haciéndoles memoria del oráculo, que ellos estaban léjos de creer que pudiese jamás cumplírseles. Obedecieron entónces los de Efestia; pero los de Mirina (2),

(1) Esta narracion de Herodoto, con la que conviene Cornelio Nepote, aunque tal vez fabulosa, imita no mal el carácter supersticioso y la simplicidad heróica de los antiguos.

(2) Mirina lleva en el día el nombre comun de la isla de Lemnos: Efestia, en la parte septentrional de la isla, se llama Coquino.

que no conocian en qué el Quersoneso fuese lo mismo que el Atica, hicieron resistencia, hasta tanto que, viéndose sitiados se entregaron. Este fué el artificio con que los Atenieses por medio de Milciades se apoderaron de Lemnos.

THE HISTORY OF THE

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

...

...

LÍBRO SÉTIMO.

POLIMNIA.

Muere Darío haciendo contra la Grecia aprestos militares^f que continúa su hijo Jerges; con este objeto hace abrir un canal en el Athos y echar un puente sobre el Helesponto.—Orden de marcha del ejército persa de mar y tierra; su número y aumento; naciones que lo componian, y generales encargados del mando.—Disputa de Jerges con el lacedemonio Demarato acerca del valor y resistencia de los Griegos.—Para revista Jerges á su ejército en Dorisco y se pone en marcha.—Envian los Lacedemonios á Jerges dos heraldos en compensacion de los que ellos habian muerto.—Prepáranse los Atenienses á resistir, á pesar de los infaustos oráculos de Delfos.—Los Argivos se niegan á entrar en la confederacion de los Griegos, y Gelon, tirano de Sicilia, lo rehusa igualmente si no se le da el mando.—Los isleños de Corfú tratan de alucinar con promesas á los embajadores, y los de Creta rehusan tambien entrar en la confederacion.—Abandonan los Griegos la defensa del paso del Olimpo, y se deciden á defender las Termópilas.—Número prodigioso de hombres que componian el ejército persa de mar y tierra.—Tempestad que sufre su escuadra.—Ataque de las Termópilas y muerte de Leonidas con los Espartanos.—Decide Jerges continuar su marcha, y avanza contra la Grecia despreciando los consejos de Demarato.

Quando llegó al rey Darío, hijo de Histaspes, la nueva de la batalla dada en Maraton, hallándole ya altamente prevenido de antemano contra los Atenienses á causa de la sorpresa con que habian entrado en Sardes, acabó entonces de irritarle contra aquellos pueblos, obstinándose más

y más en invadir de nuevo la Grecia. Desde luego, despachando correos á las ciudades de sus dominios á fin de que le aprontasen tropas, exigió á cada una un número mayor del que ántes le habian dado de galeras, caballos, provisiones y barcas de transporte. En la prevencion de estos preparativos se vió agitada por tres años el Asia; y como de todas partes se hiciesen levas de la mejor tropa en atencion á que la guerra habia de ser contra los Griegos, sucedió que al cuarto año de aquellos, los Egipcios ántes conquistados por Cambises se levantaron contra los Persas, motivo que empeñó mucho más á Darío en hacer la guerra á entrambas naciones.

II. Estando ya Darío para partir á las expediciones de Egipto y Atenas, originóse entre sus hijos una gran contienda sobre quién habia de ser nombrado sucesor ó príncipe jurado del imperio, fundándose en una ley de los Persas que ordena que ántes de salir el rey á campaña nombre al príncipe que ha de sucederle. Habia tenido ya Darío ántes de subir al trono tres hijos en la hija de Gobrias, su primera esposa, y despues de coronado tuvo cuatro más en la princesa Atosa, hija de Ciro. El mayor de los tres primeros era Artobazanes, y el mayor de los cuatro últimos era Jerges: no siendo hijos de la misma madre, tenian los dos pretensiones á la corona. Fundaba las suyas Artobazanes en el derecho de primogenitura recibido entre todas las naciones, que daba el imperio al que primero habia nacido: Jerges, por su parte, alegaba ser hijo de Atosa y nieto de Ciro, que habia sido el autor de la libertad é imperio de los Persas.

III. Antes que Darío declarase su voluntad, hallándose en la corte por aquel tiempo Demarato, hijo de Ariston, quien depuesto del trono de Esparta y fugitivo de Lacedemonia se habia refugiado á Susa para su seguridad, luégo que entendió las desavenencias acerca de la sucesion entre los príncipes hijos de Darío, como hombre político fué

á verse con Jerges, y, segun es fama, le dió el consejo de que á las razones de su pretension añadiese la otra de haber nacido de Darío siendo ya éste soberano y teniendo el mando sobre los Persas, miéntras que al nacer Artobazanes Darío no era rey todavía, sino un mero particular; que por tanto, á ningun otro mejor que á él tocaba de derecho y razon el heredar la soberanía. Añádiale Demarato al aviso que alegase usarse así en Esparta, donde si un padre ántes de subir al trono tenía algunos hijos y despues de subido al trono le nacia otro principe, recaía la sucesion á la corona en el que despues naciese. En efecto, valióse Jerges de las razones que Demarato le suministró; y persuadido Darío de la justicia de lo que decia, declaróle por sucesor al imperio; bien es verdad, en mi concepto, que sin la insinuacion de Demarato hubiera recaido la corona en las sienes de Jerges, siendo Atosa la que todo lo podia en el Estado.

IV. Nombrado ya Jerges sucesor del imperio persiano, sólo pensaba Darío en la guerra; pero quiso la fortuna que un año despues de la sublevacion del Egipto, haciendo sus preparativos, le cogiese la muerte, habiendo reinado 36 años, sin que tuviese la satisfaccion de vengarse ni de los Egipcios rebeldes, ni de los Atenienses enemigos.

V. Por la muerte de Darío pasó el cetro á las manos de su hijo Jerges, quien no mostraba al principio de su reinado mucha propension á llevar las armas contra la Grecia, preparando la expedicion solamente contra el Egipto. Hallábase cerca de su persona, y era el que más cabida tenía con él entre todos los Persas, Mardonio, el hijo de Gobrias, primo del mismo Jerges por hijo de una hermana de Darío, quien le habló en estos términos:—«Señor, no parece bien que dejéis sin la correspondiente venganza á los Atenienses, que tanto mal han hecho hasta aquí á los Persas. Muy bien hareis ahora en llevar á cabo la expedicion que teneis entre manos; pero despues de abatir el orgullo

de Egipto que se nos levantó audazmente, sería yo de parecer que movieseis las armas contra Atenas, así para conservar en el mundo la reputacion debida á vuestra corona, como para que en adelante se guarden todos de invadir vuestros dominios.» Este discurso de Mardonio se ordenaba á la venganza, si bien no dejó de concluirlo con la insinuante cláusula de que la Europa era una bellísima region poblada de todo género de árboles frutales, sumamente buena para todo, digna, en una palabra, de no tener otro conquistador ni dueño que el rey.

VI. Así hablaba Mardonio, ya por ser amigo de nuevas empresas, ya por la ambicion que tenía de llegar á ser virrey de la Grecia. Y en efecto, con el tiempo logró su intento, persuadiendo á Jerges á entrar en la empresa; si bien concurrieron otros accidentes que sirvieron mucho para aquella resolucion del persa. Uno de ellos fué el que algunos embajadores de Tesalia, venidos de parte de los Alévadas (1), convidaban al rey á que viniera contra la Grecia, ofreciéndose de su parte á ayudarle y servirle con todo celo y prontitud, lo que podrian ellos hacer siendo reyes de Tesalia. El otro era que los Pisistrátidas venidos á Susa no sólo confirmaban con mucho empeño las razones de los Alévadas, sino que aún añadían algo más de suyo, por tener consigo al célebre Ateniese Onomácrita, que era adivino y al mismo tiempo intérprete de los oráculos de Museo, con quien ántes de refugiarse á Susa habian ellos hecho las paces. Habia sido ántes Onomácrita echado de Atenas por Hiparco, el hijo de Pisistrato, á causa de que Laso Hermionense le habia sorprendido en el acto de ingerir entre los oráculos de Museo uno de cuño propio, acerca de que con el tiempo desaparecerian sumidas en el

(1) Hijos de Alevas, que gobernaban la Tesalia con sujecion á las leyes de la patria, y que la vendieron al Persa llevados de la ambicion y de la avaricia; su familia subsistia aún en Larisa en tiempo de Demóstenes, partidaria de Filipo el Macedonio.

mar las islas circunvecinas á Lemnos; delito por el cual Hiparco desterró á Onomácrita, habiendo sido ántes gran privado suyo. Entónces, pues, habiendo subido con los Pisistrátidas á la corte, siempre que se presentaba á la vista del monarca, delante de quien lo elevaban ellos al cielo con sus elogios, recitaba varios oráculos, y si en alguno veía algo que pronosticase al bárbaro algun tropiezo, pasaba éste en silencio, miéntras que, por el contrario, al oráculo que profetizaba felicidades lo escogía y entresacaba, diciendo ser preciso que el Helesponto llevase un puente hecho por un varon persa, y de un modo semejante iba declarando la expedicion.

VII. Así, pues, él adivinando y los hijos de Pisistrato aconsejando, se ganaban al monarca. Persuadido ya Jerges á la guerra contra Grecia, al segundo año de la muerte de Darío dió principio á la jornada contra los sublevados, á quienes, despues que hubo rendido y puesto en mucha mayor sujecion el Egipto entero de la que tenia en tiempo de Darío, les dió por virey á Aquemenes, hijo de aquél y hermano suyo; y éste es aquel Aquemenes que, hallándose con el mando del Egipto, fué muerto algun tiempo despues por Inario, hijo de Psamético, natural de la Libia.

VIII. Despues de la rendicion del Egipto, cuando Jerges estaba ya para mover el ejército contra Atenas, juntó una asamblea extraordinaria de los grandes de la Persia, á fin de oir sus pareceres y de hablar él mismo lo que tenia resuelto. Reunidos ya todos ellos, díjoles así Jerges:—«Magnates de la Persia, no penseis que intente ahora introducir nuevos usos entre vosotros; sigo únicamente los ya introducidos; pues segun oigo á los avanzados en edad, jamás, desde que el imperio de los Medos vino á nuestras manos, habiendo Ciro despojado de él á Astiages, hemos tenido hasta aquí un dia de sosiego. No parece sino que Dios así lo ordena echando la bendicion á las empresas á que nos aplicamos con empeño y desvelo. No juzgo del

caso referiros ahora ni las hazañas de Ciro, ni las de Cambises, ni las que hizo mi propio padre Darío, ni el fruto de ellas en las naciones que conquistaron. De mí puedo decir que, desde que subí al trono, todo mi desvelo ha sido no quedarme atrás á los que en él me precedieran con tanto honor del imperio; ántes bien, adquirir á los Persas un poder nada inferior al que ellos le alcanzaron. Y fijando la atención en lo presente, hallo que por una parte hemos añadido lustre á la corona conquistando una provincia ni menor ni inferior á las demas, sino mucho más fértil y rica, y por otra hemos vengado las injurias con una entera satisfaccion de la majestad violada. En atención, pues, á esto, he tenido á bien convocaros para daros parte de mis designios actuales. Mi ánimo es, despues de construir un puente sobre el Helesponto, conducir mis ejércitos por la Europa contra la Grecia, resuelto á vengar en los Atenenses las injurias que tienen hechas á los Persas y á nuestro padre. Testigos de vista sois vosotros, cómo Darío iba en derechura al frente de sus tropas contra esos hombres insolentes, si bien tuvo el dolor de morir ántes de poder vengarse de sus agravios. Mas yo no dejaré las armas de la mano, si primero no veo tomada y entregada al fuego la ciudad de Atenas, que tuvo la osadía de anticipar sus hostilidades, las más inicuas, contra mi padre y contra mí. Bien sabeis que ellos, conducidos ántes por Aristágoras el Milesio, aquel esclavo nuestro, llegaron hasta Sardes y pegaron fuego á los bosques sagrados y á los templos; y nadie ignora cómo nos recibieron al desembarcar en sus costas, cuando Datis y Artafernes iban al frente del ejército. Este es el motivo que me precisa á ir contra ellos con mis tropas; y además de esto, cuando me detengo en pensarlo, hallo sumas ventajas en su conquista, tales en realidad que si logramos sujetarles á ellos y á sus vecinos que habitan el país de Pélope el Frigio, no serán ya otros los confines del imperio persiano que los

que dividen en la region del aire el firmamiento del suelo. Desde aquel punto no verá el mismo sol otro imperio confinante con el nuestro, porque yo al frente de mis Persas, y en compañía vuestra, corriendo vencedor por toda la Europa, de todos los Estados de ella haré uno sólo, y este mio; pues á lo que tengo entendido, una vez rotas y allanadas las provincias que llevo dichas, no queda ya Estado, ni ciudad, ni gente alguna capaz de venir á las manos en campo abierto con nuestras tropas. Así lograremos, en fin, poner bajo nuestro dominio, tanto á los que nos tienen ofendidos, como á los que ningun agravio nos han ocasionado. Yo me prometo de vosotros que en la ejecucion de estos mis designios hareis que me dé por bien servido, y que en el tiempo que aplazaré para la concurrencia y reseña del ejército, os esmerareis todos en la puntualidad cumpliendo con vuestro deber. Lo que añado es, que honraré con dones y premios, los más preciosos y honoríficos del Estado, al que se presente de vosotros con la gente mejor ordenada y apercebida. Esto es lo que tengo resuelto que se haga; mas para que nadie diga que me gobierno por mis dictámenes particulares, os doy licencia de deliberar sobre la empresa, diciendo su parecer cualquiera de vosotros que quisiere decirlo.» Con esto dió fin á su discurso.

IX. Despues del rey tomó Mardonio la palabra:—«Señor, dice, vos sois el mejor Persa, no digo de cuantos hubo hasta aquí, sino de cuantos habrá jamás en lo porvenir. Buena prueba nos da de ello ese vuestro discurso en que campean por una parte la elocuencia y la verdad, y por otra triunfan el honor y la gloria del imperio, no pudiendo mirar vos con indiferencia que esos Jonios europeos, gente vil y baja, se burlen de nosotros. Insufrible cosa fuera en verdad que los que hicimos con las armas vasallos nuestros á los Sacas, á los Indios, á los Etfopes, á los Asirios, á tantas otras y tan grandes naciones, no

porque nos hubiesen ofendido en cosa alguna, sino por querer nosotros extender el imperio, dejásemos sin venganza á los Griegos que han sido los primeros en injuriarnos. ¿Por qué motivo temerles? ¿Qué número de tropas pueden juntar? ¿Qué abundancia de dinero recoger? Bien sabemos su modo de combatir; bien sabemos cuán poco ó ninguno es su valor. Hijos suyos son esos que llevamos vencidos; esos que viven en nuestros dominios; esos, digo, que se llaman Jonios, Eolios y Dorios. Yo mismo hice ya la prueba de ellos cuando por orden de vuestro padre conduje contra esos hombres un ejército; lo cierto es que internándome hasta la Macedonia y faltándome ya poco para llegar á la misma Atenas, nadie se me presentó en campo de batalla. Oigo decir de los Griegos, que son en la guerra la gente del mundo más falta de consejo, así por la impericia, como por su cortedad. Decláranse la guerra unos á otros, salen á campaña, y para darse la batalla escogen la llanura más hermosa y despejada que pueden encontrar, de donde no salen sin gran pérdida los mismos vencedores, pues de los vencidos no es menester que hable yo palabra, siendo sabido que quedan aniquilados. ¿Cuánto mejor les fuera, hablando todos la misma lengua, componer sus diferencias por medio de heraldos y mensajeros y venir ántes á cualquier convencion, que no dar la batalla? Y en caso de llegar á declararse la guerra por precision, les convendria ver por dónde unos y otros estarían más á cubierto de los tiros del enemigo y acometer por aquel lado. Repito que por este pésimo modo de guerrear, no hubo pueblo alguno griego, cuando penetré hasta la Macedonia, que se atreviese á entrar conmigo en batalla. Y contra vos, señor, ¿quién habrá de ellos que armado os salga al encuentro, cuando os vean venir con todas las fuerzas del Asia por tierra y con todas las naves por agua? No, señor; no ha de llegar á tanto, si no me engaño, el atrevimiento de los Griegos. Pero demos que me

engañe en mi opinion, y que faltos ellos de juicio y llenos de su loca presuncion no rehusen la batalla: peleen en mal hora, y aprendan en su ruina que no hay 'sobre la tierra tropa mejor que la persiana. Menester es hacer prueba de todo, si todo queremos conseguirlo. Las conveniencias no entran por sí mismas en casa de los mortales: premio suelen ser de los que todo lo experimentan.» Calló Mardonio, habiendo adulado y hablado así al paladar de Jerges.

X. Callaban despues los demas Persas, sin que nadie osase proferir un sentimiento contrario al parecer propuesto, cuando Artabano, hijo de Histaspes y tio paterno de Jerges, fiado en este vínculo tan estrecho, habló en los siguientes términos:—«Señor, en una consulta en que no se propongan dictámenes varios y áun entre sí opuestos, no queda al arbitrio medio de elegir el mejor, sino que es preciso seguir el único que se dió; sólo queda lugar á la eleccion cuando son diversos los pareceres. Sucede en esto lo que en el oro: si una pieza se mira de por sí, no acertamos á decir si es oro puro; pero si la miramos al lado de otra del mismo metal, decidimos luégo cuál es el más fino. Bien presente tengo lo que dije á Darío, vuestro padre y hermano mio, que no convenia hacer la guerra á los Escitas, hombres que no tienen morada fija ni ciudad edificada. Mi buen hermano, muy confiado en que iba á domar á los Escitas nómadas, no siguió mi consejo; y lo que sacó de la jornada fué volver atrás, despues de perdida mucha y buena tropa de la que llevaba. Vos, señor, vais á emprender ahora la guerra contra unos hombres que en valor son muy otros que los Escitas, y que por mar y por tierra se dice no tener otros que les igualen. Debo deciros, á fuer de quien soy, lo que puede temerse de su bravura. Decis que, construido un puente sobre el Helesponto, quereis conducir el ejército por la Europa hácia la Grecia; pero reflexionad, señor, que pues los Griegos tienen fama de valientes, pudiera suceder fuésemos por ellos derrotados,

ó bien por mar, ó bien por tierra, ó bien por entrambas partes. No lo digo de ligero, que bien nos lo da á conocer la esperiencia; pues que solos los Atenienses derrotaron un ejército tan numeroso como el que conducido por Datis y Artafernes entró en el Atica. Peligra, pues, que no tengamos éxito ni por tierra ni por mar. Y ¿cuál no sería nuestra fatalidad, señor, si acometiéndonos con sus galeras y victoriosos en una batalla naval se fuesen al Helesponto y allí nos cortasen el puente? Este peligro, ni yo lo imagino sin razon, ni lo finjo en mi fantasia, sino que este es el caso en que por poco no nos vimos perdidos cuando vuestro padre, hecho un puente sobre el Bósforo Tracio y otro sobre el Danubio, pasó el ejército contra los Escitas. Entonces fué cuando ellos no perdonaron diligencia alguna, empeñándose con los Jonios, á cuya custodia se habia confiado el puente del Danubio, para que se nos cortase el paso con deshacerlo. Y en efecto, si Histieo, señor de Mileto, siguiera el parecer de los otros, ó no se opusiera á todos con el suyo, allí se acabara el imperio de los Persas. Y ¿quién no se horroriza sólo de oír que la salud de toda la monarquía llegó á depender de la voluntad y arbitrio de un hombre sólo? No querais, pues, ahora, ya que no os fuerza á ello necesidad alguna, poner en consulta si será del caso arriesgarnos á un peligro tan grande como este. Mejor hareis en seguir mi parecer, que es el de despachar ahora, sin tomar ningun acuerdo, este congreso; y despues, cuando á vos os pareciere, echando bien la cuenta á vuestras solas, podreis mandarnos aquello que mejor os cuadre. No hallo cosa más recomendable que una resolucion bien deliberada, la cual, áun cuando experimente alguna contrariedad no por eso deja de ser sana y buena igualmente; síguese tan sólo que pudo más la fortuna que la razon. Pero si ayuda la fortuna al que tomó una resolucion imprudente, lo que logra éste es dar con un buen hallazgo, sin que deje por ello de ser verdad que

fué mala su resolución. ¿No echais de ver, por otra parte, cómo fulmina Dios contra los brutos descomunales á quienes no deja ensoberbecer, y de los pequeños no pasa cuidado? ¿No echais de ver tampoco cómo lanza sus rayos contra las grandes fábricas y elevados árboles? Ello es que suele y se complace Dios en abatir lo encumbrado; y á este modo suele quedar deshecho un grande ejército por otro pequeño, siempre que ofendido Dios y mirándolo de mal ojo, le infunde miedo ó trueno sobre su cabeza; accidentes todos que vienen á dar con él miserablemente en el suelo. No permite Dios que nadie se encumbre en su competencia: él sólo es grande de suyo; él sólo quiere parecerlo. Vuelvo al punto y repito que una consulta precipitada lleva consigo el desacierto, del cual suelen nacer grandes males, y que al revés un consejo cuerdo y maduro contiene mil provechos, los cuales por más que desde luego no salten á los ojos, los toca despues uno con las manós á su tiempo. Este es, señor, en resolución mi consejo. Pero tú, Mardonio mio, buen hijo de Gobrias, créeme y déjate ya de desatinar contra los Griegos; que no merecen que los trates con tanto desprecio. Tú con esas calumnias y patrañas incitas al rey á la expedicion, y todo tu empeño, á lo que parece, está en que se verifique. Esto no va bien; ningun medio más indigno que el de la calumnia en que dos son los injuriadores y uno el injuriado: injuriador es el que la trama, porque acusa al que no está presente; injuriador asimismo el que le da crédito ántes de tenerla bien averiguada. El acusado en ausencia, ese es el injuriado, así por el que le delata reo, como por el que le cree convicto sobre la fe del enemigo. ¿Para qué más razones? Hagamos aquí una propuesta, si tan indispensable se nos pinta la guerra contra esos hombres. Pidamos al rey que se quiera quedar en palacio entre los Persas. Escoge tú las tropas persianas que quieras, y con un ejército cuan grande le escojas, haz la expedicion que pretendes.

Aquí están mis hijos, ofrece tú los tuyos, y hagamos la siguiente apuesta: si fuere el que pretendes el éxito de la jornada, convengo en que mates á mis hijos y á mí despues de ellos; pero si fuere el que yo pronostico, obligate tú á que los tuyos pasen por lo mismo, y con ellos tú tambien si vuelves vivo de la expedicion. Si no quisieres aceptar el partido y de todas maneras salieres con tu pretension de conducir las tropas contra la Grecia, desde ahora para entónces digo que alguno de los que por acá quedaren oirá contar de tí, oh Mardonio, que despues de una gran derrota de los Persas nacida de tu ambicion, has sido arrastrado y comido de los perros y aves de rapiña, ó en algun campo de los Atenienses, ó cuando no, de los Lacedemonios, si no es que ántes de llegar allá te salga la muerte al camino, para que aprendas por el hecho contra qué hombrés aconsejas al rey que haga la guerra.»

XI. Irritado allí Jerges y lleno de cólera:—«Artabano, le responde, válgate el ser hermano de mi padre; este respeto hará que no lleves tu merecido por ese tu parecer necio é injurioso; si bien desde ahora te hago la gracia ignominiosa de que por cobarde y fementido no me sigas en la jornada que voy á emprender yo contra la Grecia, ántes te quedas acá de asiento en compañía de las mujeres, que yo sin la tuya daré fin á la empresa que llevo dicha. Renegara yo de mí mismo y me corriera de ser quien soy, hijo de Dario y descendiente de mis abuelos Histaspes, Arsamenes, Armnes, Telspis y Aquemenes, si no pudiera vengarme á ellos y á mí de los Atenienses; y tanto más por ver bien claro que si los dejamos en paz nosotros los Persas, no dejarán ellos vivir á los Persas en paz, sino que bien pronto nos invadirán nuestros Estados, segun nos podemos prometer de sus primeros insultos, cuando moviendo sus armas contra el Asia nos incendiaron á Sardes. En suma, ni ellos ni nosotros podemos ya volver atrás del empeño que nos obliga ó á la ofensa ó á la defensa,

hasta que ó pase á los Griegos nuestro imperio, ó caigan bajo nuestro imperio los Griegos: el odio mutuo no admite ya conciliacion alguna. Pide, pues, nuestra reputacion que nosotros, ántes ofendidos, no dilatemos la venganza, sino que nos adelantemos á ver cuál es la bravura con que nos amenazan, acometiendo con nuestras tropas á unos hombres á quienes Pélope el Frigio, vasallo de nuestros antepasados, de tal manera domó, que hasta hoy dia, no sólo los moradores del país, sino áun el país domado, llevan el nombre del domador.» Así habló Jerges.

XII. Vino despues la noche y halló á Jerges inquieto y desazonado por el parecer de Artabano, y consultando con ella sobre el asunto, absolutamente se persuadia de que en buena politica no debia dirigirse contra la Grecia. En este pensamiento y contraria resolucion le cogió el sueño, en que, segun refieren los Persas, tuvo aquella noche la siguiente vision: Pareciale á Jerges que un varon alto y bien parecido se le acercaba y le decia:—«Conque, Persa, ¿nada hay ya de lo concertado? ¿No harás ya la expedicion contra la Grecia despues de la orden dada á los Persas de juntar un ejército? Sábeta, pues, que ni obras bien en mudar de parecer, ni yo te lo apruebo. Déjate de eso y no vaciles en seguir rectamente el camino como de dia lo habias resuelto.»

XIII. Luégo que amaneció otro dia, sin hacer caso ninguno de su sueño, llamó á junta á los mismos Persas que ántes habia convocado, y les habló en estos términos:—«Os pido, Persas mios, que disimuleis conmigo si tan presto me veis mudar de parecer. Confieso que no he llegado aún á lo sumo de la prudencia, y os hago saber que no me dejan un punto los que me aconsejan lo que ayer propuse. Lo mismo fué oír el parecer de Artabano que sentir en mis venas un ardor juvenil que me hizo prorumpir en expresiones insolentes, que contra un varon anciano no debia yo proferir. Reconozco ahora mi falta, y en prueba de

«ello sigo su parecer. Así que estaos quietos, que yo revoco la orden de hacer la guerra á la Grecia.» Los Persas, llenos de gozo al oír esto, le hicieron una profunda reverencia.

XIV. Otra vez en la noche próxima aconteció á Jerges en cama aquel mismo sueño, hablándole en estos términos:—«Vos, hijo de Darío, parece que habeis retirado ya la orden dada para la jornada de los Persas, no contando más con mis palabras que si nadie os las hubiera dicho. Pues ahora os aseguro, y de ello no dudeis, que si luégo no empredeis la expedicion, os va á suceder en castigo que tan en breve como habeis llegado á ser un grande y poderoso soberano, vendreis á parar en hombre humilde y despreciable.»

XV. Confuso y aturdido Jerges con la vision, salta al punto de la cama y envia un recado á Artabano llamándole á toda prisa, á quien luégo de llegado habló en esta forma:—«Visto has, Artabano, cómo yo, aunque llevado de un ímpetu repentino hubiese correspondido á un buen consejo con un ultraje temerario y necio, no dejé pasar con todo mucho tiempo sin que arrepentido te diera la debida satisfaccion, resuelto á seguir tu aviso y parecer. ¿Crearás ahora lo que voy á decirte? Quiero y no puedo darte gusto en ello. ¡Cosa singular! despues de mudar de opinion, estando ya resuelto á todo lo contrario, vínome un sueño que de ningun modo aprobaba mi última resolucion; y lo peor es que entre iras y amenazas acaba de desaparecer ahora mismo. Atiende á lo que he pensado: si Dios es realmente el que tal sueño envia poniendo todo su gusto y conato en que se haga la jornada contra la Grecia, te acometerá sin falta el mismo sueño ordenándote lo que á mí. Esto lo podremos probar del modo que he discurrido: toma tú todo mi aparato real, vistete de soberano, sube así y siéntate en mi trono, y despues vete á dormir en mi lecho.»

XVI. A estas palabras que acababa Jerges de decir, no

se mostraba al principio obediente Artabano, teniéndose por indigno de ocupar el real solio; pero viéndose al fin obligado, hizo lo que se le mandaba, despues de haber hablado así:—«El mismo aprecio, señor, se merece para mí el que por sí sabe pensar bien, y el que quiere gobernarse por un buen pensamiento ajeno, cuyas dos prendas de prudencia y docilidad las veo en vuestra persona; pero siento que la cabida y el valimiento de ciertos sujetos depravados os desvien del acierto. Sucédeos lo que al mar, uno de los elementos más útiles al hombre, al cual suele agitar de modo la furia de los vientos, á lo que dicen, que no le dan lugar á que use de su bondad natural para con todos. Por lo que á mí toca, no tuve tanta pena de ver que me trataseis mal de palabra, como de entender vuestro modo de pensar, pues siendo dos los pareceres propuestos en la junta de los Persas, uno que inflamaba la soberbia y violencia del imperio persiano, el otro que la reprimia con decir que era cosa perjudicial acostumar el ánimo á la codicia y ambicion perpétua de nuevas conquistas, os declarábais á favor de aquel parecer que de los dos era el más expuesto y peligroso, tanto para vos, como para el Estado de los Persas. Sobre lo que añadís que despues de haber mejorado de resolucion no queriendo ya enviar las tropas contra la Grecia, os ha venido un sueño de parte de algun dios que no os permite desarmar á los Persas enviándoles á sus casas, dadme licencia, hijo mio, para deciros la verdad, que esto de soñar no es cosa del otro mundo. ¿Quereis que yo, que en tantos años os aventajo, os diga en qué consisten esos sueños que van y vienen para la gente dormida? Sabed que las especies de lo que uno piensa entre dia esas son las que de noche comunmente nos van rodando por la cabeza. Y nosotros cabalmente el día ántes no hicimos más que hablar y tratar de dicha expedicion. Pero si no es ese sueño como digo, sino que anda en él la mano de alguno de los dioses, ha-

beis dado vos en el blanco, y no hay más que decir; del mismo modo se me presentará á mí que á vos con esa su pretension. Verdad es que no veo por qué deba venir á visitarme si me visto yo vuestro vestido, y no si me estoy con el mio; que venga si me echo á dormir en vuestra cama, y no si en la mia, una vez que absolutamente quiera hacerme la visita; que al cabo no ha de ser tan lerdo y grosero ese tal, sea quien se fuere el que se os dejó ver entre sueños, que por verme á mí con vuestros paños se engañe y me tome por otro. Pero si de mí no hiciere caso, no se dignará venirme á visitar, ora vista yo vuestras ropas, ora las mias, sino que guardará para vos su visita. Mas bien presto lo sabremos todo; hasta yo mismo llegaré á creer que procede de arriba ese sueño si continuase á menudo sus apariciones. Al cabo estamos, si vos así lo teneis resuelto y no hay lugar para otra cosa; aquí estoy, señor; voyme luégo á dormir en vuestra misma cama; veamos si con esto soñaré á lo regio, que sola esta esperanza pudiera inducirme á daros gusto en ello.»

XVII. Pensando Artabano hacer ver á Jerges que nada habia en aquello de realidad, despues de este discurso, hizo lo que se le decia. Vistióse, en efecto, con el aparato de Jerges, sentóse en el trono real, de allí se fué á la cama, y he aquí que el mismo sueño que habia acometido á Jerges carga sobre Artabano, y plantado allí, le dice:—«¿Conque tú eres el que con capa de tutor detienes á Jerges para que no mueva las armas contra la Grecia? ¡Infeliz de mí! que ni ahora ni despues te alabarás de haber querido estorbar lo que es preciso que se haga. Bien sabe Jerges lo que le espera si no quisiere obedecer.»

XVIII. Así le pareció á Artabano que le amenazaba el sueño y que en seguida con unos hierros encendidos iba á herirle en los ojos. Da luégo un fuerte grito, salta de la cama, y váse corriendo á sentar al lado de Jerges, le cuenta el sueño que aca de ver, y añádele despues:—«Yo, se-

ñor, como hombre experimentado, teniendo bien presente que muchas veces el que ménos puede triunfa de un enemigo superior, no era de parecer que os dejaseis llevar del ardor impetuoso de la juventud, sabiendo cuán perniciosos son en un príncipe el espíritu y los pujos de conquistador, acordándome, por una parte, del infeliz éxito de la expedición de Ciro contra los Masagetas; y también, por otra, la que hizo Cambises contra los Etiopes, y habiendo sido yo mismo testigo y compañero de la de Darío contra los Escitas. Gobernado por estas máximas, estaba persuadido de que vos en un gobierno pacífico ibais á ser de todos celebrado por el príncipe más feliz. Pero viendo ahora que anda en ello la mano de Dios, que quiere hacer algun ejemplar castigo ya decretado contra los Griegos, varío yo mismo de opinion y sigo vuestro modo de pensar. Bien hareis, pues, en dar cuenta á los Persas de estos avisos que Dios os da, mandándoles que estén á las primeras órdenes tocantes al aparato de la guerra: procurad que nada falte por vuestra parte con el apoyo del cielo.» Pasados estos discursos y atónitos y suspensos los ánimos de entrambos con la vision, apénas amaneció dió Jerges cuenta de todo á los Persas, y Artabano que habia sido ántes el único que retardaba la empresa, entónces en presencia de todos la apresuraba.

XIX. Empeñado ya Jergés en aquella jornada, tuvo entre sueños una tercera vision, de la cual informados los magos resolvieron que comprendia aquella á la tierra entera, de suerte que todas las naciones deberian caer bajo el dominio de Jerges. Era esta la vision: soñábase Jerges coronado con un tallo de olivo, del cual salian unas ramas que se extendian por toda la tierra, si bien despues se le desaparecia la corona que le ceñia la cabeza. Despues que los magos y los Persas congregados aprobaron la interpretacion del sueño, partió cada uno de los gobernadores á su respectiva provincia, donde se esmeró cada cual con

todo conato en la ejecucion de los preparativos, procurando alcanzar los dones y premios propuestos.

XX. Jerges por su parte hizo tales levás y reclutas para dicha jornada, que no dejó rincón en todo su continente que no escudriñase; pues por espacio de cuatro años enteros, contando desde la toma del Egipto, se estuvo ocupando en prevenir la armada y todo lo necesario para las tropas. En el discurso del año quinto, emprendió sus marchas llevando un ejército numerosísimo, porque de cuantas armadas se tiene noticia, aquella fué sin comparación la que excedió á todas en número. De suerte que en su coitejo en nada debe tenerse la armada de Darío contra los Escitas; en nada aquella de los Escitas, cuando persiguiendo á los Cimerios y dejándose caer sobre la region de la Media, subyugaron á casi toda el Asia superior dueños de su imperio, cuyas injurias fueron las que despues pretendió vengar Darío; en nada la que tanto se celebra de los Atridas contra Ilión; en nada, finalmente, la de los Misios y Teucros, anterior á la guerra troyana, quienes despues de pasar por el Bósforo, á la Europa, conquistados los Tracios, todos bajaron victoriosos hasta el seno Jonio, y llevaron las armas hasta el río Penco (1), que corre hácia el Mediodía.

XXI. Todas estas expediciones juntas, añadidas áun las que fuera de estas se hicieron en todo el mundo, no son dignas de compararse con aquella sola. Porque ¿qué nación del Asia no llevó Jerges contra la Grecia? ¿Qué corriente no agotó aquel ejército, si se exceptúan los más famosos ríos? Unas naciones concurrían con sus galeras, otras venían alistadas en la infantería, otras añadían su caballería á los peones, á estas se les ordenaba que para el transporte de los caballos prestasen sus navíos á las que juntamente militaban, á aquellas que aprontasen barcas largas

(1) Río de la Elida en el Peloponeso, llamado Igiaco al presente.

para la construcción de los puentes, á estas otras que diesen viveres y bastimentos para su conducción. Y por cuanto habian padecido los Persas años atrás un gran naufragio al ir á doblar el cabo de Atos, empezóse además, cosa de tres años ántes de la presente expedición, á disponer el paso por dicho monte, practicándose del siguiente modo: tenían sus galeras en Eleunte, ciudad del Quersoneso, y desde allí hacían venir soldados de todas naciones, y les obligaban con el látigo en la mano á que abriesen un canal; los unos sucedían á los otros en los trabajos, y los pueblos vecinos al monte Atos entraban también á la parte de la fatiga. Los jefes de las obras eran dos persas principales, el uno Bubarés, hijo de Megabazo, y el otro Artaquees, hijo de Arteo.

XXII. Es el Atos un gran monte y famoso promotorio que se avanza dentro del mar, todo bien poblado y formando una especie de península, cuyo istmo donde termina el monte unido con el continente viene á ser de 12 estadios. Este istmo es una llanura con algunos no muy altos cerros, que se extiende desde el mar de los Acantios hasta el mar opuesto de Torona (1), y allí mismo donde termina el monte Atos se halla Sana, ciudad griega. Las ciudades mas acá de Sana que están situadas en lo interior del Atos, y que los Persas pretendían hacer isleñas en vez de ciudades de tierra firme, son Dio, Olofizo, Acrotoon, Tiso, Cleonas, ciudades todas contenidas en el recinto del Atos.

XXIII. El órden y modo de la excavación era en esta forma: repartieron los bárbaros el terreno por naciones, habiéndole medido con un cordel tirado por cerca de la ciudad de Sana. Cuando la fosa abierta era ya profunda,

(1) Acanto es al presente Eriso, y Torona Castelrampo, por donde puede conocerse la situación de Sana, colonia de los Andrios, separada de tierra firme por un canal: de las demas poblaciones, todas quizá derruidas, se ignora el nombre moderno.

unos en la parte inferior continuaban cavando, otros colocados en escaleras recibían la tierra que se iba sacando, pasándola de mano en mano hasta llegar á los que estaban más arriba de entrambos, quienes la iban derramando y extendiendo. Así que todas las naciones que turnaban en el trabajo, excepto sólo los Fenicios, tenían doble fatiga, nacida de que la fosa en sus márgenes se cortaba á nivel; porque siendo igual la medida y anchura de ella en la parte de arriba á la de abajo, les era forzoso que el trabajo se duplicase. Pero los Fenicios, así en otras obras como principalmente en la de este canal, mostraron su ingenio y habilidad; pues habiéndoles cabido en suerte su porción, abrieron el canal en la parte superior, de una anchura dos veces mayor de la que debía tener la excavación; pero al paso que ahondaban en ella, iba estrechando, de suerte que al llegar al suelo era su obra igual á la de los otros (1). Allí cerca había un prado en donde tenían todos su plaza y mercado: les venía también del Asia abundancia de trigo molido.

XXIV. Cuando me paró á pensar en este canal, hallo que Jerges lo mandó abrir para hacer alarde y ostentación de su grandeza, queriendo manifestar su poder y dejar de él un monumento; pues pudiendo sus gentes á costa de poco trabajo trasportar sus naves por encima del istmo, mandó con todo abrir aquella fosa que comunicase con el mar, de anchura tal que por ella al par navegaban á remo dos galeras. A estos mismos que tenían á su cuenta el abrir el canal, se les mandó hacer un puente sobre el río Estrimon.

XXV. Al tiempo que se ejecutaban estas obras como mandaba, ibanse aprontando los materiales y cordajes de

(1) Es patente que este modo de cavar ahorra la fatiga de las escalas, y podía continuarse siempre pasando la tierra de mano en mano, llenando con la recién extraída del suelo la mayor abertura de la boca hecha al principio.

biblo y de lino blanco para la construcción de los puentes. De ello estaban encargados los Fenicios y Egipcios, como también de conducir bastimentos y viveres al ejército, para que las tropas y también los bagajes que iban á la Grecia no pereciesen de hambre. Informado, pues, Jerges de aquellos países, mandó que se llevasen los viveres á los lugares más oportunos, haciendo que de toda el Asia saliesen urcas y naves de carga, cuáles en una, cuáles en otra dirección. Y si bien es verdad que el almacén principal se hacía en la Tracia en la que llaman *Leuca Acta* (1) (blanca playa), con todo tenían otros órden de conducir los bastimentos á Tirodiza de los Perintios, otros á Dorisco, otros á Eyona sobre el Estrimon, otros á Macedonia.

XXVI. En tanto que estos se aplicaban á sus respectivas tareas, Jerges, al frente de todo su ejército de tierra, habiendo salido de Crítalos, lugar de la Capadocia, donde se había dado la órden de que se juntasen todas las tropas del continente que habían de ir en compañía del rey, marchaba hácia Sardes. Allí en la reseña del ejército no puedo decir cuál de los generales mereció los dones del rey en premio de haber presentado la mejor y más bien arreglada milicia, ni áun sé si entraron en esta competencia los generales. Después de pasar el río Halis continuaba el ejército sus marchas por la Frigia, hasta llegar á Celenas (2), de donde brotan las fuentes del río Meandro, y de otro río no inferior que lleva el nombre de Catarractas, el cual, nacido en la plaza misma de Celenas, va á unirse con el Meandro. En aquella plaza y ciudad se ve colgada en forma de odre la piel de Marsias, quien, según cuentan los Frigios, fué desollado por Apolo, que colgó después allí su pellejo.

(1) Lugar vecino al Istmo del Quersoneso. *Tirodiza* estaba en las costas de Heraclea. Dorisco se llamaba una llanura de Tracia con un fuerte sobre el Hebro.

(2) Sobre las ruinas de esta ciudad creció la famosa Apamea ó Cíbotos, hoy día Apamiz.

XXVII. Hubo en esta ciudad un vecino llamado Pitio (1), hijo de Atis, de nacion Lydio, quien dió un convite espléndido á toda la armada del rey y al mismo Jerges en persona, ofreciéndose á más de esto á darle dinero para los gastos de la guerra. Oida esta oferta de Pitio, informóse Jerges de los Persas que estaban allí presentes sobre quién era Pitio, y cuántos eran sus haberes, que se atreviese á hacerle tal promesa.—«Señor, le respondieron, este es el que regaló á vuestro padre Darío un plátano y una vid de oro, hombre en efecto que sólo á vos cede en bienes y riqueza, ni conocemos otro que le iguale.»

XXVIII. Admirado de esto último que acababa Jerges de oír, preguntó él mismo á Pitio cuánto vendria á ser su caudal.—«Señor, le responde Pitio, os hablaré con toda ingenuidad sin ocultaros cosa alguna, y sin excusarme con decir que yo mismo no sé bien lo que tengo sabiéndolo con toda puntualidad. Y lo sé, porque al punto que llegó á mí noticia que os disponiais á bajar hácia las costas del mar de la Grecia, queriendo yo haceros un donativo para los gastos de la guerra, saqué mis cuentas, y hallé que tenía 2.000 talentos en plata, y en oro 4 millones, ménos 7.000 de stateres dáricos, cuya suma está toda á vuestra disposicion; que para mi subsistencia me sobra con lo que me reeditúan mis posesiones y esclavos.»

XXIV. Así se explicó Pitio, y muy gustoso y complacido Jerges con aquella respuesta,—«Amigo Lydio, le dice, despues que partí de la Persia, no he hallado hasta aquí ni quien diera el refrigerio que tú á todo mi ejército, ni quien se me presentara con esa bizarría, ofreciéndose á contribuir con sus donativos á los gastos de la guerra. Tú sólo has sido el vasallo generoso que despues de ese

(1) Este, á quien otros llaman Pites ó Piteas, fué un insigne minero. Ni fué éste sólo en ofrecer un refresco á todo el ejército persiano, pues lo mismo hizo cierto Lisitides, segun cuenta Diodoro de Sicilia.

magnífico obsequio que has hecho á mis tropas te me has ofrecido con tus copiosos haberes. Ahora, pues, en atención á esos tus beneficios, te hago la gracia de tenerte por amigo y huésped, y despues quiero suplirte de mi erario lo que te falta para los 4 millones cabales de stateres, pues no quiero la mengua de 7.000 stateres en esa suma que por mi parte ha de quedar entera y completa. Mi gusto mayor es que goces de lo que has allegado, y procura portarte siempre como ahora, que esa tu conducta no te estará sino muy bien, ahora y despues.»

XXX. Habiendo así hablado y cumplido su promesa, continuó su viaje. Pasado que hubo por una ciudad de los Frigios llamada Anaya, y por cierta laguna de donde se extrae sal, llegó á Colosas (1), ciudad populosa de la Frigia, donde desaparece el rio Lico metido por unos conductos subterráneos, y salido de allí á cosa de cinco estadios, corre tambien á confundirse con el Meandro. Moviendo el ejército desde Colosas hácia los confines de la Frigia y de la Lydia, llegó á la ciudad de Cidrara, en donde se ve clavada una columna mandada levantar por Creso, en que hay una inscripcion que declara dichos confines.

XXXI. Luego que dejando la Frigia entró el ejército por la Lydia, dió con una encrucijada donde el camino se divide en dos, el uno á mano izquierda lleva hácia la Caria, el otro á mano derecha tira hácia Sardes, siguiendo el cual es forzoso pasar el rio Meandro y tocar en la ciudad de Calatebo, donde hay unos hombres que tienen por oficio hacer miel artificial sacada del tamariz y del trigo. Llegando Jerges este camino, halló un plátano tan lindo, que prendado de su belleza, le regaló un collar de oro, y le señaló para cuidar de él á uno de los guardias que llamaban los Inmortales; y al dia siguiente llegó á la capital de la Lydia.

(1) Colosas al presente Cone, á cuya iglesia escribió San Pablo la carta *ad Colossenses*.

XXXII. Lo primero que hizo Jerges llegado á Sardes fué destinar embajadores á la Grecia, encargados de pedir que le reconociesen por soberano con la fórmula de pedirles *la tierra y el agua* y con la orden de que preparasen la cena al rey, cuyos embajadores envió Jerges á todas las ciudades de la Grecia ménos á Atenas y Lacedemonia. El motivo que tuvo para enviarles fué la esperanza de que atemorizados aquellos que no se habian ántes entregado á Darío cuando les pidió la tierra y el agua, se le entregarían entónces; y para salir de esta duda volvió á repetir las embajadas.

XXXIII. Despues de estas prévias diligencias, disponíase Jerges á mover sus tropas hácia Abidos, miéntras que los encargados del puente sobre el Helesponto lo estaban fabricando desde el Asia á la Europa. Corresponde enfrente de Abidos, en el Quersoneso del Helesponto entre las ciudades de Sesto y Madito (1), una playa ú orilla áspera y quebrada confinante con el mar. Allí fué donde no mucho tiempo despues, siendo general de los Atenienses Jantippo, hijo de Arisfron, habiendo hecho prisionero al persa Artaites, gobernador de Sesto, le hizo empalar vivo, así por varios delitos, como porque llevando algunas mujeres al templo de Protesilao, que está en Eleunte, profanaba con ellas aquel santuario.

XXXIV. Empezando, pues, desde Abidos los ingenieros encargados del puente, ibanle fermano con sus barcas, las que por una parte aseguraban los Fenicios con cordaje de lino blanco, y por otra los Egipcios con cordaje de biblo. La distancia de Abidos á la ribera contraria es de siete estadios. Lo que sucedió fué que unidas ya las barcas se levantó una tempestad, que rompiendo todas las maromas deshizo el puente.

(1) Abidos es actualmente uno de los Dardanelos llamado castillo viejo de Netolia; y Sesto, el otro llamado castillo viejo de Romelia. Madito al presente Maitos.

XXXV. Llenó de enojo esta noticia el ánimo de Jerges, quien irritado mandó dar al Helesponto treseientos azotes de buena mano, y arrojar al fondo de él, al mismo tiempo, un par de grillos. Aun tengo oído más sobre ello, que envió allá unos verdugos para que marcasen al Helesponto (1). Lo cierto es que ordenó que al tiempo de azotarle le cargasen de baldones y oprobios bárbaros é impíos, diciéndole:—«Agua amarga, este castigo te da el Señor porque te has atrevido contra él, sin haber ántes recibido de su parte la menor injuria. Entiéndelo bien, y brama por ello; que el rey Jerges, quieras ó no quieras, pasará ahora sobre tí. Con razon veo que nadie te hace sacrificios, pues eres un rio pérfido y salado.» Tal castigo mandó ejecutar contra el mar; mas lo peor fué que hizo cortar las cabezas á los oficiales encargados del puente sobre el Helesponto.

XXXVI. Y esta fué la paga que se dió á aquellos ingenieros á quienes se habia confiado la negra honra de construir el puente: otros arquitectos fueron señalados, los que lo dispusieron en esta forma: iban ordenando sus *penteconteros* y tambien sus galeras vecinas entre sí, haciendo de ellas dos lineas: la que estaba del lado del Ponto Euxino se componia de 360 naves, la otra opuesta del lado Helesponto, de 314; aquella las tenia puestas de travesía, ésta las tenia segun la corriente, para que las cuerdas que las ataban se apretasen con la agitacion y fluctuacion. Ordenados así los barcos, afirmábanlos con áncoras de un tamaño mayor, las unas del lado del Ponto Euxino para resistir á los vientos que soplaran de la parte interior del mismo; las otras del lado de Poniente y del mar Egeo para resistir al Euro y al Noto. Dejaron entre los *penteconteros* y galeras paso abierto en tres lugares para que por él pudiera navegar el que quisiera con barcas pequeñas hácia

(1) Muchos modernos son de opinion que todo este castigo es una de las infinitas fábulas de los Griegos.

el Ponto, y del Ponto hacía fuera. Hecho esto, con unos cabrestantes desde la orilla iban tirando los cables que unian las naves, pero no como ántes, cada especie de maromas por sí y por lados diferentes, sino que á cada línea de las naves aplicaban dos cuerdas de lino adobado y cuatro de biblo. Lo recio de ellas venía en todas á ser lo mismo á la vista, si bien por buena razon debian de ser más robustas las de lino, de las cuales pesaba cada codo un talento. Una vez cerrado el paso con las naves unidas, aserrando unos grandes tablones, hechos á la medida de la anchura del puente, ibanlos ajustando sobre las maromastendidas y apretadas encima de las barcas: ordenados así los tablones, trabáronlos otra vez por encima, y hecho esto, los cubrieron de fagina y encima acarrearón tierra. Tiraron despues un parapeto por uno y otro lado del puente, para que no se espantaran las acémilas y caballos viendo el mar debajo.

XXXVII. Despues de haber dado fin á la maniobra de los puentes, y de llegar al rey el aviso de que estaban hechas todas las obras en el monte Atos, acabada ya la fosa y levantados unos diques á una y otra extremidad de ella, para que cerrado el paso á la avenida del mar, impidieran que se llenasen las bocas del canal, entónces, al empezar la primavera, bien provisto todo el ejército partió de Sardes, en donde habia invernado, marchando para Abidos. Al partir la hueste, el sol mismo, dejando en el cielo su asiento, desapareció de la vista de los mortales, sin que se viera nube alguna en la region del aire, por entónces serenísima, de suerte que el dia se convirtió en noche. Jerges que lo vió y reparó en ello, entró en gran cuidado y suspension, y preguntó á sus magos qué significaba aquel portentoso. Respondieron que aquel dios anunciaba á los Griegos la desolacion de sus ciudades, dando por razon que el sol era el pronosticador de los Griegos (1) y la

(1) Niegan los insignes astrónomos que fuera esta oscuridad un

luna la profetisa de los Persas. Alegre sobremanera Jerges con esta declaracion, iba continuando sus marchas.

XXXVIII. En el momento de marchar las tropas, asombrado Pitio el Lydio con aquel prodigio del cielo, y confiado en los dones recibidos del soberano, no dudó en presentarse á Jerges y hablarle en esta forma:—«Si tuvierais, señor, la bondad de concederme una gracia que mucho deseara yo lograr!... El hacérmela os es de poca consideracion y á mí de mucha cuenta el obtenerla.» Jerges, que nada ménos pensaba que hubiese de pedirle lo que Pitio pretendia, dijole estar ya concedida la gracia y que dijera su peticion. Con tal respuesta animóse Pitio á decirle:—«Señor, cinco hijos tengo, y á los cinco les ha cabido la suerte de acompañaros en esa expedicion contra la Grecia. Quisiera que, compadecido de la avanzada edad en que me veis, dieseis licencia al primogénito para que, exento de la milicia, se quedase en casa á fin de cuidar de mí y de mi hacienda. Vayan en buen hora los otros cuatro; llevadlos en vuestro ejército; así Dios, cumplidos vuestros deseos, os dé una vuelta gloriosa.»

XXXIX. Mucho fué lo que se irritó Jerges con la súplica, y le respondió en estos términos:—«¿Cómo tú, hombre ruin, viendo que yo en persona hago esta jornada contra la Grecia, que conduzco á mis hermanos, á mis familiares y amigos, te has atrevido á hacer mencion de ese tu hijo que, siendo mi esclavo, debería en ella acompañarme con toda su familia y áun su misma esposa? Quiero que sepas, si lo ignorabas todavía, que es menester mirar cómo se habla, pues en los oídos mismos reside el alma, la cual, cuando se habla bien, da parte de su gusto á todo el cuerpo, [y cuando mal, se entumece é irrita. Al mostrarme tú liberal, hablando como debias, no te pudiste alabar de ha-

eclipse solar. Del modo de hablar de Herodoto infiérese que ó no era buen astrónomo, ignorando la causa del eclipse, ó que queria parecer más trágico que matemático.

ber sido más bizarro de palabra de lo que tu soberano fué magnífico por obra. Mas ahora que te me presentas con una súplica desvergonzada, si bien no llevarás todo tu merecido, no dejarás con todo de pagar parte de tu castigo. Agradécelo á los servicios con que de huéspedes nos trataste, que ellos son los que á tí y á cuatro de tus hijos os libran de mis manos: sólo te condeno á perder ese solo por quien muestras tanto cariño y predilección.» Acabada de dar esta respuesta, dió orden á los ejecutores ordinarios de los suplicios que fuesen al punto á buscar al hijo primogénito de Pitio, y hallado le partiesen por medio en dos partes, y luégo pusiesen una mitad del cuerpo en el camino público á mano derecha, y la otra á mano izquierda, y que entre ellas pasase el ejército.

XL. Ejecutada así la sentencia, iba desfilando por allí la armada. Marchaban delante los bagajeros con todas las recuas y bestias de carga; detrás de estos venian sin separacion alguna las brigadas de todas las naciones, las que componian más de una mitad del ejército. A cierta distancia, puesto que no podian acercarse al rey dichas brigadas, venian delante del soberano mil soldados de á caballo, la flor de los Persas: seguianles mil alabarderos, gente asimismo la más gallarda del ejército, que llevaban las lanzas con la punta hácia tierra. Luégo se veian diez caballos muy ricamente adornados, á los que llaman los sagrados Niseos; y la causa de ser así llamados es porque en la Media hay una llanura conocida por Nisa (1), de la cual toman el nombre los grandes caballos que en ella se crian. Inmediato á estos diez caballos se dejaba ver el sagrado carro de Júpiter, tirado de ocho blancos caballos, en pos de los cuales venia á pié el cochero con las riendas en la mano, pues ningun hombre mortal puede subir sobre aquel trono

(1) Cerca de las puertas Caspias caia este campo y la ciudad de Nisa que le daba el nombre y que lleva ahora el de Talkatan.

sacro. Venía en seguida el mismo Jerges sentado en su carroza tirada de caballos Niseos, á cuyo lado iba á pié el cochero, el cual era un hijo de Otanes, Persa principal, llamado Patirampes.

XLI. De este modo salió Jerges de Sardes, pero en el camino, cuando le venía en voluntad, dejando su carro pasaba á su carroza ó *harmamaza* (1): á sus espaldas venían mil alabarderos, los más valientes y nobles de todos los Persas, que traían sus lanzas, según suelen, levantadas. Seguía después otro escuadrón de caballería escogida compuesto de mil Persas, y detrás de él marchaba un cuerpo de la mejor infantería, que constaba de diez mil. Mil de ellos iban cerrando alrededor todo aquel cuerpo, los cuales en vez de puntas de hierro llevaban en su lanza unas granadas de oro, los restantes nueve mil, que iban dentro de aquel cuadro llevaban en las lanzas granadas de plata. Granadas de oro traían asimismo los que dijimos que iban con las lanzas vueltas hácia tierra y los más inmediatos á Jerges. Seguía á este cuerpo de diez mil, otro cuerpo también de diez mil de caballería persiana; quedaba después un intervalo de dos estadios.

XLII. En esta forma marchó el ejército desde la Lydia hácia el río Caico (2), en la provincia de la Misia, desde el cual, llevando á mano derecha el monte Canes, se encaminó pasando por Atarnes á la ciudad Carina, y de allí haciendo su camino por la llanura de Teba, por la ciudad de Tramitio y por Antandro, ciudad de los Pelasgos, y dejando á su mano izquierda al Ida, llegó á la región Iliada. Lo primero que allí le sucedió fué que, haciendo noche á las raíces del monte Ida, sobrevinieron al ejército tantos truenos

(1) Era la *harmamaza* una especie de carroza muy cómoda destinada para las reinas persas.

(2) Al presente Girmasti, Castri, ó Chiai, tanta es la variedad de sus nombres: el monte Canes es un promontorio enfrente de Lesbos.

y rayos que dejaron allí mismo mucha gente muerta. Moviendo despues el ejército hácia el Escamandro, que fué el primer rio con quien dieron en el camino despues de salidos de Sardes, secaron sus corrientes, no bastando el agua para la gente y bagaje.

XLIII. Habiendo llegado Jerges á dicho rio, movido de curiosidad quiso subir á ver á Pérgamo, la capital de Priamo. Registróla y se informó particularmente de todo, y despues mandó sacrificar mil bueyes á Mnerva Iliada. No dejaron sus magos de hacer libaciones en honor de los héroes del lugar (1). Apoderóse del ejército aquella noche un gran terror. Al hacerse de dia emprendió su camino dejando á la izquierda las ciudades de Retio y Dárdano, que está confinante con Abidos; y á la derecha la de Gergilas, colonia de los Teucros.

XLIV. Estando ya Jerges en Abidos, quiso ver reunido á todo su ejército. Habian levantado los Abidenos encima de un cerro, conforme á la órden que les habia dado, un trono primorosamente hecho de mármol blanco, allí cerca de la ciudad. Sentado en él Jerges, estaba contemplando todo su ejército de mar y tierra esparcido por aquella playa. Este espectáculo despertó en él la curiosidad de ver un remedo de una batalla naval, y se hizo allí una naumachia en que vencieron los Fenicios de Sidon. Quedó el rey tan complacido por el simulacro del combate como por la vista de la armada.

XLV. Sucedió, pues, que viendo Jerges todo el Helesponto cubierto de naves, y llenas asimismo de hombres todas las playas y todas las campiñas de los Abidenos, aunque primero se tuvo por el mortal más feliz y de tal se alabó, poco despues prorumpió él mismo en un gran llanto.

(1) De este y otros lugares de Herodoto se ve que los Persas ya no veneraban únicamente al sol.

XLVI. Viendo aquello Artabano, su tio paterno, el mismo que ántes con un parecer franco é ingenuo habia desaconsejado al rey la expedicion contra la Grecia; viendo, pues, aquel gran varon que lloraba Jerges,—«Señor, le dijo, ¿qué novedad es esta? ¿cuánto va de lo que haceis ahora á lo que poco ántes haciais? ¡Poco há feliz en vuestra opinion, al presente llorais!—No lo admireis, replicóle Jerges, pues al contemplar mi armada me ha sobrecogido un afecto de compasion, doliéndome de lo breve que es la vida de los mortales, y pensando que de tanta muchedumbre de gente ni uno sólo quedará al cabo de cien años.» A lo cual respondió Artabano:—«Aun no es ello lo peor y lo más digno de compasion en la vida humana; pues, siendo tan breve como es, nadie hubo hasta ahora tan afortunado, ni de los que ahí veis, ni de otros hombres algunos, que no haya deseado, no digo una sino muchas veces, la muerte ántes que la vida; que las calamidades que á esta asaltan y las enfermedades que la perturban, por más breve que ella sea, nos la hacen parecer sobrado duradera; en tanto grado, señor, que la muerte misma llega á desearse como un puerto y refugio en que se dé fin á vida tan miserable y trabajosa. No sé si diga que por la aversion que Dios nos tiene nos da una píldora venenosa dorada con esa dulzura que nos pone en las cosas del mundo.»

XLVII. A todo esto replicóle Jerges:—«Lo mejor será, Artabano, que pues nos vemos ahora en el mayor auge de la fortuna, nos dejemos de filosofar acerca de la condicion y vida humana tal como la pintas, sin que hagamos otra mencion de sus miserias. Lo que de tí quiero saber es, si á no haber tenido ántes entre sueños aquella vision tan clara, te afirmarias aún en tu primer sentimiento, disuadiéndome la guerra contra la Grecia, ó si mudaras de opinion: dímelo, te ruego, francamente.—Señor, le responde Artabano, ¡quiera Dios que la vision entre sueños tenga

el éxito que ambos deseamos! De mí puedo deciros que me siento hasta aquí tan lleno de miedo, que me hallo fuera de mí mismo, no sólo por mil motivos que callo, sino principalmente porque veo que dos cosas de la mayor importancia nos son contrarias en esta guerra.»

XLVIII. «¡Hombre singular! interrumpióle Jerges, ¿qué significas con esa salida? ¿No me dirías qué cosas son esas dos que tan contrarias me son? Dime: ¿acaso el ejército por corto te parece despreciable, creyendo que el de los Griegos ha de ser sin comparacion mucho más numeroso? ¿ó acaso nuestra armada será inferior á la suya? ¿ó en una y otra nos han de dar ellos ventaja? Si nuestras fuerzas que ahí ves te parecen escasas para la empresa, voy á dar orden al punto que se levante un ejército mayor.»

XLIX. A esto repuso Artabano:—«¿Quién, señor, sino un hombre insensato podrá tener en poco ni ese número sinnúmero de tropas, ni esa multitud infinita de naves? No es eso lo que pretendia; ántes digo que si acrecentais el número, añadiréis peso y valor á aquellas dos cosas que mayor guerra nos hacen: y ya que os empeñais en saberlo, son estas: la tierra y el mar. No hay en todo el mar, á lo que imagino, un puerto que en caso de tempestad sea capaz de abrigar tan grande armada y de poner tanta nave fuera de peligro; y lo peor que de nada nos sirviera un puerto tal, si lo hubiera únicamente en alguna parte, pues nosotros lo necesitaríamos en todas las playas de tierra firme donde nos encaminásemos. Ved, pues, señor, cómo por falta de puertos capaces están nuestras fuerzas al arbitrio de la fortuna enemiga y no la fortuna al arbitrio de nuestras fuerzas. Dicha la una de las cosas contrarias, voy á mostraros la otra. La misma tierra os hará una guerra tal, que áun cuando no os oponga fuerzas ningunas, se os mostrará tanto más enemiga, cuanto más os internareis en ella, conquistando siempre más y más países al modo de los hombres que nunca saben moderar su

ambicion poniendo límites á la próspera fortuna. Con esto significo que al paso que se aumente la tierra subyugada empleando más largo tiempo en las conquistas, á ese mismo paso se nos irá introduciendo el hambre. Esto bueno es tenerlo previsto, pues claro está que aquel debe pasar por mejor político, á quien en la consulta impone temor todo lo que prevé que podría salirle mal y á quien en la ejecucion nada le acobarda.»

L. Respondió Jerges por su parte: — «No puede negarse, Artabano, que hablas en todo con juicio, si bien no debe temerse todo lo que puede suceder, ni contar igualmente con ello, pues el que en la deliberacion de todos los casos que se van ofreciendo quisiese siempre atenerse á cualquier razon en contrario, ese tal jamás haria cosa de provecho. Vale más que, lleno siempre de ánimo, se exponga uno á que no le salgan bien la mitad de sus empresas, que no el que lleno siempre de miedo y sin emprender cosa jamás, no tenga mal éxito en nada. Aun hay más: que si uno porfia contra lo que otro dice y no da por su parte una razon convincente que asegure su parecer, éste no se expone ménos á errar que su contrario, pues corren los dos parejas en aquello. Soy de opinion que ningun hombre mortal es capaz de dar un expediente que nos asegure de lo que ha de suceder. En suma, la fortuna por lo comun se declara á favor de quien se expone á la empresa, y no de quien en todo pone reparos y á nada se atreve. ¿Ves á qué punto de poder ha llegado felizmente el imperio de los Persas? Pues dígame que si los reyes mis predecesores hubieran pensado como tú, ó al ménos se hubieran dejado regir por unos consejeros de tu mismo humor, jamás vieran el Estado tan floreciente y poderoso. Pero ellos se arrojaron á los peligros, y su osadía engrandeció el imperio; que con grandes peligros se acaban las grandes empresas. Émulo yo, pues, de sus proezas, emprendo la expedicion en la mejor estacion del año; yo, con-

quistada toda la Europa, daré la vuelta sin haber experimentado en parte alguna los rigores del hambre, sin haber sentido desgracia ni disgusto alguno. Nosotros, por una parte, llevamos mucha provision de bastimentos, y por otra tendremos á nuestra disposicion el trigo de las provincias y naciones adonde entráremos; que por cierto no vamos á guerrear contra unos pueblos nómadas, sino contra pueblos labradores.»

LI. Despues de este debate movió otro Artabano.— «Señor, le dice, ya que no dáis lugar al miedo, ni quereis que yo se le dé, seguid siquiera mi consejo en lo que voy á añadir, pues como son tantos los negocios, es preciso que sea mucho lo que haya que decir. Ya sabeis que Ciro, hijo de Cambises, fué quien con las armas hizo tributaria de los Persas á toda la Jonia, ménos á los Atenienses. Soy de parecer que en ninguna manera conviene que lleveis en vuestra armada á los Jonios contra su madre patria, pues sin ellos bien podremos ser superiores á nuestros enemigos. Una de dos, señor; ó han de ser ellos una gente la más perversa si hacen esclava á su madre patria, ó la más justa si procuran su libertad. Poco vamos á ganar en que sean unos malvados; pero si quisieren obrar como hombres de bien, muy mucho serán capaces de incomodarnos y aún de perder vuestra armada. Bueno será, pues, que hagáis memoria de un proverbio antiguo y verdadero, que «hasta el fin no se canta victoria.»

LII. «Artabano, le responde Jerges, de cuanto hasta aquí has filosofado en nada te alucinaste más que en ese tu temor de que los Jonios puedan volverse contra nosotros. A favor de su fidelidad tenemos una prueba la mayor, de la cual eres tú mismo buen testigo, y pueden serlo juntamente los que siguieron á Darío contra los Escitas; pues sabemos que en mano de ellos estuvo el perder ó salvar todo aquel ejército, y que dieron entónces muestra de su hombría de bien y de su mucha lealtad no

dándonos nada que sentir. Además, ¿qué novedades han de maquinarse ellos dejando ahora en nuestro poder y dominio á sus hijos, á sus mujeres y á sus bienes? Déjate ya de temer tal cosa, guarda en todo buen ánimo; vé y procura cuidar bien de mi palacio y de mi reino, que á tí sólo fio yo la regencia de mis dominios.»

LIII. Así dijo, y enviando á Susa á Artabano, convoca segunda vez á los grandes de la Persia, á quienes reunidos habló de esta conformidad:—«El motivo que para juntaros aquí he tenido, nobles y magnates, ha sido el exhortaros á que continueis en dar pruebas de vuestro valor, no degenerando de hijos de aquellos Persas que tantas y tan heroicas proezas hicieron, sino mostrando cada uno de por sí y todos en comun vuestros ánimos y bríos varoniles. La gloria y provecho de la victoria que vamos á lograr será comun á todos: esto me mueve á encargaros que tomeis con todo empeño esta guerra, pues vamos á hacerla contra unos enemigos, á lo que oigo decir, valientes, á quienes si venciéremos, no nos restará ya nacion en el mundo que se atreva, á salir en campaña contra nosotros. Ahora, pues, con el favor de los dioses tutelares de la Persia é implorada su proteccion, pasemos hácia la Europa.»

LIV. Aquel día lo emplearon en disponerse para el tránsito: al día siguiente esperaban que saliera el sol, al cual querian ver salido ántes de emprender el paso, ocupados entretanto en ofrecerle encima del puente toda especie de perfumes, cubriendo y adornando con arrayanes todo aquel camino. Empieza á dejarse ver el sol, y luégo Jerges, haciendo al mar con una copa de oro sus libaciones, pide y ruega al mismo tiempo á aquel su dios que no le acontezca ningun encuentro tal, que le obligue á detener el curso de sus victorias ántes de haber llegado á los últimos términos de la Europa. Acabada la súplica, arrojó dentro del Helesponto, juntamente con la copa, una pila de oro y un alfange persiano llamado *acinaces*. No acabo de

entender si estos dones echados al agua los consagró en honor del sol, ó si arrepentido de haber mandado azotar al Helesponto, los ofreció al mar á fin de aplacarle.

LV. Acabada esta ceremonia religiosa, empezó á desfilar el ejército: la infantería y toda la caballería por el puente que miraba hácia el Ponto, y por el que estaba á la parte del Egeo los bagajes y gente de la comitiva (1). Iban en la vanguardia diez mil Persas, todos ellos con sus coronas, y despues les seguian los cuerpos de todas aquellas tan varias naciones sin separacion alguna. Estos fueron los que pasaron aquel primer dia: al siguiente fueron los primeros en verificarlo los caballeros y los que llevaban sus lanzas inclinadas hácia abajo, coronados tambien todos ellos: pasaban despues los caballos sagrados y el carro sacro, al que seguia el mismo Jerges y los alabarderos y los mil soldados de á caballo, despues de los cuales venia lo restante del ejército. Al mismo tiempo fueron pasando las galeras de una á otra orilla; si bien á alguno he oido decir que el rey pasó el último de todos.

LVI. Pasado Jerges á la Europa, estuvo mirando desfilar á su ejército compelido de los oficiales con el azote en la mano, paso en que se emplearon siete dias enteros con sus siete noches, sin parar un instante sólo. Dicese que despues que acabó Jerges de pasar el Helesponto, exclamó uno de los del país:—«Oh Júpiter! ¿á qué fin tú ahora en forma de Persa, tomado el nombre de Jerges en lugar del de Jove, quieres asolar á la Grecia conduciendo contra ella todo el linage humano, pudiendo por tí sólo dar en el suelo con toda ella?»

LVII. Pasado ya todo el ejército, al ir á emprender la marcha, sucedióles un portento considerable, si bien en nada lo estimó Jerges, y eso siendo de suyo de muy fácil

(1) Este pasaje demuestra que el puente era doble, sin que las líneas de las galeras estuvieran entre si contiguas.

interpretacion. El caso fué que de una yegua le nació una liebre, se ve cuán natural era la conjetura de que en efecto conduciría Jerges su armada contra la Grecia con gran magnificencia y jactancia, pero que volveria pavoroso al mismo sitio y huyendo más que de paso de su ruina. Y no fué sólo este prodigio, pues otro le habia ya acontecido hallándose en Sardes, donde una mula parió otra, y ésta monstruo hermafrodita, con las naturas de ambos sexes, estando la de macho sobre la de hembra.

LVIII. Jerges, sin atender á ninguno de los dos prodigios, continuaba su camino conduciendo consigo el ejército. La armada naval, fuera ya del Helesponto, navegaba costeando la tierra con direccion contraria á las marchas del ejército, dirigiendo el rumbo á Poniente hácia el promontorio Sarpedonio, donde tenia orden de hacer alto. El ejército marchaba por el Quersoneso hácia Levante, dejando á la derecha el sepulcro de Hele, hija de Atamante, y á la izquierda la ciudad de Cardia (1). Pero despues de atravesar por medio de cierta ciudad llamada Agora, torció hácia el golfo Melas, como se llama, y al rio llamado tambien Melas, cuyos raudales no fueron bastantes para satisfacer al ejército y quedaron agotados. Y habiendo vadeado dicho rio, del cual toma su nombre aquel seno, dirigióse á Poniente, y pasada Eno, ciudad de los Eolios, como tambien la laguna Stentórida, continuó su viaje hasta Dorisco.

LIX. Es Dorisco una gran playa de la Tracia, término de una vasta llanura por donde corre el gran rio Hebro (2), sobre el cual está fabricada una fortaleza real, á la que llaman Dorisco, en donde habia una guarnicion de Persas colocada allí por Darío desde cuando hizo allí su jornada contra los Escitas. Pareciéndole, pues, á Jerges que el lu-

(1) Cardia, al presente Caridia, pequeña poblacion; Agora se llama hoy Malagra, y el golfo y el rio de Melas, golfo de Megarisa el primero y Larisa el segundo.

(2) El Hebro conocido hoy con el nombre de Mariza.

gar era á propósito para la revista y reseña de sus tropas, empezó á ordenarlas allí y á contarlas. Y habiendo llegado asimismo á Dorisco todas las naves por orden de Jerges, arrimáronlas los capitanes á la playa inmediata á Dorisco, donde están Sala, ciudad de los Samotracios, y Zona, terminando en Perrio, promontorio bien conocido; lugar que pertenecía antiguamente á los Cicones (1). En esta playa, pues, arrimadas las naves y sacadas despues á la orilla, respiraron los marineros por todo aquel tiempo en que Jerges pasaba revista á sus tropas en Dorisco.

LX. No puedo en verdad decir detalladamente el número de gente que cada nacion presentó, no hallando hombre alguno que de él me informe. El grueso de todo el ejército en la reseña ascendió á un millon y setecientos mil hombres; el modo de contarlos fué singular: juntaron en un sitio determinado diez mil hombres apiñados entre sí lo más que fué posible y tiraron despues una línea alrededor de dicho sitio, sobre la cual levantaron una pared alrededor, alta hasta el ombligo de un hombre. Salidos los primeros diez mil, fueron despues metiendo otros dentro del cerco, hasta que así acabaron de contarlos á todos, y contados ya, fuéronlos separando y ordenando por naciones.

LXI. Los pueblos que militaban eran los siguientes: Venian los Persas propios llevando en sus cabezas unas tiaras, como se llaman, hechas de lana no condensada á manera de fieltro; traian apegadas al cuerpo unas túnicas con mangas de varios colores, las que formaban un coselete con unas escamas de hierro parecidas á las de los pescados (2); cubrian sus piernas con largas bragas; en vez de

(1) Ocupaban los Cicones en la Tracia las costas del Egeo, siendo Eno ó la actual Igno su capital.

(2) Otros diferencian esas túnicas del coselete, haciendo de ellas una especie de sobrevesta con que cubrian los Persas las armas: la gerra era un escudo tejido de mimbres.

escudos usaban de *gerras*; traían astas cortas, y des, saetas de caña y colgadas sus aljabas, y de la ó cingulo les pendían unos puñales hácia el muslo derecho. Llevaban al frente por general á Otanes, padre de Amestris, la esposa de Jerges. Estos pueblos eran en lo antiguo llamados por los Griegos los Cefenos, y se daban ellos mismos el nombre de Arteos. Pero despues que Perseo, hijo de Danae y de Júpiter, pasó á casa de Cefeo, hijo de Belo, y casó con la hija de éste, llamada Andromeda, como tuviese en ella un hijo, le puso el nombre de Persa y lo dejó allí en poder de Cefeo, quien no habia tenido la suerte de tener prole masculina. De este Persa tomaron, pues, el nombre aquellos pueblos.

LXII. Venían tambien los Medos armados del mismo modo, pues aquella armadura es propia en su origen de los Medos y no de los Persas. El general que los conducía era Tigranes, principe de la familia de los Aqueménidas. Eran estos pueblos en lo antiguo llamados generalmente Arios, pero despues que Medea desde Atenas pasó á los Arios, tambien éstos mudaron el nombre, segun refieren los mismos Medos. Los Cisios (1), excepto en las mitras que llevaban en lugar de tiara á manera de sombrero, en todo lo demas de la armadura imitaban á los Persas: su general era Anafes, hijo de Otanes. Los Hircanios, armados del mismo modo que los Persas, eran conducidos por Megapano, el mismo que fué despues virey de Babilonia.

LXIII. Los Asirios armados de gerra llevaban cubiertas las cabezas con unos capacetes de bronce, entretejidos á lo bárbaro de una manera que no es fácil declarar, si bien traían los escudos, las astas y las dagas parecidas á las de los Egipcios, y á más de esto unas porras cubiertas con una plancha de hierro y unos petos hechos de

(1) Los Cisios, pueblos vecinos á Susa, son quizá los del moderno Cusistan; los Hircanios, los del Saberiscan ó Mazenderan.

lino. A estos llaman Sirios los Griegos, siendo por los bárbaros llamados Asirios, en medio de los cuales habitan los Caldeos. Era el que venía á su frente por general Otanes, hijo de Artaqueo.

LXIV. Militaban los Batrianos armando sus cabezas de un modo muy semejante á los Medos, con sus lanzas cortas y con unos arcos de caña segun el uso de su tierra. Los Sacas ó Escitas cubrian la cabeza con unos sombreros á manera de gorro recto y puntiagudo, iban con largos zaragüelles, y llevaban unas ballestas nacionales, unas dagas y unas segures ó *sagares*. Siendo estos Escitas Amirgios, llamábanlos Sacas porque los Persas dan este nombre á todos los Escitas. El general de estas dos naciones de Bactrianos y Sacas (1) era Histaspes, hijo de Darío y de la princesa Atosa, hija de Ciro.

LXV. Los Indios iban vestidos de una tela hecha del hilo de cierto árbol (2), llevando sus arcos y tambien las saetas de caña, pero con una punta de hierro: así armados venian á las órdenes de Farnazatres, hijo de Artabates. Llevaban ballestas los Arios al uso de la Media, y los demas aparatos al uso de los Bactrianos, y tenían por comandante á Sisamnes, hijo de Hidarnes.

LXVI. Las mismas armas que los Bactrianos llevan los Partos, los Corasmios, los Sogdianos, los Gandarios y los Dadicas (3). Eran sus respectivos generales: de los Partos

(1) De los Bactrianos la capital era Bactras, ahora Balk, en la provincia de Manralmahar. Los Sacas eran Tártaros, quizá los Calzalgitas de la gran Tartaria.

(2) Parece hablar del algodón de arbusto, bien que de otros árboles sacan sus hilos y telas los Asiáticos. La que era capital de los Arios es al presente Herat, en la provincia Sitzistan.

(3) El país que ocupaban los Partos corresponde hoy al Korasan y Erak-Atzem; el de los Korasmios al Kowarezen; el de los Sogdianos á las cercanías de Samarkanda; los Gandarios serán acaso los Gandáridas de la India; los Dadicas son un pueblo del todo desconocido.

y de los Corasmios, Artabanes, hijo de Farnaces; de los Sogdianos, Azanes, hijo de Artes; de los Gandarios y de los Dadicas, Artifio, hijo de Artabano.

LXVII. Los Caspianos, vestidos con sus pellicos, venían armados de alfanjes y de unos arcos de caña propios de su país, y apercebidos así para la guerra, llevaban á su frente al jefe Ariomardo, hermano de Artifio. Los Saranagas, vistosos con sus vestidos de varios colores, traían unos borceguetes que les llegaban á la rodilla, y unos arcos y lanzas al uso de los Medos, y su general era Ferentes, hijo de Megabazo. Venían los Pactías con sus zamarras, armados de unos puñales y de unos arcos al uso de su tierra, conducidos por el jefe Arintas, hijo de Itamames.

LXVIII. Del mismo modo que los Pactías, se dejaban ver armados los Utios, los Micos y los Paricianos (1). Tenían éstos dos generales, porque de los Utios y Micos lo era Arsamenes, hijo de Darío, y de los Paricianos lo era Siromitras, hijo de Eobazo.

LXIX. Los Arabes, que traían ceñidas sus *ziras* ó marlotas, llevaban unos arcos largos que de una y otra parte se doblaban, colgados del hombro derecho. Venían los Etiopes, cubiertos con pieles de pardos y de leones con unos arcos largos por lo ménos de cuatro codos, hechos del ramo de la palma. Llevaban unas pequeñas saetas de caña, las cuales en vez de hierro tenían unas piedras aguzadas con las que suelen abrir sus sellos: traían ciertas lanzas cuyas puntas en vez de hierro eran unos cuernos agudos de cabras monteses, y á más de esto unas porras con clavos alrededor. Al ir á pelear suelen cubrirse de yeso la mitad del cuerpo y la otra mitad de almagre. El general que mandaba á los Arabes y á los Etiopes situados sobre el Egipto era Arsames, hijo de Darío y de Aristona,

(1) Estos pueblos apenas conocidos, no estarían quizá lejos de la Sogdiana.

hija de Ciro, á la cual como Darío amase más que á sus otras mujeres, hizo una estatua de oro trabajado á martillo.

LXX. De los Etiopes que caen sobre el Egipto, como tambien de los Arabes, era, repito, el jefe Arsames; pero los Etiopes ó *negros* del Oriente, pues dos eran las naciones de Etiopes que en el ejército habia, estaban agregados al cuerpo de los Indios, en el color nada diferentes de los otros, pero mucho en la lengua y en el pelo, porque los Etiopes del Oriente tienen el cabello lacio y tendido, y los de la Libia lo tienen más crespo y enortijado que los demas hombres. Los Etiopes Asiáticos de que hablaba iban por lo demas armados como los Indios, sólo que en lugar de visera traian el cuero de las cabezas de los caballos con sus orejas y crines, de suerte que la crin les servia de penacho, y llevaban las orejas levantadas. En vez de escudos con que cubrirse, usaban de las pieles de las grullas.

LXXI. Venian los Libios defendidos con una armadura de cuero, y usaban de unos dardos tostados al fuego: era su general Masages, hijo de Oarizo.

LXXII. Concurrían los Pfallagonios á la guerra, armada la cabeza con unos morriones encajados, con unos pequeños escudos, con unas no muy largas astas, con sus dardos y puñales. Llevaban unos botines hasta media pierna al uso del país. Con las mismas armas que los de Pfallagonia concurrían los Ligies, los Matienos, los Mariandinos, y los Siros, que son por los Persas llamados Capadoces. Conducia á los Pfallagones y Matienos el general Doto, hijo de Megasirido, y á los Mariandinos, Ligies y Siros el general Brias, hijo de Darío y de Aristone.

LXXIII. Su armadura, muy parecida á la pfallagónica, tenían con cortísima diferencia los Frigios, quienes, segun cuentan los Macedonios, miéntras que fueron Europeos y vecinos de aquellos se llamaban Briges, pero pasados al Asia, juntamente con la region, mudaron de nombre. Los Arme-

nios, colonos de los Frigios, venian armados como ellos; y el adalid de estas dos naciones era Artocmes, casado con una hija de Darío.

LXXIV. Los Lidios tenian unas armas muy parecidas á las griegas: estos pueblos, llamados antiguamente Meones, mudaron de nombre, tomando el nuevo de Lido, hijo de Atis. Llevaban los Misios en sus cabezas unos capacetes del país y unos pequeños escudos, usando de ciertos dardos tostados: son colonos de los Lidios y se llaman Olimpianos, tomando el nombre del monte Olimpio. El jefe de entrambos pueblos, Lidios y Misios, era Artafernes, hijo de aquei Artafernes que en compañía de Datis dió la batalla de Maraton.

LXXV. Armábanse los Tracios con unas pieles de zorra en la cabeza y con túnicas alrededor del cuerpo que cubrian con ziras ó marlotas de varios colores: en los piés y piernas llevaban borceguies hechos de las pieles de los cervatillos: usaban de dardos, de peltas y de pequeñas dagas. Trasplantados estos al Asia menor, se llamaron Bitinios, siendo ántes, como dicen ellos mismos, llamados Strimonios, porque habitaban á las orillas del Strimon, de donde pretenden que fueron arrojados por los Teucros y Misios.

LXXVI. Era general de los Tracios situados en el Asia, Basaces, hijo de Artabano. Tenian aquellos unos pequeños escudos de cuero crudo de buey, y venia cada uno con dos dardos, con que suelen cazar los lobos: llevaban en la cabeza un casco de bronce, al cual estaban pegadas unas orejas y cuernos de buey tambien de bronce, y sobre el casco su penacho: adornaban las piernas con listones de púrpura. Entre estos pueblos se halla un oráculo de Marte.

LXXVII. Los Cabeles Meones que llaman Lasonios imitaban á los Cilicios en la armadura, que describiré cuando llegue á hablar de los últimos en su lugar. Traian los Mi-

lias (1) unas lanzas cortas, y apretaban sus vestidos con unas hebillas: llevaban algunos de ellos unos arcos Licios y en la cabeza unos capacetes de cuero. A todos estos capitaneaba Bardes, hijo de Histaspes. Cubrían los Moscos la cabeza con un casco de madera, y llevaban sus escudos y sus astas pequeñas, pero armadas con una gran punta.

LXXVIII. Armados como los Moscos venían los Tibarenos, los Macrones y los Mosinecos (2), y eran conducidos por los siguientes caudillos: los Moscos y Tibarenos por Ariomardo, que era hijo de Darfo, habido en Parmis, hija de Esmerdis y nieta de Ciro; los Macrones y Mosinecos por Artaietes, hijo de Querasmis, el cual era gobernador de Sesto sobre el Helesponto.

LXXIX. Cubrían los Mares la cabeza con unas celadas propias del país que se podían plegar, y llevaban además unos escudos pequeños de cuero también con sus dardos. Traían los Colcos puestas en la cabeza unas celadas hechas de madera, y en la mano unos escudos de cuero de buey no adobado; usaban astas cortas y también espadas. General de los Mares y de los Colcos era un hijo de Teaspes, por nombre Farandates; pero el de los Alarodios y de los Saspies (3), armados á semejanza de los Colcos, era Masistio, hijo de Siromitres.

LXXX. Vestidas y armadas casi como los Medos seguían al ejército las naciones de las islas del mar Eritreo, en donde confina el rey á los que llaman *deportados*.

(1) Los Milias en la Panflia recibían el nombre de una ciudad, cuyas ruinas se llaman Milia todavía. Los Moscos estaban situados en la parte oriental de Mingrelia.

(2) Caían estas tres naciones en las extremidades de la Capadocia hácia el Ponto Euxino.

(3) Es difícil determinar á qué nación corresponde la antigua de los Mares, originaria quizá de Maresis, ciudad de Cilicia. Los Colcos habitaban la Mingrelia, Guriel é Innaereta. Los Alarodios estarían acaso vecinos al río Alar en Hircania, y los Saspies á la Albania.

De estos isleños era comandante Mardontes, hijo de Bageo, quien siendo general dos años despues quedó muerto en la batalla de Micalé.

LXXXI. Todas estas naciones que por tierra servian, eran las que venian alistadas en el ejército del continente. Nombrados llevo los generales mayores de ellas, á cuyo cargo estaba el ordenar y distribuir en cuerpos menores aquella tropa, nombrando á los oficiales subalternos, asi los que mandaban á mil, como los que á diez mil hombres, si bien estos últimos eran los que señalaban á los capitanes para cien hombres, y á los cabos para diez. Verdad es que habia otros prefectos que cuidaban de las brigadas y de las naciones, pero los generales mayores eran los mencionados.

LXXXII. Sobre éstos y sobre todo el ejército de tierra, seis eran los generalísimos que tenian el mando universal: el uno era Mardonio, hijo de Gobrias; el otro Tritanteemes, hijo de aquel Artabano que fué de parecer no se hiciera la expedicion contra la Grecia; el tercero Smerdomenes, hijo de Otanes, el cual siendo como el anterior hijo de un hermano de Darío, eran ambos primos del mismo Jerges; el cuarto era Masistes, hijo de Darío y de Atosa; el quinto Gergis, hijo de Arizo; el sexto Megabizo, hijo de Zopiro.

LXXXIII. Estos eran los generalísimos de todo el ejército de tierra, exceptuados empero los diez mil Persas escogidos á quienes mandaba Hidarnes, hijo de Hidarnes. Llamábanse estos Persas los Inmortales, porque si faltaba alguno de dicho cuerpo por muerte ó por enfermedad, otro hombre entraba luego á suplir el lugar vacante, de suerte que nunca eran ni más ni ménos de diez mil Persas. Su uniforme era de todos el más vistoso, y ellos los mejores y más valientes. Su armadura era la que dejo ántes descrita, y á más de ella se distinguian por la gran cantidad de oro de que iban adornados. Seguiales la comitiva de

muchas carrozas y en ellas sus concubinas, y una gran compañía de criados con vistosas libreas. Sus bastimentos, separados de las vituallas del ejército, eran conducidos por camellos y otros bagajes.

LXXXIV. Todas las naciones dichas suelen servir en la caballería, pero no todas iban montadas, sino sólo las que voy á decir. Los Persas militaban á caballo con las mismas armas que usaba su infantería; sólo que algunos llevaban unos yelmos hechos de bronce y de hierro.

LXXXV. Hay á más de estos, ciertos pastores llamados Sagartios que, hablando la lengua de los Persas, usan un traje medio entre el de éstos y el de los Pactiyes. Componian, pues, aquellos un cuerpo de 8.000 caballeros, si bien, segun su uso, no llevaban armas ni de bronce ni de hierro, salvo su puñal. Sus armas eran unos ramales hechos de correas, con los cuales entraban animosos en batalla, en la cual suelen pelear en esta forma: métense entre los enemigos y les echan sus ramales que en la extremidad tienen ciertos lazos; al infeliz que enlazan, sea hombre, sea caballo, le arrastran hácia ellos, y enredado de cerca le matan. Tal es el modo que tienen de pelear, y son contados entre la milicia de los Persas.

LXXXVI. Iguales armas que la infantería usaban los Medos y tambien los Cisios de á caballo. Los Indios, armados asimismo como sus infantes, peleaban cada uno, ó desde su montura, ó desde sus carros tirados por caballos ó por asnos silvestres. Los jinetes bactrianos iban armados como los peones, no ménos que los Caspios é igualmente que los Libios, quienes venian todos montados en sus carros: los caballeros Caspios y Paricanios usaban tambien las armas de sus peones: los Arabes, si bien eran semejantes en la armadura á los de á pié, venian sobre sus camellos que no ceden en ligereza á los caballos.

LXXXVII. Servian únicamente en la caballería estas naciones, cuyo número subia á 8.000, exceptuados los car-

ros y los camellos. Todos los que á caballo servían, estaban distribuidos en sus respectivos escuadrones; pero los Arabes ocupaban aparte el último lugar, por cuanto los caballos no pueden sufrir la compañía de los camellos, y así para que éstos no les espantasen venían los postreros.

LXXXVIII. Eran generales de la caballería los dos hijos de Datis, el uno Armamitres y el otro Titeo, habiendo quedado enfermo en Sardes el tercer general, Farnuques, quien al partir de aquella ciudad tuvo una sensible desgracia. Sucedió que al montar á caballo pasó un perro por debajo del vientre de éste; el caballo, que no lo había visto venir, se espantó, y empujándose de repente, arrojó á Farnuques. De la caída se le originó un vómito de sangre que al cabo vino á parar en una tisis. Sus criados en el acto hicieron con el caballo lo que su amo les mandó, llevándolo al mismo lugar en donde arrojó al señor y cortándole las piernas hasta las rodillas. Por este accidente perdió Farnuques su mando de general.

LXXXIX. El total de las galeras subía á 1.207, las que venían suministradas por las naciones siguientes: Con 300 concurrían las Fenicios, juntamente con los Sirios de la Palestina, quienes armaban sus cabezas con unos yelmos muy semejantes á los de los Griegos; cubrían su pecho con unos petos de lino, llevaban unos dardos y escudos sin marco en su contorno. Tenían estos Fenicios en lo antiguo, conforme dicen, su asiento en el mar Eritreo, de donde pasaron á vivir en las costas de la Siria, cuya región y todo lo que hasta el Egipto se extiende se llama Palestina. Con 200 galeras concurrían los Egipcios, que llevaban en sus cabezas unos capacetes tejidos, unos escudos cóncavos con grandes cercos que los rodeaban, unas lanzas náuticas y unas enormes segures. Completaban su armadura unos grandes sables que llevaba el mayor número de ellos, cubiertos también con sus coseletes.

XC. Venían armados á su modo los Chipriotas con 130

naves: sus reyes llevaban atados á la cabeza unos turbantes ó mitras; los otros traian túnicas, y en lo demas imitaban la armadura griega. Sus pueblos, parte son oriundos de Salamina y de Atenas, parte de la Arcadia, parte de Cidno, parte de la Fenicia y parte de la Etiopía, segun los mismos Chipriotas nos refieren.

XCI. Los Cilicios daban por su parte 100 naves, y traian armadas las cabezas con celadas de su pais; en vez de escudos usaban adargas hechas de cuero crudo de los bueyes; vestian túnicas de lana; llevaba cada uno dos dardos y una espada parecida á las de Egipto. Estos pueblos en los tiempos antiguos se llamaban Hipaqueos, y despues tomaron el nombre que tienen de un Fenicio llamado Cilix, que era hijo de Agenor. Presentaban los Panfilios 30 naves y usaban de armadura griega, siendo descendientes de ciertos Griegos que, despues de la guerra de Troya, se separaron de los demas en compañía de Amfiloco y Calcante.

XCII. Con 50 naves venian los Licios, armados de petos y botines; tenfan arcos de cuerno, saetas de caña sin alas, dardos, y además hoces y puñales; llevaban pendientes de los hombros, unas pieles de cabra, y en sus cabezas unos sombreros coronados con plumajes. Los Licios, originarios de Creta, se llamaban ántes Termiles, y tomaron su nuevo nombre de Lico, hijo de Pandion, natural de Atenas.

XCIII. Los Dorios del Asia, que iban armados á lo griego, siendo colonos del Peloponeso, venian con 30 galeras. Con 70 se presentaron los Carios, armados en lo demas como los Griegos, sólo que tenian sus hoces y dagas. Llevo ya dicho en lo que ántes escribí cómo se llamaban anteriormente tales pueblos (1).

XCIV. Contribuian con 100 galeras á la armada los Jonios, apercebidos y armados como los Griegos. Estos pue-

(1) Lib. I, pár. CXLIV y CLXXI.

blos todo el tiempo que habitaron el Peloponeso en la region que al presente se llama Acaya, lo que sucedió ántes que Danao y Xuto viniesen á dicho Peloponeso, se llamaban Pelasgos *Egialees* (de la plaga), si estamos á lo que dicen los Griegos; pero despues, del nombre de Jon, hijo de Xuto, se llamaron Jonios.

XCV. Los isleños, armados al modo griego, presentaron 17 galeras (1); eran estos asimismo de nacion pelásgisca, y se llamaron Jonios por la misma razon que las doce ciudades, pero Jonios venidos de Atenas. Concurrían los Eolios con 60 galeras y con las armas á la griega; los cuales, segun es tradicion de los Griegos, llevaban tambien en lo antiguo el nombre de Pelasgos. Los Helesponcios, excepto los de Abidos, á quienes habia el rey mandado que sin dejar su país tomasen á su cargo la guardia del puente; los restantes pueblos, digo, de los costas del Helesponto, armados al par de los Griegos como colonos de los Dorios y Jonios, se presentaron con 100 naves.

XCVI. En todas las galeras dichas iba tropa de Persas, de Medos y de Sacas para los combates. Las naves más listas y ligeras eran los de los Fenicios, y entre estas con especialidad la de los Sidonios. Así para estas naves, como para las tropas de tierra, cada nacion habia enviado sus respectivos jefes, de los cuales no haré particular mencion, por no pedirlo necesariamente el designio de mi historia. Ellos eran tantos, en efecto, cuantas eran las ciudades que enviaban su contingente; pero no todos tenían mérito particular que los haga dignos de memoria, mayormente no concurriendo en calidad de comandantes sino de meros vasallos, pues tengo ya dicho quiénes eran los Persas que tenían toda la autoridad como generales de cada la nacion.

(1) Eran éstos los de las islas Cea, Naxos, Sifno, Serifo; pues los de Quio y de Samos se comprendían entre las doce ciudades jonias.

XCVII. Los caudillos de la armada naval eran Ariabignes, hijo de Darío; Prejaspes, hijo de Aspitines; Megabazo, hijo de Megabates; y Aquemedes, hijo de Darío. De la armada jónica y cariana era jefe Ariabignes, á quien tuvo Darío en una hija de Gobrias; de la egipcia lo era Aquemenes, por parte de padre y madre hermano de Jerges; del resto de la armada lo eran los otros dos. El número de los trieconteros (naves de 30 remos), de penteconteros (de 50 remos), de cercuros (naves de carga) y de barcas largas para el transporte de la caballería, parece que era de tres mil bastimentos.

XCVIII. Los sujetos de mayor nombre despues de los generales que venian embarcados eran el Sidonio Tetramnesto, hijo de Amiso; el Tirio Mapen, hijo de Siromo; el Aradio Mérbalo, hijo de Agabalo; el Cilicio Siennesis, hijo de Oromedonte (1); el Licio Cibernisco, hijo de Sica; los dos Chipriotas Gorgo, hijo de Quersis, y Timonax, hijo de Timágoras, y tres Carios, Histieo hijo de Timnes, Pigres hijo de Seldomo, y Damasitimo hijo de Candaules.

XCIX. Y si bien no me miro obligado á hacer mencion de los otros jefes, la haré con todo de Artemisa, mujer que siguió la expedicion contra la Grecia, cuyo valor me tiene lleno de admiracion. Muerto su marido, siendo ella la soberana de su ciudad, y viendo que su hijo era niño todavia, por más que no la llamase obligacion precisa, no le sufrió con todo su honor y ánimo varonil el no concurrir á la guerra. Llamábase Artemisa, hija de Ligdamis, por parte de padre, natural de Halicarnaso, y de Creta por parte de madre: era señora de los Halicarnasios, de los Coos, de los Nisirios y de los Calidnios (2); y concurrió

(1) La Cilicia era en cuanto al tributo una Satrapía de la Persia, por mas que tuviera sus reyes Siennesis reconocidos del mismo autor por principes dependientes del Persa.

(2) La isla de Coos se llama al presente Stanquio; las ciudades de los Nisirios y Calidnios se llaman Nisaro la primera, y Chirava la segunda.

con cinco galeras que eran las más famosas de la armada despues de las sidonias: ella fué la que dió al rey los más acertados pareceres entre los de todos los aliados. La gente de las ciudades que ella, segun dije, gobernaba, noto aquí que era toda Dórica, pues los Halicarnasios son oriundos de Trecena, y los restantes de Epidauro. Y baste ya lo referido acerca de la armada naval.

C. Hecho el cómputo de las tropas y distribuidas éstas en escuadrones, tuvo Jerges la curiosidad de contemplarlas pasando revista á todas ellas, lo cual así ejecutó. En su carro iba recorriendo cada nacion, y plantado delante de ella hacía sus preguntas, las cuales iban notando sus escribanos: hizolo de este modo empezando por un cabo y acabando por el otro, tanto de la caballería como de la infantería. Despues de verificada esta diligencia, como las galeras de nuevo hubiesen sido echadas al agua, dejando Jerges su carro, se embarcó en una nave sidonia, y sentado en ella bajo un pabellon de oro, iba corriendo por delante de las proas de las galeras informándose de cada una y tomando las respuestas por escrito, del mismo modo que en el ejército de tierra. A este fin habian apartado sus galeras los capitanes cosa de cuatro pletros (400 pasos) de la orilla, y vueltas las proas á tierra habian formado una línea de frente, armados en ellas todos los combatientes en el orden de batalla; de suerte que por entre las naves y la playa iba Jerges haciendo la revista.

CI. Acabada ya la reseña de las galeras, saltó Jerges de su nave é hizo comparecer á Demarato, hijo de Ariston, que le acompañaba en la expedicion contra la Grecia, y puesto en su presencia, hablóle en estos términos:—«Mucho gusto tendria ahora, Demarato, en que me respondieras á una pregunta que hacerte quiero. A lo que tú mismo dices y á lo que me aseguran los Griegos que se han presentado en mi corte, tú eres Griego y natural de una ciudad que ni es la menor, ni la ménos poderosa de la Grecia.

Quiero, pues, que me digas si tendrán valor los Griegos para venir á las manos conmigo. Dígolo porque estoy persuadido de que ni todos los Griegos, ni todos los demas hombres del Occidente, por más que se juntaran en un ejército, serian capaces de hacerme frente en campo de batalla, no yendo acordes entre ellos mismos. Mucha complacencia tendré, pues, en oír sobre esto tu parecer.» Esta fué la pregunta de Jerges, y tal la respuesta de Demarato: —«Señor, le dice: ¿quereis que os diga la verdad desnuda, ó que la disfrace con la lisonja?» A lo que respondió Jerges mandándole decir la verdad, asegurándole que por ella nada perderia de su gracia.

CII. Con esta seguridad en la fe de Jerges, continuó Demarato: Pues que mandais, señor, que hable francamente y os diga la verdad, yo os la diré de manera que no daré lugar á que despues de esto me cojais en mentira. La Grecia, señor, es una nacion criada siempre sin lujo y con pobreza, pero hecha á la virtud, fruto de la sabiduria y de la severa disciplina. Con la misma virtud que practica remedia su pobreza y se defiende de la servidumbre. Tal elogio debo darlo á todos los Griegos que moran cerca de la region y países dóricos; pero no hablaré ahora de todos ellos, sino solamente de los Lacedemonios. Y en primer lugar digo que de ningun modo cabe que den oídos á nuestras pretensiones, encaminadas á quitar la libertad á la Grecia, de suerte que aunque todos los demas Griegos os presten vasallaje, ellos solos saldrán á recibirnos con las armas en la mano. Ni os tomeis el trabajo de preguntarme acerca del número de ellos para salirnos al encuentro, porque tened por sabido que si constare su ejército de mil hombres, con mil os darán la batalla; si ménos fueren, con ménos os la darán, y si fueren más, serán más los que la presenten.»

CIII. Al oírle púsose Jerges á reír:—«Demarato, le replica, ¿qué absurdo es ese que dices? Vamos al caso: ¿no

aseguras haber sido rey de esos valientes? Pregúntote ahora: ¿quisieras tú solo apostártelas aquí mano á mano contra diez hombres juntos? Y en verdad que si la disciplina civil y el buen órden entre vosotros es en todo como me lo pintas, pide el honor y decoro de la corona, que tú, rey de esos héroes, puedas habértelas con doblado número de enemigos. De suerte que si cada uno de ellos es capaz de hacer frente á diez hombres de los míos, debo á tí solo suponerte bastante para resistir á veinte, pues así y no de otro modo puedes salvar la verdad de tu respuesta. Pero si esos hombres son tales en el valor y en el talle de su cuerpo cual eres tú y cuales son los Griegos que vienen á mi presencia, mira no sean esos elogios que les das una mera baladronada y vana exageracion. Porque, por Dios, ¿qué camino lleva que 1.000 hombres, ó sean 10.000, ó sean 50.000, iguales todos ellos é igualmente libres, y no sujetos al imperio de un soberano, puedan hacer frente á un ejército tan grande como el mio, especialmente siendo nosotros más de 1.000 por uno de ellos, si es que subieren á 50.000? Bien pudiera ser que sujetos á las órdenes de un soberano, como entre nosotros se usa, por miedo de él sacasen esfuerzo de necesidad, y obligados con el látigo, embistiesen pocos contra muchos más; pero sueltos como están y dejada su eleccion á su arbitrio, no es posible que hagan uno ni otro: ántes bien soy de sentir, que cuando fuese igual el número de entrambos, no se atreverian los Griegos á entrar con los Persas solos en batalla. Lo que dices de tanta bravura y valentía se hallará entre los nuestros, no á cada paso ciertamente, sino en tal cual soldado, pues alguno habrá de mis alabarderos persas, que se atreverá á desafiar á tres de los Griegos á un tiempo mismo. Tú empero no lo sabes ni lo conoces; por eso exageras y encomias á tu salvo.»

CIV. A este discurso respondió Demarato:—«Bien veía, señor, desde el principio que hablando verdad iba á per-

der vuestra gracia; pero como me obligabais á que os hablase con toda franqueza y sin lisonja, manifesté lo que segun su deber harian los Espartanos. Nadie sabe mejor que vos cuán apasionado podré estar á favor de unos hombres que me degradaron del honor y de los derechos á la corona heredados de mis abuelos; que me desnaturalizaron y me obligaron al destierro: y nadie sabe mejor que yo cuán obligado estoy á vuestro padre que me amparó, me dió alimentos con que vivir y casa en que morar. Me hareis la justicia de no pensar que un hombre de bien como yo, quiera olvidarse de tantos beneficios, sino que más bien quiere corresponder á ellos. Por lo que mira empero al valor, ni blasonaré de poder salir solo contra diez, ni solo contra dos, ni áun por mi gusto quisiera entrar en singular desafio con uno solo, si bien en caso de necesidad, ó si algun empeño mayor á ello me estimulase, vendria gustosísimo en medir mi espada con la de alguno de esos Persas que se dicen capaces de habérselas cada uno con tres Griegos. Porque los Lacedemonios cuerpo á cuerpo no son por cierto los más flojos del mundo, y en las filas son los más bravos de los hombres. Libres sí lo son, pero no libres sin freno, pues soberano tienen en la ley de la patria, á la cual temen mucho más que no á vos vuestros vasallos. Hacen sin falta lo que ella les manda, y ella les manda siempre lo mismo: no volver las espaldas estando en accion á ninguna muchedumbre de armados, sino vencer ó morir sin dejar su puesto. Pero ya que os parecen absurdas mis razones, hago ánimo en adelante de no hablaros más sobre ello; lo que ahora dije lo dije precisado. Deseo, señor, que todo os salga á medida de vuestros deseos.»

CV. De la respuesta de Demarato hizo burla Jerges, y tomándola á risa no dió muestra ninguna de enojo, sino que le envió enhorabuena y con mucha paz. Despues de este coloquio, habiendo nombrado gobernador de Doriseo

á Mascames, hijo de Megadostes, y depuesto el antecesor que Darío habia allí dejado, marchando por la Tracia, movió las armas hácia Grecia.

CVI. Era Mascames el nuevo gobernador un sujeto de tanto mérito, que á él sólo, como al Persa más sobresaliente entre todos los gobernadores nombrados por Jerges ó por Darío, solia el rey hacer todos los años sus presentes, y áun Artajerges, su hijo, continuó en hacer la misma demostracion con los descendientes del mismo Mascames: porque habiendo, ántes de la presente expedicion, sido nombrados en todas partes gobernadores persas, así en la Tracia como en el Helesponto, por más que todos ellos, pasado el tiempo de la expedicion, fueron echados por los Griegos del Helesponto y de la Tracia, no lo fué él de Dorisco, no habiendo podido nadie arrojar á Mascames de aquella plaza, á pesar de las tentativas que muchos hicieron con este intento. Por tal motivo, pues, enviaba siempre regalos á aquel gobernador el rey actual de la Persia.

CVII. De todos los gobernadores que fueron echados de aquellas plazas por los Griegos, á ninguno tuvo Jerges por oficial de mérito sino solamente á Boges el de Eona. A éste jamás acababa de celebrarle, y en atencion á sus méritos honró muy particularmente á los hijos que de él quedaron entre los Persas. Y en efecto, bien mereció Boges tan grandes elogios, porque viéndose cercado por los Atenienses y por Cimon, hijo de Milciades, aunque tuvo en su mano el salir capitulando de la plaza y restituirse salvo al Asia, no quiso hacerlo, porque al rey no le pareciese que con villanía habia comprado su libertad y vida, sino que aguantó el sitio hasta la extremidad. Y cuando vió que no tenía ya más viveres en la plaza, lo que hizo fué degollar á sus hijos, á su mujer, á sus concubinas y á toda la demas familia, y muertos les pegó fuego: despues cuanto oro y cuanta plata habia en la ciudad fué esparciéndolo todo desde el muro en las corrientes del Strimon, y

concluido esto, arrojóse al cabo á sí mismo en una hoguera. Por tales hazañas es aún hoy dia muy celebrado entre los Persas.

CVIII. Desde Dorisco continuaba Jerges sus marchas camino de la Grecia, obligando á todos los pueblos que en el viaje hallaba á que le siguiesen armados, y se lo mandaba como soberano de ellos, habiendo sido conquistada toda aquella tierra, como tengo ya declarado, hasta la Tesalia, y hecha tributaria del rey, primero por Megabazo y despues por Mardonio. En el viaje desde Dorisco fué luégo pasando Jerges por las plazas de los Samotracios, la última de las cuales hácia Poniente es una ciudad que lleva el nombre de Mesambria: vecina á esta se halla Strima, que es otra ciudad de los Tasios; entre las dos corre el río Liso, cuya agua no bastó para satisfacer al ejército de Jerges, quedando agotada. Este país se llamaba antiguamente la tierra Galaica, y ahora la Briantica, y con toda propiedad debe ser tenida por la region de los Cicones.

CIX. Habiendo atravesado á pié enjuto la madre del Liso, fué siguiendo Jerges las ciudades griegas de Maronea, Dicea y Abdera, y al transitar por ellas pasó igualmente por cerca de unas célebres lagunas vecinas á dichas ciudades, cual es la laguna Ismarida que cae entre Maronea y Strima, y cual es la Bistonida, vecina á Diceas, en la que van á desaguar dos rios, el Travo y el Compsato (1). Cerca de Abdera no pasó Jerges por ningun lago notable, pero sí por el río Nestor, que por allí corre al mar. Continuando las marchas más allá de estos parajes, recorrió las ciudades mediterráneas, en una de las cuales hay una gran laguna que tendrá unos 30 estadios de circunferencia, abundante en pesca y de agua muy salobre,

(1) Maronea es hoy dia Maroqua; Abdera es Asperosa; la laguna Bistonida es Bouron; los demas nombres geográficos son para mí desconocidos.

y con todo quedó seca sólo con haber abrevado allí las bestias de carga del ejército: la ciudad dicha se llama Pistiro. Dejando las ciudades marítimas y griegas á mano izquierda, pasó Jerges adelante.

CX. Los pueblos de los Tracios por donde llevó el rey sus marchas son los Petos, los Cicones, los Bistonos, los Sapeos, los Derseos, los Edonos y los Satras (1). De estos, los que están situados en la costa del mar seguían la armada en sus naves, y los que viven tierra adentro de quienes acabo de hacer mención, todos, excepto los Satras, eran precisados á acompañar el ejército de tierra.

CXI. No ha llegado á nuestra noticia que hayan sido hasta aquí los Satras vasallos de ningún señor, habiendo sido los únicos Tracios que hasta mis días han conservado siempre su libertad. El motivo ha sido, parte por habitar unos altos montes llenos de todo género de arboleda y maleza y coronados de nieve, parte por ser sumamente guerreros. Tienen un oráculo de Baco situado en altísimas montañas; los Besos (2) son entre los Satras los encargados del santuario, y la Promantida ó sacerdotisa es la que responde, como en Delfos, á las consultas y no con más ambigüedad.

CXII. Adelantándose Jerges más allá de la region, pasó por otras fortalezas que son de los Pieres, llamada la una Fagra, y la otra Pergamo. Llevando sus marchas por cerca de dichas plazas, dejaba á mano derecha el Pangeo, monte grande y elevado, en el cual hay minas de oro y plata que

(1) Los Petos confinaban con los Cicones, cuya capital era Eno; los Bistonos tenían á Tinda por capital; los Sapeos estaban situados entre el río Melas y el Arzo en el golfo de Eno; los Edoneos cerca de la presente Filipo; los Satras ó Autonomos en el monte Hemos que los separaba de la Mesia. Estos últimos fueron avasallados por Alejandro.

(2) Los Besos, vecinos á los Satras, tenían por capital á Usucadama, llamada despues Adrianópolis.

disfrutaban los Pieres y Odomantos (1), y más que todos los Satras.

CXIII. Habiendo ya dejado á los que habitan por la parte de Bóreas á las faldas del Pangeo, que son los Peones, los Deberas y los Peoplas (2), torció hácia Poniente hasta llegar al Strimon y á la ciudad de Eiona, en donde estaba todavía de gobernador aquel Boges de quien poco ántes hice mencion. Llámase la Filis esta comarca de las cercanías del Pangeo, la cual hácia Poniente se extiende hasta el rio Angiteo que entra en el Strimon, y hácia Mediodía hasta el mismo Strimon. A este rio hicieron los magos un próspero sacrificio, degollando en honra suya unos caballos blancos.

CXIV. Despues de estos sacrificios y otros muchos hechizos con que pretendian encantar al rio, pasando por el lugar llamado *Ennea Odi* (los Nueve Caminos) de los Edonos, marcharon hácia los puentes que hallaron ya contruidos sobre el Strimon. Oyendo que aquel lugar se llamaba los Nueve Caminos (3), enterraron vivos allí mismo nueve mancebos y nueve doncellas del país. Costumbre de los Persas es enterrar á los vivos, pues oigo decir que Amestris, esposa de Jerges, siendo ya de edad, sepultó vivos catorce hijos de los Persas más ilustres, víctimas que sustituia en su lugar para aplacar á la divinidad que dicen existir debajo de tierra.

CXV. Despues que vadeado el Strimon se puso el ejército en camino, marchó por una playa que cae hácia

(1) Los Odomantos, diferentes de los Odrisios, estaban en las riberas del Strimon, confinantes con la Macedonia; los Pieres en las mismas riberas de Strimon bajo el Pangeo, rio que divide la Tracia de la Macedonia, junto al cual se refugiaron arrojados de Pieria.

(2) Estos pueblos, situados en la antigua Bisáltica, corresponden á la comarca de la presente Staraquino.

(3) Esta ciudad se llamó despues Amfipolis, al presente Chisipolis.

Poniente y pasó cerca de una ciudad griega allí situada, que se llama Argilo. Aquella region y la que sobre ella está se llama la Bisaltia. Desde allí, dejando á la izquierda el golfo que está vecino al templo de Neptuno y marchando por la llanura llamada Sileo, pasó más allá de Stagiros, ciudad griega, y llegó á Acanto (1), habiendo incorporado en el ejército estas naciones y las que ántes dije, y todas las que moran alrededor del monte Pangeo, obligando á las marítimas á seguir con sus naves la armada, y á las internadas á seguir el ejército. El camino por donde Jerges condujo sus tropas tiénelo los Tracios hasta mis dias en gran veneracion, no confundiéndolo ni sembrándolo jamás.

CXVI. Llegado el ejército á Acanto, declaró el Persa por amigos y huéspedes á los Acantios y les concedió el uniforme ó vestido de los Medos, honrándolos mucho de palabra, así por verlos prontos á la guerra, como por oír que estaba ya el foso terminado.

CXVII. Estaba Jerges en Acanto cuando de resultas de una enfermedad acabó allí sus dias Artaqueo, oficial prefecto del canal, muy valido en la corte de Jerges y en la casa de los Aqueménidas. Era en su estatura el mayor de los Persas, teniendo cinco codos régios de alto (2) ménos cuatro dedos: nadie le ganaba en lo sonoro y robusto de la voz. Mostró Jerges gran sentimiento de su muerte, y le honró con suntuosas exequias, haciendo que todo el ejército le ofreciese dones sobre el sepulcro. Hácenle los Acantios los sacrificios debidos á un héroe conforme cierto oráculo, y en ellos le invocan por su mismo nombre.

(1) Acanto es hoy Eriso, y Stagira, célebre patria de Aristóteles, ó Macra ó Libanova; en cuanto á Argilo, distaba poco de Ampipolis y de la embocadura del Strimon.

(2) Entre los Griegos la estatura regular se reputaba de cuatro codos; la de cinco era tenida por extraordinaria, y la de diez por agigantada.

En una palabra, reputaba Jerges por gran pérdida aquella muerte.

CXVIII. Los Griegos que daban acogida en sus ciudades al ejército y recibían con cena á Jerges, quedaban oprimidos con el excesivo gasto, y se veían precisados á desamparar sus propias casas. Lo cierto es que obligados los Tasio, á causa de las poblaciones que poseían en tierra firme, á dar los utensillos al ejército y la mesa á Jerges, encargado de la comision Antipatro, hijo de Orges; hombre de tanto crédito como el que más entre sus paisanos, dió al público la cuenta de haber gastado 400 talentos de plata en aquella cena.

CXIX. Y cuentas muy parecidas á esta dieron los comisarios de las otras ciudades á este fin escogidos. Hacíase el convite con tanto aparato, que muy de antemano se daba la orden y señalábase la suntuosidad con que debía celebrarse. Luégo que llegaban los pregoneros á las ciudades de aquel distrito, intimándoles el hospedaje, los moradores de ellas, contribuyendo á proporcion con el trigo que tenían, molíanlo ante todo y hacían pan para algunos meses. Buscando á más de esto las más preciosas reses, ibanlas cebando para regalo del ejército, como también las aves, así de tierra como de las lagunas, cerradas en sus caponeras y vivares. En segundo lugar, labraban vasos de oro y plata, y copas y demas vajilla para la mesa. Esta singularidad se hacía para el rey y los cortesanos sus comensales; para lo restante del ejército sólo se prevenían los bastimentos ordenados. Cuando acababa de llegar el ejército de su marcha, estaba ya preparado en su campo el pabellon real donde iba á descansar el mismo Jerges, miéntras se quedaba la tropa al cielo descubierta. Llegada la hora de la cena, entónces era cuando los huéspedes se hacían todo manos para el servicio; pero bien comidos y bebidos los hospedados, descansaban allí aquella noche, y venida la mañana, quitaban á sus huéspedes la fatiga car-

gando con la tienda y con todos los muebles y alhajas con que se iban, sin dejar cosa que no llevasen consigo.

CXX. De aquí nació aquel dicho que á este propósito dijo agudamente Megacreonte, natural de Abdera, quien aconsejó á sus Abderitas que todos, hombres y mujeres, se fueran á los templos en procesion, y allí postrados á los piés de sus dioses les suplicasen por una parte con mucho ardor tuviesen á bien librarles de la otra mitad de los males que con la vuelta de Jerges les amenazaban, y por otra les dieran gracias muy de véras por lo pasado de que el rey Jerges no acostumbrase comer dos veces al dia, porque preciso les fuera á los Abderitas, si se les ordenase darle una comida semejante á la cena, ó en caso de esperarlo, caer en una quiebra la mayor del mundo.

CXXI. Así que las ciudades, por más gravadas que quedasen, ejecutaban del mismo modo lo que se les ordenaba. Allí Jerges, despues de dar orden á los almirantes que le esperasen con su armada en Terma, ciudad situada en el seno Termeo, que de ella toma su nombre (1), licenciólos á fin de que partieran solos con sus galeras. El motivo que le movió á que allí le esperasen, fué por ser el más corto el camino que iba á tomar léjos de las costas. Desde Dorisco hasta Acanto había marchado el ejército en el orden siguiente. Habiendo Jerges dividido sus tropas en tres cuerpos, ordenó que marchase uno por la playa, siguiendo la armada naval y llevando á su frente á los generales Mardonio y Masistes; que el otro cuerpo, ordenado tambien y conducido por los jefes Tritanteemes y Gergis, hiciese su camino marchando tierra adentro; y que el tercero, en el cual iba el mismo Jerges, pasase por el camino de en medio, guiado por los caudillos Smerdomenes y Megabizo.

CXXII. La armada naval, separada ya de Jerges, navegó

(1) Al presente la famosa Saloniqui, ántes Tesalónica.

por el canal abierto en Atos, canal que llega hasta el golfo (1) en que se hallan las ciudades de Asa, Piloro, Singo y Santa. Habiendo tomado á bordo la gente de armas, continuó desde allí su derrota hácia el seno Termeo. Dobló, pues, el Ampelo, promontorio de Torona (2), y fué recogiendo las galeras y tropas de las ciudades griegas por donde pasaba, que eran Torona, Galepso, Sermila, Meciberna y Olinto, las que caen en la provincia llamada ahora Sitonia.

CXXIII. Torciendo la misma armada desde Ampelo hasta el Cannastreo, que es el cabo que más se entra en el mar en la region Palena (3), iba en todas partes recibiendo naves y milicia, á saber: de Potidea, de Afitir, de Nápoli, de Egea, de Terambo, de Scione, de Menda y de Sana, ciudades de la region que al presente se dice Palena y ántes se llamaba Flegra. Costeada esta tierra, continuaba su rumbo al lugar destinado, incorporando consigo las tropas de las ciudades que confinan con Palena y están vecinas al golfo Termeo, cuyos nombres son: Lipax, Combria, Lisas, Gigono, Campsa, Smila y Enea: la region en que están, aún ahora se llama Crosea. Desde Enea, que es la última de las referidas, tomó el rumbo la armada hácia el golfo mismo Termeo y al país Migdonio, y navegando por él, llegó á la misma ciudad de Terma y á las de Sindo y de Calestra, situada sobre el rio Axio, que separa la Migdonia de la tierra Bateida. En ésta ocupan las ciudades de

(1) Llámase ahora golfo de Contessa: ignoro el nombre moderno de sus ciudades, excepto el de Singo, que conserva el mismo nombre, no léjos del golfo de Ayomama.

(2) Ampelo es hoy día Cabo Canistro; de sus ciudades circunvecinas ninguna queda ahora.

(3) Ignoro el nombre actual de estas ciudades de Palena, region que toma el título de la ciudad de Palena ó Canistro, si se exceptúa la de Potidea, que es al presente Schiatti, y la de Enea, que parece ser la ciudad de Moncastro.

Yenas y de Pella (1) aquel pequeño distrito que corre hácia la playa.

CXXIV. Aquí, cerca del rio Axio, no léjos de la ciudad de Terma y de las otras ciudades intermedias, plantó sus reales la armada naval, esperando la llegada del rey. Entretanto, Jerges, con el objeto de llegar á Terma, habiendo salido de Acanto con el ejército, venia marchando por lo interior del continente. Llevaba su camino por la region Peónica y por la Crestónica, siguiendo el rio Equidoro, el cual nacido en tierra de los Crestoneos, corre por la Migdonia, y pasando cerca de una laguna que está sobre el rio Axio, desagua en el mar.

CXXV. Caminando el ejército por aquellos parajes, sucedia que los leones acometian á los camellos del bagaje, con la particularidad que, dejando de noche sus moradas y escondrijos, solamente en ellos hacian presa, sin tocar á ninguna otra bestia de carga, ni embestir á hombre alguno. Confieso que de esto me maravillo, por no saber cuál pudo ser entónces la fuerza que obligase á los leones á embestir solamente contra los camellos, animales que nunca ántes habian visto, ni sentido, ni experimentado.

CXXVI. Hállanse por aquellas partes muchos leones y tambien muchos búfalos, cuyas astas, de extraordinaria magnitud, suelen llevarse á la Grecia. Los términos hasta donde llegan dichos leones son, uno el rio Nesto, que pasa por Abdera, y el otro el rio Aquelóo, que corre por Acarnania; pues ni más allá del Nesto, por la parte de Levante, ni por la de Poniente más allá del Aquelóo, nadie verá leon alguno en lo demás de la Europa ni en lo que resta de tierra firme, de suerte que sólo se crían en el distrito que cae entre dichos rios.

CXXVII. Llegado Jerges á la ciudad de Terma, hizo alto

(1) Pella, antigua capital de Macedonia, hoy Janitza ó Galatísia; el rio Axio, es conocido en el dia con el nombre de Vardari.

allí con todo su ejército, el cual, acampado por las orillas del mar, ocupaba toda la tierra que, empezando de la dicha ciudad de Terma y de la de Migdonia, se extiende hasta los ríos Lidias y Halacmon (1), que sirviendo de límite á la region Botieida y Macedónica, van á juntarse en una misma madre. Acampados, pues, los bárbaros en estas llanuras, se vió que el Equidoro, uno de los ríos mencionados que baja de la tierra de Crestona, no bastó él sólo para satisfacer el ejército, sino que se quedó sin agua.

CXXXVIII. Como viese Jerges desde Terma aquellos dos montes altísimos de la Tesalia, el Olimpo y el Osa, informado de que por un estrecho valle que média entre ellos corría el río Peneo, y oyendo al mismo tiempo que por allí había camino para Tesalia, vinole deseo de ir en una nave á contemplar la desembocadura del Peneo. Moviése á ello por haberse ya resuelto á seguir el otro camino de arriba, que por medio de la alta Macedonia guía á los Perreos pasando por la ciudad de Gonno, asegurado de que este viaje sería el más seguro. Lo mismo fué presentársele tal idea que ponerla por obra. Embárcase en una nave sidonia, de la que hacía su capitana siempre que le venía en voluntad alguna de estas excursiones, y levanta bandera para que le sigan las otras, dejando allí sus tropas. Llegado á su destino y contemplada la boca del río, quedó muy maravillado con aquella perspectiva. Llamó despues á los que de guía le servían para el camino, y les preguntó si podría el río ir por otra parte á desaguar en el mar.

CXXXIX. Corre en efecto una tradicion que en lo antiguo era la Tesalia toda una gran laguna cerrada por todas partes con unos muy elevados montes, porque por la parte que mira á Levante la ciñen dos montes, el Pelion y el Osa (2), cuyas raíces están entre sí pegadas; por la parte

(1) De estos dos ríos, el Lidias es al presente Castoro, y el Halacmon el Bistrisa, ó segun otros, el Pelecas.

(2) De los montes que ciñen la Tesalia, el Pelion se llama Petras

del Bóreas la rodea el Olimpo; por la de Poniente el Pindo, y por la de Mediodía y del Noto el Otris: lo que en medio resta circuido por dichos montes, era la Tesalia, comarca de tierra baja. Concurrén, pues, hácia ella, dejando aparte otros rios, estos cinco muy célebres: el Peneo, el Apidano, el Onocono, el Enipeo y el Pamiso, los cuales bajando de los mencionados montes que rodean de todas partes á la Tesalia, y juntándose en aquella llanura, dirigen todos al cabo su curso hácia el mismo valle, y éste bien angosto, confundiendo sus aguas en una corriente. Desde el lugar en que se juntan álzase el Peneo con el nombre de los demas, haciendo anónimos á los otros. Es fama, pues, que ya en los tiempos antiguos, no existiendo todavía aquel barranco, ni teniendo el agua salida por él, concurrían allá con sus aguas los mismos rios que ahora, y á más de ellos la laguna Bebeida; de suerte que no teniendo dichos rios los mismos nombres que al presente tienen, llevaban la misma agua y hacían con ella de la Tesalia toda una gran llanura de mar. Los Tésalos mismos dicen que Neptuno fué quien abrió el canal por donde corre el Peneo; y razon tienen en lo que dicen, pues cualquiera que crea á Neptuno el dios de los terremotos, cuyas obras sean las aberturas que estos producen, no ha menester más que ver aquella quebrada, para decir que es cosa hecha por Neptuno, siendo á mi parecer efecto de algun terremoto la separacion de aquellos montes.

CXXX. Volviendo ya á los conductores de Jerges, preguntados estos por él si tenía el Peneo alguna otra salida para el mar, bien seguros de lo que le decían le respondieron:—«No, señor, no tiene este rio ninguna otra salida que llegue al mar, ésta es la única, estando toda la Tesalia coronada alrededor de montañas.» A lo cual se dice

en el día; el Osa, Cassavo ú Olira; el Olimpo, Laca ó Eldos; el Pindo Mezzovo: entre sus rios, el Peneo es el moderno Salambria; el Apidano es el actual Epideno; los otros son ménos conocidos.

que replicó Jerges:—«Son sin duda los Tésalos hombres hábiles y prudentes, pues muy de antemano han puesto á cubierto sus Estados, retirándose del partido de la Grecia, así por varios motivos, como por ver que su país era fácil de ser sorprendido y en breve subyugado. Para esto no habia más que hacer sino cerrar con un terraplen este barranco, y cegado el canal elevar el rio sacado de madre, echándole sobre las campiñas, con que se lograria anegar todo el llano de la Tesalia, quedando solamente libres los montes. Con esto aludia Jerges á los hijos de Alevas, los primeros entre los Griegos que habian entregado la Tesalia al rey, quien estaba persuadido de que se le entregaban en nombre de toda la nacion. Dicho esto, y observado bien el país, hizose Jerges á la vela para volver á Terma.

CXXXI. Cerca de Pieria (1) detúvose Jerges algunos dias: el motivo fué el aguardar que la tercera parte de sus tropas desmontase la maleza en las montañas de Macedonia, abriendo por ellas camino al ejército hácia los Perrebos. En este intermedio iban volviendo los mensajeros que habian sido destinados á la Grecia á pedir la entrega del país; unos volvian frustrado su intento; otros con el ofrecimiento de la tierra y el agua.

CXXXII. Los pueblos que le prestaron vasallaje fueron los Tésalos, los Dólopes, los Enienes, los Perrebos, los Locros, los Maquesianos, los Melienses, los Aqueos de Pitia, los Tebanos con los demas Beocios (2), exceptuando los Tespienses y los Plateenses. Los otros Griegos, empeñados en hacer la guerra al bárbaro, hicieron un tratado, solemnemente juramentados contra los que se entregaron,

(1) Hoy dia Veria, entre el Axio y el Peneo.

(2) De las doce comunidades griegas asociadas á la Asamblea Anfictiónica, nueve, segun se ve declaráronse por el Persa. El juramento que los demás Griegos leales hicieron de repartirse los bienes de los infieles fué antes de la batalla de Plateas, si bien la humanidad de Temistocles, conseguida la victoria, impidió se llevase á efecto.

que la décima parte de los bienes de todo pueblo griego que, sin verse á ello precisado, de su voluntad se hubiese entregado al Persa, sería confiscada despues de verse la Grecia fuera ya de aquel apremio, y sería consagrada en Delfos al dios Apolo. En estos términos estaba concebido el juramento de los Griegos.

CXXXIII. No habia Jerges hecho partir heraldos ni para Atenas ni para Esparta, escarmentado en los que ántes envió allá Darío. Sucedió, pues, entónces, que habiendo Darío pedido la obediencia de aquellas ciudades, parte de los enviados á pedirla fueron arrojados en el bátrato, abertura profunda destinada en Atenas á los malhechores, parte en un pozo, con la insolente zumba de mandarles que ellos mismos del bátrato y del pozo tomaran el agua y la tierra para su Darío. Esto fué lo que movió á Jerges á no enviar despues otros con la misma demanda. No sabré decir qué mal les viniese á los Atenienses en pena de haber violado así á los tales heraldos (1), á no ser que por ello digamos que su ciudad fué pasada á sangre y fuego, si bien creo que otra fué la causa.

CXXXIV. Dejóse sentir entre los Lacedemonios la ira de Taltibio, que habia sido el pregonero de Agamemon. Hay en Esparta un templo de Taltibio, y los descendientes de éste, llamados los Taltibiadas, tienen el privilegio de ejecutar todas las embajadas que por medio de heraldos suele hacer Esparta. Sucedió, pues, á los Espartanos, que despues del insulto contra los heraldos de Darío no podian en sus sacrificios lograr una víctima de buen agüero. Llevando los Lacedemonios muy de mala gana aquella desventura, juntáronse muchas veces públicamente á deliberar sobre ella, y mandaron pregonar un bando en esta forma: «Quién era aquel Lacedemonio que quisiera ofrecerse á la

(1) De ahí se ve cuán sagrado se miraba el derecho de gentes en este punto. Pausanias atribuye la ruina de Milciades al consejo que dió á los Atenienses de semejante atrocidad.

muerte por Esparta.» No faltaron dos varones en prendas personales y en riquezas distinguidos, llamado el uno Spertias, hijo de Aneristo, y el otro Bulis, hijo de Nicolao, quienes de su voluntad se ofrecieron á pagar la pena á Darío en venganza de la muerte dada á sus heraldos en Esparta: con esto los Espartanos enviaron á los Medos estas dos víctimas destinadas al suplicio.

CXXXV. Ni fué más digno de admiracion el ánimo de estos héroes que el denuedo con que acompañaron su discurso; porque emprendido el viaje para Susa, presentáronse á Hidarnes, señor Persa, que se hallaba de general en las costas y fuertes del Asia menor, el cual, convidándoles con su casa y tratándoles como á huéspedes y amigos, hablóles así:—«¿Por qué, oh amigos Lacedemonios, mostrais tanta aversion á la amistad con que el rey os convida? En mi persona y en mi fortuna teneis á vista de ojos una prueba evidente de cómo sabe el rey honrar á los sujetos de mérito y á los hombres de valor. En vosotros mismos experimentarais otro tanto si quisierais declararos por vasallos del rey, quien, como está de vuestras prendas bien informado, haria sin falta que fuese cada uno de vosotros gobernador de alguna provincia de la Grecia.» A lo cual respondieron:—«Este tu aviso, Hidarnes, por lo que á nosotros mira no tiene igual fuerza y razon que por lo que mira á tí, tú que nos lo das; si sabes por experiencia el bien que hay en ser vasallo del rey, pero no el que hay en ser libre é independiente. Hecho á servir como criado, no has probado jamás hasta ahora si es ó no dulce la independencia de un hombre libre; si la hubieses alguna vez probado, seguros estamos que no sólo nos aconsejariais que la mantuviéramos á punta de lanza, sino á golpe de segur ofreciendo el cuello al acero.» Así contestaron á Hidarnes.

CXXXVI. Llegados ya á Susa y puestos en presencia del rey, lo primero en que mostraron su libertad fué en responder á los alabarderos, que pretendian obligarles á

que postrados adorasen al rey, que nunca harian tal, por más que diesen con ellos de cabeza en el suelo, pues ni ellos tenian la costumbre de adorar á hombre ninguno, ni á tal cosa habian venido; lo segundo, despues de haber porfiado en no quererse postrar, encarándose con el rey le hablaron en esta sustancia:—«Monarca de los Medos, venimos acá enviados de parte de los Lacedemonios para pagarte la pena que te deben por haber hecho morir en Esparta á tus heraldos.» A esta declaracion y oferta respondió Jerges, con gran bizzarria de ánimo, que no imitaria en aquello á los Lacedemonios; que ellos en haber puesto las manos en sus heraldos habian violado el derecho de gentes, pero él, muy ajeno de practicar lo que en ellos reprehendiera, no declararia á los Lacedemonios, dandoles la muerte, por libres y absueltos de su culpa y suplicio merecido.

CXXXVII. Lo que con esto lograron los Espartanos fué que se aplacó por entónces la ira vengativa de Taltibio, no obstante de haberse restituido á Esparta los dos enviados Spertias y Bulis, si bien dicen los Lacedemonios que se irritó mucho despues su furor en la guerra de los Peloponesios y Atenienses. Soy de opinion que lo que despues contra ellos sucedió, fué cosa del todo divina; pues así lo pedia la justicia y disposicion de Dios, que una vez declarada contra los enviados la ira de Taltibio, no cesase hasta salir con su intento. Pero lo que más hace ver que anduvo en este negocio la mano de Dios, es el haberse descargado el golpe en los hijos de aquellos dos hombres que se habian presentado al rey para aplacar el enojo de Taltibio, esto es, en Nicolao, hijo de Bulis, y en Aneristo, hijo de Spertias, el último de los cuales, navegando en una urca bien armada de gente, apresó á los pescadores de Tirinto. Lo que sucedió respecto de Nicolao y Aneristo fué que, habiendo sido enviados por mensajeros al Asia de parte de los Lacedemonios, fueron cogidos cerca de Bisante,

lugar del Helesponto, descubiertos á traicion por el rey de los Tracios Sitalces, hijo de Tereo, y por cierto Pites, de nacion Abderita. Conducidos despues al Atica, fueron condenados á muerte por los Atenienses, en compañía de Aristeas, hijo de Adimanto y natural de Corinto: todo lo cual sucedió muchos años despues de la expedicion del rey.

CXXXVIII. Mas para volver á tomar el hilo de la historia, el pretexto de aquella armada del rey era hacer la guerra contra Atenas, y el fin y motivo verdadero el embestir á toda la Grecia. Informados los Griegos mucho tiempo ántes de lo que les aguardaba, no todos miraban con unos mismos ojos aquel nublado. Los que habian prometido al Persa el homenaje, entregándole la tierra y el agua, vivian muy satisfechos de que nada tendrian que sufrir de parte del bárbaro; pero los que no le habian prestado vasallaje, hallábanse llenos de miedo, nacido de ver que la Grecia carecia de armada naval capaz de contrastar á la que contra ella venía, y que muchos Griegos, prontos á la obediencia de los Medos, no querian tomar parte con ellos en aquella guerra.

CXXXIX. Véome aquí obligado á decir lo que siento, pues aunque bien veo que en ello he de ofender ó disgustar á muchísima gente, con todo, el amor de la verdad no me da lugar á que la calle y disimule. Afirмо, pues, que si asombrados los Atenienses de ver sobre sí el peligro hubieran desamparado su región, ó si quedándose en casa se hubieran entregado á Jerges, no se hallara sin duda nacion alguna que por mar se hubiese atrevido á oponerse al rey. Y en caso de que nadie por mar hubiera podido resistir á Jerges, creo que por tierra no hubiera podido menos de suceder que, por más baluartes y rebellines con que cubrieran y ciñeran el Istmo los Peloponesios, con todo, desamparados al cabo los Lacedemonios de sus aliados, que lo habrian hecho, obligados á despecho suyo al ver sus ciudades tomadas por la armada del bárbaro; vién-

dose sólo, repito, hubieran sí recibido al enemigo con las armas en la mano, pero haciendo prodigios de valor que-
 daban todos en el palenque. De suerte que por necesaria
 consecuencia, ó hubieran acabado así los Lacedemonios,
 ó viendo ántes de este lance que se echaban todos los de-
 mas Griegos al partido del Medo, hubieran ellos también
 capitulado con Jerges, y así en uno y otro lance quedara
 la Grecia en poder de los Persas, pues no alcanzo por
 cierto de qué hubieran podido servir las fortificaciones
 construidas sobre el Istmo, si el rey hubiera logrado la
 superioridad en el mar. Lo cierto es que, atendido lo que
 pasó, quien diga que los Atenieses fueron los salvadores
 de la Grecia, razon tendrá para decirlo, pues su situacion
 era tal, que debia la fortuna seguir cualquiera de los dos
 partidos á que ellos se inclinaron. De donde habiendo ele-
 gido el partido de conservar libre á la Grecia, fueron sin
 duda los que impidieron la esclavitud de los que en ella
 no se habian entregado al Medo, y los que naturalmente
 hablando arrojaron de ella á aquel soberano; en lo que
 mostraron su valor, no pudiendo recabar de ellos los orácu-
 los espantosos y llenos de terror que de Delfos les venian,
 que dejasen los intereses de la Grecia, resueltos á hacer
 eara al enemigo que les ombestia y quedarse firmes en su
 patria.

CXL. Enviando, pues, á Delfos sus diputados religiosos,
 querian saber lo que el oráculo les prevendria. Practica-
 das allí todas las ceremonias legitimas cerca del templo,
 lo mismo fué entrar con la súplica en el santuario que
 vaticinarles lo siguiente la Pythia, por nombre Aristónica:
 —«¡Infeliz! ¿qué es lo que pides con tus súplicas? Deja tu
 paterna casa, deja la cumbre suma de tu redondo alcázar.
 No quedará segura tu cabeza, no tu cuerpo, no la mano,
 no la última planta, nada resta del medio del pecho: todo
 caido lo abrasa voraz la asiria llama, todo lo tala ligero el
 sirio carro de Marte: mucha almena cae, y no sola la tuya

propia; devora ya la furia de la llama mucho templo, que miro bañado al presente de sudor líquido y trémulo de miedo; corre de la cúpula la negra sangre de forzosos azares vaticinadora. Ea, fuera, digo, de mi cámara; salid en mal hora» (1)•

CXLI. Al oír tales cosas, los enviados de Atenas á la consulta quedaron sorprendidos de tristeza y congoja. Viéndoles en aquella consternacion y abatimiento de ánimo por lo terrible del oráculo, Timon, hijo de Aristobulo, uno de los sujetos de primera reputacion en Delfos, dióles el consejo de que en traje de suplicantes, y con un ramo de olivo en las manos, entrasen de nuevo á consultar el oráculo. Vinieron en ello los Atenienses, y se explicaron en estos términos:—«No nos negareis, señor y dueño, un oráculo mejor á favor de la patria, en atencion siquiera á nuestro dolor, que declara este olivo que llevamos, insignia de unos infelices refugiados. En caso negativo, no pensamos en partirnos de este mismo asilo en donde inmóviles nos cogerá ántes la muerte.» Habiendo así hablado, respóndeles segunda vez la Promántida:—«Ni con halago ni con estudio sabe Palas aplacar al Olimpio Júpiter en tal enojo: firme como un diamante es otro oráculo que pronunció. Cuanto cierra dentro el muro de Cécrope, cuanto cubre el sacro retiro del divino Citeron, todo ser cogido: ni cede pródigo Júpiter á Tritónida más que un muro de madera nunca tomado, que sirva de asilo para ti y para tu descendencia. No quiero que sufras el impetu del caballo, ni de tanto infante que pasa desde el Asia: cede vuelta la cara, aunque delante le tengas. ¡Oh Salamina la fausta! ¡oh cuánto hijo de madre perderás tú, ó bien Céres se una ó se separe!»

(1) Bien pudiera la Pythia sin auxilio de Apolo adivinar lo futuro, viendo el Asia toda armada contra Atenas, aunque no de balde dulcificaría el vaticinio, vendiendo amenazas, ya á los Persas, ya á los Tésalos, ya á los Atenienses.

CXLII. Habiendo los enviados tomado por escrito esta segunda respuesta, que parecia ser y era realmente más blanda y suave que la primera, dieron la vuelta para Atenas. Luego que regresaron, como en un congreso del pueblo diesen razon del un oráculo, entre otras varias interpretaciones de los que lo examinaban, dos habia que se miraban por más fundadas y graves. Era una la de algunos ancianos, diciendo que lo que aquel dios les significaba á su parecer en el oráculo, era que el alcázar les quedaria salvo y libre; dando por razon que la fortaleza de Atenas estaba en lo antiguo defendida con una estacada, y conjeturando que esta valla deberia ser la muralla de que hablaba el oráculo. Otros decian, por otra parte, que aludia el dios á las naves, y eran de sentir que dejando lo demas se alistase la armada, si bien estos que entendian las naves por aquel muro de madera no veian claro el sentido de los dos últimos versos que decia la Pythia: «¡Oh Salamina la fausta! ¡oh cuánto hijo de madre perderás tú, ó bien Céres se una ó se separe!» Estos versos, repito, ponian en confusion á los que tomaban las naves por aquel muro de leño, por cuanto los intérpretes de esta opinion los entendian de modo como si fuera necesario que los Atenienses dispuestos á una batalla naval quedasen vencidos cerca de Salamina.

CXLIII. Habia entre los Atenienses un sujeto que poco ántes habia empezado á ser tenido por uno de los políticos de más alta reputacion, por nombre Temistocles, hijo de Neocles. Decia este insigne varon, que los intérpretes no daban de lleno en el blanco del oráculo, y alegaba que si aquel verso recayera de algun modo contra los Atenienses, no se explicara el oráculo con tanta blandura, ántes bien dijera, ¡oh fatal Salamina! en vez de decir ¡oh Salamina la fausta! puesto que los moradores debiesen perecer cerca de ella, y que tomando el vaticinio por el verso que les convenia, la verdad era que aquel oráculo lo habia

dato Dios contra los enemigos y no contra los de Atenas. Con estas razones aconsejaba Temistocles á sus conciudadanos que se dispusiesen para una batalla naval, creyendo que esto significaba el muro de madera. Este parecer de Temistocles hizo que los Atenienses tuvieran por mejor lo que él les decia, que no lo que juzgaban los demas consultores, quienes no convenian en que se preparasen para dar la batalla de mar, ántes pretendian que dependiese toda su salud de no levantar ni un dedo contra el Persa, sino de abandonar el Atica é irse á vivir á otra region.

CXLIV. Antes de este parecer, habia dado ya Temistocles otro que en las circunstancias actuales fué un arbitrio muy oportuno. Habia sucedido que teniendo los Atenienses mucho dinero público, producto sacado de las minas de Laurio, y estando ya para repartirlo á razon de diez minas por cada uno, supo persuadirles Temistocles que, dejado aquel reparto, prefiriesen hacer con aquel dinero 200 naves para la guerra que traian con los de Egina. Y en efecto, emprendida ya dicha guerra, fué la salud de la Grecia, por haberse visto obligados en ella los Atenienses á hacerse una potencia maritima, habiendo sucedido la cosa de manera que aquellas naves, sin servir al fin para que se habian fabricado, pudieron ser muy del caso á la Grecia en la ocasion presente. Ni se contentaban los Atenienses con las naves ya hechas, sino que al mismo tiempo iban fabricando otras en sus astilleros, puesto que habian determinado, despues de recibido aquel oráculo, salir al encuentro al bárbaro que contra ellos venia, embarcados todos juntos con los demas Griegos que quisiesen seguirles, persuadidos de que en aquello obedecian al dios Apolo. Hé aqui lo tocante á los oráculos dados á los de Atenas.

CXLV. En un congreso general de los Griegos en que se juntaron los diputados de los pueblos que seguian el

partido más sano (1), despues de haber conferenciado entre sí y asegurádose mutuamente con la fe pública, en las sesiones que luégo tuvieron, parecióles que lo que más convenia ante todas cosas era reconciliar los ánimos de todos aquellos que entónces estaban haciéndose entre sí la guerra; porque á más de la que se hacian los Atenieses y los de Egina, no faltaban algunos otros pueblos que ya habian empezado sus hostilidades, si bien eran las de los Atemenses las que más sobresalian. Despues de este acuerdo, oyendo decir que Jerges con su ejército se hallaba ya en Sardes, resolvieron enviar al Asia menor exploradores que revelasen de cerca las cosas de aquel soberano; despachar embajadores á Argos para ajustar una alianza contra el Persa; otros á Sicilia para negociar con Gelon, hijo de Dinomenes; otros á Corcira para animar aquellos isleños al socorro de la Grecia, y otros finalmente á Creta; todo con la mira de ver si sería posible hacer una liga de la nación griega en que todos los pueblos quisiesen ir á una contra aquel enemigo comun, que á todos venía á embestirles. Y por lo que mira á Gelon, la fama hacía tan grandes sus fuerzas, que de mucho las anteponia á todas las demas de los Griegos.

CXLVI. Tomadas dichas resoluciones y ajustadas entre ellos las desavenencias, lo primero que por obra pusieron fué enviar al Asia tres exploradores, quienes llegados á Sardes y bien enterados de lo que al ejército del rey concernia, como hubiesen sido sentidos y descubiertos, fueron puestos á cuestion de tormento y encarcelados por los generales de la infantería, que les condenaron á muerte. Llegado el asunto á oídos de Jerges, mereció tal sentencia la indignacion del soberano, quien al punto, enviando allá algunos de sus alabarderos, dió la órden que, si hallaban vivos aquellos espías, los condujeran á su pre-

(1) Túvose en Corinto este congreso.

sencia. Quiso la suerte que no se hubiera aún ejecutado la sentencia, y fueron con esto conducidos delante del rey; y como él les preguntase á qué fin habian venido, oida la respuesta, mandó á sus alabarderos que los guiasen y mostrasen todas sus tropas así de á pié como de á caballo, y que habiéndolas contemplado á todo su placer y gusto, les dejasen ir libres y salvos á donde quiera que intentasen partir.

CXLVII. Y la razon que dió Jerges de ordenarlo así fué, que si perecian aquellos exploradores, sucederia que ni supieran los Griegos de antemano que él viniese con un ejército mayor de lo que creerse podia, ni seria grande el perjuicio que recibieran sus enemigos con la muerte de tres hombres solos; pero que si volvian éstos á la Grecia, añadía, tenia por cierto que los Griegos, sabedores ántes de su llegada de cuán grandes eran sus fuerzas, cederian á las pretensiones de su misma libertad y lograria con esto sujetarles sin la fatiga de pasar allá con sus tropas. Este modo de pensar es conforme á lo que en otra ocasion resolvió Jerges, cuando hallándose en Abidos vió que bajaban por el Helesponto unos bastimentos cargados de trigo que desde el Ponto llevaban á Egina y al Peloponeso. Apenas oyeron los oficiales de su comitiva que aquellas eran naves enemigas, disponíanse para salir á la presa clavando en el rey los ojos á ver si luégo se lo mandaba. Preguntóles entónces Jerges á dónde iban aquellos bastimentos; y los oficiales:—«Van, señor, le respondieron, á nuestros enemigos con esa provision de trigo.—Pues ¿no vamos nosotros, replicó Jerges, al mismo lugar què ellos, abastecidos de viveres y mayormente de trigo? ¿Qué injuria nos hacen con trasportar esos bastimentos?» Volviendo, pues, á los exploradores, despues que todo lo registraron, puestos en libertad, regresaron á Europa.

CXLVIII. Los Griegos confederados contra el Persa, despues de vueltos ya los exploradores, enviaron segunda

vez embajadores á Argos. Cuentan los Argivos, que supieron desde el principio los preparativos del bárbaro contra la Grecia, y como entendiesen y tuviesen por seguro que los Griegos les convidarian á la alianza contra el Persa, enviaron á Delfos diputados para saber del oráculo qué era lo que mejor les estaria en aquellas circunstancias; que el motivo que á ello les impulsó fué ver que acababan de perder seis mil ciudadanos que habian perecido á manos de los Lacedemonios capitaneados por Cleomenes, hijo do Anaxandrides; y que la Pythia dió esta respuesta á sus consultores:—«Oh! tú, odiado de tus vecinos, querido del alto cielo, quédate cauto dentro tu recinto; guarda bien tu cabeza que ha de salvar tu cuerpo.» Tal fué la respuesta que les dió la Pythia, segun despues los diputados á su regreso entrados en el Senado les dieron cuenta de las órdenes que de allá traian; y con todo respondieron los de Argos á la propuesta hecha por los Griegos, que entrarían en la liga con dos condiciones: una la de hacer la paz por treinta años con los Lacedemonios; otra que se les diera por mitad el imperio de todo el ejército aliado, pues por más que en todo rigor de justicia les tocase el imperio total de las tropas (1), con todo se contentaban con solo la mitad del mando.

CXLIX. Esta respuesta, dicen los de Argos, dió su Senado, no obstante que el oráculo les prohibiera entrar en liga contra los Griegos; de suerte que en medio del temor que les causaba el oráculo, querian hacer seriamente un tratado de paz por treinta años, con la mira de que creciera entretanto hasta la edad varonil su juventud. Dan por razon de estas pretensiones que no querian exponerse á quedar en lo porvenir por vasallos de los Lacedemonios, como era de temer que sucediese, si ántes de concertar

(1) Esta pretension alude á la guerra de Troya en que capitaneaba el rey de Argos.

aquella suspension de armas con ellos, se les añadiera á las desgracias anteriores algun nuevo tropiezo en la guerra contra el Persa. Añaden que los embajadores de Esparta respondieron en su Senado, que por lo tocante al tratado de paz darian parte á su república; pero que acerca del mando del ejército, venian ya con el encargo de responder en nombre de los Espartanos, que estos tenian sus dos reyes, no teniendo sino uno los de Argos; que no era posible despojar del imperio á ninguno de los dos, y que ellos no se opondrían á que el rey de Argos tuviese un poder y mando igual al de los suyos (1). Por estas razones, añaden los Argivos que, no pudiendo sufrir la insolencia y soberbia de los Espartanos, ántes quisieron ser gobernados de los bárbaros, que ceder en nada á los Lacedemonios, y que en fuerza de esta resolucion, intimaron á los embajadores que ántes de ponerse el sol saliesen de los dominios de Argos, pues de otra manera les mirarian como enemigos.

CL. Hé aquí cuanto refieren los Argivos sobre este caso; pero corre por la Grecia otra historia, á saber, que Jerges, ántes de emprender la expedicion contra ellos, envió un heraldo á la ciudad de Argos, quien llegado allá les habló en estos términos:—«Caballeros Argivos, mándame el rey Jerges que os diga de su parte lo siguiente: Nosotros los Persas vivimos en la inteligencia de que Perses, de quien somos descendientes, era hijo de Perseo, el hijo de Danae, y que Perses tuvo por madre á Andrómeda, la hija de Cefeo; de donde venimos nosotros á ser descendientes vuestros. Siendo pues así, no será razon ni que hagamos

(1) No se comprende cómo los embajadores insisten tanto en sus dos reyes Espartanos, cuando pocos años ántes se habia tomado la providencia de que uno de los dos solamente saliera á campaña; ni ménos cómo el rey de Argos, rey de nombre solamente, quisiera igualarse en el mando al de Esparta, á no decir que eran estas razones pretextos estudiados para conseguir cada parte su pretension.

nosotros la guerra contra nuestros primogenitores, ni que vosotros, confederados con los demas, seais contrarios nuestros. Vuestro deber será manteneros quietos y neutrales, pues si el negocio me saliese como deseo y espero, sabed que á nadie pienso hacer mayores mercedes que á vosotros.» Dicese, pues, que tal propuesta ni la oyeron los Argivos de mala gana, ni les pareció digna de desprecio; si bien nada ajustaron en el momento con el Persa, ni entraron en pretension alguna; pero cuando los Griegos los solicitaron para la liga, bien persuadidos de que los Lacedemonios no vendrian en concederles el mando de las tropas, pretendieron entónces parte del mismo pretexto de que se valieron para mantenerse quietos y neutrales.

CLI. No faltan Griegos que en confirmacion de lo referido cuentan otra historia, que pasó muchos años despues, de esta manera: Dicen que sucedió hallarse en Susa la Memnonia los embajadores de Atenas, Calias, el hijo de Hipomónico, y los que en su compañía habian subido á aquella corte encargados de un negocio diferente del que traian otros embajadores enviados allí por los de Argos; que éstos preguntaron á Artajerges, hijo y sucesor de Jerges, si subsistia aún en su vigor la paz y amistad que tenian ellos concertada con Jerges, ó si les miraba ya como enemigos, y que les respondió el rey Artajerges que en verdad quedaba el tratado en su vigor, y tanto que á ninguna ciudad miraba él por más amiga de la corona que á la de Argos.

CLII. Pero no me atrevo á asegurar si Jerges envió ó no á Argos al tal heraldo con aquella embajada, ni si hicieron dicha pregunta á Artajerges los embajadores de los Argivos subidos á Susa, ni diré sobre ello otra cosa diferente de la que refieren los mismos Argivos. Sé decir únicamente que si salieran á plaza todos los hombres cargados con sus males acuestas, con la mira de trocar su hatillo con el de otro, echando cada cual los ojos y mirando los males de su vecino, tornarian á toda prisa á cargar con sus

mismas alforjas, y se volverian con ellas de mil amores á su propia casa. De donde digo que no hay por qué notar con particular infamia á los Argivos. Por lo que á mí toca, miro como un deber de referir lo que se dice, pero no de creerlo todo; y quiero que esta mi prevencion valga en toda mi historia, ya que corre tambien otra voz que los Argivos fueron los que llamaron al Persa contra la Grecia, por haberles salido muy mal la guerra contra los Lacedemonios, queriendo vengarse por cualquier vía de sus enemigos, ántes que sufrir la pena de verse sujetos y vencidos.

CLIII. Y con esto llevo ya dicho lo que á los Argivos pertenece. Por lo que mira á Sicilia, á más de los embajadores enviados á negociar con Gelon de parte de los confederados, fué destinado al mismo fin Siagro en nombre de los Lacedemonios. Para decir algo de Gelon, es de saber que uno de sus abuelos, colono y morador en Gela, fué natural de la isla de Telo, situada cerca de Triopio (1); á éste quisieron tener consigo los Lindios oriundos de Rodas, cuando fundaron á Gela juntamente con Antifemo. Andando despues el tiempo, sucedió que sus descendientes vinieron á perpetuar en aquella familia el sacerdocio de las diosas infernales, cuyos hierofantes eran, desde que uno de ellos, por nombre Telines, se posesionó de aquel ministerio del modo siguiente: Avino que unos ciudadanos de Gela vencidos en cierta discordia y sedicion, huyendo de su patria, pasaron á Mactorio, ciudad situada sobre Gela. Telines, sin el socorro de tropas, armado solamente con el aparato y monumentos sagrados de aquellas diosas (2), logró restituir á Gela aquellos fugitivos.

(1) Telo se llama al presente Piscopia, y Gela Terranova, ó segun otros, Alicate.

(2) Mactorio hoy Mazzarino. En cuanto á los monumentos sagrados de Telines, paréceme que serian algunos idolillos con la pompa y paramentos sacerdotales usados en los sacrificios de Ceres y de Proserpina, que pudieron ser introducidos por los Rodios venidos en colonia á Gela desde el Triopio ó cabo Eris.

No sabré decir en verdad quién fué el que le dió aquellos misterios y ceremonias, ó de qué manera llegaron á sus manos: sé tan sólo que lleno de confianza en ellas obtuvo la vuelta de los desterrados, con el pacto y condicion de que en el porvenir debiesen ser sus descendientes hierofantes ó sacerdotes de dichas diosas. Lo que de cierto no deja de causarme mucha admiracion, es oír que saliese con tal empresa un hombre como Telines, pues fué una de aquellas hazañas que no son para cualquiera, sino propias de un político de talento y soldado de valor; siendo así que Telines, segun es fama entre los vecinos de Sicilia, léjos de tener ninguna de estas dos prendas, era naturalmente hombre afeminado y cobarde y dado á las delicias. En resolucion, este fué el modo con que obtuvo aquella dignidad.

CLIV. Muerto ya Cleandro, hijo de Pantareo, al cual, despues de siete años de dominio ó tiranía en Gela, quitó la vida Sabilo, de patria Geloo, se apoderó del mando de la ciudad Hipócrates, hermano del difunto Cleandro. En el reinado de Hipócrates, como Gelon, descendiente del hierofante Telines, hubiese sido uno de los que mucho se distinguieron en valor y prendas, en las que otros particularmente lucian, y en especial Enesidano, hijo de Patacio y alabardero de Hipócrates, no pasó mucho tiempo sin que por su virtud y mérito fuera aquél nombrado general de caballería. Bien merecido tenta Gelon el empleo, porque sitiando Hipócrates á los Calipolitas, á los Naxios, á los Zancleos, á los Leontinos, á los Siracusanos (1), y además de estos á muchos de los bárbaros, en todas estas guerras habia hecho brillar muy particularmente su valor y habilidad. Y en efecto, ninguna de las ciudades que acabo de

(1) Calpolis, ciudad de Sicilia, vecina á Mesina; Naxos, despues Tauromenium, ahora Tauromina; Zancle, despues Mesana, al presente Mesina; Leoncio, hoy Leontí: Bárbaros llamaban los colonos Griegos de Sicilia á los Sicelos ú originarios del país.

citar pudo librarse de caer en manos de Hipócrates, sino es la de los Siracusanos, y áun éstos, derrotados y vencidos por él cerca del rio Eloro, necesitaron de los ciudadanos de Corinto y de Corcira para librarse de su dominio, y se libraron por medio de un ajustamiento, en fuerza del cual obligáronse los Siracusanos á entregar á Hipócrates la ciudad Camarina (1), plaza ya que de tiempos antiguos les pertenecía.

CLV. Después de la muerte de Hipócrates, cuyo reinado duró los mismos años que el de su hermano Cleandro, habiéndole sobrevenido el fin de sus dias cerca de la ciudad de Hibla (2) en la expedicion que hacia contra los Sicelos ó antiguos Sicilianos, Gelon, so color de volver por Euclides y Cleandro, hijos del difunto Hipócrates, á quienes sus ciudadanos no querian reconocer por señores, dió una batalla y venció en ella á los Geloos. Esta victoria le dió lugar á salir con sus verdaderos intentos, apoderándose del señorío y despojando de él á los hijos de Hipócrates. Después de logrado este lance, sucedióle otro igual: los Geomoros (3) siracusanos, que eran los poseedores de los campos, habiendo sido arrojados de la ciudad por la violencia de la plebe y de sus mismos esclavos nombrados los Cilirios, llamaron en su ayuda á Gelon, quien queriéndolos restituir desde la ciudad de Casmena á la de Siracusa, logró apoderarse de esta plaza, pues la plebe de los Siracusanos al venir Gelon se la entregó, entregándose igualmente á sí misma.

CLVI. Viéndose ya Gelon dueño de Siracusa, empezó á contar ménos con Gela, que tenia bajo su dominio, el que

(1) Hoy torre de Camarano.

(2) Hibla sería la mayor de las tres ciudades de este nombre, llamada tambien Megara ó Megaris, y en el dia Paterno.

(3) Eran los Geomoros los descendientes de los Griegos que se habian apoderado de Siracusa, los dueños de las tierras, los aristócratas en cuyas manos estaba la república.

encargó á su hermano Hieron, quedándose con el mando de aquella, poniendo en ella toda su aficion, sin haber para él otra cosa que Siracusa. Con este favor del soberano, se vió desde luégo crecer la ciudad y subir como la espuma, así pasando á ella todos los vecinos de Camarina, á los que arruinó, dándoles la naturaleza y derechos de Siracusanos, como por haber practicado otro tanto con más de la mitad de los moradores de Gela. Hizo más aún, pues habiéndosele entregado los Megarenses, colonos en Sicilia á quienes tenian sitiados, entresacó los más ricos, que por haber sido los motores de la guerra contra él mismo temian de él su ruina y muerte, y lejos de castigarles, trasladándolos á Siracusa, los alistó por sus ciudadanos. No lo hizo empero así con el bajo pueblo de los Megarenses, al cual, trasportado á Siracusa, por más que no tuviese culpa alguna en aquella guerra, ni temiese en nada del vencedor, vendió Gelon por esclavo, con la expresa condicion de que hubiese de ser sacado de Sicilia, tomando entrambas resoluciones por la máxima en que estaba de que el pueblo bajo era malo para vecino.

CLVII. Con estas artes y mañas vino Gelon á ser un gran señor ó tirano. Entónces, pues, llegados á Siracusa los embajadores de la Grecia y admitidos á la audiencia de Gelon, le hablan así:—«Aquí venimos, oh Gelon, enviados de los Lacedemonios, de los Atenenses y de sus aliados, para convidarte á entrar en la liga contra el bárbaro. Sin duda tendrás entendido cómo el Persa viene á invadir la Grecia, habiendo construido un puente sobre el Helésponto, y conduciendo desde el Asia todas las fuerzas de Levante para hacer la guerra á los Griegos. El pretexto de la expedicion es la venganza contra Atenas; sus miras son la conquista de la Grecia toda, que pretende avasallar. De tí quisiéramos, oh Gelon, puesto que es mucho el poder que tienes, poseyendo no pequeña porcion de la Grecia, como príncipe y gobernador que eres de Sicilia, que

te unieras para el socorro con los libertadores de la patria, y por tu parte la libraras de la opresion. Bien ves que coligada toda la Grecia vendrá á componer un grande ejército capaz de hacer frente en campo de batalla á sus invasores; pero si una parte de los Griegos se dan á partido; si otra no quiere salir á la defensa con sus socorros; si en fuerza de esto fuera muy corta la porcion sana de los que sienten bien, corre toda la Grecia el mayor peligro de venir á caer de su estado y libertad. Ni debes lisonjearte de que si uno por uno nos avasallare en la batalla el Persa victorioso, no vendrá en derechura contra tu persona. Lo mejor es que de antemano te pongas á cubierto de sus tiros: unido á nuestra causa, defenderás la tuya. Basta ya, pues no ignoras que por la ley ordinaria el buen éxito de un negocio depende del buen consejo prévio.»

CLVIII. Así se explicaron: tomó la mano Gelon, y hablóles así con mucha fuerza y libertad:—«Maravíllome, señores Griegos, de que con esa proposicion atrevida é insolente tengais ahora la osadía de exhortarme á entrar en liga contra el bárbaro. ¿No os acordais acaso de lo que conmigo hicisteis, cuando ántes os pedí socorro contra un ejército de bárbaros, hallándome empeñado en la guerra con los Cartagineses? ¿cuando os insté otra vez con muchas veras á tomar venganza de los Egestanos por la muerte dada á Dorieo, el hijo de Anaxandrides? (1) ¿cuando os ofrecí concurrir con mis tropas á libertar y hacer francos aquellos puertos y emporios de donde sacais vosotros grandes provechos y ventajas? ¿No os acordais, repito, que ni os dignasteis de venir en mi socorro, ni de vengar la

(1) De estos sucesos, el de Dorieo puede verse circunstanciado en el libro V. 46; del otro apenas hablan los antiguos, sabiéndose que cuando Jerges embistió la Grecia, nada poseian ya los Cartagineses en Sicilia, donde algunos años ántes habian hecho sus establecimientos, arrojados sin duda de ella por el ejército de Gelon.

muerte de Dorieo? Todo esto de Sicilia, por lo que á vosotros toca, señores míos, pudieran ya poseerlo los bárbaros á su salvo: gracias á la buena suerte y á mi desvelo, que no nos salió mal el negocio, ántes bien mejoramos de suerte. Ahora que la rueda de la fortuna os amenaza en casa con la guerra, al cabo os acordais de Gelon. Yo por más que me ví ántes desatendido y despreciado de vosotros, no imitaré vuestra conducta volviéndoos la vez: no haré tal, ántes por el contrario estoy pronto á socorremos, ofreciendo daros 200 galeras armadas, 200.000 infantes de tropa reglada, 2.000 soldados de á caballo, 2.000 ballesteros, 2.000 honderos y 2.000 batidores jinetes á la ligera (1); aún más, obligome á dar á todo el ejército griego el trigo que durante la guerra necesitare. Pero bien entendido que todo ello ha de ser con la condicion de que sea yo el general y conductor de los Griegos contra el bárbaro; que de otra suerte, protesto que ni concurriré yo mismo, ni enviaré allá tropa alguna.»

CLIX. Siagro que esto oía, no pudo sufrirlo con paciencia, sin que le respondiera en esta conformidad:—«¡Pardiez! si tal oyera el generalísimo Agamenon, aquel hijo de Pélope, ¿no daría un gran gemido, bañado en lágrimas su rostro, viendo á sus Espartanos despojados de su imperio por Gelon y por los Siracusanos? Gelon, no vuelvas á tomar en boca esa demanda pretendiendo que te demos el mando del ejército. Si quieres socorrer á la Grecia, puedes hacerlo, bien entendido que deberás estar á las órdenes de los Lacedemonios; y si te desdeñas de obedecernos, está muy bien; no vengas en socorro nuestro.» Como oyese Gelon tal respuesta, y viese tan mal recibida su demanda, replicó por fin en estos términos:

(1) No parezcan superiores estas fuerzas al poder de Siracusa, pues además de ser este muy grande por aquellos tiempos, debe reflexionarse que en los antiguos Estados todo ciudadano era soldado por lo comun.

CLX. «Amigo Espartano, eso de echar en cara á un hombre honrado tantas desvergüenzas suele despertar y encender en todos la cólera, aunque tú con esa insolencia que conmigo usas no has de poder tanto que me fuerces á perderte el respeto que tú no has sabido guardarme. Sólo te diré que si estais tan hechos y asidos vosotros con el imperio, por buena razon puedo yo estarlo más, pues soy general de un ejército mayor y de una escuadra más numerosa. Con todo, ya que se os hace tan ardua y tan cuesta arriba mi primera propuesta, voy á bajar algo y ceder de mi pretension: pido para mí el mando por mar si vosotros lo tuviereis por tierra; yo me contento de mandar por tierra si mejor os viniese mandar en los mares. Esta es mi última resolución; escoged, ó contentaros con lo que os digo, ó despediros sin esperar tener tales y tan poderosos aliados.»

CLXI. Tal fué el partido que Gelon les propuso: previniendo el enviado de Atenas la respuesta del de Lacedemonia, replicóle en esta forma:—«A vos, señor rey de los Siracusanos, nos envió la Grecia, no para pedir un general, sino un ejército. Cerrándoos con decir que no lo enviareis á ménos de no capitanear en persona á la Grecia, mostrais bien claro lo mucho que deseais veros con el mando de ella y con el baston de general. Al oir nosotros los enviados de Atenas vuestra demanda primera tocante al imperio total de los Griegos, tuvimos por bien de no hablar palabra, bien creidos de que el Lacon sólo sería bastante para volver por su causa y por la nuestra igualmente. Mas ahora que vos, rechazado de la pretension del mando universal, entráis en la demanda de ser el jefe de la escuadra, queremos sepais bien que ni áun en el caso de que el Lacon os lo conceda, convendremos nosotros en ello, pues nuestro es el imperio del mar si los Lacedemonios no se lo toman, pues á ellos solos lo cederemos si gustaren de tenerlo; fuera de ellos, á nadie del mundo su-

frirernos por nuestro almirante. Porque ¿de qué nos sirviera poseer una marina superior á la de los demas Griegos, si cediéramos el mando de las escuadras á los Siracusanos, siendo nosotros los Atenenses la nacion más antigua de la Grecia, siendo á más de esto los únicos Griegos nunca vagabundos en busca de nuevas colonias, siendo un pueblo de quien hace el poeta Homero un insigne elogio, diciendo que de Atenas fué al Ilion el hombre más hábil de tódos en formar las filas y gobernar un ejército, para que se vea que no nace de arrogancia lo que á nuestro favor decimos?»

CLXII. «¿Sabes lo que puedo decirte, amigo Ateniese? respondió Gelon: que segun parece, teniendo vosotros muchos que manden, no tendreis á quien mandar. Ahora, pues, ya que sin ceder nada lo quereis todo para vosotros, tomad al punto la vuelta á casa, y acordaos de decir á la Grecia que ella quiere pasar el año sin gozar de la primavera.» Y lo que Gelon quiso con aquella expresion significar bien se deja entender haber sido, que como el tiempo mejor del año es el de la primavera, así la flor de los Griegos era su propio ejército; por donde privándose la Grecia de las tropas auxiliares de Gelon, acudia éste á la comparacion de que era aquello como querer quitar al año la florida primavera.

CLXIII. Sucedió, pues, que embarcados ya los embajadores griegos para la Grecia, despues de estas conferencias, Gelon, receloso por una parte de que no tendrian los Griegos fuerzas bastantes para vencer al bárbaro, y no pudiendo por otra sufrir la mengua y desdoro de obedecer á los Lacedemonios, siendo soberano de Sicilia, en caso de pasar con sus tropas al Peloponeso, dejando este medio, echó mano de otro más seguro (1). Apenas oyó decir que

(1) Sin duda Gelon no tendría noticia por entónces de la alianza que se supone contraida por Jerges con los Cartagineses, á quienes suministró dinero para que acabaran al mismo tiempo con los Griegos de Sicilia y de la magna Grecia.

el Persa ya habia pasado el Helesponto, despachó luego con tres galeotas ó penteconteros para Delfos á Cadmo, hijo de Escites, y natural de Coos, bien provisto de dinero y encargado de una embajada muy atenta. Mandóle que esperase el éxito de la batalla, y si el bárbaro salia con la victoria, que le regalase en su nombre aquel dinero y le entregase el reino de Gelon, dándole la tierra y el agua; pero si salian victoriosos los Griegos, que diese la vuelta á Sicilia.

CLXIV. Era este Cadmo un hombre tal, que habiendo heredado de su padre el principado de Coos, quieto á la sazón y pacífico sin peligro de mal alguno, él, con todo, de su voluntad y por amor únicamente de la justicia, renunció en manos de los Coos el gobierno, y pasó á Sicilia, donde en compañía de los Samios fundó la ciudad de Zancle, que mudó despues este nombre en el de Mesana, en la cual él mismo habitaba (1). A este Cadmo, repito, venido á Sicilia del modo referido, envió allá Gelon, movido de su entereza, que en otras ocasiones tenia bien conocida. Y en efecto, á más de otras muchas pruebas que de su hombría de bien habia dado, dió entónces una de nuevo que no fué de menor consideracion, pues teniendo en su poder tan grandes sumas de dinero como le habia fiado Gelon, no quiso alzarse con ellas pudiendo hacerlo impunemente, sino que al ver que habian salido victoriosos los Griegos en la batalla naval, de cuyas resultas huia Jerges con su armada, púsose luego en viaje para Sicilia, volviendo allá con todos aquellos tesoros.

CLXV. No obstante lo dicho, es fama entre los vecinos de Sicilia, que se hubiera Gelon vencido á sí mismo, á pesar de la repugnancia que sentia en tener que obedecer

(1) Dúdase si este Cadmo el Justo fué hijo de aquel Escites, rey de los Zancleos, alabado por justo en el libro VI, pár. XXIV de esta historia, ó si Escites debió de ser tio paterno del padre de Cadmo. Con éste pasó á Sicilia el poeta Epicarmo.

á los Lacedemonios, dando socorro á los Griegos, si por aquel mismo tiempo no hubiera querido la fortuna que el tirano de Himera (1) Terilo, hijo de Crinipo, arrojado ántes de ella por el señor de los Agrigentinos, Teron, el hijo de Enesidemo, condujese á Sicilia un ejército de trescientos mil combatientes, compuesto de Fenicios, Libios, Españoles, Genoveses, Helísicos (2), Sardos y Corsos, á cuya frente venía Amilcar, hijo de Hanon, rey ó general de los Cartagineses. Había Terilo logrado el juntar tan poderoso ejército, valiéndose así de la alianza y amistad que con Amilcar tenía, como principalmente del favor y empeño de Anaxilao, hijo de Cretines y señor de Regio, quien no había dudado en dar sus mismos hijos en rehenes á Amilcar, con la mira de vengar la injuria hecha á Terilo su suegro, con cuya hija, llamada Cidipe, había casado Anaxilao. Con esto, pues, quieren decir que no pudiendo Gelon socorrer á los Griegos, resolvióse enviar á Delfos aquel dinero.

CLXVI. A lo dicho tambien añaden que en un mismo dia sucedió que vencieran en Sicilia Gelon y Teron al Cartaginés Amilcar, y los Griegos al Persa en Salamina (3); y áun oigo decir que Amilcar, hijo de padre Cartaginés y de madre Siciliana, á quien su valor y prendas habian merecido la dignidad de rey de los Cartagineses, despues de dada la batalla en que fué vencido, desapareció de todo punto, no habiendo parecido ni vivo ni muerto en parte alguna, á pesar de las diligencias de Gelon, que por donde quiera hizo buscarle.

(1) Himera, despues Termas, al presente Termine: Agrigento se llama ahora Girgenti.

(2) Conjetúrase si los Helísicos eran una gente de los Lígures ó Genoveses, ó bien Helvios ó Helvecios.

(3) Diodoro pretende que el día de la victoria de Gelon sobre Amilcar coincidió con el de la defensa de Leonidas en Termópilas. A dicha batalla de Gelon contra los Cartagineses, más bien que á la de Hieron contra los piratas etruscos cerca de Cumas, parece debe referirse la oda segunda Pitia de Pindaro.

CLXVII. Los Cartagineses por su parte, guiados quizá por una conjetura razonable, cuentan el caso diciendo que aquella batalla de los bárbaros contra los Griegos que en Sicilia se dió, empezó desde la madrugada, y duró hasta el cerrar de la noche; tan largo quieren que fuese el combate: que Amilcar, entretanto, estábase en sus reales ofreciendo de continuo sacrificios, todos de buen agüero, y quemando en holocausto sobre una gran pira las víctimas enteras; pero que al ver la derrota de los suyos, así como se hallaba haciendo libaciones sobre los sacrificios se arrojó de golpe en aquel fuego, y así abrasado y consumido desapareció. Lo cierto es que ora desapareciese Amilcar del modo que dicen los Fenicios, ora del otro que cuentan los Siracusanos, es tenido por héroe, á quien hacen sacrificios y á cuya memoria no sólo en las colonias cartaginesas se han erigido monumentos, pero áun en Cartago misma se le edificó uno grandísimo. Y baste ya lo dicho de Sicilia.

CLXVIII. Pero los Corcireos, contentos con dar buenas palabras á los enviados, no pensaban en hacerles obra buena; porque encarados con ellos los mismos embajadores que fueron á Sicilia y proponiéndoles las razones mismas que á Gelon propusieron los de Corcira, desde luego se les ofrecieron á todo, prometiendo enviarles las tropas en su socorro, añadiendo que bien veían ellos que no les convenía desamparar la Grecia y dejarla perecer, que perdida ésta cargaría sin la menor dilacion sobre sus cervices el yugo de la esclavitud persiana, que sus mismos intereses les obligaban á hacer todo esfuerzo posible para defenderla: tan especiosa fué la respuesta que les dieron. Pero cuando vino el tiempo crítico del socorro, con miras bien contrarias armaron sesenta naves, y hechos á la vela, floja y pesadamente llegaron al cabo al Peloponeso. Allí, cerca de Pilo y de Ténaro (1) echaron ancla en las costas de los

(1) Pilo conserva el nombre antiguo; Ténaro lleva el de Caibares, ó bien el de puerto de las Codornices.

Lacedemonios, estándose también á la mira á ver en que pararía la guerra, desconfiados de que pudiesen vencer los Griegos, y persuadidos de que el Persa, tan superior en fuerzas, se apoderaría de toda la Grecia. Así que ellos obraban de modo que llevaban estudiada ya la arenga para el Persa en estos términos:—«Nosotros, señor, por más que fuimos solicitados de los Griegos para entrar en la liga y haceros la guerra, no quisimos ir contra vos ni daros que sentir en cosa alguna, y esto no siendo las más cortas nuestras fuerzas, ni el número de nuestras naves el menor, ántes bien el más crecido despues de los de Atenas.» Con estas razones esperaban sacar del Persa un partido ventajoso y superior al de los otros, ni les saliera vana su esperanza á mi modo de entender; y para con los Griegos llevaban prevenida también su excusa, de que despues en efecto se valieron; porque como les culpasen los Griegos por no haberles socorrido, respondieron que de su parte habian hecho su deber armando sesenta galeras; que el mal habia estado en no poder doblar el promontorio de Malea impedidos de los vientos Etesias, y que con esto no habian arribado á Salamina, donde sin culpa ni engaño alguno habian llegado algo despues de la batalla naval. Con este pretexto procuraron engañar á los Griegos.

CLXIX. Por lo que mira á los de Creta, despues que les convidaron los enviados de la Grecia para la confederación, destinaron ellos de comun acuerdo sus remeros á Delfos, encargados de saber de aquel oráculo si les sería de provecho socorrer á la Grecia, á quienes respondió la Pythia:—«¡Simples de vosotros! quejosos de los desastres que os envió furioso Minos, en pago de la defensa y socorro dado á Menelao, no acabais de enjugar vuestras lágrimas. Vengóse Minos porque no habiendo los Griegos concurrido á vengar la muerte que en Camico se le dió, vosotros con todo salisteis en compañía de ellos á vengar á una mujer que robó de Esparta un hombre bárbaro.» Lo

mismo fué oír los Cretenses el tenor del oráculo traído, que suspender el socorro á favor de los Griegos.

CLXX. Aludia el oráculo á lo que se dice de Minos, quien habiendo llegado en busca de Dédalo á Sicania, que ahora llamamos Sicilia, acabó allí sus dias con una muerte violenta (1); que pasado algun tiempo, los Cretenses, á quienes Dios incitaba á la venganza, todos de comun acuerdo, excepto solamente los Policitanos y los Presios, pasando á Sicilia con una poderosa armada, sitiaron por cinco años á la ciudad de Camico que poseen al presente los de Agrigento; pero como al cabo ni la pudiesen rendir ni prolongar más el sitio por falta de víveres, la dejaron libre y se volvieron. Que cuando en su navegacion estuvieron en las costas de la Yapigia, les cogió una tempestad que les arrojó á la playa, y que perdidas en el naufragio ó fracasadas las naves, como les pareciese imposible el regreso á Creta, se vieron precisados á quedarse allí en la ciudad de Hiria (2), que fundaron ellos mismos, en donde, mudándose el nombre, en vez de Cretas se llamaron Yapiges Messarios, y dejando de ser isleños, se hicieron moradores de tierra firme. Que desde Hiria salieron á fundar otras ciudades, de donde como mucho tiempo despues quisiesen desalojarlos los Tarentinos, fueron rotos y deshechos totalmente, de suerte que la matanza así de los de Regio como de los de Tarento allí sucedida, fué la mayor de cuantas sepa yo haber padecido los Griegos; pues entónces fué cuando 3.000 ciudadanos de Regio á quienes Micito, hijo de Quero, obligó á tomar las armas en socorro de los Tarentinos, perecieron del mismo modo que sus aliados; si bien no

(1) Diodoro y Conon tratan de esta expedicion de Minos, de su muerte violenta procurada por engaños del rey Cocalo; de la fundacion de la colonia minosa Heraclea, al presente Castel Blanco, establecida por Minos, ó despues de su muerte por los de Creta.

(2) La Yapigia correspondia á la tierra de Otranto en Nápoles, y la antigua Hiria al lugar presente de Rodi.

pudo hacerse el cómputo de los Tarentinos que allí murieron. Y este Micito de que hablo fué aquel que, siendo criado de la familia de Anaxilao, se quedó por gobernador de Regio, de donde arrojado despues pasó á Tegea la de los Arcades, y erigió en Olimpo muchas estatuas.

CLXXI. Pero dejada ya esta digresion que hice de mi historia para decir algo de las cosas de Regio y de Tarento, volvamos á Creta, adonde, segun cuentan los Presios, pasaron á vivir como en una tierra despoblada muchos hombres, especialmente de los Griegos (1). En la tercera edad, despues de muerto Minos, sucedió la expedicion contra Troya, en la cual no se mostraron los Cretenses los peores defensores de Menelao, en pena de cuya defensa y del descuido de vengar á Minos, vueltos ya de Troya, viéronse asaltados del hambre y de la peste, así hombres como ganados; de suerte que habiendo sido segunda vez despoblada Creta, son los Cretenses que ahora la habitan los terceros colonos de ella mezclados con los pocos que allí habian quedado. La Pythia, al fin, recordando á los Cretenses estas memorias, les hizo desistir del socorro que deseaban dar á los Griegos.

CLXXII. Los Tésalos, aunque siguieron por fuerza al principio el partido de los Medos, mostraron despues que no les placian las artes y designios de los Alévadas; porque luego que entendieron estar ya el Persa para pasar á Europa, enviaron sus embajadores al Istmo, sabiendo que allí se habia juntado un congreso de los diputados de la Grecia, varones escogidos de todos los pueblos que seguian el partido mejor á favor de la independencía de la misma. Llegados allá los embajadores de los Tésalos, hablaron en esta conformidad:—«Nosotros, oh varones Grie-

(1) Pocos asuntos tan interesantes como éste de la poblacion de Creta se hallan tan dudosos y controvertidos. La narracion de Herodoto es conforme con la que apunta Homero, *Odís.*, l. XIX. v 172.

gos, sabemos bien que para que la Tesalia, y con ella toda la Grecia, quede á cubierto de la guerra, es menester guardar bien la entrada del monte Olimpo, la cual nosotros estamos prontos á custodiar en compañía vuestra; si bien os prevenimos que á este fin es preciso enviar allá mucha tropa. Pero una cosa queremos que entendais: que si no quereis enviarnos guarnicion, nosotros nos compondremos con el Persa; pues no es razon que nosotros solos, apostados en tanta distancia para la guardia y defensa del resto de la Grecia, seamos las victimas de toda ella, mayormente no teniendo vosotros derecho que nos pueda obligar á tanto, si no queremos nosotros; pues el no poder más, puede más que el deber. Veremos nosotros, en suma, cómo poder quedar salvos.»

CLXXIII. Tal fué el discurso de los Tésalos, en fuerza de cuya representacion acordaron los Griegos enviar á Tesalia por mar un ejército de infantes que guardase aquellas entradas, el cual, luego de levantado y junto, navegó allá por el Euripo. Así que la gente hubo llegado á Alo, ciudad de Acaya (1), saltó en tierra, y dejadas las naves, marchaba hácia Tesalia, hasta que en Tempe se apostó en aquella entrada que desde Macedonia la baja lleva á Tesalia por las riberas del Peneo entre los dos montes Olimpo y Osa. En aquel puesto atrincheraron los oplitas ó infantes griegos, que venian á ser 40.000, con quienes se juntó la caballeria de los Tésalos. Eran dos sus comandantes: uno el de los Lacedemonios, por nombre Eveneto, hijo de Careno, quien á pesar de no ser de familia real, habia sido nombrado para este mando como uno de los polemarcos ú oficiales mayores; otro el de los Atenenses, llamado Temístocles, hijo de Neocles. Detuviéronse allí las tropas unos pocos dias: el motivo de ello fué que unos enviados allá de parte de Alejandro, soberano de la Macedonia é

(1) No lejos de Farsalia.

hijo de Amintas, les aconsejaron que se retirasen si no querian ser atropellados y áun pisados en aquel estrecho paso por el ejército enemigo, significándoles cuán innumerable era el ejército de tierra y la copia de naves. Al oír el aviso y consejo que les daba el Macedon, teniéndolo por acertado y mirándolo nacido de un ánimo amigo y de buen corazon, resolviéronse á seguirlo; áun cuando lo que en efecto les impelió más á ello, á mi juicio, fué el miedo ó desconfianza de lograr su intento, oyendo decir que á más de aquella entrada habia otra para la Tesalia yendo por los Perrebos en la alta Macedonia y por la ciudad de Gonno (1), que fué el camino por donde entró cabalmente el ejército de Jerges. Con esto, embarcadas de nuevo las tropas griegas, se volvieron al Istmo.

CLXXIV. En esto vino á parar el subsidio destinado á guarnecer la Tesalia, cuando el rey, que se hallaba ya en Abidos, estaba para pasar desde el Asia á la Europa. Viéndose, pues, los Tésalos destituidos de aliados, se entregaron con tanta resolucion y empeño al partido de los Medos, que á juicio del mismo rey fueron los que mejor y con más utilidad le sirvieron en aquella ocasion.

CLXXV. Vueltos al Istmo los Griegos, movidos del aviso que les habia dado Alejandro, entraron de nuevo en consulta dónde sería mejor oponerse al enemigo y qué region fuese más oportuna para teatro de aquella guerra. La opinion más seguida fué que convenia ocupar la entrada en las Termópilas, así por parecerles que era más angosta que la que da paso á la Tesalia, como tambien por estar más cercana y vecina de la Grecia propia. Ayudóles á ello no tener por entónces noticia de cierta senda de que ni los mismos Griegos que despues perecieron cogidos en Termópilas la tuvieron ántes que de ella les informasen

(1) Quizá es la que al presente se llama Gonisa.

los Traquinos (1), hallándose ya en aquellas angosturas. Aeordaron, pues, guardar aquel paso para impedir que el bárbaro entrase en la Grecia, y despachar al mismo tiempo las escuadras hácia Artemisio y la costa Histieótida. Y así lo resolvieron, por estar tan vecinos aquellos dos puestos que en cada uno se podia saber lo que en el otro sucediese.

CLXXVI. Explicaré la situacion de tales lugares: desde el mar ancho de la Tracia empezá á encerrarse el dicho Artemisio en un canal estrecho que corre entre la isla de Sciato y el continente de Magnesia. Desde el estrecho de Eubea comienza la playa despues del promontorio de Artemisio, en la cual está el templo de Diana. Por lo que mira á la entrada en Grecia por Traquina, viene á tener un medio pletro (yugada) donde más se estrecha; si bien esta estrechez suma no es la misma en todo aquel paso, sino solamente un poco ántes de acercarse y despues de dejar las Termópilas; y áun el camino cerca de los Alpenos que deja á las espaldas, sólo da lugar á un carro; y pasando adelante al lado del rio Fénix, y cerca de la ciudad de Antela, otra vez sólo hay paso para un carro. Al Poniente de las Termópilas se levanta un monte alto, inaccesible y escarpado que va hasta el Eta, y por el Levante de las mismas el mar estrecha aquel camino juntamente con unas lagunas y cenagales. Hay en aquella entrada unos baños de agua caliente, que los naturales llaman ollas, y en ellos se deja ver un altar erigido en honra de Hércules. Antiguamente se habia levantado una muralla en aquel paso y en ella habia puertas: sus constructores fueron los

(1) La ciudad de los Traquinos ó Heraclea Traquis es ahora la pequeña aldea de Comaro; el estrecho de Termópilas se llama la Boca del Lobo. En cuanto al Artemisio y la Histieótida, es el primero un promontorio de Eubea que da tambien su nombre al estrecho del mar vecino, y la Histieótida una comarca marítima de Tesalia.

Focenses por miedo de los Tésalos, viendo que éstos desde la Tesprocia habían pasado á vivir en la region Eólida (1), que es la que al presente poseen; porque como los Tésalos procurasen sujetar á los Focenses, opusieronle éstos aquel reparo para su defensa, y entónces fué cuando discurriendo todos los medios para impedir que pudiesen invadirles su tierra, dieron curso por aquella entrada á las fuentes de agua caliente. Verdad es que aquel muro viejo desde tan antiguo edificado, se hallaba ya con el tiempo por la mayor parte desmoronado y caido; y con todo, resolvieron los Griegos que convenia repararle y cerrar al bárbaro con aquel reparo el paso para la Grecia. Muy cerca de aquel camino hay una aldea llamada los Alpenos, en donde pensaron los Griegos que podrian proveerse de víveres.

CLXXVII. Estos parajes parecieron á los Griegos los más aptos para su defensa; pues miradas atentamente y pesadas todas las circunstancias, convinieron en que debian esperar al bárbaro invasor de la Grecia en un puesto tal, en que no pudiera servirse de la muchedumbre de sus tropas y mucho ménos de su caballería; y luégo que supieron que el Persa se hallaba ya en Pieria, partiéndose del Istmo, unos se fueron por tierra á Termópilas con sus tropas, los otros por mar á Artemisio con sus galeras.

CLXXVIII. Los Griegos destinados al socorro de la patria iban á prestársele con toda puntualidad. Los Delfos entretanto, solícitos por su salvacion y por la de la Grecia, consultaron acerca de ella á aquel su dios. La respuesta del oráculo fué, que se encomendasen muy de véras á los vientos, que ellos serian los mejores aliados y compañeros de armas de la Grecia. Recibido este oráculo, diéronse luégo prisa los de Delfos á comunicar con aquellos Gri-

(1) Nombre antiguo de la Tesalia; la Tesprocia era una region del Epiro, quizá la moderna Vayelitia.

gos que querian conservar su libertad le que se les habia respondido; medio con que se ganaron sumamente el favor y gracia de los pueblos á quienes el bárbaro tenia amedrentados. Hecho esto, alzaron los Delfios en honor de los vientos una ara en Tyia, allí donde Tyia (1), la hija de Cefiso, tiene su recinto sagrado, tomando de ella nombre aquel lugar, y les hicieron sacrificios; en fuerza de cuyo oráculo aún hoy dia los Delfios con sacrificios aplacan á los vientos.

CLXXIX. Para volver á la armada de Jerges, habiendo salido de la ciudad de Terma, envió delante diez naves las más ligeras de todas en derechura hácia Sciato, en donde los Griegos tenian adelantadas tres galeras de observacion, una de Trocena, otra de Egina, y otra de Atenas, y al descubrir éstas las naves de los bárbaros entregáronse luégo á la fuga.

CLXXX. Los bárbaros, dando caza á la galera Trecenia en que iba por capitan Praxino, muy presto la rindieron; y luégo, cogiendo al soldado que hallaron el más gallardo de la tripulacion, le degollaron encima de la proa de la nave, interpretando á buen agüero el que fuera tan bello y gentil el primero de los Griegos que prendieron. Lamábase Leon el degollado, nombre que tal vez contribuyó á que fuese la primera víctima de los Persas.

CLXXXI. La galera de Egina, en que iba por capitan Asónides, no dejó de dar mucho que hacer á los Persas, obrando aquel dia en su defensa prodigios de valor un soldado que en ella servía, por nombre Pites, hijo de Isqueno. Este, al tiempo de la refriega, al ser apresada su nave, resistió con las armas en la mano, hasta que todo él quedó acribado de heridas. Pero como al cabo cayese, los Persas que en las naves servian, viéndole respirar todavía,

(1) Sospéchase si sería la mencionada Tyia, la hija de Castalio, madre de Delfo y amiga de Apolo.

prendados del valor del enemigo, procuraron con sumo empeño conservarle la vida, curándole con mirra las heridas, y atándoselas despues con unas vendas cortadas de un lienzo de *biso* (holanda muy fina). Cuando volvieron á sus reales iban mostrándolo á toda la gente, pasmados de su valor y con mucha estima y humanidad, siendo así que trataban como á viles esclavos á los otros que en la misma nave habian cogido.

CLXXXII. Así fueron apresadas las dos mencionadas naves; pero la tercera, cuyo capitán era Formo, ciudadano de Atenas, varó al huir en la embocadura del Peneo, con lo cual lograron los bárbaros apoderarse del buque, pero de la gente no; pues lo mismo fué ver encallada la nave que saltar á tierra los Atenienses, y volverse á Atenas á pié, caminando por la Tesalia. Los Griegos apostados con sus naves en Artemisio, despues de entender lo que pasaba por medio de los fuegos, que para señal y aviso se encendieron en Sciato, llenos de miedo, desamparada aquella posicion, hicieronse á la vela para Calcide, con ánimo de cubrir y guardar el Euripo, si bien dejaron en las alturas de Eubea sus atalayas que de dia observasen al enemigo.

CLXXXIII. De las diez naves mencionadas de los bárbaros, tres se fueron arrimando á aquel escollo que está entre Sciato y Magnesia y se llama *Mirmex* (hormiga). Despues que los bárbaros levantaron encima del escollo una columna de piedra que consigo traian, salió de Terma el grueso de su armada, once dias despues que de allá habia partido con sus tropas el monarca, y viendo que en aquellas aguas no parecia enemigo que les disputase el paso, iban navegando con toda la escuadra. El piloto principal que la conducia, á fin de no dar en aquel escollo notado con la columna, que se hallaba en la derrota que seguian, era Pammon el Scirio. Habiendo los bárbaros navegado todo aquel dia, pasaron parte de la costa de Mag-

nesia hasta llegar á Sepiada (1) y á la playa que está entre aquella costa y la ciudad de Castanea.

CLXXXIV. Hasta llegar al dicho lugar y á Termópilas no tuvo contratiempo alguno aquella armada, cuyo número subiría entónces, segun hallo por mis cuentas, á la suma de 1.207 naves venidas del Asia. La suma de la gente que en las naves venía, tomada desde el principio de todas aquellas naciones, sería de 241.400 personas, y esto á razon de 200 hombres por nave; pues á más de esta guarnicion nacional de las naves iban en cada una de ellas 30 soldados de tropa, ya Persas, ya Medos, ya Sacas, cuya suma de tropa, subía por su parte á 36.210 soldados. A este último número y al otro anterior voy á añadir la suma de gente que en las galeotas ó penteconteros venía á razon de 80 hombres por galeota, pues tantos vendrian á ser poco más ó menos. Llevo de ántes dicho ya que eran 3.000 esos buques, de donde se saca que la suma de su tripulacion era de 240.000 hombres. Así que todo el número del ejército de mar asiático hacia la suma de 517.000 hombres con el pico de más de 610. El número de la infantería en el ejército de tierra fué de 1.700.000 y el de la caballería de 80.000: á estos quiero añadir los Arabes que venian en sus camellos, los Libios que acudian en sus carros, y solamente calcularé que fuesen todos 20.000 hombres: ahora, pues, la suma total que resulta de los dos ejércitos de mar y de tierra juntamente computadas sube á 2.317.910 hombres; y en este número de tropas sacadas del Asia no incluyo el número de criados y vivanderos, como tampoco el de los que venian con las embarcaciones cargadas de bastimentos.

CLXXXV. Al número ya sumado es preciso añadir ahora las tropas que le acompañaban tomadas de la Europa, si

(1) Sepiada, llamada por unos el cabo de Monastir, por otros el cabo de Quetuno; Magnesia se hallaba en la Tesalia, donde está presente el cabo de San Jorge.

bien deberemos en esto seguir un cómputo prudente. Digo, pues, que los Griegos situados en Tracia y en las islas á ella adyacentes concurrían con 120 naves, por donde los hombres que en ellas venían subirían á 24.000. Añado que los que al ejército juntaban sus tropas por tierra eran los Tracios, los Peones, los Eordos, los Botieos, los colonos oriundos de Cálcide, los Brigos, los Pierios, los Macedonios, los Perrebos, los Enienes, los Dólopes, los Magnesianos, los Aqueos, y en un palabra todos los pueblos de las costas de la Tracia, de cuyas naciones pongamos que fuera de 300.000 el número de soldados. De suerte, que añadidas estas cifras á la suma de tropa que del Asia venía, el grueso de la gente de guerra se componía de 264 miriadas con el pico de 4.610 hombres, que hacen 2.644.610.

CLXXXVI. Y siendo tan excesivo el número de esta gente de guerra, para mí tengo que no sería menor, sino mayor aún, la chusma en la comitiva de criados y de marineros en las embarcaciones de transporte, en especial en otras naves del convoy que al ejército seguían. Pero demos que el número de la gente del séquito fuese el mismo ni más ni menos que el de la guerra, y que compusiese aquella otras tantas miríadas como esta componía. Así, con este cómputo, la suma total que Jerges, el hijo de Darfo, condujo hasta Sepiada y Termópilas, subiría á 528 miriadas y 3.220 hombres, que son 5.283.220 hombres.

CLXXXVII. Esta era, pues, la suma mayor del ejército de Jerges, que el número cabal de las mujeres panaderas, de las concubinas y de los eunuocos, no será fácil que nadie lo defina, como ni lo será tampoco el que se nos diga el número de tiros en los carros, bestias de carga y el de los perros indianos que allí iban. De suerte, que nada me maravilló que el agua de algunos rios no bastase á satisfacer la sed de tanta turba; pero sí me admiro mucho de que hubiese víveres á mano para abastecer la necesidad de tantos millares de bocas, porque por mis cuentas hallo

que llevando al día cada soldado la ración de una chenicia (ó celemin) de trigo, se gastarian diariamente once miriadas, ó bien 110.340 medimnos ó cargas del mismo grano, sin contar en este número los víveres para las mujeres, para los eunucos, para los bagajes y para los perros. Y entre tanta muchedumbre de gente no se hallaba nadie que en lo gentil de la persona y alto del talle, pareciera más digno y acreedor al mando soberano que el mismo rey Jerges.

CLXXXVIII. Esta gran armada, despues que emprendido el curso hubo ya llegado á cierta playa de la costa de Magnesia que está entre la ciudad de Castanea y la costa Sepiada, sacó á la orilla las primeras naves que allí arribaron; pero las que despues llegaban, dejábanlas ancladas por su turno, de suerte que por no ser muy grande la playa, anclaron allí formando una escuadra de ocho naves de fondo, todas con la proa al agua. En este orden pasaron aquella noche; pero un poco ántes del día, estando el cielo sereno y el mar tranquilo, levantóseles de repente una gran tempestad, hinchándoseles el agua con la furia del viento subsolano, al cual suelen los del país llamar Helespontias. Sucedió, pues, que todos los que observaron que el viento crecía y que por el puesto y orden que anclaban pudieron prevenir la tempestad sacando á tierra sus naves, todos quedaron salvos con ellas. Pero á todas las demas naves que el viento halló ancladas, se las fué llevando con furia, y arrojó las unas á un lugar que está en Pelio llamado *Ipnos* (hornos), y las otras hacía las playas, de suerte que éstas se estrellaban en Sepiada, aquéllas en la ciudad de Melibea (1), otras naufragaron en Castanea. Tan deshecha y tormidable era la tormenta.

CLXXXIX. Es fama comun que los Atenienses, avisados por un nuevo oráculo que acababa de venirles, en que les

(1) Situada en Tesalia al pié del monte Osa.

decía que llamasen en su asistencia y socorro al *yerno*, invocaron con ruegos al Bóreas; pues que, según la tradición de los Griegos, el viento ó dios Bóreas estaba casado con una dama ática por nombre Orytia, hija de Erecteo. Movidos, pues, de tal parentesco, que la fama pública dió por valedero, conjeturaban los Atenienses que sería el Bóreas aquel yerno del oráculo, y hallándose con la armada apostados en Calcida, ciudad de Eubea, luego que vieron iba arreciando la tormenta, ó quizá ántes que la tormenta naciese, invocaban en sus sacrificios al Bóreas y á Orytia que soplasen en su favor, y que hicieran fracasar las naves de los bárbaros, como ántes lo habian hecho cerca de Atos. Si fué por estos ruegos y motivos que cargase el Bóreas sobre los bárbaros anclados, no puedo decirlo; sólo digo que pretenden los Atenienses que así como ántes les habia socorrido el Bóreas, él mismo fué entónces el que tales estragos á favor suyo ejecutó. Lo cierto es, que despues de partidos de allí edificaron un templo á Bóreas cerca del rio Iliso (1).

CXC. En aquel contratiempo acacido á los bárbaros, los que más cortos andan no bajan de 400 las naves que dicen haberse perdido allí, y con ellas un número infinito de gente, y una inmensidad de dinero y de cosas de valor. Aquel naufragio, en efecto, fué una mina de oro para un ciudadano de Magnesja llamado Aminocles, hijo de Cretino, que tenía en Sepiada una posesion, pues en algun tiempo recogió allí mucho vaso de oro y mucho así mismo de plata; allí encontró tesoros de los Persas, allí logró infinitas preciosidades y alhajas de oro, de suerte que no siendo por otra parte hombre afortunado, vino á ser muy rico con tanto hallazgo; pero con el dolor y pena de ver muertos desastradamente á sus hijos.

CXCI. Fueron sin número las arcas cargadas de víveres

(1) Hoy día un pequeño torrente que va al Pireo.

y los otros buques que éntonces perecieron. El destrozo en suma fué tal y tan grande, que los jefes de la armada, recelosos de que los Tésalos, viéndolos tan abatidos y mal parados, no se dejasen caer sobre ellos, hicieron de las mismas tablas y reliquias del naufragio unas altas trincheras alrededor de su campo. Duró la borrasca por el espacio de tres días: al cuarto los Magos, con víctimas humanas, con encantamientos del viento acompañados de aullidos, con sacrificios hechos á Tetis y á la Nereidas, lograron que calmase, si no es que calmó de suyo sin la mediacion de los Magos. Y la causa que les movió á sacrificar á Tetis fué haber entendido de los Jonios cómo aquella diosa habia sido arrebatada por Peleo de aquel lugar, y que toda la costa Sepiada estaba bajo la proteccion y tutela de Tetis y de las demas Nereidas.

CXCII. Las centinelas diurnas de Eubea, bajando de sus eminencias, fueron corriendo á dar á los Griegos la noticia de los estragos del naufragio el segundo día de la tempestad. Ellos, con este aviso, hechas sus súplicas y ofrecidas sus libaciones á Neptuno el Salvador, volviéronse con toda prisa á Artemisio, esperando hallar corto número de naves enemigas; y llegados segunda vez, aclararon cerca de aquel promontorio. Esta fué la primera que dieron á Neptuno el nombre de Salvador.

CLCIII. Luégo que cesó el viento y calmaron las olas, los bárbaros, echando al agua sus naves, iban navegando por la costa del continente, y doblado el cabo de Magnesia, encaminaron las proas hácia el seno que lleva á Pagasas (1). Hay allí en aquel golfo de Magnesia cierto lugar en donde dicen que Hércules, habiendo sido enviado á hacer aguada, fué abandonado de Jason y de sus compañeros, los de la nave *Argos*, cuando viajaban hácia Ea (2) de

(1) Ciudad de la comarca Magnesia, al presente Volfo.

(2) Ea, ciudad hoy, segun unos, Lipótamo; segun otros, Uuret.

Colquide, en busca del vellocino de oro; pues desde aquel lugar, hecha la provision de agua, habian resuelto hacerse á la vela; y este fué el motivo por el que se le dió al lugar el nombre de Afetas, ó abandono. Aquí fué donde dió fondo la escuadra de Jerges.

CXCIV. Pero sucedió que quince naves de la misma que se habian quedado muy atras en la retaguardia, como viesen las de los Griegos que estaban en Artemisio, y creyesen aquellos bárbaros que serian de las suyas, fuéronse hácia ellas y dieron en manos de los enemigos. Era el comandante Sandoces, hijo de Tamasio y gobernador de Cima la Eólida, á quien siendo uno de los jueces régios, habia el rey Darío condenado ántes á muerte de cruz, convencido del grave delito de haberse dejado cohechar con dinero en una causa que sentenció. Pendiente ya en la cruz el reo juez, mirando en ello Darío, halló que eran mayores los servicios hechos á la casa real por aquel ministro que los delitos cometidos; y parte por esto, parte por conocer que él mismo habia obrado en aquello con más precipitacion que acuerdo, le soltó y dió por libre. Así escapó con la vida de las manos del rey; pero entónces, dando por mar en las de los Griegos, no habia de tener la dicha de escapar segunda vez, porque viéndoles navegar los Griegos hácia ellos, entendido luégo el error y equivocacion en que estaban, saliéndoles al encuentro, fácilmente los apresaron.

CXCV. En una de dichas naves fué preso Aridolis, señor de los Alabadenses (1) que moran en Caria, y en otra lo fué asimismo Pentilo, hijo de Demonoo, jefe de los Pafos, de donde, como hubiese conducido doce naves, perdidas despues las once en la tempestad sufrida en la costa Sepiada, navegando hácia Artemisio en la única que le

(1) Su ciudad conserva aún el nombre de Eblebanda: Pafos de Chipre se llama actualmente Bafó.

quedaba, fué hecho prisionero. A todos estos cautivos, despues de tomar lengua de ellos de cuanto querian saber tocante al ejército de Jerges, enviaron los Griegos atados al istmo de los Corintios.

CXCVI. Asi arribó á Afetas la armada naval de los bárbaros, exceptuadas las quince naves que, como decia, eran mandadas por el general Sandoces. Jerges, con el ejército de tierra, marchando por la Tesalia y por la Acaya, llegó al tercer dia á la ciudad de los Melienses, habiendo hecho en Tesalia la prueba de la caballería tésala, de la que oia decir que era la mejor de toda la Grecia, ordenando un certámen ecuestre en que la hizo escaramuzar con la suya propia, y en el cual aquella caballería griega llevó de mucho la peor parte. Entre los rios de Tesalia, el Onocono no dió por sí solo bastante agua al ejército con toda su corriente; ni entre los de la Acaya pudo el Apidano, siendo el mayor de todos, satisfacer, sino escasamente, á las necesidades de aquellas tropas.

CXCVII. Al marchar Jerges hácia Alo, ciudad de la Acaya, queriéndole dar cuenta y razon de todo los guías del camino, ibanle refiriendo cierta historia y tradicion nacional acerca del templo de Júpiter el Lafstio. Declante cómo un hijo de Eolo, por nombre Atamante, de acuerdo y consentimiento con Ino, habia maquinado dar la muerte á Frixo (1); cómo despues los Aqueos, en fuerza de un oráculo, establecieron contra los descendientes de Frixo cierta ley gravosa, que fué prohibir á todo mayorazgo de aquella familia la entrada en su pritaneo, que llaman *leita* los de Argos, colocando allí guardias para no dejarles entrar, y esto so pena que el que entrase allí no pudiese salir de modo alguno ántes de ser destinado al sacrificio. Añadian tambien que muchos de aquella familia, estando ya

(1) Segun la mitologia, Frixo, huyendo á Ea de Colquide con Hele su hermana, se libró de las manos de su padre y de su madrastra Ino.

condenados al sacrificio, por miedo de la muerte se habían huido á otras tierras, los cuales, si volvian despues de pasado algun tiempo y podian ser cogidos, eran otra vez remitidos al pritaneo. Decian que la tal víctima, cubierta toda de lazos y guirnaldas y llevada en procesion, era al cabo inmolada, y que el motivo de ser así maltratados aquellos descendientes de Citisoro, que era hijo del mencionado Frixo, fué el siguiente: habían resuelto los Aqueos, conforme cierto oráculo, que Atamante, hijo de Eolo, muriese como víctima propiciatoria por su país, y cuando estaban ya para sacrificarle, volviendo dicho Citisoro de Ea, ciudad de la Colquide, libróle de sus manos, y en pena de este atentado descargó Júpiter el Lefistio la ira y furor contra sus descendientes. Jerges, que tal había oido, cuando llegó cerca del templo y sagrado recinto, no sólo se abstuvo de profanarlo, sino que prohibió á todo el ejército que nadie le violase, y aún á la casa de los descendientes de Atamante tuvo el mismo respeto con que había venerado aquel santuario.

CXCVIII. Esto es lo que sucedió en Tesalia y en Acaya, de donde continuó Jerges sus marchas hácia Málida por la costa de aquel golfo, en el cual no cesa en todo el dia el flujo y reflujo del mar (1). Hay allí vecino al golfo un terreno llano, en unas partes espacioso y en otras muy angosto; alrededor de la llanura se levantan unos altos é inaccesibles montes, que cierran en torno toda la comarca Málida y se llaman los peñascos Traquinios. La primera ciudad que en aquel golfo se encuentra al venir de Acaya es Anticira (2), bañada por el rio Sperquio, que corre desde los Enienes y desagua en el mar. Despues de este rio, á distancia de 20 estadios, hay otro que se llama el Diras, del

(1) Este era el Euripo ó golfo de Negroponto: la Málida correspondia en la costa del golfo de Ziton.

(2) Ciudad de Acaya, cerca del golfo de Ziton, frontera á la isla del mismo nombre, donde se criaba el eléboro.

cual es fama que apareció allí de repente para socorrer á Hércules miéntras se estaba abrasando; pasado éste, cosa de otros 20 estadios, se da con otro rio llamado el Melas.

CXCIX. Distante del Melas por espacio cinco estadios está una ciudad llamada Traquina, y por aquella parte donde se halla situada es por donde se extiende más á lo ancho todo el país desde los montes hácia el mar, pues se cuentan allí 22.000 pletros ó yugadas de llanura. En el monte que ciñe la comarca Traquinia se descubre una quebrada que cae al Mediodía de Traquina, y pasando por ella el rio Asopo va corriendo al pié de la montaña.

CC. Al Mediodía del Asopo corre otro rio no grande, llamado el Fénix, que bajando de aquellos montes va á desaguar en el Asopo. El paso más estrecho que hay allí es el que está cerca del rio Fénix, en donde no queda más espacio que el de un solo camino de ruedas, abierto allí por el arte. Desde el rio Fénix hasta llegar á Termópilas se cuentan 15 estadios, y á la mitad de este camino, entre el rio Fénix y Termópilas, se halla una aldea llamada Antela, por donde pasando el Asopo desemboca en el mar. Ancho es el sitio que hay cerca de dicha aldea y en donde está edificado el templo de Céres la Anficionida (1), los asientos de los Anficiones y el templo tambien del mismo Anficion.

CCI. Volviendo á Jerges, tenía éste su campo en la comarca Traquinia de Málida, y los Griegos el suyo en aquel paso estrecho que es el lugar al que la mayor parte de los Griegos llaman Termópilas, si bien los del país y los comarcanos le dan el nombre de Pilas. Estaban, pues, como digo, acampados unos y otros en aquellos lugares: ocupaba el rey todo el distrito que mira al Bóreas hasta

(1) Esta Céres no parece otra que Céres Pilea. El templo que Acrisio quizá edificó, era donde se juntaban los diputados de la Grecia llamados los Pilágoras.

la misma Traquina; los Griegos el que tira al Mediodía en aquel continente.

CCII. Era el número de los Griegos apostados para esperar al rey en aquel lugar: de los Espartanos 300 oplitas; de los Tegeeos y Mantineos 4.000, 500 de cada uno de estos pueblos; de Orcomeno, ciudad de la Arcadia, 420; de lo restante de la misma Arcadia, 4.000, y este era á punto fijo el número de los Arcades; de Corinto 400; de Fliunte 200, y de los Miceneos 80, siendo éstos todos los que se hallaban presentes venidos del Peloponeso; de los Beocios y Tespienses 700, y 400 los Tebanos.

CCIII. A más de los dichos, habian sido convocados los Locros Opuncios (1) con toda su gente de armas y mil soldados más de los Focenses. Habíanlos llamado los Griegos enviándoles unos mensajeros que les dijesen cómo ellos se adelantaban ya, precursores de los demas, á ocupar aquel paso, y que de día en día esperaban allí á los otros aliados que estaban en camino; que por lo tocante al mar estaba cubierto y guardado con las escuadras de los de Atenas, de los de Egina y de los restantes pueblos que tenían fuerzas navales; que no tenían por qué temer ni desmayar, pues no era ningún dios venido del cielo, sino un hombre mortal, el enemigo común de la Grecia invadida; que bien sabían ellos que ni había existido mortal alguno, ni había de haberlo jamás, que desde el día de su nacimiento no estuviese expuesto á los reveses de la fortuna, tanto más grandes, cuanto más lo fuese su estado y condicion; en suma, que siendo un hombre de carne y hueso el que venía á acometerles, no podia ménos de tener algun tropiezo en que, humillado, conociese que lo era. Así les

(1) Pausanias hace subir á 6.000 el número de los Locros que tomaban el nombre de la ciudad de Opus, situada en el golfo de Negroponto. La Fócide, pequeña región de la Grecia, venia á caer en medio de la que hoy llaman Levadia.

hablaron, y con estas razones se resolvieron aquellos á enviar sus socorros á Traquina.

CCIV. Tenian dichas tropas, á más del comandante respectivo de cada una de las ciudades, por general de todo aquel cuerpo, á quien todos sobremanera respetaban, al Lacedemonio Leonidas, hijo de Anaxandrides y descendiente de varon en varon de los principales personajes siguientes: Leon, Euricratides, Anaxandro, Euricrates, Polidoro, Alcámenes, Teleclo, Arquelao, Egesilao, Doriso, Leobotas, Equestrato, Agis, Euristenes, Aristodemo, Aristotomaco, Clodeo, Hilo y Hércules. Habia el citado general Leonidas sido hecho rey en Esparta del siguiente modo, fuera de lo que se esperaba:

CCV. Como tuviese dos hermanos mayores, el uno Cleomenes y el otro Dorieo, bien léjos estaba de pensar que pudiese recaer el cetro en sus manos. Pero habiendo muerto Cleomenes sin hijo varon y no sobreviviéndole ya Dorieo, que habia acabado sus días en Sicilia, vino la corona por estos accidentes á sentarse rodando en las sienes de Leonidas, siendo mayor que su hermano Cleombroto, el menor de los hijos de Anaxandrides, y estando mayormente casado con una hija que habia dejado el rey Cleomenes. Entónces, pues, se fué á Termópilas el rey Leonidas, habiendo escogido en Esparta 300 hombres de edad varonil y militar que ya tenian hijos. Con ellos habia juntado el número de Tebanos que llevo dicho, á cuyo frente iba por comandante nacional Leonciades, hijo de Eurimaco (1). El motivo que habia determinado á Leonidas á que procurase llevar consigo á los Tebanos con tanta particularidad,

(1) Plutarco, como natural de Tebas, llevado de resentimiento contra Herodoto por la amargura con que trata éste á sus compatriotas, le desmiente acerca de la presencia en las Termópilas del Tebano Leonciades, á quien nuestro autor conocia bien, segun el par. xxxiii de este libro. Son frecuentes los pasajes de esta historia que concitan la crítica y la indignacion del gran Plutarco.

fué la mala fama que de ellos, como de partidarios del Medo, corria muy válida. Bajo este supuesto les convidó á la guerra, para ver si concurrían á ella con los demas, ó si manifestamente se apartaban de la alianza de los otros Griegos. Enviaron los Tebanos sus soldados, si bien seguían aquel partido con ánimo discordante.

CCVI. Enviaron delante los Espartanos esta tropa capitaneada por Leonidas con la mira de que los otros aliados quisiesen con aquel ejemplo salir á campaña y de impedir que se entregasen al Medo, oyendo decir que dilataban en tardanzas aquella empresa. Por su parte estaban ya resueltos á salir con todas sus fuerzas, dejando en Esparta la guarnicion necesaria, luégo de celebradas las *Carnias*, que eran unas fiestas ánuas que les obligaban á la detencion. Lo mismo que ellos pensaban hacer los otros Griegos sus aliados por razon de concurrir en aquella misma sazón de tiempo á los juegos olímpicos (1), y con esto, pareciéndoles que no se vendria tan presto á las manos en Termópilas, enviaron allá adelantadas sus tropas como precursores suyos.

CCVII. Esto era lo que pensaban hacer aquellos Griegos; pero los que estaban ya en Termópilas, cuando supieron que se hallaba el Persa cerca de la entrada, deliberaban llenos de pavor si sería bien dejar el puesto. Los otros Peloponesios, en efecto, eran de parecer que convenia volverse al Peloponeso y guardar el Istmo con sus fuerzas; pero Leonidas, viendo á los Locros y Focenses irritados contra aquel modo de pensar, votaba que era preciso mantener el mismo puesto, enviando al mismo tiempo mensajeros á las ciudades, que las exhortasen al socorro, por no ser ellos bastantes para rebatir el ejército de los Medos.

CCVIII. Entretanto que este deliberaban, envió allá

(1) Celebrábase la Olimpiada 75 en medio del verano.

Jerges un espía de á caballo, para que viese cuántos eran los Griegos y lo que allí hacian, pues habia ya oido decir, estando aún en Tesalia, que se habia juntado en aquel sitio un pequeño cuerpo de tropas, cuyos jefes eran los Lacedemonios, teniendo al frente á Leonidas, príncipe de la familia de los Heraclidas. Despues que estuvo el jinete cerca del campo, si bien no pudo observar todo el campamento, no siéndole posible alcanzar con los ojos á los que acampaban detras de la muralla, que reedificada guardaban con su guarnicion, pudo muy bien observar con todo los que estaban delante de ella en la parte exterior, cuyas armas yacian allí tendidas por órden. Quiso la fortuna que fuesen los Lacedemonios á quienes tocase entónces por turno estar allí apostados. Vió, pues, que unos se entretenian en los ejercicios gimnásticos y que otros se ocupaban en peinar y componer el pelo: mirando aquello el espía, quedó maravillado haciéndose cargo de cuántos eran: certificóse bien de todo y dió la vuelta con mucha paz y quietud, no habiendo nadie que le siguiese, ni que hiciese caso ninguno de él. A su vuelta dió cuenta á Jerges de cuanto habia observado.

CCIX. Al oir Jerges aquella relacion, no podia dar en lo que era realmente la cosa, sino prepararse los Lacedemonios á vender la vida lo más caro que pudiesen al enemigo. Y como tuviese lo que hacian por sandez y singularidad, envió á llamar á Demarato, el hijo de Ariston, que se hallaba en el campo; y cuando lo tuvo en su presencia, le fué preguntando cada cosa en particular, deseando Jerges entender qué venia á ser lo que hacian los Lacedemonios. Dijole Demarato:—«Señor, acerca de estos hombres informé ántes la verdad cuando partimos contra la Grecia. Vos hicisteis burla de mí al oirme decir lo que yo preveia habia de suceder. No tengo mayor empeño que hablar verdad tratando con vos: oidla ahora tambien de mi boca: Sabeis que han venido esos hombres á disputarnos la

entrada con las armas en la mano, y que á esto se disponen; pues este es uso suyo, y así lo practican, peinarse muy bien y engalanarse cuando están para ponerse á peligro de perecer. Tened por seguro que si venceis á estas tropas y á las que han quedado en Esparta, no habrá, señor, ninguna otra nacion que se atreva á levantar las manos contra vos; pero reparad bien ahora que vais contra la capital misma, contra la ciudad más brava de toda la Grecia, contra los más esforzados campeones de todos los Griegos.» Tal respuesta pareció á Jerges del todo inverosímil, y preguntóle segunda vez que le dijese cómo era posible que siendo ellos un puñado de gente y nada más, se hubiesen de atrever á pelear con su ejército; á lo cual respondió Demarato:—«Convengo, señor, en que me ten-gais por embustero, si no sucede todo puntualmente como os lo digo.»

CCX. No por esto logró que le diese crédito Jerges, quien se estuvo quieto cuatro dias esperando que los Griegos se entregasen por instantes á la fuga. Llegado el quinto, como ellos no se retirasen de su puesto, parecióle á Jerges que nacia aquella pertinacia de mera desfachatez y falta de juicio, y lleno de cólera envió contra ellos á los Medos y Cisios, con la orden formal de que prendiesen á aquellos locos y se los presentasen vivos. Acometen con ímpetu gallardo los Medos á los Griegos, caen muchos en la embestida, vánles otros sucediendo de refresco, y por más que se ven violentamente repelidos, no vuelven pié atrás. Lo que sin duda logran con aquello es hacer á todos patente, y mayormente al mismo rey, que tenia allí muchos hombres, pero pocos varones esforzados. La refriega empezada duró todo aquel dia.

CCXI. Como los Medos se retirasen del choque, despues de muy mal parados en él, y fuesen á relevarles los Persas entrando en la accion, hizo venir el rey á los Inmortales, cuyo general era Hidarnes, muy confiado en que és-

tos se llevarian de calle á los Griegos sin dificultad alguna. Entran, pues, los Inmortales á medir sus fuerzas con los Griegos, y no con mejor fortuna que la tropa de los Medos, ántes con la misma pérdida que ellos, porque se veian precisados á pelear en un paso angosto, y con unas lanzas más cortas que las que usaban los Griegos, no sirviéndoles de nada su misma muchedumbre. Hacian allí los Lacedemonios prodigios de valor, mostrándose en todo guerreros peritos y veteranos en medio de unos enemigos mal disciplinados y bisonos, y muy particularmente cuando al volver las espaldas lo hacian bien formados y con mucha ligereza. Al verlos huir los bárbaros en sus retiradas, daban tras ellos con mucho alboroto y gritería; pero al irles ya á los alcances, volvíanse los Griegos de repente, y haciéndolos frente bien ordenados, es increíble cuánto enemigo Persa derribaban, si bien en aquellos encuentros no dejaban de caer algunos pocos Espartanos. Viendo los Persas que no podian apoderarse de aquel paso, por más que lo intentaron con sus brigadas divididas, y con sus fuerzas juntas, desistieron al cabo de la empresa.

CCXII. Dícese que el rey, que estuvo mirando todas aquellas embestidas del combate, por tres veces distintas saltó del trono con mucha precipitacion receloso de perder allí su ejército. Tal fué por entónces el tenor de la contienda: el dia despues nada mejor les salió á los bárbaros el combate, al cual volvieron muy confiados de que, siendo tan pocos los enemigos, estarian tan llenos de heridas que ni fuerza tendrian para tomar las armas ni levantar los brazos. Pero los Griegos, ordenados en diferentes cuerpos y repartidos por naciones, iban entrando por orden en la refriega, faltando sólo los Focenses, que habian sido destacados en la montaña para guardar una senda que allí habia. Así que, viendo los Persas que tan mal les iba el segundo dia como les habia ido el primero, se fueron otra vez retirando.

CCXIII. Hallábase el rey confuso no sabiendo qué resolución tomar en aquel negocio, cuando Epialtes, hijo de Euridemo, de patria Meliense, pidió audiencia para el rey, esperando salir de ella muy bien premiado y favorecido. Declaróle, en efecto, haber en los montes cierta senda (1) que iba hasta Termópilas, y con esta delacion abrió camino á la ruina de los Griegos que estaban allí apostados. Este traidor, temiendo despues la venganza de los Lacedemonios, huyóse á Tesalia, y en aquella ausencia fué proscrito por los Pilágoras, habiéndose juntado en Pilea el congreso general de los Amficiones, y puesta á precio de dinero su cabeza. Pasado tiempo, habiéndose restituido á Anticira, murió á manos de Atenades, natural de Traquina; y si bien es verdad que Atenades le quitó la vida por cierto motivo, como yo en otro lugar explicaré (2), con todo, no se lo premiaron ménos los Lacedemonios: Epialtes, en suma, pereció despues.

CCXIV. Cuéntase tambien la cosa de otro modo: dicese que los que dieron aviso al rey y condujeron á los Persas por el rodeo de los montes, fueron Onetes, hijo de Fanágoras, ciudadano Ristio, y Coridalo, natural de Anticira (3). Pero de ningún modo doy crédito á esta fábula, por dos razones: la una, porque debemos atenernos al juicio de los Pilágoras, quienes, bien informados sin duda del hecho como diputados públicos de los Griegos, no ofrecieron premio con su bando de proscripcion por la cabeza de

(1) De ella se aprovechó despues Alejandro Magno, y Brenno con sus Galos forzando del mismo modo aquel paso, defendido tambien entónces por los Focenses. De aquellas eminencias desalojó asimismo Caton el Mayor á los Etolos, que las ocupaban por órden de Antioco.

(2) No se halla dicha narracion en lo que nos resta de los nueve libros de Herodoto.

(3) Etesias da por traidores á Calíades y Timafernes, naturales de Traquina, no ménos fabuloso é inseguro en esta noticia que en todo lo demas que escribió.

Onetes ni por la de Coridalo, sino solamente por la de Epialtes el Traquinio; la otra, porque sabemos que Epialtes se ausentó por causa de este delito. Pudo muy bien Onetes, por más que no fuese Meliense, tener noticia de aquella senda excusada, si por mucho tiempo habia vivido en el país, no lo niego: solo afirmo que Epialtes fué el guia que les llevó por aquel rodeo del monte, y en el descubrimiento de la senda le cargo toda la culpa.

CCXV. Alegre Jerges sobremanera, luego que tuvo por bien seguir el aviso y proyecto que Epialtes le proponia, despachó al punto para que lo pusiese por obra á Hidarnes con el cuerpo de tropas que mandaba. Salió del campo Hidarnes entre dos luces ántes de cerrar la noche. Por lo que mira á dicha senda, los naturales de Mérida habian sido los primeros que la hallaron, y hallada, guiaron por ella á los Tesalos contra los Focenses, en el tiempo que éstos, casualmente por haber cerrado la entrada con aquel muro, se miraban ya puestos á cubierto de aquella guerra. Y desde que fué descubierta, habiendo pasado largo tiempo, nunca habia ocurrido á los Melienses hacer uso ninguno de aquella senda.

CCXVI. La direccion de ella comienza desde el rio Asopo, que pasa por la quebrada de un monte, el cual lleva el mismo nombre que la senda, el de Anopea. Va siguiendo la Anopea por la espalda de la montaña y termina cerca de Alpeno, que es la primera de las ciudades de Lócride, por el lado de los Melienses, cerca de la piedra que llaman del Melámpigo, y cerca asimismo de los asientos de los Cercopes, donde se halla el paso más estrecho.

CCXVII. Habiendo, pues, los Persas pasado el Asopo, iban marchando por la mencionada senda tal cual la describimos, teniendo á la derecha los montes de los Eteos, y á la siniestra los de los Traquinios. Al rayar del alba se hallaron en la cumbre del monte, lugar en que estaba apostado un destacamento de mil infantes Focenses, como ten-

go ántes declarado, con el objeto de defender su tierra y de impedir el paso de la senda, pues la entrada por la parte inferior estaba confiada á la custodia de los que llevo dicho; pero la senda del monte la guardaban los Focenses, que de su voluntad se habian ofrecido á Leonidas para su defensa.

CCXVIII. Al tiempo de subir los Persas á la cima del monte no fueron vistos, por estar todo cubierto de encinas; pero no por eso dejaron de ser sentidos de los Focenses por el medio siguiente. Era serena la noche y mucho el estrépilo que por necesidad hacian los Persas, pisando tanta hojarasca como allí estaba tendida. Con este indicio váanse corriendo los Focenses á tomar las armas, y no bien acaban de acomodárselas, cuando se presentan ya los bárbaros á sus ojos. Al ver estos allí tanta gente armada, quedan suspensos de pasmo y admiracion, como hombres que, sin el menor recelo de dar con ningun enemigo, se encuentran con un ejército formado. Temiendo mucho Hidarnes no fuesen los Focenses un cuerpo de Lacedemonios, preguntó á Epiates de qué nacion era aquella tropa, y averiguada bien la cosa, formó sus Persas en órden de batalla. Los Focenses, viéndose herir con una espesa lluvia de saetas, retiráronse huyendo al picacho más alto del monte, creidos de que el enemigo venía solo contra ellos sin otro destino, y con este pensamiento se disponian á morir peleando. Pero los Persas conducidos por Epiates, á las órdenes de Hidarnes, sin cuidarse más de los Focenses, fueron bajando del monte con suma presteza.

CCXIX. El primer aviso que tuvieron los Griegos que se hallaban en Termópilas, fué el que les dió el adivino Megistias, quien, observando las víctimas sacrificadas, les dijo que al asomar la aurora les esperaba la muerte. Llegaronles despues unos desertores (1), que les dieron cuen-

(1) Diodoro nombra un solo desertor, llamado Tirastiadas, de patria Cumano.

ta del giro que hacian los Persas, aviso que tuvieron aún durante la noche. En tercer lugar, cuando iba ya apuntando el dia, corrieron hácia ellos con la misma nueva sus centinelas diurnas, bajando de las atalayas. Entrando entónces los Griegos en consejo sobre el caso, dividiéronse en varios pareceres: los unos juzgaban no convenia dejar el puesto, y los otros porfiaban en que se dejase; de donde resultó que, discordes entre sí, retiráronse los unos y separados se volvieron á sus respectivas ciudades, y los otros se dispusieron para quedarse á pié firme en compañía de Leonidas.

CCXX. Corre, no obstante, por muy válido, que quien les hizo marchar de allí fué Leonidas mismo, deseoso de impedir la pérdida comun de todos; añadiendo que ni él ni sus Espartanos allí presentes podian sin faltar á su honor dejar el puesto para cuya defensa y guarda habian una vez venido. Esta es la opinion á que mucho más me inclino, que como viese Leonidas que no se quedaban los aliados de muy buena gana, ni querian en compañía suya acometer aquel peligro, él mismo les aconsejaria que partiesen de allí, diciendo que su honor no le permitia la retirada, y haciendo la cuenta de que con quedarse en su puesto moriría cubierto de una gloria inmortal, y que nunca se borraría la feliz memoria y dicha de Esparta; y así lo pienso por lo que voy á notar. Consultando los Espartanos el oráculo sobre aquella guerra en el momento que la vieron emprendida por el Persa, respondióles la Pythia, que una de dos cosas debía suceder: ó que fuese la Lacedemonia arruinada por los bárbaros, ó que pereciese el rey de los Lacedemonios; cuyo oráculo les fué dado en versos exámetros con el sentido siguiente:—«Sabed, vosotros, colonos de la opulenta Esparta, que ó bien la patria ciudad grande, colmada de gloria, será presa de manos persas, ó bien si dejare de serlo verá no sin llanto la muerte de su rey el país lacedemonio. Inclita prole de Hércules, no su-

rirá este rey de toros ni de leones el ímpetu duro, sino ímpetu todo del mismo Jove: ni creo que alce Júpiter la mano fatal, hasta que lleve á su término una de dos ruinas.» Contando Leonidas, repito, con este oráculo, y queriendo que recayese la gloria toda sobre los Espartanos únicamente, creo más bien que licenciaria á los aliados, que no que le desamparasen tan feamente por ser de contrario parecer los que de él se separaron.

CCXXI. No es para mí la menor prueba de lo dicho la que voy á referir. Es cierto y probado que Leonidas no solo despidió á los otros, sino tambien al adivino Magistias, que en aquella jornada le seguia, siendo natural de Acarnania y uno de los descendientes de Melampo, á lo que se decia, quien por las señales de las víctimas le predijo lo que les habia de acontecer; y le despidió para que no pereciese en su compañía. Verdad es que el adivino despedido no quiso desampararle, y se contentó con despedir á un hijo suyo, único que tenia, el cual militaba en aquella joranda.

CCXXII. Despedidos, pues, los aliados obedientes á Leonidas, fuéronse retirando, quedando sólo con los Lacedemonios, los Tespienses y Tébanos (1). Contra su voluntad y á despecho suyo quedaban los Tébanos, por cuanto Leonidas quiso retenérselos como en rehenes; pero con muéhsimo gusto los Tespienses, diciendo que nunca se irian de allí dejando á Leonidas y á los que con él estaban, sino que á pié firme moririan con ellos juntamente. El comandante particular de esta tropa era Domófilo, hijo de Diadromas.

(1) Este punto no está entre los antiguos bien aclarado. Dice Diodoro que solo se quedó Leonidas con los de Tespias: Pausanias sustituye á los Tébanos 80 hombres de Micenas: Plutarco acrimina al autor por suponer que Leonidas sólo tenia consigo 300 hombres, cuando cada Espartano solia traer consigo seis ó siete de sus ilotas.

CCXXIII. Entretanto, Jerges al salir el sol hizo sus libaciones, y dejando pasar algun tiempo á la hora que suele la plaza estar llena ya de gente, mandó avanzar, pues así se lo habia avisado Epialtes, puesto que la bajada del monte era más breve y el trecho mucho más corto que no el rodeo y la subida. Íbanse acercando los bárbaros salidos del campo de Jerges, y los Griegos conducidos por Leonidas, como hombres que salian á encontrar con la muerte misma (1), se adelantaron mucho más de lo que ántes hacian, hasta el sitio más dilatado de aquel estrecho, no teniendo ya como ántes guardadas las espaldas con la fortificacion de la muralla. Entónces, pues, viniendo á las manos con el enemigo fuera de aquellas angosturas los que peleaban en los dias anteriores contenidos dentro de ellas, era mayor la riza y caian en más crecido número los bárbaros. A esto contribuia no poco el que los oficiales de aquellas compañías, puestos á las espaldas de la tropa con el látigo en la mano, obligaban á golpes á que avanzase cada soldado, naciendo de aqui que muchos caidos en la mar se ahogasen, y que muchos más, estrujados y hollados los unos á los piés de los otros, quedasen allí tendidos, sin curarse en nada del infeliz que perecia. Y los Griegos, como los que sabian haber de morir á manos de las tropas que bajaban por aquel rodeo de los montes, hacian el último esfuerzo de su brazo contra los bárbaros, despreciando la vida y peleando desesperados.

CCXXIV. En el calor del choque, rotas las lanzas de la mayor parte de los combatientes Espartanos, iban con la espada desnuda haciendo carnicería en los Persas. En esta refriega cae Leonidas peleando como varon esforzado, y con él juntamente muchos otros famosos Espartanos, y

(1) Son célebres las palabras que dijo Leonidas á los suyos: «Comed como quien ha de cenar con Pluton.» No es creible, empero, que embistiera de noche el campo de Jerges con ánimo de matar al rey, por más que Diodoro, Justino y Plutarco lo escriban.

muchos que no eran tan celebrados, de cuyos nombres como de valientes campeones procuré informarme, y asimismo del nombre particular de todos los trescientos (1). Mueren allí tambien muchos Persas distinguidos é insignes, y entre ellos dos hijos de Darío, el uno Abrocomas y el otro Hiperantes, á quienes tuvo en su esposa Fragatuna, hija de Artanes, el cual, siendo hermano del rey Darío, hijo de Histaspes y nieto de Arsames, cuando dió aquella esposa á Darío, le dió con ella, pues era hija única y heredera, su casa y hacienda.

CCXXV. Allí murieron peleando estos dos hermanos de Jerges. Pero muerto ya Leonidas, encendióse cerca de su cadáver la mayor pelea entre Persas y Lacedemonios, sobre quiénes le llevarian, el cual duró hasta que los Griegos, haciendo retirar por cuatro veces á los enemigos, le sacaron de allí á viva fuerza. Perseveró el furor de la accion hasta el punto que se acercaron los que venian con Epialtes, pues apenas oyeron los Griegos que ya llegaban, desde luego se hizo muy otro el combate. Volviéndose atras al paso estrecho del camino y pasada otra vez la muralla, llegaron á un cerro, y juntas allí todos ménos los Tébanos, sentáronse apiñados. Está dicho cerro en aquella entrada donde se ve al presente un leon de piedra sobre el túmulo de Leonidas. Peleando allí con la espada los que todavía la conservaban, y todos con las manos y á bocados defendiéndose de los enemigos, fueron cubiertos de tiros y sepultados bajo los dardos de los bárbaros, de quienes unos les acometian de frente echando por tierra el parapeto de la muralla, y otros, dando la vuelta, cerrábanles en derredor.

CCXXVI. Y siendo así que todos aquellos Lacedemonios y Tespienses se portaron como héroes, es fama con todo que el más bravo fué el Espartano Dienece, de quien cuen-

(1) Pausanias nos manifiesta que el nombre de los 300 campeones estaba notado en una columna levantada en Esparta.

tan que como oyese decir á uno de los Traquinios, ántes de venir á las manos con los Medos, que al disparar los bárbaros sus arcos cubrirían el sol con una espesa nube de saetas, tanta era su muchedumbre, dióle por respuesta un chiste gracioso sin turbarse por ello; ántes haciendo burla de la turba de los Medos, díjole:—que no podía el amigo Traquinio darle mejor nueva, pues cubriendo los Medos el sol se podría pelear con ellos á la sombra sin que les molestase el calor. Este dicho agudo, y otros como éste, dícese que dejó á la posteridad en memoria suya el Lacedemonio Dieneces.

CCXXVII. Despues de éste señaláronse mucho en valor dos hermanos Lacedemonios, Alfeo y Maron, hijos de Orisanto. Entre los Tespienses el que más se distinguió aquel día fué cierto Detirambo, que así se llamaba, hijo de Amártidas.

CCXXVIII. En honor de estos héroes enterrados allí mismo donde cayeron, no ménos que de los otros que murieron ántes que partiesen de allí los despachados por Leonidas, pusiéronse estas inscripciones: «*Contra tres millones pelearon solos aquí, en este sitio, cuatro mil Peloponesios.*» Cuyo epigrama se puso á todos los combatientes en comun, pero á los Espartanos se dedicó éste en particular: «*Habla á los Lacedemonios, amigo, y á ellos que yacemos aquí obedientes á sus mandatos.*» Este á los Lacedemonios: al adivino se puso el siguiente: «*Hé aquí el tímulo de Megistias, á quien dió esclarecida muerte al pasar el Sperquio el al fango medo: es tímulo de un adivino que supo su hado cercano sin saber dejar las banderas del jefe.*» Los que honraron á los muertos con dichas inscripciones y con sus lápidas, excepto la del agorero Megistias, fueron los Amficiones, pues la del buen Megistias quien la mandó grabar fué su huésped y amigo Simónides, hijo de Leoprepes.

CCXXIX. Entre los 300 Espartanos de que hablo, dícese que hubo dos, Eurito y Aristodemo, quienes pudiendo

entrambos de comun acuerdo ó volverse salvos á Esparta, puesto que con licencia de Leonidas se hallaban ausentes del campo, y por enfermos gravemente de los ojos estaban en cama en Alpenos, ó si no querian volverse á ella, ir juntos á morir con sus compañeros, teniendo con todo en su mano elegir uno ú otro partido de estos, dicese que no pudieron convenir en una misma resolucion. Corre la fama de que, encontrados en su modo de pensar, llegando á noticia de Eurito la sorpresa de los Persas por aquel rodeo, mandó que le trajesen sus armas, y vestido, ordenó al ilota su criado que le condujese al campo de los que peleaban, y que el ilota despues de conducirle allí se escapó huyendo; pero que Eurito, metido en lo recio del combate, murió peleando: el otro, empero, Aristodemo, se quedó de puro cobarde. Opino acerca de esto, á decir lo que me parece, que si sólo Aristodemo hubiera podido por enfermo restituirse salvo á Esparta, ó que si enfermos entrambos hubieran dado la vuelta, no habrian mostrado los Espartanos contra ellos el menor disgusto. Pero entónces, pereciendo el uno y no queriendo el otro morir con él en un lance igual, no pudieron ménos los Espartanos de irritarse contra dicho Aristodemo.

CCXXX. Algunos hay que así lo cuentan, y que por este medio Aristodemo se restituyó salvo á Esparta; pero otros dicen que, destinado desde el campo á Esparta por mensajero, estando aún á tiempo de intervenir en el combate que se dió, no quiso concurrir á él, sino que esperando en el camino la resulta de la accion, logró salvarse; pero que su compañero de viaje, retrocediendo para hallarse en la batalla, quedó allí muerto.

CCXXXI. Vuelto Aristodemo á Lacedemonia, incurrió para con todos en una comun nota de infamia, siendo tratado como maldito (1), de modo que ninguno de los Es-

(1) A estos Atimos ó infames se negaba en Grecia toda comunicacion, como á excomulgados vitandos.

partanos le daba luz ni fuego, ni le hablaba palabra, y era generalmente apodado llamándole Aristodemo el desertor. Pero él supo pelear de modo en la batalla de Platea, que borrarse del todo la pasada ignominia.

CCXXXII. Cuéntase asimismo que otro de los 300, cuyo nombre era Pantites, que habia sido enviado por nuncio á la Tesalia, quedó vivo; pero como de vuelta á Esparta se viese públicamente notar por infame, él mismo de pena se ahorcó.

CCXXXIII. Los Tébanos á quienes mandaba Leontiades, todo el tiempo que estuvieron en el cuerpo de los Griegos, peleaban contra las tropas del rey obligados de la necesidad; pero cuando vieron que se declaraba la victoria por los Persas, separándose de los Griegos que con Leonidas se retiraban aprisa hácia el collado, empezaron á tender las manos y acercarse más á los bárbaros, diciendo que ellos seguian el partido de los Medos (y nunca más que entónces dijeron la pura verdad), que habian sido los primeros en entregar todas sus vidas y haciendas, la *tierra* y el *agua* al arbitrio del rey, que precisados de la violencia habian venido á Termópilas, ni tenian culpa en el daño y destrozo que habia sufrido el soberano. Por estas razones que en su favor alegaban y de que tenian allí por testigos á los Tesalos, dióseles cuartel, aunque no por eso lograron muy buen éxito, porque los bárbaros mataron á algunos al tiempo que los prendian conforme llegaban, y á los más, empezando por su general Leontiades, se les marcó por orden de Jerges con las armas ó sello real como viles esclavos. Hijo fué del dicho Leontiades aquel Eurimaco á quien algun tiempo despues, siendo caudillo de 400 soldados Tébanos, mataron los Plateenses, de cuya plaza se habian apoderado.

CCXXXIV. Así se portaron los Griegos en aquel hecho de armas de Termópilas. Jerges, haciendo llamar á Demarato, empezó á informarse de él en esta forma:—«Dígote,

Demarato, que eres muy hombre de bien, verdad que deduzco de la experiencia misma, viendo que cuanto me has dicho se ha cumplido todo puntualmente. Dime, pues, ahora: ¿cuántos serán los Lacedemonios restantes y cuántos de los restantes serán tan bravos soldados como éstos? ¿ó todos serán lo mismo?» Respondió á esto Demarato:—«Grandes, señor, el número de los Lacedemonios (1), y muchas son sus ciudades. Voy á deciros puntualmente lo que de mí quereis saber. Hay en Lacedemonia la ciudad de Esparta, que vendrá á tener cosa de 8.000 hombres, y todos ellos guerreros tan valientes como los que acaban de pelear aquí. Los demas Lacedemonios, si bien son todos gente de valor, no tienen empero que ver con ellos.» A esto replicó Jerges:—«Ahora, pues, Demarato, quiero saber de tí por qué medio con ménos fatiga lograremos sujetar á esos varones. Dimelo tú que, como rey que fuiste, debes de tener su carácter bien conocido.»

CCXXXV. «Señor, respondió Demarato: miro como un deber en todo rigor de justicia el descubrirlos el medio más oportuno, ya que me honrais con vuestra consulta: este medio sería el que sacaseis vos de la armada 300 naves y las enviaseis contra las costas de Lacedemonia. Hay cerca de ellas una isla que se llama Citera (2), de la cual solia decir Quilon, el hombre más político y sabio que allí se vió jamás, que mejor sería á los Espartanos que el mar se la tragase, que no el que sobresaliese del agua, receloso siempre aquel varon de que por allí habia de venirnos algun caso semejante al que ahora os propongo; no porque

(1) Lacedemonios eran todos los vasallos de Esparta; pero Espartanos solamente los vecinos de la capital, dándose á veces no más el nombre de Lacedemonios á los Periecos, esto es, á los de las ciudades sujetas á Esparta, para distinguirlos de los genuinos Espartanos.

(2) Es la moderna Cerigo.

él ya previese entónces la venida de vuestra armada, sino por el recelo que de una armada, cualquiera que fuese, recibía. Digo, en una palabra, que apoderados los vuestros de aquella isla, amaguen desde ella contra los Lacedemonios y les infundan miedo. Viéndose ellos de cerca amenazados con una guerra en casa, no haya temor que intenten esfuerzo alguno para salir al socorro de lo restante de la Grecia. Domado ya con esto lo demas de la region, quedará únicamente el Estado de la Laconia, flaco ya por sí solo para la resistencia. Pero si vos no lo haceis así, ved aquí lo que sucederá: hay en el Peloponeso un istmo estrecho, en cuyo puerto, coligados y conjurados contra vos todos los Peloponesios, bien podeis suponer que pelearán con más esfuerzo y valor que no hasta aquí han peleado. Al revés si seguís mi consejo; sin disparar un tiro de ballesta, el istmo y todas las plazas por sí mismas se entregarán.»

CCXXXVI. Hallábase presente á este discurso Aquemenes, hermano que era de Jerges, y general de las tropas de mar, quien, temeroso de que se dejase llevar el rey de tal consejo, le habló en estos términos:—«Veo, señor, que dais oído, y no sé si crédito tambien, á las palabras y razones de ese hombre, que mira de mal ojo vuestras ventajas ó que os urde aún algun tropiezo; pues tales son las artes que practican con más gusto los Griegos: envidiar la dicha ajena, y aborrecer á los que pueden más. Pues si en el estado en que se halla nuestra armada con la desgracia de haber naufragado 400 naves, sacais de ella otras 300 para que vayan á recorrer las costas del Peloponeso, sin duda los enemigos se hallarán por mar con fuerzas iguales á las nuestras. Unida, al contrario, la armada entera, á más de que no da lugar á ser fácilmente acometida, es tan superior, que la enemiga, de todo punto no es capaz de pelear con ella. A más de que junta así la armada escoltará al ejército, y el ejército á la armada, marchando al

tiempo mismo; al paso que si haceis esta separacion de escuadras, ni vos podreis ayudarlas ni ellas á vos. Lo mejor es que deis buen orden en vuestras cosas, sin entrar en la mira de penetrar los intentos del enemigo, no cuidando del sitio donde os esperarán armados, de lo que harán, del número de tropas que puedan juntar. Allá se avengan ellos con sus negocios, que harto en malhora sabrán cuidarse de ellos; nosotros por nuestra parte cuidemos de los propios. Y si nos salen al encuentro los Lacedemonios y cierran con el Persa, mala se la pronostico; no saldrán sino con la cabeza rota.»

CCXXXVII. «Bien me parece que hablas, Aquemenes, replicó luégo Jerges, y como tú lo dices lo haré. No deja Demarato de hablar de buena fe, diciendo lo que cree que más nos conviene, sólo que no sabe pensar tan bien como tú; pues esotro de sospechar mal de su amistad y de que no favorezca mis cosas, no lo haré yo, movido así de lo que él mismo me previno, como de lo que entraña en sí el asunto. Verdad es que un ciudadano envidia por lo comun á otro su vecino, á quien ve ir prósperos sus negocios, y que con no decirle verdad se le muestra enemigo. Entre esta clase de gente vengo en concederte que un vecino consultado fuese un prodigio de rectitud, y esos prodigios son á fe bien raros. Pero no cabe lo mismo entre huéspedes, ni hay quien quiera más bien á otro que un extraño á su huésped, á quien ve en buen estado, del cual si consultado fuere, le responderá siempre lo que tenga por mejor. Lo que mando y ordeno, en suma, es que nadie en adelante hable mal de mi buen amigo y huésped Demarato.»

CCXXXVIII. Despues de haber pasado este discurso, fuéese Jerges á pasar por el campo entre los muertos, y allí dió orden que cortada la cabeza de Leonidas, de quien sabía ser rey y general de los Lacedemonios, fuera levantada sobre un palo. Y entre otras pruebas, no fué para mí la menor esta que dió el rey Jerges de que á nadie del

mundo había aborrecido tanto como á Leonidas vivo, pues de otra manera no se hubiera mostrado tan cruel é inhumano contra su cadáver, puesto que no sé que haya en todo el mundo gente ninguna que haga tanto aprecio de los soldados de mérito y valor, como los Persas. En efecto, los encargados de aquella orden la ejecutaron puntualmente.

CCXXXIX. Volveré ahora á tomar el hilo de la historia que dejé algo atrás. Los Lacedemonios fueron los primeros que tuvieron aviso de que el rey disponia una expedicion contra la Grecia, lo que les movió á enviar su consulta al oráculo de Delfos, de donde les vino la respuesta poco ántes mencionada. Bien creído tengo, y me parece que no sin mucha razon, no sería muy amigo ni apasionado de los Lacedemonios Demarato, hijo de Ariston, que fugitivo de los suyos se habia refugiado entre los Medos, aunque de lo que él hizo, segun voy á decir, podrán todos conjeturar si obraba por el bien que les quisiese ó por el deseo que de insultarles tenia (1). Lo que en efecto hizo Demarato, presente en Susa, cuando resolvió Jerges la jornada contra la Grecia, fué procurar que llegase la cosa á noticia de los Lacedemonios; y por cuanto corria el peligro de ser interceptado el aviso, ni tenia otro medio para comunicárselo, valiése del siguiente artificio: Tomó un cuadernillo de dos hojas ó tablillas; rayó bien la cera que las cubria, y en la madera misma grabó con letras la resolucion del rey. Hecho esto, volvió á cubrir con cera regular las letras grabadas, para que el portador de un cuadernillo en blanco no fuera molestado de los guardas de los caminos. Llegado ya el correo á Lacedemonia, no podian dar en el misterio

(1) Bien dudosa sería la conjetura si no nos hubiera mostrado el autor, por los acertados consejos dados al rey por Demarato contra los Espartanos, que éste, enemistado realmente con ellos, preteadía con sinceridad la sujecion y ruina de su patria.

los mismos de la ciudad, hasta tanto que Gorgo, hija que era de Cleomenes y esposa de Leonidas, fué la que les sugirió, según oigo decir, que rayasen la cera, habiendo ella maliciado que hallarian escrita la carta en la misma madera. Creyéronla ellos, y hallada la carta y leida, enviáronla á los demas Griegos.

LIBRO OCTAVO.

URANIA.

Reseña de la armada griega reunida en Artemisio, donde es atacada por la de Jerges, y despues de dos combates se retira hácia Salamina.—Conducen los Tesalos á los Persas contra la Fócida: origen de las reyertas entre los Tesalos y Focenses.—Avanza Jerges dividiendo su ejército, pero la columna que debia saquear á Delfos huye á vista de los prodigios que le suceden.—Los Atenienses abandonan su ciudad, embarcándose para Salamina: aumento de la escuadra griega.—Jerges se apodera de Atenas y su ciudadela, incendiándola.—Temistocles persuade á los Griegos á dar la batalla en Salamina.—Convoca Jerges á los jefes de marina para oír su dictámen, y Artemisa se opone á que se ataque á los Griegos.—Las tropas coligadas del Peloponeso fortifican el istmo contra el cual se dirige el ejército Persa, y los de la escuadra se empeñan en abandonar á Salamina: proyecto que combate Temistocles. Astucia de éste para obligar á los Griegos á pelear en Salamina: descripcion de aquella batalla naval.—Temor de Jerges y su retirada á Persia, dejando á Mardonio con trescientos mil hombres.—Política de Temistocles.—Alejandro de Macedonia es enviado por Mardonio de embajador á los Atenienses para atraerlos á su alianza, que rehusan ellos.

De este modo, pues, dicen que pasaron los acontecimientos; por lo que mira á la armada de los Griegos, iban en ella los siguientes: los Atenienses suministraban 127 naves (1), á cuyo armamento concurrían con ellos los de

(1) Anda aquí el autor algo corto en el número, si bien en el cap. 44 sube hasta 180 las naves de Atenas. Diodoro les da el número cabal de 200 naves.

Platea, quienes, bien que rudos é ignorantes en la náutica, por su valor y brío se mostraban prontos á embarcarse. Los Corintios daban 40 naves; los Megarenses 20, y los de Cálcida armaban otras 20, que los Atenienses les habian prestado; contribuian con 18 los Eginetas; con 12 los Sicionios; con 10 los Lacedemonios; con ocho los Epidaurios; los de Eretria con siete; con dos los de Stira, y los de Ceo (1) con dos naves y dos penteconteros; los Locros Opuncios habian venido con otros siete penteconteros ó galeotas de socorro.

II. Estos eran los que militaban en la armada que se hallaba en Artemisio. Dije ya con cuántas naves habia allí concurrido cada una de las ciudades en particular; añado ahora que el número total de galeras recogidas en Artemisio, sin contar las galeotas, subia á 271. El almirante general, á quien todos obedecian, era Euribiades, hijo de Euriclides, nombrado por los Espartanos; y la causa de nombrarle habia sido porque los confederados habian protestado que si un Lacon no les mandaba, ántes que militar á las órdenes de los generales Atenienses, se desharía la armada que estaba á punto de reunirse.

III. Nació dicha protesta del rumor que corria ya al principio, áun ántes de que pasasen á Sicilia los embajadores encargados de atraerla á la comun alianza, de que sería menester confiar el mando de la marina á los Atenienses. Viendo éstos la oposicion declarada de los confederados, cedieron de su pretension, por el gran deseo que tenian de que quedase salva la Grecia, persuadidos de que iba sin duda á perecer si se dividia en bandos sobre el mando: justa reflexion, siendo una sedicion doméstica tanto peor que una guerra-concorde, cuanto es peor la guerra que la paz. Gobernados, pues, por este principio, no quisieron porfiar por el mando, ántes prefi-

(1) Los de la isla al presente Ceo.

rieron cederlo por sí mismos hasta tanto que viesen que los aliados necesitaban mucho de sus fuerzas; designio de que dieron buenas muestras más adelante, porque echado y rebatido el Persa, cuando se trataba ya de volverle la guerra allá en su misma casa, valiéndose de las violentas insolencias de Pausanias como de pretexto, despojaron del imperio á los Lacedemonios, cosa que pasó despues de las que aquí referimos.

IV. Sucedió entónces á los Griegos de la armada que se habian apostado en Artemisio, que como viesen tantas naves juntas en Afetas, y que todo hervía en tropas, cosa que les sorprendió por parecerles que las fuerzas de los bárbaros subian de punto mucho más de lo que se habian imaginado, poseidos de miedo trataban de huir del cabo, é irse á refugiar en lo más interior de la Grecia. Penetrado este designio por los naturales de Eubea, suplicaron á Euribiades tuviese á bien de quedarse allí un poco, hasta que ellos tuviesen tiempo para poner en salvo á sus hijos y domésticos; y como no viniese en ello Euribiades, pasaron á negociar con el comandante de Atenas Temístocles, con quien pactaron darle 30 talentos, con tal que apostados los Griegos delante de Eubea diesen allí la batalla naval.

V. Hé aquí el artificio de que se valió Temístocles para retener allí á los Griegos. De los 30 talentos mencionadas dió cinco á Euribiades, como que se los regalaba de su bolsillo. Ganado ya y persuadido el general con estas dádivas, quedaba aún por conquistar Adimanto, hijo de Ocio y jefe de los Corintios, que era el único que le resistía, empeñado en querer hacerse á la vela y desamparar á Artemisio. Encaróse Temístocles con él, y echando un juramento, hablóle así:—«Por los dioses, que tú no has de dejarnos; yo te prometo darte tanto dinero y aún más del que te diera el mismo rey de los Medos á fin de que desamparases á tus aliados.» Y no bien acabó de decir esto, cuando envió á la nave de Adimanto tres talentos de plata.

Quebrantados, pues, éstos con aquellas dádivas, mudaron de resolución, y él satisfizo el deseo de los de Eubea, granjeando para sí, sin que nadie lo notase, lo restante del dinero, con tal disimulo, que los mismos con quienes habia repartido aquella cantidad estaban creídos de que le habia venido de Atenas, destinada para aquel efecto.

VI. Logróse por este medio que se quedasen en Eubea y entrasen en combate las naves griegas, lo que se verificó del siguiente modo: Despues que los bárbaros llegados á Afetas vieron por sus mismos ojos al hacerse de día lo que ya ántes habian oido, que unas pocas naves griegas estaban apostadas cerca de Artemisio, tenían mucho deseo de dar sobre ellas á ver si podrian apresarlas. Pero con todo no les pareció embestirlas de frente, por el recelo de que los Griegos, si les veían ir contra ellos, no echasen á huir y la noche les librase despues de sus manos, como sin duda hubiera sucedido, y tambien porque, segun ellos decían, el golpe debia ser tal, que ni uno solo se les escapase para dar noticia á los enemigos (1).

VII. Bajo este supuesto, tomaron así las medidas. Escogieron 200 naves de la armada, y las enviaron, á fin de que no fuesen vistas de los enemigos, por detras de Sciato á dar la vuelta de Eubea, queriendo que por delante de Cafarea (2) y por cerca de Geresto navegasen hácia el Euripo. El designio que tenían era el coger en medio y cerrar á los Griegos, llegando por aquella parte las 200 naves que les cortasen el paso para la retirada, y embistiendo las demas de la armada por la parte contraria. Tomada esta resolución, hicieron partir á las naves más ligeras destina-

(1) El original dice con más fuerza: «ni áun el ministro del fuego», aludiendo al uso antiguo entre los Griegos de que un ministro sagrado coronado de laurel y con una hacha en la mano precediese á las filas; persona santa á quien sólia perdonarse en la acción.

(2) Cabo oriental de Negroponto, al presente Cabo de Oro.

das ha hacer aquel rodeo: las demas no tenían ánimo de acometer aquel día a los Griegos, ni de hacerlo absolutamente hasta que las que daban la vuelta les hiciesen señal de que ya se acercaban. Entretanto, pues, que iban á hacer su giro las 200 naves, pasaban revista los bárbaros, y contaban las que restaban en Afetas.

VIII. Miéntas que se hacía aquella reseña de la armada, hallándose en el campo cierto Scilias, Scioneo (1), el mejor buzo que entónces se conocia (como lo mostró bien en el naufragio sucedido en las costas de Pelio, en que sacando salvas del profundo grandes riquezas para los Persas, supo para sí acumular tambien muchas); hallándose, cepito, resuelto de muchos días atras á pasarse á los Griegos sin haber podido hallar modo de hacerlo, aprovechóse entónces de la ocasion de la reseña. De qué manera desde allí se pasase á los Griegos, confieso que no acabo de entenderlo, y mucho me maravillara de lo que se dice sobre la habilidad del buen buzo, si lo tuviera por verdadero; pues corre la voz de que echándose al mar, y partiéndose de Efetas, no paró hasta llegar á Artemisio, pasando bajo del agua, como si nada fuera, 80 estadios de mar. Mil maravillas más son las que se cuentan de aquel hombre, que parte son muy parecidas á la fábula, parte quizá serán verdaderas. Mi voto acerca de este punto no es otro sino que llegaria en algun barco á Artemisio. Lo cierto es que, llegado allá, dió cuenta á los generales griegos del naufragio padecido y de las naves destinadas á dar la vuelta á Eubea.

IX. Habida la noticia, entraron en consejo los Griegos sobre el caso, y entre muchos pareceres que allí se dieron, túvose por el mejor el de quedarse firmes en el puesto todo aquel día, pero que despues de la media noche alzasen ancla y se fuesen á encontrar con las naves dichas

(1) Sciona. Lugar de Macedonia situado en el cabo Canistro. Tenia este buzo una hija heredera de su habilidad llamada Ciona.

que venian por aquel rodeo. Tomada esta determinacion, viendo que nadie salia por entónces á acometerles, esperando la tarde de aquel mismo dia, fuéronse hácia la escuadra de los bárbaros de Efetas, queriendo hacer una prueba de cómo peleaban los Griegos y cómo con las naves acometian.

X. Cuando los soldados de Jerges, así como los generales, les vieron venir contra sí con tan pocas galeras, tomándoles por unos insensatos, dispusieron por su parte las naves, confiados de que con mucha facilidad les apresarian, y confiados no sin mucho fundamento, viendo cuán pocas eran las galeras de los Griegos, y que las suyas propias, siendo en número superiores, les hacian tambien ventaja en la velocidad. Por esto, pues, y por el desprecio que de los Griegos hacian, cerráronles en medio de su escuadra. Entónces aquellos Jonios, que en su interior favorecian á los Griegos, y que á despecho suyo militaban contra ellos, tuviéronles mucha compasion viéndoles rodeados de naves enemigas, y dando por cierto que ni uno podria escapárseles: tan flacas les parecian las fuerzas de la armada griega. Pero todos los que se alegraban de verles metidos en aquel trance, iban á porfia á ver quién sería el primero que apresase una galera ática, esperando ser por ello del rey galardonados, pues entre las tropas del enemigo era mucha la fama y reputacion de los Atenenses.

XI. Luego que se dió á los Griegos la primera señal para cerrar, dirigidas las proas contra los bárbaros, volvieron las popas hácia el medio del círculo que formaron, y á la segunda señal que se les hizo, emprendieron el ataque, bien que reducidos dentro de un espacio muy corto, y embistieron de frente al enemigo. Apresaron allí 30 naves de los bárbaros, é hicieron prisionero á Fileon, hijo de Quersis y hermano de Gorgo, rey de los Salaminios, sujeto de cuenta y reputacion en la armada enemiga. El primero entre los Griegos que apresó una galera á los contrarios y

que se llevó la palma de aquella refriega fué el Ateniense Licomedes, hijo de Escreas. La noche, que sobrevino, dividió á los que combatian en aquella batalla marítima con fortuna vária y victoria indecisa. Los Griegos dieron la vuelta á su Artemisio, y los bárbaros á su Efetas, habiéndoles salido el choque muy al revés de lo que se prometian. Durante este combate no hubo otro Griego de los que servian al rey que se pasase á los Griegos sino sólo el Lemnio Antidoro, á quien en recompensa de este beneficio dieron los Atenienses su porcion y heredad en Salamina.

XII. Venida la noche, aunque se hallaban en medio de la estacion misma del verano, levantóse un temporal deshecho de lluvia que duró toda ella, acompañado de espantosos truenos de la parte del monte Pelio. Los cadáveres y fragmentos de las galeras que habian naufragado, echados por las olas hácia Efetas, y revueltos alrededor de las proas de las naves, impedian el juego á las palmas de los remos. Las tropas navales que esto allí oian (1), entraron en la mayor consternacion, recelosas de que iban sin falta á perecer, segun era su presente desventura, pues no habiendo todavía respirado bien del susto y ruina del naufragio y tormenta padecida cerca de Pelio, acababa de asaltarles aquella fuerte refriega naval; y despues de la refriega sobreveniales entónces un recio temporal, con una tan grande avenida de los torrentes hácia el mar y con tan furiosa tronada. Con tales sustos pasaron aquella noche.

XIII. Pero durante ella dejóse sentir tanto más terrible á los Persas que navegaban alrededor de Eubea, cuanto les cogió en medio del mar, dando al cabo con todos ellos á pique, pues cogiéndoles aquella tormenta y lluvia cuan-

(1) La palabra *aíñ* no me parece indicar que los soldados marinos se hallasen en las mismas, sino en sus tiendas en la playa. Las tablas y cadáveres á que alude serian de las naves que en la batalla naval de aquel dia habian perecido.

do se hallaban delante de Cela (1), lugar de Eubea, llevados del viento sin saber hácia dónde, iban á naufragar en las peñas de la costa. No parece sino que Dios procuraba por todos los medios igualar las fuerzas de la armada persiana con las de la griega, no queriendo que le fuese muy superior. De esta manera se perdieron aquellos Persas en Cela de la Eubea.

XIV. Los bárbaros que se hallaban en Efetas, cuando les amaneció la luz muy deseada del otro día, estuviéronse bien quietos en sus naves, teniendo á mucha dicha poder descansar entónces despues de tanta fatiga y trabajo. A los Griegos viniéronles de refresco 53 galeras más de Atenas, las cuales les animaron mucho con su socorro: ni les alentó ménos la nueva que al mismo tiempo les vino de cómo todos los bárbaros que daban la vuelta á Eubea habían naufragado en aquella pasada tormenta. Con esto, esperando la misma hora que el día anterior, salieron de su alojamiento, y se dejaron caer sobre las naves de la Cilicia, y despues de haberlas maltratado, llegada ya la noche dieron vuelta hácia Artemisio.

XV. Venido el día tercero, los jefes de los bárbaros, así por parecerles una indignidad que les parase tan mal una armada tan corta, como por miedo de lo que diria y haria Jerges contra ellos, no esperaron ya que los Griegos vinieran á acometerles, ántes habiendo exhortado á su gente salieron ellos con su armada cerca del medio día. Hizo la suerte que por aquellos mismos días en que se dieron aquellas batallas marítimas se dieran puntualmente en Termópilas los combates por tierra. Todo el empeño de la armada naval de los Griegos se encaminaba á guardar el Euripo, no ménos que el de Leonidas con su gente á impedir la entrada por aquel paso. Así que animábanse

(1) Es Cela ó Cava la costa de Calcide, frontera á la antigua Aulide, lugar sembrado de escollos.

los Griegos unos á otros para no dejar que penetrasen los bárbaros dentro de la Grecia, y los bárbaros, por el contrario, se esforzaban á abrirse aquel paso por encima del destrozo del ejército griego.

XVI. Entretanto que formada en batalla la escuadra de Jerges se dirigia hácia los Griegos, estábanse quietos éstos en Artemisio. Habian los bárbaros dispuesto la escuadra en forma de media luna con ánimo de cerrar en medio á los Griegos, quienes al aproximarse ya el enemigo, sin esperar más tiempo salieron á recibirle y á cerrar con él, y pelearon de modo que la victoria quedó indecisa; porque si bien la armada de Jerges, impedida por su misma enormidad y muchedumbre, no hacia sino dar contra sí misma, perturbado el curso de sus galeras, que por necesidad embestian unas con otras, tenian con todo por suma mengua el retirarse de la batalla siendo tan pocas las naves enemigas. Ni por esto perecieron pocas naves y poca gente de los Griegos, si bien mucho mayor fué la pérdida en naves y en gente de los bárbaros. Salieron al cabo unos y otros de la refriega con el resultado que acabo de expresar.

XVII. En esta batalla naval los que entre todos los soldados de Jerges mejor se portaron fueron los Egipcios, quienes entre otras proezas que hicieron lograron apresar cinco naves griegas con toda la tripulacion. De todos los Griegos los que mejor hicieron aquel dia su deber fueron los Atenienses, y entre éstos hizolo con mucha especialidad Clinias, hijo de Alcibiades (1), quien con una galera propia y armada á costa suya con 200 hombres servía en la armada.

XVIII. Despues que las dos armadas se separaron con gusto de entrambas, fuése cada cual con mucha prisa á su respectivo puesto. Separados los Griegos del choque, lo

(1) Parece ser este Clinias el padre del famoso Alcibiades, y lo persuade más el ser su nombre lo mismo que el de su abuelo.

primero que procuraron fué recoger los muertos y los fragmentos del naufragio. Pero viéndose todos muy mal parados, y no ménos que los otros los Atenienses, cuyas galeras se hallaban por mitad destrozadas, sólo pensaban en irse retirando hácia lo interior de la Grecia.

XIX. Haciendo allí Temístocles reflexion de que si podía lograr que desamparase la armada del bárbaro la gente de la Jonia y de la Caria, sería factible que alcanzasen los Griegos la victoria sobre lo restante de ella, al tiempo que los naturales de Eubea conducian sus ganados hácia la playa, juntó á los generales y les dijo que le parecia haber discurrido un medio con el cual esparaba poder alcanzar que las mejores tropas del bárbaro se le separasen de la armada. Por entónces no descubrió más de lo que meditaba; sólo les añadió que en las circunstancias presentes juzgaba que lo que debia hacer cada uno era matar cuanto ganado quisiese de los rebaños de Eubea, pues valia más que el ejército se aprovechara de él, que no los enemigos. Con esto les avisó que cada jefe mandase á su gente encender sus fuegos para cocer las reses; que acerca del tiempo de la retirada, á su cuenta corria el que todos regresasen salvos á la Grecia. A todos parció bien el aviso, y encendidos los fuegos, se echaron sobre el ganado.

XX. Es de saber que los de Eubea, no contando con un oráculo de Bacis, como si nada dijese, ni habian cuidado de sacar nada de su casa ni de introducirlo, considerando que estaban en visperas de una guerra, y con esto habian dejado sus cosas expuestas á una total perdicion y ruina. Y decia en este punto el oráculo de Bacis:

*Quando el bárbaro imponga al mar yugo de biblo,
harás que balen tus cabras léjos de Eubea.*

Como los de Eubea, pues, en nada se hubiesen aprovechado de tales versos, ni en medio de las calamidades que

ya padecian, ni con el miedo de las que les amenazaban, aguardábase sin duda la última miseria y desastre.

XXI. Mientras que en esto se ocupaban, llegósele la atalaya que tenían en Traquina, pues que los Griegos sólo en Artemisio habían puesto por atalaya á Polias, natural de Anticira, con un barco pronto y prevenido para dar aviso á los de Termópilas, en caso de que tuviese su armada algun encuentro y fracaso con la enemiga, sino que se hallaba del mismo modo cerca de Leonidas con una galeota de 30 remos á punto el ateniense Abrónico, hijo de Lisicles, para informar luégo á los que estaban en Artemisio de cualquiera novedad que sucediese á las tropas de tierra. Fué, pues, dicho Abrónico la atalaya que viniendo dió cuenta de lo sucedido á Leonidas y á su gente. Al oír los Griegos aquella nueva, no pensaron en dilatar un punto la retirada, sino que por el orden en que se hallaban anclados, empezaron á partirse los primeros los de Corinto, los últimos los de Atenas.

XXII. Escogiendo Temístocles entónces de la escuadra de Atenas las naves más ligeras, fué siguiendo con ellas los lugares de la aguada, dejando grabadas en las piedras vecinas á la misma unas letras, que llegados el día despues á Artemisio pudieran leer los Jonios. Decian así las letras: «Varones Jonios, no obráis bien en hacer guerra á vuestros padres y mayores, ni en reducir la Grecia á servidumbre. La razon quiere que os pongais de parte nuestra. Y si no teneis ya en vuestra mano hacerlo así, por lo ménos podeis aún ahora retiraros vosotros mismos de la armada que nos persigue, y pedir á los Carios que hagan lo que os vieren hacer; y si ni lo uno ni lo otro pudiereis ejecutar por hallaros tan agobiados con ese yugo, y tan estrechamente atados que no podais levantaros contra el Persa, lo que sin falta podreis hacer es, que entrando en algun combate, os lo esteis mirando con vigilante descuido, teniendo presente que sois nuestros descendientes y

sois aún la causa del odio que desde el principio nos cobró ese bárbaro.» A decir lo que sospecho, esto lo escribía Temístocles con estilo doble y con un rasgo de política finísima, ó para lograr que los Jonios, desertando del Persa, se pasasen á su armada, si no llegaban las letras á oídos del rey, ó para que éste tuviese por sospechosos á los Jonios y les impidiese entrar en batalla naval, si le contaban lo acaecido y ponían mal á sus ojos la fe de los Jonios.

XXIII. Apénas acababa Temístocles de escribir esto en la aguada, cuando un hombre natural de Histiea llegó en un barco á dar la noticia á los bárbaros de que los Griegos huían de Artemisio. Ellos, por no fiarse del espía, aseguraronse de su persona, poniéndole preso entretanto que despachaban unas naves ligeras que fuesen á ver lo que habia. Vueltas éstas con la noticia de lo que realmente pasaba, al salir el sol, toda la armada junta púsose en viaje en dirección de Artemisio, en donde, haciendo alto hasta el medio día, encaminóse despues para Histiea. Llegados allá los bárbaros, apoderáronse de la ciudad de los Histieos y de una parte de la Helopia, y fueron corriendo y talando todas las aldeas marítimas de la Histieotida.

XXIV. Estando así las cosas, despachó Jerges un pregonero á su armada, despues de dar sus providencias acerca de los muertos de los suyos, y mandando recoger todos los demas cadáveres que de su ejército habian perecido (y no bajaban de 20.000 los que en Termópilas murieron) hizo enterrarles en unas fosas abiertas á este fin, y cubiertas otra vez con tierra, y disimuladas con hojarasca allí escondida para que no lo echase de ver la gente de su marina. Luego que vino á Histiea el pregonero, mandando juntar toda la gente de la armada, publicóles este bando: «Gente de la guerra, el rey Jerges da licencia al que de vosotros la quiera, para que dejando este puesto, y viniendo al campo, vea cómo peleó el monarca con estos Griegos insensatos y temerarios, que esperaban poder más que su ejército.»

XXV. Publicado el bando, de nada hubo luego en la escuadra tanta falta como de barcos en que pasar á Termópilas: tantos eran los que querian concurrir al espectáculo. Pasados allá, miraban los cadáveres discurriendo por medio de ellos, bien asegurados todos de que eran dichos muertos Lacedemonios y Tespienses, pues veian en otro traje á los ilotas, tendidos allí mismo. Pero á nadie se le pasó por alto el artificio y disimulo que usó Jerges con sus muertos; parecióles ántes á todos una cosa ridícula que se dejasen ver 1.000 de sus soldados tendidos, y que los enemigos, en número de 4.000, estuviesen allí juntos y recogidos en un mismo sitio. Este dia entero lo gastaron en aquel espectáculo, pero el dia despues dieron unos la vuelta para sus naves á Histiea, y los del ejército de Jerges se dispusieron para la marcha.

XXVI. Entretanto, ciertos aventureros naturales de Arcadia, pocos en número, faltos de medios y deseosos de tener á quien servir para ganarse la vida, se pasaron á los Persas. Conducidos á la presencia del rey, preguntáronles los Persas, llevando uno la voz en nombre de todos, qué era lo que entónces estaban haciendo los Griegos. Respondieron ellos que celebraban los juegos olímpicos, habiendo concurrido á los certámenes gimnicos y corridas de caballos. Preguntó el Persa cuál era el premio propuesto por cuyo goce contendian, á lo que respondieron que la presea consistia en una corona de olivo que allí se daba. Entónces fué cuando oyendo esto Tritantegmes, hijo de Artabano, prorumpió en un dicho finisimo, si bien le costó ser tenido del rey por traidor y cobarde; pues informado de que el premio, en vez de ser de dinero, era una guirnalda, no pudo contenerse sin decir delante de todos:—«Bravo, Mardonio, ¿contra qué especie de hombres nos sacas á campaña, que no se las apuestan sobre quién será más rico, sino más virtuoso?»

XXVII. En el intermedio del tiempo que pasó despues

del choque y estrago de Termópilas, los Tesalos, sin esperar más, enviaron un mensajero á los Focenses, movidos de la aversion y odio que siempre les tenian, y mucho más despues de su último destrozo, de manos de ellos recibido; pues en una expedicion que los Tesalos con sus aliados habian hecho no muchos años ántes que el rey se dirigiese contra la Grecia, juntando todas sus fuerzas habian sido vencidos de los Focenses y pésimamente tratados. Hé aqui cómo pasó: obligados los Focenses á refugiarse en el Parnaso, tenian en su compañía al adivino Telias, natural de Elida, quien halló una estratagema oportuna para la venganza. Embarnizó con yeso á 600 Focenses los más valientes del ejército, cubriéndolos de piés á cabeza con aquella capa, no ménos que sus armas todas: dándoles despues la órden de que matasen á cualquiera que no viesen blanquear, acometió de noche á los de Tesalia. Los centinelas avanzados de los Tesalos, los primeros que los vieron, quedaron cogidos de pasmo, pensando que eran fantasmas blancas ó apariciones. Tras este terror de los guardias, espántose de modo todo el ejército, que los Focenses lograron dar muerte á 4.000 Tesalos, y apoderarse de sus escudos, de los cuales consagraron una mitad en Abas y la otra segunda en Delfos. El diezmo del botin que en aquella recogieron, parte se empleó en hacer unas grandes estatuas que están colocadas delante del camarín de Delfos alrededor de la Trípede, parte en alzar en Abas (1) otras tantas como las de Delfos.

XXVIII. Así maltrataron los Focenses la infantería de los Tesalos que les tenía bloqueados, y dieron un golpe mortal á la caballería, que iba á hacer sus correrías por la tierra; porque allá cerca de Hiampolis, en la entrada misma del pais, abriendo una gran zanja, metieron dentro unos

(1) Hace el autor mencion en varios lugares de esta ciudad de la Fócida, donde residía un oráculo de Apolo.

cántaros vacíos, y echando tierra por encima hasta igualar la superficie de ella con lo demas del terreno, recibieron allí á los jinetes Tesalos que les acometian, los cuales, llevados á rienda suelta como quienes iban ya á coger á los Focenses, dieron en los cántaros, con que su caballería quedó manca y estropeada.

XXIX. Ahora, pues, movidos los Tesalos del rencor que mantenian contra los Focenses, nacido de estas dos pérdidas, por medio de su mensajero les hablaron en estos términos:—«Al cabo, oh Focenses, vueltos ya de vuestro error, confesareis que no sois tan grandes como nosotros. Ya ántes entre los Griegos, cuando nos placia seguir su partido, éramos siempre tenidos en más que vosotros, y al presente podemos tanto con el bárbaro, que en nuestra mano está no sólo el privaros de vuestras posesiones, pero aún el haceros á todos esclavos. Pero no quiera Dios que, pudiendo tanto, empleemos todo nuestro poder en vengarnos de vosotros. Contentámonos con que en recompensa de vuestras injurias nos deis 50 talentos de plata, y salimos garantes de que no se os hará el daño que amenaza á vuestra tierra.»

XXX. Esto fué lo que los Tesalos enviaron á decirles. En aquellos contornos los Focenses eran los únicos que no seguian el partido de los Medos (1); y esto, á lo que por buenas razones alcanzo, no por otro motivo sino por la enemistad con los Tesalos, tanto que si los Tesalos estuvieran por los Griegos, hubieran los Focenses estado por los Medos, á lo que conceptúo. A la propuesta hecha por los de Tesalia respondieron los Focenses: que no tenian ni un óbolo que esperar de ellos; que si ellos propios quisieran, en su mano tenian el ser tan Medos como los Te-

(1) Pausanias se aparta de lo dicho por Herodoto, afirmando que al principio los Focenses siguieron el partido del Persa, y se pasaron despues al de los Griegos.

salos mismos; pero que no pensaban en ser, sin más ni más, sólo por su gusto, traidores á la Grecia.

XXXI. Recibida tal respuesta é irritados por ella los Tesalos contra los Focenses, resolvieron á servir de guía al bárbaro en su camino. Desde la comarca Traquinia entraron por la Dórida (1), pasando por aquella punta estrecha de la misma que de ancho no tiene más de 30 estadios, y viene á caer entre los límites de la Mérida y de la Fócida. Llamábase antiguamente la Driopida, cuya region es madre patria de los Dorieos que habitan el Peloponeso. Los bárbaros, pasando por ella, no hicieron allí hostilidad ninguna, así por ser amiga de los Medos, como por no parecerles bien á los Tesalos el que la hicieran.

XXXII. Pero dejada ya la Dórida y entrados en la Fócida, no pudieron haber á las manos á los Focenses; pues una parte de éstos se habian subido á las eminencias del Parnaso, cuya cima, puesta enfrente de la ciudad de Neona, es tan capaz que parece hecha de propósito para dar acogida á mucha gente. A esta cima, llamada Titorea, donde ántes ya habian puesto en seguridad sus cosas, habíase, como digo, subido y refugiado una parte de los Focenses; pero otra más crecida de los mismos, habiendo pasado hácia los Locros Ozolas, se acogió á la ciudad de Amfisa (2), que está situada sobre la llanura Crisea. No pudiendo, pues, los bárbaros dar con los Focenses, hicieron correrías por toda la tierra de Fócida, guiando los Tesalos el ejército, y cuanto á las manos les venía todo lo incendiaban y talaban, pegando fuego á las ciudades y á los templos.

XXXIII. Y en efecto, marchando por las orillas del río

(1) Esta Dórida propia correspondia á la Levadia alta de los Turcos.

(2) Amfisa capital de los Locros Ozolas, situados en la moderna Levadia, cerca del golfo de Salona, parece estaba donde la presente Salona; si bien otros le dan hoy el nombre de Lambino.

Cefiso, todo lo arruinaban, abrasando las ciudades de Drimo, de Caradra, de Eroco, de Tetronio, de Anficea, de Neona, la de los Pedieses, la de los Triteses juntamente con la de Elatia, la de Hiampolis, la de Parapotamios y la de Abas (1). En esta última habia un rico templo de Apolo adornado de muchos tesoros y donativos, y en él tambien habia ya entónces su oráculo como lo hay al presente, todo lo cual no impidió que despues de saqueado el santuario no fuese entregado á las llamas. Prendieron á algunos Focenses persiguiéndolos por los montes, y de algunas prisioneras abusaron tanto los bárbaros, tantos en número, que acabaron con la vida de las infelices.

XXXIV. Dejados atras los Parapotemios, llegaron los bárbaros á Panopees. Desde allí, dividido el ejército, separóse en varios trozos: el mayor y más poderoso cuerpo de tropas, que llevando al frente á Jerges marchaba hácia Atenas, se entró por la region de los Beocios, la vuelta de la ciudad de los Orcómenos (2). La nacion toda de los Beocios era de la devocion de los Medos: en todas las ciudades de la Beocia presidian ciertos hombres de Macedonia que habia distribuido en ellas Alejandro para su resguardo (3), queriendo dar á Jerges una prueba palpable de que todos los Beocios seguían su parcialidad. Por dicho camino marchaban, pues, los bárbaros del mencionado cuerpo.

XXXV. Otro cuerpo de ellos, llevando sus guías, mar-

(1) No es menester buscar á dichas ciudades un nombre moderno, porque todas estas y las demas de los Focenses hasta el número de veintidos fueron despues desmanteladas y derruidas por Filippo de Macedonia en pena de los hurtos sacrilegos de los Focenses, quienes ántes de la guerra sacra habian saqueado los tesoros de Delfos.

(2) Al presente lugar insignificante de la Levadia con el mismo nombre.

(3) No se deduce de aquí que Alejandro hubiese ocupado con tropas las ciudades de Beocia, sino que habia señalado un comisario Macedon como gobernador de cada ciudad.

chaba hácia el templo de Delfos, costeando el Parnaso, que tenían á la derecha; y estos asimismo entregaban á sangre y fuego cuanto delante se les ponía; tanto, que incendiaron tres ciudades, la de los Penopees, la de los Daulios y la de los Eólidas (1). El motivo por que dicha division de tropa hacia esta jornada, era el intento de saquear el templo de Delfos y presentar al rey Jerges aquellos ricos despojos. En efecto, Jerges, á lo que tengo entendido, sabía mejor los tesoros que habia allí dignos de estima y consideracion, que no los que dejaba él mismo en su palacio, siendo muchos los que de ellos le avisaban, y en especial de las ofrendas que hizo allí Creso, el hijo de Aliates.

XXXVI. Los naturales de Delfos, informados de lo que pasaba, se llenaron de pismo y horror, y poseidos de la pasion, consultaban á su oráculo lo que debian hacer de aquellos bienes y muebles sagrados, si sería acaso mejor esconderlos bajo tierra, ó pasarlos á otra region. Pero aquel su dios no permitió que los tocasen de su lugar, diciendo que él por sí sólo era bastante á cubrir y defender sus cosas sin auxilio ajeno. Con tal respuesta aplicáronse los de Delfos á mirar por sus vidas y personas; y habiendo hecho pasar á sus hijos y mujeres á la Acaya, subiéronse casi todos á las cumbres del Parnaso y se refugiaron en la cueva Coricia, si bien algunos se escaparon á Amfisa, la de los Locros. Todos los de Delfos, en suma, desampararon su ciudad, fuera de 60 varones que con el adivino (2) allí se quedaron.

XXXVII. Al estar tan cerca los bárbaros invasores que

(1) No interviniendo por aquí en nada los Eólidas, parece deber corregirse los Lileadas ó habitantes de Lilea, ciudad que fué demolida con la de Panope y la de Dáulida, y que es en el día una pequeña aldea que lleva el nombre de Solen.

(2) Por entónces habia sólo en Delfos, al parecer, un adivino ó intérprete de los oráculos con una sola Pythia, no habiendo crecido con el número de consultas y dones el de profetas y Pitonisas.

ya alcanzaban á ver el templo, entónces el adivino Acerto, que así se llamaba, observa y ve delante del templo mismo unas armas sagradas, que de lo interior del santuario habian sido allí transferidas, armas que sin horrendo sacrilegio de mano de ningun hombre podian ser tocadas. Vase el adivino á dar noticia del prodigio á los Delfios que allí quedaban, cuando en este intermedio de tiempo, acercándose los bárbaros á toda prisa y estando ya delante del santuario de Minerva la Pronea, sobrecógenles nuevos portentos mucho mayores que el que llevo notado (1). No digo que no fuese un prodigio estupendo el que se dejasen ver allí delante del templo unas armas de guerra salidas fuera de él por sí mismas; repito, sí, que los portentos que á este primero se siguieron son los más maravillosos que jamás en el mundo hayan sucedido; porque al ir á acometer ya á la capilla los bárbaros vecinos de Minerva Pronea, caen sobre ellos unos rayos vibrados del cielo, dos riscos desgajados con furia de la cumbre del Parnaso bajan precipitados hacía ellos con un ruido y fracaso espantosos, cogen y aplastan á no pocos, y dentro del templo mismo de la Pronea se levanta grande algazara y gritería.

XXXVIII. Con tanto prodigio junto en un mismo tiempo y lugar, apoderóse de los bárbaros el asombro y pavor, y avisados los Delfios de que tomaban la fuga, bajaron del monte é hicieron en ellos gran destrozo y matanza. Los

(1) Si fueron embustes del profeta délfico estos portentos, para mí es un portento mayor que los otros el que tantos y tan ilustres escritores nos los vendan sin vacilar por hechos históricos. Prodigios hay en las historias antiguas que solo pueden explicarse por la intervencion de espíritus malos, no por fraudes de los sacerdotes ó credulidad del vulgo: de esta suerte son los sucedidos más tarde en Delfos mismo contra Breno y sus Galos. Bien que esas deidades délficas sólo parecen fieras contra los bárbaros, disimulando á sus Focenses ántes de la guerra sacra los mayores sacrilegios.

que de ella se libraron iban en derechura escapando á la Beocia, diciendo, ya restituidos á ella, segun he oido referir, que otros prodigios habian visto todavia, pues dos Oplitas ó infantes, cuyo talle y gallardía eran cosa ménos humana que divina, les iban persiguiendo en la fuga.

XXXIX. Pretenden los Delfios que eran estos infantes los dos héroes paisanos suyos, Filaco y Antonoo, cuyas capillas están cerca del templo; la de Filaco, al lado mismo del camino sobre el santuario de Pronea; la de Antonoo, cerca de Castalia, bajo la cumbre Hiampia. Los peñascos caidos del Parnaso se conservan aún en mis dias echados en la capilla de Minerva Pronea, á la cual fueron á parar pasando por medio de los bárbaros. Tal fué la retirada del destacamento enviado al templo.

XL. La armada naval de los Griegos, salida de Artemisio, fuese á ruego de los Atenienses á dar fondo en Salamina (1). La mira que obligó á los Atenienses á pedirles que se apostasen cerca de Salamina con sus naves, fué para ganar tiempo en que sacar del Atica á sus hijos y mujeres, y asimismo para deliberar lo que mejor les convenia en aquellas circunstancias, viéndose precisados á tomar una nueva resolucion, puesto que no les habia salido la cosa como pensaban, porque estando creidos de que hallarian las tropas del Peloponeso atrincheradas en la Beocia para recibir allí al enemigo, hallaron que nada de esto se hacia, ántes bien entendieron que se estaban aquellas fortificando en el istmo por la parte del Peloponeso, y que puesto todo su cuidado en salvarse á sí mismas, tenian empleadas sus guarniciones en la guarda de su país, dejando correr lo demás al arbitrio del enemigo. Con estas noticias resolvieron á suplicar á los Griegos que mantuviesen la armada cerca de Salamina.

(1) Isla enfrente de Eleusina, llamada hoy Coluri, lo mismo que la pequeña villa que ha reemplazado á la célebre ciudad de Salamina.

XLI. Así que, retiradas las otras escuadras á Salamina y vueltos á su patria los Atenieses, luego de llegados mandaron publicar un bando, para que «cada ciudadano salvase como pudiese á sus hijos y familia,» en fuerza del cual los más enviaron los suyos á Trecena (1), otros á Egina y algunos á Salamina: y en esto de pasar y poner en seguridad á sus gentes, dábanse mucha prisa por dos motivos: el uno por deseo de obedecer al oráculo recibido, y el otro, nada inferior, por lo que voy á decir. Cuéntase entre los Atenieses que una gran serpiente tiene su morada en el templo de Minerva como guarda de su ciudadela; y no solamente se cuenta así, sino que mensualmente le ponen allí su comida, como si en realidad existiera, y consiste su ración mensual en una torta con miel. Sucedió, pues, que dicha torta, que siempre en los tiempos atras se hallaba comida, entónces apareció intacta; y como la sacerdotisa de Minerva diese de ello aviso, éste fué un motivo más para que los Atenieses con mayor empeño y prontitud dejasen su ciudad, como si la diosa tutelar la hubiese ya desamparado. Transportadas, pues, todas sus cosas, hicieron á la vela para ir á juntarse con la otra armada en sus reales.

XLII. Habiéndose tenido la nueva de que la armada de Artemisio había pasado á Salamina, todas las demas escuadras de los Griegos, saliendo de Trecena, en cuyo puerto, llamado el Pogon, se les había dado la orden de juntarse, fuéronse á incorporar con ella. Con esto el número de naves que allí recogieron fué muy superior al de las que habían combatido en Artemisio, siendo más ahora las ciudades que con ellas concurrían. El almirante, con todo, era Euribiades, el hijo de Euriclides, natural de Esparta, pero

(1) Llamada al presente Pleña ó Damala en la Argólida, sobre el golfo Sarónico. Egina es la moderna isla de Engia, de la cual toma nombre el golfo Sarónico ó de Engia.

no de familia real, el mismo que lo había sido en Artemisio. Los Atenienses eran los que daban el mayor número de naves y las más ligeras.

XLIII. Hé aquí el catálogo de los que militaban: del Peloponeso concurrían los Lacedemonios con diez y seis galeras; los Corintios llenaban el número mismo de naves que tenían en Artemisio; los Sicionios (1) venían con quince; los Epidaurios con diez; los Treceños con cinco, y los Hermionenses con tres. Todos estos pueblos, excepto los últimos, son Dóricos y Macedonios por su origen, venidos de Erineo y de Pindo, y últimamente de la Driopida; pero los Hermionenses son aquellos Driopes á quienes echaron de la region llamada Dórica Hércules y los Melienses. Estas eran, repito, las tropas navales de los Peloponesios.

XLIV. Los que concurrían del continente, que este fuera del Peloponeso, eran Atenienses, que por sí solos daban 180 naves, número superior al de todos los demas. En Salamina ya no concurrían en la escuadra de Atenas los Plateenses, porque al retirarse las naves de Artemisio, luégo que llegaron delante de Cálcida, desembarcados en la parte frontera de Beocia, fuéronse á poner los suyos en seguridad; con tan honesto motivo como era el de salvar á sus domésticos, habíanse separado de sus Atenienses. Para decir algo de los Atenienses, cuando los Pelasgos dominaban en la que ahora se llama Grecia, eran aquellos también Pelasgos con el nombre de Craneos; los mismos en el reinado de Cécrope se llamaban Cecrópidas; y despues que Erecteo le sucedió en el mando mudaron su nombre en el de Atenienses, y cuando Ion, el hijo de Xuto, fué hecho general de los Atenienses, éstos se llamaron Jonios.

XLV. Los Megarenses daban en Salamina tantas naves

(1) La antigua Sicion es al presente un monton de ruinas con el nombre de Basilica. Epidauro, capital de la Argólida, llámase en el dia segun unos Pigiada, segun otros Esculapio. Hermione es en la actualidad Maria, en el golfo de Napolí en la Argólida.

como en Artemisio. Los Ampraciotas asistían con siete á la armada, y los Leucadios con tres (1), siendo estas gentes de origen dórico y colonias de Corinto.

XLVI. Entre los isleños venían con treinta galeras los Eginetas, quienes si bien tenían armadas algunas otras, habiendo de defender con ellas á su isla, halláronse solo en la batalla de Salamina con las treinta dichas, que eran muy fuertes y veleras. Son los Eginetas un pueblo dórico pasado de Epidauro á aquella isla, que primero llevaba el nombre de Enona. Despues de éstos presentáronse con las veinte naves que ya tenían en Artemisio los Calcidenses y con sus siete los de Eretria, pueblos entrambos jonios. Los Ceos, que asimismo son gente jonia venida de Atenas, asistieron con los mismos buques que ántes. Vinieron los de Naxos con cuatro galeras: habíanles enviado sus ciudadanos á juntarse con los Medos, como habían hecho los otros isleños; pero ellos, sin atenerse á tales órdenes por el cuidado y solicitud de Democrito, hombre muy principal entre los suyos y capitán entónces de una de las naves, viniéronse á juntar con los Griegos. Los de Stira daban las mismas naves que en Artemisio, y los de Citno (2) daban también la suya con su galeota, cuyos dos pueblos son Driopes en su origen. Seguían asimismo en la armada los Serfios, los Sifnios (3), los Melios, siendo éstos los únicos isleños que no habían reconocido al bárbaro por soberano con la entrega de la tierra y del agua.

XLVII. Había sido levantada toda la referida tropa en las naciones que moran más acá de los confines de los

(1) Conservan estas tres ciudades su nombre antiguo, si bien la de los Ampraciotas se llama también Larta y Santa María de los Leucadios.

(2) Citno, al presente Termia.

(3) El pueblo de los primeros es actualmente el lugar de Serso, y el de los Sifnios es la isla de Sifanto.

Tesprotos y del río Aqueronte (1); siendo los que confinan con los Ampraciotas y con los Leucadios, que fueron los guerreros venidos de las regiones más remotas. De los pueblos situados más allá de los dichos términos sólo asistían á la Grecia puesta en tanto peligro los Crotoniatas, y éstos con una sola nave, cuyo comandante era Failo, el cual habia tres veces obtenido el primer premio de los juegos Pitios: son los Crotoniatas oriundos de Acaya.

XLVIII. Generalmente las ciudades dichas servian en la armada con sus galeras; solo los Melios, Sifnios y Serifios venian en sus galeotas ó penteconteros: dos daban los Melios oriundos de Lacedemonia; los Sifnios y Serifios, ambos de origen Jonios, colonos de Atenas, daban la suya respectiva. El número total de las naves sin contar las galeotas subia á 378 (2).

XLIX. Juntos ya en Salamina todos los generales de las ciudades mencionadas, entraron en consejo, donde les propuso Euribiades que cada cual con entera libertad dijese qué lugar, entre todos los que estaban bajo del poder y dominio griego, le parecia ser el más oportuno para la batalla naval. No contaba con Atenas, desamparada ya, y solamente les consultaba acerca de las demás ciudades. El mayor número de los votos concordaba en que pasasen al istmo y diesen la batalla en el Peloponeso. La razon que daban era que en caso de ser vencidos por mar cerca de Salamina, se verian despues sitiados en aquella isla, donde ningun socorro les podria llegar; pero que si se hallaban cerca del istmo, podrian, en caso de ser vencidos, irse á juntar con los suyos.

L. Defendiendo así su parecer los generales del Peloponeso, llegó un Ateniense con la nueva de que el bárbaro

(1) Los Tesprotos habitaban hácia la Vaelitia; el Aqueronte es el Veriichi en Epiro.

(2) Quedóse corto, pues, Esquiles al dar en su tragedia de los Persas 300 naves á la armada únicamente.

se entraba ya por el Atica, y que en ella lo pasaba todo á sangre y fuego. En efecto, el ejército en que venía Jerges marchando por la Beocia, despues de haber puesto fuego á la ciudad de los Tespienses (1), á la cual habian todos desamparado retirándose al Peloponeso, como tambien á la de los Plateenses; habia llegado á Atenas, donde todo lo destruia y talaba; y la razon que le indujo á abrasar las ciudades de Tespia y de Platea era por haber oido de los Tébanos que no eran de su devocion.

LI. Al cabo de tres meses, contando desde el tránsito del Helesponto de donde emprendieron los bárbaros sus marchas hácia Europa, en cuyo tránsito emplearon otro mes (2), halláronse por fin en el Atica el año en que fué Calia des arconta en Atenas. Apoderáronse de la ciudad desierta, encontrando con todo unos pocos Atenienses en el templo de Minerva, y con ellos á los encargados de las rentas y bienes del mismo, y otros desvalidos. Eran estos ó tan pobres que por faltarles los medios no habian podido retirarse á Salamina, ó del número de los que pensaban haber penetrado mejor el oráculo de la Pythia, en que les anunciaba que la muralla de madera sería inexpugnable, persuadidos de que, conforme al oráculo, la ciudadela y no las naves era un asilo seguro. Los tales, pues, cerrada la puerta del alcázar y atrancada con unos gruesos palos, resistian á los que procuraban acometerles.

LII. Los Persas, fortificándose en un collado que está enfrente de la fortaleza, al cual llaman los de Atenas el

(1) La ciudad antigua reducida á una pequeña poblacion conserva el nombre de Tespes; pero de Platea, totalmente arruinada ni aun el nombre resta.

(2) Quizá el sentido debe ser que desde Sardes hasta Europa emplearon un mes marchando, pues no puede entenderse que se pase un mes en el tránsito del Helesponto, en el que, segun refiere el mismo autor, libro VII, pár. LVI, sólo emplearon siete dias.

cerro de Marte (1), les pusieron sitio, y desde allí disparaban contra las estacadas de la ciudadela unas saetas incendiarias, alrededor de las cuales ataban estopa inflamada. Los Atenienses sitiados, por más que viesan faltarles ya la estacada, se defendían tan obstinadamente que ni áun quisieron oír las capitulaciones que los Pisistratidas les proponían. Entre otros medios de que se valían para su defensa, uno era el impeler hácia los bárbaros que acometían contra la puerta peñascos del tamaño de unas ruedas de molino. Llegó la cosa á punto que Jerges, no pudiéndoles rendir, estuvo harto tiempo sin saber qué partido podría tomar.

LIII. Al cabo, como era cosa fatal y decretada ya, según el oráculo, que toda la tierra firme del Atica fuese domada por los Persas, á los bárbaros apurados se les descubrió cierto paso por donde entrasen en la ciudadela, porque por aquella fachada de la fortaleza que cae á las espaldas de su puerta y de la subida, lienzo de muralla tal que no parecía que hombre nacido pudiese subir por él, y dejado por eso sin guarda ninguna; por allá, digo, subieron algunos enemigos, pasando por cerca del templo de Aglauro, hija de Cécrope, á pesar de lo escarpado de aquel precipicio. Cuando vieron los Atenienses á los bárbaros subidos á la plaza, echándose los unos cabeza abajo desde los muros, perecieron despeñados, y los otros se refugiaron al templo de Minerva. La primera diligencia de los Persas al acabar de subir, fué encaminarse hácia la puerta del templo, y abierta pasar á cuchillo á todos aquellos refugiados. Degollados todos y tendidos, saquearon el templo y entregaron á las llamas la ciudadela entera.

LIV. Luégo que se vió Jerges dueño de toda la ciudad de Atenas, despachó un correo á caballo que fuese á Susa para dar parte á Artabano del feliz suceso de sus armas.

(1) Este era el famoso Areopago.

El día despues de despachado el nuncio, convocó á los desterrados de Atenas que traia en su comitiva, y les ordenó que subiesen al alcázar, hiciesen en él sus sacrificios conforme el rito patrio y ceremonias del país, ora lo mandase así por alguna vision que entre sueños hubiese tenido, ó bien por escrúpulo ó remordimiento de haber quemado el templo. Los desterrados de Atenas cumplieron por su parte con las órdenes dadas.

LV. Ahora quiero yo decir lo que me ha movido á referir esta particularidad. Hay en la ciudadela un templo de Erecto, de cuyo héroe se dice que fué hijo de la tierra (1), y en el templo hay un olivo y un mar ó pozo de agua marina, los que son monumentos de la contienda que entre sí tuvieron Neptuno y Minerva sobre la tutela del país, segun lo cuentan los Atenienses. Sucedió, pues, que dicho olivo quedó abrasado juntamente con los demas del templo en el incendio de los bárbaros. ¡Cosa singular! un dia despues del incendio, cuando los Atenienses por orden del rey subieron al templo para hacer los sacrificios, vieron que del tronco del olivo habia ya retoñado un vástago largo de un codo. Así al ménos lo dijeron.

LVI. Lo mismo fué oír los Griegos que se hallaban en Salamina juntos en consejo lo que pasaba en la ciudadela de Atenas, que moverse entre los mismos un gran alboroto y confusion, tal que algunos de los jefes principales, sin esperar que se viniese á la votacion y último acuerdo de lo que se deliberaba, saltaron de repente á sus galeras é iban desplegando las velas para partir luego, y los demas que se quedaron en la junta acordaron que se diese la batalla delante del istmo. Vino en fin la noche, y disuelto el congreso, retiráronse á las naves.

LVII. Al volver entónces Temístocles á la suya, preguntóle cierto paisano de él, llamado Mnesifilo, qué era lo que

(1) No era sino Egipcio emigrado en Atenas.

se habia acordado; y oyendo de él que la resolucion última habia sido que pasadas las naves al istmo, se diese la batalla naval delante del Peloponeso:—«Si así es, le dijo, que esos una vez se partan de Salamina con sus naves, adios, amigo, no habrá más patria por cuya defensa podrás tú pelear. ¿Sabes lo que harán? volveráse cada cual á su ciudad; ni Euribiades ni otro alguno podrá tanto que llegue á estorbar que no se disuelva y disipe la armada; y con esto irá pereciendo la Grecia por falta de consejo y acierto. No, amigo; mira si tiene remedio el asunto; vé allá y procura desconcertar lo acordado, si es que puedes hallar el modo de hacer que Euribiades mude de parecer y quiera no moverse de este puesto.»

LVIII. Penetróse mucho Temístocles del aviso, y cuadróle la idea de suerte, que sin contestarle ni una sola palabra, váse á la nave de Euribiades, y dícele desde su esquiife que tenía un negocio público que tratar con él. Euribiades, mandándole subir á bordo, convida le á que diga lo que quiera comunicar. Temístocles, sentándose á su lado, le propone cuanto habia oido de boca de Mnesifilo, apropiándose la idea (1) y añadiendo muchas otras cosas y razones, ni paró hasta tanto que, haciéndole mudar de parecer, le redujo con sus ruegos á que saltase á tierra y llamase á los generales á congreso.

LIX. Júntanse, pues, éstos, y ántes que les propusiera Euribiades el asunto para cuya deliberacion les habia convocado, el hábil Temístocles, como hombre muy empeñado en salir con su intento, hacíase lenguas pidiendo á todos que no dejasen el puesto. Oyéndole el general de los Corintios, Adimanto, hijo de Ocito:—«Temístocles, le dijo,

(1) Plutarco, segun su costumbre, se declara contra nuestro autor por haber privado á Temístocles de la gloria que se merece este aviso digno del mejor político, especialmente habiendo reservado para su Artemisia, como veremos, consejos llenos de acierto y prudencia.

en los juegos públicos lleva azotes el que se mueve ántes de la señal (1).» Rebatíóle Temístocles con decirle:—«Los que en ellos se quedan atras no se llevan la palma.»

LX. Devuelta con gracia la réplica al Corintio, volviósese Temístocles para hablar con Euribiades, y sin hacer mención de lo que ántes á solas le habia dicho, á saber, que si una vez alzaban ancla los generales en Salamina apretarian á huir, pues bien veia él que no era cortesía acusar á nadie de cobarde en presencia de los confederados, echó mano de esotro discurso diciendo:—«En tu mano, Euribiades, tienes ahora la salud pública de la Grecia; con tal que te conformes con mi parecer, que es el de dar en estas aguas la batalla, y no con el de los que quieren que leves ancla y vuelvas á las del istmo con la armada. Oyéme, pues, y pesa luégo las razones de entrambos pareceres. Dando la batalla cerca del istmo, pelearás lo primero en alta mar, en mar abierta y patente, cosa que de ningun modo nos conviene, siendo nuestras galeras más pesadas y menores en número que las del enemigo. Además de esto, perderás á Salamina, Megara y Egina, aun cuando lo demas nos salga felizmente. Con esto, finalmente, harás que el ejército de tierra siga y acompañe las escuadras del enemigo, y con ese motivo tú mismo la conducirás al Peloponeso y pondrás en peligro á la Grecia toda. Si por el contrario, siguieses mi parecer, mira cuántas son las ventajas que á lograr vamos. En primer lugar, siendo estrecho ese paso, con pocas naves podremos cerrar con muchas; y si fuere tal la fortuna de la guerra cual es verosí-

(1) Alude este dicho á las corridas de los juegos olímpicos, en que los jueces llamados Olímpionicas, por medio de sus alguaciles los Alytas mandaban dar un latigazo al que ántes de dar ellos la señal salia de la linea, como lo dieron al Lacedemonio Licas (Tucid.). Es célebre, y no sé como lo omite Herodoto, el dicho de Temístocles, quien al ver que Euribiades le amenazaba con el baston.—«Fega, le dijo, si quieres, pero oye.»

mil que sea, saldremos de la refriega muy superiores, puesto que á nosotros, para vencer, nos conviene lo angosto del lugar, al paso que la anchura al enemigo. A más de esto, nos quedará salva Salamina, donde habemos dado asilo y guarida á nuestros hijos y mujeres. Añado aunque de hacerlo así depende lo que tanto desean estos guerreros, pues quedándote aquí cubrirás y defenderás con la armada al Peloponeso del mismo modo que si dieras la batalla cerca del istmo, y no cometerás el error de conducir los enemigos al Peloponeso. Y si el éxito nos favorece, como lo espero, quedando ya victoriosos en el mar, logremos sin duda que no se adelanten los bárbaros hácia el istmo, ni pasen áun más allá del Atica, ántes bien los veremos huir sin órden ninguno y con la ventaja de que nos queden libres é intactas las ciudades de Megara, de Egina y de Salamina, en donde los Atenienses, según la promesa de los oráculos, debemos ser superiores á nuestros enemigos. No digo más, sino que por lo comun el buen éxito es fruto de un buen consejo, miéntras que ni Dios mismo quiere prosperar las humanas empresas que no nacen de una prudente deliberacion.»

LXI. Al tiempo que esto decia Temístocles, interrumpióle otra vez Adimanto el Corintio, mandando que callase el fanfarron expatriado y aún sin patria, y volviéndose á Euribiades le dijo no permitiese á nadie votar (1) sobre el dictámen de quien ni casa ni hogar tenia ya; que primero les dijese Temístocles cuál era su ciudad, y que se votase despues sobre su parecer; desvergüenza con que daba á

(1) Para votar los negocios en Atenas los escribían en una tablilla expuesta al público los Pritanes ó gobernadores de semana: junta ya la Asamblea popular, volvía el Epístates, esto es, el primero de los Prohedros ó presidentes, á proponer el asunto sobre el cual, despues de haber discurrido los oradores que lo pedían, anunciaba el Epístates al pueblo que se iba á votar. La fuerza de este acto es la que expresa en este pasaje el verbo del original.

Temístocles en rostro por hallarse ya su patria, Atenas, en poder del Persa. Entónces Temístocles cubrióle de oprobio á él y á sus Corintios, diciéndole de ellos mil infamias, añadiendo que los Atenienses con las 200 naves armadas que conservaban, tenían mejor ciudad y mayor estado que ellos; no habiendo ninguno entre los Griegos que pudiese resistir si los Atenienses le acometían.

LXII. Después que de paso hubo soltado estas razones, encaróse con Euribiades, y con mayor abinco y resolución le dijo:—«Atiende bien á ello: si esperares aquí al enemigo y esperándole te portares como corresponde según eres de valiente y honrado, serás la salud de la Grecia; de otro modo, su ruina. Nuestras fuerzas en esta guerra no son otras que las de esta armada unida: no te dejes deslumbrar, sino créeme á mí. Voy á echar el resto: si no haces lo que te digo, sin aguardar más nosotros los Atenienses vamos en derechura á cargar con nuestras familias y partimos con ellas para Siris (1) de Italia, pues ella es nuestra ya de tiempo inmemorial, y nos predicen los oráculos que debemos poblarla nosotros. Cuando os viereis desamparados de una alianza como la nuestra, os acordareis de lo que ahora os digo.»

LXIII. Con estas razones de Temístocles iba desimpresionándose Euribiades; y lo que á mi juicio le hacía mudar de dictámen, era particularmente el miedo de que les dejarían los Atenienses si retiraba la armada hácia el istmo; tanto más, cuanto dejándoles ellos, no tendrían las demás fuerzas bastantes para entrar en batalla con el enemigo. Su dictámen, en suma, fué que se diese allí la batalla.

LXIV. Después que se hubieron encontrado de parece-

(1) Ciudad de Lucania en la actual Basilicata, llamada después Heraclea, al presente arruinada, cerca de la embocadura del río Siris, el moderno Senno. Los Atenienses fundaron también á Turió en aquellas cercanías.

res en esta reyerta sobre quedarse ó no en Salamina, cuando vieron la resolucion de Euribiades, empezaron á prepararse para entrar alli mismo en combate. Vino el dia, y en el punto de salir el sol sintióse un terremoto de mar y tierra. Parecióles á los Griegos que no sólo sería bien acudir á los dioses con sus oraciones y votos, sino tambien llamar á los Eácidas en asistencia y compañía suya, y así lo ejecutaron; porque habiendo hecho sus ruegos á todos los dioses, tomaron de Salamina misma á Eante y á Telamon, y enviaron á Egina una nave para traer á Eaco y á los demas Eácidas (1).

LXV. Más es todavía lo que contaba Diceo, hijo de Teocides, natural de Atenas é ilustre desterrado entre los Persas: que en el tiempo en que la infantería de Jerges iba talando el Atica, desierta de ciudadanos, hallábase él casualmente en el campo Triasio (2) en compañía del Lacedemonio Demarato; que vieron allí una polvareda que salía de Eleusina, cual suele levantar un cuerpo de treinta mil hombres; y como ellos, maravillados, no entendiesen qué gente podría ser la que tanto polvo levantaba, oyeron de repente una voz que á él le pareció ser aquella oda solemne y mística llamada *Iacco*. Preguntóle Demarato, que no tenía experiencia de las ceremonias que se usan en Eleusina, qué venía á ser aquella vocería; á lo que Diceo

(1) Sin duda su pretension era que estos misteriosos ídolos, semejantes á los Dioscuros, acompañasen la armada, como entre los Turcos el estandarte de Mahoma.

(2) Llanura vecina á la antigua Eleusis, que es al presente la aldea de Lepsina. En cuanto al prodigio, no es de creer que Herodoto asienta á él, como á otros mil que refiere. Los historiadores no quieren por lo comun ser ménos aplaudidos que los cómicos, y se acomodan por lo mismo al sabor de los lectores; y no es por lo mismo más de extrañar que alimente Herodoto de ficciones y maravillas á lectores gentílicos y supersticiosos, que el espíritu de impiedad y de pedante filosofía de que llenan sus volúmenes muchos de los que tachan de crédulo á nuestro autor.

respondió:—«No es posible, Demarato, sino que una gran maldicion del cielo ó del abismo va á descargar sobre el ejército del rey, pues bien claro está que hallándose el Atica desamparada y vacía, son esas voces de algun dios que de Eleusina va al socorro de los Atenienses y de sus aliados. Si se echa sobre el Peloponeso ese socorro divino, en mucho peligro se verá el rey con el ejército de tierra firme, y si va hácia las naves que están en Salamina, peligrará mucho que el rey pierda su armada naval. Esa es una fiesta que celebran todos los años los Atenienses en honra de la *Madre* (Céres) y de la *Niña* (Proserpina), en la cual cualquiera de ellos, y aún de los otros Griegos, puede alistarse por cofrade, y esta algazara que aquí oyes es la misma que mueven en la fiesta con su cantar de *Iacco*.» Dijole á esto Demarato:—«Calla, amigo; te ruego que no digas á nadie palabra de esto; que si cuanto aquí manifiestas llega á oídos del rey, perderás tú la cabeza, sin que yo ni otro alguno podamos librarte. Silencio, y no mover ruido; que de nuestro ejército cuidarán los dioses.» Esto fué lo que previno á Diceo su compañero; pero despues de vista la polvareda y oida la gritería, formóse allí una nube que, llevada por el aire, se encaminó hácia Salamina al ejército de los Griegos, con lo cual acabaron de entender que habia de perderse la armada naval de Jerges. Hé aquí lo que contaba Diceo, hijo de Teocides, citando por testigos á Demarato y á otros muchos.

LXVI. Volviendo á las tropas que servian en la armada de Jerges, despues que desde Traquina, donde habian contemplado el destrozo y carnicería hecha en los Lacedemonios, pasaron á Histiea, detuviéronse en ella tres dias, despues de los cuales navegaron por el Euripo, y al cabo de otros tres se hallaron en Falero (1), puerto que era de Ate-

(1) Falero, puerto á cosa de una legua de Atenas, desierto al presente y abandonado.

nas: y á lo que creo, no fué menor el número de las tropas que vino contra Atenas, así de las de tierra como de las de mar, de lo que habia sido aquel con que habian ántes llegado á Sepiada y á Termópilas; porque debo aquí sustituir al número de las que en la tormenta se perdieron, de las que perecieron en Termópilas y de las que murieron en los combates navales cerca de Artemisio, los Melienses, los Dorios, los Locros y los Beocios, pueblos que con todas sus milicias venian incorporados en el grueso del ejército, sacados solamente los de Tespia y los de Platea. Debo añadir tambien los Caristios (1), los Andrios, los Tenios y todos los demas isleños, fuera de aquellas cinco ciudades de quienes hice ántes mencion, llamándolas por su nombre. Y lo cierto es que cuanto más iba internándose el Persa dentro de la Grecia, tantas más eran las naciones que le iban acompañando.

LXVII. Llegados, pues, á Atenas todos los que llevo referidos, sacando solamente á los Parios, pues éstos, habiéndose quedado en Cídno, se mantuvieron neutrales esperando á ver en qué pararia la empresa; llegados, repito, todos los demas á Falero, bajó el mismo Jerges en persona hácia las naves con el intento de conferenciar con su marina y á fin de explorar de qué sentir eran los de sus escuadras. Acercado á la playa, y sentado en un lugar eminente, ibansele presentando los señores de sus respectivas naciones y los oficiales llamados de sus naves, y tomaban asiento segun el lugar y preferencia que el rey á cada uno de ellos habia señalado, siendo entre todos el primero el rey de Sidonia, el segundo el de Tiro y así de los demas. Sentados ya todos por su orden, Mardonio, pasando por medio de ellos de orden de Jerges, iba tomando los pare-

(1) Caristo, hoy Castelroso en Eubca; los Tenios habitaban la isla de Tine, y las cinco ciudades de que se habla aquí y en el párrafo XLVI, son las cinco islas de Naxos, Melo, Sifno, Serifo y Cídno.

veres de cada uno en particular sobre si sería del caso dar la batalla naval.

LXVIII. Iba, pues, Mardonio preguntando á todos, empezando su giro desde el rey de Sidonia, y recogiendo de cada uno de ellos un mismo voto y sentimiento, á saber, que sin duda debia darse la batalla, cuando Artemisia se explicó en tales términos:—«Harásme, oh Mardonio, la merced de decir al rey de mi parte, que yo, que no me porté enteramente mal en las refriegas pasadas, aquí cerca de Eubea, ni dejé de dar pruebas bastantes de mi valor, háblome ahora por tu boca en estos términos: Señor, mi fidelidad en todo rigor de justicia me obliga á que os descubra ingenuamente lo que juzgue por más conveniente á vuestro servicio: hágolo, pues, diciéndoos que guardéis vuestras naves y no entreis con ellas en batalla, pues esos enemigos son una tropa tan superior en el mar á la vuestra, cuanto lo son los hombres en valor á las mujeres. Y ¿qué necesidad teneis vos, ni poca ni mucha de exponeros á una batalla naval? ¿No os veis dueño de Atenas, cuya venganza y conquista os movió á esta expedicion? ¿No sois señor de la Grecia toda, no habiendo ya quien salga á detener el curso de la victoria? Los que hasta aquí se os han puesto delante, han llevado, y llevado bien, su merecido. Aún más, señor: quiero representaros el paradero que á mi juicio tendrán los asuntos del enemigo. Si no os apresurais á dar la batalla por mar, ántes bien continuais en tener la armada en estas costas ó la mandais avanzar hácia el Peloponeso, no dudeis, señor, que vereis cumplidos los designios que os han traído á la Grecia; porque no se hallarán los Griegos en estado de resistiros largo tiempo, sino que les obligareis en breve á dividir sus fuerzas partiéndose hácia sus respectivas ciudades. Hablo así, porque, segun llevo dicho, ni tienen ellos víveres provenidos en esa isla, ni es de creer que dirigiéndoos vos con el ejército de tierra hácia el Peloponeso, se estén aquí

inmóviles los que allá han concurrido. No se cuidarán ellos sin duda de pelear en defensa ó venganza de los Atenienses. Al contrario, tengo mucho que temer que si con tanta precipitacion dais la batalla naval, vuestras tropas de mar, rotas y deshechas, han de desconcertar á las de tierra. A más de esto, quisiera yo, señor, que hicieseis la siguiente reflexion: que un buen amo, por lo comun, se ve servido de un criado malo, y un mal amo de un criado bueno. De esta desgracia os toca tambien á vos una buena parte, que siendo el mejor soberano del mundo teneis unos pésimos criados; pues esos que pasan por aliados vuestros, quiero decir, los Egipcios, los Cipriotas, los Cilicios, los Panfilios, no son hombres para nada.»

LXIX. Al oír á Artemisia diciendo esto á Mardonio, cuantos la querian bien recibian mucha pena de que así se explicase, persuadidos de que habia de costarle caro su libertad de parte del soberano, como que se oponia á que se diese la batalla. Pero los que la miraban con malos ojos y le envidiaban la honra con que el rey la distinguia entre los demas confederados, recibian gran placer en su voto particular, como si por él se fabricase ella misma su ruina. Pero no fué así, ántes bien, cuando se hizo relacion á Jerges de aquellos pareceres, mostró mucho gusto y satisfaccion con el de Artemisia; de suerte que, si ántes la tenia por mujer de prendas, la celebró entónces mucho más de ingeniosa y prudente. Ordenó, no obstante, que se estudiase á la pluralidad de los votos, dándose á entender que sus tropas ántes no habian hecho su deber en los encuentros cerca de Eubea, llevando blanda la mano por no hallarse él presente, pero que no sucederia lo mismo entónces, cuando estaba resuelto á ver las batallas por sus mismos ojos.

LXX. Dada la órden de hacerse á la vela, partieron hácia las aguas de Salamina, y se formaron en batalla á su gusto y placer, tan despacio, que no les quedó tiempo para

darla aquel día. Sobrevino la noche y la pasaron ordenándose para pelear al día siguiente. Pero los Griegos, y muy particularmente los venidos del Peloponeso, estaban sobrecogidos de pasmo y horror, viendo estos últimos que confinados allí en Salamina iban á dar á favor de los Atenienses una batalla, de la cual, si salían vencidos, veríanse cogidos y bloqueados en una isla, dejando á su patria indefensa.

LXXI. Aquella misma noche empezó á marchar por tierra hácia el Peloponeso el ejército de los Persas, por más que se hubiesen tomado todas las medidas y precauciones posibles á fin de impedir á los bárbaros el paso de tierra firme; porque apenas supieron los Peloponesios la muerte de las tropas de Leonidas en Termópilas, concurriendo á toda prisa los guerreros de las ciudades, sentaron sus reales en el istmo, teniendo al frente por general á Cleombroto, hijo de Anaxandrides y hermano de Leonidas. Plantados en el Istmo sus reales, cortaron ante todo con trincheras y terraplenaron la via Scironida (1), y despues tomado entre ellos acuerdo, determinaron levantar una muralla en las fauces del istmo, y como eran muchos millares de hombres los que allí estaban, y no habia ni uno solo que no pusiese mano al trabajo, estaba ya entónces acabada la obra, mayormente cuando sin cesar ni de día ni de noche, iban afanándose aquellas tropas, acarreando unos ladrillo, otros fagina y otros cargas de arena.

LXXII. Los pueblos que á la guarnicion y defensa del istmo concurrían con toda su gente eran los Griegos siguientes: los Lacedemonios, los Arcades todos, los Eleos, los Corintios, los Sicionios, los Epidaurios, los Fiasios, los Treceños y los Hermionenses; y estos se desvelaban tanto

(1) Este camino, que llaman otros Scirona, conducía al Istmo desde la ciudad de Megara por entre aquellos montes y derrumbaderos que al presente llaman *Caki-Scala*.

en acudir con sus tropas al istmo, porque no podían ver sin horror reducida la Grecia al último trance y peligro de perder la libertad, mientras que los otros Peloponesios lo miraban todo con mucha indiferencia, sin cuidarse nada de lo que pasaba.

LXXIII. Habíase ya dado fin á los juegos Olímpicos y Carneos. Para hablar con más particularidad, es de saber que son siete las naciones que moran en el Peloponeso, dos de las cuales, los Arcades y los Cínurios, no sólo son originarios de aquella provincia, sino que al presente ocupan la misma region que desde el principio la ocupaban. Una nacion de las siete, es decir, la Acaica, si bien nunca desamparó el Peloponeso, salida con todo de su misma tierra habita en otra extraña (1): las otras cuatro que restan, la de los Dorios, de los Etolos, de los Driopes y de los Lenios, son advenedizas. Tienen allá los Dorios muchas y muy buenas ciudades; los Etolos solamente una, que es Elida; los Driopes tienen á Hermiona y Asina (2), que está confinante con Cardamila, ciudad de la Laconia; á los Lacedemonios pertenecen todos los Perorestas. Los Cínurios, siendo originarios del país (*ó auctotonas*), han parecido á algunos los únicos Jonios del país, solo que se han vuelto Dóricos al parecer, así por haber sido vasallos de los Argivos, como por haberse hecho *Omeatas* con el tiempo por razon de su vecindario. Digo, pues, que las demas ciudades de estas siete naciones, exceptuando las que llevo expresadas, salieron fuera de la liga, ó si ha de hablar-

(1) Los Aqueos, echados por los Dorios de su país, arrojaron del suyo á los Jonios, apoderándose de la region vecina al golfo de Corinto. Homero cuenta seis regiones en el Peloponeso.

(2) Asina, no la de Mesenia, sino la de Argolida, es al presente un pequeño pueblo con el nombre de Vulcanos: la antigua Cardamila lleva segun unos el nombre de Parama, segun otros el de Sapito: Pororea estaba no lejos de Sicion; Ornea era otra ciudad de los Argivos.

se con libertad, saliéndose de la liga, se declararon por los Medos.

LXXIV. Los que se hallaban en el istmo no perdonaban trabajo ni fatiga alguna, como hombres que veían que en aquello se libraba su suerte, mayormente no esperando que sus naves les acudiesen mucho en la batalla; y los que estaban en Salamina, por más que supiesen los preparativos del istmo, estaban amedrentados, no tanto por su causa propia como respecto al Peloponeso. Por algun corto tiempo, hablando los unos al oído de quien á su lado tenían, admirábanse de la imprudencia y falta de acierto en Earibiades; pero al fin reventó y salió al pública murmuracion. Juntóse la gente á consejo, y todo era altercar sobre el asunto. Porfiaban los unos ser preciso hacerse á la vela para el Peloponeso, exponerse allí á una batalla para su defensa; pero no quedarse en donde estaban para pelear á favor de una region tomada ya por el enemigo. Empeñábanse, por el contrario, los Atenienses, los Eginetas y los Megarenses en que era menester rebatir al adversario en aquel puesto mismo.

LXXV. Entónces, como viese Temístocles que perdía la causa por los votos de los jefes del Peloponeso, salióse ocultamente del congreso, y luego de salido despacha un hombre que vaya en un barco á la armada de los Medos, bien instruido de lo que debía decirles. Llamábase Sicinno este enviado (1), y era siervo y ayo de los hijos de Temístocles, quien, despues de sosegadas ya las cosas, hizole inscribir entre los ciudadanos de Tespias, en la ocasion en que éstos admitian nuevos vecinos, colmándole de bienes y de riquezas. Llegado allá Sicinno en su barco, habló en esta conformidad á los jefes de los bárbaros:—«Aquí vengo

(1) Pintarco y otros autores pretenden que fuese este Sicinno de nacion Persa, comprado como esclavo por Temístocles, á quien se opone Eschilo, que le llama Griego.

á hurto de los demas Griegos, enviado por el general de los Atenienses, quien, apasionado por los intereses del rey y deseoso de que sea superior vuestro partido al de los Griegos, me manda deciros que ellos han determinado huir de puro miedo. Ahora se os presenta oportunidad para una accion la más gallarda del mundo si no les dais lugar ni permittis que se os escapen huyendo. Discordes ellos entre sí mismos, no acertarán á resistiros, ántes les vereis trabados entre sí los unos contra los otros, peleando los de vuestro partido contra los que no lo son.»

LXXVI. Decir esto Sicinno y volverles las espaldas, marchándose, fué uno mismo. Los bárbaros, dando luego crédito á lo que acababa de avisarles, tomaron dos medidas: la una hacer pasar muchos Persas á la isleta Psitalea (1), situada entre Salamina y el continente; la otra dar órden, luego de llegada la media noche, que el ala de su armada por el lado de Poniente se alargase hasta rodear á Salamina, y que las naves apostadas cerca de Ceo y de Cinosura (2) avansasen tanto, que ocupasen todo el estrecho hasta la misma Muniquia. Con esta disposicion de la armada pretendian que no pudiesen huírseles los Griegos, sino que cogidos en Salamina pagasen la pena de los males y daños que les habian causado en las refriegas de Artemisio. Pero la razon que tuvieron en poner la guarnicion de Persas en la pequeña isla de Psitalea, fué porque, hallándose ésta en medio de aquel estrecho en que habia de darse la batalla naval, era preciso que de sus resultas fueran á dar en aquella isleta los naufragos y los destrozos de las naves. Querian, pues, tener allí tropa apostada, que salvase á los su-

(1) Créese que ese islote es Liprocontalia, sin poblacion alguna en el dia.

(2) No pudiendo ser dicha Cinosura la de Lacenia, por sobrado distante, no será acaso otra que el promontorio de Maraton enfrente de Eubca. Muniquia era otro puerto de Atenas, al presente cegado, con el nombre de Macina.

vos y perdiese á los enemigos arrojados. Hacian con gran silencio estas prevenciones para no ser sentidos de sus contrarios, y en ellas trabajaron toda la noche sin tomar algun reposo.

LXXVII. Aquí no puedo ahora, viendo y pesando atentamente el negocio, declararme contra los oráculos, y decir de ellos que no son predicciones verídicas, sin incurrir en la nota de ir contra la evidencia conocida: *«Cuando junte la playa consagrada á Diana de dorada cabellera, á la marina Cinosura, con su puente de barcas, el que taló á Atenas con furiosa lisonja, allí se verá extinguido de mano de la santa Temis, tanto arrojo hijo de tanta soberbia, insultante, rapaz como el de todo poder supremo. Cosido el acero con el acero cubrirá Marte el mar de roja sangre, entónces Júpiter y la diosa Victoria felicitarán á la Grecia libre.»* Siendo, pues, tales y dichas con tanta claridad por Bacis estas profecías, ni me atrevo yo á oponerme á la verdad de los oráculos, ni puedo sufrir que otro ninguno la contradiga (1).

LXXVIII. Por lo que mira á los jefes griegos en Salamina, llevaban adelante sus porfias y altercados, pues no sabian aún que se hallasen ya cercados de las naves de los bárbaros, ántes creían que se mantenian éstos en los puestos mismos en donde aquel dia los habian visto formados.

LXXIX. Estando dichos jefes en su junta, vino desde Egina el Ateniense Aristides, hijo de Lisimaco, á quien con su ostracismo habia el pueblo desterrado de la patria, hombre, segun oigo hablar de su porte y conducta, el me-

(1) Aunque no se haya decidido todavía si el espíritu de Dios inspiraba á veces á las Sibilas, y aunque ninguna dificultad ofrezca el que la Providencia para sus fines se valiera de impuros labios para descubrir á los hombres lo futuro, es de sospechar, por más que repugne á Herodoto, que Temistocles supuso á Bacis estos versos. El espíritu político se trasforma en espíritu profético siempre que le conviene.

por y el más justo de cuantos hubo jamás en Atenas (1). Este, pues, llegándose al congreso, llamó á Temístocles, quien, léjos de ser amigo suyo, se le habia profesado siempre su mayor enemigo. Pero en aquel estado fatal de cosas, procurando él olvidarse de todo y con la mira de conferenciar sobre ellas, llamóle fuera, por cuanto habia ya oido decir que la gente del Peloponeso queria á toda prisa irse con sus naves hácia el istmo. Sale llamado Temístocles, y le habla Aristides de esta suerte:—«Sabes muy bien, oh Temístocles, que nuestras contiendas y porfias en toda ocasion, y mayormente en esta del dia, crítica y perentoria, deben reducirse á cuál de los dos servirá mejor al bien de la patria. Hágote saber, pues, que tanto servirá á los Peloponesios el altercar mucho como no altercar acerca de retirar sus naves de este puesto; pues yo te aseguro, como testigo de vista de lo que digo, que por más que lo quieran los Corintios, y aun diré más, por más que lo ordene el mismo Euribiades, no podrán apartarse ya, porque nos hallamos cerrados por las escuadras enemigas. Entra, pues, tú y dales esta noticia.»

LXXX. Respondió á esto Temístocles:—«Importante es ese aviso, y haces bien en darme parte de lo que pasa. Gracias á los dioses que lo que yo tanto deseaba, tú, como

(1) Plutarco, sólo para contradecir á nuestro autor, parece dudar de la ponderada entereza de Aristides. Solo observaré que en la historia no hallamos menor número de hombres ilustres victimas de sus virtudes, que victimas de sus pasiones en los vicios, atendido el gran número de éstos y el corto de aquellos. No hablo de los perseguidos por motivos de religion, á quienes el mundo, como á cosa no suya, jamás amará: hablo de aquellas almas políticamente grandes, dedicadas únicamente al bien de la sociedad por medios honestos y leales, contra quienes usó Atenas de su ostracismo, y los modernos Estados de la deposicion con acheque de admitir la dimision de sus empleos. No pudiendo el mundo civil sufrir ni sus males ni sus remedios, igualmente aborrece al ruin magistrado que agrava sus dolencias, que al buen político que le receta las medicinas.

testigo ocular, me aseguras haberlo visto ya ejecutado. Sábetete que de mí procedió lo que han hecho los Persas, pues veía yo ser preciso que los Griegos, los cuales de su buena voluntad no querían entrar en combate, entrasen en él, mal que les pesara. Tú mismo ahora, que con tan buena noticia vienes, bien puedes entrar á dársela; que si yo lo hago dirán que me la finjo, y no les persuadiré de que así lo estén efectuando los bárbaros. Vé tú mismo en persona, y diles claro lo que pasa. Si ellos dan crédito á tu aviso, estamos bien; y si no lo toman por digno de fe, lo mismo que ántes nos tenemos, pues no hay que temer se nos vayan de aquí huyendo, si es cierto, como dices, que nos hallamos cogidos por todas partes.»

LXXXI. En efecto, fué á darles Aristides la noticia, diciendo cómo acababa de llegar de Egina, y que apenas había podido pasar sin ser visto de las naves del enemigo, que iban apostándose de manera que ya toda la armada griega se hallaba circuida por la de Jerges; que lo que él les aconsejaba era que se preparasen á una vigorosa resistencia. Acabado de decir esto, salióse Aristides (1), y ellos volvieron de nuevo á embravecerse en sus disputas, siendo creído el aviso de la mayor parte de aquellos jefes supremos.

LXXXII. En tanto que no acababan de dar fe á Aristides, llegan con su galera unos desertores naturales de Leno, cuyo capitan era Panetio, hijo de Sosimenes, quienes los sacaron totalmente de duda, contándoles puntualmente lo que pasaba. Diré aquí de paso, que en atención á la desercion de dicha galera lograron despues los Teios que fuese grabado su nombre entre el de los pueblos que

(1) Puédese de aquí concluir que Aristides ni se halló en la batalla naval, durando todavía su destierro, como escribió Cornelio Nepote, y que duraba aún entónces en su rigor el ostracismo, lo que negó Plutarco.

Jerrotaron al bárbaro, en la Trípole que en memoria de tanta hazaña fué consagrada en Delfos. Con esta galera que vino desertando á Salamina, y con la otra de los Lemnios que ántes se les habia pasado en Artemisio, llenaron los Griegos el número de su armada, hasta completar el de 380 naves, para el cual eran dos las que ántes les faltaban.

LXXXIII. Luego que los Griegos tuvieron por verdad lo que los Tenios les decian, aprestáronse al punto para la funcion. Al rayar del alba llamaron á junta á las tropas de la escuadra: entre todos, el que mejor arengó la suya fué Temistocles, cuyo discurso se redujo á un paralelo entre los bienes y conveniencias de primer orden que caben en la naturaleza y condicion humana, y las de segunda clase inferiores á las primeras; discurso que concluyó exhortándoles á escoger para ellos las mejores (1). Acabada la arenga, les mandó pasar á bordo. Embarcados ya, vino de Egina aquella galera que habia ido por los Eacidas, y sin más esperar, adelantóse toda la armada griega.

LXXXIV. Al verlos mover los bárbaros, encaminaron al punto la proa hácia ellos; pero los Griegos, suspendiendo los remos ó remando hácia atras, huian el abordaje é iban retirándose de popa hácia la playa, cuando Aminias Paleneo (2), uno de los capitanes atenienses, esforzando los remos embistió contra una nave enemiga, y clavando en ella el espolon, como no pudiese desprenderlo, acudieron á socorrerle los otros Griegos y cerraron con los enemigos. Tal quieren los Atenienses que fuese el principio del combate, si bien pretenden los de Egina que la galera

(1) Creen algunos que esta arenga se halla en Esquilo (*Persas*, v. 402). Sin duda, Temistocles puso delante á los suyos los más interesantes objetos, la libertad de la patria, de sus hijos, de sus mujeres, la conservacion de sus templos, etc.

(2) Era este Aminias, á quien Plutarco llama Deceleo y no Paleneo, hermano de Esquilo.

que cerró ante todas con otra enemiga fué la que habia ido á Egina en busca de los Eacidas. Corre aún otra voz, que se les apareció una fantasma en forma de mujer, la cual les animó de modo, que la vió toda la armada griega, dándoles primero en cara con esta reprehension: «¿Qué es lo que haceis retirándoos así de popa sin cerrar con el enemigo?»

LXXXV. Ahora, pues, enfrente de los Atenienses estaban los Fenicios, colocados en el lado de Poniente por la parte que miraba á Eleusina; y enfrente de los Lacedemonios correspondian los Jonios, en el lado de la armada que estaba hácia Levante, vecina al Pireo. De estos no faltaron unos pocos que, conforme á la insinuacion de Temistocles, adrede lo hicieron mal; pero los más de ellos peleaban muy de véras. Y bien pudiera yo hacer aquí un catálogo de los capitanes de galera dichos que rindieron entónces algunas naves griegas, pero los pasaré á todos en silencio, nombrando solamente á dos de ellos, entrambos Samios, el uno Teomestor, hijo de Andromanto, y el otro Filaco. De estos únicamente hago aquí mencion, porque en premio de esta hazaña llegó Teomestor á ser señor de Samos, nombrado por los Persas, y Filaco fué puesto en la clase de los bienhechores de la corona, y como á tal se le dieron en premio muchas tierras: llámanse estos bienhechores del rey, en idioma persa, los *Orosanías*. De este modo se premió á los dos.

LXXXVI. Muchas fueron las naves que en Salamina quedaron destrozadas, unas por los Atenienses y otras por los de Egina. Ni podia suceder otra cosa peleando con orden los Griegos cada uno en su puesto y lugar, y habiendo al contrario entrado en el choque los bárbaros, no bien formados todavía, y sin hacer despues cosa con arreglo ni concierto. Menester es, con todo, confesar que sacaron éstos en la funcion de aquel dia toda su fuerza y habilidad, y se mostraron de mucho superiores á sí mis-

mos y más valientes que en las batallas dadas cerca de Eubea, queriendo cada uno distinguirse particularmente, temiendo lo que diría Jerges, é imaginándose que tenían allí presente al rey que les estaba mirando.

LXXXVII. No estoy en realidad tan informado de los acontecimientos que pueda decir puntualmente de algunos particulares capitanes, ya sean de los bárbaros, ya de los Griegos, cuánto se esforzó cada uno en la contienda. Sé tan sólo que Artemisia ejecutó una acción que la hizo aún más recomendable (1) de lo que era ya para con el soberano, pues cuando la armada de éste se hallaba en mucho desórden y confusión, hallóse la galera de Artemisia muy perseguida por otra ateniense que le iba á los alcances. Viéndose ella en una apretura tal que no podía ya salvarse con la fuga, por cuanto su galera, hallándose puntualmente delante de los enemigos y la más próxima á ellos, encontraba á su frente con otras galeras amigas, determinóse á aventurar una acción que le salió oportuna y ventajosamente. Sucedió que al huir de la galera ática que le daba caza, topó con otra amiga de los Calcidenses, en que iba embarcado su rey Damasatimo, con quien, estando aún en el Helesponto, había tenido no sé qué pendencia. No me atrevo á definir si por esto la embistió entonces de propósito, ó si fué una mera casualidad que se pusiese delante la dicha nave de los Calcidenses. Lo cierto es que con haberla acometido y echado á fondo, fueron dos las ventajas que para sí felizmente obtuvo: la una que como el capitán de la galera ática la viese arremeter contra otra nave de los bárbaros, persuadido de que ó era una de las griegas la nave de Artemisia, ó que desertando de

(1) Bien se ve en este pasaje y en muchos otros la parcialidad de este historiador asiático y colono de la Grecia en favor de sus colonias contra las metrópolis griegas. Pero lo que es digno de reprender con Plutarco es el modo cómo ensalza un ardid tan inicuo y pérfido como el de Artemisia.

la escuadra bárbara peleaba á favor de los Griegos, volviendo la proa se echó sobre las otras galeras enemigas.

LXXXVIII. Logró Artemisia con esto una doble ventaja, escaparse del enemigo y no perecer en aquel encuentro; y la otra, que áun su mismo indigno proceder con la nave amiga le acarrease para con el propio Jerges mucho crédito y estima, porque, segun se dice, quiso la fortuna, que mirando el rey aquel combate, advirtiese que aquella nave embestia contra otra, y que al mismo tiempo uno de los que tenía presentes le dijese:—«¿No veis, señor, cómo Artemisia combate y echa á fondo una galera enemiga?» Preguntó entónces el rey si era en efecto Artemisia la que acababa de hacer aquella proeza, y respondiéronle que no habia duda en ello, pues conocian muy bien la insignia de su nave (1), y estaban por otra parte en la inteligencia que la que fué á pique era una de las enemigas. Y entre otras cosas que le procuró su buena suerte, como tengo ya dicho, no fué la menor el que de la nave calcidense ni un hombre sólo se salvara que pudiese acusarla ante el rey. Añaden que además de lo dicho, exclamó Jerges:—«A mí los hombres se me vuelven mujeres, y las mujeres hoy se me hacen hombres.» Así cuentan por lo ménos que habló el monarca.

LXXXIX. En aquella tan reñida funcion murió el general Ariabignes, hijo de Darío y hermano de Jerges: murieron igualmente otros muchos oficiales de nombradia, así de los Persas como de los Medos y demas aliados; pero en ella perecieron muy pocos de los Griegos, porque como estos sabian nadar, si alguna nave se les iba á fondo, los que no habian perecido en la misma accion aportaban á Salamina nadando, al paso que muchos barbaros por no

(1) No entiendo que fuese esta una bandera ó pabellon, invencion harto moderna, sino alguna figura de un dios ó animal, ó al gun objeto notable, puesto en la proa ó popa de su galera.

saber nadar morian anegados. A más de esto, despues que empezaban á huir las naves más avanzadas, entónces era cuando perecian muchísimas de la escuadra, porque los que se hallaban en la retaguardia procuraban entónces adelantarse con sus galeras, queriendo tambien que los viese el rey maniobrar, y por lo mismo sucedia que topaban con las otras de su armada que ya se retiraban huyendo.

XC. Otra cosa singular sucedió en aquel desórden de la derrota; que algunos Fenicios, cuyas naves habian sido destrozadas, venidos á la presencia del rey acusaban de traidores á los Jonios, pues por su perfidia iban perdiéndose las galeras; y no obstante la acusacion, quiso la suerte, por un raro accidente, que no fuesen condenados á muerte los jefes Jonios, y que en pago de su acusacion muriesen los Fenicios. Porque al tiempo mismo de dicha acriminacion, una galera de Samotracia embistió á otra de Atenas y ésta quedó allí sumergida; pero ved ahí otra nave de Egina que haciendo fuerza de remos dió contra la de Samotracia y la echó á pique. ¡Extraño suceso! los Samotracios, como bravos tiradores, á fuerza de dardos lograron exterminar y limpiar de tropa la galera que les habia echado á fondo, y subidos á bordo apoderáronse de ella. Esta hazaña libró de peligro á los Jonios, pues viéndoles obrar Jerges aquella accion gloriosa, volvióse á los Fenicios lleno de pesadumbre y reprendióles á todos; mandó que á los presentes se les cortase la cabeza, para que aprendiesen á no calumniar, siendo unos cobardes, á hombres de más valor que ellos. En efecto, Jerges, estando sentado al pié de un monte que cae enfrente de Salamina y se llama Egaleo (1), todas las veces que veia hacer á uno de

(1) Dice Demóstenes que la silla con piés de plata en que sentado Jerges en Egaleo contemplaba la Naumaquia, fué consagrada en la fortaleza de Atenas.

los suyos algun hecho famoso en la batalla naval, informábase de quién era su autor, y sus secretarios iban notando el nombre del *Trierarco* ó capitán de galera, apuntando asimismo el nombre de su padre y de su ciudad. Añadióse á lo dicho que el Persa Ariaramnes, que se hallaba allí presente y era amigo de los Jonios, ayudó por su parte á la desgracia de aquellos Fenicios.

XCI. De esta suerte, el rey volvía contra los Fenicios su enojo. Entretanto, los Eginetas, viendo que los bárbaros se iban huyendo vueltas las proas hácia el Falero, hacían prodigios de valor apostados en aquel estrecho, pues en tanto que los Atenieses en lo más fuerte del choque y derrota destrozaban así las naves que se resistían como las que procuraban huir, hacían los Eginetas lo mismo con las que, escapándose de los Atenieses, iban huyendo á dar en sus manos.

XCII. Entónces fué cuando vinieron á hallarse casualmente dos naves griegas, la una de Temístocles, que daba caza á una Persiana, y la otra la del Egineta Policrito, hijo de Crio, que habia aferrado con otra galera sidonia. Era ésta cabalmente la misma que habia tomado la nave de Egina ántes apostada de guardia en Siciato, en la que iba aquel Piteas, hijo de Isqueno, á quien estando hecho una criba de heridas mantenían todavía los Persas, pasmados de su valor, á bordo de su galera; pero ésta fué tomada con toda su tripulación cuando llevaba á Piteas, con lo cual recobró éste la libertad vuelto á Egina. Como decia, pues, luego que vió Policrito la nave ática y conoció por su insignia que era la capitana, llamando en voz alta á Temístocles le zumbó con la sospecha que de los Eginetas habia corrido, como si ellos siguieran el partido de los Medos (1). Hizo Policrito esta zumba de Temístocles en el

(1) Parece que Policrito picó á Temístocles, haciendo burla de la acusacion de los Atenieses, que habian delatado en Esparta á los Eginetas por partidarios del Medo.

momento mismo de embestir con la galera sidonia.

XCIII. Los bárbaros que pudieron escapar huyendo, aportaron á Falero para ampararse del ejército de tierra. En esta batalla naval fueron tenidos los Eginetas por los que mejor pelearon de todos los Griegos (1), y despues de ellos los Atenienses. De los comandantes, los que se llevaron la palma fueron Policrito el de Egina y los dos Atenienses Eumeces el Anagirasio, y Aminias el Paleneo, quien fué el que dió caza á Artemisia, y si él hubiera caido en la cuenta de que iba en aquella nave Artemisia, á fe mia que no la dejara ántes de apresarla ó de ser por ella apresado, segun la órden que se habia dado á los capitanes de Atenas, á quienes áun se les prometia el premio de diez mil dracmas si alguno la cogia viva, no pudiendo sufrir que una mujer militase contra Atenas. Pero ella se les escapó del modo dicho, como otros que tambien hubo cuyas naves se salvaron en Falero.

XCIV. Por lo que mira al general de los Corintios, Adimanto, dicen de él los Atenienses, que al empezar las naves griegas á cerrar con las enemigas, sobresaltado de miedo y de terror se hizo á la vela y se entregó á la huida, y que viendo los otros Corintios huir á su capitan, todos del mismo modo se partieron (2); que habiendo huido

(1) No dice Herodoto en ningun lugar que fuese decretada esta gloria en favor de Egina en alguna asamblea pública de los generales griegos; con todo, así lo afirma Diodoro Siculo, quien añade con mucha verosimilitud que la envidia de los Lacedemonios contra los de Atenas, que merecian sin duda la palma, hizo que cohechados los jueces la pasasen á los Eginetas. Quizá Herodoto prefirió inculcarnos la gloria de su heroína Artemisia, que no publicar la envidia de Esparta y la venalidad de los generales en congreso.

(2) Algo que sospechar da esta narración desmentida por toda la Grecia, aunque apoyada sobre la palabra de Atenas, si es verdad que los Atenienses se ganasen con un presente de diez talentos la lisonjera piuma del padre de la historia, y que Corinto, que le negó todo gaje por los elogios que en sus Musas les leía, ad-

tanto hasta hallarse ya delante del templo de Minerva la Scirada (1), se les hizo encontradiza una chalupa por maravillosa providencia, sin dejarse ver quién la guiaba, la cual se fué acercando á los Corintios, que nada sabían de lo que pasaba en la armada naval; circunstancias por donde conjeturan que fué portentoso el suceso. Dicen, pues, que llegándose á las naves les habló así:—«Bien haces, Adimanto; tú virando de bordo aprietas á huir, escapando con tu escuadra y vendiendo á los demas Griegos. Sábeta, pues, que ellos están ganando de sus enemigos una completa victoria, tal cual no pudieran acertarla á desear.» Y como Adimanto no diese crédito á lo que decían, añadieron de nuevo los de la chalupa «estar allí prontos á ser tomados en rehenes, no rehusando morir, si no era del todo cierto que venciesen los Griegos:» que con esto, vuelta atras la proa de la nave, llegó con los de su escuadra á la armada de los Griegos, despues de concluida la accion. Esta historia corre entre los de Atenas acerca de los Corintios; pero éstos no lo cuentan así por cierto, ántes pretenden haberse hallado los primeros en la batalla naval, y á favor de ellos lo atestigua lo demas de la Grecia.

XCV. En medio de la confusion y trastorno que pasaba en Salamina, no dejó de obrar como quien era el Ateniense Aristides, hijo de Lisimaco, aquel ilustre varon cuyo elogio poco ántes hice como del mejor hombre del mundo; porque tomando consigo mucha parte de la infantería ateniense que estaba apostada en las costas de la isla de Salamina, y desembarcándola en la de Psitalea pasó á cuchillo cuanto Persa habia en dicha islita (2).

quiriase en él un censor injusto, no sólo en borrarles, sino en denigrar á los avaros Corintios con mil rumores y sospechas.

(1) Caía este templo en la extremidad de Salamina.

(2) Dice Plutarco que Aristides envió á Temístocles por prisioneros de guerra á los Persas más distinguidos, á quienes sacrificó aquel general, por consejo del adivino Eufrautides, á Baco *Omosias* (el carnívoro).

XCVI. Desocupados ya los Griegos de la batalla y retirados los destrozos y fragmentos todos de las naves, cuantos iban compareciendo hácia Salamina preparábanse para un segundo combate, persuadidos de que el rey se valdria de las naves que le quedaban para entrar otra vez en batalla. Por lo que mira á los restos del naufragio, impelió y sacó el viento céfiro una gran parte de ellos á la orilla del Atica, llamada Coliada (1). No parece sino que todo conspiraba á que se cumpliesen los oráculos, así los de Bacis y de Museo acerca de esta batalla naval, como muy particularmente el que habia proferido Lisistrato, grande adivino y natural de Atenas, acerca de que serian llevados los fragmentos de las naves adonde lo fueron tantos años despues de su prediccion, cuyo oráculo de ninguno de los Griegos habia sido entendido, y decia: «*El remo aturdirá á la hembra Coliada.*» Suceso que debia acaecer despues de la expedicion del rey.

XCVII. Al ver Jerges aquella pérdida y destrozo padecido, entró en mucho recelo de que alguno de los Jcnios no sugiriese á los Griegos, ó que estos mismos no diesen de suyo en el pensamiento de pasar al Helesponto y cortarle allí su puente. De miedo, pues, que tuvo de no verse á peligro de perecer cogido así en Europa, resolvió la huida. Pero no queriendo que nadie ni de los Griegos ni de sus mismos vasallos penetrase su designio, empezó á formar un terraplen hácia Salamina (2), y junto á él mandó unir puestas en fila unas urcas fenicias, que le sirviesen de puente y de baluarte como si se dispusiera á llevar adelante la guerra y dar otra vez batalla naval. Viéndole los otros ocupado en estas obras, creian todos que muy de vé-

(1) Cercana á Falero, en la cual habia un templo de Vénus.

(2) Era como de dos estadios ese estrecho, que Jerges ántes de la batalla habia pensado seriamente en cegar, y que despues sólo en la apariencia y por engañar al griego terraplenaba.

tas se preparaba para guerrear á pié firme. Mardonio fué el único que, teniendo muy conocido su modo de pensar, entendió de lleno sus designios. Al mismo tiempo que esto hacia Jerges, envió á los Persas un correo con la noticia de la desgracia y derrota padecida.

XCVIII. Yo no sé que pueda hallarse de nubes abajo cosa más expedita ni más veloz que esta especie de correos que han inventado los Persas (1), pues se dice que cuantas son en todo el viaje las jornadas, tantos son los caballos y hombres apostados á trechos para correr cada cual una jornada, así hombre como caballo, á cuyas postas de caballería ni la nieve, ni la lluvia, ni el calor del sol, ni la noche las detiene, para que dejen de hacer con toda brevedad el camino que les está señalado. El primero de dichos correos pasa las órdenes ó recados al segundo, el segundo al tercero, y así por su orden de correo en correo, de un modo semejante al que en las fiestas de Vulcano usan los Griegos en la corrida de sus lámparas. El nombre que dan los Persas á esta corrida de postas de á caballo es el de *Angareyo*.

XCIX. Llegado á Sssa aquel primer aviso de que Jerges había ya tomado á Atenas, causó tanta alegría en los Persas que se habían allí quedado, que en señal de ella no sólo enramaron de arrayan todas las calles y las perfumaron con preciosos aromas, sino que la celebraron con sacrificios y regocijos particulares. Pero cuando les llegó el segundo aviso, fué tanta la perturbacion, que rasgando todos sus vestidos, reventaban en un grito y llanto deshecho, echando la culpa de todo á Mardonio, no tanto por la

(1) Fué esta invencion introducida por el gran Ciro. Mas expedito medio fuera aún para comunicar una noticia apostar de trecho en trecho algunos hombres de robustos pulmones que hicieran correr la voz, como dice Cleomedes los tenía Jerges, por cuyo medio supose su desgracia en lo interior de la Persia en el término de dos dias.

pena que les causase la pérdida de la armada naval, cuanto por el miedo que tenían de perder á Jerges; ni paró entre los Persas este temor y público desconuelo en todo el tiempo que corrió desde la mala noticia hasta el día mismo en que, vuelto Jerges á su corte, les consoló con su presencia.

C. Viendo entónces Mardonio lo mucho que á Jerges le dolía la pérdida sufrida en la batalla naval, sospechó que el rey meditaba huir de Atenas, y pensando dentro de sí mismo que siendo él quien le habia inducido á la jornada contra la Grecia, no dejaria por ello de llevar su merecido, halló convenirle mejor el arriesgarse á todo con la mira ó bien de llevar á cabo la conquista, ó si no de perder gloriosamente la vida en aquella empresa, especialmente cuando, llevado de sus altos pensamientos, tenía por más probable poder salir con la victoria sujetando á la Grecia. Sacadas así sus cuentas, habló en estos términos:—«No teneis, señor, por qué apesadumbraros por la desgracia que acaba de sucedernos, ni darlo todo ya por perdido, como si fuera esta una derrota decisiva; que no depende todo del fracaso de cuatro maderos, sino del valor de los infantes y caballos. Es esto en tanto grado verdad, que de todos esos que se lisonjean de haberos dado un golpe mortal, ni uno solo habrá que saltando de sus buques se atreva á haceros frente, ni os la hará nadie de todo ese continente ya que los que tal nos intentaron, pagaron bien su temeridad. Digo, pues, que si á bien lo teneis, nos echemos desde luego contra el Peloponeso; y si teneis por mejor el dejarlo de hacer, en vuestra mano está dejarlo. Lo que importa es el no caer de ánimo; pues claro está que no les queda á los Griegos escape alguno para no venir á ser esclavos vuestros, pagándoos con eso el castigo de lo que acaban de hacer ahora y de lo que ántes hicieron: soy, pues, de opinion que así lo verefiqueis. Si estais con todo resuelto á retiraros con el ejército, otra idea se me ofrece

en este caso. Soy de parecer que no lo hagais con nosotros de manera que esos Griegos se burlen y rian de los Persas. Nada se ha malogrado, señor, por parte de los Persas, ni podeis decir en qué accion no hayan cumplido todo su deber, pues en verdad no tienen ellos la culpa de tal desventura. Esos Fenicios, esos Egipcios, esos Chipriotas, esos Cilicios, son y han mostrado ser unos cobardes. Supuesto, pues, que no son culpables los Persas, si no que-rais quedaros aquí, volveos en hora buena á vuestra casa y corte, llevando en vuestra compañía el grueso del ejército; que á mi cuenta quedará el sujetar la Grecia entera á vuestro dominio, escogiendo para ello 300.000 hombres de vuestro ejército.»

CI. Oido este discurso, que no dejó de sentarle muy bien á Jerges, alegróse del expediente, atendido el mal estado de sus cosas, y dijo á Mardonio que despues de consultado el asunto le responderia cuál de los dos partidos queria escoger. Habiendo, pues, entrado en consulta con los Persas sus ordinarios asesores, parecióle llamar á la junta á Artemisia, por cuanto ella habia sido la única que ántes acertó en lo que debia hacerse tocante al combate naval. Apénas Artemisia vino, mandando Jerges retirar á los otros consejeros persas, lo mismo que á sus alabarderos, hablóle en esta forma:—«Quiero que sepas cómo me exhorta Mardonio á que yo me quede aquí y embista el Peloponeso, dándome por razon que mi ejército de tierra no ha tenido parte alguna en esta pérdida, y que desea todo más bien con ánsia que haga yo prueba de su valor. Exhórtame, pues, á que, ó lo haga yo así por mi mismo, ó en el caso contrario él por sí se ofrece á poner la Grecia entera debajo de mi dominio, escogiendo para la empresa 300.000 combatientes, aconsejándome que yo con lo demas de mis tropas me retire á mi corte y palacio. Ahora quiero, pues, que me aconsejes en cuál de estos dos partidos acertaré más en caso de elegirlo, ya que tú sola

me diste un buen consejo acerca de la batalla naval, no conviniendo en que se verificara.»

CII. Respondióle Artemisia en estos términos:—«Bien difícil es, oh rey, que acierte yo con lo mejor, respondiendo á vuestra consulta; pero, con todo, mi parecer sería que en la presente situación de los negocios os volviéseis á vuestros Estados, y que dejaseis aquí á Mardonio, ya que él así lo desea, ofreciéndose á salir con la empresa juntamente con las tropas que pide; porque si logra por una parte la conquista que promete y le sale bien la empresa que piensa acometer, vos, señor, vais á ganar mucho en añadir á vuestros dominios esos vasallos; por otra parte, si el negocio sale á Mardonio al contrario de lo que piensa, en ello no será la pérdida considerable para el Estado, quedando vos salvo, y bien constituidos los demás intereses de vuestra casa é imperio; pues como quedeis vos vivo y salvo, y vuestra casa y familia se mantengan en su primer estado, mala suerte les auguro á esos Griegos; que no les faltarán por cierto ocasiones en que salir armados á la defensa de sus casas. Y si Mardonio sufriere alguna derrota, los Griegos victoriosos no tendrán con toda su victoria motivo de quedar muy ufanos por la muerte de uno de vuestros vasallos. Por lo demás, vos habeis logrado el fin de la jornada, habiendo entregado á las llamas la ciudad de Atenas.»

CIII. Cayó en gracia á Jerges el consejo, pues acertó Artemisia con lo mismo que él pensaba ejecutar, tan resuelto á ello, que no se quedara allí, según imagino, por más que todos los del mundo, hombres y mujeres, se lo aconsejaran. Así que alabó mucho á Artemisia, y la envió á Efeso, encargada de conducir allá unos hijos suyos naturales, pues algunos de éstos le habían seguido en su jornada.

CIV. Envió con ella por ayo de sus hijos á Hermotimo, natural de Pedaso, quien podia tanto como el que más en-

tre los eunucos de palacio. Y ya que hablé de él, no dejaré de mentar un fenómeno que dicen suele acontecer entre los Pedáseos situados más arriba de Halicarnaso; es á saber: que siempre que amenaza en breve á los vecinos que moran en la comarca de la ciudad mencionada algun desastre general, en tal caso nácele una grandísima barba á la sacerdotisa que allí tienen de Minerva, lo que ya por dos veces les ha sucedido (1).

CV. De Pedaso, como decia, era, pues, natural Hermotimo, al cual, para vengarse de la injuria que con hacerle eunuco habia padecido, presentósele una ocasion que no sé que se haya dado nunca otra igual: hé aquí cómo sucedió: Hiciéronle esclavo los enemigos, y como á tal le compró un hombre natural de Quo, llamado Panionio, el cual andaba en una granjería la más infame y malvada del mundo, pues logrando algun gallardo mancebo, lo que hacia era castrarle y llevarle despues á Sardes ó á Efeso y venderle bien caro; pues sabido es que entre los bárbaros se apreciaban en más los eunucos que los que no lo son, por la total confianza que puede haber en ellos. Entre otros muchos que castró Panionio, como quien vivia de la ganancia hecha en esa industria, uno fué nuestro Hermotimo. Pero no queriendo la fortuna que nuestro eunuco fuese en todo lo demas desgraciado, hizo que entre otros regalos que de Sardes se enviaban al rey, le fuese presentado Hermotimo, quien vino á ser con el tiempo el eunuco más honrado y favorecido de Jerges.

CVI. En la ocasion en que el rey conducia contra Atenas sus tropas persianas, vino Hermotimo á Sardes, de donde habiendo bajado por algun encargo ó negocio á la

(1) Tan absurda es esta digresion, que por más fanático que supongamos á Herodoto no podemos ménos de creerla, con algunos criticos, adición ó nota de algun ignorante comentador. Ya la refirió Herodoto en el lib. I, pár. CLXXV.

comarca de la Misia llamada Atarneo, en que habitan los Quios, topó en ella con Panionio. Conocióle, y le habló largamente y con mucha expresion de cariño, dándole primero cuenta de cómo por medio de él había llegado á poseer tanto que no sabía los tesoros que tenía, y ofreciéndole al mismo tiempo que le daría en recompeusa montes de oro, con tal que con toda su casa y familia pasase á vivir donde él estaba (1). Súpole dorar la respuesta de modo que aceptando Panionio el partido con mucho gusto, pasó allá con sus hijos y mujer. Una vez que Hermotimo le tuvo en la red con toda su familia, hablóle de esta suerte:—«Ahora quiero, oh negociante, el más ruin y abominable de cuantos vió el sol hasta aquí, que me digas qué mal yo mismo ó alguno de los míos, á tí ó alguno de los tuyos habíamos hecho, para que me parases tal, que de hombre que era, viniese á ser ménos que nada. ¿Creías tú, infame, que no llegarían tus malas trazas á noticia de los dioses? Mucho te engañabas, pues ellos han sido los que por su justa providencia te han traído á mis manos, para que haga en tí un ejemplar, y no tengas tú razon de quejarte ni de ellos ni de mí tampoco.» Apénas acabó de darle en cara con su sórdida crueldad, cuando hizo comparecer en su presencia á los hijos de Panionio, y primero obligó allí mismo al padre á castrar á sus hijos, que eran cuatro, y despues que forzado acabó de ejecutar aquel ministerio, fueron constreñidos los hijos castrados á practicar lo mismo con su padre. Tal fué la venganza que así rodando se le vino á las manos á Hermotimo contra Panionio.

CVII. Pero volviendo á Jerges, despues de entregar sus hijos á Artemisia para que los condujese á Efeso,

(1) Dúdase á qué lugar se refiere, si á Sardes, donde estaría más de asiento Hermotimo siguiendo á la corte, ó á Atarneo, donde por entónces se hallaba; si bien esta circunstancia importa tanto como la historia entera del eunuco, intercalada sin duda por nuestro autor como episodio para variar sus narraciones.

mandó llamar á Mardonio, y le ordenó que escogiese las tropas de su ejército que prefiriera, encargándole al mismo tiempo que procurase muy de véras que los efectos correspondiesen á las promesas. Empleóse en esto aquel día; pero venida la noche, los generales de mar, salidos con sus escuadras de Falero por orden del rey, hiciéronse á la vela en direccion al Helesponto, poniendo cada uno la más viva diligencia para llegar cuanto ántes allá, y guardar el puente de barcas para el paso del soberano. Sucedió que como hubiesen llegado los bárbaros cerca de Zostero, en cuya costa se dejan ver entrados hácia el mar unos delgados picos, creyendo serian unas naves diéronse á la fuga un buen trecho, ni volvieron otra vez á unirse para continuar su rumbo, hasta que supieron que eran unos picos de roca y no galeras enemigas.

CVIII. Al llegar el día, viendo los Griegos en el mismo campo el ejército de tierra, daban por supuesto que la armada debía hallarse en el puerto de Falero. Con esto, pues, persuadidos á que el enemigo volvería á combatir por mar, se preparaban, por su parte, á rechazarle. Pero informados despues de que se habian hecho las naves á la vela, parecióles ir en seguimiento de ellas sin más dilacion. Siguiéron, en efecto, su rumbo hasta llegar á Andros; pero sin poder descubrir la armada de Jerges. En Andros, consultando sobre el asunto, fué de parecer Temístocles, que echando por en medio de aquellas islas y persiguiendo á las naves, se encaminasen en derechura al Helesponto con ánimo de cortarles el puente (1). Dió Euribiades un parecer totalmente contrario, diciendo que no podian los Griegos irrogar á la Grecia mayor daño que cortar el puente al enemigo; porque si el Persa, sorprendido, se veia precisado á quedarse en la Europa, no querria,

(1) Segun Plutarco, este parecer de Temístocles habia sido reprobado por Aristides, á quien ántes lo habia comunicado.

sin duda, estarse tranquilo y ocioso, viendo que con la inacción le sería imposible llevar adelante sus intereses, pues así no se le abriría camino alguno para la retirada y perecería de hambre su ejército; que por el contrario, si se animaba y ponía manos á la obra, todo le podría salir muy bien en las ciudades y naciones de la Europa, ó bien tomándolas á viva fuerza, ó capitulando con ellas ántes de apelar á las armas; que tampoco les faltarian viveres echando mano de la cosecha anual de los Griegos; que él discurría que vencido el Persa en la batalla naval, no pensaría en quedarse en Europa; que lo mejor era dejarle huir cuanto quisiese hasta parar en sus dominios; pero que una vez vuelto á ellos, entónces sí les exhortaba á que allí le hiciesen guerra.

CIX. A este parecer se atienen tambien los otros jefes del Peloponeso. Cuando vió Temístocles que no lograria persuadir á los más á navegar hácia el Helesponto, mudando de dictámen, y volviéndose á los Atenienses, quienes se daban á las furias al ver que así se les huía la presa de entre las uñas, tan empeñados en navegar al Helesponto, que en caso de rehusarlo los demas, querían por sí solos encargarse de aquella empresa; hablóles en esta conformidad:—«Yo mismo, amigos, llevo ya en muchos lances observado, y tengo oido que en muchos otros distintos pasó lo mismo, que los hombres reducidos al último trance y apuro, por más que hayan sido vencidos, vuelven á pelear desesperados, y procuran borrar la primera nota de cobardes en que habian incurrido. De parecer sería que nosotros, que apénas sin saber cómo nos hallamos con nuestra salvacion y con el bien de la Grecia en las manos, nos contentáramos por ahora con haber ojeado esa bandada espesa de enemigos, sin darles caza en su huida, pues no tanto hemos sido nosotros los que á tal hazaña hemos dado cabo, como los dioses y los héroes, quienes no han podido ver que un hombre solo, impio por demas y desal-

modo, viniese á ser señor del Asia y de Europa. Hablo de ese sacrilego, que todo, sagrado y profano, lo llevaba por igual; de ese ateo que quemaba y echaba por el suelo las estatuas de los dioses; de ese insensato que al mar mismo mandó azotar y le arrojó unos grillos. Demos gracias á los dioses por el bien que acaban de hacernos; quedemos por ahora en la Grecia, cuidemos de nuestros intereses y del bien de nuestras familias, vuelva cada cual á levantar su casa y cuide de hacer su sementera, ya que hemos logrado arrojar al bárbaro del todo. Al apuntar la primavera, entónces sí que será oportuno ir con una buena armada á volverle la visita en el Helesponto y en la Jonia.» Así se explicaba á fin de prepararse albergue en los dominios del Persa, donde pudiera recogerse en caso de caer en la desgracia de sus Atenienses, como quien adivinaba lo que habia de sucederle.

CX. Por más que en esto obrase Temístocles con doble intencion, dejáronse con todo llevar de su discurso los Atenienses, prontos á deferir en todo á su dictámen, habiéndole tenido desde el principio por hombre entendido, y experimentádole despues por político hábil y cuerdo en sus consejos. Disuadidos ya los suyos, sin pérdida de tiempo envió en un batel á ciertos hombres, de quienes se prometia que sabrian callar en medio de los mayores tormentos, para que de su parte fuesen á decir al rey lo que les encargaba, uno de los cuales era por la segunda vez aquel su doméstico Sicinno (1). Llegados al Atica, quedáronse los otros en su barco, y saltando á tierra Sicinno, dijo así hablando con el rey:—«Vengo enviado de Temístocles, hijo de Neocles, general de los Atenienses, y sujeto el más

(1) Otros, en vez de Sicinno, dan por mensajero á un Persa llamado Arnaces ó Arsaces. No puede concebirse cómo Tucídides y Cornelio Nepote cráyesen tan poco cauto á Temístocles, que se valiera de cartas y no de confidentes para asuntos de tanta cuantía.

cumplido y cuerdo que se halla entre los de aquella liga, para daros una embajada en estos términos: «El ateniense Temístocles, con la mira de haceros un buen servicio, ha logrado detener á los Griegos para que no persigan á vuestras escuadras como intentaban hacerlo, ni os corten el puente de barcas en el Helesponto. Ahora vos podreis ya retiraros sin precipitacion alguna.» Dado este recado, volviéronse por el mismo camino.

CXI. Los Griegos de la armada naval, despues de resolverse á no pasar más adelante en seguimiento de la de los bárbaros, ni á avanzar con sus naves hasta el Helesponto para cortar á Jerges la retirada, quedáronse sitiando la ciudad de Andros con ánimo de arruinarla. El motivo era por haber los Andrios sido los primeros de todos los isleños que se habian negado á la contribucion que Temístocles les pedia; mas como éste les previniese que los Atenienses les harian una visita llevando consigo dos grandes divinidades, la una *Pitos* y la otra *Anauhea*, por cuyo medio se verian en la precision de desembolsar su dinero, diéronle los Andrios por respuesta: que con razon era Atenas una ciudad grande, rica y dichosa, teniendo de su parte la proteccion de aquellas buenas diosas, al paso que los pobres Andrios eran hombres de tan cortos alcances y tan desgraciados que no podian echar de su isla á dos diosas que les irrogaban mucho daño, la *Penia* y la *Amecania* (1), las cuales obstinadamente se empeñaban en vivir en su país; que habiendo cabido á los Andrios por su mala suerte aquellas dos harto menguadas diosas, no pagarian contri-

(1) Con tan bello nombre decoraba el espíritu fino y culto de los Griegos á dos diosas que llevan entre nosotros el vulgar y repugnante de Pobreza é Imposibilidad. Así tambien he conservado para que no cayeran de su divinidad la advocacion de *Pitos* y *Anauhea* á la Persuasion y á la Necesidad, de cuya proteccion en el día suelen muchos humanamente valerse, usando de lo que diriamos *Pitanauhe*, ó ruegos armados.

dución alguna, pues no llegaría á ser tan grande el poder de los Atenienses que no fuese mayor su misma imposibilidad.» Por esta respuesta que dieron, no queriendo pagar ni un dinero, veíanse sitiados.

CXII. Entretanto, Temístocles, no cesando de buscar arbitrios cómo hacer dinero, despachaba á las otras islas sus órdenes y amenazas pidiéndoles se lo enviasen, valiéndose de los mismos mensajeros y de las mismas razones de que se habia valido ántes con los de Andros, y añadiendo que si no le daban lo que pedia, conduciría contra ellas la armada de los Griegos. Por este medio logró sacar grandes cantidades de los Caristios y de los Parios, quienes informados así del asedio en que Andros se hallaba por haber seguido el partido Medo, como de la ilustrísima fama y reputación que entre los generales tenía Temístocles, le contribuían con grandes sumas. Si hubo algunos otros más que también se las diesen, no puedo decirlo de positivo, si bien me inclino á creer que otros más habría, y que no serían los únicos los referidos. Diré, sí, que no por eso lograron los Caristios que no les alcanzase el rayo, si bien los Parios, aplacado á Temístocles con dádivas y dineros, se libraron del sitio en que el ejército les tenía. Con esto, Temístocles, salido de Andros, iba recogiendo dinero de los isleños á hurto de los demás generales.

CXIII. Las tropas que cerca de sí tenía Jerges, dejando pasar unos pocos dias despues de la batalla naval, dirigióse la vuelta de Beocia por el mismo camino por donde habían venido. Así se hizo la marcha, por parecerle á Mardonio que además de deber con ellas escoltar al rey, no era ya por otra parte tiempo de continuar la campaña, sino que lo mejor sería invernar en la Tesalia, y á la primavera siguiente invadir el Peloponeso. Llegados á la Tesalia, las primeras tropas que para sí escogió Mardonio fueron todos aquellos Persas que llamaban los Inmortales, á excep-

cion de su general Hidarnes, que se negó á dejar al rey. De entre los otros Persas escogió asimismo á los corace-ros y aquel regimiento de los mil caballos. Tomó asimismo para sí á los Medos, los Sacas, los Bactrios y los Indios, tanto los de á pié como los de á caballo. Habiéndose quedado con todas estas naciones, iba entresacando de entre los demas aliados unos pocos, los mejor plantados que veía, y aquellos tambien de quienes sabia haberse portado bien en alguna funcion. En esta gente escogida, el cuerpo más considerable era el de aquellos Persas que llevaban su collar y brazalete de oro; despues el de los Medos, no porque fuesen ménos que los Persas, sino porque no les igualaban en el valor. En fin, la suma de las tropas subia á 300.000 entre peones y jinetes.

CXIV. Durante el tiempo en que iba Mardonio esco-giendo la tropa más gallarda del ejército, manteniéndose todavia Jerges en la Tesalia, llególes á los Lacedemonios un oráculo de Delfos, que les mandaba pidiesen á Jerges satisfaccion por la muerte de Leonidas, y recibiesen la que él les diera. Los Espartanos, sin más dilacion, des-tinaron un rey de armas (1), quien habiendo hallado todo el ejército parado todavia en Tesalia, se presentó al rey, y le dió la embajada:—«A vos, rey de los Medos, piden los Lacedemonios en comun, y los Heráclidas de Esparta en particular, que les deis la satisfaccion correspondiente por haberles vos muerto á su rey que defendia á la Grecia.» Dió Jerges una gran carcajada, y despues de un buen rato, apuntando con el dedo á Mardonio, que estaba allí á su lado:—«Mardonio, le dijo, les dará sin duda alguna la sa-tisfaccion que les corresponda.» Encargóse el enviado de dar aquella respuesta, y se volvió luego.

(1) No podian los Lacedemonios pretender otro efecto de esta sin duda infructuosa y ridícula embajada, que cazar de la boca de Jerges alguna palabra cuya interpretacion les sirviese de buen agüero.

CXV. Marchó despues Jerges con mucha priesa la vuelta del Helesponto, habiendo dejado á Mardonio en la Tesalia, y llegó al paso de las barcas al cabo de cuarenta y cinco dias, llevando consigo de su ejército un puñado de gente tan sólo, por decirlo así. Durante el viaje entero, manteníase la tropa de los frutos que robaba á los moradores del pais sin distincion de naciones, y cuando no hallaban viveres algunos, contentábanse con la hierba que la tierra naturalmente les daba, con las cortezas quitadas á los árboles, y con las hojas que iban cogiendo, ya fuesen ellos frutales, ya silvestres; que á todo les obligaba el hambre, sin que dejasen de comer cosa que comerse pudiera. De resultas de esto, iban acabando con el ejército la peste y la disenteria que le sobrevino. A los que caian enfermos dejábanlos en las ciudades por donde pasaban, mandándolas que tuviesen cuidado de curarlos y alimentarlos, habiendo asimismo dejado algunos en Tesalia, otros en Siris de la Peonia, y otros en Macedonia finalmente. Antes en su paso hácia la Grecia habia dejado el rey en Macedonia la carroza sagrada de Júpiter, y entónces de vuelta no la recobró: habianla los Peonios dado á los de Tracia, y respondieron á Jerges que por ella pedia, que aquellos tiros, estando paciendo, habian sido robados por los Tracios, que moran vecinos á las fuentes del rio Estrimon.

CXVI. Con esta ocasion diré en breve un hecho inhumano que el rey de los Bisaltas, de nacion Tracio (1), ejecutó en la comarca Crestónica. No sólo éste se habia negado á prestar á Jerges la obediencia, retirándose por esta razon á lo más fragoso del monte Ródope, sino que habia prohibido á sus hijos que le sirvieran en aquella jornada contra la Grecia. Pero ellos, ó teniendo en poco la prohibicion, ó quizá por curiosidad y deseo de hacer alguna

(1) Eliano da á entender que el nombre propio de este rey era Treix.

campana, fuéronse siguiendo las banderas del Persa. Vuel-
tos despues buenos y salvos, á todos ellos, que eran hasta
seis, hízoles el padre sacar los ojos por este motivo: tal
paga sacaron los infelices de su expedicion.

CXVII. Despues que los Persas, dejada la Tracia, llega-
ron al paso del Helesponto, embarcados á toda prisa lo
atravesaron hácia Abidos, no pudiendo pasar por el puente
de barcas, que ya no hallaron unidas y firmes, sino sueltas
y separadas por algun contratiempo. En los dias de des-
canso que allí tuvieron, como la copia de viveres que lo-
graban fuese mayor que la que en el camino habian tenido,
comieron sin regla ni moderacion alguna, de cuyo desór-
den, y de la mudanza de aguas, resultó que muriera mucha
gente del ejército que habia quedado. Los pocos que res-
taron, en compañía de Jerges al cabo llegaron á Sardes.

CXVIII. Cuéntase tambien de otro modo esta retirada,
á saber: que despues que Jerges, salido de Atenas, llegó á
la ciudad de Eyona, situada sobre el Estrimon, no continuó
desde allí por tierra su marcha, sino que encargando á Hi-
darnes la conduccion del ejército al Helesponto, partió
para el Asia embarcado en una nave fenicia. Estando, pues,
en medio de su viaje, levantósele vehemente y tempes-
toso el viento llamado Strimonias (1), y fué tanto mayor
el peligro de la tormenta, cuanto más cargada y llena iba
la nave, sobre cuya cubierta venian muchos Persas acom-
pañando á Jerges. Entónces, entrando el rey en gran miedo,
llamando en alta voz al piloto, preguntóle si les quedaba
alguna esperanza de vida.—«Una sola queda, señor, dijóle
el piloto; el ver cómo podremos deshacernos de tanto pa-
sajero como aquí viene.» Oido esto, pretenden que dijese
Jerges:—«Persas míos, esta es la ocasion en que alguno

(1) El mismo que el Bóreas ó cierzo, tomando el nombre del
Strimon, desde donde sopla á los Griegos. Para hacer más trágica
á cosa, escriben otros que navegaba el rey en una barca de pescar.

de vosotros muestre si se interesa ó no por su rey; que en vuestra mano, segun parece, está mi salud y vida.» Apenas hubo hablado, cuando los Persas, hecha al soberano una profunda inclinacion, saltaron por sí mismos al agua, con lo que, aligerada la nave, pudo llegar al Asia á salvamento. Allí, saltando Jerges en tierra, dicen que ejecutó al punto una de sus justicias, pues premió con una corona de oro al piloto por haber salvado la vida del rey, y le mandó cortar la cabeza por haber perdido á tanto Persa.

CXIX. Pero á mí por lo ménos no se me hace digna de esta otra narracion de la vuelta de Jerges, preescindiendo de otros motivos, por lo que se dice en ella acerca de la desventura de los Persas; porque dado caso que el piloto hubiera dicho aquello á Jerges, me atrevo á apostar que entre diez mil hombres no habrá uno solo que conmigo no convenga en que el rey en tal caso hubiera dicho que aquellos pasajeros que estaban sobre la cubierta, mayormente siendo Persas, y primeros personajes entre los Persas, se bajasen á la parte cóncava del buque, y que los remeros fenicios, tantos en número cuantos eran los Persas, fuesen arrojados al mar. Lo cierto es que el rey volvió al Asia, marchando por tierra con lo demas del ejército, como llevo referido.

CXX. Otra prueba vehemente hay de lo que digo; pues consta que en su retirada pasó Jerges por Abdera, y asentó con los de aquella ciudad un concierto de hospedaje, y les hizo el regalo de un alfanje de oro y de una tiara bordada en oro. Algo más añaden los Abderitas, aunque yo no los crea en ello de ningún modo, que allí fué donde la vez primera se desciñó Jerges la espada despues de la huida de Atenas, como quien no tenia ya que temer. Lo cierto es que Abdera está situada más cerca del Helesponto que el Estrimon y Eyona, de donde pretenden los autores de la otra narracion que saliese el rey de su galera.

CXXI. Los Griegos de la armada, viendo que no podian

rendir á Andro, pasaron á Caristo, y talada la campiña, partiéronse para Salamina. Lo primero que aquí hicieron fué entresacar del botín así varias ofrendas que como primicias destinaban á los dioses, como particularmente tres galeras fenicias, una para dedicarla en el istmo, la que hasta mis días se mantenía en el mismo punto, otra para Sunio, y la tercera para Eante en la misma Salamina. En segundo lugar, repartiéronse el botín, enviando á Delfos las primicias de los despojos, de cuyo precio se hizo una gran estatua de doce codos, que tiene en la mano un espolon de galera, y está levantada cerca del lugar donde se halla la de Alejandro el Macedonio, que es de oro.

CXXII. Al tiempo mismo que enviaron los Griegos aquellas primicias á Delfos, hicieron preguntar á Apolo en nombre de todos si le parecían bien cumplidas aquellas primicias y si eran de su agrado, á lo cual el dios respondió que lo eran en verdad por lo que miraba á los demas Griegos, mas no así respecto de los Eginetas, de quienes él pedia y echaba ménos un don en accion de gracias por haberse llevado la palma en Salamina. Con dicha respuesta ofreciéronle los Eginetas unas estre'las de oro, que son aquellas tres que sobre un mástil de bronce se ven cerca de la copa de Cresos.

CXXIII. Hecha la reparticion de la presa, tomaron los Griegos su rumbo hácia el istmo para dar la palma de la victoria al Griego que más se hubiese señalado en aquella guerra (1). Llegados allá los generales de la armada naval, fueron dejando sus votos por escrito encima del ara de Neptuno, en los cuales declaraban su parecer sobre quién merecía el primero y quién el segundo premio. Cada uno

(1) Mejor sería sin duda, si practicable fuera, que el premio pretendido despues de la victoria se acercara más todavía á la palma ó corona honrosa de los Griegos, que al aumento de sueldo mercenario con que en el día se premia el valor.

do los generales dábase allí el voto á sí mismo, como al que mejor se habia portado en la batalla; pero muchos concordaban en que á Temístocles se le debía en segundo lugar aquella victoria; de suerte que no llevando nadie sino un solo voto, y este el propio suyo, para el primer premio, Temístocles para el segundo era en la votacion superior en mucho á los demas.

CXXIV. De aquí nació que no queriendo los Griegos, por espíritu de partido y de envidia, definir aquella contienda, ántes marchando todos á sus respectivas ciudades sin decidir la causa, el nombre de Temístocles, sin embargo, iba en boca de todos, glorioso y celebrado en toda la nacion por el varon más sabio de los Griegos. Mas viendo que no habia sido declarado vencedor por los generales que dieron la batalla en Salamina, fué sin perder tiempo á Lacedemonia, pretendiendo aquel honor (1). Hicieronle los Lacedemonios muy buen recibimiento, y le honraron con mucha particularidad. Dieron á Euribiades la prerogativa en el valor con una corona de olivo, y á Temístocles asimismo con otra corona igual la prerogativa y destreza política. Regalaronle una carroza la más bella de Esparta, colmándole de elogios, é hicieron que al irse le acompañasen hasta los confines de Tegea 300 Espartanos escogidos, que son los llamados allí caballeros; habiendo sido Temístocles el único, al ménos que yo sepa, á quien en señal de estima hayan acompañado hasta ahora los Espartanos con escolta.

CXXV. Vuelto Temístocles de Lacedemonia á Atenas, un tal Timodemo Afidneo, uno de sus enemigos, hombre por otra parte de ninguna fama y lustre, muerto de envi-

(1) Muy verosímil es que pasara allá Temístocles, llamado por los Espartanos, recelosos al cabo de que la injuria hecha al Griego más benemérito no diera lugar á algun resentimiento que pudiera ser fatal á la Grecia toda.

dia, dábale allí en rostro con el viaje á Lacedemonia, achacándole que en atención á Atenas y no á su persona había llevado aquella honra y premio. Viendo Temístocles que siempre Timodemo le acosaba con aquella injuria, díjole al cabo:—«Oye, detractor, ni yo siendo Belbinita (1) como tú hubiera sido honrado así por los Espartanos, ni tú, amigo, lo serías, por más que fueras como yo Ateniense. Pero basta ya de ello.»

CXXVI. Iba escoltando al rey hasta el paso del Helesponto el hijo de Farnaces, Artabazo, quien siendo antes y entre los Persas un general de fama, vino á tenerla mayo despues de la batalla de Platea al frente de un cuerpo de 60.000 hombres tomados del ejército que Mardonio había escogido. Mas como el rey estuviese ya en el Asia, y Artabazo de vuelta se hallase en Palena (2), no corriéndole prisa alguna el ir á incorporarse con el grueso del ejército, por invernar las tropas de Mardonio en Tesalia y en Macedonia, parecióle que no era razón dejar de rendir y esclavizar á los de Potidea, á quienes halló que se habían rebelado contra el rey. Y en efecto, los Potideos se habían alzado declaradamente contra los bárbaros, luego que el rey, huyendo de Salamina, acabó de pasar por su ciudad, y á su ejemplo muchos otros pueblos de Palena habían hecho lo mismo. Con esto Artabazo puso sitio á Potidea.

CXXVII. Y sospechando al mismo tiempo que también los Olintios se apartaban de la obediencia del Persa, vino sobre aquella ciudad, cuyos moradores eran entonces los Botieos (3), quienes habían sido echados por los Macedo-

(1) No es fácil concordar cómo pudo Timodemo proceder de Afidna, lugar del Atica, siendo Belbinita ó de la isla de Belbina, al presente Blenda, frontera á las costas del Atica; sería acaso Belbinita de origen, y Afidneo de *demo* ó vecindad.

(2) La península de Casandria, ahora Canistro. Potidea era una colonia de Corinto llamada al presente Schiatti.

(3) Olinto, cercana á Palena, famosa entre los Griegos, conserva su nombre todavía, aunque arruinada. Preténdese que los Poti-

nios del golfo Termeo. A estos Olintios, despues que apretando el sitio logró rendir la plaza, Farnabazo, sacándolos fuera de ella, los degolló sobre una laguna. Entregó la ciudad á Cristobulo Toroneo para que la gobernase, y á los de Cálcida (1) para que la poblasen, y con esto vino á ser Olinto una colonia de Calcidenses.

CXXVIII. Artabazo, dueño ya de Olinto, pensó en apretar con más ahinco á Potidea, y andando el sitio con más viveza, Timoxeno, comandante de los Scioneos (2), concertó entregársela á traicion. De qué medios se valiese al principio de esta inteligencia no puedo decirlo, porque nadie veo que lo diga: el éxito de ella fué el siguiente: Siempre que querian darse por escrito algun aviso, ó Timoxeno á Artabazo, ó bien éste á Timoxeno, lo que hacian era envolver la carta en la cola de la saeta junto á su muesca, pero de manera que viniese á formar como las alas de la misma, y así la disparaban al puesto entre ellos convenido. Pero por este medio mismo se descubrió que andaba Timoxeno en la traicion de Potidea; porque como disparase Artabazo su saeta hácia el sitio consabido, y no acertase á ponerla en él, hirió en el hombro á un ciudadano de Polidea. Apénas estuvo herido, cuando corrieron muchos hácia él y le rodearon, como suele suceder en la guerra, los cuales, cogida la saeta, como reparasen en la carta envuelta, fueron luego á presentarla á los comandantes. Hallábanse en la plaza las tropas auxiliares de los demas Paleneos, y cuando aquellos jefes, leida la carta, vieron quién era el autor de la traicion, parecióles, en atencion á la ciudad de los Scioneos, que no convenia públicamente complicar á Timoxeno en aquella perfidia, para que en lo ve-

deos. Ateniensés de origen, fueran colonos Cretenses que de Creta pasasen á Yapigia y de allí á Tracia, en los confines de Macedonia.

(1) Cálcida de la Macedonia en el pais llamado Yamboli al presente.

(2) Sciona, una de las ciudades de Palena.

nidero no quedase á los Scioneos la mancha perpétua de traidores. Tal fué el extraño modo de averiguar al traidor.

CXXIX. Al cabo de tres meses del sitio puesto por Artabazo, hizo el mar una retirada extraordinaria, que duró bastante tiempo. Entónces los bárbaros, viendo que lo que ántes era mar se les habia hecho un lugar pantanoso, marcharon por él hácia Palena; pero apénas hubieron andado dos partes de trecho, de las cinco que pasar debian para meterse dentro de dicha ciudad, sobrecogióles una avenida tan grande de mar, cual nunca ántes, á lo que decian los naturales, habia allí sucedido, por más frecuentes que suelen ser tales mareas. Sucedió en ella que se anegaron los Persas que no sabian nadar, y los que sabian perecieron á manos de los de Potidea, que en sus barcas les acometieron. Pretenden los Potideos haber sido la causa de la retirada y avenida del mar y de la desventura de los Persas la impiedad de todos los que en él perecieron, quienes habian profanado el templo y la estatua de Neptuno, que estaba en los arrabales de su ciudad. Paréceme que tienen aquellos mucha razon en decir que ésta fué la culpa para un tal castigo. Partió Artabazo á la Tesalia con los Persas que le quedaron para unirse con Mardonio. Tal fué en compendio la suerte de los Persas que escollaron á su rey.

CXXX. La armada naval, que salva habia quedado al rey despues de haber pasado desde el Quersoneso hácia Abidos á Jerges, recien llegado al Asia y fugitivo de Salamina, y juntamente con él á lo demas del ejército, fuése á invernar en Cima (1). En los principios mismos de la próxima primavera reunióse de nuevo en Samos, donde algu-

(1) Al presente Foya Nueva, con un buen puerto en el Asia menor, no léjos de Esmirna. De este lugar puede colegirse que esta armada naval, siendo antes tanto mas numerosa, hubiera podido pasar á Europa toda la gente de Jerges sin la vana ostentacion de unir con un puente de barcas ambos continentes.

nas naves de ella habian pasado aquel invierno. La tropa de mar que en dicha armada servía era por lo comun compuesta de Persas y de Medos, de cuyo mando fueron de nuevo encargados los generales Mardontes, hijo de Bages, y Atraintes, hijo de Artaqueo, en cuya compañía mandaba tambien Amitres, á quien Atraintes, siendo su primo, se habia asociado en el empleo. Hallándose muy amedrentada la armada dicha, no se pensó en que se alargase más hácia Poniente, mayormente no habiendo cosa que á ello le obligase, sino que por entónces los bárbaros apostados en Samos se contentaban con cubrir á la Jonia, impidiendo con las 300 naves que allí tenian, incluidas en este número las jonias, que se les rebelase aquella provincia; ni pensaban, por otra parte, que hubiesen los Griegos de pretender venir hasta la Jonia misma, sino que contentos y satisfechos con poderse quedar en sus aguas, se mantendrian en ellas para la defensa y resguardo de su patria. Confirmábales en esta opinion el reflexionar que, al huir de Salamina, no les habian seguido los alcances, ántes bien, de su propia voluntad se habian vuelto atras desde su camino. En realidad, caidos de ánimo sobremasera los bárbaros, dábanse por vencidos en la mar, pero tenian por seguro que su Mardonio por tierra sería muy superior á los Griegos. Con esto á los Persas en Samos todo se les iba, parte en meditar cómo podrian hacer algun daño al enemigo, parte en procurar noticias sobre el éxito de las empresas de Mardonio.

CXXXI. Mas los Griegos, á quienes tenía muy agitados, así el ver que se acercaba ya la primavera, como el saber que Mardonio se hallaba en Tesalia, ántes de congregar su ejército de tierra tenian reunida ya en Egina la armada naval, compuesta de 110 galeras. Iba en esta por almirante y general de las tropas Leotiquides, hijo de Menares, cuyos ascendientes eran Hegesilao, Hipócrátides, Leotiquides, Anaxilao, Arquidemo, Anaxandrides, Teopompo, Nicandro,

Carilo, Eunomo, Polidectes, Pritanis, Eurifonte, Procles, Aristodemo, Aristomaco, Cleodeo, Hilo, Hércules. Era, pues, dicho almirante de una de las dos casas reales cuyos antepasados, á excepcion de los dos nombrados inmediatamente despues de Leotíquides, habian sido reyes en Esparta (1). De los Atenienses iba por general Jantipo, hijo de Arifron.

CXXXII. Juntas ya en Egina las naves todas, llegaron á dicha armada griega unos mensajeros de la Jonia, los mismos que poco ántes, idos á Esparta, habian suplicado á los Lacedemonios que pusiesen á los Jonios en libertad: entre estos embajadores venia uno llamado Herodoto, que era hijo de Basileides. Eran estos unos hombres que, conjurados en número de siete contra Stratis, señor de Quio, le habian ántes maquinado la muerte; pero como uno de los siete cómplices hubiese dado parte al tirano de sus intentos, los seis, ya descubiertos, escapándose secretamente de Quio, habian pasado en derechura á Esparta y de allí á Egina, con la mira de pedir á los Griegos que con sus naves desembarcasen en la Jovia, bien que con mucha dificultad pudieron lograr de ellos que avanzasen hasta Delos. En efecto, de Delos adelante todo se les hacía un caos de dificultades, así por no ser los Griegos prácticos en aquellos parajes, como por parecerles que hervian todos ellos en gentes de armas, y lo que es más, por estar en la inteligencia de que tan léjos se hallaban de Sanios como de las columnas de Hércules (2): de suerte que concurrían en

(1) Varias son las dudas acerca de este árbol genealógico. Primeramente, solo los Lacedemonios, contra la opinion de los demás Griegos, cuentan en el número de reyes á Aristodemo, Aristomaco, Cleodeo é Hilo. Lo segundo, sábese por los demas autores, que no reinaron en Esparta los siete personajes nombrados despues de Leotíquides. En tercer lugar, es menester añadir despues de Procles un rey llamado Sous.

(2) Para interpretar benignamente á Herodoto, no debe entenderse que no conocieran la Jovia ninguno de los Griegos de la ar-

ello dos obstáculos; el uno de parte de los bárbaros, quienes por el horror que á los Griegos habian cobrado no se atrevian á navegar hácia Poniente; el otro de parte de los Griegos, que ni á instancias de los de Quio osaban de puro miedo bajar de Delos hácia Levante. Así que puesto de por medio el mutuo temor, á entrambos servia de pertrecho.

CXXXIII. Habian ya los Griegos, como decia, pasado hasta Delos, cuando todavía Mardonio se mantenía en Tesalia en sus cuarteles de invierno. Durante el tiempo que en ellos estuvo éste, hizo que un hombre natural de Europa (1), por nombre Mis, partiese á visitar los oráculos, dándole orden de que no dejase lugar donde pudiese consultarles y que observase lo que le respondieran. Qué secreto fuese el que Mardonio con tales diligencias pretendia penetrar, yo ciertamente, no hallando quien me lo declare, no sabré decirlo; únicamente formo el concepto de que no tendria otra mira sino el buen éxito de su empresa, sin cuidarse de averiguar otras curiosidades.

CXXXIV. De este Mis se tiene por cosa sabida que, habiendo ido á Lebadia (2) y sobornado á uno del país, logró bajar al oráculo de Trofonio, como tambien que llegó á Abas, santuario de los Focenses, para hacer allí su consulta. El mismo, habiendo pasado á Tebas en su primera romería, practicó dos diligencias, pues por una parte ha-

mada, pues los Atenienses habian navegado por los mares del Quersoneso, de Sigeo y de Efeso, y los Lacemonios habian ido á Samos y á las costas de Jonia, sino que generalmente no sabian tanto de aquel país como despues supieron.

(1) Son varias las ciudades de que con el nombre de Europa hacen mencion los antiguos, si bien esta no pudo ser otra que la de los Carios, quienes como bilingües, pues hablaban griego y persiano indistintamente, eran por lo comun intérpretes de los Persas.

(2) Ciudad de Beocia que conserva su nombre y le da á una provincia ó gobierno de los Turcos. El famosísimo oráculo de Trofonio residia en una cueva.

bía consultado á Apolo Ismenio, el cual por medio de las víctimas suele ser consultado del mismo modo que se usa en Olimpia, y por otra con sus dádivas habia obtenido, no de algun Tebano, pero sí de un extranjero, el que quisiera dormir en el templo de Anfiarao (1), pues sabido es que generalmente á ninguno de los Tebanos le es lícito el pedir oráculo alguno en dicho templo. La causa procede de haberles hecho saber Anfiarao por medio de sus oráculos, que daba opeion á los Tebanos para que escogieran, ó valerse de él como de adivino, ó de aliado y protector solamente: prefirieron ellos, pues, tenerle por aliado que por profeta, de donde está prohibido á todo Tebano el irse á dormir en aquel santuario para recibir entre sueños algun oráculo de Anfiarao.

CXXXV. Pero lo que mayor maravilla en mí despierta es lo que de este Mis Europense añaden los de Tebas, de quien dicen que, andando to toos estos santuarios de los oráculos, fué tambien al templo de Apolo el Ptoo. Este templo con el nombre de Ptoo está en el dominio de los Tebanos, situado sobre la laguna Copaida (2), en un monte muy vecino á la ciudad de Acrefia. Cuentan, pues, los Tebanos que llegado al templo nuestro peregrino Mis en compañía de tres de sus ciudadanos, á quienes habia nombrado el público á fin de que tomasen por escrito la respuesta que el oráculo les diera, la persona que allí vaticinaba púsose de repente á profetizar en una lengua bárbara. Al oír los Tebanos compañeros de Mis un dialecto bárbaro en vez del griego, no sabian qué hacerse llenos de pasmo y de confusion, cuando el Europense Mis, arrebatándoles de las manos el libro de memoria que consigo traian, fué en él

(1) Pausanias escribe que Anfiarao era reputado autor de la adivinacion por sueños.

(2) Este pantano ó laguna se llama en el día laguna de Levndia. No se hallan los nombres actuales de los antiguos lugares situados sobre ella.

escribiendo las palabras que en la lengua bárbara iba profiriendo el profeta, la cual, según ellos dicen, era Cariana; y que apenas las hubo escrito cuando á toda prisa partió hácia Mardonio.

CXXXVI. Leyó este, pues, lo que los oráculos le decían, y de resultas envió por embajador á Atenas al rey de Macedonia Alejandro, hijo de Amintas. Dos eran los motivos que á este nombramiento le inducian: uno el parentesco que tenían los Persas con Alejandro, con cuya hermana Gigea, hija asimismo de Amintas, habia casado un señor Persa llamado Bubares, y tenía en ella un hijo llamado Amintas, con el nombre de su abuelo materno, quien habiendo recibido del rey el feudo de Alabanda (1), ciudad grande de la Frigia, poseía en Asia sus Estados: otro motivo de aquella elección habia sido el saber Mardonio que por tener Alejandro contraído con los Atenienses un tratado de amistad y hospedaje, era su buen amigo y favorecedor. Por este medio pensó Mardonio que le sería más hácedero el atraer á su partido á los Atenienses, cosa que mucho deseaba, oyendo decir por una parte cuán populosa era Atenas y cuán valiente en la guerra, y constándole muy bien por otra que los Atenienses habian sido los que por mar habian muy particularmente destrozado la armada persiana. Esperaba, pues, que bien fácil le sería, como ellos se le unieran, el ser por mar superior á la Grecia, cual sin duda en tal caso lo fuera, y no dudando, por otro lado, de que sus fuerzas por tierra eran ya por sí solas mucho mayores; de donde concluía Mardonio que su ejército con los nuevos aliados vendría á superar las fuerzas de los Griegos: ni me parece fuera temerario el sospechar que esta era la prevención de los oráculos, quienes debian de aconsejarle que procurase aliarse con Atenas, y que por este motivo enviaba á esta ciudad su embajador.

(1) Alabanda, ó según otros Alabistra. La historia del casamiento de Gigea se refiere en el lib. V, pár. XXI.

CXXXVII. Para dar á conocer quién era Alejandro, voy á decir en este lugar cómo llegó por un singular camino á obtener el dominio de Macedonia un cierto Perdicas, el sétimo entre sus ascendientes. Hubo tres hermanos, así llamados, Gavanes, Aeropo y Perdicas, naturales de Argos y de la familia de Temeno; los cuales, fugitivos de su patria, pasaron primero á los Ilirios, desde donde internándose en la alta Macedonia llegaron á una ciudad por nombre Lebea (1). Concertando allí su salario, acomodáronse con el rey, el uno para apacentar sus yeguas, el otro los bueyes, y el tercero el ganado menor: y como es cosa muy sabida que en aquellos antiguos tiempos muy poco ó nada reinaba el lujo y la opulencia en las casas de los reyes, cuanto menos en las particulares, nadie deberá extrañar que la reina misma fuese la que allí cocía el pan en la casa del rey. Estando, pues, en su faena la real panadera, cuantas veces cocía el pan para su criado y mozuelo Perdicas, levantábasele tanto el horno que venía á salir doblemente mayor de lo que correspondía. Como observase, pues, atendiendo á ello con más cuidado, siempre cabalmente lo mismo, fuese á dar aviso á su marido, á quien luégo pareció que se descubría en aquello algun agüero que algo significaba de prodigioso y grande, y sin más tardanza hace venir á sus criados y les intima que salgan de sus dominios. Que estaban prontos, responden ellos; pero querían, como era justo, llevar ántes su salario. Al oír el rey lo del salario, fuera de sí, por disposición particular de los dioses, y tomando ocasión del sol que se le entraba entónces en la casa por la misma chimenea, respondióles así:—«El

(2) Esta narracion en nada desdice de la sencillez de los tiempos primitivos, tan bellamente retratada en Homero, y sobre todo en nuestros libros santos. También Jacob servía de zagal como Perdicas apacentando los rebaños, y Sara como la reina de Lebea cocía el pan sobre las brasas en la tienda de Abraham. Vivía Perdicas unos siete siglos y medio ántes de J. C.

salario que se os debe y que pienso daros no será sino el que ahí veis:» lo cual dijo señalando con la mano al sol de la chimenea. Oída tal respuesta, quedaron atónitos los dos hermanos mayores Gavanés y Aeropo, pero el menor:—«Sí, le dice, aceptamos, señor, ese salario que nos ofreceis.» Dicho esto, hizo con un cuchillo que tenía allí casualmente una raya en el pavimento de la casa alrededor del sol, y haciendo el ademán de coger tres puñados de aquella luz encerrada en la raya, se los iba metiendo en el seno como quien mete el dinero en su bolsillo, hecho lo cual se fué de allí en compañía de sus hermanos.

CXXXVIII. Uno de los presentes que estaban allí sentados con el rey le dió cuenta de lo que acababa de hacer aquel muchacho, diciéndole cómo el menor de los hermanos, no sin misterio y quizá con dañada intención, había aceptado la paga que él les había prometido. Apenas lo oyó el rey, que no lo habría antes advertido, despachó lleno de cólera unos hombres á caballo con orden de dar la muerte á uno de sus criados. Pero en tanto quiso Dios que cierto río que por allí corre, río al cual, como á su dios salvador, suelen hacer sacrificios los descendientes de los tres citados Argivos, al acabar de pasarle los Teménidas comenzase á venir tan crecido, que no pudieran vadearle los que venían á caballo. Yéndose, pues, los Teménidas á otro país de la Macedonia, fijaron su habitación cerca de aquella huerta que se dice haber sido la de Midas, hijo de Gordias (1), en la que se crían ciertas rosas de sesenta hojas cada una, de un color y fragancia superior á todas las demás, y añaden aún los Macedonios, que en dicha huerta fué donde quedó cogido y preso Sileno: sobre ella está el monte que llaman Bermion, el cual de puro frío es inaccesible. En suma, apoderados de esta región los tres hermanos y haciéndose fuertes en ella,

(1) Pasó Midas de Macedonia á Frigia, en donde reinó.

desde allí lograron ir conquistando despues lo restante de la Macedonia.

CXXXIX. Del referido Perdicas descendía, pues, nuestro embajador Alejandro, por la siguiente sucesion de genealogia: Alejandro era hijo de Amintas; Amintas lo fué de Alcetes, quien tuvo por padre á Aeropo; éste á Filipo, Filipo á Argeo, y Argeo á Pericles, fundador de la monarquía. Hé aquí toda la ascendencia de Alejandro, el hijo de Amintas.

CXL. Llegado ya á Atenas el enviado de Mardonio, hizoles este discurso: —«Amigos Atenienses, mandóme Mardonio daros de su parte esta embajada formal: á mí, dice, me vino una orden de mi soberano concebida en estos términos: «Vengo en perdonar á los Atenienses todas las injurias que de ellos he recibido. Lo que vos, oh Mardonio, hareis ahora es lo siguiente: os mando lo primero que les restituyais todas sus propiedades; lo segundo quiero que les acrecenteis sus dominios dándoles las provincias que quieran ellos escoger, quedándose, sin embargo, independientes con todos sus fueros y libertad; lo tercero os ordeno que á costa de mi erario les reedifiqueis todos los templos que les mandé abrasar (1): todo ello con la sola condicion de que quieran ser mis confederados. Recibidas estas órdenes, continúa Mardonio, me es del todo necesario procurarlas ejecutar al pié de la letra, como vosotros no me lo estorbeis; y para conformarme con ellas, pregúntoos ahora: ¿qué tenacidad es la vuestra, Atenienses, en querer ir contra mi soberano? ¿No veis que ni en la presente guerra podeis serle superiores, ni en el porvenir sereis capaces de mantenérsela siempre? ¿No sabeis el número, el valor y hazañas de las tropas de Jerjes? ¿No oís decir cuantas son las fuerzas que conmigo

(1) Añade más Plutarco: que el rey los ofrecia reedificar la ciudad, darles infinito dinero y hacerles señores de todos los Griegos.

tengo? ¿Es posible que no deis en la cuenta que aun cuando en la actual contienda me fuerais superiores, de lo que no veo cómo podais lisonjearos á no haber renunciado al sentido comun, ha de venir con todo á acometeros otro nuevo ejército más numeroso todavía? ¿Por qué, pues, querer hombrear tanto en competencia del rey, que os halleis sin poder dejar un instante las armas de las manos y con la muerte siempre delante de los ojos, expuestos de continuo á perderos por vuestro capricho y á perder juntamente vuestra república? Haced la paz, ya que podeis hacerla muy ventajosa, cuando os convida con ella el rey mismo, y quedaos libres é independientes, unidos con nosotros sin doblez ni engaño en una liga defensiva y ofensiva. Esto es formalmente, oh Atenienses, prosiguió diciendo Alejandro, lo que de su parte mandóme decirs Mardonio: yo de la mía ni una sola palabra quiero decirs por lo tocante al amor y buena ley que os he profesado siempre; pues no es esta la primera ocasion en que habeis podido conocerlo. Quiero sí únicamente añadirs de mio una súplica, y es que viendo vosotros no ser tantas vuestras fuerzas que podais sostener contra Jerges una perpétua guerra, condescendais ahora con las proposiciones de Mardonio. Esto os lo suplico, protestando al mismo tiempo que si viera yo en mis Atenienses tanto poderío como indicaba necesario, nunca me encargara de embajada semejante. Pero, amigos, el poder del rey parece más que humano, tanto que no veo á donde no alcance su brazo. Si vosotros, por otra parte, mayormente ahora cuando se os presentan partidos tan ventajosos, no haceis las paces con quien tan de véras os las propone, me lleno de horror, Atenienses, sólo con imaginar el desastre que os aguarda, viendo que vosotros sois los que entre todos los confederados estais más al alcance del enemigo, y más á tiro de su furor, expuestos siempre á sufrir solos sus primeras descargas para ser las primeras víctimas de su

vinganza, viviendo en un país que parece criado para ser el teatro de Marte. No más guerra, Atenienses; creedme á mí, ciertos de que no es sino un honor muy particular el que el rey os hace, no sólo en querer perdonaros los agravios, mas áun en escogeros á vosotros entre los demas Griegos para ser sus amigos y aliados.» Así habló Alejandro.

CXLI. Apénas supieron los Lacedemonios que iba á Atenas el rey Alejandro encargado de atraer á los Atenienses á la paz y alianza con el bárbaro, acordáronse con esta ocasion de lo que ciertos oráculos les habian avisado ser cosa decretada por los hados, que ellos con los demas Dóricos fuesen arrojados algun dia del Peloponeso por los Medos y los Atenienses (1); recuerdo que les hizo entrar luégo en grandísimo recelo acerca de la union de los de Atenas con el Persa, y enviar allá con toda diligencia sus embajadores para que viesen de estorbar la liga. Llegaron éstos, en efecto, tan á tiempo y sazon, que una misma fué la asamblea que se les dió públicamente, y la que se dió á Alejandro para la declaracion de la embajada. Verdad es que muy de propósito diferian los Atenienses la audiencia pública de Alejandro, creidos y seguros de que llegaria á oídos de los Lacedemonios la venida de un embajador á solicitarles de parte del bárbaro para la alianza, y que oída tal nueva habian de enviarlos á toda prisa mensajeros que procurasen impedirlo. Dispusiéronlo adrede los Atenienses, queriendo hacer alarde en presencia de los enviados de su manera de obrar en el asunto.

CXLII. Luégo, pues, que Alejandro dió fin á su discurso, tomando la palabra los embajadores de Esparta dieron principio al suyo.—«Tambien venimos nosotros, oh

(1) Sin la memoria de tales oráculos, que ciertamente salieron bueros, no hubiera acariciado tanto á los Atenienses la política espartana, con el fin de no ponerse á peligro de perder el imperio de la Grecia.

Atenienses, á haceros nuestra peticion de parte de los Lacedemonios: redúcese á suplicaros que ni deis oido á las proposiciones del bárbaro, ni querais hacer la menor novedad en el sistema de la Grecia. Esto de ningun modo lo sufre la justicia misma; esto el honor de los Griegos no os lo permite; esto con mucha particularidad vuestro mismo decoro os lo prohíbe. Muchos son los motivos que para no hacerlo teneis: el haber vosotros mismos sin nuestro consentimiento ocasionado la presente guerra; el haber sido desde el principio vuestra ciudad el blanco de toda ella; el serlo ahora ya por vuestra causa la Grecia toda. Y dejados aparte todos estos motivos, fuera sin duda cosa insufrible que vosotros, Atenienses, habiéndoospreciado siempre de ser los mayores defensores de la ajena independencia y libertad, fuerais al presente los principales autores de la dependencia y esclavitud de los Griegos. A nosotros, amigos Atenienses, nos tiene penetrados de compasion esa vuestra desventura, cuando os vemos ya por la segunda vez privados de vuestra cosechas y por tanto tiempo fuera de vuestras casas despojadas, abrasadas y aruinadas por el bárbaro que os halaga. Pero os hacemos saber ahora que para alivio de tanta calamidad los Lacedemonios con los otros Griegos aliados suyos se ofrecen gustosos á la manutencion, así de vuestras mujeres, como de la demas familia que no sirva para la guerra, y esto os lo prometen por todo el tiempo que continuare la actual. Por los cielos, Atenienses, no os dejéis engañar de las buenas palabras de Alejandro, que tanto os halaga y lisonjea de parte de Mardonio, en lo cual obra como quien es: un tirano patrocina á otro tirano amigo suyo. Pero vosotros no obraríais como quienes sois, si hiciereis lo que pretenden de vosotros, pues bien claro podeis ver, si no quereis de propósito cegaros, que nadie debe dar fe á la palabra, ni menos fiarse de la promesa de un bárbaro.» Así fué como dichos embajadores se explicaron.

CXLIII. La respuesta que luego dieron á Alejandro los Atenienses fué concebida en estas palabras:—«En verdad, Alejandro, que no se nos caía en olvido cuáles sean, según deciais, las fuerzas del Medo, y cuánto doblemente superiores á las nuestras; ¿por qué á nuestra faz hacernos ese alarde? ¿por qué echarnos en cara nuestra mengua y falta de poder? Nosotros os repetimos que defendiendo la libertad sacaremos esfuerzo de la debilidad nuestra, hasta tanto que más no podamos. En suma, no os canseis en balde procurando que nos unamos con el bárbaro, cosa que otra vez no os la sufriremos. La respuesta, por tanto, que debereis dar á Mardonio será que le hacemos saber, nosotros los Atenienses, que en tanto que girare el sol por donde al presente gira (1), nunca jamás hemos de confederarnos con Jerges, á quien eternamente perseguiremos, confiados en la proteccion de los dioses y en la asistencia de los héroes nuestros patronos, cuyos templos y estatuas religiosas tuvo el bárbaro, como ateo que es, la insolente impiedad de profanar con el incendio. A vos os prevenimos que nunca más os presenteis ante los Atenienses con semejantes discursos, ni, so color de mirar por nuestros intereses, volvais segunda vez á exhortarnos á la mayor de todas las maldades. Vos sois nuestro buen amigo, sois huésped público de los Atenienses; mucho nos pesaria el vernos precisados á daros el menor disgusto.»

CXLIV. Tal fué la respuesta dada á Alejandro: despues de ella dióse estotra á los enviados de Esparta:—«El que allá temieran los Lacedemonios no nos coligáramos con el bárbaro, puede perdonárseles esta flaqueza natural entre hombres; el que vosotros sus embajadores, testigos de nuestro brío y denuedo, temais lo mismo, no es sino una infamia y vergüenza de Esparta. Entended, pues, Esparta-

(1) Esto, según Plutarco, lo dijo Aristides señalando al sol con el dedo.

nos, que ni encierra tanto oro en todas sus minas el globo entero de la tierra, ni cuenta entre todas sus regiones alguna ni tan bella, ni tan feraz, ni tan preciosa, á trueque de cuyo tesoro y de cuya provincia quisiéramos los Atenienses pasarnos al Medo con la infame condicion de la esclavitud de la Grecia; que muy muchos son y muy poderosos los motivos que nos lo impidieran, áun cuando á ello nos sintiéramos tentados. El primero y principal es la vista de los mismos dioses aquí presentes, cuyos simulacros aquí mismo vemos abrasados, cuyos templos con dolor extremo miramos tendidos por el suelo, y hechos no más unos montones de tierra y piedra. ¡Ah! que nuestra piedad y religion en vez de dar lugar á la reconciliacion y alianza con el mismo ejecutor de tanto sacrilegio y profanacion, nos pone en una total necesidad de vengar con todas nuestras fuerzas el númen de tanto dios ultrajado. El segundo motivo nos lo da el nombre mismo de Griegos, inspirando en nosotros el más tierno amor y piedad hácia los que son de nuestra sangre, hácia los que hablan la misma lengua, hácia los que tienen la misma religion, la comunidad de templos y de edificios, la uniformidad en las costumbres y la semejanza en el modo de pensar y de vivir. En fuerza de tales vínculos y de nuestro honor, miramos por cosa tan indigna de los Atenienses el ser traidores á nuestra patria y nacion, que os aseguramos hácia nuevo ahora, si no lo teniais ántes bien creído, que miéntras quede vivo un solo Ateniense, nadie tiene que temer que se una Atenas con Jerges en confederacion. Ese vuestro cuidado y empeño que mostrais para con nosotros, que nos vemos sin casa en que morar, tomando tan á pecho nuestro alivio, hasta el punto de ofreceros á la manutencion de nuestras familias, con toda el alma os lo agradecemos, amigos Lacedemonios, viendo que no puede subir de punto vuestra bondad para con nosotros. Con todo, en medio de la estrechez y miseria en que nos hallamos, pro-

cüraremos, armados de sufrimiento, ingeniarnos de tal manera, que, sin seros molestos en cosa alguna, pasémos como mejor podamos nuestras cuitas. Ahora, si, lo que os pedimos es, que nos enviéis cuanto ántes vuestras tropas, pues á lo que imaginamos no ha de pasar mucho tiempo sin dejárenos ver el bárbaro en nuestros confines, pues claro está que lo mismo será oír que nada le otorgamos de cuanto en su embajada pedía, que dirigirse contra nosotros. De suyo os pide, pues, la ocasion presente que salgáis con nosotros armados hasta la Beocia para recibir allí al enemigo, ántes de que se nos entre por el Ática.»

LIBRO NOVENO.

CALIOPE.

Mardonio se apodera nuevamente de Atenas, abandonada de sus ciudadanos, los cuales se quejan de la indiferencia de los Lacedemonios: decídense éstos á socorrerlos, por lo cual Mardonio abandona la población despues de haber demolido sus muros y edificios.—Los Griegos son atacados á las inmediaciones del Citeron por la caballería persa, y muere en la refriega su jefe Masistio. Avanza el ejército griego hácia Platea y se atrinchera contra el persa. Disputa entre los Atenienses y los de Tegea sobre preferencia en el campamento y mando: reseña y formacion de ambos ejércitos, los cuales, en vista de los agüeros, permanecen indecisos, sin atreverse á dar la batalla. Decídese Mardonio á embestir contra los Griegos, y Alejandro de Macedonia les avisa en persona este proyecto.—Reto de Mardonio á los Lacones.—Tratan los Griegos de retirarse para mejorar de posicion, pero se opone un caudillo Lacedemonio, y entretanto algunos de los confederados huyen á Platea. Al retirarse los Lacedemonios son atacados por los Persas.—Muerte de Mardonio y fuga del ejército persa, que atacado en sus trincheras es pasado á degüello por los Griegos. Relacion de los sujetos que se distinguieron en aquella jornada y del botin ocupado á los Persas.—El ejército griego trata de castigar á los aliados, y pone sitio á los Tebanos. Entretanto, Leotiquides con la armada griega intenta atacar á los restos de la persiana; pero sus jefes saltan en tierra y se fortifican en Micala, en donde son atacados y vencidos por los Griegos.—Subievacion de los Jonios contra los Persas.—Riña entre Masistes y Atraintes, generales persas. Amores incestuosos de Jerges con la familia de Masistes. El manto de Jerges. Los Griegos atacan el Quersoneso y se apoderan de Sesto, plaza defendida por los Persas, y dan muerte á su gobernador, el impio Artaites.

Recibida, pues, dicha respuesta, dieron la vuelta hácia Esparta los enviados; pero Mardonio, luégo que vuelto de su embajada Alejandro le dió razon de lo que traia de

parte de los Atenenses, saliendo al punto de Tesalia dándose mucha prisa en conducir sus tropas contra Atenas, haciendo al mismo tiempo que se le agregasen con sus respectivas milicias los pueblos por donde iba pasando. los príncipes de la Tesalia (1), bien lejos de arrepentirse de su pasada conducta, entónces con mayor empeño y diligencia servian al Persa de guías y adalides: de suerte que Torax el Lariseo, que escoltó á Jerges en la huida, iba entónces abiertamente introduciendo en la Grecia al general Mardonio.

II. Apénas el ejército, siguiendo sus marchas, entró en los confines de la Beocia, salieron con presteza los Tebanos á recibir y detener á Mardonio. Representáronle desde luégo que no habia de hallar paraje más á propósito para sentar sus reales que aquel mismo donde actualmente se encontraba; aconsejábale, pues, con mucho ahinco, sin dejarle pasar de allí, que atrincherado en aquel campo tomara sus medidas para sujetar á la Grecia toda sin disparar un solo dardo, pues harto habia visto ya por experiencia cuán arduo era rendir por fuerza á los Griegos unidos, aunque todo el mundo les acometiera de consuno.—«Pero si vos, iban continuando, quereis seguir nuestro consejo, uno os daremos tan acertado, que sin el menor riesgo dareis al suelo con todas sus máquinas y prevenciones. No habeis de hacer para esto sino echar mano del dinero, y con tal que lo derrameis, sobornareis fácilmente á los sujetos principales que en sus respectivas ciudades tengan mucho influjo y poderío. Por este medio lograreis introducir en la Grecia tanta discordia y division, que os sea bien fácil, ayudado de vuestros asalariados, sujetar á cuantos no sigan vuestro partido.»

III. Tal era el consejo que á Mardonio sugerian los Te-

(1) Tres eran los hermanos Alévadas, príncipes de Tesalia, Eupilo, Trasiqeo y Torax.

banos: el daño estuvo en que no le dió entrada (1), por habersele metido muy dentro del corazón el deseo de tomar otra vez á Atenas, parte por mero capricho y antojo, parte por jactancia, queriendo hacer alarde con su soberano, quien se hallaba á la sazón en Sardes, de que era ya dueño otra vez de Atenas, y pensando darle el aviso por medio de los fuegos que de isla en isla pasaran como correos. Llegado en efecto á Atenas, tomó á su salvo la plaza, donde no encontró ya á los Atenienses, de los cuales parte supo haber pasado á Salamina, parte hallarse en sus galeras. Sucedió esta segunda toma de Mardonio diez meses después de la de Jerges.

IV. Al verse Mardonio en Atenas, llama á un tal Muriquides, natural de las riberas del Helesponto, y le despacha á Salamina, encargado de la misma embajada que á los de Atenas había pasado Alejandro el Macedonio. Determinóse Mardonio á repetirles lo mismo, no porque no diera por supuesto que le era contrario y enemigo el ánimo de los Ateniense, sino porque se lisonjaba de que, viendo ellos conquistada entónces el Ática á viva fuerza, y puesta su patria en manos del enemigo, cediendo de su tenacidad primera, volverian quizá en su acuerdo. Con tal mira, pues, envió á Muriquides á Salamina.

V. Presentado éste delante del Senado de los Atenienses, expuso la embajada que de parte de Mardonio les traía. Entre aquellos senadores hubo cierto Licidas, cuyo parecer fué que lo mejor sería admitir el partido que Muriquides les hacía y proponerlo á la junta del pueblo, ora fuera que él de suyo así opinase, ora bien se hubiese dejado sobornar con las dádivas de Mardonio. Pero los Ate-

(1) Con esto desmiente Herodoto á los oradores Demóstenes y Esquines, cuando afirman que pasó en efecto al Peloponeso un tal Artimio, con grandes sumas para desconcertar la union de los Griegos.

nienses, así senadores como ciudadanos, al oír tal proposición, miráronla con tanto horror, que rodeando á Licidas en aquel punto le hicieron morir á pedradas, sin hacer por otra parte mal alguno á Muriquides, mandándole solamente que se fuera luégo de su presencia (1). El grande alboroto y ruido que sobre el hecho de Licidas corría en Salamina llegó veloz á los oídos curiosos de las mujeres, quienes iban informándose de lo que pasaba; entónces, pues, de impulso propio, exhortando unas á las otras á que las siguieran, y corriendo todas juntas hácia la casa de Licidas, hicieron morir á pedradas á la mujer de éste, juntamente con sus hijos, sin que nadie les hubiese movido á ello.

VI. El motivo que para pasar á Salamina tuvieron entónces los de Atenas fué el siguiente: Todo el tiempo que vivían con la esperanza de que en su asistencia y socorro había de venirles un cuerpo de tropas del Peloponeso, estuviéronse firmes y constantes en no desamparar el Ática. Mas despues que vieron que los Peloponesios, dando treguas al tiempo, dilataban sobrado su venida, y oyendo ya decir que se hallaba el bárbaro marchando por la Beocia, les obligó su misma posición á que, llevando primero á Salamina cuanto teman, pasasen ellos mismos á dicha isla. Desde allí enviaron á Lacedemonia unos embajadores con tres encargos; el primero de dar quejas á los Lacedemonios por la indiferencia con que miraban la invasión del Ática por el bárbaro, no habiendo querido en compañía suya salirle al encuentro hasta la Beocia; el segundo de recordarles cuán ventajoso partido les había á ellos ofrecido el Persa á trueque de atraerles á su liga y amistad; el tercero de prevenirles que los Atenienses al fin, si no se les socorria, hallarian algun modo como salir del ahogo en que se veían.

(1) Herodoto no hace mención de otro apedreado por motivo semejante, según parece, llamado Cirselo, si estamos á lo que dicen Demóstenes, Ciceron y otros.

VII. Hé aquí cuál era entretanto la situación de los Lacedemonios: hallábanse por una parte muy ocupados á la sazón en celebrar sus *Hiacintias*, así llamaban sus fiestas en honor del niño Hiacinto, empleándoles toda la atención y cuidado el célebre culto de su dios; y por otra andaban muy afanados en llevar adelante la muralla que sobre el istmo iban levantando y que tenían en estado ya de recibir las almenas. Apénas entrados, pues, en Lacedemonia los embajadores de Atenas, en cuya compañía venian los enviados de Megara y los de Platea, presentáronse á los Eforos, y les hablaron en estos términos:—«Venimos aquí de parte de los Atenienses, quienes nos mandan declararos los siguientes partidos que el rey de los Medos nos propone: primero, se ofrece á restituirnos nuestros dominios; segundo, nos convida á una alianza ofensiva y defensiva con una perfecta igualdad é independencía, sin doblez ni engaño; tercero, nos promete, y sale de ello garante, añadir á nuestra república el estado y provincia que nosotros queramos escoger. Pero los Atenienses, tanto por el respeto con que veneramos á Júpiter Helenio, patrono de la Grecia (1), cuanto por el horror innato que en nosotros sentimos de ser traidores á la patria comun, no le dimos oídos, rechazando su proposición, por más que nos viéramos ántes, no como quiera agraviados, sino lo que es más, desamparados y vendidos por los Griegos; y esto sabiendo muy bien cuánta mayor utilidad nos traería la avenencia que no la guerra con el Persa. Ni esto lo decimos porque nos arrepintamos de lo hecho, protestando de nuevo que jamás nos coligaremos con el bárbaro, sino solamente para que se vea adónde llega nuestra fe y lealtad para con los Griegos. Vosotros, si bien estabais temblando entónces de miedo, y por extremo recelosos de que no conviniéramos en pactos con el Persa, viendo despues claramente,

(1) Como tal habia sido escogido por Eaco, quien en Egina le erigió un templo.

por una parte, que de ninguna manera éramos capaces por nuestras opiniones de ser traidores á la Grecia, y teniendo ya, por otra, concluida en el istmo vuestra muralla, no contais al presente ni mucho ni poco con los Atenien- ses, pues no obstante de habernos ántes prometido que con las armas en la mano saldriais hasta la Beocia á recibir al Persa, nos habeis vendido, faltando á vuestra palabra, y nada os importa ahora que el bárbaro tenga el Ática invadida. Los Atenien- ses, pues, se declaran altamente re- sentidos de vuestra conducta, la que no conviene con vuestras obligaciones: lo que al presente desean, y con ra- zon pretenden de vosotros, es, que con la mayor brevedad posible les enviéis un ejército que venga en nuestra com- pañia, á fin de poder salir unidos á oponernos al bárbaro en el Ática, pues una vez perdida por vuestra culpa la mayor oportunidad de recibirlo en la Beocia, la llanura Triasia es en el Ática el campo más á propósito para la batalla.»

VIII. Oída por los Eforos la embajada, difirieron para el otro dia la respuesta, y al otro dia la dilataron para el siguiente, y así de dia en dia, dándoles más y más próro- gas, fueron entreteniéndoles hasta el décimo. En tanto, no se daban manos los Peloponesios en fortificar al istmo, siendo ya muy poco lo que faltaba para dar fin y remate á las obras. No sabria yo, en verdad, dar otra razon de la conducta de los Lacedemonios en haber tomado ántes con tanto ahineo el impedir la confederacion de los Atenien- ses con los Medos, cuando vino á la ciudad de Atenas Alejan- dro el Macedonio, y en no dar luégo á todo ello importan- cia alguna, sino el decir que teniendo últimamente del todo fortificado el istmo, pareciales ya que para nada ne- cesitaban de Atenas, al paso que ántes, al tiempo en que llegó Alejandro á aquella ciudad, no habiendo murado to- davia y hallándose puntualmente en la mitad de aquellas obras, temian mucho en ser acometidos por el Persa, si no lo impedian los Atenien- ses.

IX. Con todo, acordaron al cabo los Lacedemonios responder á los embajadores y mandar salir á campaña sus Espartanos con el siguiente motivo: Un dia ántes del último plazo para la decision del negocio, un ciudadano de Tegea, llamado Quileo, que era el extranjero de mayor influjo en Lacedemonia, habiendo oido de boca de los Eforos todo lo que ántes les habian expuesto los embajadores de Atenas, bien informado del negocio, respondiéndoles en esta forma:—«Ahora, pues, ilustres Eforos, viene todo á reducirse á un punto solo, y es el siguiente: si por acaso coligados los Atenienses con el bárbaro no obran de acuerdo con nosotros, por más cerrado que tengamos el istmo con cien murallas, tendrán los Persas abiertas por cien partes las puertas del Peloponeso. No, magistrados, eso no conviene de ningun modo; es preciso dar audiencia y respuesta á los Atenienses, ántes que no tomen algun partido pernicioso á la Grecia.»

X. Este consejo que dió á los Eforos el buen Quileo, y la reflexion tan exacta que les presentó, penetróles de manera que, prescindiendo de dar parte del negocio pendiente á los diputados que habian allí concurrido de diferentes ciudades, al momento, sin esperar á que amaneciera, mandaron salir de la ciudad 5.000 Espartanos, ordenando al mismo tiempo que siete ilotas acompañasen á cada uno de ellos, y encargándolos á Pausanias, hijo de Cleombroto, padre de Pausanias é hijo de Anaxandrides, pues habiendo poco ántes regresado del istmo con la gente que trabajaba allí en dicha muralla, acabó la carrera de su vida inmediatamente despues de su vuelta: el motivo que le obligó á retirarse del istmo con su gente, habia sido el haber visto que al tiempo de celebrar allí sacrificios contra el Persa, se les habia cubierto el sol y oscurecido el cielo. Pausanias, pues, destinado á la empresa, se asoció por teniente general á Eurianactes, el cual, como hijo de Dorieo, era de su misma familia. Esta fué, repito, la

gente de armas que salió de Esparta, conducida por Pausanias.

XI. Apenas amaneció, cuando los embajadores, que nada habían sabido todavía de la salida de tropas, se presentaron ante los Eforos con el ánimo resuelto á despedirse para volverse á su patria. Admitidos, pues, á la audiencia pública, hablaron en estos términos:—«Bien podeis, Lacedemonios, por nuestra parte, quedaros de asiento en casa sin sacar un pié fuera de Esparta, celebrando muy despacio, á todo placer, esas fiestas en honor de vuestro Hiacinto, y faltando muy de propósito á la correspondencia que debeis á vuestros aliados. Obligados nosotros, los Atenieses, así por esa nueva injuria que con vuestra estudiada tardanza y desprecio nos estais haciendo, como tambien por vernos faltos de socorro, nos entenderemos con el Persa del mejor modo que podamos. Manifiesto es que, una vez amistados con el rey, seguiremos como aliados sus banderas donde quiera que nos conduzcan. Vosotros, sin duda, desde aquel punto comenzareis á sentir los efectos que de una tal alianza se os podrán originar.» La respuesta que dieron los Eforos á este breve discurso de los enviados, fué afirmar con juramento, que creían en verdad hallarse ya sus tropas en Orestio, marchando contra los extranjeros, pues extranjeros llamaban á los bárbaros segun su frase. Pero como los embajadores, que no la entendian, preguntasen lo que pretendian significar con aquello, informados luégo de todo lo que pasaba, quedáronse admirados y suspensos, y sin perder más tiempo, salieron en seguimiento de los soldados, llevando en su compañía 5.000 infantes que se habían escogido entre los Periecos (1) (6 vecinos libres) de toda la Lacedemonia.

(1) Estos vecinos de las ciudades subalternas del Estado eran la segunda clase de tres que había en Lacedemonia, inferiores á los Espartanos ó moradores de la ciudad, y superiores á los ilotas ó esclavos.

XII. Entretanto que dicha tropa se apresuraba á llegar al istmo, los Argivos, apénas oyeron la noticia de que ya Pausanias habia salido de Esparta con la gente de armas, echando mano luégo del mejor posta que pudieron hallar, lo envian al Ática por expreso, en consecuencia de haber antes ofrecido á Mardonio que procurarían impedir á los Espartanos la salida. Llegado, pues, á Atenas este correo *Hemerodromo*, dió así á Mardonio la embajada:—«Señor, no envian los Argivos para haceros saber que la gente nozo salió armada ya de Lacedemonia, sin que á ellos les haya sido posible estorbarles la salida: con este aviso podreis tomar mejor vuestras medidas.» Dado así el recado, volviósse el expreso por el mismo camino.

XIII. Mardonio que tal oyó, no se halló seguro en el Ática, ni se determinó á esperar en ella por más tiempo, siendo así que ántes que tal nueva le llegara, se detenia allí muy despacio para ver en qué paraba la negociacion de parte de los Atenienses, pues como siempre esperase que vendrian al cabo á su partido, ni talaba entretanto su país, ni hacia daño alguno en el Ática. Mas luégo que informado de cuanto pasaba vió que nada á su favor tenia que esperar de los Atenienses, pensó desde entónces emprender su retirada ántes que con su gente llegara Pausanias al istmo. Al salir de Atenas dió orden de abrasar la ciudad, y dar en el suelo con todo lo restante, ora fuese algun lienzo de muralla que hubiera quedado ántes en pié, ora pared desmoronada de alguna casa, ora fragmento ó ruina de algun templo. Dos motivos en particular le persuadian la retirada: uno por ver que el Ática no era á propósito para que maniobrara allí la caballería; otro el entender que, vencido una vez en campo de batalla, no le quedaria otro escape que por unos pasos tan estrechos, que un puñado de gente pudiera impedirselo. Parecióle, pues, ser lo más acertado retirarse hácia Tebas, y dar allí la batalla, ya cerca de una ciudad amiga, ya tambien en

una llanura á propósito para maniobrar la caballería.

XIV. Ejecutando ya la retirada, llególe á Mardonio otro correo al tiempo mismo de la marcha, dándole de antemano aviso de que hácia Megara se dirigía otro cuerpo de 1.000 Lacedemonios. Vinole con esto el deseo de probar fortuna para ver si le sería dable apoderarse de aquel destacamento: mandó, pues, que retrocediera su gente, á la cual condujo él mismo hácia Megara, y adelantada entretanto su caballería, hizo correrías por toda aquella comarca. Este fué el término y avance hácia Poniente donde llegó en Europa el ejército persa.

XV. En el intermedio llególe á Mardonio otro aviso de que ya los Griegos se hallaban en gran número reunidos en el istmo; aviso que de nuevo le hizo retroceder hácia Decelea. A este efecto los Beotarcas ó jefes de la Beocia habian hecho presentarse á los Beocios fronterizos de los Asopios, quienes iban guiando la gente hácia las Sfendaleas (1) y de allí hácia Tanagra, donde habiendo hecho alto una noche, y marchado al dia siguiente la vuelta de Scolon, hallóse ya el ejército en el territorio de los Tebanos. Por más que éstos se hubiesen unido á los Medos, les taló entónces Mardonio las campiñas, no por odio que les tuviera, sino obligado á ello por una extrema necesidad, queriendo absolutamente fortificar su campo con empalizadas y trincheras para prevenirse un seguro asilo donde guarecer el ejército, caso de no tener el encuentro el éxito deseado. Empezó, pues, á formar sus reales desde Eritras, continuándolos por Hisias (2) y extendiéndolos hasta el territorio de Platea á lo largo de las riberas del rio Aso-

(1) Tanto las Sfendaleas como Decelea, eran villas de la tribu Hipontida, en la costa del Ática, fronteriza á Eubea. Tanagra es la moderna Anatoria, y Scolon una ciudad de la Beocia al pié del monte Citeron.

(2) Pausanias pone las ruinas de Hisias y Eritras á las raíces de Citeron, en la comarca de Platea.

po: verdad es que las trincheras con que los fortificó no ocupaban todo el espacio arriba dicho, sino solamente unos diez estadios por cada uno de sus lados. En tanto que los bárbaros andaban en aquellas obras muy afanados, cierto Tebano muy rico y acaudalado, Atagino, hijo de Frigón, preparó un excelente convite á aquellos huéspedes llamando á Mardonio con cincuenta Persas más, jefes todos de la primera consideracion. Admitieron éstos el agasaj y celebróse en Tebas el banquete.

XVI. Voy á referir aquí con esta ocasion lo que supe de boca de Tersandro, sujeto de la mayor consideracion en Orcómeno, de donde era natural, y que habia sido uno de los convidados de Atagino en compañía de otros cincuenta Tebanos. Decíame, pues, que no comiendo los huéspedes en mesa separada de la de los del país, sino que estando juntos en cada lecho un Persa y un Tebano, al fin del convite, cuando se habian sacado ya los vinos, el Persa compañero suyo de lecho, que hablaba el griego, preguntóle de dónde era, y respondiéndole él que de Orcómeno, hablóle en estos términos:—«Caro Orcómeno, ya que tengo la fortuna de ser tu camarada en una mesa, cama y copa misma, quiero participarte en prueba de mi estima mis previsiones y sentimientos, para que informado de antemano mires por tu bien. ¿Ves, amigo, tanto Persa aquí convidado, y tanto ejército que dejamos atrincherado allá cerca del rio? Dígote, pues, ahora, que dentro de poco bien escasos serán entre todos los que veas vivos y salvos.» Al decir esto el Persa, añadíame Tersandro, púsose á llorar muy de véras, y él le respondió confuso y admirado:—«¿Pues eso no sería menester que lo dijeras á Mardonio y á los que más pueden despues de él?—Amigo, replicóle el Persa á la sazón, como no hay medio en el suelo para estorbar lo que en el cielo está decretado (1), si alguno se

(1) Esta sentencia, que pone ya el autor en boca de Cambises
TOMO II.

esfuerza á persuadir algo en contra, no se da crédito á sus buenas razones. Muchos somos entre los Persas que eso mismo que te digo lo tenemos bien creído y seguro; y sin embargo, como arrastrados por la fuerza del hado, vamos al precipicio: y te aseguro que no cabe entre hombres dolor igual al que sienten los que piensan bien sin poder nada para impedir el mal.» Esto oía yo de boca del Orcomenio Tersandro, quien añadía que desde que lo oyó, ántes de darse la batalla en Platea, él mismo lo fué refiriendo á varios.

XVII. Despues de invadir á Atenas, habian unido sus tropas con Mardonio, que tenia entónces el campo en Beocia, todos los Griegos de aquellos contornos, excepto los Focenses, quienes, si bien seguian al Medo con empeño, no procedia del corazon este empeño á que la fuerza solamente les obligaba. Reuniéronse éstos al campo general, no mucho despues de haber llegado á Tebas el ejército de los Persas, con 4.000 infantes mandados por Armocides, sujeto de la mayor autoridad y aceptacion entre sus paisanos. En el momento de llegar á Tebas, mandóles decir Mardonio, por medio de unos soldados de caballería, que plantasen aparte sus tiendas en los reales, separados de los demas: apénas acabaron de hacer lo que se les mandaba, cuando se vieron circuir por toda la caballería persiana. Esta novedad fué seguida de un rumor esparcido luégo entre los Griegos aliados del Medo, y comunicado en breve á los Focenses mismos, de que venia aquella á exterminarlos á fuerza de dardos: en consecuencia de ello, el general Armocides les animó con este discurso:—«Visto está, paisanos, que esos hombres que nos rodean quieren que todos perezcamos, presentando á nuestros ojos la

(lib. III c. LXV), demuestra que estaba extendido entre los Persas el fatalismo; error que, nacido de una fuente pura como es la presencia de Dios, conduce á las más fatales consecuencias.

muerte en castigo de las calumnias con que sin duda nos han abrumado los Tésalos. Esta es, pues, oh compatrióticos, la hora de que, mostrando el valor de nuestro brazo, venda cada cual cara su vida. Si morir debemos, muramos ántes vengando nuestra muerte, que no vilmente rendidos dejándonos asesinar como cobardes: sepan esos bárbaros que los Griegos á quienes maquinan la muerte no se dejan degollar impunemente como corderos.»

XVIII. Así les exhortaba su general á una muerte gloriosa, cuando ya la caballería persiana, cerrándoles en medio, embestia apuntadas las armas en ademan de quien iba á disparar y dudase aún si alguien, en efecto, habia ya disparado algun tiro. De repente, formando un círculo los Focenses, y apiñándose por todas partes cuanto les fué posible, se disponen para hacer frente á la caballería; ni fué menester más para que ésta se retirase viendo aquella cerrada falange. En verdad que no me atrevo á asegurar lo que hubo en el caso: ignoro si los Persas, venidos á instancia de los Tésalos con ánimo de acabar con los Focenses, al ver que éstos se disponian como valientes á una vigorosa defensa, volvieron luégo las espaldas, por habérselo prevenido así Mardonio en aquel caso; ó si éste con tal aparato no pretendia más que hacer prueba del valor y ánimo de los Focenses. Este último fué por cierto lo que significó Mardonio cuando, despues de retirada su caballería, les mandó decir por unregonero:—«¡Bien, muy bien, Focenses! mucho me alegro de que seais, no los cobardes que se me decia, sino los bravos soldados que os mostrais. ¡Animo, pues! servid con valor y esfuerzo en esta campaña, seguros de que no serán mayores vuestros servicios que las mercedes que de mí y de mi soberano reportareis.»

XIX. Tal fué el caso de los Focenses; pero volviendo á los Lacedemonios, luégo de llegados al istmo, plantaron allí su campo. Los demas Peloponesios, que seguian el

sano partido á favor de la patria, parte sabiendo de oídas, parte viendo por sus mismos ojos que se hallaban acampados ya los Espartanos, no creyeron bueno quedárseles atras en aquella jornada, ántes bien fueron á juntárseles luégo. Reunidos en el istmo, viendo que les lisonjeaban con los mejores agüeros las víctimas del sacrificio, pasaron á Eleusina, donde repetidos los sacrificios con faustas señales, iban desde allí continuando sus jornadas. Marchaban ya con las demas tropas Atenienses las que pasando desde Salamina á tierra firme se les habian agregado en Eleusina. Llegados todos á Eritras, lugar de la Beocia, como supiesen allí que los bárbaros se hallaban acampados cerca del Asopo, tomando acuerdo sobre ello, plantaron sus reales enfrente del enemigo, en las raíces mismas de Citeron.

XX. Como los Griegos no presentasen la batalla bajando á la llanura, envió Mardonio contra ellos toda la caballería, con su jefe Masistio, á quien suelen llamar Macisio los Griegos, guerrero de mucho crédito entre los Persas, que venía montado sobre su caballo Niseo, á cuyo freno y brida de oro correspondía en belleza y valor todo lo demas de las guarniciones. Formados, pues, los Persas en sus respectivos escuadrones, embistiendo con su caballería á los Griegos, á más de incomodarles mucho con sus tiros, les afrentaban de palabra llamándoles mujeres.

XXI. Casualmente en la colocacion de las brigadas habia cabido á los Megarenses el puesto más próximo al enemigo, y tal que siendo de fácil acceso daba más lugar al ímpetu de la caballería. Viéndose, pues, acometidos del enemigo que les cargaba y oprimia con bizarro continente, despacharon á los generales griegos un mensajero, que llegando á su presencia, les habló en esta forma: — «Los Megarenses me envian con órden de decirlos: Amigos, no podemos con sola nuestra gente sostener por más tiempo el ataque de la caballería persa, y guardar el puesto mismo»

que desde el principio nos ha cabido; y si bien hasta ahora hemos rebatido al enemigo con mucho vigor y brío por más que nos agobiase, rendidos ya al cabo, vamos á desamparar el puesto si no enviáis otro cuerpo de refresco que nos releve y lo ocupe: y mirad que muy de véras lo decimos.» Recibido este aviso, iba luégo Pausanias brindando á los Griegos que si algun cuerpo, entrando en lugar de los Megarenses, querria de su voluntad cubrir aquel puesto peligroso: y viendo los Atenienses que ninguna de las demas brigadas se ofrecia espontáneamente á arrostrar tal riesgo, ellos se brindaron al reemplazo de los Megarenses, y fueron allá con un cuerpo de 300 guerreros escogidos, á cuyo frente iba por comandante Olimpodoro, hijo de Lampson.

XXH. Este cuerpo, al que se agregó una partida de hallesteros, fué entre todos los Griegos que se hallaban presentes el que quiso, apostado en Eritras, relevar á los Megarenses. Emprendida de nuevo la accion, duró por algun tiempo, terminando al cabo del siguiente modo: Acaeció que peleando sucesivamente por escuadrones la caballería persiana, habiéndose adelantado á los demas el caballo en que montaba Masistio, fué herido en un lado con una saeta. El dolor de la herida hizole empinar y dar con Masistio en el suelo. Corren allá los Atenienses, y apoderados del caballo logran matar al general derribado, por más que procuraba defenderse, y por más que al principio se esforzaban en vano en quitarle la vida. La dificultad provenia de la armadura del general, quien vestido por encima con una túnica de grana, traía debajo una loriga de oro de escamas, de donde nacia que los golpes dados contra ella no surtiesen efecto algunó. Pero notado esto por uno de sus enemigos, metióle por un ojo la punta de la espada, con lo cual, caido luégo Masistio, al punto mismo espiró. En tanto, la caballería, que ni habia visto caer del caballo á su general, ni morir luégo de caido á manos de los Atenienses,

nada sabía de su desgracia, habiendo sido fácil el no reparar en lo que pasaba, por cuanto en aquella refriega iban alternando las acometidas con las retiradas. Pero como salidos ya de la acción viesan que nadie les mandaba lo que debían ejecutar, conociendo luego la pérdida, y echando menos á su general, se animaron mutuamente á embestir todos á una con sus caballos, con ánimo de recobrar al muerto.

XXIII. Al ver los Atenienses que no ya por escuadrones, sino que todos á una venían contra ellos los caballos, empezaron á gritar llamando el ejército en su ayuda: y en tanto que éste acudía ya reunido, encendióse alrededor del cadáver una contienda muy fuerte y porfiada. En el intermedio que la sostenían solos los 300 campeones, llevando notoriamente la peor parte en el choque, veíanse obligados á ir desamparando al general difunto; pero luego que llegó la demás tropa de socorro, no pudieron resistirla los Persas de á caballo, ni menos llevar consigo el cadáver, ántes bien alrededor de éste quedaron algunos más tendidos y muertos. Retirados, pues, de allí, y parados como á dos estadios de distancia, pusieronse los Persas á deliberar sobre el caso, y parecióles ser lo mejor volverse hácia Mardonio, por no tener quien les mandase.

XXIV. Vuelta al campo la caballería sin Masistio y con la nueva de su desgraciada muerte, fué excesivo en Mardonio y en todo el ejército el dolor y sentimiento por aquella pérdida. Los Persas acampados, cercenándose los cabellos en señal de luto y cortando las crines á sus caballos y á las demás bestias de carga, en atención á que el difunto era despues de Mardonio el personaje de mayor autoridad entre los Persas y de mayor estimación ante el soberano, levantaban el más alto y ruidoso plañido, cuyo eco resonaba difundido por toda la Beocia. Tales eran las honras fúnebres que los bárbaros, según su usanza, hacían á Masistio.

XXV. Los Griegos por su parte, viendo que no sólo ha-

bian podido sostener el ímpetu de la caballería, sino que aún habían logrado rechazarla de modo que la obligaron á la retirada, llenos de coraje, cobraron nuevos espíritus para la guerra. Puesto desde luego el cadáver encima de un carro, pensaron en pasarlo por delante de las filas del ejército. La alta estatura del muerto y su gallardo talle, lleno de majestad y digno de ser visto, circunstancias que les movían á aquella demostración, obligaban también á los demás Griegos á que, dejados sus respectivos puestos, concurriesen á ver á Masistio. Después de esta hazaña, pensaron ya en bajar de sus cerros hacia Platea, lugar que así por la mayor abundancia de agua como por otras razones, les pareció mucho más cómodo que el territorio Eritreo para fijar allí sus reales. Resueltos, pues, á pasar hacia la fuente Gargafia, que se halla en aquellas cercanías, y marchando con las armas en las manos por las faldas del Citeron y por delante de Histias, se encaminaron á la comarca de Platea, donde por cuerpos iban atrincherándose cerca de la fuente mencionada y del templo del héroe Androcates, en aquellas colinas poco elevadas y en la llanura vecina.

XXVI. Moviése aquí entre Tegeatas y Atenienses un porfiadísimo altercado, sobre qué puesto debían ocupar en el campo, pretendiendo cada cual de los pueblos que le tocaba de justicia el mando de una de las dos alas del ejército, y produciendo á favor de su derecho varias pruebas en hechos antiguos y recientes. Los de Tegea hablaban así por su parte:—«En todas las expediciones, así antiguas como modernas, que de consuno han hecho los Peloponesios, contando ya desde el tiempo en que por muerte de Euristenes procuraban volver al Peloponeso los Heráclidas, nos han reputado siempre nuestros aliados por acreedores á lograr el puesto que ahora pretendemos, cuya prerogativa merecimos nosotros por cierta hazaña de que vamos á dar razón cuando plantamos en el istmo

nuestras tiendas, saliendo á la defensa del Peloponeso, en compañía de los Aqueos y de los Jonios, que tenian allí todavía su asiento y morada. Porque entónces Hilo, segun es fama comun, propuso en una conferencia á los del Peloponeso que no habia razon para que los dos ejércitos se pusieran á peligro de perderse en una accion general, sino que lo mejor para entrambos era que un solo campeón del ejército peloponesio, cualquiera que escogiesen por el más valiente de todos, entrase con él en batalla cuerpo á cuerpo, bajo ciertas condiciones. Pareció bien la propuesta del retador, y bajo de juramento fué otorgado un pacto y condicion de que si Hilo vencia al campeón y jefe del Peloponeso, volvieran los Heráclidas á apoderarse del Estado de sus mayores; pero que si Hilo fuese vencido, partiesen de allí los Heráclidas con su ejército, sin pretender la vuelta al Peloponeso dentro del término de cien años. Sucedió, pues, que Equemo, hijo de Heropo y nieto de Feges, el cual era á un tiempo nuestro rey y general, habiendo sido muy á su gusto elegido de entre todos los aliados para el pactado duelo, venció en él y quitó la vida á Hilo. Decimos, pues, que en premio de tal proeza y servicio, entre otros privilegios con que nos distinguieron aquellos antiguos Peloponesios, en cuya posesion áun ahora nos mantenemos, nos honraron con la preferencia del mando en una de las dos alas siempre que se saliera á una comun expedicion. No significamos con esto que pretendamos apostárnoslas con vosotros, oh Lacedemonios, á quienes damos de muy buena gana la opcion de escoger el mando de una de las dos alas del ejército: sólo si decimos que de razon y de derecho nos toca el mandar en una de las dos, segun siempre se ha usado. Y áun dejando aparte la mencionada hazafia, somos, sin duda alguna, mucho más acreedores á ocupar el pretendido puesto que esos Atenienses, pues que nosotros con próspero suceso hemos entrado en batalla, muchas veces contra vos-

otros mismos, oh Espartanos, muchas otras contra otros muchos. De donde concluimos que mejor es nuestro derecho á mandar en una de las alas que el de los Atenienses, quienes en su favor no pueden producir hechos iguales á los nuestros ni en lo antiguo ni en lo moderno.»

XXVII. Eso decían los Tegeatas, á quienes respondieron así los Atenienses:—«Nosotros, á la verdad, bien comprendemos que no nos hemos juntado aquí para disputar entre nosotros, sino para pelear contra los bárbaros. Mas ya que esos Tegeatas han querido apelar á las proezas que ellos y nosotros en todo tiempo en servicio de la Grecia llevamos hechas, nos vemos, oh Griegos, obligados ahora á publicar los motivos de pretender que á nosotros pertenece, en fuerza de los servicios prestados á la nación, el derecho antiguo y heredado de nuestros mayores, de ser preferidos siempre á los de Arcadia. Decimos, en primer lugar, que fuimos nosotros los que amparamos á los Heráclidas, á cuyo caudillo ellos se jactan aquí de haber dado la muerte; y les amparamos de modo que, cuando al huir de la servidumbre de los de Micenas se veían arrojados de todas las ciudades griegas, no sólo les dimos acogida en nuestras casas, sino que, venciendo en su compañía en campo de batalla á los Peloponesios, hicimos que dejase Euristenes de perseguirlos. En segundo lugar, habiendo perecido los Argivos que Polinices habia conducido contra Tebas, y quedándose en el campo sin la debida sepultura, nosotros, hecha una expedición contra los Cadmeos, y recogidos aquellos cadáveres, los pasamos á Eleusina, donde les dimos sepultura en nuestro suelo. En tercer lugar, nuestra fué la famosa hazaña contra las Amazonas, las que venidas desde el río Tercdomonte, infestaban nuestros dominios allá en los antiguos tiempos. Por fin, en la empresa y jornada penosa de Troya, no fuimos los que peor nos portamos. Pero bastante y sobrado dijimos sobre lo que nada sirve para el asunto, pues cabe muy bien

que los que fueron en lo antiguo gente esforzada, sean al presente unos cobardes, y los que fueron entónces cobardes sean ahora hombres de valía. Así, que no se hable ya más de hechos vetustos y anticuados: sólo decimos que, aún cuando no pudiéramos alabarnos de otra hazaña (que muchas y muy gloriosas podemos ostentarlas, si es que hacerlo pueda alguna ciudad griega), por sola la que hicimos en Maraton somos acreedores á esta preferencia de honor y á otras muchas más, pues peleando nosotros allí solos sin el socorro de los demas Griegos, y metidos en una acción de sumo empeño contra el Persa, salimos de ella con victoria, derrotando de una vez á 46 naciones (1) unidas contra Atenas. ¿Y habrá quien diga que por solo este hecho de armas no merecimos el presidir á una ala siquiera del ejército? Pero nosotros repetimos que no viene al caso reñir ahora por esas etiquetas de puesto: Lacedemonios, aquí nos teneis á vuestras órdenes; apostadnos donde mejor os parezca; mandad que vayamos á ocupar cualquier sitio que nos destineis, y en él os aseguramos que no faltaremos á nuestro deber.»

XXVIII. Así respondieron, por su parte, los de Atenas, y todo el campo de los Lacedemonios votó á voz en grito que los Atenienses eran más dignos que los Arcades del mando de de una de las alas del ejército, la cual, sin atender á los Tegeatas, se les confió en efecto. El orden que se siguió luego en la colocacion de las brigadas griegas, así las que de nuevo iban llegando, como las que desde el principio habian ya concurrido, fué el siguiente: apostóse en el ala derecha un cuerpo de 10.000 Lacedemonios, de los

(1) En este discurso, verdaderamente ático, al lado de muy buenas sentencias é ideas, se notan algunas más brillantes que exactas, como la presente exageracion de 46 naciones unidas en Maraton, y de las proezas áticas, que no se descuidaron en hacer valer Demóstenes, Isócrates, Lisias y otros oradores de aquel pueblo.

cuales los 5.000 eran Espartanos, á quienes asistian 35.000 ilotas armados á la ligera, siete ilotas por cada Espartano. Habian querido tambien los Espartanos que á su lado se apostaran los de Tegea, quienes componian un regimiento de 1.500 *Oplitas* (infantes de armadura pesada), haciendo con ellos esta distincion en atencion á su mérito y valor. A estos seguia la brigada de los Corintios, en número de 5.000, quienes habian obtenido de Pausanias que á su lado se apostasen los 300 Potideatas que de Palena habian concurrido. Venian despues por su órden 600 Arcades de Orcómeno; luégo 3.000 Sicionios; en seguida 800 Epidaurios, y despues un cuerpo de 1.000 Trecenios. Al lado de éstos estaban 200 Lepreatas, seguidos de 400 soldados, parte Micenos, parte Tirintios; tras estos venian 1.000 Fliasios; luégo 300 de Hermionia, y en seguida 600 más, parte de Eretria y parte de Stira, cuyo lado ocupaban 400 Calcidenses. Inmediatos á ellos, dejábanse ver por su órden consecutivo: los de Ampracia, en número de 500; los Leucadios y Anactorios, que eran 800; los Paleenses de Cefaleniá, no más que 200, y los 500 de Egina. Junto á éstos ocupaban las filas 3.000 Megarenses, á quienes seguian 600 de Platea. Los últimos en este órden, y los primeros en el ala izquierda, eran los Atenienses, que subian á 8.000 hombres, capitaneados por Aristides el hijo de Lisimaco.

XXIX. Los hasta aquí mencionados, sin incluir en este número á los siete ilotas que rodeaban á cada Espartano, subian á 38.700 infantes; tantos y no más eran los *Oplitas* armados de piés á cabeza. Los soldados de tropa ligera componian el número siguiente: en las filas de los Espartanos, siendo siete los armados á la ligera por cada uno de ellos, se contaban 35.000, todos bien apercibidos para el combate. En las filas de los demas, así Lacedemonios como Griegos, contando por cada infante un armado á la ligera, ascendia el número á 34.000. De suerte que el número

total de la tropa ligera dispuesta en el orden de batalla, era de 69.500.

XXX. Así que el grueso del ejército que concurrió á Platea, compuesto de hombres de armas y tropa ligera, constaba de 110.000 combatientes: porque si bien faltaba para esta suma la partida de 1.800 hombres, la suplían con todo los Tespienses, quienes, bien que armados á ligera, concurrían á las filas en número de 1.800. Tal era el ejército que tenía formados sus reales cerca del Asopo.

XXXI. Los bárbaros en el campo de Mardonio, acabado el luto por las exequias de Masistio, informados de que ya los Griegos se hallaban en Platea, fueron acercándose hácia el Asopo, que por allí corre; y llegados á dicho lugar, formábalos Mardonio de este modo: contra los Lacedemonios iba ordenando á los Persas verdaderos, y como el número de éstos era [muy superior al de aquellos, no sólo disponía en sus filas muchos soldados de fondo, sino que las dilataba aún hasta hacer frente á los Tegeatas, pero dispuestas de modo que lo más robusto de ellas correspondiese á los Lacedemonios, y lo más débil á los de Tegea, gobernándose en esto por las sugerencias de los Tebanos. Seguíanse los Medos á los Persas, con lo cual venían á hallarse de frente á los Corintios, á los Potideatas, á los Orcomenios y á los Sicionios. Los Bactrianos, inmediatos á los Medos, caían en sus filas frontereros á las filas de los Epidaurios, de los Treceños, de los Lepreatas, de los Tirintios, de los Micenos y de los de Fliunte. Los Indios, apostados al lado de los Bactrianos, correspondían cara á cara á las tropas de Hermione, de Eretria, de Stira y de Cálcede. Los Sacas, que eran los que despues de los Indios venían, tenían delante de sí á los Ampracianos, á los Anactorios, á los Paleenses y á los Eginetas. En seguida de los Sacas colocó Mardonio, contra los cuerpos de Atenas, de Platea y de Megara, las tropas de los Beocios, de los Locros, de los Melienses, de los Tésalos, y un regimiento también de

4.000 Focenses, de quienes no colocó allí más por cuanto no seguían al Medo todos ellos, siendo algunos del partido griego, los cuales desde el Parnaso, donde se habían hecho fuertes, salían á infestar y robar al ejército de Mardonio y de los Griegos adheridos al Persa. Contra los Atenenses ordenó, por fin, Mardonio á los Macedones y á los habitantes de la Tesalia.

XXXII. Estas fueron las naciones más nombradas, más sobresalientes y de mayor consideración que ordenó en sus filas Mardonio, sin que dejase de haber entre ellas otra tropa mezclada de Frigios, de Tracios, de Misios, de Peones y de otras gentes, entre quienes se contaban algunos Etfopes, y también algunos Egipcios que llamaban los Hermitibies y los Calisiries, armados con su espada, siendo éstos los únicos guerreros y soldados de profesión en el Egipto. A estos, el mismo Mardonio, allá en el Falero, había antes sacado de las naves en que venían por tropa naval, pues los Egipcios no habían seguido á Jerges entre las tropas de tierra en la jornada de Atenas. En suma, los bárbaros, como ya llevo ántes declarado, ascendían á 30 miríadas, ó sean 300.000 combatientes; pero el número de los Griegos aliados de Mardonio nadie hay que lo sepa, por no haberse tenido cuenta en notarlo, bien que por congetura puede colegirse que subirían á 50.000. Esta era la infantería allí ordenada, estando apostada separadamente la caballería.

XXXIII. Ordenados, pues, los dos ejércitos así por naciones como por brigadas, unos y otros al día siguiente iban haciendo sus sacrificios para el buen éxito de la acción. En el campo de los Griegos el sacrificador adivino que seguía á la armada era un tal Tisameno, hijo de Antíoco y de patria Eleo, quien siendo de la familia agorera de los lamidas (1), había logrado naturaleza entre los Lace-

(1) En el original se añade *de los Cliciadas*, pero esta palabra de

demonios. En cierta ocasion, consultando Tisameno al oráculo sobre si tendria ó no sucesion, respondióle la Pythia que saldria superior en cinco contiendas de sumo empeño; mas como él no diese en el blanco de aquel misterio, aplicóse á los ejercicios de la gimnástica, persuadido de que lograria salir vencedor en las justas ó juegos gimnásticos de la Grecia. Y con efecto, hubiera él obtenido en los juegos olímpicos en que había salido á la contienda la palma en el *Pnetazo* ó ejercicio de aquellos cinco juegos, si Hierónimo Andrio, su antagonista, no le hubiera vencido, bien que en uno sólo de ellos, que fué el de la lucha. Sabedores los Lacedemonios del oráculo, y al mismo tiempo persuadidos de que las contiendas en que venceria Tisameno no deberian de ser de fiestas gímnicas sino marciales justas, procuraban atraerlo con dinero para que fuese conductor de sus tropas contra los enemigos en compañía de sus reyes los Heraclidas. Viendo el hábil adivino lo mucho que se interesaban en ganársele por amigo, mucho más se hacia de rogar, protestando que ni con dinero ni con ninguna otra propuesta convendria en lo que de él pretendian, á ménos que no le dieran el derecho de ciudadanía con todos los privilegios de los Espartanos. Desde luego pareció muy mal á los Lacedemonios la pretension del adivino, y se olvidaron de agüeros y de victorias prometidas; pero viéndose al cabo amenazados y atemorizados con la guerra inminente del Persa, volvieron á instarle de nuevo. Entónces, aprovechándose de la ocasion, y viendo Tisameno cambiados á los Lacedemonios y de nuevo muy empeñados en su pretension, no se detuvo ya en las primeras propuestas, añadiéndoles ser preciso que á su her-

bió ser una nota marginal inclusa en el texto, pues siendo tres las familias de Elide insignes por sus adivinaciones, la de los Iamidas, la de los Cliciadas y la de los Teliadas, no pudo ser á un tiempo Tisameno, Iamida y Cliciada, á no decir que las dos familias habían emparentado.

mano Egias se le hiciera Espartano no ménos que á él mismo.

XXXIV. Paréceme que en este empeño queria Tisameno imitar á Melampo, quien ántes se habia atrevido en un lance semejante á pretender en otra ciudad la soberanía, no ya la naturaleza, pues como los Argivos, cuyas mujeres se veian generalmente asaltadas de furor y manía, convidasen con dinero á Melampo para que, viniendo de Pilo á Argos, viese de librarlas de aquel accidente de locura, este astuto médico no pidió menor recompensa que la mitad del reino ó dominio. No convinieron en ello los Argivos; pero viendo al regresar á la ciudad que sus mujeres de dia en dia se les volvian más furiosas, cediendo al cabo á lo que pretendia Melampo, presentáronse á él y le dieron cuanto pedia. Cuando Melampo los vió cambiados, subiendo de punto en sus pretensiones, les dijo que no les daria gusto sino con la condicion de que diesen á Biante, su hermano, la tercera parte del reino; y puestos los Argivos en aquel trance tan estrecho, vinieron en concedérselo todo.

XXXV. De un modo semejante los Espartanos, como necesitaban tanto del agorero Tisameno, le otorgaron todo cuanto les pedia. Empezó, pues, este adivino, Eleo de nacimiento y Espartano por concesion, en compañía de sus Lacedemonios, cinco aventuras y contiendas de gravísima consideracion. Ello es así que estos dos extranjeros fueron los únicos que lograron el beneficio de volverse Espartanos con todos los privilegios y prerogativas de aquella clase. Por lo que mira á las cinco contiendas del oráculo, fueron las siguientes: una, y la primera de todas, fué la batalla de Platea, de que vamos hablando; la segunda la que en Tegea se dió despues contra los Tegeanos y Argivos; la tercera la que en Dipees (1) se trabó con los

(1) Una de las poblaciones que se unieron para formar la ciudad de Megalopolis, al presente pobre aldea llamada Leondari.

Arcades todos, á excepcion de los de Mantinea; la cuarta en el Istmo, cuando se peleó contra los Mesenios; la quinta fué la accion tenida en Tanagra contra los Atenenses y Argivos, que fué la última de aquellas cinco bien reñidas aventuras.

XXXVI. Era, pues, entónces el mismo Tisameno el adivino que en Platea servía á los Griegos conducidos por los Espartanos. Y en efecto, las víctimas sacrificadas eran de buen agüero para los Griegos, en caso de que invadidos se mantuvieran á la defensiva; pero en caso de querer pasar el Asopo y embestir los primeros, eran las señales ominosas.

XXXVII. Otro tanto sucedió á Mardonio en sus sacrificios: éranle propicias sus víctimas mientras que se mantuviese á la defensiva para rebatir al enemigo; mas no le eran favorables si le acometía siendo el primero en venir á las manos, como él deseaba. Es de saber que Mardonio sacrificaba tambien al uso griego, teniendo consigo al adivino Hegestrato, natural de Elea, uno de los Teliadas y el de más fama y reputacion entre todos ellos. A este en cierta ocasion tenian preso y condenado á muerte los Espartanos, por haber recibido de él mil agravios y desacatos insufribles. Puesto en aquel apuro, viéndose en peligro de muerte y de pasar ántes por muchos tormentos, ejecutó una accion que nadie pudiera imaginar; pues hallándose en el cepo con prisiones y argollas de hierro, como por casualidad hubiera logrado adquirir un cuchillo, hizo con él una accion la más animosa y atrevida de cuantas jamás he oido. Tomó primero la medida de su pié para ver cuánta parte de él podría salir por el ojo del cepo, y luégo segun ella se cortó por el empuje la parte anterior del pié. Hecha ya la operacion, agujereando la pared, pues que le guardaban centinelas en la cárcel, se escapó en direccion á Tegea. Iba de noche caminando, y de dia deteníase escondido en los bosques, diligencia con la cual,

á pesar de los Lacedemonios, que esparciendo la alarma habian corrido todos á buscarle, al cabo de tres noches logró hallarse en Tegea; de suerte que admirados ellos del valor y arrojo del hombre de cuyo pié veian la mitad tendida en la cárcel, no pudieron dar con el cojo y fugitivo reo. De este modo, pues, Hegesistrato, escapándose de las manos de los Lacedemonios, se refugió en Tegea, ciudad que á la sazón corria con ellos en buena armonía. Curado allí de la herida y suplida la falta con un pié de madera, se declaró por enemigo jurado y mortal de los Lacedemonios: verdad es que al cabo tuvo mal éxito el odio que por aquel caso les profesaba, pues cogido en Zacinto, donde proseguia vaticinando contra ellos, le dieron allí la muerte.

XXXVIII. Pero este fin desgraciado sucedió á Hegesistrato mucho despues de la jornada y batalla de Platea. Entónces, pues, como decia, asalariado por Mardonio con una paga no pequeña, sacrificaba Hegesistrato con mucho empeño y desvelo, nacido en parte del odio á los Lacedemonios, en parte del amor propio de su interés. En esta sazón, como por un lado ni á los Persas se les declarasen de buen agüero sus sacrificios, ni á los Griegos con ellos acampados fuesen tampoco favorables los suyos (pues tambien éstos tenian aparte su adivino, natural de Leucadia y por nombre Hipómaco), y como por otro lado, concurrendo de cada día al campo más y más Griegos, se engrosase mucho su ejército, un tal Timegénides, hijo de Herpis, de patria Tebano, previno á Mardonio que convenia ocupar con algunos destacamentos los desfiladeros del Citeron, diciéndole, que puesto que venian por ellos diariamente nuevas tropas de Griegos, le sería fácil así interceptar muchos de ellos.

XXXIX. Cuando el Tebano dió á Mardonio este aviso, ocho dias hacia ya que los dos campos se hallaban allí fijos uno enfrente de otro. Pareció el consejo tan oportuno, que aquella misma noche destacó Mardonio su caballería

hacia las quebradas del Citeron por la parte de Platea, á las que dan los Beocios el nombre de los Tres Cabos, y los Atenienses llaman los Cabos de la Encina. No hicieron en vano su viaje, pues topó allí la caballería al salir á la llanura con una recua de 500 bagajes, los cuales venian desde Peloponeso cargados de trigo para el ejército, cogiendo con ella á los arrieros y conductores de las cargas. Dueños ya los Persas de la recua, llevábalo todo á sangre y fuego, sin perdonar ni á las bestias ni á los hombres que las conducian, hasta tanto que cansados ya de matar á todo su placer, cargando con lo que allí quedaba, volviéronse con el botín hacia los reales de Mardonio.

XL. Despues de este lance, pasáronse dos dias más sin que ninguno de los dos ejércitos quisiera ser el primero en presentar la batalla ó en atacar al otro, pues aunque los bárbaros se habian avanzado hasta el Asopo á ver si los Griegos les saldrian al encuentro; con todo, ni bárbaros ni Griegos quisieron pasar el rio: únicamente, sí, la caballería de Mardonio solia acercarse más é incomodar mucho al enemigo. En estas escaramuzas sucedia que los Tebanos, más Medos de corazon que los Medos mismos, provocando con mucho ahinco á los Griegos avanzados, principiaban la riña, y sucediéndoles en ella los Persas y los Medos, éstos eran los que hacian prodigios de valor.

XLI. Nada más se hizo allí en estos diez dias de lo que llevo referido. Llegado el dia undécimo, despues que quietos en sus trincheras, cerca de Platea, estaban mirándose cara á cara los dos ejércitos, en cuyo espacio de tiempo habian ido aumentándose mucho las tropas de los Griegos, al cabo, el general Mardonio, hijo de Gobrias, llevando muy á mal tan larga demora en su campamento, entró en consejo, en compañía de Artabazo, hijo de Farnaces, uno de los sujetos de mayor estima y valimiento para con Jerges, para ver el partido que tomarse debia. Estuvieron en la consulta encontrados los pareceres. El de Artabazo

fué que convenia retirarse de allí cuanto ántes, y trasplantar el campo bajo las murallas de Tebas, donde tenian hechos sus grandes almacenes de trigo para la tropa, y de forraje para las bestias, pues allí quietos y sosegados saldrian al cabo con sus intentos; que ya que tenian á mano mucho oro acuñado y mucho sin acuñar, y abundancia tambien de plata, de vasos y vajilla, importaba ante todo no perdonar á oro ni á plata, enviando desde allí regalos á los Griegos, mayormente á los magistrados y vecinos poderosos en sus respectivas ciudades, pues en breve, comprados ellos á este precio, les venderian por él la libertad (1), sin que fuera menester aventurarlo todo en una batalla. Este mismo era tambien el sentir de los Tebanos, quienes seguian el voto de Artabazo por parecerles hombre más prudente y previsor en su manera de discurrir. Mardonio se mostró en su voto muy fiero y obstinado sin la menor condescendencia, pareciéndole que, por ser su ejército más poderoso y fuerte que el de los Griegos, era menester cerrar cuanto ántes con el enemigo, sin permitir que se le agregase mayor número de tropas de las que ya lo habian hecho; que desechasen en mal hora á Hegesistrato con sus victimas, sin aguardar á que por fuerza se les declarasen de buen agüero, peleando al uso y manera de los Persas.

XLII. Nadie se oponia á Mardonio, que así creia deberse hacer, y su voto venció al de Artabazo, pues él y no éste era á quien el rey habia entregado el baston y mando supremo del ejército. En consecuencia de su resolucion, mandó convocar los oficiales mayores de sus respectivos cuerpos, y juntamente los comandantes de los Griegos y su partido; y reunidos, les preguntó si sabian de algun oráculo tocante á los Persas que les predijera que perece-

(1) Hervia ya entre los Griegos, en medio de tanto calor y esfuerzos por la defensa de la libertad, esa raza de traidores más amigos del oro que de la patria, peste de las repúblicas aun en su mayor auge, contra la que declamaba tanto Demóstenes.)

rian en la Grecia. Los llamados no se atrevían á hablar; los unos, por no saber nada de semejante oráculo; los otros, que algo de él sabían, por no creer que pudiesen hablar impunemente; pero el mismo Mardonio continuó despues explicándose así: — «Ya que vosotros, pues, ó nada sabeis de semejante oráculo, ó no osais decir lo que sabeis, voy á deciroslo yo, que estoy bien informado de lo que en esto hay. Si, repito, hay un oráculo en esta conformidad: que los Persas, venidos á la Grecia, primero saquearán el templo de Delfos, y perecerán despues que lo hubieren saqueado. Prevenidos nosotros con este aviso, ni meteremos los piés en Delfos, ni las manos en aquel templo, ni daremos motivo á nuestra ruina con semejante sacrilegio. No queda más que hacer, sino que todos vosotros, los que sois amigos de la Persia, esteis alegres y seguros de que vamos á vencer á los Griegos.» Así habló Mardonio, y luégo les dió orden que lo dispusiesen todo y lo tuviesen á punto para dar la batalla el dia siguiente al salir el sol.

XLIII. Por lo que mira al oráculo que Mardonio referia á los Persas, no sé, en verdad, que existiera contra los Persas tal oráculo, sino sólo para los Ilirios y para la armada de los Enqueleas. Sé no más que Bacis dijo lo siguiente de la presente batalla: *«La verde ribera del Termodente (1) y del Asopo debe verte, oh griega batalla debe oírte, oh bárdara gritaría, donde la Parca hará trofeo tanto de cadáver cuando inste al flechero Medo su último trance.»* De este formal oráculo de Bacis y de otro semejante de Museo, bien sé que herian directamente á los Persas, pues lo que se dice del Termodente debe entenderse de aquel rio así llamado que corre entre Tanagra y Glisante.

XLIV. Despues de la pregunta de Mardonio acerca de

(1) Nota Plutarco que en su tiempo no se conocia en Beocia tal rio, á no ser que fuese el llamado Hermon.

los oráculos, y de la breve exhortación hecha á sus oficiales, venida ya la noche, dispusieron en el campo los centinelas y cuerpos de guardia. Luégo que siendo la noche más avanzada, y se dejó notar en él algo más de silencio y de quietud, en especial de parte de los hombres entregados al sueño y reposo, aprovechándose de ella Alejandro, hijo de Amintas, rey y general de los Macedones, fué corriendo en su caballo hasta las centinelas avanzadas de los Atenieses, á quienes dijo que tenía que hablar con sus generales. La mayor parte del destacamento avanzado se mantuvo allí en su puesto, y unos pocos de aquellos guardias fuéronse á toda prisa para avisar á sus jefes, diciendo que allí estaba un jinete que, venido del campo de los Medos, tenía que hablarles.

XLV. Los generales, oído apenas esto, siguen á sus guardias hácia el cuerpo avanzado, y llegados allá háblales de esta suerte Alejandro:—«Atenieses míos, á descubrirlos voy un secreto cuya noticia como en depósito os la fio para que la deis únicamente á Pausanias, si no quereis perderme á mí, que por mostrarme buen amigo vuestro os la comunico. Yo no os la diera si no me interesara mucho por la común salud de la Grecia, que yo como Griego de origen en pasados tiempos no quisiera ver á mi antigua patria reducida á la esclavitud. Digoos, pues, que no alcanza Mardonio el medio cómo ni á él ni á su ejército se le declaren propicias las víctimas sacrificadas; que á no ser así, tiempo há estuviera ya dada la batalla. Mas ahora está ya resuelto á dejarse de agüeros y sacrificios, y mañana así que la luz amanezca quiere sin falta principiar el combate. Todo esto sin duda nace en él, segun conjeturo, del miedo y recelo grande que tiene de que vuestras fuerzas no vayan creciendo más con el concurso de nuevas tropas. Estad, pues, vosotros prevenidos para lo que os advierto, y en caso de que no os embista mañana mismo, sino que lo difiera algun tanto, manteneos firmes sin moveros de

aquí; que él no tiene víveres sino para pocos días. Si saliereis de este lance y de esta guerra como deseais, paréceme será razon que conteis con procurarme la independencia y libertad á mí, que con tanto ahinco y tan buena voluntad me expongo ahora á un tan gran peligro solo á fin de informaros de los intentos y resolucion de Mardonio, y de impedir que los bárbaros os cojan desprevenidos. Adios, amigos; amigo soy y Alejandro, rey de Macedonia.» Dijo y dió la vuelta á su campo hácia el puesto destinado.

XLVI. Los generales de Atenas, pasando inmediatamente al ala derecha del campo, dan parte á Pausanias de lo que acababan de saber de boca de Alejandro. Conmovido con la nueva Pausanias, y atemorizado del valor de los Persas propiamente tales, háblales así:—«Puesto que al rayar el alba ha de entrarse en accion, menester es que vosotros, oh Atenienses, os vengais á esta ala para apostaros enfrente de los Persas mismos, y que pasemos los Lacedemonios á la otra contra los Beocios y demas Griegos que allí teniais fronteros. Dígolo por lo siguiente: vosotros, por haberos ántes medido en Maraton con esos Persas, te-neis conocida su manera de pelear. Nosotros hasta aquí no hemos hecho la prueba ni experimentado en campo de batalla á esos hombres, pues ya sabeis que ningun Espartano jamás midió ni quebró lanzas con Medo alguno (1): con los Beocios y Tésalos sí que tenemos trabado conocimiento. Así que será preciso que tomeis las armas y os vengais á esta ala, pues nosotros vamos á pasar á la izquierda.» A

(1) Plutarco tacha á Herodoto de haber querido deprimir el decoro de un general Espartano, suponiendo queria evitar el ataque de los Persas y mintiendo con decir que los Lacedemonios no se habian medido con los Persas con quienes tan valientemente peleó Leonidas; pero no veo por qué la memoria de la batalla de Maraton no haga verosímil el modo de pensar de Pausanias, y por qué no pueda asegurar que los Espartanos no habian peleado con los Persas, pues los de Leonidas quedaron todos muertos en el campo.

lo cual contestaron los Atenienses en estos términos:— «Es verdad que nosotros desde el principio ya, cuando vimos á los Persas apostados enfrente de vosotros, teníamos ánimo de indicaros lo mismo que os adelantais ahora á prevenirnos; pero no osábamos, ignorando si la cosa sería de vuestro agrado. Ahora que vosotros nos lo ofreceis los primeros, sabed que nos dais una agradable nueva, y que pronto vamos á hacer lo que de nosotros quereis.»

XLVII. Ajustado, pues, el asunto con gusto de entrambas partes, no bien apuntó el alba, cuando se empezó el cambio de los puestos. Observáronlo los Beocios, y avisaron al punto á Mardonio. Luégo que éste lo supo empezó asimismo á trasladar sus brigadas trasplantando sus Persas al puesto frontero al de los Lacedemonios. Repara en la novedad Pausanias, y manda que los Espartanos vuelvan de nuevo al ala derecha, viendo que su ardid habia sido descubierto por el enemigo, y Mardonio por su parte hace que vuelvan otra vez los Persas á la siniestra de su campo.

XLVIII. Vueltos ya entrambos á ocupar sus primeros puestos, despacha Mardonio un heraldo á los Espartanos con órden de retarles en estos términos:—«Entre esas gentes pasmadas de vuestro valor, corre la voz que vosotros los Lacedemonios sois la flor de la tropa griega, pues en la guerra no sabeis qué cosa sea huir ni desamparar el puesto, sino que á pié firme escogeis á todo trance ó vencer ó morir. Acabo ahora de ver que no es así verdad, pues ántes que cerremos con vosotros, viniendo á las manos, os vemos huir ya de miedo y dejar vuestro sitio; os vemos ceder á los Atenienses el honor de abrir el combate con nuestras filas para ir á apostaros enfrente de nuestros siervos; lo que en verdad no es cosa que diga bien con gente brava y honrada. Ni es fácil deciros cuán burlados nos hallamos, pues estábamos sin duda muy persuadidos de que, segun la fama que vosotros gozais de valientes y osados, habiais de enviarnos un rey de armas que en par-

ricular desafiara cuerpo á cuerpo á los Persas á que pe-
teásemos solos con los Lacedemonios. Prontos, en efecto,
nos hallamos á admitir el duelo, cuando léjos de veros
de tal talante y brío, os vemos llenos de susto y miedo.
Ya que vosotros, pues, no teneis valor para retornos los
primeros, seremos nosotros los primeros en provocaros
al desafío, como os provocaremos. Siendo vosotros re-
putados entre los Griegos por los hombres más valientes
de la nacion, como por tales nos preciamos nosotros de
ser tenidos entre los bárbaros, ¿por qué no entramos
luégo en igual número en campo de batalla? Entremos,
digo, los primeros en el palenque, y si pretendéis que
los otros cuerpos entren tambien en accion, entren en
hora buena, pero despues de nuestro duelo; mas si no pre-
tendeis tanto, juzgando que nosotros únicamente somos
bastantes para la decision de la victoria, vengamos luégo
á las manos, con pacto y condicion de que se mire como
vencedor aquel ejército cuyos campeones hayan salido
con la victoria en el desafío.»

XLIX. Dicho esto, esperó algun tiempo el heraldo re-
tador; y viendo que nadie se tomaba el trabajo de respon-
derle palabra, vuelto atras dió cuenta de todo á Mardonio.
Sobre manera alegre é insolente éste con una victoria pue-
ril, fria é insustancial, echa al punto su caballería contra
los Griegos. Arremete ella al enemigo, y con la descarga
de sus dardos y saetas perturba é incomoda no poco todas
las filas del ejército griego: lo que no podia ménos de su-
ceder siendo aquellos jinetes unos ballesteros montados.
con quienes de cerca no era fácil venir á las manos. Lo-
graron por fin llegar á la fuente Gargafia, que proveia de
agua á todo el ejército griego, y no solo la enturbiaron,
sino que cegaron sus raudales; porque si bien los únicos
acampados cerca de dicha fuente eran los Lacedemonios,
distanto de ella los demas Griegos á medida de los pue-
tos que por su órden ocupaban, con todo, no pudiendo va-

lense los otros del agua del Asopo, por más que lo tenían allí vecino, á causa de que no se lo permitia la caballería con sus flechas, todo el campo se surtía de aquella aguada.

L. En este estado se encontraban, cuando los jefes griegos, viendo á su gente falta de agua, y al mismo tiempo perturbada con los tiros de la caballería, juntáronse así por lo que acabo de indicar, como tambien por otros motivos, y en gran número se encaminaron hácia el ala derecha para verse con Pausanias. Si bien éste sentia mucho la mala situacion del ejército, mayor pena recibia de ver que iban ya faltándole los viveres, sin que los criados á quienes habia enviado por trigo al Peloponeso pudiesen volver al campo, estando interceptados los pasos por la caballería enemiga.

LI. Acordaron, pues, en la consulta aquellos comandantes que lo mejor sería, en caso de que Mardonio difiriera para otro dia la accion, pasar á una isla distante del Asopo y de la fuente Gargafia donde entónces acampaban, la cual isla viene á caer delante de la ciudad misma de Platea. Esta isla forma en tierra firme aquel rio que al bajar del Citeron hácia la llanura se divide en dos brazos. distantes entre sí cosa de tres estadios, volviendo despues á unirlos en un cauce y en una corriente sola: pretenden los del país que dicha Oeroe, pues así llaman á la isla, sea hija del Asopo. A este lugar resolvieron, pues, los caudillos trasplantar su campo, así con la mira de tener agua en abundancia, como de no verse infestados de la caballería enemiga del modo que se veian cuando la tenian enfrente. Determinaron asimismo que sería preciso partir del campo en la segunda vigilia, para impedir que viéndoles salir la caballería no les picase la retaguardia. Parecióles, por último, que aquella misma noche, llegados apénas al paraje que con su doble corriente encierra y ciñe la Oeroe (1) Asópida bajando

(1) Pausanias la llama Peroe.

del Citeron, destacasen al punto hácia este monte la mitad de la tropa, para recibir y escoltar á los criados que habian ido por víveres y se hallaban cortados en aquellas eminencias sin paso para el ejército.

LII. Tomada esta resolucion, infinito fué lo que dió que padecer y sufrir todo aquel dia la caballería con sus descargas continuadas. Pasó al fin la terrible jornada; cesó el disparo de los de á caballo, fuéseles entrando la noche, y llegó al cabo la hora que se habia aplazado para la retirada. Muchas de las brigadas emprendieron la marcha; pero no con ánimo de ir al lugar que de comun acuerdo se habia destinado, ántes alzado una vez el campo, muy complacidas de ver que se ausentaban de los insultos de la caballería, huyeron hasta la misma ciudad de Platea, no parando hasta verse cerca del Hereo, que situado delante de dicha ciudad dista 20 estadios de la fuente Gargafia.

LIII. Llegados allá los mencionados cuerpos, hicieron alto, plantando sus reales alrededor de aquel mismo templo. Pausanias que les vió moverse y levantar el campo dió orden á sus Lacedemonios de tomar las armas é ir en seguimiento de las tropas que les precedian, persuadidos de que sin falta se encaminaban al lugar ántes concertado. Mostrándose entónces prontos á las órdenes de Pausanias los demas jefes de los regimientos, hubo cierto Amomfareto, hijo de Poliades, que lo era del de Pitánatas, quien se obstinó diciendo que nunca haria tal, no queriendo cubrir gratuitamente de infamia á Esparta con huir del enemigo. Esto decia, y al mismo tiempo se pasmaba mucho de aquella resolucion, como quien no se habia hallado ántes en consejo con los demas oficiales. Mucho era lo que sentian Pausanias y Eurianacte el verse desobedecidos; pero mayor pena les causaba el tener que desamparar el regimiento de Pitana por la manfa y pertinacia de aquel caudillo, recelosos de que dejándolo allí solo, y ejecutando lo que tenian con-

venido con los demas Griegos, iba á perderse Amomfareto con todos los suyos. Estas reflexiones les obligaban á tener parado todo el cuerpo de los Lacones, esforzándose entretanto en persuadir á Amomfareto que aquello era lo que convenia ejecutar, y haciendo todo el esfuerzo posible para mover á aquel oficial, el único de los Lacedemonios y Tegeanos que iba á quedarse abandonado.

LIV. Entretanto, los Atenieses, como conocian bien el humor político de los Lacedemonios, hechos á pensar una cosa y á decir otra, manteníanse firmes en el sitio donde se hallaban apostados. Lo que hicieron, pues, al levantarse los demas del ejército, fué enviar uno de sus jinetes encargado de observar si los Espartanos empezaban á partir, ó si era su ánimo no desamparar el puesto, y tambien con la mira de saber de Pausanias lo que les mandaba ejecutar.

LV. Llega el enviado y halla á los Lacedemonios tranquilos y ordenados en el mismo puesto, y á sus principales jefes metidos en una pendencia muy reñida. Pues como á los principios hubiesen procurado Pausanias y Eurianacte dar á entender con buenas razones á Amomfareto que de ningun modo convenia que se expusiesen los Lacedemonios á tan manifiesto peligro, quedándose solos en el campo, viendo al cabo que no podian persuadirselo, paró la disputa en una porfiada contienda, en que al llegar el mensajero de los Atenieses los halló ya enredados, pues cabalmente entónces habia agarrado Amomfareto un gran guijarro con las dos manos, y dejándole caer á los piés de Pausanias, gritaba que allí tenia aquella chinita con que él votaba no querer huir de los huéspedes, llamando huéspedes á los bárbaros al uso lacónico. Pausanias, tratándole entónces de mentecato y de furioso, volvióse al mensajero de los Atenieses que le pedía sus órdenes, y le mandó dar cuenta á los suyos del enredo en que veia se hallaban sus asuntos, y al mismo tiempo suplicarles de su parte que se

acercasen á él, y que en lo tocante á la partida hicieran lo que á él le vieran hacer.

LVI. Fuése luego el enviado á dar cuenta de todo á los suyos. Vino entretanto la aurora, y halló á los Lacedemonios todavfa riñendo y altercando. Detenido Pausanias hasta aquella hora, pero creído al cabo de que Amomfareto al ver partir á los Lacedemonios no querria quedarse en su campo, lo que en efecto sucedió despues, dió la señal de partir, dirigiendo la marcha de toda su gente por entre los collados vecinos, y siguiéndole los de Tegea. Formados entónces los Atenienses en órden de batalla, emprendieron la marcha en direccion contraria á la que llevaba Pausanias, pues los Lacedemonios, por temor de la caballeria, seguian el camino entre los cerros y por las faldas del Citeron, y los Atenienses marchaban hácia abajo por la misma llanura.

LVII. Amomfareto, que tenía al principio por seguro que jamás se atreveria Pausanias á dejarle solo allí con su regimiento, instaba obstinadamente á los suyos á que, tranquilos todos en el campo, nadie dejase el puesto señalado; mas cuando vió al cabo que Pausanias iba camino adelante con su gente, persuadióse de que su general debía gobernarse con mucha razon en dejarle allí solo, reflexion que le movió á dar órden á su regimiento de que, tomadas las armas, fuera siguiendo á marcha lenta la demas tropa adelantada. Habiendo avanzado ésta cosa de 10 estadios, y esperando á que viniese Amomfareto con su gente, habiase parado en un lugar llamado Argiopio, cerca del rio Moloente, donde hay un templo de Cérés Eleusina: habia hecho alto en aquel sitio con la mira de volverse atras al socorro de Amomfareto, en caso de que no quisiera al fin dejar con su regimiento el campo donde habia sido apostado. Sucedió que al tiempo mismo que iba llegando la tropa de Amomfareto, venía cargádoles ya de cerca con sus tiros toda la caballeria de los bárbaros, la cual, salida

entonces á hacer lo que siempre, viendo ya desocupado el campo donde habian estado los Griegos atrincherados por aquellos dias, siguió adelante, hasta que, dando al cabo con ellos, tornó á molestarles con sus descargas.

LVIII. Al oír Mardonio que de noche los Griegos se habian escapado, y al ver por sus ojos abandonado el campo, llama ante sí á Torax el Lariseo, juntamente con sus dos hermanos, Eurípilo y Trasideo, y venidos les habla en estos términos:—«¿Qué me decis ahora, hijos de Alevas, viendo como veis ese campo desamparado? ¿No ibais diciendo vosotros, moradores de estas vecindades, que los Lacedemonios en campo de batalla nunca vuelven las espaldas, y que son los primeros hombres del mundo en el arte de la guerra? Pues vosotros les visteis poco há empeñados en querer trocar su puesto por el de los Atenieses, y todos ahora vemos cómo esta noche pasada se han escapado huyendo. Hé aquí que con esto acaban de darnos una prueba evidente de que cuando se trata de venir á las manos con tropa como la nuestra, la mejor realmente del universo, nada son aún entre los Griegos, soldados de perspectiva tanto unos como otros. Bien veo ser razon que yo con vosotros disimule y os perdone los elogios que haciais de esa gente, de cuyo valor teniais alguna prueba, no sabiendo por experiencia lo que era el cuerpo de mis Persas. Lo que me causaba mucha admiracion era ver que Artabazo temiese tanto á esos Lacedemonios, que lleno de terror diese un voto de tanto abatimiento y cobardía, como fué el de levantar los reales y retirarnos á Tebas, donde en breve nos hubiéramos visto sitiados. De este voto daré yo cuenta al rey á su tiempo y lugar. Lo que ahora nos importa es el que esos Griegos no se nos escapen á su salvo; es menester seguirles el alcance, hasta que cogidos vengamos en ellos todos los insultos y daños que á los Persas tienen hechos.»

LIX. Acabó Mardonio su discurso, y puesto al frente

de sus Persas, pasa con ellos á toda prisa el Asopo, corriendo en pos de los Griegos como de otros tantos fugitivos. Mas no pudiendo descubrir en su marcha entre aquellas lomas á los Atenenses, que caminaban por la llanura, cae sobre el cuerpo de los Lacedemonios, que estaban allí con los Tegeanos únicamente. Los demas caudillos de los bárbaros, al ver á los Persas correr tras de los Griegos, levantando luego á una voz sus banderas, metiéronse todos á seguirles, quien más podia, sin ir formados en sus respectivos cuerpos, y sin órden ni disciplina, como hombres que con suma algazara y confusion iban de tropel no á pelear con los enemigos, sino á despojar á los Griegos.

LX. Al verse Pausanias tan acosado de la caballería enemiga, por medio de un jinete que despachó á los Atenenses hizo decirles:—«Sabed, amigos Atenenses, que tanto nosotros los Lacedemonios como vosotros los de Atenas, en vísperas de la mayor contienda en que va á decidirse si la Grecia quedará libre ó pasará á ser esclava de los bárbaros, hemos sido vendidos por los demas Griegos nuestros buenos aliados, habiéndosenos escapado esta noche. Nosotros, pues, en el lance crítico en que nos vemos, creemos de nuestro deber el socorrernos mutuamente, cerrando con el bárbaro con todas nuestras fuerzas de poder á poder. Si la caballería enemiga hubiera cargado ántes sobre vosotros, debiéramos de justicia ir en vuestro socorro, acompañados de los de Tegea, que unidos á nuestra gente no han hecho traicion á la Grecia. Ahora, pues, que toda ella ha caído sobre nosotros, razon será que ven-gais á socorrer esta ala, que se ve al presente muy agobiada y oprimida. Y si vosotros os hallais acaso en tal estado que no os sea posible concurrir todos á nuestra defensa, hareisnos siquiera la gracia de enviarnos vuestros ballesteros. A vosotros acudimos, ya que sabemos que estais en esta guerra sumamente prontos á darnos gusto en lo que pedimos.»

LXI. Oída apénas esta embajada, pónense en movimiento los Atenienses para acudir al socorro de sus aliados y protegerlos con todo su esfuerzo. El daño estuvo en que al pasar allá los Atenienses, se dejaron caer de repente sobre ellos los Griegos que seguian el partido del rey, de manera que por lo mucho que los apretaban sus enemigos presentes no fué posible auxiliar á los Lacedemonios sus aliados. De donde resultó que quedaron aislados los Lacedemonios únicamente con los Tegeatas, que nunca les dejaban, siendo aquellos 50.000 combatientes, inclusa en ellos su tropa ligera, éstos solamente en número de 3.000. Mas no se mostraban las victimas faustas y propicias á los Lacedemonios, y en el interin muchos de ellos eran los que caian muertos, y muchos más los que allí quedaban heridos, pues que defendidos los Persas con cierta empalizada hecha con sus escudos, no cesaban de arrojar sobre ellos tal tempestad de saetas, que por una parte viendo Pausanias á los suyos muy maltratados con tanta descarga, y no pudiendo por otra cerrar ellos con el enemigo, por no serles todavía favorables los sacrificios, volvió los ojos y las manos al Hereo de Platea, suplicando á la diosa Juno que no le abandonara en tan apretado trance, ni permitiera se malograsen sus mejores esperanzas.

LXII. Entretanto que invocaba Pausanias el auxilio de la diosa, los primeros de todos en dirigirse contra los bárbaros son los soldados de Tegea, y acabada la súplica de Pausanias, empiezan luégo á ser de buen agüero las victimas de los Lacedemonios. Un momento despues embisten éstos corriendo contra los Persas, que les aguardan á pié firme dejando sus ballestas. Peleábase al principio cerca del parapeto de los escudos atrincherados; pero rota luégo y pisada esta barrera, ármase luégo en las cercanías del templo de Céres el más vivo y porfiado combate del mundo, en que no sólo se llegó al arma corta, sino tambien al ímpetu inmediato y choque de los escudos. Los bárbaros,

con un coraje y valor igual al de los Lacedemonios, agarrando las lanzas del enemigo las rompian con las manos; pero tenian la desventaja de combatir á cuerpo descubierto, de que les faltaba la disciplina, de no tener experiencia de aquella pelea, y de no ser semejantes á sus enemigos en la destreza y manejo de las armas: así que, por más que acometian animosos, ora cada cuál por sí, ora unidos en pelotones de diez y de más hombres, como iban mal armados, quedaban maltrechos y traspasados con las picas, y caian á los piés de los Espartanos.

LXIII. Mas por el lado en que andaba Mardonio montado en un caballo blanco, y rodeado de un cuerpo de mil Persas, tropa la más brillante y escogida de todo su ejército, por allí realmente era por donde con más viveza y brío se cargaba al enemigo. Y en efecto, todo el tiempo en que vivo Mardonio, animaba á los suyos, no sólo hacian rostro los Persas, sino que rebatian de tal modo al enemigo, que daban en tierra con muchos de los Lacedemonios. Pero muerto una vez Mardonio, muerta tambien la gente más brava que á su lado tenia, empezaron los otros Persas luego á volver el pié atrás, á dar las espaldas al enemigo, y ceder el campo á los Lacedemonios. Lo que más incomodaba á los Persas y les obligaba casi á retirarse, era su mismo vestido, sin ninguna armadura defensiva (1), habiendo de combatir á pecho descubierto, con unos Oplitas ó coraceos armados de punta en blanco.

LXIV. Allí fué, pues, donde los Espartanos, conforme á la prediccion del oráculo, vengaron en Mardonio la muerte de su Leonidas; entónces asimismo fué cuando alcanzó la mayor y más gloriosa victoria de cuantas tengo noticia el general Pausanias, hijo de Cleombroto y nieto de Ana-

(1) No con mucha razon acusa Plutarco este pasaje, constando que la veste talar y la falta de escudo paraba de modo á los Persas, que con razon parecian inermes contra hombres armados.

xandrides, de cuyos antepasados, los mismos que los de Leonidas, hice ántes mencion, expresándolos por su mismo nombre. El que en el choque acabó con Mardonio fué el guerrero Aimnesto, varon célebre y de mucho crédito en Esparta, el mismo que algun tiempo despues de la guerra con los Medos, capitaneando á 300 soldados, entró en batalla con todos los Mesenios, á quienes Esparta habia declarado por enemigos, en la cual quedó muerto en el campo con toda su gente cerca de Steniclero.

LXV. Deshechos ya los Persas en Platea y obligados á la fuga por los Lacedemonios, iban escapándose sin órden alguno hácia sus reales, y al fuerte que en la comarca de Tebas habian levantado con sus empalizadas y muros de madera. No acabo de admirar una particularidad extraña: de que habiéndose dado la batalla cerca del bosque sagrado de Céres, no se vió entrar Persa alguno en aquel religioso recinto, ni ménos morir cerca del templo, sino que todos se veian muertos en lugar profano. Estoy por decir, si es que algo se me permite acerca de los secretos juicios de los dioses, que la diosa misma no quiso dar acogida á unos impíos que habian reducido á cenizas aquel su *Anactoro* (1) y templo principal de Eleusina.

LXVI. Tal fué, en suma, el resultado de aquella accion y batalla: respecto de Artabazo, hijo de Farnaces, no habiendo aprobado ya desde el principio la resolucion tomada por el rey de dejar en la Grecia al general Mardonio, y habiendo últimamente disuadido el combate con muchas razones, bien que sin fruto alguno, quiso en este lance tomar aparte por sí sus medidas. Mal satisfecho de la actual conducta de Mardonio, en el momento en que iba á darse la batalla, de cuyo fatal éxito no dudaba, ordenó el trozo de ejército por él mandado (y mandaba una division

(1) Esta voz significa á veces un templo simple; otras particularmente se aplica al de Proserpina y Céres en Eleusina

nada pequeña, de 40.000 soldados), y luego de ordenado, se disponia sin duda con él al combate, habiendo mandado á su gente que todos á una le siguieran adonde viesen que les condujera, con la misma diligencia y presteza que en él observarían. Así que hubo dado estas órdenes, marchó al frente de los suyos, como quien iba á entrar en batalla, y habiéndose adelantado un poco vió que rotos ya los Persas se escapaban huyendo del combate. Y entonces Artabazo, sin conservar por más tiempo el orden en que conducia formada su gente, emprendió la fuga á carrera abierta, no hácia el castillo y fuerte de madera, no hácia los muros de Tebas, sino que en derechura tomó la vereda por la Fócide, queriendo llegar con la mayor brevedad que posible le fuera al Helesponto: así marchaba con los suyos Artabazo.

LXVII. Volviendo á los Griegos del partido del bárbaro, aunque los más sólo peleaban por mera ficcion, los Beocios por bastante tiempo se empeñaron muy de véras en la accion emprendida con los de Atenas, y los Tebanos especialmente, siendo Medos de corazon, tomábanlo muy á pechos, no peleando descuidada y flojamente, sino con tanto brío y ardor, que 300 de los más principales y esforzados quedaron allí muertos por los Atenienses. Pero los demas, rotos al cabo y destrozados, entregáronse á la fuga, no hácia donde huían tanto los Persas como las otras brigadas de su ejército que ni habían tomado parte en la batalla ni hecho en ella accion de importancia, sino en derechura hácia la plaza de Tebas.

LXVIII. Cuando reflexiono en lo acaecido, es cosa para mí evidente que la fuerza toda de los bárbaros dependia únicamente del cuerpo de los Persas, pues advierto que las demas brigadas, áun ántes de cerrar con el enemigo, apénas vieron á los Persas rotos y fugitivos, tambien ellas al momento se entregaron á la fuga. Huían todos á un tiempo, como decia, ménos la caballería enemiga, y en espe-

cial la beocia, pues ésta entretanto servía mucho á los bárbaros, á quienes en la fuga amparaba y cubria, apartando de ellos al enemigo, de quien nunca se alejaba. Vencedores ya los Griegos, iban con brío siguiendo y matando á la gente de Jerges.

LXIX. En medio de esta derrota y terror de los vencidos, llega á las tropas griegas, que atrincheradas cerca del Hereo no se habian hallado en la accion, la feliz nueva de que acababa de darse una batalla decisiva, con una entera victoria obtenida por la gente de Pausanias. Habida esta noticia, salen los cuerpos de su campo, pero todos en tropel y sin orden de batalla. Los Corintios tomaron la marcha por las raíces del Citeron, siguiendo entre los cerros por el camino de arriba, que va derecho al templo de Céres; pero los Megarenses y los de Fliunte echaron por el campo abierto, por donde era más llano el camino. Lo que sucedió fué, que viendo la caballería de los Tebanos cerca ya de los enemigos á entrambos cuerpos de Megarenses y Fliasios, que caminaban aprisa y de tropel, el general de ella, Asopodoro, hijo de Timandro, cargó de repente contra ellos, y dejó en su primer ímpetu tendidos á 600, obligando á todos los demas á refugiarse en el Citeron, acosados del enemigo. De esta suerte acabaron sin gloria, portándose cobardemente.

LXX. Los Persas, con la demas turba del ejército, refugiados ya en el fuerte de madera, se dieron mucha prisa en subirse á las torres y almenas ántes de que llegasen allá los Lacedemonios, y subidos procuraron fortificar y guarnecer lo mejor que pudieron sus trincheras y baluartes. Llegan despues los Lacedemonios, y emprenden con todo empeño el ataque del fuerte; pero hasta que llegaron los Atenienses en su ayuda, los Persas rebatían el asalto, de modo que los Lacedemonios, no acostumbrados á sitios ni toma de plazas, llevaban la peor parte en la accion. Venidos ya los Atenienses, dióse el asalto con mayor empeño

y ardor, y si bien no duró poco tiempo la resistencia del enemigo, por fin ellos con su valor y constancia asaltaron el fuerte, y subidos en él y arruinando las trincheras abrieron paso á los Griegos. Los primeros que por la brecha penetraron en los reales fueron los de Tegea, los que acudieron luégo á saquear el pabellon de Mardonio, de donde entre otros muchos despojos sacaron aquel pesebre todo de bronce que allí tenía para sus caballos, pieza realmente digna de verse. Este pesebre fué posteriormente dedicado por los Tegeanos en el templo de Minerva Alea, si bien todo lo demas que en dicha tienda habia lo reservaron para el botin comun de los Griegos. Abierta una vez la brecha y derribado el fuerte, no volvieron ya á rehacerse ni formarse en escuadron los bárbaros, entre quienes nadie se acordó de vender cara su vida. Aturdidos allí todos y como fuera de sí, viéndose tantos millares de hombres encerrados como en un corral de madera ó en un estrecho matadero, no pensaban en defenderse, y se dejaban matar por los Griegos con tanta impunidad, que de 300.000 hombres, á excepcion de los 40.000 con quienes huia Artabazo, no llegaron á 3.000 los que escaparon con vida. Los muertos en el ejército griego fueron: entre los Lacedemonios 94 Espartanos, 16 entre los Tegeanos y 52 entre los Atenienses (1).

LXXI. Por lo que mira á los bárbaros, los que mejor se portaron aquel día fueron: en la infantería los Persas, los Sacas en la caballería, y Mardonio entre todos los combatientes. Entre los Griegos, por más prodigios de valor que hicieron los Atenienses y los Tegeanos, con todo, se llevaron la merecida palma los Lacedemonios. No tengo de ello ni quiero más prueba, que la que voy á dar: bien

(1) Reprende tambien Plutarco al autor por no nombrar los difuntos de las otras ciudades griegas, y pretende que los Griegos muertos en defensa de la libertad de la patria ascendieran á 1.300.

veo que todos los Griegos mencionados vencieron á los enemigos que delante se les pusieron; pero noto que haciendo frente á los Lacedemonios lo más robusto y florido del ejército enemigo (1), ellos sin embargo lo postraron en el suelo. De todos los Lacedemonios, el que en mi concepto hizo mayores prodigios de valor fué Aristodemo, aquel, digo, que por haber vuelto vivo de Termópilas incurrió en la censura y nota pública de infamia; despues del cual merecieron el segundo lugar en bravura y esfuerzo Posidonio y Filocion y el Espartano Amomfareto. Verdad es que hablando en un corrillo ciertos Espartanos sobre cuál de éstos que acabo de mencionar se había portado mejor en la batalla, fueron de sentir que Aristodemo, arrastrado á la muerte para borrar la infamia de cobarde con que se veía notado; al hacer allí proezas y prodigios de valor, no obró en ello sino como un valenton temerario que ni podia ni queria contenerse en su puesto, miéntras que Posidonio, sin estar refñido con su misma vida, se había portado como un héroe; motivo por el cual debía ser éste tenido por mejor y más valiente guerrero que Aristodemo. Pero mucho temo que el voto del corrillo no iba libre de envidia. Lo cierto es que todos los que mencioné que habían muerto en la batalla fueron honrados públicamente por el Estado, no habiéndolo sido Aristodemo á causa de haber combatido por desesperacion, queriendo borrar la infamia con su misma sangre.

LXXII. Estos fueron los campeones más nombrados de Platea. No encuentro entre ellos á Calicrates, el más valiente y robusto sujeto de cuantos, no digo Lacedemonios, sino tambien Griegos, concurrieron á la jornada de Platea; y la razon de no contarle es por haber muerto fuera del combate, pues al tiempo que Pausanias se disponia con los sacrificios á la pelea, Calicrates sentado sobre sus ar-

(1) Alguna consideracion merece con todo el que las tropas opuestas á los Lacedemonios eran bárbaras y persianas, miéntras que las que resistian á los Atenienses eran Griegas y tebanas. #

mas (1) fué herido en el costado con una saeta. Retirado, pues, de las filas, durante la accion de los Lacedemonios, mostraba con cuánto pesar moria de aquella herida; y hablando con Arimnesto, natural de Platea, decia que no sentia morir por la libertad de la Grecia, que si sentia morir sin haber dado ántes á la Grecia prueba alguna de lo mucho que en tan apretado lance deseaba servirla.

LXXIII. Entre los Atenienses, el más bravo, segun se dice, fué Sófanes, hijo de Eutíquides, natural de Decelea. Mencionaré aquí de paso un suceso que los Atenienses cuentan haber acaecido en cierta ocasion á los Deceleenses, y que les fué de gran provecho, pues como en tiempos muy anteriores hubieran los Tindaridas invadido el Ática con mucha gente, con la pretension de recobrar á Helena, obligaban á los pueblos con esta ocasion á desamparar de miedo sus casas y moradas por no saber ellos de fijo el lugar donde habia sido depositada. Viendo, pues, entónces los Deceleenses, ó como dicen otros, el mismo Deceleo, lo acaecido, irritados contra Teseo, autor de aquel inicuo-rapto, y compadecidos del daño que resultaba á todo el país de los Atenienses, dieron cuenta á los Tindaridas de todo el suceso, conduciéndolos hasta Afidnas, lugar que les entregó cierto natural de aquella aldea llamado Titaco. En premio y recompensa de este servicio, concedióse entónces á los naturales de Decelea, y al presente aún se les conserva, la inmunidad de tributo en Esparta y la presidencia en el asiento; de manera, que en la guerra sucedida muchos años despues entre los de Atenas y los del Peloponeso, á pesar de que los Lacedemonios talaban toda el Ática, nunca tocaron á Decelea (2).

(1) Alude en esto al uso militar de los antiguos, quienes formados en sus filas solian sentarse poniendo sus escudos delante y cubriéndose con ellos.

(2) Parece que esto sucedió al principio de la guerra del Peloponeso, ántes que los Lacedemonios fortificasen á Decelea.

LXXIV. De este Sófanés, natural del referido pueblo de Decelea, el más sobresaliente en la batalla entre los Atenienses, se cuenta, bien que de dos maneras, una singular particularidad. Dicen de él los unos, que con una cadena de bronce llevaba una áncora de hierro pendiente de su tahalí puesto sobre el peto, la cual solía echar al suelo al tiempo de ir á cerrar con su contrario, para que afianzado con ella, no pudieran moverle ni sacarle de su puesto los enemigos, por más que le apretaran de recio, pero que una vez desordenados y rotos sus adversarios, volviendo á levantar y recobrar su ancla, les seguía los alcances. Cuéntanlo otros de un modo diferente, diciendo que llevaba sí una áncora, pero no de hierro, ni colgada de su peto con una cadena de bronce, sino remedada en el escudo, como una insignia, y que nunca cesaba de voltear y revolver el escudo (1).

LXXV. Del mismo Sófanés se refiere otro hecho famoso: que en el sitio puesto por los Atenienses á Egina mató en un desafío al Argivo Euríbatés, atleta célebre, que había sido declarado vencedor en el *Pentatlo*, ó en los cinco juegos olímpicos. Pero algún tiempo despues, hallándose nuestro Sófanés como general entre los Atenienses en compañía de Leargo, hijo de Glaucon, tuvo la desgracia de morir en Dato á manos de los Edonos, habiéndose portado como buen militar en la guerra que á estos pueblos se hacía por razon de las minas de oro que poseían.

LXXVI. Rotos ya y postrados los bárbaros en Platea, se pasó y presentó á los Griegos una célebre desertora. Era la concubina de un Persa principal llamado Ferandates, hijo de Teaspis, la que viendo vencidos á los Persas y victoriosos á los Griegos, ataviada así ella como sus don-

(1) Esta segunda narracion parece más verosímil, dando lugar al genio poético y creador de los Griegos para fingir la áncora de hierro con cadena de bronce.

cellas con muchos adornos de oro, y vestida de la más bella gala que allí tenía, bajó de su *Armamasa*, y se dirigió á los Lacedemonios, todavía ocupados en el degüello de los bárbaros. Al llegar á los Griegos, viendo á uno de ellos que entendía en todo y daba órdenes para lo que se hacía, conoció luégo que aquel sería Pausanias, de cuyo nombre y patria por haberlo oido muchas veces venía bien instruida. Echóse luégo á sus piés, y teniéndole cogido de las rodillas, hablóle en estos términos:—«Señor y rey de Esparta, tened la bondad de sacar por los dioses á esta infeliz suplicante del cautiverio y esclavitud en que me veo, gracia con que acabareis de coronar en mí ese otro grande beneficio de que me confieso ya deudora á vuestro imperio, viendo que habeis acabado con unos impíos que ni respetan á los dioses ni temen á los héroes. Yo, señor, soy una mujer natural de Coa, hija de Hegetórides y nieta de Antágoras; por fuerza me sacó de casa un Persa, y por fuerza me ha retenido por su concubina.—Concedáda tientes, mujer, la gracia que me pides, respondióle Pausanias, especialmente siendo verdad, como tú dices, que eres hija del Coa Hegetórides, uno de mis huéspedes, y el que yo más estimo de cuantos tengo por aquellos paises.» Nada más le dijo por entónces, encargándola al cuidado de los Eforos que allí estaban; pero la envió despues á Egina, donde ella misma dijo que gustaria ir.

LXXVII. No bien se separó de aquel lugar la desertora, cuando las tropas de Matinea, concluida ya la accion, se presentaron en el campo; y en prueba de lo mucho que sentian su negligencia, confesábanse ellos mismos merecedores de un buen castigo, que no dejarían de imponerse. Informados, pues, de que los Medos á quienes capitaneaba Artabazo se habian librado entregándose á la fuga, á pesar de los Lacedemonios, que no convenian en que se les diese caza, fueron con todo persiguiéndoles hasta la Tesalia; y vueltos á su patria los mismos Mantineos, echaron

de ella á sus caudillos, condenándolos al destierro. Después de ellos, llegaron al mismo campo los soldados de Elea, quienes, muy apesadumbrados por su descuido, enviaron asimismo desterrados á sus comandantes, una vez regresados de la expedición á su patria: y esto es cuanto sucedió con los de Mantinea y con los Eleos.

LXXVIII. Había en Platea entre los soldados de Egina un tal Lampon, hijo de Pites, uno de los principales de su ciudad; el cual, concebido un designio singularmente impío, se dirigió á Pausanias, y llegando á su presencia como para tratar un muy grave negocio, hablóle así:—«Alégrome mucho de que vos, oh hijo de Cleombroto, hayais llevado á cabo la más excelente hazaña del orbe, así por lo grande, como por lo glorioso de ella. Gracias á los dioses que habiéndoos escogido por libertador de la Grecia, han querido que fuerais el general más ilustre de cuantos hasta aquí se vieron. Me tomaré con todo la licencia de preveniros que falta algo todavía á vuestra empresa. Haciendo lo que os propondré, elevareis al más alto punto vuestra gloria, y servireis tanto á la Grecia, que con ello lograreis que en el porvenir no se atreva á ella bárbaro alguno con semejante insolencia y desvergüenza. Bien sabéis cómo allá en Termópilas, ese Mardonio y aquel otro Jerges pusieron en un palo á Leonidas, cortando la cabeza á su cadáver. Si vos ahora volviereis, pues, el pago al difunto Mardonio, lograreis sin duda que todos vuestros Espartanos y aún los demas Griegos todos os colmen de los mayores elogios; pues empalado por vos Mardonio, quedará bien vengado vuestro tío Leonidas.» De esta suerte pensaba Lampon con lo que decía lisonjear y dar gusto á Pausanias; pero éste le respondió en la siguiente forma:

LXXIX. «Mucho estimo, caro Egineta, tu buena voluntad y ese cuidado que te tomas de mis asuntos, si bien debo decirte que tu consejo no es el más cuerdo ni atinado. Por la acción que acabo de cumplir, á mí y á mi

patria nos ensalzas hasta las nubes, y con tu aviso nos abates tú mismo á la mayor ruindad, queriendo nos ensangrentemos contra los muertos, pretextando que así lo-graria yo mayor aplauso entre los Griegos con una deter-minacion que más conviene con la ferocidad de los bárbaros que con la humanidad de los propios Griegos, que abominarian en ellos semejantes desafueros. Yo te protesto que á tal precio ni quiero los aplausos de tus Egi-netas ni de los que como tú y como ellos piensan, contento y satisfecho con agradar á mis Espartanos, haciendo lo que la razon me dicta y hablando en todo segun ella me sugiere. Por lo que á Leonidas mira, te parece, hombre, que así él como los que con él murieron gloriosamente en Termópilas, están ya poco vengados y satisfechos con tanta victima como acabo yo de sacrificarles en esta man-tanza de tales y tan numerosos enemigos? Ahora te ad-vierto que tú con semejantes avisos y sugeriones ni jamás te acerques á mí, ni me hables palabra en todos los dias de tu vida; y puedes al presente dar gracias al cielo de que este tu aviso no te cueste bien caro.» Dijo, y el Egi-neta que tal oyó no veia la hora de alejarse de Pausanias.

LXXX. Mandó Pausanias pregonar en el campo que na-die tomase nada del rico botin, dando orden á sus ilotas de que fueran recogiendo en un lugar toda la presa. Dis-tribuidos ellos por los reales del Persa, hallaban las tien-das ricamente adornadas con oro y con plata, y en las tiendas sus camas, las unas doradas y plateadas las otras; hallaban las tazas, las botellas, los vasos, todo ello de oro; hallaban asimismo en los carros unos sacos en que se veian vasijas de oro y de plata. Iban los mismos ilotas despojando á los muertos allí tendidos, quitándoles los brazaletes, los collares y los alfanges, piezas todas de oro, sin hacer caso alguno de los vestidos de varios colores; y valiéndose entretanto de la ocasion, si bien presentaban todo lo que no les era posible ocultar, ocultaban sin em-

bargo cuanto podian, vendiéndolo furtivamente á los Egínetas, para quienes esta fué la fuente de sus grandes riquezas, logrando comprar de los ilotas el oro mismo á peso de bronce.

LXXXI. Recogido en un monton todo el inmenso botin, desde luégo sacaron aparte la décima, consagrándola á los dioses. De una parte de ella, ofrecida al dios de Delfos, hicieron aquella trípode de oro montada sobre un dragon de bronce de tres cabezas, que está allí cerca del ara; de otra parte, dedicada al dios de Olimpia, levantaron á Júpiter un coloso de bronce, de diez codos de altura; de otra tercera parte, reservada al dios del Istmo, se hizo un Neptuno de bronce, de siete codos. Lo restante de la presa, despues de sacada dicha décima, se repartió entre los combatientes, segun el mérito y dignidad de las personas, entrando en tal repartimiento las concubinas de los Persas, el oro, la plata, las alhajas, los muebles y los bagajes. Por más que no hallo quien exprese con qué premio extraordinario se galardonó á los campeones que más se señalaron en Platea, persuádome con todo de que se les daría su parte privilegiada. Lo cierto es, que para el general Pausanias se escogieron y se le dieron aparte diez porciones de cada ramo del despojo, así en las esclavas como en los caballos, en los talentos de moneda, en los camellos, y del mismo modo en todos los demas géneros del botin.

LXXXII. Entóaces corre la fama de que pasó un caso notable: dícese que al huir Jerges de la Grecia habia dejado su propia recámara para el servicio de Mardonio. Viendo Pausanias aquel magnífico aparato, aquella tan rica repostería de vajilla de oro y plata, aquel pabellon adornado con tantos tapices y colgaduras de diferentes colores, dió orden á los panaderos, reposteros y cocineros persas de prepararle una cena al modo que solian prepararla para Mardonio. Habiendo ellos hecho lo que se les

mandaba, dicen que pasmado entónces Pausanias de ver allí aquellos lechos de oro y plata de tal suerte cubiertos, aquellas mesas de oro y plata asimismo, aquella vajilla y aparato de la cena tan espléndido y brillante, mandó á sus criados que le dispusiesen una cena á la Lacónica, para hacer mofa y escarnio de la prodigalidad persiana. Y como la diferencia de cena á cena fuese infinita, Pausanias con la risa en los labios iba mostrando á los generales griegos llamados al espectáculo una y otra mesa, hablándoles así al mismo tiempo:—«Llamaros he querido, ilustres griegos, para que vieseis por vuestros ojos la locura de ese general de los Medos, que hecho á vivir con esa profusion y lujo, ha querido venir á despojar á los Lacones, que tan parca y miserablemente nos tratamos.» Así se dice que habló Pausanias á los jefes griegos.

LXXXIII. No obstante de haberse recogido entónces tan grandioso botín, algunos de los de Platea hallaron despues en dichos reales bolsas y talegos llenos de oro y plata y de otros objetos preciosos. Cuando aquellos cadáveres estuvieron ya secos y descarnados, al tiempo que los Plateenses acarreaban sus huesos á un mismo sitio, observóse una cosa bien extraña, cual fué, ver una calavera toda sólida, de un solo hueso y sin costura alguna: ni lo fué ménos una quijada allí aparecida, la que en la parte de arriba y la de abajo, aunque presentaba como distintos los dientes y la muelas, eran todos, no obstante, de un solo hueso. Tambien apareció allí un esqueleto de cinco codos.

LXXXIV. El dia inmediato despues de la batalla es cierto que desapareció el cadáver de Mardonio; pero no puedo señalar individualmente quién lo hizo desaparecer de allí. De varios sujetos, y áun de sujetos de varias naciones, oigo decir que le dieron sepultura, y bien sé que fueron diferentes los que recibieron muchos regalos de Artontes, hijo de Mardonio, por haber enterrado á su padre. Pero repito que no he podido con certeza averiguar

quién fué puntualmente el que retiró y sepultó aquel cadáver; bien que se dice mucho que ese tal fué Dionisofanes, natural de Efeso. De este modo fué enterrado Maronio.

LXXXV. Repartida ya la presa cogida en Platea, acudieron los Griegos á dar sepultura á los muertos, cada pueblo de por sí á sus compatriotas. Los Lacedemonios, abiertas tres tumbas, enterraron en una á los sacerdotes (1) separados de los que no lo habian sido, y en el número de ellos entraron los sacerdotes Posidonio, Filocion, Amomfareto y Calicrates; en la otra sepultaron á todos los demas Espartanos; y en la tercera á los ilotas, siendo este mismo el orden de sus sepulturas. Los de Tegea juntaron en un sepulcro á todos sus muertos; los de Atenas en otro aparte cubrieron asimismo á los suyos; y los de Egina y Flunte tomaron igual providencia con sus difuntos, que la caballería beocia habia degollado. Así que los sepulcros de dichas ciudades eran en realidad sepulcros llenos de cadáveres, al paso que todos los demas monumentos que en Platea al presente se dejan ver, no son más que unos túmulos vacíos, que erigieron allí, segun oigo decir, las otras ciudades griegas, corriéndose de que se dijera no haberse hallado sus respectivas tropas en aquella batalla. Cierta tumba se muestra allí sin duda que llaman el de los Eginetas, del cual oí contar que diez años despues de la accion, á instancia de los de Egina, fué levantado por un agente suyo llamado Gleades, hijo de Autodico y natural de Platea.

LXXXVI. Dada á los muertos sepultura, tomaron los Griegos en Platea, de comun acuerdo, la resolucion de llevar las armas contra Tebas para pedir á los Tebanos les entregasen los partidarios de los Medos, mayormente los

(1) Se cree que estas palabras *ireas*, ó sacerdotes, debe corregirse *irenas*, ú oficiales lacedemonios, ó bien *ippeas*, caballeros.

caudillos principales de la faccion, que eran Limegenides y Attagino; y en caso de que se negasen ellos á la entrega, de no marcharse de allí sin haber tomado dicha plaza á viva fuerza. Once dias despues de la famosa batalla, presentándose los Griegos delante de Tebas, la pusieron sitio y pidieron se les entregasen dichos hombres. Pero viendo que no accedian á ello los Tebanos, empezaron á devastarles el país, y apretando más el sitio, asaltaban la plaza con más empeño.

LXXXVII. Desde entónces no cesaban los sitiadores de pasarlo todo á sangre y fuego; de lo cual, movido Limegenides, hizo á sus Tebanos este discurso:—«En vista de que esos Griegos que ahí nos cercan, caros compatriotas, se muestran empeñados en continuar el asedio hasta que tomen por fuerza la ciudad, ó que vosotros de grado nos entregueis y pongais en sus manos; sabed, que respecto á nosotros, accedemos á librar de tanto daño á la Beocia, é impedir que su territorio sufra más tiempo tantas hostilidades. No más resistencia, paisanos; si ellos para sacar alguna contribucion se valen del pretexto de pedir nuestras personas, démosles la suma que pidan tomándola del erario comun, puesto que no fuimos nosotros en particular, sino el comun de Tebas quien siguió á los Medos. Pero si nos sitian queriendo en realidad apoderarse de nuestras personas, gustosos convenimos nosotros en presentarnos á los Griegos para debatir con ellos nuestra causa.» Pareció á los Tebanos que decia muy bien Limegenides y que hablaba muy al caso, y luégo despacharon á Pausanias un heraldo, para participarle que ellos convenian en entregar los sujetos que les pedia.

LXXXVIII. Ajustado así el negocio por entrambas partes, huyó Attagino secretamente de la ciudad, y sus hijos fueron entregados á Pausanias, quien los puso en libertad, diciendo que aquellos niños ninguna culpa habian tenido en el medismo y parcialidad de su padre. Los otros presos

entregados por los Tebanos estaban en la persuasión de que lograrían se tratara su causa en consejo de guerra, y que podrían en el juicio de los Griegos comprar á fuerza de dinero su absolucion y redimir el castigo. Pausanias, que penetraba sus intentos y sospechaba de los Griegos que se dejarían sobornar, licenció desde luégo las tropas aliadas, y llevando consigo á Corinto los Tebanos prisioneros, los mandó allí ajusticiar.

LXXXIX. Lo que hasta aquí llevo dicho, es lo que hubo en Platea y en Tebas. Volviendo ahora á Artabazo, hijo de Farnaces, al llegar á los Tesalos huyendo á largas jornadas, recibiéndole éstos con demostraciones y obras de amigo y huésped, preguntábanle acerca de lo restante del ejército, ajenos totalmente de lo que en Platea había sucedido. Artabazo, viendo claramente que si decia la verdad sobre lo ocurrido en la batalla corría manifiesto peligro de perecer allí mismo con toda su division, pues sabida la desgracia y ruina del ejército, claro estaba que todos se levantarían contra él; Artabazo, pues, con esta consideracion, no habia ya dado ántes noticia del caso á los Focenses, y entónces habló á los Tesalos de esta suerte:— «Lo que tan sólo puedo comunicaros, oh ciudadanos, es que paso ahora con esta tropa hácia la Tracia, comisionado para un negocio importante, y por lo urgente de él, marche con la mayor diligencia y prisa que cabe. El mismo Mardonio, con todo su ejército, siguiendo mis pisadas, está en víspera ya de llegar á vuestros dominios: bien podeis prepararle el alojamiento, esmerándoos para con él en todos los obsequios de la hospitalidad, bien seguros de que en el porvenir no tendreis que arrepentiros de vuestros leales servicios.» Despues de hablarles así, continuó con la mayor celeridad sus marchas forzadas por la Tesalia y por la Macedonia, encaminándose directamente hácia la Tracia; y como quien llevaba realmente muchísima prisa, tomó el camino recto atravesando por en medio

la region. Llegó al cabo á Bizancio, perdida mucha gente, así á manos de los Tracios, quienes al paso iban destrozándola, como al rigor del hambre y la miseria.

XC. El dia mismo en que con derrota completa de los Persas se peleó en Platea, acaeció á los mismos otro destrozo en Micale, lugar de la Jonia: porque como los Griegos, que iban en la armada naval al mando del Lacedemonio Leotiquides, estuvieran de fijo apostados en Delos, vinieron á ellos desde Samos unos embajadores enviados por los de aquella isla, pero á hurto así de los Persas como del señor de ella, Teomestor, hijo de Andromanto, á quien éstos habian dado el señorío de Samos. Los enviados, que eran Lampon, hijo de Trasicles, Atenagoras, de Arquestrátides, y Hegesistrato, de Aristagoras, se presentaron á la junta de los comandantes griegos, á quienes en nombre de todos hizo Hegesistrato un largo y muy limado razonamiento en esta sustancia: —Que los Jonios sólo con acercárseles allí los Griegos se sublevarian contra los Persas, sin que los bárbaros se atrevieran á hacerles frente, y tanto mejor si lo intentaban, pues con esto les pondrian por sí mismos en las manos una presa tan grande, que no sería fácil hallar otra igual. Despues de estas razones, acudiendo á las súplicas, rogábales que por los dioses comunes quisieran los Griegos librarles de la esclavitud á ellos, tambien Griegos, lo cual les sería facilísimo de lograr, porque las naves de los bárbaros, de suyo muy pesadas, no eran capaces de sostener el combate. Concluian, por fin, que si temian engaño ó mala fe en quererles conducir contra el enemigo, prontos estaban allí en acompañarles como rehenes en sus naves.

XCI. Estando en el mayor calor de la súplica el enviado samio, le salió Leotiquides con una pregunta no esperada, y le interrumpió la arenga, ora fuese para procurarse un buen agüero con la respuesta, ora porque así lo ordenase el cielo sin pretenderlo Leotiquides. —«Hombre, le pregun-

ta, ¿cómo te llamas y cuál es tu gracia, amigo Samio?—Llá-mome, respondió él, Hegesistrato.—Y yo, replicó luego el Lacedemonio, admito ese buen agüero, con que el cielo me convidó, oh caro Samio, en ese tu nombre de *conductor del ejército*. Obligate tú desde luego á navegar con nosotros y á estipular juntamente con tus compañeros, bajo la fe del juramento, que los Samios están prontos á ser nuestros aliados.»

XCH. Concluir estas palabras Leotíquides y empezar aquella empresa, todo fué uno: porque los embajadores samios, interponiendo al instante la solemnidad del juramento, aseguraron que los de Samos entraban en la liga con los Griegos, y Leotíquides por su parte se dispuso á la expedición sin pérdida de tiempo, mandando á los demás enviados que diesen la vuelta á su patria, y que se quedase en la armada Hegesistrato, cuyo nombre le habia parecido de feliz agüero. Así que los Griegos, no detenidos allí más que aquel día, al siguiente se hicieron á la vela, viendo que los sacrificios salían en extremo favorables á su buen arúspice y adivino Deifono, hijo de Evenio y natural de Apolonia (1), la que está en el seno Jonio.

XCHH. Aconteció á dicho Evenio una rara aventura que voy á referir. En la ciudad de Apolonia hay rebaños consagrados al sol, los cuales de día van paciendo á las orillas de un rio (2) que, bajando del monte Laemon, corre por la comarca de Apolonia y desagua en el mar cerca del puerto Orico: en cuanto á la noche, escógense ciertos hombres, y éstos los más distinguidos de los vecinos por sus haberes y nobleza, para que un año cada uno, guarden aquel ganado, en lo cual se esmeran particularmente por lo mucho que, conforme á cierto oráculo, cuentan con los

(1) Apolonia, ahora Piergo en Albania.

(2) El rio, según unos, se llamaba Avo, ahora Polina; según otros, Piergo. Orico es Oreó al presente.

mencionados rebaños del sol, cuyo aprisco viene á ser una cueva apartada y distante de la ciudad. Sucedió, pues, que Evenio, encargado por su turno de la guarda de aquel ganado, como en tiempo de la vela se quedase dormido, acometiendo unos lobos al ható divino, le mataron unas 60 cabezas. Echólo de ver Evenio; pero selló los labios sin decir palabra á nadie, con ánimo de comprar y reponer otras tantas cabezas de ganado. El daño estuvo en que no pudo ocultarse la cosa de manera que no llegase á oídos de los de Apolonia, quienes llamándole á juicio le condenaron á perder los ojos, por haberse dormido durante su guardia en vez de velar. Apénas le sacaron los ojos, cuando vieron que ni sus ganados les daban nuevas crias, ni las tierras les rendian los mismos frutos que ántes; desastres predichos contra ellos en Dodona y en Delfos. En esta calamidad, quisieron saber de aquellos profetas cuál era la culpa que causaba la presente desventura, y se les respondió de parte de los dioses, que por haber privado inicua-mente de la vista al guardian del sacro rebaño, Evenio; pues los dioses mismos habian sido quienes echaron contra él aquellos lobos; y que tuvieran bien entendido que no alzarían la mano del castigo vengando á Evenio, si primero no le daban la satisfaccion que él mismo quisiera aceptar por la injusticia que con él se habia ejecutado; que practicada por los Apolonios esta diligencia, iban los dioses á hacer una merced tal y tan grande á Evenio, que por ella muchos serian los hombres que le tuvieran por feliz.

XCIV. Los de Apolonia, en vista de los oráculos, que guardaban muy secretamente, encargaron á ciertos vecinos el negocio de la recompensa debida á Evenio, y los comisionados se valieron del siguiente medio. Estando Evenio sentado en su silla, van á visitarle aquellos hombres; siéntanse á su lado, comienzan á discurrir sobre otros asuntos, y poco á poco hacen recaer la conversacion sobre la compasion que aquella su desgracia les causaba. Con

este artificio continúan su discurso, y le preguntan qué recompensa aceptaría de los Apolonios en caso de que quisieran éstos satisfacerle la injuria. Evenio, que nada había penetrado tocante á la respuesta de los oráculos, respondió: que si le dieran en primer lugar las tierras de unos vecinos, nombrándoles por su propio nombre, que poseían las dos mejores heredades que había en Apolonia, y á más de ellas le hiciesen dueño de una casa que sabía ser la más hermosa de la ciudad, con esto se daría por satisfecho de la injuria recibida, y depondría totalmente el odio é ira contra los autores de su desventura. Habiéndose explicado así Evenio, tomándole la palabra aquellos interlocutores:—«Ahora bien, Evenio, le replicaron, esa misma satisfacción que pides es la que conviene en darte los Apolonios por haberte sacado los ojos, conforme se lo ordena el oráculo.» Evenio, informado despues por ellos de todo lo sucedido, llevaba muy á despecho la trampa legal con que se le había sorprendido; mas sus paisanos, comprando de sus dueños dichas heredades, le dieron la satisfacción con que ántes mostró que estaría contento y satisfecho. Y para mayor dicha, desde aquel punto sintióse penetrado Evenio con el don de profecía, por el cual llegó á ser muy celebrado.

XCV. Volviendo, pues, á nuestro propósito, hijo del mencionado Evenio fué Deifono, el que, conducido por los Corintios, era adivino en la armada. Acuérdomé de haber oído decir á alguno, que habiéndose alzado Deifono con el nombre de hijo de Evenio, de quien no lo era en realidad, se alquiló para vaticinar contra la Grecia (1).

XCVI. Por lo que mira á los Griegos de Delos, al ver que les eran favorables los sacrificios, alzando el ancla se

(1) Si se leyera, con una pequeña variación del original, *yendo por la Grecia*, sería más coherente este pasaje, sin acudir á otra expedición de este adivino contra su patria.

hicieron á la vela para Samos; y llegados á vista de Calamina, lugar de dicha villa, dieron allí fondo cerca del Hereo y se disponian á una batalla naval. Mas los Persas, al saber que llegaban los Griegos, salieron para el continente con el resto de la armada que les quedaba, dando al mismo tiempo permiso á la escuadra fenicia para restituirse á su patria. Nacia esto de que en sus asambleas habian resuelto dos cosas: una el no entrar en combate con las naves griegas, por parecerles que no eran proporcionadas sus fuerzas navales; la otra el refugiarse al continente con la mira de estar allí cubiertos y sostenidos por el ejército de tierra, que se hallaba en Micale; porque es de saber que por orden de Jerges habian sido dejados allí 60.000 hombres, que sirvieran de guarnicion en la Jonia, bajo el mando del general Tigranes, el más sobresaliente de todos los Persas en el talle y gallardía de su persona. Hácia dicho ejército, pues, habian determinado retirarse los jefes de la armada naval, sacadas á tierra sus naves, defendidas allí con buenas trincheras, que les sirvieran á ellas de baluarte y á ellos de refugio y retirada contra el enemigo.

XCVII. Hechos, pues, á la vela con esta resolucion, llegaron los Persas cerca del templo de las Potnias (1), entre Geson y Scolopoente, lugares de Micale, en cuyas vecindades erigió aquel templo, en honor de Céres Eleusina, Filistio, hijo de Pasicles, cuando pasó á la fundacion de Mileto en compañía de Niles, hijo de Codro. Habiendo, pues, aportado á este sitio, sacaron á tierra sus naves y las encerraron dentro de un vallado que formaron con piedra y fagina, y con los troncos de los árboles frutales cortados en aquellas cercanías, alzando á más de esto alrededor de la valla una fuerte estacada. Tales eran los pertrechos con que se disponian, así para resistir sitiados, como

(1) Este nombre, que equivale al de veneradas, se daba á las liosas Céres y Proserpina.

para vencer salidos de sus trincheras, pues así pensaban poder pelear con distintas posiciones.

XCVIII. Al saber los Griegos que los bárbaros habían pasado el continente, fué mucha la pena que sintieron de que se les hubiesen escapado, ni acababan de resolver consigo si volverían atrás ó se adelantarian hasta el Helesponto; pero al fin parcióles bien no hacer uno ni otro, sino darse á la vela para el continente. Con esto, prevenidos de escalas y de los demas pertrechos para una batalla naval, salen para Micale. Cuando estuvieron cerca ya del campamento de las naves enemigas, viendo que nadie las botaba al agua para salirles al encuentro, y ántes bien todas se quedaban encerradas dentro del vallado, observando al mismo tiempo que mucha tropa de tierra estaba apostada por toda aquella playa, lo primero que hizo entónces Leotíquides fué ir pasando por delante del enemigo, costeano en su nave la tierra lo más cerca posible, y hacer que su pregonero hablase en estos términos á los Jonios:—«Amigos Jonios, cuantos estais al alcance de mi voz, estad todos atentos á lo que voy á deciros, pues bien veis que nada penetrarán los Persas de lo que preveniros quiero. Encárgoos, pues, que al cerrar nosotros con el enemigo tengais presente vuestra libertad y la de todos los Griegos; esto sea lo primero: lo segundo, os prevengo que no os olvidéis del nombre y seña de *Hebe*. Vosotros los que me ois, haced que sepan esto los que no me oyen.» Este artificio de Leotíquides entrañaba la misma malicia que aquel hecho de Temístocles en Artemisio, porque una de dos cosas debía resultar de allí: ó bien atraer á los Jonios á su partido, en caso que el aviso se ocultara á los Persas; ó si no, poner á éstos de mala fe para con aquellos, si llegaba el trato á noticia de los bárbaros.

XCIX. Despues de esta prevencion de Leotíquides, lo segundo que hicieron allí los Griegos fué arribar á la playa, saltar á tierra y formarse luégo en órden de batalla.

Cuando los Persas vieron en tierra á los Griegos dispuestos al combate, informados al mismo tiempo del soborno intentado con los Jonios, tomaron desde luégo sus medidas y precauciones. La primera de ellas fué desarmar á los Samios, de quienes se recelaban como de partidarios de los Griegos. Procedia el motivo de tal sospecha de ver que los Samios habian rescatado á todos los Atenienses que, dejados ántes en el Ática y cogidos allí por la gente de Jerges, habian sido traídos á Samos, y que no contentos con esto los Samios, los habian remitido á Atenas bien provistos de viveres; motivo por el cual habian dado no poco que sospechar á los Persas, redimiendo hasta quinientas personas enemigas de Jerges. La segunda precaucion tomóronla los Persas mandando á los Milesios que ocupasen aquellos desfiladeros que llevan hasta la cumbre de Micalé, con el pretexto de ser la gente más perita en aquellos pasos; pero con la verdadera mira de hacer que no se hallasen mezclados en su ejército. Por estos medios procuraron prevenirse los Persas contra aquellos Jonios de quienes recelaban que no dejarían pasar la ocasion, si alguna se les ofrecia, de intentar una novedad. Hecho esto, fueron atrincherándose detras de sus *gerras* ó parapeto de mimbres para entrar en accion.

C. Una vez formados los Griegos en sus filas, parten sin dilacion hácia el enemigo, al tiempo mismo de ir al choque, y vuela por todo el campo ligera la fama con una fausta nueva, y deja verse de repente en la orilla del mar una vara levantada á manera de caduceo. La buena noticia volaba diciendo que los Griegos en Beocia habian vencido al ejército de Mardonio. Ello es así, que los dioses con varios indicios suelen hacer patentes los prodigios de que son autores, como se vió entónces, pues queriendo ellos que el destrozo de los bárbaros en Micalé coincidiese en un mismo dia con el ya padecido en Platea, hicieron que la fama de éste llegase en tal coyuntura, que animase mucho

más y llenara de valor á los Griegos para el nuevo peligro, como en efecto sucedió (1).

CI. Otra particularidad observo en este caso, y es que las dos batallas de que hablo, se dieron en las vecindades de los templos de Céres Eleusina, pues segun llevo ya notado, la batalla en Platea se trabó junto á aquel templo, y la que en Micale iba á emprenderse habia de darse cerca de otro que allí habia. Y en efecto, concordaba con la verdad del hecho la fama que allí corrió acerca de la victoria de Pausanias y de sus Griegos, habiendo sucedido bien de mañana la batalla de Platea, y la de Micale por la tarde de aquel mismo dia. Ni tardó de cierto á saberse la nueva, pues dentro de pocos dias se vió clara y evidentemente que las dos acciones sucedieron en un mismo mes y dia (2). Lo cierto es que los Griegos de Micale, ántes de que volando les viniese la fama como para ganar las albricias, estaban muy temerosos y solícitos, no tanto por su propia causa, como por la comun de los demas Griegos, siempre con el temor de que cayese al cabo la Grecia toda en las manos de Mardonio; pero llegada la fausta nueva, iban al combate con nuevos ánimos y mayor brío. Ni es de extrañar que así los Griegos como los bárbaros mostraran prisa é interés en una contienda cuyo galardón habia de ser en breve el dominio de las islas y del Helesponto.

CII. Iban, pues, los Atenienses avanzando por la playa y por la llanura vecina, con los aliados que se habian formado á su lado, componiendo como la mitad de la tropa; y los Lacedemonios con las demas tropas ordenadas en el suyo caminaban por unos pasos ásperos y montuosos. En tanto que venian éstos dando la vuelta, ya el cuerpo de los Atenienses en su ala habia cerrado con el enemigo. Los

(1) No tuvo este prodigio por autor á otro dios ni diosa que al mismo astuto y político Leotíquides, como lo han declarado despues Diodoro Siculo y Polieno.

(2) Fué el dia 3 del mes ático llamado Boedromion.

Persas, defendiéndose con ardor miéntras duró en pié el parapeto de sus *gerras*, en nada llevaban la peor parte del combate; pero despues que el ala de los Atenieses y de los aliados unidos, exhortándose unos á otros para hacer suya la victoria sin dejarla á los Lacedemonios, redobló el ataque con nuevo brío y esfuerzo, empezó luégo á mudar de semblante la accion, rompiendo con ímpetu el parapeto, y dejándose caer escuadronados y unidos sobre los Persas, quienes recibíéndolos á pié firme y haciendo por bastante tiempo una vigorosa resistencia, se refugiaron al cabo á sus trincheras. Viéndolos huir, los Atenieses, los Corintios, los Sicionios y los Trecenios, pues estas eran las tropas reunidas en aquella ala, cada cual por su órden, cargándoles de cerca en la huida, lograron entrar con ellos dentro de sus reales. Al ver los bárbaros forzado su campo, no se acordaron ya de hacer más resistencia, y se entregaron á la fuga, exceptuados los Persas propios, quienes, bien que reducidos á un pequeño número, resistian valerosamente á los Griegos, por más que no cesasen éstos de subir por las trincheras. Dos generales Persas hubieron de salvar la vida huyendo, y dos la perdieron allí peleando: huyeron los comandantes de las tropas marinas Artaintes ó Itamitres; murieron con las armas en la mano Mardontes y Tigranes, que era general del ejército de tierra.

CIII. Duraba todavía la resistencia que hacian los Persas, cuando llegó el cuerpo de los Lacedemonios y demas aliados, que ayudó á acabar con todos los enemigos. No fueron pocos los Griegos que murieron en la accion, entre quienes se contaron muchos Sicionios; con su jefe Perilao. Por lo que mira á los Samios alistados en aquel ejército medo y desarmados en el campo, apenas vieron al principio el combate vária y fluctuante la victoria, hicieron cuanto les fué posible por su parte para ayudar á los Griegos, y siguiendo los demas Jonios el ejemplo que empe-

zaban á darles los Samios, sublevados tambien, volvieron sus armas contra los bárbaros.

CIV. Habian los Persas, como dije ántes, apostado en los desfiladeros y sendas del monte á los Milesios, con órden de guardarles aquellos pasos con el objeto de que en caso de tener mal éxito la accion, como en efecto tuvo, sirviéndoles de guías los Milesios, les condujesen salvos á las eminencias de Micale, pues á este fin, no ménos que con el de precaver que no intentasen novedad alguna incorporados en el ejército, les habian destacado allí los Persas. Pero los Milesios obraban en todo al revés de lo que se habia ordenado, pues no sólo guiaban por las sendas que iban á dar con el enemigo á los que pretendian huir por la parte opuesta, sino que al fin fueron ellos mismos los que mayor carnicería hicieron en los bárbaros. De este modo se levantó de nuevo la Jonia contra el Persa.

CV. En esta batalla, los Griegos que mejor se portaron fueron los Atenienses, y entre éstos se distinguió más que otro alguno un atleta célebre en el *Pancraccio* (1), llamado Hermolico, hijo de Eulino. Este mismo campeon, en la guerra que despues se hicieron entre sí Atenienses y Caristios, tuvo la desgracia de morir peleando en Cirno, lugar del territorio Caristio, y fué sepultado en Genesto. Despues de los Atenienses merecieron mucho aplauso los Corintios, los Treceños y los Sicionios.

CVI. Luégo que los Griegos hubieron acabado con casi todos aquellos bárbaros, muertos unos en la batalla y otros en la fuga, trasladaron á la playa los despojos, entre los cuales no dejaron de hallar bastantes tesoros, y luégo pegaron fuego á las naves, juntamente con las trincheras, y reducidas á ceniza trincheras y naves, hiciéronse á la

(1) Ejercicio y juego de los Griegos, que consistia en luchar con todo el cuerpo á puñadas, á coces, á brazo partido y áun á mordiscones.

vela. Vuelto ya á Samos, entraron en consejo los Griegos acerca de la trasplatacion de las ciudades jonias, deliberando si seria oportuno dejar despoblada la Jonia al arbitrio de los bárbaros, y en tal caso en qué regiones de la Grecia, que fuesen de su dominio, seria conveniente dar asiento á los Jonios. Moviales á esto el ver por una parte que era imposible á los Griegos el proteger de continuo á los Jonios con una guarnicion fija, y por otra el considerar que los Jonios, no estando protegidos continuamente por un destacamento, no podrian lisonjearse de no pagar bien cara la sublevacion contra los Persas. Eran, pues, de parecer en la consulta los principales entre los Peloponesios, que convenia desocupar los emporios de aquellos Griegos que habian seguido al Medo, y darlos con sus territorios á los Jonios para su habitacion. Mas pareciales á los Atenieses que de ningun modo convenia desamparar la Jonia con semejante desercion, y que no tocaba á los del Peloponeso disponer de los colonos propios de Atenas; ni los Peloponesios mostraron dificultad en ceder á este voto contrario. Dejado este punto, entraron á concluir un tratado de alianza con los Samios, con los de Quio, con los Lesbios y con los demas isleños que seguian las banderas griegas, obligándose con la fe mutua de un solemne juramento á que firmes en la confederacion mantendrian lo prometido. Concluido ya el tratado, y creidos de que hallarian todavia formado el puente de barcas, hicieron á la vela para romperlo.

CVII. Seguian, pues, los Griegos el rumbo del Helesponto; pero los bárbaros que habian podido refugiarse en las alturas de Micale, bien que pocos fueron los que en ellas se salvaron, daban entretanto la vuelta hácia Sardes. Sucedió en el camino, que el príncipe Masistes, hijo de Darío, que se habia hallado presente á la completa derrota del ejército, empezó á cargar de oprobios al general Atraintes, y entre otras injurias le echó en rostro que era

más ruin y cobarde que una mujer, no obstante sus insignias y supremo mando; que no había para él castigo bastante digno del daño que á la real casa acababa de hacer. Y es de notar que entre los Persas, tratarle á uno de mujer, se tiene por la mayor de las infamias. Atraintes, que tal nube de baldones y oprobios se vió encima, no pudiendo sufrirlo en paciencia, echa mano al alfanje medo en ademan de descargar un golpe mortal contra Masistes. En el acto de acometer, vélo Xenágoras, hijo de Proxilao, natural de Alicarnaso, y ganándole la accion por las espaldas, le agarra de la cintura y le tira de cabeza en el suelo, dando lugar á que acudieran entretanto los alabarderos de Masistes. En recompensa de esta accion, con la cual ganó Xenágoras la gracia de Masistes, juntamente con la de Jerges, á cuyo hermano salvó la vida, le dió el rey el mando de toda la Cilicia. Fuera de este hecho, nada de consideracion sucedió en todo aquel viaje hasta Sardes. Hallábase entónces el rey en Sardes, donde se habia mantenido desde que llegó allí huyendo de Atenas, perdida la batalla naval de Salamina.

CVIII. Manteniéndose allí Jerges, hallábase sumamente prendado del amor que habia concebido hácia la esposa de Masistes, la cual en aquella sazón se hallaba asimismo en Sardes. Viendo, pues, el rey que no podía buenamente atraerla á sus deseos, por más que la requiebrase, y no quciendo rendirla á su pasion por medios violentos en atencion y respeto á su hermano Masistes, cuya consideracion alentaba la resistencia de la mujer, bien persuadida de que no usaria con ella de la fuerza, entónces fué cuando no hallando camino alguno para lograr su intento, se valió de este artificio: Manda casarse á un hijo suyo, llamado Darío, con una princesa hija de Masistes y de la dama de quien estaba Jerges enamorado, creyendo que así le sería fácil llevar á cabo su designios. Hecho el ajuste y celebradas con solemne pompa las bodas, pasa Jerges á Susa,

en donde llama á su palacio á la princesa novia, para que en él viva con su hijo Darío. Mudó entónces de objeto el amor, y en vez de la madre empezó Jerges á requebrar á la hija, dejando de querer á la esposa de Masistes su hermano, por querer sobrado á la de Darío su hijo, á la princesa Artainta, que tal era su nombre.

CIX. Andando el tiempo, vino por fin á descubrirse el incesto. Amestris, la reina ó esposa principal de Jerges, quiso regalarle un manto real que habia ella misma tejido de varios colores, pieza magnífica y digna de verse. Ufano Jerges con su nuevo manto, se presenta vestido con él á su Artainta, y contento de la buena acogida que ella le hizo, dícele que le pida la merced que quisiere, cierta de que en atencion á sus obsequios nada le negará de cuanto le pida. Dispone la suerte adversa, que preparaba una gran catástrofe á toda aquella familia, que Artainta le replique con esta pregunta:—«¿De véras, señor? ¿puedo contar absolutamente con vuestra promesa?» Jerges, que nada preveía ménos, como objeto de esta peticion, que lo que ella pensaba pedirle, confirmó su promesa con un juramento. Con esto Artainta se abalanza atrevida y le pide aquel manto. Entónces Jerges no hacía sino buscar excusas, no por otro fin sino porque Amestris, recelosa ya anteriormente de aquel trato, no averiguase claramente lo que pasaba. Entónces era el darle ciudades, el darle montes de oro, el entregar á su único mando un ejército, siendo entre los Persas muy singular favor el ceder á uno dicho mando. Pero todo en vano; ella instaba por su manto, y Jerges se lo dió al cabo; y sumamente alegre y engréida con aquella gala, púsosela luégo, haciendo ostentacion de ella.

CX. Llega á oídos de Amestris que su manto paraba en poder de la otra; infórmase de lo que habia pasado, y convierte su odio y encono no contra la jóven Artainta, sino contra su madre, persuadiéndose de que la culpa estaba en la madre encubridora y autora de lo que hacía la hija; y

deseosa de vengarse, comienza á maquinar la muerte á la esposa de Masistes. A este fin espera á que llegue el solemne día en que el rey, su marido, debía dar un convite régio, que una vez al año acostumbraba á celebrarse en el día de cumpleaños del monarca, día en que éste se adorna y corona la cabeza y hace regalos á los Persas (1). En idioma persa llámase este convite *Ticta*, y en griego le corresponde *Tictya*, convite perfecto ó grande. Llegado, pues, el día de cumpleaños, pidió Amestris á Jerges una gracia, y fué que le entregase la mujer de Masistes á toda su voluntad y discrecion. Llevó Jerges á mal una peticion tan malvada é indecorosa, parte por ver que se le pedia la mujer de su mismo hermano, parte por saber cuán inocente estaba ella en aquel asunto, comprendiendo muy bien el motivo del resentimiento por el cual Amestris se la pedia.

CXI. No obstante todo esto, vencido al fin de las instancias de la reina y como forzado por la costumbre, que no permitia negar gracia alguna que al rey se pidiera en aquel régio aniversario, concédele la merced, bien que muy á pesar suyo, y entregándole la citada mujer, le dice que obre con ella como gustare. Llama despues á su hermano Masistes y le habla en estos términos:—«Masistes, á más de ser tú hijo de Darío y con esto mi buen hermano, bien sé que eres un hombre de mucho mérito y valor, lo que me mueve á ordenarte que despidas de tu compañía á esa mujer que ahora tienes, y tomes por mujer á una hija mia con quien adelante vivas, pues por tal te la doy desde ahora. En suma, no me parece bien que cohabites más con esa tu mujer.» Sorprendido Masistes con una orden tan no esperada, replicóle así:—«Pero, señor, ¿qué

(1) La voz *Ticta* significa no día de la coronacion, sino día de cumpleaños, y en este caso adornarse la cabeza significa pulirla, rizarla.

significa esa pretension vuestra tan fuera de razon? ¿Cómo así, señor, que me mandais dejar á mi esposa, de quien he tenido tres hijos y otras hijas más, de quienes una es la princesa que vos mismo disteis por esposa al príncipe, vuestro hijo, y esto cuando yo la quiero y amo muy de corazon? ¿Quereis que echada ella de mi lecho me case yo con una hija vuestra? En esto, bien que me hagais un particular honor teniéndome por digno marido de vuestra hija, me permitiréis con todo que os hable con franqueza que ni una ni otra cosa me conviene. No querais vos precisarme á ello con vuestras instancias; marido se presentará para vuestra hija mejor ó tan bueno como yo; dejadme á mí continuar en ser esposo de mi actual consorte.» Irritado Jerges de oír una respuesta libre y honrada:— «¿Sabes, le replica, lo que lograrás con tu resistencia, desconocido Masistes? Ni yo te daré por esposa á mi hija, ni tú serás por más tiempo marido de esa tu mujer, para que aprendas á agradecer los favores que hacerte quiera tu soberano.» Al oír Masistes la amenaza, salióse luégo no diciendo más palabras que estas:—«Señor, ¡vivo yo todavía, y vos no me mandais morir!»

CXII. Amestris, en el intervalo en que hablaba Jerges con su hermano, habiendo llamado á los alabarderos del rey, hace en la mujer de Masistes la más horrorosa carnicería. Córtale á la infeliz los pechos, y manda arrojarlos á los perros; córtale despues la nariz, luégo las orejas y los labios; la lengua tambien se la saca y corta; y así desfigurada y perdida la envía á su casa (1).

(1) Sin duda esta ferocísima Amestris no podia ser la Ester de los Libros Santos, como pretenden algunos. ¡Qué horror! ¡qué crímenes! ¡qué violaciones de derechos! ¡qué abusos de poder por todas partes! Sin embargo, estos amores trágicos, como lo son los de palacio cuando no son legítimos, serán acaso de mayor interés y curiosidad para los lectores que todo lo tocante á las expediciones de Jerges: tal es el carácter y no sé si diga la malignidad natural al hombre.

CXIII. Masistes, que nada sabía de esto todavía y que por momentos temía algun desastre fatal en su misma persona, iba á su casa corriendo. Al entrar en ella, hállase con el espectáculo de su esposa destrozada; llama al punto á sus hijos, y de comun acuerdo parte luégo con ellos y con alguna gente para Bactras, con ánimo resuelto de sublevar aquella provincia y de hacer al rey cuanto daño pudiera; lo que, segun me persuado, hubiera sin falta sucedido, si hubiese llegado á juntarse con los Bactrianos y con los Sacas ántes de que se lo impidiera el mismo rey, siendo gobernador de aquellas naciones que le amaban muy de véras. Pero prevenido Jerges de los designios de Masistes, despachó un cuerpo de sus soldados, los cuales alcanzándole en el camino, acabaron con él, con sus hijos y con las tropas que consigo llevaba. Basta lo dicho sobre los amores de Jerges y la muerte desastrosa de Masistes.

CXIV. Volviendo á los Griegos, emprendieron, luégo de concluida la jornada de Micale, la navegacion al Helesponto, en la que á causa de los vientos contrarios les fué preciso dar fondo en las cercanías de Lecto (1). De aquí pasaron á Abidos, donde hallaron sueltas ya las barcas que todavía flotaban trabadas en forma de puente, razon por la cual habian dirigido su rumbo al Helesponto. Allí en sus consejos de guerra Leotiquides con sus Peloponesios opinaba por su vuelta hácia la Grecia; pero el comandante Jantipo con los Atenienses era de parecer que, permaneciendo allí, invadieran el Quersoneso. Paró la disidencia en que los del Peloponeso se hicieran á la vela para su tierra, y los Atenienses, pasando de Abidos al Quersoneso, pusieron sitio á la plaza de Sesto.

CXV. Apénas corrió la voz de que los Griegos querian acometer al Quersoneso, refugiáronse los Persas en las

(1) Este promontorio, frontero á la isla de Lesbos, lleva hoy el nombre de cabo de Santa María.

ciudades vecinas á la plaza de Sesto, como á la más fuerte de cuantas habia alrededor, y entre ellos pasó allá un personaje principal llamado Oebazo, quien desde la ciudad de Cardia habia hecho acarrear á la misma fortaleza toda la armazon y aparejo del ya deshecho puente. Defendian dicha plaza los naturales del país, que eran unos colonos Eolios, juntamente con los Persas y con otros muchos aliados.

CXVI. El gobernador por Jerges en esta provincia era el Persa Artaietes, hombre audaz, malvado y ruin, quien con dolo y artificio habia quitado al rey, al tiempo que iba contra Atenas, los tesoros y riquezas del héroe Protesilao, hijo de Ificlo, y se los habia apropiado sacándolos de Eleunte en esta forma: Existe en Eleunte, ciudad del Quersoneso, el sepulcro de Protesilao, y alrededor de este monumento un bosque y recinto sagrado, en cuyo santuario habia mucha riqueza, mucha urna de oro y de plata, mucha pieza de bronce, mucho vestido precioso y muchos otros donativos. Todos los saqueó, pues, Artaietes con su astucia, haciéndole merced al mismo rey, á quien él engañó maliciosamente con cierta súplica que en estos términos le hizo:—«Señor, le dice, aquí está la casa de cierto Griego, el cual en una expedicion que contra vuestros dominios hacia pagó con la vida la pena de su maldad. Os suplico, por tanto, que me hagais la gracia de darme su casa para que escarmienten todos y nadie se atreva en adelante á infestar vuestros Estados.» Con tal artificio concebía la demanda, viendo que así obtendria fácilmente la gracia del rey, el cual estaba léjos de maliciar nada de lo que él pretendia conseguir; y en cuanto á la imputacion de haber hecho la guerra Protesilao en los dominios del rey, aludía con malicia á la pretension de los Persas, que quieren sea toda el Asia suya y del soberano que en todo tiempo entre ellos reinase (1). Una vez concedida la gracia, lo

(1) Este pretendido dominio del Asia no puede estribar en la

primero que hizo Artaietes fué pasar de Eleunte á Sesto todos aquellos tesoros, desmontar el bosque, sembrar y cultivar el recinto sagrado: y no se contentó con esto, sino que de allí en adelante, cuantas veces tocaba en Eleunte, otras tantas en el mismo santuario de Protesilao abusaba de alguna mujer. Artaietes era, pues, el que se hallaba á la sazón sitiado por los Atenienses, sin provisiones para sufrir el asedio, y sin que ántes hubiese esperado allí á los Griegos, los cuales se habian echado de improviso sobre aquella provincia.

CXVII. Viendo los Atenienses ocupados en el sitio que iba acercándose ya el otoño, pesarosos de hallarse léjos de sus casas y descontentos de no poder tomar la fortaleza, instaban á sus jefes por la vuelta y retirada á su patria. Pero como éstos les desengañasen diciendo no tenian que pensar en volver si no rendian primero la plaza, ó no eran llamados por la república, aquietáronse al cabo con la respuesta, determinados á pasar por todo.

CXVIII. Hallábanse entretanto los sitiados tan acosados del hambre, que habian llegado ya al extremo de cocer para su alimento las correas de sus camillas y lechos; pero como poco despues áun este sustento les faltase, los Persas, aprovechándose de las tinieblas de la noche, salieron ocultamente de la ciudad con Artaietes y Eobazo, descolgándose por las espaldas de la fortaleza, que era el puesto ménos guardado y cubierto por los enemigos. Apenas amaneció cuando los naturales del Quersoneso, dando desde las torres aviso á los Atenienses de lo sucedido, les abrieron las puertas de la ciudad, con lo cual la mayor parte de los sitiadores siguió los alcances de los que huian, y los demas se apoderaron de la plaza.

division primera del orbe entero entre los Noaquidas, pues se tiené por más fundado que los hijos de Jafet se establecieron desde el principio en el Asia menor.

CXIX. Los Tracios que llaman Apsintios, habiendo cogido á Eobazo que huía por la Tracia, le sacrificaron conforme á su rito particular á Plistoro, su dios nacional, dando á los demas de la comitiva otro género de muerte: Artaietes con los suyos, que no eran muchos, habiendo tardado algo más en salir de la plaza, fué alcanzado poco más allá de las corrientes de un rio que llaman de la Cibra (1), donde despues de un buen rato de resistencia, en que algunos de sus compañeros murieron, fué con los otros hecho prisionero, y con él un hijo suyo, que fueron reducidos á prision en Sesto por los Griegos.

CXX. Sucedió entónces, segun refieren los vecinos del Quersoneso, un raro prodigio á uno de los que guardaban dichos prisioneros, pues al tiempo que sobre las brasas estaba asando no sé qué pez salado, saltó éste de repente en el fuego, y se puso á palpar como suelen hacerlo los peces recien sacados del agua. Las demas guardias que cerca de él estaban, se quedaron admiradas al verlo; pero Artaietes apénas reparó en el prodigio, encarándose con el soldado que asaba aquellos peces, le habló en estos términos:—«Nada tienes que extrañar, amigo Ateniense, ese portentoso, que por cierto no habla contigo; «con él quiere significarme el dios de Eleunte Protesilao, que áun despues de muerto y disecado tiene virtud y poder conferido por los dioses para vengarse de quien le agraviare. Confieso que le tengo ofendido; pero pronto estoy para la enmienda: me ofrezco á pagar á este buen dios cien talentos en recompensa de las riquezas que le quité, y prometo á los Atenienses por el rescate mio y el de mi hijo doscientos más si nos ponen en libertad. Así habló Artaietes, pero con tantas promesas no pudo aplacar al general Jantipo,

(1) Llámase en griego este rio *Egós Potamos*, célebre despues en la guerra del Peloponeso por la batalla de los Atenienses contra los Lacedemonios.

ya porque le instaban los vecinos de Eleunte que vengase á su Protesilao con el suplicio del sacrilego prisionero, ya porque juzgaba por sí mismo que así debía ejecutarlo con aquel malvado. Llevándole, pues, desde la cárcel á la misma orilla del mar, donde Jerges habia construido el famoso puente, ó como dicen otros, subiéndole á un cerro que cae sobre la ciudad de Madito, le empaló allí en un madero clavado en el suelo, habiendo hecho morir á pedradas al hijo á la vista del mismo Artaictes.

CXXI. Hecho esto y cargadas las naves con el rico botín, y tambien con la armazon y pertrechos del puente de Jerges, que destinaban por ofrendas á los templos de la patria, hicieronse los Atenenses á la vela para Grecia. Y con esto concluyeron las hazañas de aquel año.

CXXII. Y ya que hablé del empalado Artaictes, quiero mencionar un arbitrio que propuso á los Persas su abuelo paterno Artembares, de cuyo arbitrio dieron cuenta á Ciro, referido en estos términos:—«Ya que el dios Júpiter da á los Persas el imperio, y á tí, oh Ciro, arruinado el poderio de Astiages, te concede particularmente el mando con preferencia á todos los hombres, ¿qué hacemos nosotros que no salimos de nuestro corto y áspero país para trasladarnos á otra tierra preferible? A nuestra disposicion tenemos muchas provincias vecinas, y muchas otras distantes, mejores todas que nuestro suelo, y está puesto en razon que las mejores sean para los que tienen el dominio. ¿Y qué ocasion lograremos más oportuna para hacerlo que la que tenemos al presente, cuando nos hallamos mandando á tantas naciones y al Asia toda?» Ciro, habiendo escuchado el discurso, sin mostrar que extrañaba el proyecto, aconsejó á los Persas que lo hicieran muy en hora buena; pero les avisó al mismo tiempo que se dispusiesen, desde el punto que tal hicieran, á no mandar más, sino á ser por otros mandados; que efecto natural de un clima delicioso era el criar á los hombres delicados, no hallándose en el mundo

tierra alguna que produzca al mismo tiempo frutos regalados y valientes guerreros. Adoptaron luego los Persas la opinion de Ciro, y corrigiendo la suya propia, desistieron de sus intentos, prefiriendo vivir mandando en un país áspero, que ser mandados disfrutando del más delicioso paraíso.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ÚLTIMO.



ÍNDICE.

págs.

LIBRO QUINTO. Los generales de Darío principian á conquistar varias plazas en Europa.—Costumbres de los Tracios.—Traslacion de los Peones al Asia.—Véngase Alejandro de los embajadores Persas enviados á Macedonia.—Política de Darío con Histieo, señor de Mileto; sublévanse los Jonios contra los Persas por instigacion de Histieo y Aristagoras, y piden socorro á los Atenienes: situacion de estos, sus guerras y revoluciones. Muerte de Hiparco, tirano de Atenas, y expulsion de su hermano Hippias: los Lacedemonios tratan de favorecer á éste para recobrar el dominio de Atenas, pero se opone el Corintio Sosicles refiriendo el origen de la tiranía en su patria y los males que acarrea en ella. Irritado Hippias, incita á los Persas contra los Atenienes, y Aristagoras por su parte persuade á éstos que se alien con los Jonios contra los Persas. —Ataque é incendio de Sardes por los Griegos coligados.—Jura Darío vengarse de ellos, y sus generales principian á sujetar varios pueblos de los insurgentes.

5

LIBRO SEXTO. Histieo continúa induciendo á los Jonios á batirse contra los Persas, pero estos procuran dispersar su armada por medio de las instigaciones de sus antiguos señores: derrota de la armada jonia: toma de Mileto. Histieo hecho pirata cae en poder de los Medos, los cuales se apoderan de las ciudades jónicas y

del Quersoneso, abandonado por Milciades, que se había alzado con su dominio. La armada persa se dirige contra Atenas y naufraga al pié del Atos. Los de Egina se entregan á los Persas, por cuyo motivo trata el rey de Esparta de castigarlos.—Origen de los reyes de Esparta, y deposicion del rey Demarato: artificios de Cleomenes contra éste, descubiertos los cuales huye de Esparta.—Los Eginetas hacen nuevos insultos á los Atenienses, los cuales consiguen derrotarlos en una batalla naval.—Atacan los Persas á Eretria, y se apoderan de ella por traicion. Continúan los Persas contra Atenas y avanzan hasta Maraton. Los Atenienses les salen al encuentro, al mando de diez generales. Batalla de Maraton. Dudas acerca de la lealtad de los Alcmeonidas, y aventuras de esta familia. Milciades, célebre desde la batalla de Maraton, es acusado por no haber tomado á Paros, y absuelto de la pena capital por la conquista de Lemnos, que hiciera en otro tiempo. . . . 91

LIBRO SÉTIMO. Muere Darío haciendo contra la Grecia aprestos militares, que continúa su hijo Jerges: con este objeto hace abrir un canal en el Athos y echar un puente sobre el Helesponto.—Orden de marcha del ejército persa de mar y tierra; su número y aumento; naciones que lo componian, y generales encargados del mando.—Disputa de Jerges con el lacedemonio Demarato acerca del valor y resistencia de los Griegos.—Pasa revista Jerges á su ejército en Dorisco y se pone en marcha.—Envían los Lacedemonios á Jerges dos heraldos en compensacion de los que ellos habian muerto.—Prepáranse los Atenienses á resistir, á pesar de los infaustos oráculos de Delfos.—Los Argivos se niegan á entrar en la confederacion de los Griegos, y Gelon, tirano de Sicilia, lo rehusa igualmente, si no se le da el mando.—Los isleños de Corfú tratan de alucinar con promesas á los embajadores, y los de Creta rehusan tambien entrar en la confederacion.—Abandonan los Griegos la defensa del paso del

Olimpo, y se deciden á defender las Termópilas.—Número prodigioso de hombres que componian el ejército persa de mar y tierra.—Tempestad que sufre su escuadra.—Ataque de las Termópilas y muerte de Leonidas con los Espartanos.—Decide Jerges continuar su marcha, y avanza contra la Grecia despreciando los consejos de Demarato.

175

LIBRO OCTAVO. Reseña de la armada griega reunida en Artemisio, donde es atacada por la de Jerges, y despues de dos combates se retira hácia Salamina.—Conducen los Tesalos á los Persas contra la Fócida: origen de las reyertas entre los Tesalos y Focenses.—Avanza Jerges dividiendo su ejército, pero la columna que debia saquear á Delfos huye á vista de los prodigios que le suceden.—Los Atenienses abandonan su ciudad, embarcándose para Salamina: aumento de la escuadra griega.—Jerges se apodera de Atenas y su ciudadela, incendiándola.—Temístocles persuade á los Griegos á dar la batalla en Salamina.—Convoca Jerges á los jefes de marina para oír su dictámen, y Artemisa se opone á que se ataque á los Griegos.—Las tropas coligadas del Peloponeso fortifican el istmo contra el cual se dirige el ejército Persa, y los de la escuadra se empeñan en abandonar á Salamina, proyecto que combate Temístocles. Astucia de éste para obligar á los Griegos á pelear en Salamina: descripcion de aquella batalla naval.—Temor de Jerges y su retirada á Persia, dejando á Mardonio con trescientos mil hombres.—Política de Temístocles.—Alejandro de Macedonia es enviado por Mardonio de embajador á los Atenienses para atraerlos á su alianza, que rehusan ellos.

305

LIBRO NOVENO. Mardonio se apodera nuevamente de Atenas, abandonada de sus ciudadanos, los cuales se quejan de la indiferencia de los Lacedemonios: decídense éstos á socorrerlos, por lo cual Mardonio abandona la poblacion despues de haber demolido sus muros y edificios.—Los Griegos son atacados á las

inmediaciones del Citeron por la caballería persa, y muere en la refriega su jefe Masistio. Avanza el ejército griego hacia Platea y se atrinchera contra el Persa. Disputa entre los Atenieses y los de Tegea sobre preferencia en el campamento y mando: reseña y formación de ambos ejércitos, los cuales, en vista de los agüeros, permanecen indecisos, sin atreverse á dar la batalla. Decídese Mardonio á embestir contra los Griegos, y Alejandro de Macedonia les avisa en persona este proyecto.—Reto de Mardonio á los Lacones. — Tratan los Griegos de retirarse para mejorar de posición, pero se opone un caudillo Lacedemonio, y entretanto algunos de los confederados huyen á Platea. Al retirarse los Lacedemonios son atacados por los Persas.—Muerte de Mardonio y fuga del ejército persa, que atacado en sus trincheras es pasado á degüello por los Griegos. Relacion de los sujetos que se distinguieron en aquella jornada y del botín ocupado á los Persas. — El ejército griego trata de castigar á los aliados, y pone sitio á los Tebanos. Entretanto, Leotíquides con la armada griega intenta atacar á los restos de la persiana; pero sus jefes saltan en tierra y se fortifican en Micale, en donde son atacados y vencidos por los Griegos.—Sublevación de los Jonios contra los Persas. — Riña entre Masistes y Atraintes, generales persas. Amores incestuosos de Jerges con la familia de Masistes. El manto de Jerges. Los Griegos atacan el Quersoneso y se apoderan de Sesto, plaza defendida por los Persas, y dan muerte á su gobernador, el impío Artaictes. 391



